

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**

**Departamento de Antropología Social**



**SERVICIO MILITAR: UN PROBLEMA DE IDENTIDADES**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADA POR**

Eulogio Sánchez Navarro

Bajo la dirección del doctor

José Carmelo Lisón Arcal

**Madrid, 2005**

**ISBN: 84-669-2828-6**

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA  
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL



TESIS DOCTORAL

***SERVICIO MILITAR:  
UN PROBLEMA DE IDENTIDADES.***

AUTOR: *EULOGIO SÁNCHEZ NAVARRO.*  
DIRECTOR: DR. *JOSÉ CARMELO LISÓ ARCAL.*  
MADRID, 2005

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL



TESIS DOCTORAL

***SERVICIO MILITAR:  
UN PROBLEMA DE IDENTIDADES.***

AUTOR: *EULOGIO SÁNCHEZ NAVARRO.*

DIRECTOR DE TESIS: DR. *JOSÉ CARMELO LISÓN ARCAL.*

MADRID, 2005





## ÍNDICE.

### **AGRADECIMIENTOS.**

### **P) PROLOGO: DILEMAS ENTRE EL MILITAR ANTROPÓLOGO Y EL ANTROPÓLOGO MILITAR.....(p.1 - 47)**

#### **P.1- *Mi condición militar*.....p 3**

*P.1-1 Mis orígenes, (la forja de un deseo).....p.3*

*P.1-2 La construcción del nativo; el instituto politécnico, (1975 - 1978) un periodo de transición.....p.4*

*P.1-3 El recluta; el soldado: Paso de alumno "niño", a "proto-hombre".....p.10*

*P.1-4 El soldado (1978 -1979).....p.12*

*P.1-5 La formación del militar profesional: vida en las academias militares. (1979 - 1982) La Academia General Básica de Suboficiales (AGBS).....p.17*

#### **P.2- *La construcción del antropólogo*.....p 37**

*P.2-1 Motivaciones por estudiar antropología.....p.37*

*P.2-2 Los nuevos descubrimientos.....p.40*

*P.2-3 La influencia de una disciplina y el por qué de esta tesis.....p.41*

### **I) EL SERVICIO MILITAR A DEBATE.....(p.48 - 140)**

#### **1.0- *El uso del término mili*.....p.48**

#### **1.1- *El debate sobre el servicio militar obligatorio*.....p.49**

#### **1.2- *El conflicto de identidad en el soldado de reemplazo*.....p.66**

#### **1.3- *Algunas consideraciones sobre el servicio*.....p.78**

#### **1.4- *La configuración de la identidad, y el conflicto de identidades en el soldado de reemplazo*.....p.81**

1.5- <i>La mili como proceso</i> .....	p.89
1.6- <i>Los periodos de la mili desde el punto de vista de los soldados</i> .....	p.97
1.7- <i>Algunas consideraciones sobre la mili</i> .....	p.109
1.7-1 <i>La mili como prisión</i> .....	p.117
1.7-2 <i>La mili como estado onírico</i> .....	p.120
1.7-3 <i>Interioridades de la mili</i> .....	p.122

## **II) LA FASE PREVIA A LA INCORPORACIÓN, COMIENZA EL TRÁNSITO**.....(p.141- 145)

## **III) LA INCORPORACIÓN AL MUNDO MILITAR, "BIENVENIDOS".** (p.146 - 239)

3.1- <i>El cruce del umbral del mundo militar</i> .....	p. 153
3.2- <i>Algunas consideraciones sobre el temor a la mili</i> .....	p.164
3.3- <i>Del corte de pelo, y del uso de la barba y bigote</i> .....	p.172
3.4- <i>De la uniformación</i> .....	p.181
3.5- <i>Algunas consideraciones sobre los procedimientos de asimilación de la cultura militar</i> .....	p.200
3.6- <i>Del uso de mote y otros apelativos</i> .....	p.205
3.7- <i>De la cultura militar</i> .....	p.211
3.8- <i>De las diferencias culturales como foco de los conflictos de identidad para el soldado conscripto</i> .....	p.213
3.9- <i>De los mandos y de la tropa; la sacralización del mando</i> .....	p.215
3.10- <i>De la idea de la muerte en el mundo militar profesional</i> .....	p.228

#### **IV) LA VIDA MILITAR DEL SOLDADO.....(p.240 - 372)**

<b>4.1- De la instrucción militar y de los mandos.....</b>	<b>p.240</b>
4.1-1 El mando como instructor.....	p.250
4.1-2 La instrucción de orden cerrado.....	p.252
4.1- 3 Sobre cómo se enseña al soldado conscripto.....	p.280
4.1- 4 Con los cinco sentidos.....	p.286
<b>4.2- De la subcultura cuartelera.....</b>	<b>p.306</b>
4.2- 1 Del aprendizaje informal.....	p.306
4.2-2 Del proceso de aprendizaje.....	p.310
4.2- 3 Escuela cuartel / cuartel escuela.....	p.313
4.2- 4 "La muerte" en la subcultura cuartelera.....	p.315
<b>4.3- ¿Qué aprendían los soldados en la mili?.....</b>	<b>p.322</b>
4.3- 1 Limpio como la patena.....	p.324
4.3- 2 De las sanciones y arrestos.....	p.344
4.3- 3 Distribución espacial y orden jerárquico.....	p.348
4.3- 4 ¡A escaquearse! Mar.....	p.356
4.3- 5 "Buscarse la vida".....	p.364
<b>4.4- El carné del Wisa.....</b>	<b>p.366</b>
4.4- 1 Las leyes del wisa o los wisandamientos.....	p.368

#### **V) LA JURA DE BANDERA, Y OTROS RITOS.....(p.373 - 397)**

<b>5.1- La jura de bandera.....</b>	<b>p.373</b>
5.1-1 Del ritual del juramento.....	p.373
5.1-2 Una jura de segunda.....	p.385
<b>5.2- De los servicios de armas.....</b>	<b>p.395</b>

## **VI) LAS RELACIONES ENTRE LOS SOLDADOS Y LOS PROCESOS DE VETERANÍA.....(p.398 - 485)**

6.1- <i>De las novatadas o quintadas.....</i>	<i>p.398</i>
6.2- <i>Antigüedad y veteranía.....</i>	<i>p.433</i>
6.3- <i>Las marcas de la mili.....</i>	<i>p.437</i>
6.4- <i>Entre padres y abuelos anda el juego.....</i>	<i>p.440</i>
6.5- <i>Las camarillas y los grupos de pares.....</i>	<i>p.446</i>
6.6- <i>Del sexo y del genero: El sexo y los soldados / el sexo de los soldados.....</i>	<i>p.466</i>
6.7- <i>El consumo de alcohol, tabaco, y otras sustancias en el mundo cuartelero.....</i>	<i>p.474</i>

## **VII) - LA SALIDA DEL MUNDO MILITAR.....(p.486 - 544)**

7.1- <i>El licenciamiento: &lt;&lt;y se acabo&gt;&gt;.....</i>	<i>p.486</i>
7.1-1 <i>De los usos y costumbres de la tropa ante el hecho del licenciamiento.....</i>	<i>p.491</i>
7.1-2 <i>Hechos y acontecimientos previos al momento de la licencia.....</i>	<i>p.504</i>
7.1-3 <i>Algunas valoraciones sobre la mili.....</i>	<i>p.507</i>
7.1-4 <i>El proceso del licenciamiento.....</i>	<i>p.511</i>
7.2- <i>La salida.....</i>	<i>p.524</i>
7.2-1 <i>La blanca.....</i>	<i>p.524</i>
7.2-2 <i>La salida definitiva del cuartel.....</i>	<i>p.526</i>
7.3- <i>Los recuerdos de la mili.....</i>	<i>p.537</i>

## **EPÍLOGO ( A MODO DE CONCLUSIÓN).....(p.545 - 552)**

## **BIBLIOGRAFÍA Y DOCUMENTACIÓN.**

## **APÉNDICE.**

## AGRADECIMIENTOS.

La idea de realizar este trabajo empezó allá por el año 1991 y hasta el año 2001, en que finalizó el servicio militar obligatorio, no he podido entrever el fin del mismo debido a diferentes cambios que se iban produciendo año tras año en los últimos momentos del servicio militar obligatorio. Tan prolongado periodo, y las diversas circunstancias que lo caracterizan puede dar una idea de las personas a las que debo agradecer de uno u otro modo el que dicho trabajo se haya podido realizar.

En primer lugar destacaría el apoyo moral de mi mujer que ha aguantado estoicamente mis devaneos sobre el tema. Mis hijos nacieron durante la realización de esta tesis, por lo que debo agradecerles el que me hayan cedido parte de un tiempo que les correspondía. Tampoco puedo olvidar el apoyo de mis amigos incondicionales que me animaban a acabar la tesis, recordándome en todo momento que les avisase cuando la defendiese.

También debo agradecer el inestimable apoyo intelectual de mi maestro y amigo Jesús Martínez Paricio quién siempre ha mostrado plena confianza en que el trabajo que estaba realizando estaría a la altura de una tesis doctoral. Y por supuesto a mi director de tesis José Carmelo Lisón Arcal, sin el cual nunca habría podido terminar tan ardua tarea. Con él he compartido la ilusión del trabajo en cada momento en que nos hemos reunido, o en cualquier circunstancia en la que le he llamado por teléfono para comentarle cualquier aspecto del mismo. Siempre me ha animado a continuar, y ha participado permanentemente de mi entusiasmo, haciendo del trabajo y la investigación un constante disfrute y un continuo descubrimiento. Posiblemente ese disfrute por lo que hacía ha influido en el hecho de que se prolongara tanto tiempo, pues el descubrir y redescubrir aspectos de mi mundo ha sido muy satisfactorio para mí, más si cabe cuando mi director de tesis participaba de dichos descubrimientos, pues finalmente se convirtió en una especie de cómplice, y en alguna ocasión en un informante por haber hecho la mili tardíamente.

Finalmente, deseo mostrar mi gratitud a un sinfín de informantes desinteresados que han contribuido de forma directa a enriquecer los argumentos de mi trabajo. Muchos de estos informantes fueron soldados con los que yo tuve el placer de compartir algunas de sus vivencias, otros fueron informantes circunstanciales que tras romper el hielo se prestaron gustosos a aportarme todo tipo de información sobre sus experiencias como soldados. Otros me aportaron datos relevantes sin percatarse de que eran observados, o simplemente con las señas y mensajes que dejaron en algún sitio para que yo pudiera analizarlas. En cualquier caso, quisiera que esta tesis sirviese como agradecimiento y homenaje a aquellos que sirvieron en las FAS en uno u otro momento, y como un recuerdo particular y personal a los soldados que he tenido el gusto de conocer personalmente.



## **P) PRÓLOGO: DILEMAS ENTRE EL MILITAR ANTROPÓLOGO Y EL ANTROPÓLOGO MILITAR.**

*La condición mestiza del observador propicia una privilegiada e inusual relación de identificación con la cultura observada.*

George Condomidas, (1991: contraportada).

En mi caso, puede decirse que la observación de Condominas adquiere un sentido pleno, pues lo que hasta hace unos años era para mí algo común y cotidiano, es decir la cultura militar, se fue convirtiendo en algo exótico según lo analizaba desde una perspectiva antropológica.

Sepa pues el lector que se enfrenta a la tarea de iniciar su andadura por estas páginas, que el que las escribe lo hace bajo una doble condición, pues soy nativo a la vez que investigador, lo que incide en la perspectiva antropológica que se intenta ofrecer. Esta doble condición no es otra que la recogida en el título de este preámbulo, y en el mismo orden, pues desde un punto de vista temporal me inicié antes como militar que como antropólogo. Con el fin de adquirir oficialmente esta última categoría es por lo que he elaborado esta tesis doctoral que aquí presento. Así pues, y siguiendo la tradición antropológica, he decidido dedicar este primer capítulo a tratar de analizar la influencia de esta circunstancia en la elaboración de una monografía sobre un tema en el que me hallo implicado de forma especial.

Quisiera destacar que en esta investigación hay que tener en cuenta las valoraciones de quienes están a favor del estudio de la propia comunidad de origen por parte del antropólogo, a sabiendas que ello conlleva ciertas ventajas, pero asumiendo también ciertos inconvenientes. Al respecto diré que, dadas mis circunstancias personales y mi implicación en la cultura militar, el supuesto que señala Anta Félez (1995:23) sobre la idea de que *la normalización y regularidad del ejército hace que en él los datos parecen fluir con más facilidad que si se hiciera en un medio civil*, en mi caso no resulta tan evidente. Lo que él señala puede resultar aplicable para quién se sumerge en el mundo militar de forma circunstancial y con el propósito de analizarlo. En mi caso tal observación no es aplicable, pues he tenido primero que “romper” con mis principios y mis referentes culturales como militar para adoptar una postura de supuesta distancia propia de mi condición de investigador. Esto me ha obligado a cuestionar algunos de los principios que sustentan la propia institución, y a analizar desde una perspectiva a veces crítica, algunas de mis propias pautas de comportamiento como militar. A la vez debo destacar el importante papel que mi nueva identidad de antropólogo ha jugado y sigue jugando en mis actividades como investigador de

mi entorno castrense. Quiero hacer especial hincapié en la manera en que tales aspectos han influido en mi relación con los soldados de reemplazo con los que he tenido que tratar siempre en la doble identidad de mando y de antropólogo.

El mundo militar podría considerarse monótono y homogéneo, pero tras esa apariencia se esconden aspectos particulares y diferenciales, aunque serán difícilmente percibidos por alguien que no conozca con profundidad la cultura que nos ocupa, y no haya hecho el esfuerzo de comprensión necesario para verla desde una perspectiva distinta a la del militar, o a la de un mero observador. A este respecto, comparto el planteamiento de Geertz (1996:53) sobre la forma de comprender y analizar una cultura desconocida a priori por el antropólogo cuando señala: *No se trata de penetrar otra cultura, como sugiere la imagen masculinista. Se trata más bien de ponerse en su camino y dejar que ella te envuelva y te lleve hacia adelante.* En este sentido el proceso de comprensión de una cultura no se puede abordar de forma circunstancial y durante un tiempo breve, sino que requiere una implicación profunda, la cual tiene un principio, pero no parece tener un fin.

Es necesario sumergirse en la cultura que se pretende conocer dejándose empapar por ella, pues sólo así se podrán comprender los móviles que inducen a la realización de determinadas acciones y percibir el significado y finalidad de determinados símbolos de la cultura en cuestión; de otro modo, difícilmente podrá diferenciarse lo monótono de lo extraordinario. Esto puede constatarse al analizar detenidamente aspectos y situaciones del mundo militar, así como en el uso de determinados símbolos formales e informales, como mostraré a lo largo de éste trabajo. Sirva como ejemplo el hecho de que algunas actividades militares, como una formación o un relevo de guardia, pueden ser percibidas desde un punto de vista civil como algo extraordinario o llamativo, mientras que para el militar no adquiere esa dimensión, y se constituye en algo rutinario y ordinario.

Por otra parte, también se dan circunstancias en las que determinados símbolos y elementos normalizados y reglamentados se utilizan de manera arbitraria sin que sea percibido cómo anormal o extraordinario por los mandos ni por los soldados. Estas aparentes contradicciones no podrán ser percibidas por alguien ajeno a la cultura y a la institución militar. Por ejemplo, una manifestación aparentemente fácil de detectar de tal aspecto reside en el uso de determinadas prendas o de divisas e insignias que en ocasiones son utilizadas sin respetar las normas de uniformidad, sin que ello despierte un recelo aparente. Así, podemos encontrar sujetos, e incluso unidades, que hacen uso de prendas o distintivos que no son reglamentarios, como hebillas de cinturón con el escudo del arma al que pertenece la unidad,



cuando lo reglamentario es el uso del escudo del Ejército de Tierra<sup>1</sup>. Otro caso podría ser el uso inadecuado de determinadas prendas de vestir por parte de algunas unidades por orden de su propio jefe, como utilizar el pantalón del uniforme de paseo remetido en las botas de campaña, cuando la uniformidad regula que tal pantalón se utilice con zapatos. La dificultad que señalo, por parte de quien no conoce el mundo militar, no reside tanto en el desconocimiento de las normas que lo regulan, sino en el hecho de que la trasgresión de las mismas no se ve realmente cómo tal por los que lo hacen, ni tampoco por la mayor parte de los miembros de la cultura militar, por lo que difícilmente podrán reflexionar sobre ella si no se les hace ver previamente que son precisamente trasgresiones, aunque estas aparezcan cómo hechos cotidianos y no como excepciones. Algo parecido sucede con el conocimiento de muchos aspectos de la propia cultura, pues resulta sorprendente ver como muchos aspectos de la tradición cultural y de los símbolos y procesos rituales no son conocidos por los propios militares, y mucho menos por los soldados de reemplazo. Debo decir que muchos de mis interlocutores e informantes se mostraban expectantes y curiosos<sup>2</sup> ante las explicaciones que les daba sobre algunos aspectos de la cultura militar, con lo que pude corroborar las reflexiones de Rabinow (1992:126) sobre el desconocimiento de los nativos sobre algunas de las leyendas locales de algunos pueblos de Marruecos donde trabajó.

Hecho este breve inciso continuaré desarrollando algunos datos autobiográficos que permitan comprender al lector algunos aspectos del por qué de ésta tesis y de su particularidad. Para ello me ajustaré al referente cronológico, por lo que en primer lugar plantearé algunas observaciones sobre como adquirí mi condición militar.

## ***P.1- Mi condición militar.***

### *P.1- 1- Mis orígenes, (la forja de un deseo).*

Mi deseo de ser militar estuvo influenciado por mis vivencias de la infancia. Soy hijo de militar, y mi hermano mayor también siguió la carrera de las armas, lo que unido al hecho de haber nacido en Ceuta, ciudad “castrense” donde las haya, y de haber pasado mi infancia entre cuarteles y pabellones militares hizo que para mí la vida militar fuese algo cotidiano y natural.

Por otra parte, no debemos olvidar que en los años sesenta existían claras similitudes entre la vida en las escuelas y la vida en los cuarteles, pues el franquismo impregnaba toda la vida

---

<sup>1</sup> Quiero señalar que las consideraciones que aportaré a lo largo de la tesis se centran básicamente en el Ejército de Tierra, pues es al que pertenezco, y al que puedo acceder de forma continuada y objetiva, pero normalmente lo que diga podría aplicarse a la Armada y al Ejército del Aire.

<sup>2</sup> Confieso que yo mismo sufrí ese proceso en muchos casos, pues como nativo tampoco había reflexionado ni profundizado sobre tales aspectos.

social. Recuerdo claramente las formaciones del colegio, los actos y eventos en los que entonábamos el “cara al sol”, y los sistemas de represión propios de la época, en los que los maestros tenían que seguir las directrices marcadas por el sistema. Los referentes de la Patria, como “una, grande, y libre”, y los “héroes” de la misma formaban parte ineludible de la formación adquirida en los colegios. Incluso cuando nos trasladamos de Ceuta a Castellón de la Plana en el año sesenta y siete, seguían vigentes muchos de los aspectos referidos. Sobre este cambio de residencia quisiera mencionar que aunque sólo tenía siete años significó mi primer choque cultural, pues el “sagrado” territorio patrio donde debían habitar las esencias de la españolidad única y monolítica que se me había inculcado se ponía en tela de juicio, especialmente por el hecho de que en Castellón hablaban el valenciano, lo que me chocó sobremanera, a pesar de estar acostumbrado a oír hablar en árabe, y en “andaluz”.

En el año 1974, a la edad de quince años mi padre fue destinado a Valencia, pero en ésta ocasión los cambios para mí iban a ser aun mayores, pues mi padre me sugirió ingresar en un centro militar de formación, por lo que me vi inmerso en un nuevo mundo que marcaría el resto de mi vida.

### *P.1- 2 La construcción del nativo; el instituto politécnico, (1975 - 1978) un periodo de transición.*

En el mes de septiembre de 1975 me incorporé a la entonces Escuela Central de Formación Profesional del Ejército de Tierra<sup>3</sup>. La Escuela tiene sus orígenes en el año 1943 en el que se constituye como un centro especial para la formación técnica de jóvenes de toda España, y en el que se imparten enseñanzas de carácter profesional, especialmente de las ramas de la mecánica y del automóvil. Se encuentra ubicada en Carabanchel Alto, muy cerca de los entonces límites del casco urbano, en uno de los barrios periféricos de Madrid.

Respecto a los años que pasé en este centro destacaría los cambios acaecidos en la historia de España<sup>4</sup> y del Ejército. Pero debo señalar que las percepciones de lo que sucedía fuera de aquel mundo errado eran muy vagas y confusas para mí y para mis compañeros, pues

---

<sup>3</sup> Se trataba de un centro militar de formación técnica donde los alumnos éramos niños que vivíamos en un régimen de internado y bajo un modelo de vida de carácter paramilitar, nuestros profesores y tutores eran militares.

<sup>4</sup> Granados (1977) describe de forma minuciosa la mayor parte de los eventos destacados de este año, en los aparece como más destacado el que da título al libro, la Instauración, es decir el establecimiento de un nuevo modelo de gobierno tras la muerte de Franco. Pero también destacan hechos como los actos terroristas, las huelgas y manifestaciones sociales, los problemas del Sahara y los conflictos con Marruecos con la famosa Marcha Verde, y la ejecución de algunas penas de muerte como muestra de los últimos coletazos del Antiguo Régimen. También se recogen los arrestos de oficiales de los ejércitos, entre los que destaca el del entonces comandante Julio Busquets. Otro evento de interés será el cese del entonces jefe del Estado Mayor “El teniente general Manuel Díez-Alegría” por su defensa de la creación de un Ministerio de Defensa que englobase a todas las Fuerzas Armadas. También se celebró el año mundial de la mujer, y otros muchos aspectos y acontecimientos relacionados con la iglesia, el ámbito laboral y el político.

dedicábamos nuestra atención al estudio, al trabajo en los talleres, y a evitar ser arrestados para poder salir de permiso los fines de semana y ver la realidad del otro lado del muro.

Uno de los primeros sucesos que acaecieron tras mi ingreso en la Escuela fue la muerte de Franco, lo que supuso una serie de cambios que nos afectaron de forma directa. La Escuela de Automovilismo pasó a llamarse Instituto Politécnico, los alumnos cambiamos nuestra indumentaria de diario, que consistía en un mono de color azul por un uniforme de corte más moderno de color gris. También conllevó un incremento de las inversiones y la modernización de los medios a lo largo de los tres años en que estuve allí como alumno, entre los que destacaría la construcción de un gimnasio y nuevas aulas y talleres.

Los cambios generales y de nuestras condiciones de vida manifestaban esperanzas y deseos de reforma. Era cómo si el centro reprodujese los acontecimientos que se producían en el exterior y de los que los alumnos no éramos muy conscientes, aunque seguía predominando el esquema propio de las denominadas instituciones totales<sup>5</sup> en cuanto al aislamiento, separación y control a que nos veíamos sometidos, tanto en el ámbito físico como intelectual.

En cualquier caso, las salidas que disfrutábamos estaban marcadas por la ansiedad de ver y sentir lo que para otros resultaba cotidiano, por lo que dedicábamos el poco tiempo libre del que disponíamos a la búsqueda de placeres mundanos y de divertimento.

Mi primer recuerdo sobre mi entrada en la Escuela de Automovilismo se vincula con la partida desde la estación de Valencia, donde un cabo primero recogía a los alumnos procedentes de la comunidad valenciana. Nos reunió y nos llamó uno a uno por nuestros apellidos para verificar la presencia de todos, con lo que ésta sería la primera lista de presente militar, de un interminable pasar lista que caracterizará mi vida a partir de ese momento, y que se repetirá durante casi todos los días, de casi todas las semanas, de casi todos los meses de los siguientes siete años de mi vida. Mi padre y mi madre fueron a despedirme, y aún recuerdo cómo al empezar el tren su andadura, vi correr las lágrimas de mi madre de la que me separaba por primera vez por un periodo de tiempo tan prolongado, y recuerdo que de algún modo sentí que ya no volvería a estar bajo su protección nunca más. En el tren se palpaba en el ambiente cierta ansiedad, pues estábamos temerosos ante lo que nos esperaba, pero al poco tiempo empezamos a envalentonarnos y gastarnos bromas para pasar el tiempo, intentando aparentar una entereza y madurez de la que sin duda carecíamos. El viaje duró más de diez horas, en un vagón de segunda clase de un tren expreso.

Al llegar a Madrid por la mañana nos esperaba un autobús que nos llevó directamente al Centro. Recuerdo que al atravesar el umbral del mismo note una extraña sensación, pues a

---

<sup>5</sup> Para confirmar y profundizar en este aspecto podemos atender a las características de la institución total, descritas y tratadas ampliamente por Goffman, y que aplica, en mi opinión acertadamente, Anta Félez en su tesis doctoral (1994).

pesar de que estaba acostumbrado a entrar en acuartelamientos de todo tipo, tuve la sensación de que en ésta ocasión era diferente, pues la manera, razón, y condición por las que entraba en un acuartelamiento eran distintas a todas las anteriores. En esta ocasión no sentía la protección de mi padre, y mi único aval era yo mismo. No se trataba de una visita, sino que iba allí para quedarme, para permanecer en su interior por un periodo de tiempo prolongado y para someterme al sistema de forma total. Recuerdo que lo primero que me impactó fue la imagen de la calle principal que unía de forma espacial y simbólica la puerta de entrada con la puerta de acceso al edificio principal del Centro, donde se encontraba el jefe y la jefatura de estudios y de mando. Esta calle consistía en una larga carretera asfaltada con setos verdes a ambos lados que servían de linde a las aceras junto a las que emergían algunos edificios.

En la entrada se abría también una calle transversal a la principal, a la izquierda un bloque de ladrillo color rojizo y unas cocheras, a la derecha otro edificio similar pero más grande, y enfrente del mismo una pequeña zona ajardinada. Sin embargo, lo que resultaba más relevante no eran los edificios, sino los altos muros y la gran puerta de color verde con el lema “Todo por la patria” que encerraban el conjunto, separándolo del resto del mundo que se percibía distante a pesar de su proximidad, pues sólo una calle separa la entrada principal de la escuela de las viviendas civiles.

El autobús nos llevó hasta los dormitorios, donde se presentó el cabo primero que sería nuestro guía y tutor directo a partir de ese momento. Me asignaron la cama de arriba de una de las literas que se disponían en dos filas enfrentadas en una escrupulosa alineación. Debajo de mí dormiría Francisco Sánchez Sánchez, de El Cuervo (Sevilla), uno de los cuarenta y cinco compañeros que componíamos el grupo (F) de primer curso de ese año. Se nos entregó el equipo y la ropa del centro: un par de monos de trabajo y calzado, así como un uniforme de paseo compuesto por camisa y pantalón gris, una corbata con goma de color amarillo correspondiente al primer curso, y una vistosa chaqueta de color azul con un flamante escudo del centro (un yunque y una media corona dentada) bordado en el bolsillo de la misma, en el que rezaba el redundante lema “*servir para servir*”. Se me asignó también un número que serviría para identificarme, y como referente para entregar y recoger la ropa de la lavandería, con el que tuvimos que marcar nuestras prendas, el mío era el 3337. En ese momento empezábamos a sentirnos etiquetados, clasificados en un sistema en el que el individuo es definido por su lugar en el grupo, que a su vez ostenta un lugar dentro del curso, y éste dentro del centro, que a su vez era encasillado entre los centros de enseñanza, y del Ejército.

Al día siguiente de incorporarnos, nos cortaron el pelo y formamos con nuestra nueva indumentaria, que se constituiría en una especie de segunda piel, ya que nos la quitaríamos en muy contadas ocasiones. Dentro de esta dinámica de homogeneización y estructuración

formal empezábamos de manera intuitiva a crear grupos informales por criterios de edad, o por los lugares de procedencia. Estas relaciones informales giraban en grupos numerosos tipo pandilla, o reducidos de tan sólo dos individuos, con los que intentábamos romper la homogeneidad y la estructura impuesta.

Permítaseme la licencia de comentar una pequeña anécdota que ilustra el paso de una conciencia previa de la vida militar en la que la percibíamos como algo idílico, a una toma de conciencia de la cruda realidad. Al día siguiente de la incorporación el cabo primero que se nos había designado como tutor, -era de mediana estatura y aspecto un tanto enclenque, y tenía el pelo totalmente cano-, pidió voluntarios para ser “gastadores”. Dada nuestra inocencia salimos algunos, de los que eligió a los más altos y a los corpulentos -entre los que me encontraba-. Ante nuestro asombro, nos entregó unas escobas conminándonos a barrer con energía la calle de los dormitorios hasta “gastar” las escobas. Esta primera experiencia nos sirvió para darnos cuenta de que los referentes que poseíamos hasta entonces no iban a servirnos para nada en el nuevo mundo.

Después de la incorporación entrábamos en una dinámica caracterizada por la rutina y la norma, en la que se nos impartiría una instrucción similar a la militar pero sin armas, y los días transcurrirían entre las clases, las prácticas de taller, las formaciones y la asistencia a estudio. Sólo en días muy señalados se rompería esa monotonía, lo que se notaba también en una mejora de la comida, hecho típico para marcar acontecimientos festivos. Para nosotros únicamente se notaba un mayor cambio y algarabía en las fechas próximas a las vacaciones, en especial las de verano, pues suponían el paso al siguiente curso y la consolidación como “veteranos”. Cambiaríamos el color de nuestras corbatas y tendríamos por debajo de nosotros a un nuevo contingente de jóvenes inexpertos de primer curso.

En este momento el desfogue era general y nos entreteníamos en rajarnos los pantalones de los uniformes de trabajo, que servía como acto de rebeldía y como una manera de desahogarnos y simbolizar la ruptura temporal con el curso anterior y con nuestra condición de novatos. Este hecho no solía ser reprendido por los mandos, lo que evidenciaba la tolerancia de determinadas pautas de comportamiento que, yendo contra la norma, constituían una manifestación de la asimilación y fortalecimiento de los vínculos de unión entre los grupos, con lo que los objetivos prioritarios parecían cumplidos. De todas formas, nos apresurábamos en cambiarnos la prenda maltratada para evitar posibles represalias.

En esta fase transgredíamos la más elemental regla de jerarquía con los inmediatamente superiores, los cabos primeros, por lo que alguno acababa en el depósito de agua. El poder transgredir la norma respondía a un mecanismo de desahogo para los inferiores, que podían manifestar únicamente en ese momento su rebeldía contra el sistema impuesto. Así, como

sucede en los carnavales o en las fiestas populares, los que ocupábamos los puestos de inferioridad, tomábamos en esa ocasión, y de manera excepcional, la iniciativa. En este caso éramos los niños, los adolescentes, los que manejábamos a los hombres, a los adultos. Considero que tales hechos jugaban un doble papel, por un lado permitían una especie de catarsis colectiva en la que los que habíamos estado sometidos durante todo el año nos liberábamos simbólicamente y temporalmente de nuestras ataduras, a la vez que sometíamos a nuestros superiores, a nuestros represores, a una especie de humillación, y confieso que aunque era una farsa resultaba igualmente efectiva. Por otra parte, nos servía como referencia para asimilar una nueva identidad que nos esperaba en el curso siguiente. El pasar de un curso a otro superior suponía una ruptura con el pasado y una entrada en una nueva etapa, que nos acercaba un poco más a nuestra meta.

No recuerdo con claridad que se produjesen novatadas por parte de los alumnos de grupos superiores. Aunque, debo decir que las relaciones entre los grupos estaban marcadas en todo momento por la presencia de los mandos de cada curso, lo que era suficiente para disuadir cualquier acto de dominación por alguien que no fuera el propio mando. Además, lo normal era que los alumnos de los cursos superiores ignorasen a los de los cursos inferiores, y éstos a su vez intentaban no entrar en la línea de acción de los demás, con lo que la separación entre las partes permitía la armonía deseada. La mayoría de las instalaciones eran independientes, y en caso de usar las mismas instalaciones lo hacíamos a horas diferentes. Aún así, se daban circunstancias en las que se gastaban algunas bromas a los novatos. Una consistía en mandar a los alumnos de primer año a pedirle "gamusinos" a algún maestro de taller, otra variante consistía en mandarles a por un radiador de agua de un Citroën 2CV (vehículo refrigerado por aire y que no disponía de dicho radiador). Ello solía exasperar al susodicho maestro, por ser la veinteava vez que le mandaban a un joven incauto, aunque en ocasiones se evidenciaba una sonrisa oculta del mismo, pues rememoraba sus propias vivencias –la mayoría habían sido alumnos del centro-, a la vez que actuaba como muestra de la aceptación del ritual como parte del proceso de asimilación en el que todos, y todo, jugaba su papel.

Los cabos primeros realizaban con frecuencia acciones que pudieran considerarse de novatada o actos de dominación. Hacían "redadas" recogiendo el tabaco de los que fumaban a escondidas en los aseos comunitarios, pues estaba prohibido fumar. También nos sustraían las revistas eróticas o pornográficas, amenazándonos con decírselo a los mandos tutores. De esta forma reafirmaban su propio status dentro del "Todo cuartelero". Por otra parte, debo decir que todos rompíamos la norma, y cada uno a su manera aprovechaba esa trasgresión, reproduciendo los mecanismos propios de la picaresca popular de nuestra cultura.

Al final del curso las horas de estudio se convertían en un trasiego de literatura lúdica

siempre y cuando no tuviésemos asignaturas pendientes. Otro recuerdo de estos días del final de curso era tener que acostarnos cuando todavía lucía el sol, la norma era la norma, y al toque de silencio teníamos que estar en la cama como buenos chicos, lo que sería una constante en toda mi vida en las academias militares.

Cumplir las normas constituye una constante en la vida militar, especialmente en las fases de aprendizaje. La norma establecida responde a unos principios institucionales que no tiene porqué estar amparada en el sentido común. El sistema crea un discurso propio y blindado ante cualquier interferencia externa, y no permite ningún cuestionamiento del mismo por muy fundamentado que esté. Lo que se pretende con ello no es adaptarse a un principio de eficacia contrastable en cuanto a una racionalización de procedimientos, sino el establecimiento de mecanismos que sirvan para someter a los individuos a unos criterios que parten de la superioridad. Ello tiene como fin el mantenimiento y permanencia del propio sistema, por muy ilógico que éste parezca, lo que se busca es que el individuo obedezca cualquier orden por absurda que pueda parecer, para lo que la rutinización de tareas constituye una técnica adecuada desde el punto de vista de la institución. Así pues, la propia rutina de acostarse todos los días a la “hora de las gallinas”, hacía que acabásemos aceptando de manera fatalista todo lo que acontecía en nuestra vida militar. De esta manera interiorizábamos el principio establecido que acababa convirtiéndose para nosotros en algo normal e inevitable.

Los procesos de sometimiento y de anulación de la libertad individual a la que éramos sometidos eran criticados entonces por nosotros, pero a la vez aceptados en gran medida pues a través de ellos percibíamos la necesidad de un control sobre el individuo y sobre el grupo. El proceso y categorización en criterios de veteranía nos hacía asumir que, en un momento dado, nosotros estaríamos en disposición de imponer los mismos procedimientos y principios a otros. Este planteamiento era prioritario en la filosofía de la época, en la que una de las razones fundamentales del sistema se amparaba en el control absoluto del personal en todo momento y lugar. No sólo se trataba de controlar a los alumnos o soldados, sino que se ejercía un exhaustivo control sobre los propios mandos, que debían estar disponibles y localizables de forma permanente<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Art.175 RROO FAS (1.978): *El lugar habitual de residencia del militar será el de su destino. Por circunstancias atendibles podrá autorizársele a fijarlo en otro distinto, con la condición de que pueda cumplir adecuadamente todas sus obligaciones. Dentro del territorio nacional podrá separarse de la localidad de destino con la limitación que imponga la posibilidad de incorporarse a su unidad en los plazos fijados por el jefe de ella. Para salir al extranjero, además de observar las mismas prescripciones que el resto de los ciudadanos, deberá de disponer de autorización de sus superiores.*

En todos los casos, tendrá obligación de comunicar en su destino el lugar de su domicilio habitual o eventual, con objeto de que pueda ser localizado si las necesidades del servicio lo exigen.

### *P.1- 3- El recluta; el soldado: Paso de alumno “niño”, a “proto-hombre”.*

Al final del tercer curso nos convertíamos en reclutas, por lo que realizábamos un periodo de instrucción básico como cualquier soldado de reemplazo. Para ello fuimos separados de nuestra escuela, que se había convertido en “nuestra casa”, como nos decían continuamente. Como soldados debíamos pasar por todos los estadios del denominado *rito de paso*. El proceso significaba un cambio, aunque no tan dramático como lo era para un joven de la calle, pues todos asumíamos que ese cambio formaba parte de nuestra condición de alumnos, y más que un cambio constituía una fase más de nuestra formación y condición “libremente elegida”. Además se nos había socializado y mentalizado desde el primer día para ello.

Por otra parte, la trayectoria profesional del militar se basa en un constante reaprender lo aprendido, de forma que en los diferentes cursos se establecen mecanismos dirigidos a conseguir en el sujeto el reaprendizaje y reafirmación de los valores ya adquiridos. El objetivo principal para el sujeto lo constituye la consolidación de la condición militar, aunque sea en un puesto o status diferente. Lo que realmente se realiza es una especie de remilitarización continuada, en la que a través de diversos procesos de relaciones con nuevos compañeros o colectivo de referencia, es decir oficiales, suboficiales, tropa, etc., se va reafirmando todo un mundo de valores y referentes ampliamente aceptados y consolidados como auténticos y legítimos por si mismos para definir las pautas de acción y de relación del militar. En los cambios de empleo se dan circunstancias similares, aunque no tan pronunciadas como en los cambios de categoría militar. Tal reaprendizaje tiene como fin contribuir a hacer aceptable lo inaceptable en otro contexto que no sea el militar, pues fórmula el principio de llegar a dar la vida sí la situación se presenta.

El paso de alumno “niño” a recluta era marcado por el cambio de uniforme, hecho que para otros podía resultar un tanto dramático, pero para nosotros constituía un motivo de júbilo, pues significaba que dejábamos de ser niños y pasábamos a ser soldados -aunque realmente fuésemos unos *niños soldados*-. Los “verdaderos soldados de la época” tenían una visión del mundo diferente a la nuestra, a sus veintiún años no sabían nada sobre la vida militar, mientras que nosotros éramos unos veteranos en las guisas castrenses.

Por otro lado, habíamos acabado una parte de nuestro ciclo formativo y pasábamos a ocupar un estadio superior en nuestros referentes inmediatos. Nos sentíamos orgullosos, y lo plasmábamos haciéndonos fotografías con el nuevo uniforme, queriendo reflejar a toda costa que habíamos dejado de ser niños. También suponía que las relaciones con nuestros antiguos profesores y tutores cambiaran de forma radical, pues para ellos también debíamos dejar de ser niños y nos convertíamos en soldados a todos los efectos. La actitud paternalista de algunos mandos para con nosotros, -a quienes tradicionalmente se nos denominaba por el



apelativo de “los niños”-, debía erradicarse de forma rotunda y brusca.

El periodo de instrucción básica como recluta transcurrió en el campamento de Montelarreina (Zamora), donde nos enseñaron el uso de las armas y los aspectos fundamentales de la denominada instrucción básica, que por nuestra particularidad como especialistas compaginábamos con el curso de cabos. El campamento se encontraba a la orilla del río Duero próximo al pueblo de Toro. Comprendía una gran extensión de terreno con zonas de campo y algunas explanadas donde realizábamos la instrucción de orden cerrado y algunos ejercicios tácticos. En las proximidades de la entrada se encontraba el centro de mando y algunas instalaciones de mantenimiento, y al lado de estos había unas zonas reservadas para las grandes tiendas de campaña de tipo cónico<sup>7</sup> donde nos alojaríamos en grupos de unos diez o doce con nuestros enseres. Junto a una explanada había una piscina vacía, una zona de duchas al aire libre en forma de pasillo serpenteante, una zona de lavabos al aire libre para asearnos, y unas “estupendas” letrinas. También existía una zona con bancos corridos protegidos de la lluvia por un techo apoyado sobre grandes pilares pero sin ningún tipo de paredes o elementos que nos protegieran del aire. Aquello era el comedor, y también el aula para recibir las charlas y clases teóricas; alternábamos su incomodidad con la del suelo de cualquier zona que tuviese una buena sombra, sobre todo después de las comidas. Cerca del campamento se extendían un campo donde realizábamos las marchas y ejercicios tácticos.

En cuanto a los acontecimientos que se sucedieron en ese periodo, se iniciaron como es tradicional en el mundo militar iniciático, con un viaje desde el Instituto Politécnico N° 1 del que salimos de madrugada cargados con el equipo individual y una bolsa con las vituallas para el camino. Fuimos andando al acuartelamiento General Bahamonde, donde se encontraba el Regimiento de Zapadores Ferroviarios que se encargaría de facilitarnos los medios de transporte para llevarnos al campamento. El medio en cuestión consistió en un antiguo tren militar, compuesto por vagones de madera que tenía que ceder el paso a todo aparato que transcurriera por las mismas vías. Tardamos más de tres horas en llegar a la estación de Chamartín donde recogimos a nuestros “colegas” procedentes del Instituto Politécnico N° 2 de Calatayud, con los que realizaríamos el periodo de instrucción básico. Una vez que montaron continuamos con el lento y penoso viaje, y llegamos a nuestro destino final varias horas después, al anochecer y para colmo lloviznando. Al llegar tuvimos que recoger las sábanas y mantas de las camas, y distribuir nuestros pertrechos en las tiendas.

La ruptura con nuestros referentes era evidente, no sólo porque había cambiado nuestra

---

<sup>7</sup> Este modelo de tienda era tradicional en el ejército, y sigue siéndolo en algunos lugares, se usan para alojar a personal durante periodos no demasiado prolongados. Son de fácil montaje y no necesitan mucho cuidado, además de poseer una gran capacidad. Valga como muestra la película titulada, *Quince bajo la lona*, 1956, en la que se relatan las peripecias de quince aspirantes a las milicias universitarias de la época que pasan por un campamento muy similar al que describo de Montelarreina.

condición de alumnos, sino porque el lugar al que nos llevaban estaba alejado de nuestro entorno habitual. Además estaba emplazado en medio del campo, sin ningún lugar “civilizado” a menos de una hora de camino andando. Es evidente que la primera fase del rito de paso, el rito de separación, según señala Leach (1989:107-110) se estaba llevando a cabo de forma exhaustiva. Se nos había rapado, entregado una nueva ropa, vacunado, y llevado de un lugar (A) a otro lugar (B) aislado y distante de todo referente previo. Ese distanciamiento hacía que estuviésemos ansiosos por la llegada del fin de semana, en el que “si habíamos sido buenos” podíamos disfrutar de un merecido permiso, en el que la mayoría nos desplazaríamos a nuestros lugares de origen en una flota de autobuses que se fletaba para tal fin.

Una vez concluido el periodo de formación básica nos trasladamos nuevamente al (IP N°1), donde después de unos días de ultimar los preparativos realizamos nuestro juramento ante la bandera. En mi caso, como en el de la mayoría de los jóvenes que realizan el servicio militar fuera de sus lugares de origen, este fue el único evento lo suficientemente importante para que mis padres se prestasen a hacerme una visita en el acuartelamiento, en el que había pasado tres años, desde los quince a los dieciocho años. Tras la jura de bandera, y después de unos días de permiso volvimos a presentarnos en el Instituto Politécnico para completar nuestra fase de formación y de mando, pues ya habíamos ascendido a cabos. Durante los meses de julio y agosto realizamos el curso de cabos primeros, con los correspondientes exámenes y notas de conducta que definirían el número de escalafón por el que pediríamos destino. Obtuve una buena calificación y pude quedarme en Madrid como era mi deseo.

#### *P.1- 4- El soldado (1978 -1979).*

Después de unos días de permiso me incorporé a la Escuela de Automovilismo del Ejército en Villaverde Alto (Madrid). Ingresé junto con algún compañero un domingo a última hora, y fuimos conducidos directamente a los barracones de la compañía de tropa. En ese momento sólo podíamos acostarnos, pero surgió el problema de dónde hacerlo ya que no teníamos asignada cama y nadie sabía nada de nosotros, o no habían previsto nada al respecto. El conseguir una cama se convirtió en toda una aventura después de recoger unas sábanas nos tumbamos en unas que estaban aparentemente libres. A media noche nos “despertaron” los supuestos "dueños" de las mismas, que volvían de pasar el fin de semana fuera del cuartel. Se trataba de soldados veteranos que sin ningún miramiento nos tiraron de la cama al considerar que éramos unos novatos dado nuestro rostro adolescente. Para nuestra sorpresa tampoco cambiaban de actitud al identificarnos como cabos, algo que nos resultaba incomprensible, pues veníamos de un mundo ficticio en el que se le daba una relevancia especial al hecho de

serlo. Extrajeron nuestras sábanas de "sus" camas y se acomodaron bruscamente en ellas sin prestarnos mayor atención para sumergirse en un profundo sueño a los pocos minutos. Entre tanto, nosotros como unos huérfanos desamparados nos acomodábamos en otras que estaban aparentemente libres con la esperanza de que no se repitiese el desagradable suceso.

Estos hechos reproducían, los procedimientos de *rechazo/exclusión* propios del primer contacto con los veteranos, cómo si de una pauta general se tratara. Nosotros éramos para ellos simples novatos y la graduación no parecía tener sentido en esas instancias. A los dos días de estar en la unidad aparecimos ascendidos al empleo de cabo primero y las cosas cambiaron sustancialmente. El primer cambio consistió en trasladarnos al dormitorio de los cabos primeros especialistas que estaban en una habitación próxima al barracón de tropa, pero separada. Éramos unos quince, todos procedentes de los Institutos Politécnicos, aunque de distintas promociones. Al acceder a la condición de cabo primero tuvimos unas duras experiencias en las relaciones con los soldados de reemplazo, (hombres hechos y derechos, de veintiún o más años, veteranos en muchos casos, a los que teníamos que mandar y ganarnos su respeto); a su lado éramos unos críos, alguno de mis compañeros tenía dieciséis años. Esto suponía uno de nuestros grandes retos, pues nuestra condición no era especialmente ventajosa en un principio, sobre todo al compararla con la que se daba con los cabos y cabos primeros procedentes de la recluta normal. También éramos clase de tropa, pero a diferencia de nuestros homónimos, es decir los cabos y cabos primeros de reemplazo, a nosotros no nos miraban de igual modo, nos veían como una especie de "*militarotes de juguete*", jovencitos con afanes de grandeza que jugaban a ser soldados. Tendríamos que luchar contra ese obstáculo, y recurrir a métodos amparados en el apoyo y poder que te infieren los empleos según las normas, como recogen los artículos correspondientes a dichos empleos en las RROO.

Como elemento destacado de ese periodo señalaría que tal situación me llevó a imponer mi primer arresto a un soldado, lo que me produjo una serie de sensaciones contradictorias. Con ello, conseguí ganarme si no la confianza y el respeto, por lo menos el convencimiento por parte de los soldados de que si llegaba el caso arremetería contra cualquiera hasta el final. Lo cierto es que como mecanismo de poder y de hacerse obedecer resultaba eficaz. Dadas las circunstancias, y mi propia inmadurez personal, resultaba más fácil y cómodo aplicar este procedimiento que el de ejercer el mando por el conocimiento y la comprensión, que sin duda requiere una mayor preparación y madurez personal y profesional. Este planteamiento es válido si no olvidamos, lo expuesto con anterioridad, según lo cual yo era el supuesto novato, por lo que debía demostrar que también era el que mandaba según el orden jerárquico militar<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Art. 12 RROO FAS: *El orden jerárquico castrense define en todo momento la situación relativa entre militares, en cuanto concierne a mando, obediencia y responsabilidad.*

También había aprendido que, cómo en toda organización compleja, los colectivos tienden a estructurar estereotipos y a encasillar a los individuos según los rasgos que más destaquen en su conducta y personalidad, y en este caso, los soldados usaron los propios para conmigo. Así pues, en ese momento de inexperiencia y "novatez" parecía lo más conveniente pertenecer al grupo de los "duros" para hacerse valer y respetar, si no cómo persona sí como mando, pues en algún caso parecía que era el único recurso del que podía valerse alguien que no tuviese ningún otro referente de autoridad. Para los soldados más veteranos, éramos más novatos como militares que ellos, más jóvenes que ellos, y habíamos llegado a la unidad después que ellos. Por tanto, según su esquema basado en la antigüedad y en el llamamiento, éramos menos que ellos.

En esta fase, sin embargo, empezaron a manifestarse en mi persona inquietudes contradictorias respecto a mi sistema educación técnico-militar. Las razones de ello creo encontrarlas en diversos referentes de mis experiencias previas y en que hasta ese momento no había tenido que tomar decisiones personales. Durante toda la fase previa, primero como "niño en casa", después como alumno interno en un centro militar -"niño en el colegio"-, y finalmente como recluta y cabo alumno -"niño en el cuartel"-, no había tenido posibilidad de tomar decisiones serias por mí mismo. Mi vida había estado dirigida, controlada y supervisada de forma constante y absoluta por mis padres, mis profesores y mis jefes. Siempre me habían dicho lo que tenía que hacer y cómo tenía que hacerlo, habían controlado mi vida sin permitirme más responsabilidad que la de aprobar los cursos y ser un "buen chico" según el modelo establecido. Sin embargo, como cabo primero el sistema me confería la autoridad para tomar algunas decisiones, -si bien pocas todavía-, pero sobre todo me otorgaba el tener que asumir ciertas responsabilidades para con los soldados.

Por otra parte, esta nueva situación me confería lo que para mí era una "gran libertad", por lo que experimenté por primera vez las grandes dudas sobre mi existencia en cuanto a que yo, "y sólo yo" decidiría qué hacer en mis horas de ocio. Por primera vez en tres años podía ver la calle todos los días de la semana, ver a la gente ir y venir constituyendo un desfile multicolor y lleno de diversidad y contrastes, que rompían el mundo homogeneizador y repetitivo del que yo procedía y al que había estado sometido previamente. Debo decir que, como yo, estas sensaciones las han tenido sujetos que han pasado por vivencias similares. Incluso en momentos recientes algunos sujetos me han manifestado que también han sentido durante un largo periodo de tiempo esa sensación de libertad a través del contacto con la "gente normal", y que han disfrutado -y siguen disfrutando- enormemente con ello.

Si bien es cierto que en los años de alumno salía los fines de semana y disfrutaba de vacaciones y permisos, estos contactos estaban siempre supeditados a la idea de la vuelta al

instituto lo que me provocaba gran ansiedad. Durante el periodo de alumno las salidas eran esporádicas y muy limitadas, por lo que el tiempo era "oro" y los desplazamientos solían tener un fin concreto, no permitiéndome en la mayoría de los casos disfrutar simplemente de un paseo o percibir con profundidad lo que me rodeaba. Podría decirse que era una especie de sonámbulo perdido en un mundo que se veía corriente para los demás pero que se hacía, para mí ajeno y distante. Realmente yo era el extraño, ya que había sufrido un proceso de socialización y aculturación dentro de un mundo que estaba físicamente próximo al de la calle, pero a la vez enormemente distante del mismo.

Podría decir, que este año constituyó, de algún modo, mi segundo gran encuentro con el "otro", cómo me ocurriera al llegar a Castellón procedente de Ceuta durante mi niñez. Hasta entonces mi mundo había sido muy simple, y había estado anclado en un profundo reduccionismo, era un mundo dividido en dos grandes referentes donde los militares y los eclesiásticos ostentaban el mayor peso para con nuestras vidas, sólo había un *nosotros* que se erigía cómo el referente válido, y por el contrario existían un *los otros* compuesto por aquellos que no pertenecían a nuestro grupo, y a los que había que mirar con recelo.

Este año como cabo primero especialista fue muy intenso en mi vida por los acontecimientos que se sucedían de forma vertiginosa. Conocí a nuevos mandos y a nuevos compañeros, continué mis estudios de Formación Profesional en el Instituto Politécnico por las tardes. En cuanto a la vida militar debo decir que fue bastante gratificante, pues aunque sólo éramos cabos primeros, al ser especialistas teníamos una serie de ventajas, entre otras la de percibir una compensación económica mayor que la de los cabos primeros de armas, lo que nos hacía la vida más llevadera. Sin embargo, era consciente de que se trataba de una situación transitoria, pues como voluntarios podíamos renovar varios compromisos, pero éramos conscientes de que nuestra situación no suponía una estabilidad laboral. Nuestras salidas eran básicamente tres; la de continuar como cabos primeros hasta que no nos renovaran más el compromiso, la de ir buscando una salida laboral en el mundo civil, o la de acceder a la escala de suboficiales, que era mi objetivo.

Durante ese año estuve destinado en los escalones de mantenimiento de carros de combate, donde disfruté haciendo mi trabajo diario. Ya no eran prácticas ni se me evaluaba con una nota por lo que hacía; tenía que mantener y reparar esas enormes máquinas de guerra, y cuando conseguía hacer que todo funcionase a la perfección me llenaba de satisfacción. Por primera vez en muchos años se me permitía hacer ciertas cosas por mí mismo, aunque sintiese la presencia y supervisión de mis mandos, que jugaron un papel importante para mí en ese periodo, entre otras razones porque tenían un cierto poder sobre mi relativa libertad.

En cuanto a otras consideraciones globales de esta fase que comprende los años 1978 y

1979, se apreciaban cambios en la sociedad española que repercutieron en el mundo militar. Por un lado la figura del rey se iba asentando en el papel de jefe de las Fuerzas Armadas, así mismo el modelo de gobierno democrático iba tomando forma en su, aún, corta experiencia. Dentro de las FAS se vislumbraba cierta inquietud por parte de algunos de sus miembros que pretendían realizar cambios profundos, como era el caso de los que participaron de la denominada UMD (Unión Militar Democrática). La Iglesia empieza a dejar paso a un cierto liberalismo, y la sociedad señalaba una tendencia hacía un modelo laico, lo que de una forma más lenta se vislumbraba en el seno de las fuerzas armadas que habían estado intrínsecamente ligadas a la iglesia, en las que existía el denominado Cuerpo Eclesiástico con la figura del *páter*; un híbrido entre religioso y militar que poseía graduación militar de oficial.

La uniformidad también sufrió modificaciones que evidenciaban cambios internos y de carácter simbólico. En los años 1978 y 1979 se empezó a sustituir el antiguo uniforme de paseo. Éste estaba compuesto por gorra, botas, pantalones cuyas perneras se metían por la bota, y la guerrera de paño grueso y de cuello cerrado con tirilla blanca (de plástico), el nuevo uniforme era más cómodo, con chaquetilla abierta y con corbata en lugar de alzacuellos de plástico, pantalón liso, zapatos, y boina en lugar de la tradicional gorra. Por otra parte, se confeccionó una prenda de verano alternativa, que consistía en una camisa de manga corta y de cuello abierto sin corbata. Estos cambios pueden parecer irrelevantes para algunos, pero reflejaban una serie de mejoras importante por lo que a la tropa se refiere. En primer lugar el soldado dejaría de sufrir el rígido y molesto uniforme de antaño, que además se llevaba todo el año, -no olvidemos que no había uniforme de verano, y puedo asegurarles que la tirilla de plástico alrededor del cuello en pleno mes de agosto en Madrid era un verdadero tormento-. Por otra parte, supuso un cambio cualitativo y simbólico importante, pues en el diseño era igual al de los mandos.

Volviendo a mis vivencias personales diré que acabé con aprovechamiento mis estudios de segundo curso de Formación Profesional de Segundo Grado, incrementé y desarrollé mis conocimientos técnicos a través del trabajo diario en mi destino, y finalmente superé las pruebas de acceso a la AGBS.

*P.1- 5- La formación del militar profesional: vida en las academias militares. (1979 - 1982) La Academia General Básica de Suboficiales (AGBS).*

Las pruebas de ingreso en la academia eran francamente duras, y los niveles de selección elevados, dado el alto número de aspirantes por plaza, aunque este variaba según las convocatorias<sup>9</sup>. Lo que destacaría de estas oposiciones es el carácter selectivo tan tremendo que tenían, pues si bien eran para cubrir unas plazas como suboficiales del ejército de tierra, los niveles exigidos no se correspondían a la dureza de los exámenes y la exigencia de tres años de formación resultaba excesiva<sup>10</sup> para formar a un colectivo que en otros ejércitos es considerado cómo clase de tropa. Por otra parte, la creación de la citada Academia para suboficiales en el año 1974 conllevó un cambio determinante en el ET respecto a los procedimientos anteriores empleados en la captación, selección y formación de los suboficiales. Hasta ese momento el cuerpo de suboficiales se nutría de los cabos primeros regimentales, quienes habían prestado el servicio militar y se reenganchaban. Estos adquirían la condición de suboficiales tras pasar un pequeño periodo de formación en las respectivas academias de las distintas armas y cuerpos. Este modelo premiaba la veteranía, y la supuesta experiencia de la tropa, es decir el tiempo de permanencia en la unidad como cabo primero, de modo que los más veteranos tenían más posibilidades de acceder a los citados cursos de ascenso a Sargento -aunque también contaba la buena conducta y el apoyo de los mandos-. De ahí proviene en parte el calificativo de “chusquero”, al vincularse tal condición al referente temporal, simbolizado por la cantidad de “chuscos” de pan que habían tenido que ingerir durante los años pasados como tropa<sup>11</sup> para poder llegar a ser suboficiales.

Al crearse la AGBS el modelo de acceso a la condición de suboficial profesional cambia radicalmente, estructurándose un modelo de selección basado en una oposición, en la que confluían en igualdad de condiciones tanto el personal procedente de la calle, como los que eran militares en ese momento. La filosofía que regía los procedimientos de formación para con los alumnos de la AGBS en este periodo (1979) tenía como finalidad la creación de un grupo de suboficiales jóvenes y altamente preparados. Para ello se adaptaron en cierto modo los modelos y procedimientos de formación de la Academia General Militar en la que se forman los oficiales de la Escala Superior del Ejército. Esta política generó unos suboficiales con una formación sin igual en el ámbito militar de nuestro entorno, erradicándose con ello la

---

<sup>9</sup> Véase Sanquirico, **La selección de los nuevos suboficiales del Ejército de tierra**, en AAVV (1986), *La enseñanza militar en España*.

<sup>10</sup> El hecho de la desproporción en cuanto a la dureza y tiempo dedicado a la formación de este colectivo, queda corroborado con la reducción en el año 1996 a dos años de formación

<sup>11</sup> En García Serrano (1979), define la expresión “chusquero”: *El oficial que procede de la clase de tropa, veterano sabedor de todos los secretos de la milicia, ducho en el cuartel y en la guerra. Se le llama así -salta a la vista- por el mucho chusco que ha comido a lo largo de su carrera, y por la misma razón algunos le llaman patatero o patata.*

figura del tan polémico “sargento Arencibia” o “chusquero”.

Los tres años siguientes transcurrieron como “caballero alumno”, lo que conllevará una serie de experiencias y vivencias que influirán de forma determinante en mi personalidad y en mi condición militar. El primer año en la AGBS supuso una nueva ruptura en mi vida, pues volvía a experimentar situaciones y procesos ya vividos, en los que se daban diversas fórmulas de actuación que se articulan en torno a aquellos que ingresaban como alumnos “internos” en este tipo de instituciones: separación, aislamiento y enclaustramiento temporal, anulación de la individualidad, anulación total del “yo”, pérdida de libertad e independencia, sometimiento a un proceso de resocialización, control permanente, formación dirigida, evaluación continuada, asimilación sistemática de valores y principios castrenses y patrióticos. Todo ello de acuerdo a los criterios militares de la época, pero también a los particulares de quién ejercía sobre nosotros la mayor influencia, y quién ostentaba el máximo poder desde nuestra perspectiva, que no era otro que el capitán de compañía, lo cual responde a la importancia que la institución militar otorga a esta figura (artículo 50 de las RROO del ET.<sup>12</sup>). Me vería sometido a un proceso de socialización y modelación de acuerdo a un modelo simbólico militar, pero ya no como soldado, sino como mando, como suboficial, como un “otro”, distinto al que había sido unos meses atrás cuando era tropa.

En conjunto significaba la asimilación de una conciencia colectiva distinta, y a la vez más profunda que la anterior y más enraizada en el sentimiento de pertenecía al mundo y a la cultura militar. En este primer periodo nos agrupábamos unos mil doscientos jóvenes con edades comprendidas entre los diecisiete y los veintisiete años, compuesto por sujetos de muy diversas características y de diferente procedencia. Estábamos repartidos e integrados en batallones, compañías, pelotones, escuadras, grupos, etc. Pasaríamos este año en un mundo *distinto y distante* de cualquier referente civil, en un antiguo acuartelamiento situado en la ladera de una montaña desde donde se dominaba un precioso valle, del que nuestro máximo referente era una gran “V” formada por la confluencia entre dos montañas que cerraban el valle y que simbolizaba para nosotros la salida hacia el mundo exterior.

Este primer periodo de formación militar estaba configurado para aquellos que no procedían del mundo militar, pues se podía acceder a la academia desde la vida civil. Esto suponía que el proceso de construcción del alumno se ajustase a los procesos propios del rito de paso, y a la consecución de que éste se enmarcase en un estado liminar propio del iniciado. Así, se daban las circunstancias ideales para separar al joven de su entorno previo, y para aislarlo de cualquier influencia estrena que pudiera contaminarlo. El aislamiento en el mundo

---

<sup>12</sup> “El jefe de una compañía, Escuadrón o Batería tendrá presente que esta Unidad es, en gran medida, fiel reflejo de su capitán, quién debe dar ejemplo permanente de integridad personal, competencia profesional y demás virtudes castrenses”.



de la academia, y los procedimientos de rutinización de tareas, así como los ritmos acelerados de actuación que se desarrollaban a diario en cualquier tarea, permitía dismantelar al sujeto en todos los aspectos, y modelar y construir el ser militar que se pretendía formar.

La Academia se caracterizaba, entre otras cosas, por la omnipresencia de unas grandes letras realizadas con piedras pintadas que destacaban en la ladera de una montaña próxima, a la que todos los años los alumnos debían subir para limpiar y repintar. En dichas letras reza la frase “AGBS A ESPAÑA SERVIR HASTA MORIR”, visible desde cualquier parte.

Presento una fotografía tomada en el año 2004 del lema para que se hagan una idea de su presencia y del impacto emocional que puede suscitar en quienes pasan allí un prolongado periodo de tiempo, y en unas condiciones tan especiales cómo las del régimen de vida de un alumno de una academia militar.



*Lema Academia General Básica de Suboficiales: “AGBS A ESPAÑA SERVIR HASTA MORIR”(2004)<sup>13</sup>.*

Resulta evidente la carga simbólica que representaba para los que pasamos allí un tiempo prolongado, más aún dada nuestra condición de jóvenes ilusionados y adoradores del mundo militar y de la cultura castrense.

Las condiciones de la Academia son óptimas para inculcar en un joven lleno de vitalidad y de deseos de pertenecer al mundo militar los valores y procedimientos que se estimen

---

<sup>13</sup> Quiero señalar que este lema fue retirado el día 20 de diciembre de 2004, lo que de algún modo evidencia algunos cambios en la enseñanza militar. Muchos de los suboficiales que se formaron bajo el mismo vieron tal proceder con cierta tristeza al considerar que les quitaban parte de su seña de identidad, reafirmando así su poder simbólico.

convenientes en ese momento. La separación de todo referente civil o elemento que pudiese distraer o distorsionar las creencias y la fe que allí se fomentaba era absoluta, el contacto con la naturaleza era permanente. La imposibilidad de “escapar” del espacio también favorecía los procesos de resocialización, enculturación y asimilación a los que nos veíamos sometidos por nuestros mandos. Éstos resultaban omnipresentes en nuestras vidas, se constituían como nuestros dueños y señores absolutos, nos enseñaban todo lo que había que saber, regían nuestro tiempo y nuestra conducta, nos otorgaban el derecho a estar o no en un espacio concreto en un momento concreto, definían en definitiva, nuestro deber ser. Y por si esto fuera poco, eran los que controlaban nuestra libertad, nos daban o nos retiraban la posibilidad de salir de la academia en los momentos permitidos. También nos evaluaban y calificaban, determinando con ello nuestra valía como futuros militares y otorgándonos un puesto en el escalafón. Por todo ello acababan adquiriendo para nosotros una condición especial, en la que se elevaban como modelo a seguir y aparecían idealizados en nuestras mentes y en las circunstancias de especial tensión que se vivía durante todo el curso.

Como se puede deducir de los aspectos aquí señalados, los procesos de aceptación, revalorización e idealización de los mandos superiores<sup>14</sup>, quedan plasmados en su máxima expresión como una muestra más de la eficacia de los mecanismos de resocialización y enculturación del mundo militar. Así, en estos centros se articulan los mecanismos para consolidar la total dependencia de los subordinados a los superiores, con lo que se favorece la aparición y consolidación del mito del liderazgo<sup>15</sup>. El conjunto se consolidaba como un todo armonioso e ideal para hacer de los jóvenes e ilusionados cadetes unos magníficos representantes del espíritu y el modo de hacer y de vivir militar, por lo que acabábamos convencidos de pertenecer a un mundo diferente, y a un grupo de hombres superior a los demás. Concebíamos ese universo de forma idealizada, donde las ataduras materiales no tenían cabida, primando los que considerábamos valores supremos, como la entrega, abnegación, sacrificio, disciplina.

En ese contexto pasé un año de "*aislamiento multitudinario*", es decir, separado del mundo exterior pero compartiendo esa separación con otros muchos jóvenes. Aislado en una soledad multitudinaria en la que la intimidad era nula, como se produce en el estado de liminaridad propio de las instituciones totales. Sin embargo, tal situación aportaba los mecanismos adecuados para que surgiese el espíritu de grupo y la camaradería, partiendo de la idea de que en el espíritu militar se establece que el grupo lo es todo y a nadie se le permite estar solo.

Los mandos no nos dejaban ni a sol ni a sombra, nos sentíamos permanentemente

---

<sup>14</sup> Aspectos tratados ampliamente por Anta Félez (1995: 79), pero referidos a la tropa para con sus mandos.

<sup>15</sup> Lo que refiere Kelley (1993).

controlados, lo que nos producía un sentimiento de desconfianza y temor permanente. Siempre notábamos la omnipresencia de alguno de ellos; nuestro sargento instructor, nuestro oficial (profesores y jefes de nuestras respectivas secciones, que eran los encargados y responsables directos de cada grupo o sección durante todo el año académico), nuestro capitán jefe de la compañía (el todopoderoso, padre de todos) y algo más lejano el comandante jefe del batallón, al que nunca veíamos, pero al que todos sentíamos. Por último notábamos de algún modo la presencia (del verdadero Dios), coronel director de la academia.

Los batallones funcionaban, al menos para nosotros, cómo entes independientes y competitivos entre ellos, y dentro de los mismos las compañías rivalizaban unas con otras, cómo lo hacían las unidades menores, las secciones, pelotones y los pequeños grupos. Todo giraba en torno a la competitividad y el afán de superación y de diferenciación para con los demás grupos, fueran estos del nivel que fueran. El individuo no importaba, por sí mismo no era nada, únicamente se hacía referencia a él cuando se le distinguía cómo modelo a seguir por haber destacado por sus notas y su conducta ejemplar, pero en el fondo sólo contaba la unidad. Las actividades que se realizaban estaban continuamente enfocadas a generar una fuerte identidad del grupo en el que se estaba encuadrado, por tanto, diferenciado de otros grupos similares. Para ello se recurría a todo tipo de mecanismos, incluidas las actividades y competiciones deportivas que se constituían en equipos formados por miembros de un determinado batallón, y que competía con los de los otros batallones, o con miembros de una determinada compañía que a su vez competía con los de las demás compañías, y así sucesivamente. El modelo de referencia de mayor fuerza era el de la unidad tipo compañía, lo que se ajustaba a los principios del ejército de tierra que la considerada como unidad básica de vida<sup>16</sup>. Con ello se pretendía que todos y cada uno de nosotros interiorizáramos de forma total y completa los modelos y referentes de vida castrense en cuanto a la estructura y composición de las unidades, y en especial las de batallón, compañía, pelotón y escuadra, que serían nuestros referentes fundamentales a lo largo de nuestra vida militar, pues son los niveles en los que se mueven los suboficiales normalmente. Por otro lado, una de las funciones fundamentales del suboficial es la de crear vínculos de relación y generar una conciencia de grupo de pertenencia a todos los niveles, tanto profesionales, como personales y afectivos en los límites de unidades tipo compañía. Por ello, resulta comprensible el mecanismo pedagógico al que se nos sometía, pues estaba diseñado para que llegado el momento lo pudiéramos reproducir adecuadamente y de forma automática.

---

<sup>16</sup> Art. 52 de las RROO del ET: *Por ser la compañía, Escuadrón o Batería unidad básica de vida procurará que todos sus componentes se sientan integrados en ella y se preocupará de su satisfacción en el servicio y de sus inquietudes, necesidades y bienestar.*

Una nota anecdótica al respecto lo constituyen el uso de diversos recursos para fomentar el surtimiento y forjar la identidad de grupo, tipo compañía. Así, en algunas existía la costumbre, o al menos en la mía ocurría, de tener una especie de consigna o lema de evidente carácter metafórico. En nuestro caso lo marcaba nuestro capitán, y rezaba: “leña al mono que es de goma” que se reforzaba con una especie de mascota simbólica, consistente en una figura de madera de un mono balanceándose sobre un columpio que se encontraba en la entrada de nuestras instalaciones. Dicha “mascota” y el lema evidenciaban la existencia de una relación de dominación, vinculada en este caso al jefe de la compañía que es el que la ejercía, y por otra parte de sumisión y acatamiento, que nos correspondía asumir a los alumnos que éramos los que recibíamos la “leña”. El propósito de la misma era someter nuestras voluntades a través del mecanismo que fuere y con la dureza necesaria, en la idea de que “siendo de goma” lo soportaríamos, a la vez que, cómo dicho material, podríamos ser fácilmente modelados. El símil del “mono” nos presentaba en el plano simbólico como sujetos no desarrollados, éramos así animalizados, y el animal elegido era además un simio, que se caracteriza por su condición de imitador. Todo lo cual era reforzado y justificado con el uso de mecanismos de formación de tipo reiterativo, basados en los procesos rutinarios y en el memorismo, que era el sistema empleado en los procesos de enseñanza militar del momento. Así pues, el fin último del sistema formativo al que éramos sometidos no parecía ser el de desarrollar individuos adultos, maduros, capaces de pensar por sí mismos y con imaginación y creatividad, sino sujetos fuertes y tenaces capaces de reproducir perfectamente una función y seguir unas pautas perfectamente marcadas por otros sin salirse, bajo ningún concepto, de ellas. Por otra parte, la condición de alumno cadete<sup>17</sup> denota en un plano simbólico la inmadurez de quien lo ostenta, pues se es cadete independientemente de la edad o vivencia que se tenga.

Nuestro mundo de relaciones se limitaba al entorno de nuestra compañía, y dentro de ésta formábamos grupos constituidos por unos pocos, no más de cinco o seis, que compartíamos relaciones más profundas. Éramos amigos inseparables y camaradas que pasábamos juntos nuestro poco tiempo libre, compartiendo los problemas y ansiedades. Este tipo de experiencia ya me era familiar, y el modelo de relación se constituía cómo antaño ocurriera en el Instituto Politécnico, donde también nos agrupábamos en torno a grupos primarios y camarillas<sup>18</sup> para poder sobrevivir, y superar las tensiones de todo tipo y la sensación de absoluta soledad e

---

<sup>17</sup> El calificativo de cadete está relacionado con la condición de adolescente, lo que en tiempos pasado tenía una relación clara con la condición de los alumnos de las academias de oficiales que ingresaban siendo aún adolescentes. Según la Real Academia Española su origen proviene del francés “*cadet*”, y se utilizaba precisamente para definir al *joven noble, generalmente segundón, que iniciaba la carrera militar*.

<sup>18</sup> Como primera referencia sobre este modelo relacional citare el capítulo titulado **Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas**, en Eric R. Wolf y otros (1980:33) donde refiere estas particulares relaciones y las razones de su creación.

indefensión a la que se ven sometidos los individuos que viven en estas condiciones.

Por otra parte, los refuerzos para formar grupos dentro de la misma compañía eran muchos, pues todas las actividades estaban marcadas por el grupo de pertenencia; entrábamos de servicio juntos, pasábamos las revistas de policía para salir de permiso juntos, realizábamos las prácticas y los ejercicios tácticos, maniobras, vivaques, instrucción, prácticas de tiro, etc., juntos. En estas circunstancias el sujeto acaba irremisiblemente sometido a fuertes presiones, por lo que una actitud extremadamente independiente o separatista puede generarle todo tipo de problemas psicológicos y funcionales. Por otra parte, la falta de integración o adecuación a las pautas de conducta institucionales en las que se fomentaba la pertenencia a los grupos formales potenciaban la posibilidad de ser sancionado por el sistema represivo de la institución. Pero lo peor de tales actitudes individualistas o separatistas estribaba en la posibilidad de que el propio grupo lo marginase y lo sometiese al peor de los castigos al que se puede someter a un individuo en un contexto como el que aquí analizamos, me refiero al ostracismo colectivo. Los mandos también contribuían a que se generasen estos grupos informales dentro de la unidad, pues esos lazos resultaban provechosos en determinadas circunstancias para ser utilizados racionalmente por ellos de acuerdo a sus fines.

Después de lo dicho, podemos considerar que la academia militar se constituía en lo que Goffman (1987) define como institución total: *un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un periodo apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente, parece que podemos calificar a una academia militar como institución total*. También parece válido considerarla como una “institución voraz” según la definición de Coser (1978): *Grupos y organizaciones que, en contradicción con las tendencias dominantes, demandan la adhesión absoluta de sus miembros, y pretende abarcar toda su personalidad dentro de su círculo*.

Respecto a los compañeros de la compañía todos teníamos algunos rasgos e inquietudes comunes, pues todos estábamos allí por nuestra voluntad, pero no éramos iguales. Algunos eran muy jóvenes, entre los que se encontraba un gran porcentaje de los que procedíamos de los IPS, otros eran mucho más mayores y tenían una experiencia de la vida muy distinta. Las motivaciones profundas que nos llevaron a ingresar en la academia, y sobre todo la manera de ver y de sentir la vida y el espíritu militar también registraba diferencias. Recuerdo especialmente a un par de compañeros que se distinguían del resto, eran bastante más mayores que los demás, habían realizado el servicio militar, y habían “vivido” más que la mayoría de nosotros. Los identificábamos como sí fuesen nuestros hermanos mayores, poseían una particular manera de ver la vida y de asumir las formas y maneras castrenses.

Entre ellos destacaría a mi amigo Piosa, un “joven viejo” natural de Valencia que disfrutaba como nadie de los más pequeños y sutiles placeres que se podía permitir en cualquier momento. Parecía disfrutar de una especial independencia y de una libertad sentida por él cómo absoluta, -o al menos así lo veía yo-. Su filosofía de la vida en la academia parecía estar amparada en el principio de la suficiencia, en ningún caso confundible con el conformismo, y esé creo que era su secreto para alcanzar una felicidad en cualquier momento y lugar, pues sus esfuerzos iban encaminados sólo a considerar lo que él suponía suficiente, y no hacía lo que los demás le intentaban marcar. Para mí se presentaba inmutable y paciente, rasgos ambos de gran ayuda en nuestras circunstancias. Por otro lado estaba Pol, un asturiano amante de los placeres de la vida, irónico pero comprometido con sus principios e ideales, alegre e independiente y enamorado de la cantante María Jiménez, a la que nos obligaba a escuchar en más de una ocasión.

Estos comentarios sobre los dos personajes, para mí emblemáticos en aquella época, encierran un claro cariz de subjetividad por mi parte, pero los refiero como muestra de que no todos vivíamos ni sentíamos de la misma forma el mundo en el que estábamos inmersos, a pesar de que las actividades y principios que todo lo regían eran similares. Reconozco, no obstante, que mi visión de tales personajes en aquel momento podía responder a una necesidad de idolatrar a alguien, de buscar modelos que me permitiesen, -ya que yo no era capaz por mí mismo-, escapar a través de ellos del sistema al que me veía sometido, y que tan dócilmente aceptaba. Estos compañeros simbolizaban una rebeldía deseada, un deseo de insumisión latente. Pero en el fondo, y visto desde la distancia se me manifiestan tan dóciles y sumisos como los demás, únicamente recurrían a otros mecanismos personales que les otorgaban su mayor experiencia y madurez. En cualquier caso, el sistema siempre ganaba la última batalla y ellos, como todos los demás, acataban las ordenes y reproducían a la perfección los modelos y conductas establecidos por la norma y por el mando.

En aquel mundo lo que destacaba era el absoluto control y la actividad incesante, que resultaba asfixiante; no había tiempo en ningún momento para ser uno mismo, para pensar en nada que no fuera el próximo examen o ejercicio. Vivíamos obsesionados por la posibilidad de ser sancionados, por lo que nuestra atención se enfocaba a evitarlo. En cuanto a las actividades normales, lógicamente existía la concentración requerida para el estudio de las materias, pero el resto de nuestra vida estaba dirigida hacia la acción. La realidad se nos presentaba cómo si el acto de pensar estuviese relegado únicamente a aquellos que nos dirigían y mandaban. Esta filosofía estaba reforzada por los típicos dichos; *no pienses que la cagas*, o *a ti no te pagan para pesar*, etcétera, que veríamos permanentemente reproducidos a lo largo de nuestra vida militar, y de los que, en algún caso, haríamos uso cuando nos

dirigiésemos a nuestros soldados o alumnos, reproduciéndose, llegado el caso y de forma automática, los modelos aprendidos e interiorizados durante los duros años de formación en las academias. Sobre este particular parecen del todo adecuadas las consideraciones de Robin Horton, en Gluckman y otros (1991: 88-116) quién analiza en la parte segunda de su trabajo los sistemas “abierto” y “cerrado” de pensamiento, y refiere en la página 91 como la ausencia de conciencia de alternativas contribuye a la aceptación de los principios establecidos, eliminando la más mínima posibilidad de impugnarlos, por lo que adquieren un carácter obligatorio, y en cierto modo sagrado, para aquellos que viven en tal circunstancia.

Respecto a la distribución del tiempo, podría decirse que todo parecía estar aparentemente programado, los tiempos *muertos* no existían para nosotros, pues incluso el supuesto tiempo de ocio y descanso era así programado, habiendo que respetar determinadas normas, y en el mejor de los casos debíamos dedicar parte del mismo a realizar tareas complementarias; limpieza de equipo o material, ordenar las taquillas y camareta, etc. Además todo se hacía a la carrera, no se caminaba para nada, siempre íbamos en formación bajo el mando del jefe de clase, y a paso ligero, se corría para ir a desayunar, a comer, a cenar, para ir a instrucción, para asistir a las clases, para ir a estudiar. Las formaciones también se hacían a la carrera, y normalmente los dos últimos en formar tenían que entregar “nota”<sup>19</sup>, independientemente de la rapidez con que se efectuase la formación. Con ello se pretendía generar mecanismos de estímulos lo suficientemente efectivos para que no cuestionásemos las ordenes, ni los acontecimientos o procedimientos. Se pretendía imponer un determinado ritmo de vida, al que todos nos debíamos someter, un ritmo acelerado contrario al adecuado para el pensamiento y la reflexión, un ritmo en el que paradójicamente se nos enseñaba a obedecer, cuando supuestamente se nos tenía que enseñar a mandar, aunque para algunos la única forma de hacerlo era aprendiendo a obedecer.

En este primer año de formación se podían percibir tres grandes etapas: La primera, correspondía a los tres primeros meses, y se caracterizaba por un estado de hiperactividad, de ilusión y angustia, de ruptura, de separación con todo lo anterior, de sufrimiento, de anulación sistemática del yo, de sometimiento a la instrucción de orden cerrado, y de realización de todo tipo de actividades basadas en la repetición hasta la saciedad de ejercicios y actividades fundados en los principios de estímulo/respuesta, más básicos y elementales de la psicología experimental de Pávlov.

---

<sup>19</sup> La “nota” consistía en un pequeño papel, en el que el alumno al que se le requería debía rellenar sus datos personales, y la razón por la que se le había demandado dicha nota. Posteriormente el mando cursaba la sanción correspondiente. Este mecanismo otorgaba al sancionado la pena de serlo, pero a la vez la de tener que reconocerlo, al hacerlo por escrito, para ello se jugaba con valores como el honor del alumno, ya que se le pedía la nota en la confianza que la entregaría sin tener que recordárselo. Tal mecanismo difiere del sistema empleado con la tropa de reemplazo, pues pocos serían los que la entregasen por propia voluntad.

Para aquellos que, como yo, ya habíamos pasado con anterioridad por ese proceso, nos resultaba especialmente cargante y repetitivo pues teníamos que volver a aprender y reaprender los mismos movimientos, las mismas voces de mando, los mismos reglamentos y las normas ya aprendidas con anterioridad. Todos empezábamos de cero, como si los conocimientos previos o la experiencia pasada no contasen para nada, de algún modo podría decirse que *volvíamos a nacer* simbólicamente. Dándose por otra parte la paradoja de que en muchos casos los mecanismos y conocimientos que nos enseñaban habían sido enseñados por nosotros cuando éramos cabos primeros a los soldados, en nuestras respectivas unidades.

Otro aspecto destacable de este periodo fue el que nuestro jefe de sección consiguió, ser odiado y temido por todos los que estábamos a sus ordenes, lo que sin duda respondía a un proceso programado. Esta fase duraría hasta las vacaciones de Navidad.

La segunda fase, que correspondía con el segundo trimestre, se caracterizaba por una cierta “calma”. Ello contribuía el hecho de que ya habíamos aprendido las pautas de comportamiento propias a nuestra condición de caballeros alumnos. Nos habíamos adaptado a los procedimientos y actitudes propios de la vida en la academia -qué otro remedio nos quedaba-. Además, ya conocíamos de qué pie cojeaban nuestros superiores, sus defectos, sus manías, sus virtudes, podría decirse que la personalidad de los mismos ya no era un secreto para nosotros. Por otra parte, los grupos primarios ya estaban por esas fechas perfectamente consolidados, lo que nos permitía superar con más facilidad las duras pruebas del día a día.

En este momento ya nos habíamos convertido en *unas auténticas máquinas de guerra*, habíamos desarrollado una excepcional condición física durante el primer trimestre, y nuestra capacidad de aguante nos asombraba incluso a nosotros. También realizábamos unos ejercicios que se denominaban de “endurecimiento” que nosotros calificábamos de “emputeamiento”, pues desde una óptica deportiva no se ajustaban a ningún criterio acorde con las técnicas propias de la formación y desarrollo físico. El verdadero sentido de aquellos ejercicios era crear individuos con un gran aguante físico y psíquico, pero a mí me producía el deseo de mandar *a hacer gárgaras* a nuestro jefe, (pero había que aguantar, y eso era precisamente lo que nos *emputeaba*), lo que se ajustaba al propósito de tal método.

La última fase se correspondía con el último trimestre, conllevaba una cierta angustia ante los exámenes finales. Aunque estaba marcada por los “vivaques” (salidas al campo para realizar pequeños ejercicios de vida en grupos reducidos tipo sección y pelotón), y ejercicios de maniobras que nos permitían relajarnos en el tema de los estudios y hacían que el tiempo pasase más rápido. El colofón del curso, consistía en un acto ritualizado en el que cambiábamos los distintivos de alumno de primer año (un ángulo metálico en la hombrera) por el de segundo año (dos ángulos en la hombrera), y además sustituíamos el rombo de la



AGBS (consistente en la cabeza de la diosa Minerva con una cruz espada de Santiago sobre fondo rojo), por los correspondientes al arma o cuerpo de las academias en las que completaríamos nuestra formación. No faltaba el desfile y la arenga de nuestros mandos felicitándonos por haber acabado el curso con aprovechamiento y animándonos a ser un ejemplo constante de lo que allí habíamos aprendido y un reflejo de los valores adquiridos. ¡Solo faltaban otros dos años, si todo salía bien!.

En la última fase percibíamos a nuestro oficial jefe de sección más "humano"; considero que nos sentía como algo suyo, a lo que en parte correspondíamos, y así lo manifestábamos al irnos de la academia al despedirnos informalmente únicamente de él (con lo que podríamos decir que sufríamos algo parecido al denominado *síndrome de Estocolmo*). Cuando nos marchamos no miré hacia atrás al salir por la "V" que nos daba definitivamente la tranquilidad de estar fuera de la influencia de la Academia por el momento, y volver al mundo.

El nuevo periodo estaba estructurado en dos cursos académicos. Durante esta fase seguían vigentes los mismos principios que en la primera, en cuanto al aislamiento y separación respecto al contexto civil, pero no de forma es tan dramática, pues en mi caso la academia está ubicada en Madrid, concretamente al lado del que fuera mi lugar de formación durante el primer periodo militar el Instituto Politécnico. Esta ubicación nos permitía disfrutar mucho más cuando podíamos salir a la calle, pues tal hecho se producía nada más salir por la puerta de la academia, no como en la AGBS que estaba en medio del campo.

Para salir de la academia pasábamos irremisiblemente por un proceso ritualizado consistente en una revista de uniforme y policía, en la que se nos supervisaba con escrupulosa meticulosidad el corte de pelo, el aseo personal, la limpieza de nuestro uniforme, el brillo de la botonadura y hebillas, y en especial del calzado, que debía brillar sin remisión, el perfecto afeitado, y la corrección de nuestra compostura e imagen. Ello nos producía un estado de ansiedad y angustia ante la incertidumbre de lo que pasaría en la revista, -pues por muy bien que tu creyeses que estabas siempre era el mando el que tenía la última palabra, y en un instante se podían ir al traste todos los planes realizados a lo largo de la semana.

Una vez fuera, lo primero que hacíamos era ir a determinados lugares, bares próximos, o a la casa de algún compañero, para cambiar nuestra "vistosa imagen" por la de un joven corriente de nuestra edad, -lo que estaba prohibido-, y poder mezclarnos con la gente y comportarnos con naturalidad, es decir ser nosotros en los otros que se presentaban como distintos desde la cultura militar, pero que sentíamos como iguales en nuestro foro interno, así conseguíamos, aunque fuese durante cortos periodos de tiempo ser "nos - otros - mismos".

Estos dos años transcurrieron en un ambiente de cierta armonía y tranquilidad, en el sentido que las pautas fundamentales que regían nuestras vidas se basaban en actividades ya

aprendidas, por lo que no se nos hacían excesivamente pesadas dada la gran experiencia que teníamos en vivir en regímenes cerrados. Por otro lado, el tener el tiempo totalmente ocupado con prácticas de talleres, clases teóricas, instrucción, junto a la rutina, los mecanismos de control, las formaciones, el conocimiento del espacio, de las costumbres, de los hábitos y de las pautas de comportamiento, hacían que fuese una cuestión de tiempo el ser suboficiales, erigiéndose la paciencia y el aguante como las virtudes más valiosas del momento. Lo importante era no salirse nunca de la norma, estar dentro de lo establecido, no destacar ni llamar demasiado la atención y cumplir de forma tajante y marcial con la compostura y el buen hacer que requería nuestra condición de alumnos de una academia militar. Si todo transcurría en esta línea, no habría problemas para nadie.

Debo destacar que lo dicho hasta ahora era la tendencia, al menos, en las academias más técnicas y menos belicasas: Especialistas, Sanidad, Intendencia, etc., que se diferenciaban de las más operativas, Infantería, Caballería, Artillería, e Ingenieros, en las que la norma era generar unos espíritus más guerreros y una elevada moral patriótica basada en el principio de la lucha y de la acción, cómo ocurría en el primer año en la AGBS. Aunque en ambos casos la fórmula para superar con satisfacción las pruebas señaladas eran el sometimiento y manifestación de aceptación incondicional de las pautas enseñadas y exigidas, cualquier manifestación en contra de estas podía suponer una marginación interna y llevado al extremo una expulsión del centro.

Después de los dos años de aguante llegó la última y definitiva fase, en la que realizamos los últimos exámenes y ejercicios, pasamos las pruebas físicas y fuimos evaluados y clasificados con lo que se nos comunicaba el orden de escalafón, y los destinos que podíamos solicitar. El número que obtuve me permitió quedarme en Madrid como era mi deseo, concretamente en el Servicio Geográfico del Ejército donde me incorporaría como sargento especialista después de recoger el despacho en Talarn. De este acto destacaría el reencuentro con compañeros y amigos que no nos veíamos desde hacía dos años. Pudimos reencontrarnos con los lugares de “origen” y poder rememorar “batallitas” y experiencias vividas, y visitar la que fuera nuestra compañía durante un año, sus camaretas, sus referentes y su simbología inmutable. Allí seguía el “mono colgando del trapecio” que fuera nuestro lema impuesto. Nada parecía haber cambiado, sin embargo todo era distinto, pues nosotros ya no éramos los mismos que habían llegado allí tres años atrás, lo veíamos todo con otros ojos, -los de los que sabían que dejarían de ser alumnos, y en caso de tener que volver lo harían en unas condiciones bien distintas-. Como era de esperar todo transcurrió en el más absoluto orden, y aunque las celebraciones por las tardes hacían que alguno volviese un poco fuera de control, el propio grupo se encargaba de disimularlo y encubrirlo, el talante de nuestros mandos se

volvía más tolerante comprendiendo lo especial de la situación.

En tales circunstancias confluíamos los compañeros de promoción, nos sentíamos a la vez iguales y distintos, iguales por pertenecer todos a la Escala Básica de Suboficiales, pero distintos porque dentro de ella cada cual tenía su propio grupo de referencia, su especificidad, su particular identidad del arma o cuerpo al que pertenecería a partir de entonces, y que había adquirido en los dos años de academia y formación específica. La algarabía y la alegría inundaban nuestros corazones, pero aún teníamos que ser cuidadosos, pues aunque sólo faltaban días, e incluso horas para recoger el despacho que nos acreditaría como mandos de pleno derecho, todavía no lo habíamos hecho, y debíamos mostrarnos temerosos y disciplinados ante determinados mandos que aún nos podían hacer la puñeta. Aún *no éramos nada* por lo que al mundo militar se refiere, pues no habíamos acabado el último proceso del ritual que todo cruce de fronteras y umbrales suele conllevar, al igual que todo paso de un status a otro, como señala Edmund Leach (1989:48) y al que denomina como *rito de Incorporación*. Estos rituales son una constante en la vida militar, donde se va “ascendiendo” a diferentes empleos de forma periódica mientras se está en activo. Esto se reflejaba también simbólicamente en la vida del soldado de reemplazo como se verá más adelante en el tránsito de “bicho” a “padre”, “abuelo”, y “bisabuelo”.

Por fin llegamos al día anhelado en el que nos despertaron con una “diana floreada” -toque de diana especial que se realiza por parte de la banda, o la orquesta si posee la unidad, en días muy señalados-, nos despojamos de los símbolos que representaban nuestra condición de alumnos; las cadeteras blancas -símbolo de atadura e inmadurez-, y el ovalo blanco con el escudo del ejército -distintivo de nuestra condición de alumnos de la Escala Básica-, lucíamos nuestro flamante uniforme con el cinturón de gala del que colgaba el sable, y con nuestros inmaculados guantes blancos nos dispusimos en perfecto orden y armonía, a pasar el último acto formal del rito. Formamos como habíamos practicado una y otra vez, cada cual en su sitio, y como un único ente empezó el acto ceremonial de la entrega de despachos. Estaban presentes todos y cada unos de los elementos simbólicos que correspondían al ritual: llegada de la bandera, himno nacional, autoridades pertinentes, revista a las formaciones por parte de su majestad, alocución de nuestro coronel en jefe, la misa, y por último la entrega de despachos a los nuevos suboficiales del ejército de tierra.

El evento se desarrolló en el engalanado patio de armas de la Academia, una enorme explanada con un podium de honor y unas grandes gradas, en el que se erige majestuosamente una gran cruz de piedra custodiada por dos piezas de artillería. Las banderas ondeaban por todas partes, la música, las marchas militares. Centrábamos toda nuestra atención en no equivocarnos en el paso ni en los movimientos ensayados día a día, (salir todos los de la

misma fila al unísono, giro a la izquierda, al llegar a la altura de las mesas giro a la derecha, al llegar a la altura de las autoridades mantener el paso, hacer alto, saludo militar ante la autoridad correspondiente, recoger el despacho con la mano derecha, cambiárselo de mano, saludo estrechando la mano a la autoridad, nuevamente saludo militar, esperar a que acabase toda la fila, giro a la izquierda y salir hasta volver al lugar correspondiente en la formación).

Al final unas palabras del Rey, y por último los gritos de ¡Viva España! y ¡Viva el Rey!, como marca las ordenanzas en actos de esta índole, a los que contestábamos cómo si fuésemos uno sólo, haciendo resonar todo el valle, con nuestras, aún jóvenes, ilusionadas y vigorosas, gargantas. Abrazos entre todos y con los familiares y amigos y manifestaciones de alegría desmesurada, ¡por fin éramos sargentos!, ya habíamos pasado el umbral de la pubertad militar y empezaba para nosotros una nueva vida, pasábamos a pertenecer al mundo de los militares de carrera, y a partir de aquí estaríamos sometidos a un nuevo código de conducta y de justicia, el de los militares.

Ya éramos adultos simbólicamente, habíamos dejado de "no ser" y pasado a "ser", con ello adquiriríamos un poder real, un status dentro de la organización, lo que se manifestaría de muy diversas formas; saludaríamos y seríamos saludados, obedeceríamos y mandaríamos, pero de forma diferente a como sucedía durante los años de prácticas, y de estudio. A partir de ese momento, si nos equivocábamos en nuestros actos o decisiones no se nos pediría nota, ni nos quitarían unos puntos en la calificación global, ni nos mandarían a estudio para cumplir el arresto, ya nada sería igual para nosotros.

Después cada cual se despedía de sus hasta entonces compañeros de fatigas, abrazos, entrega de direcciones particulares, sonrisa y alboroto. Los lazos de identidad y hermandad, entre los miembros de la promoción estaban, por fin atados y bien atados.

En el momento que nos fue autorizado empezamos a despedirnos y a marcharnos, unos sigilosamente, otros lo más rápidamente que les era posible y sin mirar atrás. Dejábamos a nuestras espaldas una etapa que nos marcaba de forma indeleble.

Al salir por la puerta principal miramos por enésima vez el lema que presidía todo acontecimiento que allí sucediera, ¡AGBS A ESPAÑA SERVIR HASTA MORIR! que debería guiar nuestro espíritu militar durante el resto de nuestra vida.

En este punto quisiera hacer algunas reflexiones sobre aspectos que afectaron claramente el contenido, y el sentido de la tesis, pues guardan relación directa con mi condición nativa a la vez que mi condición de investigador.

En primer lugar quiero resaltar cómo el hecho de ser militar, y de haber pasado, no una, sino varias veces por el proceso de formación del nativo sobre el que tratamos me hace tener una visión particular sobre el hecho. Pase por los diferentes estadios que configuraron mi

condición militar de forma voluntaria, en contra de lo que sucedía con el soldado conscripto, pero ello no quita para que dicho proceso, y los procedimientos empleados para configurar mi yo militar fuesen precisamente de mi agrado, más bien al contrario.

Por otra parte, aunque los contextos y los mecanismos empleados para formar a un militar de carrera y los empleados para formar a un soldado de reemplazo no fuesen exactamente iguales, tienen en lo esencial muchos puntos en común, especialmente por lo que respecta a los procesos de separación y aislamiento del sujeto, así cómo por los mecanismos utilizados en las primeras etapas de la formación castrense dirigidos a la anulación del individuo. En cualquier caso, también señalaría que, como he mostrado anteriormente, yo fui soldado antes que mando, y además de los años de alumno del instituto Politécnico, pase el proceso de formación de soldado de manera similar a cómo lo hacían los soldados de entonces. Además, mi año en la Escuela de Automovilismo como cabo primero me permitió tener una experiencia similar a la de cualquier soldado y vivir en la proximidad sus experiencias.

Con todo ello quiero reivindicar qué mi análisis de los hechos es fruto de una visión compleja pues he sido nativo antes que investigador. Aunque debo aclarar que realmente nunca he llagado a ser un igual para con el soldado conscripto, no he sido un “nativo puro”, ya que, según se observa en mi trayectoria militar, desde los inicios tenía una implicación vocacional y profesional con la milicia, lo que no sucedía con el soldado conscripto.

Aún así, debo decir que el estudio de la tropa de reemplazo me ha permitido analizar el sentido de mi propia forma de vida, y de la vida militar en general, pero desde una perspectiva particular, pues lo he hecho desde el espejo que suponía la mirada de éstos. Sin duda, su particular condición les hacía ver y vivir la milicia desde una distancia inevitable, impuesta por el carácter obligatorio de su vida militar, y por el hecho de no ser militares, pero a la vez, al estar inmersos de manera ineludible en la institución, y verse obligados a participar de ella, la distancia quedaba relativizada, y adquirirían pleno derecho para opinar sobre la vida militar, aunque fuese como unos nativos particulares. Eso les permitía hacer unas valoraciones sobre la milicia que le otorgaba un carácter particular, al no estar impregnados de forma plena y directa del pensamiento castrense, ni estar sujeto a los principios éticos de tal profesión.

Además de mi condición de nativo, quiero destacar que me decidí a trabajar sobre la tropa de reemplazo por mi particular condición militar, pues al ser suboficial tenía un contacto continuado y próximo a ella. De hecho, en mis primeros años de sargento vivía de forma continuada con los soldados durante las horas de trabajo en las que tenía a mis órdenes un grupo de entre diez y quince soldados, con los que compartía múltiples vivencias. Además realizaba todo tipo de servicios, como guardias y cuarteles durante los cuales pasaba horas, e

incluso días<sup>20</sup> en permanente contacto con la tropa. Entre otras razones, porqué una de las funciones principales de esos servicios era la de vigilar y controlar de forma completa a los soldados que estaban a nuestro cargo. En estos casos dormía en la misma compañía que los soldados ampliando así las posibilidades de verles en los momentos menos accesibles para cualquiera que no fuese soldado, o que no estuviese de servicio. Además de lo dicho, quiero destacar que durante más de siete años viví en una residencia militar que se encontraba en el acuartelamiento en el que estaba destinado, por lo que mi vida privada estaba claramente inmersa en el mundo cuartelero, y los contactos con los soldados iban mucho más allá de las simples relaciones institucionales.

Ese especial bagaje adquirido en muchos años de trato con soldados facilitó ampliamente mi labor como investigador, pues conocía muchos aspectos de la vida del soldado que me facilitaban los procesos para abordar aspectos y temas que me interesaban sin levantar mucha suspicacia entre mis interlocutores. Debo señalar además, que una vez que acabé mi licenciatura pasé a formar parte de un equipo de investigación en el ejército, lo que me permitió desplazarme a un sinfín de lugares en los que apliqué muchas de las técnicas aprendidas en antropología y pude hacer un trabajo comparado entre soldados de diferentes unidades, de distintos lugares, y en distintas circunstancias. Como muestra de ello diré que he recogido información de soldados de unidades tanto operativas como logísticas de diferentes provincias y ciudades como Madrid, Alcalá de Henares, Badajoz, Córdoba, Melilla, Ceuta, Tenerife, Huesca, Pontevedra, etc., incluso mi condición de investigador militar me permitió hacer un trabajo de campo de corta duración (quince días), pero muy intenso en Bosnia Herzegovina durante el mes de junio de 1995, en el que tuve la oportunidad de observar en el terreno, y dialogar largo y tendido con el personal allí emplazado en acciones de ayuda humanitaria. Por lo que respecta a mi tesis, quiero destacar de este hecho que tuve el placer de trabajar con una unidad de Operaciones Especiales compuesta íntegramente por soldados de reemplazo<sup>21</sup>, también había algunos soldados de reemplazo que estaban allí de forma voluntaria, a los que entrevisté en varias ocasiones.

Sobre la recogida de datos diré que en algunos casos me he ajustado a los procedimientos señalados en los manuales y guías de las técnicas metodológicas al uso, pero no siempre he podido ajustarme de forma escrupulosa a los modelos teóricos, pues en unos casos las circunstancias no eran propicias, y en otros se producían interferencias por parte de algunos mandos que interferían la libertad del discurso de mis informantes. Un ejemplo concreto de

---

<sup>20</sup> En mi primera etapa como suboficial los servicios de cuartel duraban una semana completa.

<sup>21</sup> Aunque debo señalar que para participar en tales misiones los soldados de reemplazo poseían una condición de militares voluntarios, pues adquirían un compromiso especial, que les permitía, entre otras cosas, cobrar una compensación económica.

tales problemas consistía en la dificultad para grabar algunas conversaciones o entrevistas dada mi condición de mando, y por el carácter de compromiso que podía suponer para algunos temas tratados, pero considero que tales grabaciones no eran siempre necesarias al tratar aspectos muy conocidos por mí, y al poder ser tratados de forma muy reiterada, por lo que el temor a perder la información no se suscitaba de manera tan acuciada como en otros contextos o tipos de estudios, entre otras cosas, porque al contrario de lo que suele ocurrir con el antropólogo que se desplaza de forma temporal y limitada a un contexto de estudio, en mi caso dicho contexto formaba parte intrínseca de mi vida diaria, y normalmente podía aclarar mis dudas en otro momento. A pesar de ello debo decir que he realizado un número elevado de entrevistas, tanto personales como en grupos, aparte de un sinfín de datos recogidos de forma esporádica y circunstancial, pues por mi relación profesional el “dato” podía aflorar en cualquier momento y lugar. En ocasiones he recogido información “al vuelo”, preguntando a un soldado o a un pequeño grupo sobre algún aspecto de los mismos que me llamase la atención. Concretamente recuerdo un caso anecdótico en el que me crucé con un soldado de reemplazo atravesando el patio de armas de una unidad portando una camiseta con un dibujo que representaba a su sección cuando realizó el periodo de instrucción como recluta, y sin pensármelo dos veces le pare en medio del patio para preguntarle sobre el significado del motivo dibujado -era un dibujo de un bebe en pañales y con chupete que lucía una boina militar y el distintivo de artillería, una bomba llameante, pinchada en el pecho-, el caso es que el susodicho soldado reaccionó primeramente dando un respingo al pararle, adoptando una postura militar correcta ante la presencia de un mando, pues yo iba de uniforme, y por el temor inicial al creer que pretendía reprenderle, sin embargo, esa expresión y actitud se transformó en una de extrañeza y sorpresa al ver cual era mi interés y mi propósito. En cualquier caso, le pedí que si por favor podía pasarse por mi despacho en otro momento para escanear o fotografiar el motivo de la camiseta, pues no era de mi unidad, a lo que inicialmente me respondió que sí, incrementando su extrañeza, pero debo confesar que no volví a saber del soldado a pesar de preguntar por él, creo que le pudo más el temor que la curiosidad, y prefirió no participar de aquel juego, por si acaso. Podría aportar un sinfín de anécdotas similares, pero creo que ésta resulta suficientemente ilustrativa de la complejidad que entrañaba en ocasiones el trabajo de observación y contraste de algunos datos.

Respecto a las técnicas que he utilizado a en mi investigación debo señalar que han sido varias y las he aplicado en función de las circunstancias de cada momento, así como de la particular relación que podía mantener con mis informantes potenciales, y por supuesto del tema a tratar. Sobre el particular reitero mis posibilidades de hacer una observación participante continuada, unas veces sobre sujetos diferentes respecto a un mismo tema, otras

he hecho una observación continuada sobre sujetos concretos, en especial con aquellos soldados que tenían una relación más directa conmigo, a los que he podido seguir desde el mismo momento en que se incorporaron hasta el momento de su licencia. Algunos de los datos que he tratado sobre estos informantes no los analicé de forma metódica en el momento en que compartía mis tareas como militar con ellos, sino que son fruto de un trabajo realizado a posteriori, desde la calma y la madurez, sometiendo a un análisis exhaustivo muchos de los datos que formaban parte de mi memoria y de mis recuerdos personales, de hecho alguna fotografía de las que aportó pertenecen a este tipo de documentación. Otros datos fueron recogidos de forma metódica, como es el caso de fotografías y conversaciones en las que los sujetos y protagonistas me manifestaban aspectos de su vida militar de forma más espontánea, desde la confianza mutua, pesar de ser consciente de mi condición de mando. Debo decir al respecto que, en ocasiones, este hecho suponía un reto para mi estudio, pues tenía que ser capaz de combinar mi doble condición sin que ello supusiese un conflicto personal, a la vez que debía hacer la reflexión de que los datos que tan alegremente me otorgaban mis informantes también podían estar condicionados precisamente por esa doble identidad que me caracterizaba. Así, soy consciente de que en algunas de las declaraciones hechas por algunos soldados se evidencia una actitud especialmente crítica contra la institución, que no siempre casaba con su actitud aparente en la vida cotidiana. Era como si esos sujetos se ensañasen especialmente contra la institución a través de mi persona, pues aunque fuese un mando, se sentían plenamente inmunes ante mi condición de antropólogo, y mi explícita manifestación de que lo que me dijeran formaba parte de la más absoluta confidencialidad, en este caso podemos decir que la “conciencia ingenua” de la que habla Rabinow (1992: 116), como el mismo señala de algún modo, no siempre era tan ingenua.

Pero esa aparente disonancia entre lo que decían y lo que yo veía que hacían corresponde de forma clara a la dualidad que caracteriza la realidad, por lo que la percepción *emic*, *etic*, adquiere todo su significado en este caso, sobre todo si tenemos en cuenta que mis informantes se tenían que comportar de forma acorde a la norma, al menos cuando podían ser vistos. Sobre este punto, me parece interesante que se tengan en cuenta algunas de las fotografías que aportó en diferentes capítulos, como por ejemplo en las que se pueden observar a soldados que se licencian desgarrando las vestiduras militares, debo confesar que son fruto de un acercamiento particular por mi parte, pues de lo contrario difícilmente habría podido conseguirlas. En otras en las que se muestran espacios o elementos más particulares, como el interior de las taquillas, son fruto tanto de mi propia mirada a través de la cámara, como de fotografías personales que me cedieron gentilmente algunos informantes previa petición de que captasen tal hecho, pues no creo que el interior de las taquillas haya sido un



“motivo” tradicionalmente fotografiado por la tropa. Sobre el particular destacaría la importancia de las fotografías realizadas por los propios soldados, sin que mediase la influencia del investigador, pues me ofrecía una “frescura” y una manera de acceder a la particular visión de los hechos que tenían los propios nativos. En este aspecto se cumplen las ventajas de la auto-fotografía que señala Lisón Arcal (Revista antropología social Nº 8 - 1999: 26-34), especialmente por lo que respecta a la dificultad de acceder a su particular mundo, y por evitar la intromisión del investigador, que en esta ocasión era además un mando. No obstante, quiero señalar que no tuve muchas dificultades al respecto, pues el carácter juvenil de los soldados y el frecuente recurso a la fotografía como elemento para recordar su experiencia de la mili, hizo que no mostrasen mucha reticencia a la hora de facilitarme material fotográfico personal, o hacer alguna fotografía para mi investigación.

El documento fotográfico, y las imágenes que poseo son bastante más de las que presento en mi trabajo, y aunque los he tratado en algunos puntos para fundamentar mis argumentos, sólo aportó una representación que sirva para aclarar o ilustrar aspectos concretos. La mayor parte fue recogida en papel, o en diapositivas, las cuales he digitalizado, y junto a fotografías más recientes realizadas con una cámara digital constituyen un amplio dossier de ciento de imágenes en el que recojo todo tipo de elementos y datos relacionados con el soldado conscripto y con la vida cuartelera.

Respecto a la información de carácter textual recogida a lo largo de la investigación, responde a diferentes fuentes y procedimientos, entrevistas abiertas, grupos de discusión, dinámicas de grupos, y algunos datos manuscritos por los propios informantes, estas técnicas las he utilizado en distintas circunstancias y modalidades adaptándome al entorno y al momento, algunas han sido realizadas en contextos acordes con los manuales de metodología, (lugares separados, disposición espacial, apoyo de magnetófono, etc.) pero otras muchas han sido realizadas en circunstancias menos ortodoxas, cafeterías de tropa, dormitorios, comedores, bares de la calle, etc. pero considero que todas han contribuido a enriquecer mi trabajo, y sobre todo a enriquecerme personalmente en el conocimiento del “otro”, y a través de éste de mi propio conocimiento.

En este recorrido metodológico quiero destacar también como algunos de mis datos son fruto de la entrega desinteresada de documentos de diversa índole, pero que han sido fundamentales a la hora de abordar determinados aspectos, un caso claro son las caricaturas, calendarios, carnés de wisa, y dibujos varios que forman parte de mi trabajo documental, y que constituyen una parte de la condición etnográfica de esta tesis. Pero también poseo información manuscrita recogida de algunos informantes previa petición mía, tal es el caso de algunas páginas en las que los soldados me expresaban con sus propias palabras la percepción

de determinadas sensaciones, me refiero concretamente a la documentación utilizada para tratar el tema de los sentidos en el mundo cuartelero, pues dada la complejidad del tema y la dificultad de dar coherencia a dicha información, decidí pedir a diferentes soldados que me plasmasen por escrito y de forma breve sus sensaciones sobre el mundo cuartelero, el proceso resultó altamente gratificante, pues fueron capaces de referir con palabras y en frases breves sus percepciones sobre sentidos como el gusto, el olfato, o la vista, que hubiese sido bastante más complejo de tratar en grupos de discusión, lo que se puede apreciar en los datos que aportó sobre el particular en el punto de la tesis en que trato ese tema.

Poseo una documentación extensa tanto en formato manuscrito como informático sobre las reuniones y las entrevistas que he ido realizando, pero sólo reproduzco algunos ejemplos que considero más relevantes o de interés en la tesis.

También debo señalar que algunos de mis allegados han sido informantes distinguidos, en tanto que sabían de mi interés y se prestaron desinteresadamente a aclarar algunas de mis dudas o lagunas sobre determinados aspectos de la mili, entre estos contaría a mis dos hermanos que hicieron la mili uno en artillería y otro en la legión, también un sobrino que hizo el servicio militar en un acuartelamiento de infantería en Colmenar, del que pude hacer un seguimiento completo, pues pasábamos juntos bastante tiempo mientras duró su mili al pernoctar en mi casa los fines de semana. Mi propio director de tesis se prestó a aclarar algunas dudas y aspectos de interés rememorando para ello su vivencia militar. En cualquier caso quiero señalar que, en mayor o menor grado, he entrevistado a no menos de doscientos soldados, sin contar a los que he podido observar en el terreno dada mi condición de mando, ni a aquellos que han aportado alguna información con su comportamiento o sus palabras manifiestas de forma natural en las relaciones cotidianas dentro de los acuartelamientos, pero que era foco de mi más absoluta atención sin que tuviesen conciencia de ello.

Sobre esta particular tarea quiero señalar que en mi trabajo de campo pude confirmar las consideraciones de Lisón Tolosana (1979:7) respecto a la necesidad de saber oír, escuchar y prestar atención a la palabra, más si cabe por el hecho de que las conversaciones de mis informantes no siempre respondían a unos modelos lingüísticos ni a unos procedimientos verbales al uso, a la vez que según las características de los interlocutores podían estar marcados por discursos ininteligibles, propios del argot cuartelero y de la juventud de los mismos. En otros casos caían en una reiteración y redundancia de los aspectos tratados, cuando no resultaban excesivamente reivindicativos o críticos contra el sistema. Por lo que tuve que desarrollar una particular capacidad de aguante y paciencia para no interferir en el desarrollo de los discursos más o menos espontáneos, y a veces caóticos de mis informantes.

Debo señalar que también he recogido información de otros mandos sobre diferentes

aspectos relacionados con la tropa de reemplazo, en unos casos sobre vivencias propias, para que me contasen sus relaciones con ellos en circunstancias especiales, como maniobras o simplemente sobre sus experiencias en el día a día, pero también he consultado la opinión de compañeros militares que han aportado una información privilegiada, pues eran investigadores de la realidad social, tal es el caso del brigada Peñarroya quien me ayudó a contrastar algunos datos sobre la lengua y el argot cuartelero.

Por último, y dado el avance de las técnicas y de la difusión de información a través de canales audiovisuales y del mundo de Internet, no quiero dejar de lado esas otras fuentes de información que juegan un papel especial en el momento actual, aunque siempre lo he hecho desde el contraste de los datos recogidos por mí sobre el terreno. Personalmente debo decir que me ha resultado bastante grato comprobar como el tema de la mili es también recogido en el mundo internauta, donde podemos encontrar desde chistes, anécdotas, foros de discusión y de recogida de información sobre determinadas unidades, hasta documentos exhaustivos que me han servido como datos de primer orden, tal es el caso del “diario del pipas” que trataré en distintos puntos, en el que un soldado recoge y relata sus experiencias de la mili día a día, en un tono natural y accesible, con un carácter irónico y crítico que no tiene desperdicio.

Cierro con este punto mis consideraciones sobre el proceso de formación de mi “yo” militar, a sabiendas que ha continuado en el día a día de mi vida profesional, pero considero que los sucesos acaecidos a partir de entonces forman parte de otra etapa de mi vida más inmersa en la vida cotidiana, y con lo dicho hasta ahora permitirá a quien lea este trabajo comprender mejor la particularidad de mi perspectiva sobre el tema que abordo en la tesis.

En las siguientes páginas me centraré en mi formación en la universidad, que presento como contraste a la adquirida y descrita hasta ahora formación militar. No me extenderé en exceso, pues pienso que resultará más afín a los que lean esta tesis que la etapa anterior. También incidiré en los aspectos que giraron en la elección del tema de mi tesis.

## ***P.2- La construcción del antropólogo.***

### ***P.2-1 - Motivaciones por estudiar antropología.***

Indagar sobre el origen de mi inquietud por el estudio y comprensión del "otro" podría estar motivado, al menos en parte, por el hecho de haber nacido en Ceuta, y por haber vivido en diferentes lugares de nuestra geografía. En cualquier caso, la salida de mi ciudad natal a los siete años de edad y el choque cultural que ello me produjo, junto a los contactos esporádicos que seguía manteniendo con ella en las visitas a mis familiares durante las

vacaciones, contribuyeron a estimular mi curiosidad por definir mi propia identidad a través de la toma de conciencia del “otro”, emergiendo el fenómeno de la "otredad" en los términos que plantea Lisón Tolosana<sup>22</sup>.

Pero será la entrada en el mundo militar lo que realmente acabe por despertar mi inquietud por comprender lo diverso. En este cambio existencial tuve que pasar por diferentes contextos y etapas que sirvieron para que tomase conciencia de que el mundo militar tampoco era tan homogéneo cómo aparentaba. El continuo ir y venir por la cultura militar generó en mí un nuevo deseo de saber y conocer, que se desarrollaría realmente tras conseguir la condición de militar de carrera. La salida de las academias militares supuso volver a disfrutar de una cierta independencia y libertad, lo que me permitió realizar determinados estudios fuera de los cauces del conocimiento técnico y militar a los que había dedicado todos mis esfuerzos e ilusiones personales. Por otra parte, el hecho de que mi novia estuviese estudiando Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, hizo que mi inquietud por los estudios civiles se incrementase.

Por lo que finalmente me matriculé para cursar COU con lo que el contacto con nuevas materias, y la nueva metodología de enseñanza y de estudio supusieron todo un descubrimiento. El estudiar en estas condiciones se había convertido en una especie de placer y divertimento, y en ningún caso una obligación por la que tuviera que rendir cuentas a nadie más que a mí mismo. Debí readaptar mi mente y mis hábitos de estudio y reestructurar mis ideas, no sólo por el contenido y naturaleza de las materias, sino por las relaciones con los compañeros y profesores que no respondían a un afán competitivo, ni a un intento de complacer. Respecto a los sistemas de enseñanza diré que fue lo que más me impactó, pues durante los últimos años de mi formación mis profesores habían sido militares, y -salvo alguna excepción- primaba la formación militar sobre la intelectual, como exigía la propia institución. Por el contrario en este nuevo entorno los profesores eran civiles, y su propósito el de inculcarnos unas materias determinadas, pero sobre todo que aprendiésemos a pensar de manera independiente e individual. Creo que esa fue la clave que me incitó a seguir estudiando y a cursar la carrera que elegí. A ello contribuyó también el descubrimiento de un mundo estudiantil en el que la diversidad era la tónica, y que contrastaba con la homogeneidad en la que había vivido. Los alumnos eran de diversas edades con diversos gustos e inquietudes, la presencia de chicas, las diferentes formas de vestir, etc., en resumen la norma era la diversidad, algo a lo que francamente no estaba acostumbrado. ¡Por fin

---

<sup>22</sup>Lisón Tolosana, (1971), (1984), (1986), que puede resumirse en el principio de la otredad que refiere la idea de que para que exista uno deben existir dos. O en la que puede manifestarse como ecuación existencial (*soy yo en cuanto que él es el otro*), como cita literalmente Moncó Rebollo, Beatriz, (1991:81).

encontraba algo distinto a la monotonía de colores, de olores y de temas de estudio!.

Por otra parte, el castigo y la represión no eran mecanismos de estímulo usuales, cómo no lo era la figura del profesor en cuanto al controlador omnipresente. Los compañeros de clase articulaban sus relaciones en función a criterios muy personales y en ningún caso impuestos, donde la “necesidad del otro” no solía ir más allá de intereses puntuales, como conseguir unos apuntes, o cambiar impresiones sobre algún tema, o para realizar algún trabajo conjunto. No se daban los mecanismos ni circunstancias que propiciasen el surgimiento de las camarillas ni del compañerismo entendido en los términos tratados en el ámbito de la vida en las academias militares, pero eso no quitaba valor a las nuevas relaciones de amistad desinteresada entre compañeros de clase, algunas de las cuales aún mantengo. En este nuevo contexto predominaba la iniciativa personal y la libertad de ideas, en contra del absoluto control y la ausencia de iniciativas, predominante en el contexto del que yo procedía. Para mí la recompensa del estudio residía en la satisfacción de haber superado un reto personal, nadie me atosigaba con el continuo control y supervisión -mientras en los centros militares la razón final de estos mecanismos era poner a cada cual en su sitio, más que contribuir a la enseñanza de conocimientos y al desarrollo intelectual de los alumnos-, en este nuevo entorno se decía que el que se suspendía era uno mismo, pero nadie te obligaba a aprobar ni a estudiar.

Las relaciones con los nuevos compañeros también supusieron un importante estímulo para mí, los temas de conversación eran diversos, y sobre todo diferentes a los propios del mundo militar, -en el ámbito militar la mayor parte de las conversaciones giraban sobre temas propios de nuestra edad, pero especialmente sobre temas militares, algo que estaba potenciado y reforzado por la propia institución como recogen las Reales Ordenanzas<sup>23</sup>. El poder oír de forma clara y sin cortapisas perspectivas diferentes y planteamientos críticos sobre determinados hechos me permitieron ejercitarme en el arte de la tolerancia y el respeto dialéctico, algo poco usual en mi ambiente, sobre todo al tratar temas relacionados con la milicia que algunos militares elevan a la categoría de “tabú” para con los civiles, a los que consideran no iniciados en estos temas<sup>24</sup>.

El asistir a museos y exposiciones con profesores y compañeros, ver películas para después comentarlas, asistir a conferencias, etc., también repercutió en mi deseo de seguir aprendiendo a través de unos medios novedosos, o al menos de ver más allá de lo que estaba acostumbrado. Y, la percepción desde la proximidad de acontecimientos sociales, que en mi

---

<sup>23</sup> Art. 72 RROO de las FAS: *El oficial cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien, vale muy poco para el servicio; el llegar tarde a su obligación, aunque sea de minutos; el excusarse con males imaginarios o supuestos a las fatigas que le corresponden; el contentarse regularmente con hacer lo preciso de su deber, sin que su propia voluntad adelante cosa alguna, y el hablar pocas veces de la profesión militar son pruebas de gran desidia e ineptitud para la carrera de las armas.*

<sup>24</sup> Autores militares como el general Enrique Jarnés Bergua y el coronel Amadeo Inglés son dos claros ejemplos de esta tendencia.

periodo anterior aparecían muy lejanos, se planteaban ahora como elementos de reflexión constante y del surgimiento de dudas sobre mi mundo y mi condición, lo que contribuyó a la toma de conciencia de construirme otro “yo civil”, además de mí “yo militar”.

Por otra parte, la ayuda e influencia de mi mujer y de sus compañeros de facultad fue decisiva; mi presencia en el grupo hacía que con frecuencia acabásemos abordando algún aspecto relacionado con la milicia, de la que se hacían comentarios diferentes a los que yo estaba acostumbrado a oír, desmitificándolo y objetivándolo en lo posible. Ello hizo que reflexionase sobre mi mundo militar desde una perspectiva ajena al mismo, los nuevos amigos reflexionaban sobre él con otra mirada, de forma que yo aparecía como el “nativo” que se sorprendía de muchas de las cosas que decían. Todo esto acabó induciéndome a desear aprender nuevas materias y a adquirir nuevos conocimientos que me permitiesen, de algún modo, aclarar mis ideas respecto a mi mundo militar, hasta entonces inquebrantable. En conjunto estas inquietudes se iban a materializar en el estudio de nuevas materias, técnicas y mecanismos de análisis que me abrieran los ojos y me ayudasen a comprender mejor ese “otro” extraño que para mí constituía el mundo civil, a la vez que me permitiría analizar y comprender mi “otro yo” dentro de la estructura militar.

## *P.2- 2- Los nuevos descubrimientos.*

La duda, y el aparente conflicto entre mí “ser militar” y mí “ser civil” me hicieron decantarme por el estudio de la sociología, pero encaminada a la antropología social, que me atraía especialmente por las cuestiones ya señaladas de mi pasado. La decisión estaba tomada, y cómo aún hoy me sucede, el explicar qué era eso de la antropología, y las razones por las que me había decidido a realizar estos estudios a los que conocían dicha decisión, era todo un problema, especialmente a mis compañeros de trabajo y demás militares. No entendían qué hacía un militar, especialista en automoción, estudiando una cosa tan “rara”, de la que no entendían para qué servía. Por otro lado, debo decir que algunos de mis compañeros de la facultad, y algún profesor, también mostraron extrañeza al descubrir mi condición militar. En ellos también aparecían los fantasmas anclados en los estereotipos predominantes, entre los que no parece tener cabida el que un militar profesional se sienta atraído por materias supuestamente ajenas a su “visión del mundo”.

El propio proceso de aprendizaje y la adquisición de conocimientos sobre las teorías y técnicas antropológicas iba influyendo en mi persona y en mi actitud como militar. Afloraban nuevos referentes, y cuestiones hasta ese momento impensables, que afectaban a mi forma de actuar y de llevar a cabo mis actividades militares. La manera en que ejercía el mando propio

a mi empleo y funciones se veía modificada, -en mi opinión para bien mío y el de aquellos que tenían que sufrirme-. El militar y el antropólogo iban desarrollándose poco a poco, cediendo el primero paso al segundo, sin que ello supusiese su anulación, sino más bien una integración paulatina que permitía el crecimiento de ambos.

Seguí con rigor los procesos exigidos para concluir los cinco cursos de la carrera y obtener el título de licenciado en sociología, pero obtuve mucho más que un título; la universidad y mis profesores me habían “envenenado” y quería seguir aprendiendo e investigando.

### *P.2- 3- La influencia de una disciplina y el por qué de esta tesis.*

El estudio en la Facultad de Sociología, y la especialización en antropología social determinaron plantearme estudiar la cultura militar con *otra mirada*, lo que supuso tener que cuestionar mis propios valores y mis creencias militares. También me incitó a intentar comprender muchos aspectos que hasta el momento no me había planteado, unos porque eran irrelevantes hasta ese momento, otros porque resultaban incuestionables, pues como militar debían dar sentido a mi vida y a mis actitudes.

Tal confusión estaba justificada por el modo en que me habían afectado los criterios propios de las teorías del relativismo cultural, que hacía mella de forma sutil en mi persona a lo largo de las incesantes lecturas de autores clásicos y contemporáneos, así como el estudio de distintos planteamientos teóricos que iba desgajando con los profesores y compañeros de universidad. Me influyó la lectura de textos sobre el quehacer del antropólogo, en especial las realizadas por teóricos como Barley (1993) y (1995), Rabinow (1992), James Clifford y George Marcus (1991), María Cátedra (1991), Clifford Geertz (1994) y (1996), por mencionar algunos, y también me afectó en mi decisión de indagar sobre aspectos castrenses la lectura de textos relacionados con tema militares, y las conversaciones con algunos de los propios autores de obras y trabajos sobre la antropología. Todo ello despertó el interés por aspectos teóricos y metodológicos del quehacer del antropólogo y los problemas epistemológicos de dicho trabajo. Esto me motivó para hacer una traslación personal al respecto, y plantearme la posibilidad de hacer un trabajo de campo de mi propio mundo. Algunas de las dudas iniciales estaban relacionadas con los problemas para obtener una información fidedigna, dada mi condición militar, y por tanto, de parte implicada en los procesos de relación interna. Pero las dudas se disiparon al leer las consideraciones de Clifford Geertz sobre el trabajo del antropólogo (en Kottak 1994:25)<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> Phillip Kottak (1994): *Según Malinowski, una primera tarea del etnógrafo es <<captar el punto de vista del nativo, su relación con la vida, comprender su visión de su mundo>> (1922/1961, p. 25 cursivas de Malinowski). Desde la década de 1970,*

Estos serán algunos de los referentes que guiarán la presente tesis. Quizá por eso me planteé el verme cómo un militar que mirase su mundo con otros ojos, lo que conllevaría un cambio actitudinal que me permitiese hacer emerger mi otro yo "el del antropólogo", para reflexionar sobre mis propias vivencias y experiencias dentro de mi mundo cotidiano, pero intentando sentirme ajeno al contexto social y cultural de referencia. Mi propósito será tratar de analizar los momentos y circunstancias cotidianos y regulares, pero también los anecdóticos de la vida militar y de sus miembros. Sin embargo, la naturaleza del entorno me obligó a delimitar de algún modo el tema, por lo que finalmente decidí centrarme en la tropa de reemplazo, lo que estuvo mediado por su particularidad y por el hecho de que en el momento de iniciar el trabajo estaba cuestionándose su futuro en nuestro país.

Debo aclarar que mi planteamiento no tiene por objeto justificar o recriminar el servicio militar ni a los militares, sino intentar comprender algunos aspectos de su existencia, y la filosofía que definían las relaciones entre las partes en el contexto en que se desarrollaban, es decir en el de la cultura militar. Ello supone el tener en cuenta que la tropa de reemplazo ha jugado un papel incuestionable en la filosofía, estructura, organización y en la definición del mundo militar de nuestro país durante los dos últimos siglos y que refleja una excelente imagen especular (con el inconveniente de su inversión) de los valores vivenciales y experiencias vitales con los que se ha construido en España tradicionalmente la identidad militar. Para confirmar esta cuestión basta con analizar cómo en los últimos años el proceso de profesionalización de las FAS ha hecho surgir una gran inquietud entre los responsables de la política de defensa y entre los propios militares, que han llegado a cuestionar incluso conceptos hasta ahora asumidos como claros y válidos a la hora de estructurar a los militares en los dos grandes grupos, percibidos como categóricamente diferenciados, -al menos en los modelos de ejércitos contemporáneos y especialmente a raíz de determinadas reformas sociales<sup>26</sup>-, constituido por el grupo de militares de *reemplazo* por un lado y el de militares *profesionales* por otro. Concepto este último que entra en crisis con las nuevas reformas, y que hizo que se replanteasen los términos nuevamente para poder seguir diferenciando y

---

la **antropología interpretativa** ha asumido la tarea de describir e interpretar aquello que tiene sentido para los nativos. Los interpretativistas como Clifford Geertz (1973) ven las culturas como textos, con significados que los nativos <<leen>> constantemente y que los etnógrafos tienen que descifrar. Según Geertz, los antropólogos pueden elegir cualquier aspecto de la cultura que les interese, hacerse con los detalles y elaborarlo para informar a sus lectores sobre los significados en aquella cultura. Las formas simbólicas públicas portan los significados, incluidos las palabras, los rituales, y las costumbres. Según la visión interpretativa, el entendimiento transcultural surge a través de <<diálogos>> entre los nativos, el antropólogo y el lector, todos ellos parten de la conversación. [...] Los antropólogos interpretan y median entre culturas de dos maneras. [...] durante el trabajo de campo tienen que hacer la interpretación de las categorías nativas a las suyas, y al escribir, tienen que interpretar para sus lectores. [...] La antropología dialogística es un género dentro de la categoría experimental más amplia -la antropología reflexiva. Aquí, el etnógrafo-escritor pone los sentimientos y reacciones personales de su situación en el campo directamente en el texto. [...] El etnógrafo debe adoptar algunas de las convenciones de la novela, incluida la narración en primera persona, las conversaciones, los diálogos y el humor.

<sup>26</sup> Véase por ejemplo, Nuria Sales (1974).



categorizando a los que se consideran dos grandes grupos del mundo militar, el de la tropa y el de los mandos, por lo que se recurrió a utilizar de forma preferente el calificativo de militar de *carrera* para referirse a los mandos como elemento diferenciador. Por ello puedo afirmar que la desaparición de la tropa de reemplazo ha supuesto un cambio de paradigma en el mundo militar.

Retomando el tema del por qué y del cómo de este trabajo, señalaré que uno de mis estímulos más importantes para decidirme por él, -reforzado además por mi director de tesis- era el reto de intentar analizar el tema reflexionando sobre la cultura militar y la manera en que ésta actuaba sobre el soldado y cual era su reacción ante ello. Lo que me ha obligado a resituarme en y ante mi propio mundo, y a reflexionar sobre mis propias actitudes personales en el ejercicio del mando, buscando los mecanismos y soportes que lo fundamentan. Por último, destacaría en la elección del tema el interés que como antropólogo ha despertado desde siempre el componente simbólico que caracteriza a la institución militar, a la que me atrevería a catalogar de *hipersimbólica*. Creo que cualquiera que trabaje en el ámbito de las ciencias sociales puede comprender la enorme curiosidad que puede despertar en alguien, que como yo, pretende analizar su propio universo simbólico como miembro de una institución tan absorbente como es la militar.

Por lo que respecta a mi interés como antropólogo para con el tema y procedimiento de análisis se refiere, son muchos los factores que resultan fácilmente comprensibles como estímulos para hacer este trabajo; el relativismo, la puesta en duda de casi todo, el análisis profundo de las cosas, el buscar más allá de la apariencia, el diferenciar - o al menos intentarlo- entre lo que se dice, lo que se piensa y lo que se hace, el contrastar los aspectos formales con los informales, el descubrir que el mundo, "el castrense", en el que vivía representaba un algo complejo y en parte confuso, constituido como una organización, como una institución, como un mundo de hombres que se identifican como un "nosotros" ante otros "los civiles". El constatar, de algún modo, la existencia de lo que podríamos denominar como una cultura militar amparada en una especial manera de ver las cosas, de reconstruir la realidad, poseedora de unos parámetros propios que le confiere una cosmovisión diferenciada, y que se autodefine poseedora de unos valores y cualidades específicos y diferenciadores, llena de rituales y de simbología, donde todo aparece como perfectamente encajado y ordenado, cómo si nada quedase fuera de control de la institución, pero que en el fondo encierra un sinfín de contradicciones, de lagunas, de alternancias a la norma y a lo formal, donde las cosas no siempre son tan claras, y donde los mensajes a menudo encierran múltiples significados. Todo ello presto a ser analizado por quién tengan la formación y la curiosidad suficiente para indagar en los mismos, y cómo no, la posibilidad de entrar en ese peculiar y

poco accesible mundo militar.

Además de las referencias de algunos autores ya señalados, quiero incidir que mi planteamiento está también influenciado por algunas de las ideas de Proust: *El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en tener ojos nuevos*, citado en un artículo de Enrique Luque Baena<sup>27</sup>, y otras del mismo Luque en dicho texto (1991: 72, 78)

*El reto que tenían ante sí los antropólogos hispanos [...] era realmente peliagudo: estudiar lo que de otro, de ajeno, tiene lo tremendamente próximo. [...]*

*Arriesguémonos a desvelar eso otro que se esconde tras la aparente tranquilidad de nuestros gestos, no sólo de nuestras palabras. O en el monótono discurrir vital del vecino de enfrente o del piso de arriba. A buen seguro que lo cotidiano y lo contiguo ocultan cosas tan sorprendentes como la remota vida rural o la esporádica ocasión festiva. Si no más.*

Estas ideas resumen mi inquietud y mi deseo por abordar esa aventura que caracteriza el quehacer del antropólogo, independientemente del lugar, grupo, o condición en la que trabaje.

Todo ello me hizo reflexionar sobre la posibilidad de abordar un estudio sobre mi propio mundo. En última instancia me hice la pregunta que otros se han hecho: ¿qué puede resultar más sorprendente y exótico para un ser humano, que descubrir un día algo sobre uno mismo, y su propia construcción de la realidad, que hasta entonces le era desconocido?. El presente estudio pretende ser una posible repuesta a dicha cuestión.

Al respecto debo decir que a lo largo de los años que ha durado esta investigación fueron muchas las ocasiones en las que llegué a asombrarme al ir redescubriendo aspectos de mi entorno al abordarlos con una mirada antropológica. Descubrí que la estructura jerárquica militar tiene una justificación, o varias según se mire, pude ver que aunque definida la milicia como una *religión de hombres honrados*<sup>28</sup> en la que parece encerrarse una idea de "soldado" como una clase especial de hombres<sup>29</sup> cortados por un mismo patrón, en la realidad puede aflorar elementos más diferenciadores que unificadores. Y, me sorprendió especialmente el descubrimiento de que los soldados de reemplazo, que hasta entonces habían sido para mí sólo eso, "soldados", eran mucho más que un simple puñado de jóvenes a los que debía mandar y modelar sin plantearme qué papel o qué intereses e inquietudes tenían ellos, ni cómo veían y sentían tal hecho.

Mis inquietudes y descubrimientos se materializaran finalmente en este estudio pormenorizado del servicio militar y de aquellos que tuvieron que realizar el tránsito por el

---

<sup>27</sup>Luque Baena, *La invención del otro y la alienación del antropólogo en la etnografía hispana*, en María Cátedra (1991:78).

<sup>28</sup>Calderón de la Barca, poema al Soldado de la infantería española.

<sup>29</sup>AAVV (1987), prólogo del Tte. Gral. J. Cano Hevia, en cuya contraportada podemos leer: *En cualquier caso es necesario que el militar sea un hombre especial dispuesto a autoinmolarse en defensa de su nación. Hoy como siempre, este tipo de hombres presenta problemas a la sociedad que le crea y le proporciona la fuerza que le coloca en las condiciones de esclavizarla, a la vez que ese objetivo puede verse más o menos diluido en el sistema de valores que impera en su sociedad.*

mundo y la cultura militar<sup>30</sup>.

Llegado este punto quisiera destacar la conveniencia de considerar desde un punto de vista epistemológico, el hecho de mi condición de *soldado antropólogo / antropólogo soldado*, que me otorga la posibilidad de hacer una interpretación de los hechos, cuanto menos, diferente de la que pueda hacer otro investigador. Entendiendo en todo momento que el aporte que pueda hacer está dentro de las limitaciones y peculiaridades personales a las que estoy sujeto y a las que muy bien alude al referirse a este aspecto Tax de Freeman (en María Cátedra 1991:128):

*Una formación antropológica debe crear, sobre todo, la conciencia de la enorme variedad de preguntas de aplicación potencial y nos debe enseñar un reconocimiento humilde del hecho de que ningún investigador contribuye más que en una pequeña parte a nuestro conocimiento antropológico. Por cierto, un trabajo en antropología cultural es un producto sumamente personal.*

*Esta perspectiva compleja -o sea, de múltiples ángulos- es exactamente lo que la antropología requiere. Pero después de notarlo, hay que decir de nuevo que los detalles son tan difíciles de clasificar como son las mismas biografías intelectuales, pues hablamos de un nivel muy personal de experiencia, formación, y relación en yuxtaposición con diferentes momentos de la vida del investigador y en las diferentes culturas que estudia.*

Por otra parte, debo decir que mi doble condición de nativo y antropólogo hacía más evidente la dificultad de compaginar ambos papeles, pues si a un investigador extraño le resulta imposible el cuestionar y redefinir las veinticuatro horas del día sobre aquello que acontece en el contexto de estudio, como señala Rabinow (1992: 52), mucho menos podrá hacerlo alguien que además de investigador es nativo, y menos aún si tiene una relación institucional con aquellos a los que investiga, y con el entorno en el que trabaja, pues -aunque no lo quiera- tiene que hacer su trabajo, además del de investigador.

Asumo pues las limitaciones de mi trabajo, pero reivindico igualmente su particularidad, en tanto que puede contribuir al enriquecimiento del estudio antropológico de tan peculiar cultura, destacando a la vez su interés dado que el soldado de reemplazo, como lo hemos conocido hasta hace poco ha dejado de existir en nuestro ejército. A la vez considero que la observación de Tax de Freeman sobre la particularidad del investigador, y el modo en que a lo largo de su vida y de su trabajo se van produciendo una superposición de experiencias y circunstancias que definirán finalmente su interpretación de los hechos y su producción literaria. En mi caso no hay lugar a dudas que tal yuxtaposición se producía de forma inexorable, lo que he podido corroborar en las enormes dudas y en los cambios de dirección

---

<sup>30</sup> Quiero señalar que el concepto de cultura que refiero se ajusta bastante a la idea de un sistema simbólico, como plantea Clifford Geertz (1990:217): *En todo caso el concepto de cultura que yo sostengo no tiene múltiples acepciones ni, por lo que se me alcanza, ninguna ambigüedad especial: la cultura denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida. Por supuesto, términos tales como "significación", "símbolos", y "concepción" exigen explicación.*

que se iban produciendo en mi trabajo de investigación a medida que profundizaba más en el estudio, a la vez que se iban produciendo cambios sustanciales en el mismo objeto de estudio.

En todo caso, y desde una mirada retrospectiva del proceso de formación que iba adquiriendo durante esa etapa, debo reconocer que a medida que iba construyendo mi condición de antropólogo percibía cómo el mundo y la cultura militar a los que pertenecía y que se basaban en unas estructuras y valores inquebrantables, iban adquiriendo otra dimensión. Mi yo antropólogo me incitaba a mirar mi mundo cotidiano con otros ojos. Pero además, mi proximidad al soldado de reemplazo me hizo plantearme el abordar ésta cultura de una forma particular y más compleja, si cabe, de la que pudiera ofrecerme hacerlo desde la óptica de los militares de carrera, que se ajustaría de forma más lógica a la visión del “nativo” de tan particular mundo, quienes definían a través de sus elites que era esto de la milicia. Este planteamiento me llevó a hacer una doble reflexión, pues pretendía comprender mi mundo, mi cultura, pero a través de quienes no pertenecían de modo pleno a ella, pues formaban parte de la misma, pero lo hacían de manera obligada, y de forma temporal. Consideré que tal percepción podía resultar interesante, a la vez que me permitiría indagar en un grupo que vivía la milicia de una forma, y en unas condiciones diferentes a la de los militares profesionales, con lo que su visión de los hechos estaría sin duda sesgada, pero no en el mismo sentido que la de aquellos que pertenecen plenamente a tan particular mundo, por lo que participan de forma plena de su entramado simbólico y ritual, sin poder verlo de otra forma que no sea a través de las convicciones, valores, y del universo cognitivo que lo caracteriza, pues son militares, y por tanto son “en” la milicia, mientras que los soldados de reemplazo “eran” a pesar de la milicia.

El desarrollo de este trabajo a confirmado plenamente ese planteamiento, y puedo asegurar que la milicia vista por los soldados de reemplazo distaba mucho de la que percibían los militares profesionales, aunque en sus actitudes cotidianas no lo manifestasen de forma plena, dada su condición de sometidos al sistema establecido.

Para concluir esta introducción quiero hacer una breve reflexión sobre el carácter antropológico de esta investigación, reivindicando su carácter metodológico, pero aceptando y reconociendo las limitaciones a las que toda investigación antropológica suele estar sujeta, y a pesar de mi condición de nativo investigador asumo como propias las consideraciones de Clifford Geertz (1990: 19-41) sobre el quehacer del antropólogo:

*Pág. 32 [...] lo que inscribimos (o tratamos de inscribir) no es discurso social en bruto, al cual, porque no somos actores (o lo somos muy marginalmente o muy especialmente) no tenemos acceso directo, sino que sólo la pequeña parte que nuestros informantes nos refieren\*.*

---

\*Nota de Geertz: En la medida en que la idea de “observación participante” reforzó el impulso del antropólogo a compenetrarse con sus informantes y considerarlos antes personas que objetos, fue una idea valiosa. Pero en la medida en

*Esto no es tan temible como parece, pues en realidad no todos los cretenses son mentirosos y porque no es necesario saberlo todo para comprender algo. Pero hace parecer relativamente imperfecta la concepción del análisis antropológico como manipulación conceptual de hechos descubiertos, como reconstrucción lógica de una realidad. Los hallazgos etnográficos no son privilegiados, son sólo particulares. Considerarlos algo más (o algo menos) los deforma y deforma sus implicaciones, que para la teoría social son mucho más profundas que la mera primitividad.*

*En antropología, sólo breves vuelos de raciocinio suelen ser efectivos; vuelos más prolongados van a parar a sueños lógicos y a confusiones académicas con simetría formal. [...] En realidad, cuanto más se desarrolla la teoría más profunda se hace la tensión. Esta es la primera condición de la teoría cultural: no es dueña de sí misma [...]*

*Pág. 39 El análisis cultural es intrínsecamente incompleto. Y, lo que es peor, cuanto más profundamente se lo realiza menos completo es. Es ésta una extraña ciencia cuyas afirmaciones más convincentes son las que descansan sobre bases más trémulas, de suerte que estudiar la materia que se tiene entre manos es intensificar las sospechas (tanto de uno mismo como de los demás) de que uno no está encarando bien las cosas. Pero esta circunstancia es lo que significa ser un etnógrafo, aparte de importunar a personas sutiles con preguntas obtusas.*

Considero que las palabras de Geertz son una buena forma de empezar a desarrollar la tesis, pues denotan cómo el interés y el deseo por “hacer bien las cosas” requieren a la vez de la autorreflexión de quien lo hace, para reconocer con modestia que por muy bien que uno crea haber realizado su trabajo, éste siempre puede ser mejorado.

---

*que condujo al antropólogo a perder de vista la naturaleza muy especial de su propio papel y a imaginarse él mismo como algo más que un transeúnte interesado (en ambos sentidos de la palabra), este concepto fue nuestra fuente más importante de mala fe.*

## **I) EL SERVICIO MILITAR A DEBATE.**

*El pesar de los pesares es bregar con militares.*

\* Refranero español.

### ***1.0- El uso del término mili.***

Antes de entrar en materia, quiero aclarar que utilizaré de manera indistinta el término Servicio Militar Obligatorio (SMO), y la expresión “mili”. Pues aunque soy consciente de que el segundo puede resultar peyorativo para alguien, como antropólogo debo referirme a los conceptos como lo hacen los informantes, y buscar en ellos el sentido que éstos le dan.

El uso del término mili es relativamente reciente, pues tradicionalmente se usaba el de “servicio”, como podemos corroborar escuchando a nuestros mayores al hablar de su servicio militar. Este cambio va acorde con los que se han producido en nuestra sociedad, que ha devenido en considerar el término servicio como algo vinculado a la servidumbre<sup>31</sup>, siendo por ello rechazado de forma genérica.

Después de las consideraciones sobre el uso del término mili, quisiera destacar que en el presente estudio pretendo reflexionar sobre el servicio militar y sus protagonistas. Me interesa la mili vista desde “dentro”, por lo que pretendo mirarla de manera “profunda”, considerando los procesos que en ella se daban, para lo que analizaré las relaciones, tanto interpersonales como intragrupales e intergrupales, basándome en el estudio de lo cotidiano y lo extraordinario, de lo evidente y lo latente, de lo dicho y lo no dicho. Para todo lo cual, considero adecuado tratar los hechos cotidianos de la vida cuartelera, utilizando el procedimiento que normalmente se concede a los hechos considerados extraordinarios, siguiendo en este sentido las consideraciones de Mauro Wolf (1982).

Pero antes de entrar en mi propio análisis sobre los hechos, me parece interesante hacer algunas consideraciones sobre el modo en que se ha tratado el tema del servicio militar a lo largo del tiempo, y por quiénes, y desde qué perspectivas y posicionamientos lo han analizado.

---

<sup>31</sup> Aspecto que refieren de forma concreta Morant y Peñarroya (1999:221)

### ***1.1- El debate sobre el servicio militar obligatorio.***

El servicio militar obligatorio ha suscitado polémicas desde antiguo, tanto para los dirigentes, como para los propios militares y para la sociedad. Pero al que siempre ha importado de forma ineludible ha sido al joven que le correspondía realizarlo. Por otra parte, podemos afirmar que esta institución ha sido motivo de debate desde su origen hasta el momento de su desaparición, dado que se trata de un fenómeno social que ha afectado a la mayoría de las familias de nuestro país.

Hecha esta breve observación sobre el carácter polémico del servicio militar obligatorio, considero interesante iniciar el tema planteando algunas consideraciones referidas a los momentos cruciales próximos a su desaparición. Por ello las observaciones de algunos soldados adquieren un papel destacado sobre el particular, entre otras razones porque evidencian cómo los distintos individuos hacían sus propias valoraciones al respecto.

En los últimos años del SMO se estableció lo que se vino a denominar modelo mixto de recluta, -consistente en la combinación de soldados conscriptos y soldados voluntarios, que surgió como un modelo de transitorio hasta consolidar el modelo compuesto totalmente por soldados voluntarios-. Tal modelo permitió el establecimiento de la denominada objeción de conciencia, que conllevaba la realización de una prestación alternativa denominada Prestación Social Sustitutoria. En nuestro país fueron muchos los que se acogieron a tal prerrogativa, amparados en la falta de procedimientos para controlar<sup>32</sup> su desarrollo de manera eficaz. Estos procedimientos relativizaron el carácter de obligatoriedad y la universalidad del SMO, ya que suponían unas alternativas legítimas a la del servicio militar. Pero inicialmente la PSS no se desarrollaba en igualdad de condiciones que el SMO, por lo que muchos jóvenes no parecían tener tan claro que existiesen tales alternativas, y se veían presionados por el sistema para que optaran por el SMO, a pesar de preferir realizar la PSS.

En todo caso, lo realmente obligatorio era el servicio militar, mientras que la prestación social sustitutoria se articulaba como una alternativa excepcional, a la que deberían acogerse únicamente aquellos que no podían realizar dicho servicio por cuestiones éticas o morales.

No obstante, otros soldados planteaban argumentos distintos para justificar su elección

---

<sup>32</sup> La cantidad de demandas de esta prestación en lugar del servicio militar, hizo que algunos políticos la denominasen “objeción de conveniencia”, pues entendían que los que la solicitaban no era por cuestiones éticas ni morales, sino como una fórmula de eludir el servicio militar.

de realizar el SMO, un ejemplo podría ser el de un soldado que me manifestaba lo siguiente:

*Algún día la gente podrá librarse por fin de la pesada, penosa y desagradable tarea de defender unos ideales absurdos. Todo esto de la mili es una pérdida de tiempo. A pesar de que se diga que podemos optar por la objeción de conciencia el servicio militar sigue siendo obligatorio ya que si no haces la mili te puede tocar limpiar el culo a los viejos, o cosas peores. Personalmente considero que no le debo nada a este país, lo cual no debe llevar a engaño a nadie, pues me encanta España, pero no la veo en los términos que la miran los militares.*

En este caso, la decisión de hacer la mili parece justificada por razones prácticas. El soldado que las emite concibe que lo que se puede hacer en la mili resulta más predecible que en otros servicios sociales, donde las tareas a realizar podían resultar, en algún caso, más ingratas que las de la propia mili.

A pesar de las declaraciones anteriores, debo decir que la mayoría de los jóvenes elegían realizar el servicio militar o la prestación social sustitutoria sin tener un conocimiento objetivo y claro de lo que eran, y la manera en que se desarrollaban. Pero, lo que resulta verdaderamente reprochable, es que al acabar tales servicios, tampoco parecían tener muy claro “de qué iba la cosa”, como ellos mismos manifiestan en muchas ocasiones.

A pesar de todo, el servicio militar ha suscitado interés y polémicas a través del tiempo y en diferentes instancias. Ha sido tratado y debatido en foros, tanto militares como civiles, y en contextos locales, como nacionales o internacionales.

No obstante, en los escenarios en los que normalmente se trataba el hecho de la mili, solía predominar un marcado carácter castrense. También solían prevalecer criterios institucionales o académicos, que tendían a enfocar el servicio militar obligatorio tratándolo como organización o institución, y no como experiencia o vivencia de un determinado grupo de sujetos. Otra tendencia bastante extendida, era la de tratar aspectos anecdóticos o pintorescos de la mili, pero sin entrar en mayores profundizaciones.

También solía hacerse alusión al hecho de la mili como un problema, pero visto desde una perspectiva política, económica, o social, prevaleciendo en la perspectiva del discurso los aspectos organizativos y funcionales. Como muestra de lo dicho citare el prólogo de un texto que recoge las ponencias de un ciclo de conferencias y comunicaciones desarrolladas en Segovia durante el mes de marzo de 1987, en las que se trató el tema del servicio militar obligatorio. El prólogo lo realiza el teniente general Cano Hevia, (1987:9-12) quien señalaba:



*El Servicio Militar es uno de los problemas políticos de nuestro tiempo. Problema general en Occidente y problema particular español que no se puede aislar de las circunstancias nacionales -históricas, sociales y políticas- en las que se produce. Ahí están, por ejemplo, las actitudes de la población en general, de los partidos políticos, de los comunicadores, respecto a la obligatoriedad o no del Servicio Militar. La diversidad de facetas de nuestro problema se puede encontrar en la repercusión que han tenido la evolución de los medios y modos de guerra, planteado en el dilema ejércitos especializados-voluntarios y los de masas-obligatorios. En cualquier caso, es necesario que el militar sea un hombre especial<sup>33</sup> dispuesto a autoinmolarse en defensa de su nación. Hoy como siempre ese tipo de hombre presenta problemas a la sociedad que le crea y le proporciona la fuerza que le coloca en condiciones de esclavizarla, a la vez que ese objetivo puede verse más o menos diluido en el sistema de valores que impera en su sociedad.*

Respecto a los defensores y a los detractores del modelo de recluta forzosa, existen multitud de argumentos emitidos en uno u otro sentido, y hay muestras de tales posicionamientos desde el mismo momento en que se consolida el modelo. Entre los defensores del modelo, hay muchos que criticaban algunos aspectos relacionados con normativas o acciones que consideran injustas, uno de los autores emblemáticos de este posicionamiento sería Blasco Ibáñez (1978), quién escribe una serie de artículos entre 1895 y 1898 con la cabeceras <<que vayan todos: pobres y ricos>>, en los que critica el sistema de reclutamiento que permitía a los más pudientes librarse de la mili, o de ir al frente, durante la guerra de Cuba.

Ciertamente existen muchas referencias donde encontrar aspectos relacionados con la evolución de los sistemas de reclutamiento en nuestro país, y sobre las valoraciones y detracciones para con cada modelo. Pero el análisis de ese aspecto no es el tema central de este trabajo, por lo que remitiré a un artículo de Uxo Palasi (1996: 47-70) que servirá como síntesis aclaratoria de tales aspectos.

Relacionado con la producción bibliográfica que trata el tema del servicio militar en nuestro país, me parece oportuno destacar algunas diferencias significativas.

Por un lado señalaría a aquellos que publicaban textos dirigidos a los soldados, en los que prevalecía una actitud paternalista para con los mismos, y eran elaborados a modo de guías para ayudar a los soldados en su adaptación al entorno militar. Solían tener un alto contenido doctrinal, caracterizados por discursos de carácter patriótico y la exaltación de las virtudes militares, a la vez que exponían las bonanzas que la experiencia de la mili

---

<sup>33</sup> La idea de que la profesión militar es especial sigue estando vigente para gran parte de los mandos. Al igual que sucede con la creencia de que el militar es poseedor de una personalidad especial, aunque tal percepción no adquiera las mismas proporciones que en otros tiempos.

aportaba a los jóvenes. Con frecuencia estaban realizados por militares de baja o media graduación, y su difusión era de uso interno en los cuarteles. Algunos de los autores que representan esta actitud podrían ser; Araco Irisarri (1936), Lázaro Argiles (1962), Muínelo Alarcón (1967a, 1967b, 1967c, 1969), Bogas Illescas (1970), Fernando de Salas (1976), Yedra Hernández (1980).

Otra orientación era la de aquellos que analizaban la mili desde una perspectiva histórica, como es el caso de; Borreguero Beltrán (1989), García Moreno (1988) y Puell de la Villa, (1996).

Respecto al modelo de ejército más adecuado en la sociedad contemporánea, el debate viene de lejos, y autores como Moskos (1991), y Janowitz (1990), son de mención obligada. Citaría en esta línea los trabajos de Herrero Brasas (1987), (1995). También encontramos unas consideraciones de interés en Huntington (1964), quién establece unas claras diferencias entre las clases y los oficiales.

Analistas españoles intervienen en el debate haciendo previsiones de futuro, como es el caso de Ignacio Cosidó (1990), de cuyo trabajo destacaría el que refiera cómo el servicio militar no constituía únicamente un problema social, sino que lo considera como un problema en sí mismo. Por lo que se muestra a favor de una recluta voluntaria.

En este nuevo planteamiento surge una crítica fundamentada contra el servicio militar, algunos militares acaban erigiéndose en detractores acérrimos contra el modelo tradicional, como es el caso del coronel Martínez Inglés (1992).

Tales posturas no son recientes, pues existen trabajos que señalan en esa dirección desde tiempo atrás, aunque con claras diferencias. Como ejemplo citarí una tesis doctoral inédita, inscrita en la facultad de Derecho, y realizada por Del Moral (1909), cuyo título es precisamente el de *Servicio Militar*. Este doctorando de principios del siglo pasado está en sintonía con las argumentaciones de Blasco Ibáñez, pues reprocha algunos aspectos de la recluta que, aunque reconoce como legítimos los considera injustos, como es el caso de la redención en metálico. También critica la fórmula que permitía la sustitución personal, y los procesos de sorteo. Repudia igualmente los procedimientos por los que debía pasar el mozo antes de incorporarse definitivamente al cuartel, refiriendo de forma concreta el hecho de la talla, y la revisión médica, -actos que se hacían en público, y eran motivo de bromas y chanzas contra los mozos allí donde se realizaban- lo que refiere de manera detallada, por lo que puede servir como documento etnográfico al respecto. Pero particularmente destacaría las predicciones que hace en la página 24 de su trabajo. En ella señala su deseo de que desaparezca el modelo de recluta conscripta, deseo que se ha

cumplido un siglo más tarde.

Tal apreciación la hacía con las siguientes palabras:

*El servicio militar en España reúne hoy, -y digo hoy, porque con el tiempo ha de cambiar y prestarse sólo voluntariamente, como es de razón y justicia, según demostraré, o por lo menos intentaré demostrar más adelante- aquellos dos caracteres; es decir, que puede ser impuesto por el Estado aún forzando la voluntad del ciudadano que no siente afición por las armas y que para acudir a ellas tenga que ver precisado a abandonar su carrera u ocupación, y también puede ser elegida libremente como oficio o modo de vivir.*

Quisiera resaltar el interés de la anterior tesis, por constituir una postura diametralmente opuesta a la de la mayoría de los representantes institucionales del momento, que rechazaban el modelo de recluta voluntaria a favor de la de conscripción. Un ejemplo de este posicionamiento lo constituye Suárez Inclán (1905), un oficial de estado mayor de esa época, lo que nos puede dar una idea de los posicionamientos e intereses tan dispares que tal tema suscita desde antiguo.

Nuria Sales (1974) y Antonio Pereda (1984) señalan el maltrato recibido por el soldado conscripto, destacando como son desposeídos de derechos dentro de la institución. Por lo que los asemejan a la figura de los esclavos.

En un momento dado, algunos autores expusieron ante la sociedad sus apreciaciones sobre la mili de manera novelada, con matices autobiográficos, como son los casos de Coll (1994), y de Muñoz Molina (1995).

El tema también fue analizado en foros especializados, donde confluían; periodistas, analistas de la política y de la sociedad, representantes del mundo del conocimiento, y militares de alta graduación. Lo que, era recogido en textos que resumen las diferentes perspectivas, un ejemplo sería el trabajo titulado; *Debate sobre el servicio militar*, en AAVV. (1987). Otro trabajo de interés sería el de Aguilar y Bardají (1992), que recoge las ponencias de diversos autores de diferente ascendencia entre los que se encuentran periodistas, militares, sociólogos, y políticos, tanto españoles como de otros países. Del mismo destacaría el prologo de Miguel Ángel Aguilar, y la introducción de Rafael Bardají, por constituir un resumen de las razones más destacadas que han contribuido a la búsqueda de un nuevo modelo de reclutamiento de la tropa en nuestro país.

Otros trabajos en esta misma línea serían; el de Feijóo (1996), el de Blanquer (1996), y el trabajo coordinado por Aleñar Ginard (1996), entre otros<sup>34</sup>.

Por otra parte, hay que destacar el interés que los partidos políticos mostraron por el

---

<sup>34</sup> La coincidencia en el tiempo (1996) de las publicaciones anteriores denota el interés por el SMO en ese momento.

tema del servicio militar, en el momento en que éste empezó a debatirse en los medios de comunicación. En ese momento adquirió un peso específico en las propuestas electorales y en las campañas políticas de todos los partidos. Las familias mostraron interés al respecto, a la vez que el acceso al derecho al voto coincidía con el paso por la mili, con lo que las propuestas de mejoras en la prestación de dicho servicio, así como la reducción de su duración, e incluso su anulación, se constituyeron en bazas políticas.

En los últimos años, el Servicio Militar fue también tratado en múltiples diarios y revistas, y en programas televisivos, incluso en películas, y documentales. Aunque en la prensa fue donde tuvo una mayor continuidad, pues podemos observar en cierto periodo una producción ingente de artículos relacionados con el servicio militar, y con sucesos relacionados con los soldados.

Por otra parte, la agonía del servicio militar obligatorio fue usada por algunos sectores, para justificar sus argumentaciones en contra de la política militar y de defensa de nuestro país. En este sentido citaré un pequeño libro de Jiménez Martínez y Toribio Barba (1998: 117-119), en el que refieren la desaparición del servicio militar fue por parte de los militares y dirigentes políticos como pretexto para justificar la conveniencia de aumentar los gastos de Defensa. De lo que argumentan que la sociedad civil acabó aceptando tales incrementos de los presupuestos de defensa como un mal menor, y, como *un precio que había que pagar por no hacer la mili*.

El Servicio Militar ha sido tratado también como tema central, o contextual, en diversas tesis doctorales. Además de la ya referida de Del Moral (1909), citaré la de Anta Félez (1994), en la que analiza el servicio militar como institución desde una perspectiva antropológica. A éstas añadiré las tesis doctorales de Beatriz Frieyro (2001), la de Molina Luque (1996), la de García Moreno (1986). En las que se hace un análisis histórico del tema, que suele estar vinculado a determinadas regiones. La tesis de Blanquer Criado (1996) merece igual mención.

También existen estudios sociológicos sobre el soldado profesional como modelo sustitutorio al del conscripto. Como ejemplo reciente citaré la tesis defendida por Narciso Michavila (2002).

Otra tesis relevante es la de Peñarroya i Prats (2001) que versa sobre la lingüística militar. Interesa resaltar sus planteamientos sobre el léxico cuartelero y sobre la terminología y argot utilizado por el soldado de reemplazo. Aspectos que también analizaré, pero con un enfoque no tan lingüístico como hace Peñarroya.

En el 2001 se presentó otra tesis doctoral, en este caso relacionada directamente con el

tema del servicio militar. La defendió Miralles Muñoz, y se titula; *Los cambios emocionales y de personalidad en los jóvenes que realizan el servicio militar obligatorio*, fue defendida en la facultad de Psicología de la UCM. En esta tesis se plantean los cambios de carácter psicológico que experimentan los jóvenes mientras realizan su servicio militar. El autor refiere que, si bien en otros momentos y estudios se ha planteado que la experiencia de la mili ha supuesto cambios psicológicos negativos para el joven, en su opinión, también ha aportado cambios positivos. Destacaría las siguientes conclusiones de Miralles:

*1 - Los cambios psicológicos que sufren los jóvenes que realizan el servicio militar obligatorio, se podrían concretar en un aumento de la afabilidad, extraversión, apertura mental y cultural, sinceridad, seguridad en sí mismo y voluntad de superación; así como una disminución de la tristeza-depresión. También observamos cierta tendencia a ser más cordiales y dinámicos. Todo esto debido al contacto con la Institución Militar durante nueve meses.*

*2 - Si comparamos los jóvenes pernoctas que han realizado el servicio militar obligatorio, respecto a los no pernoctas; llegamos a la conclusión que no hay ningún cambio significativo entre estos dos grupos, y afirmamos que no existe ningún tipo de influencia del entorno militar fuera del horario de trabajo.*

*3 - Los cambios psicológicos que sufren los jóvenes que realizan el servicio militar obligatorio, no tienen ninguna similitud con los que se obtienen en personas internadas en centros penitenciarios.*

Quiero puntualizar sobre este estudio que está basado en datos del año 1999, o próximos a éste, con lo que la representatividad para el conjunto de los soldados de reemplazo queda en entredicho. Como el propio autor del trabajo señala, los jóvenes que realizaron el servicio militar durante este periodo no se ajustan de forma absoluta al soldado conscripto que ha realizado su servicio en periodos anteriores. No entraré en más detalles sobre este trabajo, pues a lo largo de mi propia tesis irán fluyendo argumentaciones relacionadas con los aspectos que he apuntado, muchos de los cuales no están en sintonía con lo señalado.

Una curiosa tesis doctoral es la de Miguel Perelló Palop que lleva por título; *Úlcera gastroduodenal y servicio militar: estudio radiológico, 1962*, defendida en la Facultad de Medicina de la UCM. En este caso la peculiaridad consiste en la hipótesis de trabajo, que establece una posible vinculación entre una determinada enfermedad con el hecho del servicio militar. Esto nos puede dar una idea de lo importante que podía resultar dicha experiencia para los que la vivían.

Volviendo sobre el tema que nos ocupa, debo decir que en este complejo y diverso abanico de maneras de tratar la mili tampoco han faltado los que han querido rememorarla

desde una perspectiva romántica, rodeándola de una cierta añoranza, en las que prevalecen escenas y situaciones divertidas y anecdóticas. Como ejemplo representativo de este tratamiento citaría el trabajo de Bonifacio Varea (1997).

Hecho este repaso sobre algunos enfoques y contextos desde los que se ha analizado el servicio militar en nuestro país, quiero señalar como las demandas sociales y el interés político que despertó el debate sobre el SMO, hizo que surgiera la necesidad institucional de regularlo desde todos los ámbitos. Por lo que el Ministerio de Defensa aprobó por Real Decreto 1410/1994, de 25 de junio el Reglamento del Servicio Militar. Sobre este particular hay que decir que tal normalización constituye todo un hito, pues hasta ese momento no se había planteado la necesidad de regular y normalizar nada más que lo que afectaba al reclutamiento, pero nada, o casi nada, estaba normalizado de forma concreta sobre los derechos y deberes del soldado una vez incorporados a filas. Este hecho fue reconocido institucionalmente, como se puede observar en un artículo de la Revista Ejército de mayo de 1994 titulado *El servicio militar se moderniza*, del cual reproduzco unos párrafos:

*"Hace ahora algo más de dos años, la Ley Orgánica 13/1991 estableció un nuevo modelo de Servicio Militar en España en consonancia con las recomendaciones contenidas en el dictamen sobre las Fuerzas Armadas aprobado por el Pleno del Congreso de los Diputados en junio de 1991. Se trataba, tal y como recogía aquel documento en el que se establecían unos Ejércitos más reducidos y de composición mixta, de modernizar también las condiciones de realización del Servicio Militar para adaptarlas a las nuevas necesidades de la Defensa y a las características propias de la sociedad española de finales de siglo."*

*Los distintos reglamentos: EL REGLAMENTO DE RECLUTAMIENTO, EL REGLAMENTO DEL SERVICIO MILITAR, Y EL REGLAMENTO DE LA TROPA Y MARINERÍA PROFESIONAL: "completan básicamente el desarrollo legislativo del Servicio Militar y supone, sobre todo, una mejora general de las actividades de los jóvenes españoles durante su estancia en filas, mejoras compatibles con las exigencias derivadas de la Defensa."*

*..."Pero este proyecto de reglamento representa también un hito en la legislación española sobre el Servicio Militar al regular de forma específica materias como los derechos y deberes de los militares de reemplazo, sus horarios de trabajo o los criterios de instrucción. Los reglamentos anteriores vigentes agotaban sus contenidos en el reclutamiento, sin entrar en las condiciones generales de realización del Servicio Militar, en los empleos que pueden alcanzar los soldados de reemplazo o en las vicisitudes que se pudieran presentar durante el servicio."*

*\* El resaltado en negrita es mío.*

Otra producción institucional a destacar es el *Libro básico del soldado* (vigente en los primeros años de 2000). Se trata de un texto de ámbito interno de la Administración del Estado, en el que se recoge y regula prácticamente todo lo que el soldado debe saber de la

milicia. Con este nuevo texto se sustituyen los textos que he señalado anteriormente con los que algunos mandos pretendían ofrecer su ayuda a los soldados, en textos de autor, que fueron sustituidas por las nuevas producciones anónimas e institucionales, acordes con un ejército moderno.

Por tanto, podría decirse a modo de resumen, que el tema de lo militar ha sido tratado desde antiguo desde muy diferentes ámbitos y perspectivas, pero en cada momento ha predominado una u otra tendencia, que ha variado significativamente a través del tiempo. En las ciencias sociales, en general, no ha sido tratado de forma metodológica ni sistemática por investigadores especializados hasta principios del siglo pasado, momento en el que los estudios e investigaciones son motivados por las Guerras Mundiales<sup>35</sup>.

Por otra parte, resulta destacado en el caso específico de los estudios sobre la milicia española, el que en determinado periodo de nuestra reciente historia el estudio y la producción bibliográfica sobre los temas militares estaban prácticamente restringidos a los profesionales de la milicia, fundamentalmente oficiales y jefes. En los estudios referidos al personal militar, el énfasis se hacía sobre la figura del oficial, como verdadero representante de la profesión militar, quedando las referencias sobre la tropa relegadas a un dato complementario. Aspectos tratados, entre otros, por Jenkins y Moskos Jnr. (1984), y por Bastida (1994).

En los textos tratados se hace especial hincapié en el tratamiento de la milicia y de las FAS desde una perspectiva sociológica, aunque también se vislumbran algunas referencias de carácter antropológico. En el caso español, los estudios realizados desde esta disciplina, y en especial aquellos que se centran en la tropa, no tienen cabida hasta los años ochenta, pudiéndose considerar el trabajo de Zulaika (1989) como pionero en el tratamiento específicamente antropológico sobre este grupo. Otros trabajos de similar guisa serían los de Anta Félez (o.c.), que pueden considerarse como la segunda producción de carácter antropológico sobre la mili en nuestro país. Mi trabajo pretende ser, una contribución al análisis de este hecho desde la perspectiva antropológica.

El que no se abordase con especial hincapié este tema podría interpretarse que era debido a que el servicio militar formaba parte de nuestra realidad social y de nuestra cultura de una manera tan arraigada, que no despertaba el interés ni la necesidad de profundizar en él desde las perspectivas señaladas. Pues, en un momento determinado era

---

<sup>35</sup> Para analizar con detenimiento la evolución y desarrollo de los estudios sobre lo militar desde una perspectiva científica y de carácter sociológico, considero de interés la obra de Jenkins y Moskos Jnr. (1984), especialmente en su versión española, cuya introducción realiza el general Alonso Baquer, que analiza el caso español.

percibida como una institución legítima e incuestionable, lo que se fundamentaba en unos principios asumidos, algunos de los cuales resume Mary Douglas (1996: 137, 140, 145).

*(p. 137) las instituciones guían de manera sistemática a la memoria individual y encauzan nuestra percepción hacia formas que resultan compatibles con las relaciones que ellas autorizan. Fijan procesos que son esencialmente dinámicos, ocultan sus influencias y excitan nuestras emociones sobre asuntos normalizados hasta un punto igualmente normalizado.*

*(p. 140) La idea que nuestras instituciones utilizan para estigmatizar a los elementos subversivos es que una vez hubo un periodo de legitimidad incuestionada.*

*(p. 145) El gran triunfo del pensamiento institucional es conseguir que las instituciones sean completamente invisibles.*

Sin embargo, la razón más viable por las que no eran tratados estos temas por parte de investigadores y otras instancias civiles, mientras no existía la democracia en nuestro país, residían en el hecho de que el Servicio Militar se constituía en un aspecto intocable fuera de la institución armada, cuyo poder producía un claro temor entre aquellos que se atrevían a analizar cualquier cosa relacionada con dicha institución. Dicho temor residía en el hecho de que las conclusiones podían ser consideradas como injurias contra las FAS, quien podían tomar medidas represivas contra los autores de tales declaraciones.

En este sentido, opino que uno de los hechos fundamentales que han contribuido a la desaparición del servicio militar obligatorio, ha sido precisamente el que ha dejado de ser una institución intocable<sup>36</sup>, para ser una institución abierta y accesible a sectores que hasta el momento, se habían mostrado como inaccesibles, o como poco convenientes de estudiar. Esa pérdida de su invisibilidad, es la que ha permitido cuestionar su legitimidad y su fundamento, principios considerados hasta el momento como propios del ámbito de la naturaleza y de la fe. Con lo que, al desembarazarla de ese carisma, ha podido ser abordada por personas, e instituciones, que no participaban ciegamente de los principios y doctrinas, que le eran propios hasta entonces.

En principio, parece oportuno destacar que aunque la tropa constituye el tema central de este estudio, no puede ser analizado sin hacer referencias a los mandos con quienes interactúa, aunque no lo haga en igualdad de condiciones, puesto que el grupo de los soldados de reemplazo ocupa el eslabón más bajo de la estructura militar.

Por todo lo cual, considero oportuno hacer una breve reflexión que sirva a modo de introducción general, para contextualizar las distintas consideraciones que iré haciendo a lo

---

<sup>36</sup> Podemos asumir que hasta que el servicio militar no se debate en entornos civiles no adquiere una dimensión social trascendente. Lo que parece confirmar el principio según el cual el hecho de hablar sobre algo, implica la conformación de una realidad social al respecto, y lo hace algo “vivo”, como señala Bourdieu (1985).



largo del trabajo. En este sentido, me parece válido iniciar el tema planteando algunas cuestiones sobre el significado del Servicio Militar Obligatorio. Se entiende que podrían ser muchas las observaciones respecto a lo que ha sido, y ha significado el servicio militar. Podrían aceptarse como válidas algunas respuestas definidas en los siguientes términos: La mili es; una pérdida de tiempo, una putada, un derecho, un deber, un honor, un impuesto, una necesidad social, un sistema de anulación de la personalidad, una experiencia única, una fábrica de hombres, una institución total, una tiranía, un rito de paso, un rito de institución, un elemento de interés electoral, un mecanismo de socialización, un aspecto del militarismo, un producto del capitalismo, una necesidad del ejército, una institución que favorece la igualdad social, un mecanismo que enmascara la desigualdad social a través de la concentración y unificación de los jóvenes, un instrumento de acercamiento entre la sociedad civil y las FAS, un elemento de segregación entre hombres y mujeres, algo de lo que hay que librarse, algo que hay que hacer, una “castración”, una escuela de valores, una alternativa a la prestación social sustitutoria, etc..

Estas serían algunas de las respuestas con que nos encontraríamos, según a quién, dónde, cuándo, y cómo hiciésemos la pregunta. Algunas de ellas aparecerán de forma explícita en diversos puntos de esta tesis doctoral.

Dicho lo cual, dividiría a los potenciales informantes en dos grupos básicos; el de los defensores del SMO y el de sus detractores. A su vez, cada uno de los grupos podríamos estructurarlos en otros dos subgrupos; los que han hecho el servicio militar obligatorio, y los que no lo han hecho. De aquellos destacaría el grupo de los que lo han hecho como soldados de reemplazo, por ser los que han experimentado “en sus carnes” la vivencia de la mili. Considero que éstos son los que poseen un mayor criterio para hablar de ella desde una perspectiva profunda, en tanto que son los verdaderos protagonistas de la misma al poseer un conocimiento vivencial y un cúmulo de sensaciones sobre el particular, que de otro modo resultaría difícilmente accesible.

Soy consciente de que, para la mayoría de los que realizaron la mili, ésta fue considerada simplemente como una etapa más de sus vidas, pues pocos realizaban el esfuerzo intelectual de reflexionar objetivamente sobre ella, desligándose del contenido afectivo o emocional que suele conllevar tal tipo de experiencia. A pesar de lo cual, creo que son los propios actores, los que mejor pueden transmitirnos datos de interés sobre la mili en tanto que experiencia vivida, sentida, y percibida, por lo que constituirán el núcleo principal de mis informantes.

Por ello me hago partícipe de las consideraciones de Clifford Geertz (1994: cap. 3º,

especialmente p. 75-77) sobre la naturaleza del conocimiento antropológico. Allí hace hincapié sobre la importancia del punto de vista del "nativo", y sobre la forma en que el antropólogo debe plantearse su investigación y su trabajo de campo, desmitificando el discurso centrado en la "empatía". Geertz plantea cómo el investigador no debe ponerse en el lugar del "nativo", sino ver cómo éste entiende y explica su propio mundo. Para ello Geertz hace referencia concreta al análisis del concepto de persona que tienen cada grupo de estudio.

En el presente trabajo estableceré una correlación entre el concepto de persona y el de soldado, por existir connotaciones interesantes al respecto, como veremos. En todo caso, mi condición de observador directo me permite analizar aspectos que no son contados por los actores, en unos casos porque no los perciben, en otros por el hecho de que al ser comunes y propios de su mundo cotidiano, no los consideran dignos de mención.

Haciendo un esfuerzo de abstracción mental, me parece oportuno referir las consideraciones de Leenhardt (1947) sobre los problemas referidos al estudio de la configuración y percepción del yo humano por parte de los canacos, un pueblo de Melanesia. Leenhardt propugna que para el canaco lo humano sobrepasa todas las representaciones físicas del hombre, de forma que éste no es percibido objetivamente, sino que "es sentido" en un ámbito que trasciende lo antropomórfico para constituirse en un ámbito cosmológico. De modo que la propia concepción de la realidad que posee el pueblo canaco no le permite discriminar la noción del propio cuerpo, como elemento del que es poseedor. En esta línea, considero que el soldado, en su concepción de la mili, y de su propio yo dentro de ésta, no puede discriminar ese "yo soldado" de la propia experiencia, y su percepción sobre el particular, pues, en el mejor de los casos, no constituye una percepción objetiva, sino más bien algo que es sentido, como le sucede al canaco respecto a su propio cuerpo.

Personalmente diría que el joven no adquiría una verdadera conciencia de lo que era y significaba ser soldado mientras realizaba el servicio militar. Pues durante ese tiempo no le preocupaban muchos de los aspectos que definían el servicio militar como institución, y como realidad. Durante ese tiempo centraban su vida y atención en evitar ser arrestado, eludir determinadas tareas y actividades, y conseguir salir del cuartel cuantas veces pudiese y durante el mayor tiempo posible. Algo que me han confesado y manifestado de forma expresa, en unos casos, y de manera implícita en otros, muchos de los soldados con los que he hablado, y que también he percibido en mi propia experiencia y trato con los soldados.

Siguiendo esta línea, y dejando aparte otras consideraciones –pero sin olvidarlas-, me

centraré especialmente en las valoraciones de los actores, puesto que la mili ha constituido una vivencia única para la mayoría de los que la han experimentado. Por otra parte, la mili adquiere una dimensión social, al constituirse en un referente de diferenciación y separación, de acuerdo a los planteamientos de Bourdieu (1985: 78-86) sobre los *ritos de institución*. Señala que tales ritos no sólo tienen como efecto el separar circunstancial y temporalmente al sujeto de su entorno y contexto de origen para reintegrarlo con otra condición, sino que destaca el efecto que produce de separar y diferenciar a los sujetos en un nivel más amplio.

Cito literalmente a Bourdieu en la página 78 de la obra referida:

*[...] uno de los efectos esenciales del rito, a saber, el de separar quienes lo han sufrido no de quienes no lo han sufrido, sino de aquellos que no lo sufrirán de ninguna manera e instituir así una diferencia constante entre aquellos a quienes concierne el rito y aquellos a quienes no concierne. De ahí que, más que ritos de paso, yo preferiría decir ritos de consagración, o ritos de legitimación o simplemente, ritos de institución- dando a esta palabra el sentido activo que tiene, por ejemplo, en la expresión <<institución de un heredero>>.*

Pero considero que, en el caso del SMO, no debemos eludir de forma tajante el efecto de separación alternativa, es decir, no sólo referida a aquellos que por su condición constituyen realmente un grupo diferencial y separado de los demás, como ha sido el grupo constituido por las mujeres. Pues habría que considerar otras opciones, como la de los varones sanos y jóvenes, que por cualquier otra razón no prestaron el servicio militar. Por lo que la validez del rito de institución señalada por Bourdieu, al aplicarla respecto al servicio militar queda en parte relativizada, aunque no anulada.

No obstante, se puede afirmar que en determinados momentos, se elaboraba una ordenación categórica a diversos niveles, en la que, por un lado estaban los que habían hecho la mili, y por otro los que siendo jóvenes varones no la pudieron hacer. Respecto al proceso por el que se determinaba quiénes eran aptos para realizar el servicio militar, que coloquialmente se conoce como proceso de tallado o talla, considero interesante señalar las observaciones de Del Moral (o.c.: 130-131), quien lo consideraba como un proceso injusto, en tanto que eximía a algunos hombres de realizar el servicio militar, a la vez que califica este hecho como degradante para los así redimidos, pues los marcaba ante la sociedad como sujetos que no “daban la talla” como hombres. De ahí la expresión coloquial, “no dar la talla”.

Tal aspecto otorgaba a los elegidos una conciencia de diferenciación entre ellos y los no elegidos, como analiza Bourdieu al referir los ritos de institución. Aspectos que aparecen

en diferentes cánticos populares, como podemos observar en una corta “canción<sup>37</sup> de quintos”:

*"Ya se van los buenos mozos;  
ya se van los escogidos,  
y las muchachas se quedan  
con los que el Rey no ha querido".*

Por otra parte, la experiencia de la milicia, era concebida como un elemento del proceso de maduración y socialización de los jóvenes. De forma que, para muchos sujetos, la experiencia de la mili otorgaba a los iniciados una serie de valores y cualidades que no se darían fácilmente entre los que no hubiesen pasado por tal vivencia dentro del ejército. Por lo que, por ejemplo, a la hora de otorgar un puesto de trabajo entre un joven con el servicio militar y otro que no lo hubiese cumplido, había una tendencia a preferir al primero.

También se daban otras circunstancias que incitaban a muchos jóvenes a realizar el servicio militar a pesar de no desear realmente hacerlo. Un caso destacado era la presión de los padres, y familiares, y de las personas mayores en general, así como la presión y rechazo de la mayoría de los jóvenes de las quintas, que veían el hecho de hacer la mili como un factor intrínseco a su condición, y como un signo y una prueba ineludible para alcanzar la madurez y la hombría. Esto sucedía especialmente en determinados entornos rurales, pero también en algunos sectores sociales dentro de las ciudades, lo que constituía una muestra del peso de la costumbre y la tradición en determinadas culturas locales, que, en contra de lo que pueda parecer, ha seguido contribuyendo al establecimiento de una separación institucional entre los jóvenes de algunos lugares hasta la práctica desaparición del servicio militar obligatorio. En cualquier caso, el servicio militar actuaba como un rito, como un mecanismo para distinguir a los que participaban del mismo respecto a los que no lo hacían, otorgando a los primeros un rasgo de diferenciación, a la vez que de superioridad, pero todo ello de acuerdo a un esquema de valores propio de un determinado momento y contexto, que definía el modelo cultural establecido, lo que señala claramente Anta Félez (1995:46)<sup>38</sup>.

---

<sup>37</sup> En página de Internet del Ministerio de Defensa, que trata el tema de los quintos y la música popular.

<sup>38</sup> *El servicio militar es un rito que se establece como un símbolo, lo que hace es identificar, poner de relieve a unos individuos sobre el resto, los Otros. [...] Para ello se utiliza una escala cultural de valores, ateniéndose a una serie de cánones, físicos y mentales de los múltiples que pueden establecerse en la generalidad social. En esta escala sale favorecido el hombre, frente a la mujer, el religioso (cristiano) frente a otras creencias, el guerrero frente al pacífico, el alto frente al bajo, el sano frente al enfermo [...] en definitiva, la implicación de una escala de valores -ciertamente, muy poco flexible- con unos cánones dados, frente a otros diferentes. Por lo que al ritual del servicio militar sólo acuden aquellos que tras cumplir ciertos requisitos han de ser identificados como prototípicos del canon establecido culturalmente.*

Respecto a ésta categorización, considero que en la década de los noventa estas valoraciones llegaron a sufrir un aparente proceso de inversión, por parte de la sociedad en general, pero en especial entre los jóvenes<sup>39</sup>, y en determinados sectores. Así pues, en los últimos tiempos los “marginados” empezaron a ser los que cumplían el servicio militar obligatorio. Esto respondería al hecho de que los valores en alza en la sociedad eran opuestos a los que se consideran más representativos de la milicia, aunque se aceptase que los militares que eligen esa profesión libremente debían ostentarlos. Así, en los valores civiles existe una preferencia por las acciones amparadas en la voluntariedad frente a la obligatoriedad, y la diversidad y heterogeneidad gana puntos frente a la homogeneidad en la mayoría de los terrenos. Igualmente parece prevalecer la idea de servicio en la sociedad civil, y entre los jóvenes en particular, pero asociada a causas e instancias no vinculadas a organizaciones o instituciones gubernamentales. Un trabajo dirigido por Andrés Canteras (2003) evidencia cómo los jóvenes actuales poseen una estructura de valores que no casa con los que pueden considerarse valores y orden morales tradicionales, a la vez que muestran una falta de credibilidad y despego de las instituciones que los representan. Una muestra de lo dicho lo constituye la proliferación de ONG, que en las últimas décadas ha constituido un fenómeno social en nuestro país, en las que queda manifiesta la participación voluntaria de la juventud española.

Además de lo dicho, parece obvio aceptar desde una perspectiva antropológica, que el hecho de la mili no es único, ni homogéneo, y que no existe una mili, sino que habría que hablar de “milis”, pues es valorada y percibida de muchas y diversas maneras, por quienes la han experimentando, lo que estará en función de muchos y diversos aspectos. Estas consideraciones dependían de las particularidades de los sujetos, de su propia experiencia, de las condiciones particulares en las que realizase el servicio militar, de su propio sistema de valores, de sus vivencias previas a la experiencia de la mili, de sus inquietudes políticas, morales y religiosas, de los mandos y compañeros que tuvo, de la unidad en la que sirvió, del destino que ocupó, y del apoyo de familiares y amigos, entre otras razones que no ha lugar enumerar.

Por lo que, puede afirmarse a modo de resumen que, en general -y como ocurre

---

<sup>39</sup> Resulta fácil apreciar el considerable incremento de la preferencia de la sociedad española por una recluta voluntaria, frente al modelo obligatorio. Los últimos datos de que dispongo al respecto corresponden al CIS, se refieren a los meses de enero y febrero de 1998, y en ellos destaca como el 75% de los españoles estaban a favor de la profesionalización total, solo un 18% seguía prefiriendo un modelo mixto en el que siga habiendo soldados de reemplazo. También se aprecia un notable incremento en la tolerancia y condescendencia para con aquellos que realizaban la prestación social sustitutoria, e incluso, y lo que es más relevante para con los insumisos. Varios estudios de los últimos años señalaban en esta dirección. Y la propia decisión del gobierno de despenalizar la insumisión, confirmaría esta tendencia.

respecto a la mayor parte de las experiencias personales-, la valoración respecto a la mili dependía de aspectos coyunturales, vinculados tanto a factores de carácter supra-estructural como estructural e infraestructural, los cuales interactúan e intervienen en todo el proceso de construcción de la realidad social<sup>40</sup>.

Una vez hechas estas observaciones sobre los significados del servicio militar, parece lógico plantearnos alguna cuestión sobre la utilidad del mismo. En este sentido parece obligatoria la referencia del texto de Barroso (1991), quién desarrolla todo tipo de hipótesis respecto al significado de la mili desde una perspectiva macro-sociológica.

Hechas estas observaciones quisiera continuar razonando sobre las consecuencias, y finalidad de la existencia de la mili relacionada con la adquisición de madurez social. En este sentido, la institución de la mili se auto-justificaba a sí misma, y a la vez se justifica ante los demás, por el papel social que tradicionalmente se le había atribuido, y que supuestamente desempeñaba. Lo que responde, en cierto modo, a esa necesidad social que se auto-atribuía, y que le era atribuida por determinados grupos sociales, enmascarando con ello otra consecuencia importante de su formulación original, pues determinaba la imposibilidad de conseguir la madurez social de los varones a través de vías alternativas.

En todo caso, mi propósito es intentar analizarla y comprenderla en su conjunto, siguiendo las pautas que define Geertz (1994: 77), es decir: *descubriendo y analizando las formas simbólicas -palabras, imágenes, instituciones, comportamientos- en los términos en que, en cada lugar, la gente se representa realmente a sí misma y entre sí.*

También seguiré los planteamientos de Berger y Luckmann (1995: 31)<sup>41</sup> sobre el conocimiento del sentido común, pues comparto su opinión de que para poder comprender la realidad que estudiamos, es necesario comprender la manera en que ésta se configura. Todo ello me obliga a analizar las relaciones entre los actores, tanto en sus relaciones con los miembros de los grupos a los que pertenecen, como con aquellos que pertenecen a otros grupos en los que no están integrados -es decir en las relaciones intra-grupales, como en las extra-grupales, e intergrupales-, todo ello dentro del contexto en que éstas se configuran.

Debo decir que el marco general de mi estudio estará circunscrito a la vida en los

---

<sup>40</sup> Respecto a la idea de realidad social, me centro básicamente en los planteamientos de Berger y Luckmann.

<sup>41</sup> Las formulaciones teóricas de la realidad, ya sean científicas, o filosóficas, o aun mitológicas, no agotan lo que es "real" para los componentes de una sociedad. Puesto que así son las cosas, la sociología del conocimiento debe, ante todo, ocuparse de lo que la gente "conoce" como "realidad" en su vida cotidiana, no-teórica o pre-teórica. Dicho de otra manera, el "conocimiento" del sentido común más que las "ideas" debe constituir el tema central de la sociología del conocimiento. Precisamente este "conocimiento" constituye el edificio de significados sin el cual ninguna sociedad podría existir.

acuartelamientos en un periodo de cierta estabilidad política y social, y en tiempo de paz<sup>42</sup>. Para lo cual haré hincapié en las relaciones personales de los que compartían sus vivencias en dicho contexto, especialmente en los hechos que acontecían en el día a día de sus vidas.

Intentaré llevar a cabo esta tarea aportando y analizando las declaraciones de distintos informantes presentadas a modo de frases cortas y literales, junto con mis observaciones y consideraciones respecto a todo tipo de actitudes y manifestaciones propias del universo simbólico del mundo militar. Seguiré para ello los criterios de Geertz (1989), y los referidos por Tyler, en la obra de James Clifford y George Marcus (1991: 204)<sup>43</sup>:

*La antropología puede que sea fantástica; pero no ficción. La idea de ficción, en última instancia, contiene un juicio derivado al margen de la propia ficción. Pero la etnografía es como una ola que contiene el juicio constante en sí misma; aunque en su evocación de la realidad se produzca de manera fantástica, derivando de continuo [...] Pero, he de repetirlo, tal fantasía nada tienen que ver con <<Dallas>> o con el DSM; pues es una realidad fantástica de la fantástica realidad. Osea, realismo puro; evocación de un mundo posible de realidad que para nosotros contenga los valores del conocimiento de lo fantástico<sup>44</sup>.*

Dicho lo cual, intentaré asumir el papel interpretativo y subjetivo del antropólogo, en cuanto que autor de una obra, aceptando el hecho de que las declaraciones y manifestaciones de los informantes, y de los actores en general, no dejan de ser manifestaciones subjetivas, pero con la convicción de que en conjunto constituyen y forman parte de la realidad social y cultural en la que se manifiestan, y sobre la que se manifiestan. De manera que el trabajo que presento es fruto de un proceso analítico intersubjetivo y dialéctico. Así mismo, analizaré otros elementos referenciales, con un propósito etnográfico para exponerlos y que nos permita comprender el tema de la mili.

Hechas estas aclaraciones sobre el enfoque que pretendo desarrollar, paso a analizar algunos de sus aspectos que considero más relevantes, siendo consciente de que podrían haber sido otros, o haberse tratado de otra manera, así como de que no estarán todos los aspectos que puedan tratarse. Pero, en mi opinión, a lo largo de mi exposición aparecen los aspectos más significativos para aquellos que he definido como los actores de esta investigación, y que considero como verdaderos protagonistas de la misma, es decir para los soldados de reemplazo.

Así, paso a tratar lo que en esencia constituye el núcleo argumental de esta tesis.

---

<sup>42</sup> Aunque refiera en ocasiones circunstancias y aspectos de la milicia que no se ajusten a este referente.

<sup>43</sup> Lisón Tolosana apunta en esta dirección a lo largo de su producción bibliográfica, el cual aparece resumido en un artículo que publica en la revista de antropología social, N°9 de 2000 (pp :17-26).

<sup>44</sup> Las alusiones de Tyler a "Dallas" son referidas a la serie televisiva, y las referidas a la DSM, (Diagnostic and Statistical

## ***1.2- El conflicto de identidad en el soldado de reemplazo.***

En las próximas páginas haré algunas reflexiones sobre el aspecto que refiere el título de la tesis, circunscribiendo el concepto de problema referido a la identidad del soldado, a la idea de conflicto de identidades. Incidiré en este hecho para que sirva de referente en los distintos aspectos que consideraré a lo largo de la tesis. Para empezar citaré la obra de Erikson (1974), pues recoge precisamente tres aspectos fundamentales relacionados con el tema de mi tesis; la identidad, la juventud y la crisis. Los tres se adaptan perfectamente a mi trabajo, tanto por las características de los sujetos a tratar, como por los procesos a los que estos se veían sometidos respecto a la consolidación de su identidad, aunque en mi caso asocio el concepto de crisis al de conflicto.

El concepto de crisis juega un papel destacado en los procesos de cambio, por lo que ha sido ampliamente desarrollado en las teorías sociológicas. Debemos aclarar que éste no es identificado necesariamente como una situación negativa, ni necesariamente catastrofista, como señala Erikson (1974:14-15), relacionando el concepto de crisis con momentos cruciales en los que los sujetos tienen que tomar una determinación en los procesos de cambio y desarrollo. En la página diecinueve desarrolla una argumentación sobre uno de los que considera focos potenciales de tensión para los jóvenes en lo que define como *identidad de las dos identidades*, para lo que refiere la identidad individual y la identidad del sujeto vinculada a la identidad del núcleo de la cultura comunal a la que pertenece.

Considero que los planteamientos de Erikson pueden ayudar a comprender los procesos de configuración de la identidad de los jóvenes soldados, en tanto que para ellos se establecían situaciones de crisis y de conflicto. Varios aspectos refuerzan este hecho, quizá uno de los más relevantes lo constituía el que los sujetos eran sometidos a una separación forzada de su entorno y a un proceso de exclusión de su identidad previa, a la vez que se les obligaba a adquirir un rol e identidad distinto, con lo que se generaban determinados conflictos -latentes o evidentes- en el sujeto, los cuales desembocaban en una crisis de su identidad. Aunque hay que aclarar que los sujetos que no percibían la mili como un proceso especialmente dramático solían ser los que aceptaban de forma pasiva el sistema establecido, lo que les hacía admitir los hechos como inevitables y contra los que nada podían hacer, o aquellos que lo veían como algo natural, que no había que cuestionar. Erikson también hace algunas reflexiones interesantes sobre este particular, en concreto en la página veintiocho de la obra citada refiere algunos aspectos de los que, en su opinión,

---

Manual) consiste en un manual que se atribuye a la psiquiatría, y que el autor cataloga de terrorista.



contribuyen al mantenimiento y reproducción de un sistema de valores que se transfiere a los jóvenes y que contribuye al mantenimiento del propio sistema, -lo que concuerda básicamente con las consideraciones de Bourdieu en sus teorías sobre la reproducción-.

Erikson se centra en la juventud norteamericana, refiriendo categorías como la de identificación fraternal y el concepto de un estilo de vida que se autoperpetúa. Igualmente trata aspectos aferrados en la tradición que califica como la *vieja decencia*, y otros aspectos vinculados a la concepción abstracta de una dimensión de la identidad en lo que articula como *identidad suficientemente grande*. También señala cómo los jóvenes se veían sometidos al sistema de valores impuestos por las instancias políticas del momento. Finalmente refiere entre los que compartían la vida de la milicia establecían una; *solidaridad incommovible (el más alto sentimiento entre los hombres), que se deriva de haber renunciado a los mismos placeres, enfrentado a los mismos peligros y obedecido las mismas ordenes detestables*. Lo que contribuía a realzar la experiencia militar entre los varones.

Otro aspecto interesante son sus alusiones a las diferencias caracterológicas de los sujetos y la mayor o menor adaptación al medio militar de la que señala: *Pero en todo esto hay un elemento nuevo que surge de la ideología tecnológica y que hace de un soldado un experto cuyo armamento está mecanizado y cuya fidelidad es un acatamiento técnico casi impersonal a una política o a una estrategia que coloca un cierto blanco en la línea de fuego de las admirables armas de que dispone. Sin duda, ciertas “estructuras caracterológicas” encajan en esa visión del mundo mejor que otras; sin embargo, en general, cada generación está preparada para participar en actitudes consolidadas en el curso de la vida*.

Esta alusión señala en la dirección que apuntan algunos psicólogos y médicos, -en muchos casos militares-, desde tiempo atrás. Algunos de los cuales establecen criterios de selección para conseguir buenos soldados basándose en aspectos fisiológicos e incluso otros establecen vinculaciones entre determinadas profesiones y la bondad de los que las ejercen para desarrollar sus cualidades como soldados.

Erikson (o.c: 106) se manifiesta también sobre la importancia que juega la identidad entre los jóvenes como mecanismo necesario para sentirse dentro del sistema social. A la vez, incide en las reacciones y resistencias de los jóvenes contra cualquier institución u organismo que trate de privarles de sus formas de expresión y de los mecanismos que le permiten desarrollarse e integrarse en sus procesos personales como sujeto perteneciente a un grupo. Esta necesidad de sentirse perteneciente a un grupo, o de identificarse con algo,

que es lo mismo que decir que poseer una identidad, la concibe Erikson como una necesidad psicológica, que no responde necesariamente a unos elevados ideales (o.c.: 109).

Otro aspecto de la identidad que merece destacar en las consideraciones de Erikson es la que relaciona la identidad con la intimidad. Sobre este particular plantea argumentos afines a los de Lisón Tolosana sobre la otredad, en el sentido de que, el asumir una identidad implica no sólo el sentirse afín a unos, sino el sentirse y considerarse diferente a otros. En su caso destaca conceptos como el compromiso del sujeto con los otros y la necesidad de que para ello exista una firme autodefinición. Una última consideración de interés es el análisis que hace sobre la relación entre la intimidad y el distanciamiento. Distanciamiento que según sus palabras significa; *la disposición para repudiar, ignorar o destruir aquellas fuerzas y personas cuya esencia parece peligrosa para la propia. La intimidad con un grupo de gente e ideas no sería realmente íntima sin un repudio eficiente de otro grupo. De esta manera, la debilidad o el exceso en el repudio es un aspecto intrínseco de la capacidad de obtener la intimidad a causa de una identidad incompleta: cualquier individuo que no esté seguro de su “punto de vista” no puede repudiar de manera sensata.*

Estos aspectos señalados afectan al grupo que analizamos, pues los jóvenes soldados estaban necesariamente inmersos en un sistema en el que los referentes de identidad interactúan con los de otros grupos de diferente índole, ya fuesen estos militares profesionales o soldados de reemplazo, bien de otros llamamientos, bien los propios compañeros de reemplazo, en el cual se configuran grupos particulares y diferenciados e incluso opuestos, y en cuyo entramado se pueden dar determinadas dudas sobre la autodefinición y el sentimiento de pertenencia a un determinado grupo. Estos aspectos los trataré con detalle en posteriores apartados.

Después de las consideraciones hechas sobre las teorías de Erikson, me parece necesario referir a otro autor para complementar algunos puntos, especialmente por lo que respecta al hecho de que el tema de la identidad y de los conflictos que en torno a ella se generan en el ámbito de las FAS y de la tropa están vinculados al hecho de que las FAS constituyen una institución. Así, considero que los planteamientos de Mary Douglas (1996) podrían servir como un buen referente teórico sobre este particular. Sus consideraciones sobre la identidad y el modo en que se configura dentro de las instituciones quedan recogidas de forma concisa en las páginas 91 y 92 de la obra citada, de la que reproduzco literalmente unos párrafos muy ilustrativos:

*Las instituciones llevan a cabo las mismas funciones que la teoría: también confieren*

*igualdad.[...]La identidad no es una cualidad que pueda reconocerse en las cosas en sí; se trata de algo que se confiere a elementos dentro de un sistema coherente.[...] la semejanza no es una cualidad que se pueda reconocer en las cosas en sí, sino que se trata de algo que se confiere a elementos insertos en un sistema coherente. La idea de una cualidad de semejanza reaparece una y otra vez porque los conjuntos de cosas semejantes se encuentran tan profundamente establecidos en el seno de cada cultura concreta que su identidad se reviste de la autoridad de lo evidente. La construcción de la identidad formal es una actividad intelectual esencial que pasa desapercibida.[...]Identificar una clase de objetos significa polarizar y excluir. Implica trazar límites, lo que implica una actividad bien distinta de la gradación.*

En el planteamiento de Mary Douglas encontramos uno de los potenciales focos de tensión en el pensamiento del joven soldado, pues la idea de que la identidad no es algo que pueda reconocerse en las cosas en sí, sino que se confiere a elementos insertos en sistemas coherentes, hacía que el joven recluta estuviese sometido a una cierta contradicción, sobre todo cuando entraba en un sistema que no conocía, y en el que no tenía ningún peso o capacidad decisoria. Así, para el soldado, tales problemas se planteaban fundamentalmente en los primeros momentos de su vida militar, pues durante ese periodo los sistemas coherentes que definían su identidad dentro del mundo militar eran diferentes a los que conocía y que él mismo utilizaba para definir su identidad hasta ese momento.

A ello hay que añadir otro aspecto señalado por M. Douglas, referido al hecho de que el identificar implica polarizar y excluir. Es decir, implica trazar límites, actividad diferente a la gradación, y de acuerdo a este planteamiento el sujeto que es sometido a tales esquemas de identificación se ve sometido a una confusión y a un conflicto de identidades. Así pues, podemos afirmar que al soldado novato se le atribuía una identidad que desconocía, lo que potenciaba su conflicto interno al verse sometido a un sistema clasificatorio excluyente y no progresivo, establecido en el ordenamiento civil/militar.

En este sentido apuntaría cómo, de acuerdo a los criterios de M. Douglas, la clasificación excluyente significaría que se es civil, o se es militar -no obstante, en el caso que tratamos este aspecto no resulta tan claro-. Realmente el carácter excluyente de dicha clasificación justificaría el principio genérico que establecerá una ordenación dicotómica sobre la identidad del soldado de reemplazo, es decir el ser soldado, como ser militar. Sin embargo, esa ordenación no quitaba para que dentro del sistema coherente que definía y distinguía al soldado se estableciese un sistema progresivo de definición de roles del sujeto-soldado, que se constituía en una ordenación particular y propia de la subcultura del

soldado, la cual se surgía y actuaba dentro del sistema normalizado de las FAS<sup>45</sup>, sin que ello supusiese un problema, como veremos a lo largo de la tesis.

El que en los jóvenes que realizaban el servicio militar se produjese un cierto conflicto de identidad parece aceptable, pero lo es aún más si tenemos en cuenta cómo algunos autores refieren que tales conflictos se podían producir incluso entre los cuadros de mandos y militares de carrera en los ejércitos contemporáneos. Algunos de los investigadores que plantean este hecho suelen argumentar que en los ejércitos de los países occidentales con sistemas de gobiernos democráticos, en los que ha prevalecido un estado de paz durante un largo periodo de tiempo, sus profesionales, y más concretamente sus oficiales, han ido asumiendo funciones y tareas no exclusivamente operativas en las que predominan principios de actuación de carácter directivo y administrativo que están vinculadas al mundo civil. En estos casos manifiestan cómo se puede llegar a producir en estos mandos un conflicto de identidad basado en las diferencias entre lo que algunos autores han definido como ideología “operativa”, justificada en términos de éxito militar, y su ideología “civil”, legitimada en función de su habilidad administrativa. En estas circunstancias la ideología “operativa” es parte fundamental de esa particular forma de cultura que se define como “ethos militar”, caracterizada por un conjunto de valores. Jenkins y Moskos Jr. (1984:56-58) aportan una extensa bibliografía sobre el tema.

Respecto a lo dicho resulta fácil inferir que tales planteamientos podían llegar a afectar al soldado de reemplazo. Ya que, en definitiva, los mandos militares son los que les transmitían lo que significa y configura el ser militar, por lo que difícilmente podrían hacerlo de manera clara y eficaz, si ellos mismos estaban sometidos a un conflicto de identidad respecto a su condición militar.

Sea como fuere, el soldado de reemplazo se veía sometido a un sinnúmero de estímulos que favorecerían la génesis de un conflicto interno, en especial por lo que respecta a sus relaciones con los mandos, dado que fuesen cuales fuesen sus características, éstos le afectarían de manera inevitable, ya que por su propia condición de inferioridad se constituía en un sufridor del sistema, y de las particularidades de sus mandos e instructores.

---

<sup>45</sup> En este sentido, considero que la tensión, y el conflicto al que se veía sometido el joven soldado, se focalizaba en la creación de un sistema cultural, que podemos definir como subcultura cuartelera, caracterizada por una particular ordenación y asignación de roles entre los que participan de la misma, y que se configuraba en torno a unos rituales y procedimientos informales que iremos viendo a lo largo de la tesis. Esto servía al grupo de soldados para focalizar algunas de sus tensiones y conflictos de identidad, pero todo ello estaba enmarcado en la transigencia y consentimiento institucional, habida cuenta que dicha subcultura no amenaza la unidad de la institución militar, sino más bien actuaba como un medio para liberar determinadas tensiones entre los que participan de ella. De manera que en lugar de actuar como una rebelión contra el sistema establecido, lo reabsorbía, actuando finalmente a favor del mismo. Aspecto que veremos en su momento.

Estos aspectos referidos a tipos específicos de mandos, se pueden extrapolar con los tipos de unidades, e incluso de destinos dentro de las distintas unidades, en las que cada sujeto prestaba su servicio. No era lo mismo realizar la mili como soldado de infantería en un pelotón operativo, por ejemplo dentro de una unidad de la legión, que hacerlo como jardinero en una unidad logística. En todo caso, debo aclarar que independientemente del carácter de la unidad, y del destino, las particularidades de los mandos que le tocara a cada cual, podían cambiar de manera ostensible la experiencia de la mili, y el conflicto que ella pudiera generar en cada soldado. Pues, los mandos<sup>46</sup> tenían la potestad de imprimir un carácter u otro en las relaciones para con los soldados, eran los que hacían que las cosas fuesen más duras o más llevaderas para el soldado.

Hechas estas valoraciones sobre la particularidad de los mandos y unidades considero oportuno volver a hacer algunas consideraciones respecto al título de la presente tesis, en tanto que éste plantea dos aspectos que en cierto sentido se complementan, los de identidad y conflicto. La identidad se constituye en un aspecto del ser humano que no puede percibirse como algo estático, ni como una cualidad innata, pues aunque la identidad sea sentida por el sujeto como propia, realmente es otorgada por los demás, y por las instituciones, como señala Mary Douglas (1996). En este sentido, hay que añadir el hecho de que la norma es que en la vida de los sujetos, estos se vean sometidos a la influencia de múltiples instituciones, de las que irá adquiriendo una u otra identidad, a la vez que en un mismo momento de su biografía el sujeto se verá inscrito y definido por una o varias instituciones, con lo que se podrá hablar de que posee, o compagina, varias identidades.

Éste carácter dinámico y cambiante, y la posible confluencia de diferentes identidades, me lleva a plantear la idea de conflicto referido a la identidad.

Por otra parte, la identidad, o sería más correcto decir las identidades de cada sujeto, no tienen necesariamente que estar siempre en perfecta armonía y equilibrio, sino que podrán presentarse como contradictorias, e incluso como antagónicas. Más si cabe si en algún caso una de las identidades que se confiere al sujeto es impuesta, como ocurría de forma general en el caso del soldado de reemplazo.

No obstante, quiero señalar que conflicto e integración son dos factores que no tienen

---

<sup>46</sup> La influencia de los mandos en los subordinados en las pequeñas unidades es un hecho constatado. Hoy en día existen trabajos desarrollados por investigadores que abalan este hecho, como ejemplo destacado citaré un trabajo desarrollado por MAJ Paul Bliese, Commander, US Army Medical Research Unit, a quién tuve el placer de escuchar en una conferencia impartida en el “Simposium sobre estrés y riesgos laborales: investigación y aplicaciones en los ámbitos militar y civil”, desarrollado por el Instituto universitario General Gutiérrez Mellado, los días 17 y 18 de noviembre de 2003 en Madrid, y cuya exposición titulada; “Understanding and Modeling the Role of Organizational Variables in US Army Research on Psychological Health”, mostraba esta incidencia.

por qué ser excluyentes, como señala Lewellen (1985:58-59). También destaca este autor, que la adaptación actúa como fórmula utilizada por las sociedades como respuesta a la diversidad de circunstancias. Así, podemos deducir que los individuos responden de forma análoga a estas circunstancias, en el mayor de los casos, o al menos ocurre en la mayoría de las ocasiones cuando se enfrentan a circunstancias que no pueden eludir, -en caso contrario, psicólogos y psiquiatras no darían abasto en el tratamiento de trastornos relacionados con la identidad de los sujetos, en una sociedad tan compleja y dinámica como la nuestra-.

Por concretar un poco más, considero que para analizar los posibles conflictos que se producían entre los sujetos que debían realizar el servicio militar obligatorio, sería conveniente analizar los procesos relacionados con tal hecho, y los elementos que actuaban en la configuración de la identidad del sujeto en cada momento y situación. Lo cual adquiere un valor añadido si algunos de los aspectos que inciden en ello pueden ser objetivables, como trataré en capítulos posteriores.

Dicho lo anterior, quisiera señalar que para analizar el tema del conflicto de identidad en el soldado de reemplazo, hay que tener en cuenta que el hecho de la mili estaba inmerso en el proceso de socialización del individuo. Para incidir en este aspecto convendría tener en cuenta las consideraciones de quienes tratan los procesos de socialización, como es el caso de Berger y Luckmann (1995:164-185), quien establece una clasificación según determinadas características. Hablan de; re-socialización, de socialización primaria, y de socialización secundaria, como aspectos de los procesos de socialización a los que se pueden ver sometidos los sujetos. Para contextualizar mejor el tema, cito unos párrafos de estos autores sobre el particular, en la página 174 señalan; *La socialización secundaria es la internalización de "submundos" institucionales o basados sobre instituciones*. De acuerdo a este planteamiento podemos aceptar, en un principio, que el servicio militar se corresponde con este tipo de socialización secundaria. Continúan Berger y Luckmann en la página 177; *Los procesos formales de la socialización secundaria se determinan por su problema fundamental: siempre presupone un proceso previo de socialización primaria; o sea, que debe tratar con un yo formado con anterioridad y con un mundo ya internalizado*.

Unos párrafos después podemos leer: *No se puede construir la realidad subjetiva ex nihilo. Esto presenta un problema, porque la realidad ya internalizada tiende a persistir. Cualesquiera que sean los nuevos contenidos que ahora haya que internalizar, deben, en cierta manera, superponerse a esa realidad ya presente. Existe, pues, un problema de coherencia entre las internalizaciones originales y las nuevas*.

Al respecto habría que concretar que en el caso de la mili podría considerarse que se desarrolla dentro de un mundo y de una institución que poseen grandes diferencias respecto a las experiencias y contextos en los que normalmente se ha movido el joven con anterioridad, por lo que algunos consideran la entrada en dicho mundo como una verdadera ruptura con los referentes anteriores, de manera que no puede considerarse como un periodo más del proceso de socialización del joven, que debería percibirse como un continuun. Así, las últimas argumentaciones apuntadas por Berger y Lugmann parecen inducirnos a pensar que el hecho de la mili no se ajusta a los criterios que definen la socialización secundaria tal y como ellos la definen. Sin embargo, no sería del todo válido el descartar esta posibilidad, pues ciertamente se puede hablar de que en nuestro país, y durante un momento histórico determinado, tanto la cultura como los procesos de socialización a los que se sometía a los varones durante toda la etapa anterior al momento de la incorporación a filas estaban orientados, definidos, y estructurados hacia ésta. Por ello podría calificarse como una antesala y preparación para la misma, con lo que puede señalarse como una socialización primaria respecto a la de la mili, la cual se constituiría en la continuación lógica, y que sería calificable por tanto como socialización secundaria.

Las observaciones que hacen los citados autores (1995: 196-197, 200-203), respecto a los procesos de la re-socialización, y a los de la socialización secundaria son de gran interés para la comprensión del hecho de la mili, y las diferencias con los otros procesos de socialización existentes dentro de la institución militar, pues al tratarlos hacen referencia explícita a los militares de carrera a los que consideran sometidos a un proceso de re-socialización, mientras que a los soldados de reemplazo los considera sometidos un proceso de socialización secundaria. A pesar de lo cual, aceptan que el proceso de socialización secundaria de los soldados posee muchos rasgos propios de la re-socialización.

Sobre la base de esta idea considero que para el joven que deseaba acceder a la condición de militar de carrera, el proceso y la entrada en el mundo cuartelero significaba inicialmente una ruptura y un choque cultural en toda regla, que le provocaba algunos problemas respecto a su identidad. Pero la dimensión y las tendencias de tales hechos no se correspondían, ni podían ser tratados, de la misma forma que las que afectaban al soldado de reemplazo. Pues, los que deseaban hacerse militares de carrera, una vez dentro del proceso acababan adquiriendo los nuevos referentes con naturalidad, y aceptaban su nueva realidad de una forma menos dramática, dada su predisposición para ello. Incluso, tales experiencias estarían condicionadas por la satisfacción que suponía para ellos el

ingreso en el ejército, que normalmente les había supuesto muchos sacrificios.

Por el contrario, para con el soldado de reemplazo, considero que sí se producían problemas de identidad, y algunos de sus problemas se debían precisamente, o al menos en parte, al hecho de que en los procedimientos empleados para su socialización cuartelera se utilizaban procedimientos propios de la re-socialización al que se sometía a los cadetes y alumnos de academias militares. Esto se debía a que sus mandos e instructores recurrían a mecanismos y procedimientos que ellos mismos sufrieron en su formación como militares, lo cual hacían sin tener en cuenta que los soldados de reemplazo no eran como ellos.

Por otra parte, hay que tener en cuenta el hecho de que para el soldado de reemplazo la vida militar significaba una ruptura en su biografía, al contrario de lo que sucedía con los mandos, para quienes la vida militar constituía un fin en sí mismo y una manera de vivir.

Berger y Luckmann (1995:202-203) señalan aspectos y observaciones respecto al carácter relativo e intermedio que adquieren los procesos que califican como socialización primaria, secundaria y re-socialización, aceptando que no se estructuran de forma categórica en todos los casos y circunstancias.

*Procedimientos similares se adoptan en situaciones en las que las transformaciones son de índole bastante drástica pero que se definen como temporarias por su duración, por ejemplo, en el adiestramiento para el servicio militar de corta duración, o en caso de hospitalización durante un periodo breve. Aquí la diferencia con la re-socialización total resulta particularmente fácil de advertir, comparando con lo que ocurre con el adiestramiento para el servicio militar de carrera, o con la socialización de pacientes crónicos. En los primeros casos, ya se plantea la coherencia con la realidad e identidad previas (existencia como civil o como persona sana) mediante la suposición de que, eventualmente, se regresará a ellas.*

Lo que señalan Berger y Luckmann resulta válido respecto al servicio militar, en términos generales, pues de hecho en la mili los jóvenes eran aleccionados progresivamente desde el propio contexto civil para que llegado el momento estuviesen “preparados” y mentalizados para acceder al mundo de la milicia. Sin embargo, en el ámbito individual, la experiencia de los sujetos solía ser más drástica de lo que aparentaba y, en muchas ocasiones, los sujetos necesitaban del apoyo de sus “iguales”, de sus compañeros, de sus camaradas, para superar los conflictos y contradicciones que les iban surgiendo en el nuevo mundo.

Como ejemplo de lo expuesto por Berger y Luckmann podrían resultar ilustrativas las declaraciones que le hacía un soldado veterano a un novato que andaba cabizbajo por el cuartel al percibir que los veteranos estaban próximos a licenciarse, por lo que para tranquilizar su pesadumbre le refirió cortésmente el veterano: *No te preocupes colega, que*



*la mili es la única enfermedad que sabes que tiene cura con absoluta certeza, pues llega un día maravilloso en el que se acaba[...].*

En este sentido, parece claro que una de las características diferenciales de la mili respecto a la condición del militar de carrera, es el hecho de que el soldado tenía conciencia de que ésta tenía un final que se plasmaba en el licenciamiento, hecho que iría corroborando al observar como los veteranos se iban licenciando.

No obstante, parece conveniente apuntar que quizá ésta sea la única certeza que percibe el sujeto durante su experiencia militar, pues el resto de los aspectos que le afectaban solían estar imbuidos en la incertidumbre. La vida del soldado acostumbraba a transcurrir inmersa en un mundo de dudas; nunca sabía con certeza si tendría pase de fin de semana, no sabía si tendría servicio o no, o si al día siguiente, o incluso en las horas siguientes, tendría que realizar alguna tarea o actividad concreta. Ni siquiera sabía con certeza cuándo se licenciaría realmente pues, como señalaré en otro punto la proximidad de dicho momento estaba caracterizada por informaciones confusas de diverso origen.

Volviendo sobre los procesos de socialización, y en concreto sobre las diferencias entre la re-socialización y la socialización secundaria, considero procedente señalar unas matizaciones de Berger y Luckmann (1995: 204) que las resumen de forma clara: *En términos generales, puede decirse que los procedimientos involucrados son de carácter opuesto. En la re-socialización el pasado se re-interpreta conforme con la realidad presente, con tendencia a retroyectar al pasado diversos elementos que, en ese entonces, no estaban subjetivamente disponibles. En la socialización secundaria el presente se interpreta de modo que se halle en relación continua con el pasado, con tendencia a minimizar aquellas transformaciones que se hayan efectuado realmente, dicho de otra manera, la base de la realidad para la re-socialización es el presente, en tanto que para la socialización secundaria es el pasado.*

En este sentido, podemos considerar que mientras más se asemejase el proceso de socialización secundaria de cada joven durante su servicio militar a los procedimientos propios de la denominada re-socialización, mayor sería la posibilidad de que se generase en el sujeto un conflicto respecto a la configuración de su propia identidad.

Otra característica a tener en cuenta respecto a la experiencia del soldado, es cómo éste se percibía dentro del mundo militar. Respecto a la toma de conciencia del sujeto dentro del ámbito institucional señala Dumont (1970: 10): *En el ejército, como colectividad fuertemente trabada, sus miembros acaban tomando conciencia de su "ser" en cuanto parte del grupo, "ser en el grupo" y no aparte del mismo.* De forma que, de acuerdo a este

planteamiento resulta aceptable considerar que aunque el soldado de reemplazo parecía no interiorizar en el mismo grado que los mandos el principio de pertenencia al grupo militar, sin embargo, mientras tenía que permanecer en el mundo castrense, debía aceptar su condición dentro del grupo, de lo contrario se veía sometido a una doble presión y rechazo. Esto se materializaría, por un lado, en el ostracismo de algunos de sus compañeros, - aspecto referido a los mecanismos de control ejercidos en los grupos primarios por Shibutani (1961:373-397). El ostracismo de los compañeros constituye uno de los mecanismos más fuertes de represión y sanción social al que se puede someter a un individuo. Pero además, el soldado que no aceptase, o manifestase aceptar su condición como tal, sería sometido a una persecución y presión por parte de los mandos, que le sancionarían de las distintas formas posibles, siendo el arresto, la fórmula más generalizada, lo que suponía la privación de su libertad equivalía a ser sometido a una modalidad de ostracismo institucional.

Así pues, el soldado se veía forzado a tomar conciencia de su condición, y a participar de ella, pues de lo contrario, el sistema establecido le sometería a un sinnúmero de mecanismos de presión y represión, tanto formales como informales, que le harían la vida insostenible. La importancia de ser aceptado por los demás resulta evidente como principio existencial del ser humano, como señalan Horton y Hunt (1994:171):

*La mayoría de la gente dará casi cualquier cosa, hasta sus vidas si es necesario, para retener la aprobación y el confortable sentimiento de pertenecer al grupo más importante para ellos. La agobiante necesidad de aprobación y aceptación del grupo es lo que hace del grupo primario la agencia de control más poderosa del mundo.*

Debemos entender lógicamente que la alusión a lo que apuntan como grupo más importante para el sujeto, pretende señalar que éste puede ser diferente según el caso y las circunstancias, y en todo caso, podrá responder a unas necesidades coyunturales y no necesariamente buscadas o deseadas. Con ello quiero referir que aunque se suele decir desde el conocimiento popular que los amigos se eligen y los hermanos no, lo cierto es que en ocasiones la elección de los amigos se ve limitada a las posibilidades que se le ofrecen al sujeto, más si cabe cuando los potenciales amigos deben surgir de entre un grupo limitado, lo que permite una mayor influencia y control por parte de agentes que posean cierto poder sobre los mismos.

Por otro lado podríamos suponer que el soldado, en tanto que soldado, no tuviese problemas de identidad dentro de la institución militar. Pero, ciertamente, algunos de los problemas de identidad que le afectaban residían en determinados factores consustanciales

a la propia condición de ser soldado de reemplazo. Entre estos aspectos se encuentra la indefinición y ambigüedad de su condición, caracterizada por el *ser* y *no-ser* militar, y a la vez el *ser* y *no-ser* civil. Otra fuente de tensión residía en la contradicción que le producía al soldado el saberse poseedor de una capacidad potencial de pensar, -en la que normalmente había sido educado en el ámbito civil-, que le era negada o restringida en el ámbito militar, precisamente por ser soldado. Otro factor destacado en la génesis de posibles conflictos personales se basaba en la negación de su concepción social de individuo, de sujeto, la cual le era igualmente negada durante su estancia en filas. También, le eran negadas sus percepciones y valoraciones sobre la libertad, la voluntad, y la propiedad.

De forma que, ese entramado de ambigüedades y contradicciones existenciales constituía el origen de todo tipo de dudas respecto a su condición dentro del entramado social y hacía fluir todo tipo de problemas en torno a su identidad. En esta misma línea, la sensación de desamparo ante "los otros", los militares "de verdad", constituía una de sus más fuertes fuentes de ansiedad y frustración. Esto solía estar unido al desconocimiento por su parte de las normas que regulaban y regían su vida como soldados, o a las carencias o ambigüedades que caracterizaban la normativa vigente, pues ésta dejaba muchos aspectos al juicio de sus jefes, o a principios de carácter ambiguo como el de las necesidades del servicio.

Por otra parte, todo lo dicho repercutía de manera exponencial en aquellos soldados de reemplazo que adquirirían algún empleo militar, como el de cabo o cabo primero, que desarrollaban algunas funciones o cometidos específicos, u ocupaban cargos de cierta responsabilidad. En conjunto, éstos se encontraban en una situación especialmente compleja, ya que siendo clase de tropa tenían que asumir la dirección y control de los de su misma clase y condición. Y, en el mejor de los casos, las responsabilidades que se les exigían, y los derechos, reconocimiento, y atribuciones que se le otorgaban a cambio eran desproporcionados. Los servicios de armas constituyen un referente de primer orden para entender este hecho, pues las exigencias y responsabilidades de los mismos adquirirían una dimensión desproporcionada para los jóvenes que prestaban su servicio militar, sin una concienciación ni convicción clara sobre lo que estaban haciendo.

Por otra parte, las sanciones militares, aplicables a todos los miembros de las FAS resultaban desmedidas para con el soldado de reemplazo, quien además las sufría con mayor frecuencia, y generalmente estaban relacionadas con la privación "real" de libertad. Por otra parte, hay que considerar que en el ámbito civil no existen mecanismos similares

de sanción, o que posean la misma repercusión en el sujeto en lo que respecta a la limitación o privación de su libertad, salvo la reclusión circunstancial en alguna comisaría, o la reclusión en algún centro penitenciario. Pero las razones y motivos que pueden desembocar en tales circunstancias no tienen una correspondencia ni equivalencia en el contenido o en la proporcionalidad de los hechos, ni en las sanciones que estos conllevaban.

Así pues, durante la realización del servicio militar cualquier joven podía verse envuelto en circunstancias que desembocasen en algún arresto, mientras que en el contexto civil tal “arresto” sólo podrían darse en caso de cometer algún tipo de delito, o verse envuelto en hechos afines, para lo cual, además tendría que pasar por un proceso judicial y acabar siendo sentenciado por un juez. Por el contrario, en el ámbito militar, prácticamente cualquier mando tenía atribuciones para privar de libertad al soldado. Es por esta situación de control y sometimiento permanente ante cualquier mando por lo que el soldado de reemplazo se sentía desprotegido y desamparado en el mundo militar, llegando a sentirse menospreciado y amedrentado por los militares profesionales.

### ***1.3- Algunas consideraciones sobre el servicio.***

Algunas manifestaciones de soldados sobre su condición, y sobre cómo se sentían tratados por los mandos e instructores, puede aportar una idea sobre lo dicho. Reproduzco de forma sintetizada algunas de las que he oído, o me han comunicado diferentes soldados en las que podemos apreciar desde valoraciones sutiles y suaves, a declaraciones ciertamente dramáticas.

- *Aquí no nos tratan como a personas.*
- *Aquí no somos nadie, los mandos te miran por encima del hombro.*
- *En la mili me siento como lo más bajo, como si no fuese nada.*
- *Aquí nadie acepta las ideas de un soldado, aunque estas sean mejores que las tuyas, pues al ser el otro un mando considera que tú, por ser sólo un soldado no puedes tener nunca mejores ideas que ellos.*
- *En la mili los soldados sólo somos subordinados, no somos personas.*
- *Una cosa que echo en falta en la mili es que alguna vez me pidan las cosas por favor o me agradezcan el que haga tal o cual cosa, como ocurre en la vida civil, pero aquí nadie te pide las cosas por favor o te agradece nada. Sólo te mandan y te arrestan si no has hecho lo que te han pedido como ellos quieren.*

Con ellas manifestaban su desacuerdo respecto al trato recibido, y a la consideración que sentían que se les otorga en el ejército, que no consideraban propia de una persona. También eran frecuentes las declaraciones en las que manifiestan que se les encomendaban funciones inaceptables, alegando que eran tratados como simples recaderos. Este hecho me lo manifestaba un soldado en los siguientes términos:

*En la mili nos tratan como si estuviésemos aquí para servir a los mandos, en lugar de servir a la patria que se supone que es a lo que hemos venido. Hoy en día se viene al ejército, no a servir a la patria sino a ser criado de la patria, y ser humillado por los mandos tampoco es algo muy agradable, por lo que pienso que esto es una mierda, sinceramente me parece una injusticia que te utilicen durante 9 meses como si fueses un esclavo.*

Otro soldado que en un principio otorgaba un valor positivo al servicio militar por haber contribuido a su desarrollo y a su maduración personal, rechazaba, no obstante, algunos de los aspectos de dicha experiencia precisamente por razones similares a las del anterior informante. En este caso alegaba lo siguiente; *El servicio militar me ha servido para madurar, pero me parece una pérdida de tiempo porque llevo más de ocho meses limpiando todos los días.*

Algunos soldados decían sentirse tratados como esclavos, lo que hacían refiriéndose directamente a esta condición, o usando calificativos más peyorativos o incisivos como el de “negro”. Las siguientes frases son muestra de ello:

*Esto es una mierda, me parece una injusticia que te utilicen durante nueve meses como si fueses un esclavo cobrando 1500 pesetas al mes, aunque al gobierno le resulta muy bueno porque se ahorra muchos sueldos a costa de los soldados de reemplazo.*

*-Respecto al trabajo que hacemos en la mili es como si fuésemos unos negros, ya que realmente somos la mano de obra más barata del mundo.*

Los soldados solían hacer estas valoraciones basándose en encargos o tareas que les eran encomendadas y que no guardaban ninguna relación con las funciones que presuponían les correspondían en el servicio militar. Muchas de ellas giraban en torno a actividades que identificaban como serviles, como el que algún superior les mandase a por tabaco, o a por café, o preparar algunas viandas para celebrar algún acto en los destinos, -a los cuales, además, no son normalmente invitados-, y después tenían que recoger lo que los mandos habían ensuciado.

También solían señalar como un factor de desagrado y disgusto el hecho de tener que hacer la cama y limpiar los cuartos de los mandos de servicio. Un soldado me confesaba

este hecho con aire indignado en los siguientes términos:

*Me gustaría saber por qué he tenido que barrer un cuarto, (el del capitán) si yo ni siquiera piso por allí. Además se supone que haces el servicio militar para una cuestión de defensa de la patria o incluso facilitar esa defensa, pero yo me licenciaré sin saber nada de un arma y con una facilidad para barrer y fregar increíble.*

Este tipo de sensaciones ha estado vigente incluso después de que se creara el ya citado Reglamento<sup>47</sup> sobre el Servicio Militar, en el que se regulan los derechos y deberes del soldado. Resulta significativo el hecho de que su realización no se hubiese considerado necesaria hasta el momento en que se vislumbraba el declive de la figura del soldado de reemplazo. Su génesis y aprobación era más fruto de presiones y demandas externas a la institución militar, que la iniciativa e interés de los mandos. En este Reglamento<sup>48</sup> se definen los derechos y deberes de la tropa, muchos de los cuales parece tratado desde una óptica civil, otorgándosele y reconociéndosele una serie de derechos que hasta entonces han sido reconocidos en el ámbito laboral civil, pero que no se ajustaban a los procedimientos ni modelos de actuación que tradicionalmente se realizaban en los cuarteles para con el soldado conscripto. Así, por ejemplo, se regulan aspectos sobre las horas de trabajo, en términos similares a lo que se entiende en el ámbito civil como jornada laboral, de forma que el realizar tareas fuera de las horas consideradas como “normales” requería una justificación, y la presencia de algún mando responsable de ello. Otro ejemplo, lo constituye el hecho de que se regule cómo el cambio de destino o cometido de estos deberá estar claramente justificado, aunque sea por necesidades del servicio. Lo cual constituye un cambio importante en los procedimientos desarrollados hasta el momento, en los que la decisión del mando era razón suficiente para tal menester.

---

<sup>47</sup> Reglamento, Servicio Militar, BOD (Boletín Oficial del Ministerio de Defensa) NÚM. 146, el 27 de julio de 1994, aprobado por el Real Decreto, 1410/1994, de 25 de junio, del que se han hecho ediciones en diversos formatos, y que ha sufrido algunas modificaciones desde su creación.

<sup>48</sup> Quiero aclarar que dicho reglamento no era conocido por la mayoría de los soldados que cumplían el servicio militar cuando ya existía, ni tampoco por muchos de los mandos de esa época.

#### ***1.4- La configuración de la identidad, y el conflicto de identidades en el soldado de reemplazo.***

Volviendo sobre el proceso de configuración de la identidad, los planteamientos de Berger y Luckmann (1995:168) resulta muy indicados para el grupo que tratamos. Señalan respecto a dicho proceso:

*.[...] el individuo no sólo acepta los "roles" y las actitudes de otros, sino que en el mismo proceso acepta el mundo de ellos. En realidad, la identidad se define objetivamente como ubicación en un mundo determinado y puede asumírsela subjetivamente sólo junto con ese mundo. Dicho de otra manera, todas las identificaciones se realizan dentro de horizontes que implican un mundo social específico. El niño aprende que él es lo que lo llaman. Cada nombre implica una determinada nomenclatura, que a su vez implica una ubicación social determinada. Recibir una identidad comporta adjudicarnos un lugar específico en el mundo[...]. Las apropiaciones subjetivas de la identidad y del mundo social son nada más que aspectos diferentes del mismo proceso de internalización, mediatizados por los mismos otros significantes.*

En este sentido, si aceptamos que en la configuración de la identidad del sujeto juega un papel relevante el lugar que los “otros” nos otorgan dentro del mundo específico en que nos encontramos inmersos, parece aceptable suponer que este hecho constituye un factor potencial de conflicto y de tensión personal. Sobre todo si el sujeto en cuestión no posee un determinado status, ni unos mecanismos que le permitan intervenir ni participar en la determinación de ese lugar y status que se le asigna, y que, en definitiva, configura en gran medida su identidad. En este sentido, al soldado se le atribuía una condición u otra, pero sea la que fuere no era necesariamente de su agrado.

La indefinición de los procedimientos que rigen la vida militar está fundamentada por el aspecto de la cultura castrense que, en última instancia, determina la premisa anteriormente señalada del omnipresente “criterio del mando”, o “el criterio del jefe”, por lo que nunca existe una seguridad absoluta sobre nada, ya que el propio sistema está basado en la arbitrariedad del mando. Esto se ve incrementado por el hecho de que existen mandos que poseen criterios distintos a la hora de abordar o tratar las cuestiones, y que además dichos criterios y actitudes de los mandos pueden cambiar en los mismos mandos. Todo esto plantea dudas y desconcierto, incluso entre los profesionales de la milicia, más si cabe entre los que no eran profesionales, pues constituía para ellos un elemento fundamental de indecisión sobre su condición, al existir grandes lagunas en las normas que regían y definían sus vidas como soldados.

Un aspecto que podría servir como dato para confirmar este argumento, se podría

encontrar en la existencia de la figura del Defensor del Soldado, que se constituye como una necesidad social y civil para defender al soldado de reemplazo, es decir al *militar/no-militar*, frente a los militares profesionales, y al carácter de indefinición ya señalado. La existencia de esta figura sugiere que nos planteemos el porqué necesitaban los soldados de reemplazo un defensor civil, ello podría deberse al hecho de que no estaban desvinculados de su condición civil en la misma medida que lo estaban los mandos, por lo que esta figura civil les otorgaba cierta tranquilidad y seguridad frente a la institución militar, pues por su peculiar condición se veía privado de ciertos derechos civiles, pero tampoco poseía una verdadera condición militar, ni los derechos que de ésta se derivaban.

Quizá los soldados de reemplazo tenían problemas de identidad en tanto que no se percibían a sí mismos de forma clara y, por otro lado, no acababan de comprender el modo en que eran percibidos por los otros militares. En todo caso, la figura del Defensor del Soldado les otorgaba un lugar en el ámbito civil, en tanto que a través de ella seguían vinculados a éste pues, en cierta medida, les “definía” y reafirma como tales a pesar de su condición de soldados. La toma de conciencia de esa nueva y extraña condición, aportaba al sujeto una sensación de conflicto, pues conllevaba una reestructuración del sistema cognitivo del sujeto respecto a su situación en el entorno en el que se encontraba. La institución militar, y sus dirigentes tenían plena conciencia de esa posibilidad de que surgiera en el soldado un conflicto de identidad<sup>49</sup>.

El carácter extremo a que hace alusión dicha definición no pueda extrapolarse a todos y cada uno de los sujetos que hacían la mili, pero lo que resulta evidente es que ésta era concebida como una posibilidad potencial, pues así lo contemplan las propias FAS en la medida en que en las últimas décadas se consolidase toda una organización compuesta por psicólogos denominada Servicio de Psicología<sup>50</sup>. Ésta se dedicaba a; *realizar cuantos trabajos específicos le sean encomendados sobre orientación, clasificación, selección y adaptación del personal al medio militar, acción psico-social individual y colectiva y factores condicionantes de la moral*. De lo que podemos deducir que al menos se acepta la existencia de una relación entre la particularidad de la vida militar y las posibles

---

<sup>49</sup> Al menos si entendemos éste en los términos que se define en el Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española, que en su acepción psicológica se define como: *una coexistencia de tendencias contradictorias en el individuo, capaces de generar angustia y trastornos neuróticos*.

<sup>50</sup> El Servicio de Psicología y Psicotécnia de las Fuerzas Armadas que actúa en el momento del trabajo se ajusta al reglamento creado por Real Decreto 2840/1977, de 28 de octubre, y su estructura, misiones y funcionamiento se regulan por la Orden Ministerial Nº 33/1993 de abril, aunque existen antecedentes sobre la figura de la psicología a nivel institucional en las FAS desde el año 1963, en el que se crea la Sección de psicología y psicotécnia en el Estado Mayor del Ejército del Ejército de Tierra, creándose el Servicio de psicología de las FAS por real decreto del año 1978, que se regula en un Reglamento en el año 1981 (Orden Ministerial 99/81).



repercusiones de tal experiencia sobre los sujetos que la vivían. Se dedicaba una especial atención los órganos ejecutivos del Servicio de Psicología, que se agrupaban en los denominados (CREPSI) “Centros Regionales de Psicología”, y los Gabinetes de Psicología, integrados estos últimos en las Unidades, Buques, Dependencias y Centros de Enseñanza e Instrucción<sup>51</sup>.

En cuanto a los datos, y sucesos relacionados con los problemas psicológicos que afectan a los jóvenes durante sus experiencias de la mili podemos decir que eran de lo más diverso y tenían su origen en múltiples causas, no teniendo que desencadenar, necesariamente, intentos o culminación de acciones suicidas, como algunos parecen defender. Aunque existe un reconocimiento oficial de que entre los años 1990 y 1996 se quitaron la vida al menos 116 jóvenes mientras realizaban el servicio militar<sup>52</sup>. De lo que no parece caber duda alguna, es del hecho de que existe una cierta relación entre estos drásticos sucesos y la experiencia de la mili, independientemente de que algunos jóvenes fuesen más propensos que otros a desarrollar acciones tan drásticas.

Una de las consideraciones más apropiadas para con esta observación la evidencia el hecho de que en los últimos años de la mili, se ampliaron notablemente el número de causas para resultar exentos de realizar el servicio militar, entre las que cobraron un mayor peso las razones psicológicas.

Sobre las alteraciones síquicas que podían sufrir los jóvenes durante su servicio militar considero que podría servir como referente de interés un artículo aparecido el lunes 19 de mayo de 1997 en el diario El Mundo titulado *La salud mental de los reclutas*, en el que se trata este tema. En este artículo se hace referencia a un informe elaborado en 1991 por la ODS (Oficina del Defensor del Soldado) en el que se describen algunas de las causas que provocaban la mayoría de las alteraciones síquicas de los soldados, que según el documento eran:

*La ruptura con el ambiente habitual, la inclusión en un sistema jerarquizado con más deberes y limitaciones que derechos, en la capacidad de decisión personal. [...] El hecho de que el servicio militar se realice en una de las etapas más conflictivas y problemáticas de la evolución psicológica del individuo; el periodo de los 18 a los 20 años,*

---

<sup>51</sup> En el momento en que escribía estas palabras la organización vigente respecto al tema de la psicología militar era la aquí descrita, pero en periodos recientes (finales 1999 y durante el año 2000) se produjeron algunos cambios importantes al respecto, pues se ha creado un nuevo organismo dentro de las FAS que aglutina el denominado Servicio de Psicología y que se integra dentro de los denominados Cuerpos Comunes, y más concretamente dentro del Cuerpo Militar de Sanidad, por el que se centralizan todas las actividades de los militares que pertenecen a este nuevo cuerpo, lo que se contempla ya en la Ley 17/99 de 1999. No me extiendo más en el desarrollo de este nuevo órgano, pues realmente su papel para con la tropa de reemplazo es prácticamente nulo, dado que su consolidación coincide prácticamente con la desaparición de los soldados de reemplazo en los cuarteles.

<sup>52</sup> Existen datos oficiales, pero mi propósito no es tanto el de dar unos datos estadísticos, como el de destacar el hecho de que los suicidios se producen en los cuarteles, y de que estos son reconocidos por las propias FAS.

*asegurándose que es una época en que el individuo está especialmente sensible y que coincide con frecuencia con las primeras manifestaciones de psicopatologías graves. Por otra parte, se declara en el informe que los trastornos producidos por estos factores provocan el espectacular incremento en el consumo de alcohol cuando el soldado se incorpora a filas, así como el consumo de todo tipo de droga, y en casos más extremos, las autolesiones y muchos de los suicidios que eventualmente se pueden considerar como conductas de evitación.*

En este mismo artículo se hace alusión a declaraciones del Secretario General de la ODS Carlos García, según el cual: *el papel de los profesionales de la mente en el Ejército se limita a una función propagandística, para hacer informes sobre la buena salud de los militares, la elevada moral de la tropa y cosas parecidas.*

Después de lo señalado parece razonable suponer que la existencia de ese conflicto se podía fundamentar, entre otros aspectos, en el hecho de que el mundo militar es específico y diferente del civil, y posee una cultura propia. Es decir, que la institución militar posee y se constituye ciertamente en una subcultura dentro de la cultura dominante en el contexto general en el que está inserta, aunque dentro de su propio entorno la militar se alza como la cultura dominante y la civil pasa a ser la subordinada.

Además, ésta subcultura se rige por criterios y elementos propios, no coincidentes con los de la sociedad civil. En mi opinión, era precisamente la coexistencia de las diferencias que caracterizan las dos culturas (Civil/Militar) en el sujeto soldado lo que constituía el principal foco de conflicto para el soldado de reemplazo. También hay que añadir el hecho de que la cultura militar era impuesta de forma explícita y sistemática al joven, sin tener en cuenta su decisión, lo que otorgaba un cierto grado de dramatismo a tal experiencia, a pesar de que pudiera considerarse que el sujeto ya poseía un grado de madurez adecuado para pasar por dicho proceso. Este aspecto relacionado con el carácter dramático a que se puede ver sometido el individuo incluso cuando ya tiene una cierta madurez lo señala de forma explícita Giddens (1995: 133) en los siguientes términos:

*Bajo determinadas condiciones los individuos adultos pueden experimentar una re-socialización, caracterizada por la ruptura de valores y modelos de comportamiento previamente aceptados y por la subsiguiente adopción de otros radicalmente diferentes. Una circunstancia en la que esto podría ocurrir es el caso de un individuo que entra en una organización carcelaria, un manicomio, una prisión, un cuartel o cualquier otro lugar donde está separado del mundo exterior y sometido a una disciplina y unas exigencias nuevas y estrictas. En situaciones de gran estrés los cambios de apariencia y personalidad que acarrearán pueden alcanzar dimensiones dramáticas.*

Puede decirse que, en esta particular situación, el joven se encontraba inmerso en un sistema de relaciones que reproducen un esquema semejante al que se da en los casos en

que coinciden dos culturas diferentes, entre las que se establece normalmente una cierta tensión, pues una de ellas se manifiesta como dominante respecto a la otra, que ocupará el lugar de cultura sometida y sojuzgada. En el caso concreto que analizamos, la cultura dominante será la militar, y la civil se constituye a través de los soldados en una subcultura dominada. Aunque hay que destacar el hecho de que el grupo de los sometidos, está en este caso compuesto por individuos considerados como “no adultos” desde el punto de vista social y, por tanto no son representativos de la sociedad, ni de la cultura civil, lo que hace que esa aparente disfunción no cree ningún problema a la sociedad civil como tal.

Después de lo dicho, lo que sí podemos aceptar es que la mili constituía una experiencia especial, y excepcional para quién la vivía, como señala de forma explícita Zulaika (1989: 11), quién justifica por ello la conveniencia de ser estudiada. Además, constituye una experiencia propia y particular para cada cual, pues son muchos y muy diversos los aspectos y factores que intervendrán en la manera de vivirla y de sentirla. Otro dato relevante sobre el hecho diferencial de la mili, es el hecho de que la percepción de lo que es, y significa el servicio militar para cada cual va sufriendo modificaciones a través del tiempo y de las particulares vivencias, así como de las circunstancias en las que se circunscribe cada caso. Por lo que la percepción de la propia realidad existencial se constituía en un proceso dialéctico para cada sujeto.

Un soldado me manifestaba esta sensación de la siguiente manera; *Antes de ingresar en el ejército pensaba que mi vida como militar iba a ser un poco mas movida, porque de hecho en los siete meses que llevamos en compañía lo que hemos estado haciendo es absolutamente monótono. Lo ideal sería hacer cosas diferentes más a menudo.* No me extiendo más sobre este aspecto en este punto, pues lo desarrollaré ampliamente en otro apartado del trabajo en el que analizaré el hecho de la mili entendido como un proceso caracterizado por la dialéctica y por estructuras dicotómicas.

Además de lo dicho hay que tener en cuenta que en los procesos de socialización institucionalizados se intentan difuminar muchos de los aspectos que intervienen en el mismo, por lo que no es de extrañar que tanto los actores, como los observadores tengan dificultades para descubrir todos los aspectos y factores que intervienen en la configuración de la realidad que experimentan o analizan, como refiere Mary Douglas (1996:101).

Me parece adecuado considerar cómo a pesar de las diferencias existentes entre el mundo militar y el civil, lo cierto es que para determinadas cuestiones la milicia recurre a sistemas de clasificación estandarizados en el contexto civil -aunque con matices-. Un

ejemplo de este hecho podría evidenciarse en los procedimientos seguidos a la hora de distribuir destinos y funciones a los soldados, para lo cual jugaban un papel destacado factores propios del ámbito civil, como el nivel cultural, status social, laboral, etc., de los soldados. Aún así, durante su servicio militar se producirá un proceso de cambio en algunos aspectos esenciales del sujeto, de forma que los referentes y elementos particulares que denotaban su identidad, en tanto que individuo perteneciente al ámbito civil, daban paso a unos nuevos referentes que responderán a un nuevo sistema de ordenación y categorización.

No obstante, el recurso a la división del trabajo como elemento en cierto modo metafórico para determinar la clasificación y status de los diferentes miembros que componen la institución militar adquiere en este ámbito un valor, al menos similar, al que se constituye en el mundo civil. Pero en el caso del mundo militar este sistema de clasificaciones afecta de forma diferente a las distintas clases, primando de manera destacada la diferenciación entre los grupos constituidos por los “militares de verdad”, y el de los de reemplazo.

Por lo que respecta a la clase de tropa se daban unas circunstancias especiales que, pasado un determinado tiempo, establecían una diferenciación entre ellos mismos, lo que sucedía normalmente después del ciclo de instrucción básica, en el que, en un principio, todos los jóvenes pasaban por las mismas pruebas y vivían en las mismas condiciones. Pero después de este primer periodo, los soldados eran destinados a distintos puestos en las unidades correspondientes, y en esta nueva fase se reproducían algunos de los modelos estandarizados respecto a la estratificación que rige el mundo civil.

Así, en esta etapa se suelen establecer nuevamente diferencias entre los individuos en función de elementos y sistemas de clasificación que predominan en la sociedad civil. Entre estos aspectos se encontraría lo que podría considerarse como grado de desarrollo psicológico del soldado, que podría corresponder al cociente intelectual, pero que en la práctica militar resultaba mucho más simple, pues se fundamentaba en lo que en el argot militar se podría llamar “nivel de espabilamiento”, consistente, grosso modo, en un cúmulo de cualidades como la soltura personal, agilidad mental para realizar determinadas acciones, picardía, etc., y que para el soldado estaban intrínsecamente vinculados con la capacidad de “buscarse la vida”.

Otros factores importantes a la hora de dispensar los destinos a los reclutas eran su experiencia y formación laboral o profesional y el nivel educativo, que influirán de forma determinante en algunos casos y puestos. Las cualidades físicas y porte de los soldados

jugaban igualmente un papel a considerar para determinados puestos o actividades como, por ejemplo, para ser gastador, o ser asignado como miembro de alguna sección o unidad en la que tuviera que manejar material pesado, o para ser seleccionado como conductor, o miembro de unidades blindadas, etc.

Lógicamente, para la asignación de determinados puestos y destinos también contaba el “enchufismo”, uno de los factores enraizados en la cultura popular, que aunque criticado por todo el mundo, en especial por la tropa, formaba parte de la vida cuartelera.

De acuerdo a lo apuntado, lo normal era que el soldado que poseía estudios superiores fuese destinado a alguna oficina o destino de carácter burocrático o administrativo; el que poseía algún carné de conducir probablemente era destinado como conductor de algún tipo de vehículo. Los que eran maestros solían ejercer como tales en los cursillos de extensión cultural, -aunque en este grupo se incluían muchos que no poseían dicha titulación ni conocimiento pedagógico alguno. Los médicos, ATS, veterinarios, -o estudiantes de algunas de estas materias-, eran destinados a los botiquines de los cuarteles. Aquellos que poseían una formación técnica específica, que resultase de utilidad en las unidades, también solían ser asignados a destinos en los que pudieran desarrollarlas, entre los que destacaban las denominadas profesiones manuales, como albañiles, fontaneros, electricistas, camareros, mecánicos, etc. Finalmente, los que no poseían cualificaciones especiales constituían el grueso de las compañías operativas, encargándose de constituir las unidades que realizaban de forma más continuada las labores consideradas específicamente castrenses, en las que predominarían las prácticas deportivas, las acciones relacionadas con la instrucción, las marchas, etc.

No obstante, dentro del grupo constituido por la tropa se establece un sistema de clasificación alternativo o paralelo al comentado, el cual se regía por el sistema de valores de la tropa. Los puestos considerados más destacados solían ser los que permitían al soldado mantener más signos de identidad particular que los demás. Por tanto, los que ocupaban los lugares más elevados dentro de esta particular ordenación eran a los que se les permitía vestir de paisano, incluso dentro de la unidad durante las horas de trabajo algo que solía estar reservado a unos pocos. Además, estos soldados solían salir a la calle con cierta regularidad, bien para recoger el correo de la unidad, hacer determinados recados como enlaces de los jefes, etc. En todo caso, estos puestos resultaban muy atractivos y valorados por la mayoría, y se solían asignar a soldados que, por su formación, nivel cultural, o actitudes personales, eran considerados de confianza por los mandos.

Los puestos que requerían una alta formación técnica o ciertos estudios, también eran

considerados como buenos por la tropa. Especialmente si se realizaban en grupos reducidos de soldados y si para su desempeño se disponía de lugares de trabajo cómodos, o si las funciones que se desarrollaban en ellos eran consideradas como altamente cualificadas. También eran muy valorados los puestos que permitían disponer de bastante tiempo libre, de un horario más flexible que el resto, de cierta independencia respecto a los mandos, y aquellos que eximían de determinados servicios, o que los disminuían significativamente, etc. Pero, como he señalado, la mayoría de estos puestos solían ser ocupados por soldados de mayor edad que la media, con un mayor nivel de estudios, o una cualificación especial.

Los soldados que ocupaban estos destinos eran valorados y tratados por los mandos de manera diferente al resto de sus compañeros. Una posible razón de tal diferenciación reside en la creencia de sus mandos de que al pertenecer a sus destinos, considerados por ellos mismos como “especiales”, y desempeñar funciones igualmente “especiales”, otorgaba a sus soldados esa condición especial y diferencial del resto.

En estos casos, el sistema de categorizaciones empleados respondían a los utilizados en la vida cotidiana de la sociedad civil. Diferenciándose, en ocasiones, tal distinción con algún elemento visible por parte de la institución. Tal era el caso de los profesores de extensión cultural, o los que estaban destinados en los botiquines como médicos o ayudantes, a los que se les otorgaba un distintivo que les diferenciaba de los demás.

En todo caso, aquellos que podrían ser considerados como los menos agraciados, desde el punto de vista social, es decir; los que no poseían ni estudios, ni formación técnica específica, ni eran especialmente lúcidos, ni destacaban por su marcialidad o porte al desfilar, eran destinados a los puestos menos prestigiosos, y tenían que realizar las tareas más ingratas.

Dada la complejidad y el carácter de autosuficiencia que caracterizaba a la institución militar, en la que prácticamente cualquier función tenía cabida, se podría asumir, como de algún modo se dejó entrever en las polémicas sobre el cociente intelectual de los soldados ya comentada, que podría haber un lugar para todo tipo de soldado. En este sentido hay que considerar el hecho de que aunque el manejo de las armas sea una de las premisas fundamentales que acompaña a la figura del soldado, en la práctica no es así, -lo que sucede incluso en la guerra-, pues son muchas las tareas y funciones que deben realizarse sin que se exija el conocimiento o manejo de arma alguna, por muy individual y simple que esta sea.

Todo esto reafirma la idea que he intentado comunicar en estos últimos párrafos de que

al hablar de la mili lo haremos de manera genérica, pero para profundizar en ella hay que tener en cuenta que, dada la diversidad de posibilidades, lo único verdaderamente común a dicha experiencia es el hecho de que todos los que la han vivido la consideran en una u otra medida una experiencia especial, y probablemente distinta a la que han tenido en cualquier otro momento de sus vidas.

A modo de resumen sobre todo lo dicho hasta ahora, considero que se puede argumentar que las diferencias existentes entre la cultura civil de la que procedía el joven, y la cultura militar hacían que surgiesen en el individuo una serie de contradicciones y conflictos personales que desembocaban en un estado particular y confuso, en el que el joven no tenía un sentimiento de identidad claro y definido. Unido a las dificultades que debía afrontar, hacía que reaccionase y buscase fórmulas alternativas para sobrevivir en ese estado de confusión. Estas fórmulas se configuraban en torno a un sistema de reglas informales y formas de proceder que podría definirse como subcultura cuartelera, intrínsecamente vinculada al soldado de reemplazo, y que se transmitía de manera informal y amparada en la tradición de las unidades y cuarteles.

En todo caso, debo señalar que tal conflicto sufría una serie de variaciones a lo largo de la experiencia del sujeto en la mili. De modo que, aunque la consideremos como una etapa concreta de la vida del joven, no se trataba de una fase homogénea y lineal, sino que se constituía un proceso salpicado de vicisitudes. Este aspecto de la mili servirá como guía argumental en el presente trabajo, por lo que dedicaré a continuación unas páginas para definir tales procesos.

### ***1.5- La mili como proceso.***

Para comenzar debemos considerar que, grosso modo, la experiencia de la mili no se limitaba al momento específico durante el que el sujeto realizaba su servicio militar. De hecho, la experiencia de la mili estaba circunscrita por dos etapas especialmente significativas en la vida del joven, una constituida por el periodo previo a su incorporación a filas, y otra referida al momento de su reincorporación a la vida civil tras la licencia.

Mi tesis se centrará fundamentalmente en el periodo central, es decir el que constituye la fase de experiencia específicamente militar, aunque también haré algunas observaciones sobre los otros periodos. Lo podemos identificar con el tiempo en el que el sujeto vestía de uniforme, es decir desde que se incorporaba físicamente a filas, hasta que se licenciaba. En contra de lo que se pueda pensar, no se trata de un periodo homogéneo ni regular, pues

se estructuraba a la vez en diferentes periodos con sus particularidades.

De manera que, siguiendo la misma lógica utilizada para la estructuración de las grandes etapas que giran en torno a la experiencia de la mili, considero que podemos estructurar el propio proceso de la mili en tres grandes apartados.

El primero estará referido al periodo en el que el joven perdía la identidad que poseía antes de ingresar a filas. Se trata de un periodo liminar, incluso dentro de la propia institución militar, ya que en esa fase el joven no posee una condición claramente definida ni siquiera como militar, pues es un recluta, lo que equivale a no ser nada, como veremos en su momento. Es un estado de tránsito, a través del cual el joven recluta pasará a ser soldado, lo que será señalado por el rito del juramento a la bandera.

El segundo periodo estaba caracterizado por un estado especial en el que el joven adquiere una condición más concreta dentro del mundo militar, la de soldado. Pero, su condición de soldado no es equivalente a la condición de soldado que se atribuye a los mandos militares, ni a los soldados profesionales. Lo cual responde al hecho de que, aunque el joven conscripto pierde durante este periodo su identidad y condición civil y adquiere un rol militar, sin embargo no era un militar de pleno derecho, ni su status puede equipararse al de los militares profesionales. Por lo que no se le puede atribuir una identidad militar, sino que debería calificarse como una identidad pseudo-militar.

El tercer apartado girará en torno a la toma de conciencia de su vuelta a la sociedad civil. Este culminará con su retorno al mundo de origen, pero con un nuevo status y condición, diferentes a los que tenía antes de entrar en el ejército.

Los cambios que se van produciendo a lo largo de la mili suelen estar marcados a través de actos más o menos ritualizados, algunos serán de carácter oficial, y otros serán informales, los cuales estaban protagonizados fundamentalmente por los propios soldados, como iremos viendo a lo largo de la tesis.

En todo caso, lo que se iba produciendo en el individuo a lo largo de la prestación del servicio militar constituía un tránsito en su experiencia vital como soldado, pero a la vez, y desde una perspectiva global, la propia experiencia de la mili constituía un estado de tránsito y de liminaridad en la biografía de los sujetos.

Mi aportación en el presente trabajo girará en torno al análisis de la forma en que actuaban algunos de los mecanismos empleados por la institución militar para que se lleven a cabo los procesos señalados. Pero también analizaré la manera en que se articulan determinados mecanismos y procedimientos relacionados con los cambios señalados que eran gestados y mantenidos por los propios soldados de reemplazo y solían producirse



como reacciones frente al sistema establecido. A primera vista muchos de estos hechos aparecen como procesos elaborados de forma voluntaria e independiente por parte de sus protagonistas, lo que hace que quede difuminado el papel de sufridores que ciertamente jugaban en los mismos, aspecto que responde al carácter relativo que circunda todo proceso de socialización y enculturación.

Quisiera incidir sobre cómo la mili se constituía en un proceso completo y separado de otros procesos de la experiencia vital de los jóvenes varones de nuestro país. Poseía un principio y un final, un momento en el que el joven empezaba a dejar de ser civil para ir convirtiéndose progresivamente en soldado, para lo que pasaba por diferentes estadios, y adquiriendo diferentes roles y status. Finalmente llegará un momento crucial en el que dejaba de ser soldado y retornaba al mundo civil, -aunque siguiese vinculado de forma indirecta a las FAS durante un tiempo-.

Hecha esta breve observación sobre la interpretación de la mili, como una experiencia de separación un tanto trágica, quisiera analizar algunos puntos respecto a la percepción de la mili como proceso. Tal percepción era asumida y reinterpretada por los propios soldados, lo que se puede constatar en muchas referencias y categorías que utilizaban para referirse al hecho de la mili.

Como muestra de ello reproduzco las declaraciones de un par de soldados que apuntan en esa dirección, en las cuales se añaden las diferentes sensaciones y valoraciones que los cambios de tal proceso les iban produciendo respecto a su propia persona, y a su situación dentro del sistema en que se encontraban. Los siguientes párrafos corresponden al primer ejemplo de los referidos.

*Al principio, los días antes de llegar los vives con nerviosismo, porque no sabes que te vas a encontrar, y poco a poco, mientras haces tus amigos vas aprendiendo qué es realmente esto. En el NIR (Núcleo de Instrucción de Reclutas) vives bien y el tiempo se te pasa deprisa, ya que estás continuamente haciendo cosas, aunque siempre vas con "temor" ya que estás en un mundo nuevo.*

*Cuando juras bandera cambia todo, empiezas a realizar servicios, te incorporas a tu compañía, dejas de tener relación con muchos de aquellos compañeros del NIR. y debes comenzar a relacionarte más con los mandos y con nuevos compañeros, es como si llegara el primer día otra vez.*

*Luego, cuando ya conoces a la gente y a los mandos, y sabes como tratar a cada uno, (digamos que hay un proceso desde el día que llegas a tu compañía, en que vas aprendiendo a cómo tratar a toda la gente que te rodea), entonces empieza la rutina y vas pensando ya en el tiempo que llevas.*

*Uno de los mejores días, y también de los peores, es cuando tus "bisas" (los de tu reemplazo anterior) se van, ya que dejas a unos buenos amigos, con los que has compartido muchas cosas, buenas y malas, y a la vez tú eres el "bisa", ya te queda poco y así vas enseñando a tus sucesores a hacer las cosas y tú pasas de ello.*

*Y el mejor día, la blanca, ya se acabó y piensas en los buenos momentos, y los malos los recuerdas sólo en momentos puntuales.*

*El otro ejemplo se basa en las declaraciones de otro soldado que hizo la mili durante el año 1998 en una unidad de Huesca. Su mensaje era el siguiente: El primer día que llegue a la ciudad donde estaba el cuartel me sentí acojonado, sentía que no tenía que haber decidido venir, el hecho de llegar y formarme en la entrada de la estación me impresionó sobremanera.*

*Una vez en el cuartel y distribuidos en las compañías descubrí lo que era el miedo a las novatadas y hasta dormía con una navaja.*

*Con el tiempo me di cuenta que hasta la gente más ruin y cabrona del cuartel tenía sentimientos, como el día que uno de los personajes más bordes del cuartel que había estado arrestado por peleas y problemas con los mandos, al irse hablaba a su petate diciéndolo "este petatito que se va para casa".*

*Al hacerme pernocta, mi mili cambió radicalmente y empezó mi mejor mili.*

*Al jurar bandera me sentía como un actor, que había estado practicando una obra de teatro durante mes y medio y tenía que representarla delante de mis padres. Al jurar e incorporarme a compañía seguían habiendo pintas, y otra vez me volví a dar cuenta de que hasta la gente más cabrona tenía sentimientos, ya que al darles la blanca se echaban a llorar porque se separaban de sus amigos de la mili.*

*Una vez apto como soldado, me incorporé a la dependencia y a la rutina de todos los días, y a partir de entonces me limité a descontar días en espera de la blanca.*

Ciertamente no podemos extrapolar de forma genérica las consideraciones de estos soldados, pues, como señalé en su momento, hay una mili por cada uno que la hace. Pero, los ejemplos expuestos sintetizan en esencia la percepción que otros muchos soldados han tenido de su experiencia militar.

En las dos declaraciones anteriores encontramos elementos comunes, como las alusiones sobre el temor de los momentos previos a la incorporación, y de los primeros días. Esto solía ser una constante, pues la mili suponía para todos el entrar en un mundo desconocido e incierto. Las referencias a la jura de bandera también suelen estar presentes en el pensamiento del soldado, pues constituía uno de los rituales militares común a todos y cada uno de sus miembros, y su proceso previo, y el contenido ritual que le caracteriza, impresionaban a los que los que participaban en su desarrollo o lo presenciaban.

La toma de conciencia de la nueva situación en que se encontraban tras dicho juramento y las alusiones a la siguiente fase como una etapa caracterizada por la rutina, solían ser también rasgos comunes.

Y, por último, la espera de la licencia se erigía como otro rasgo generalizado, pues también afectaba a todos. Respecto a la esperada licencia, lo normal era que se aludiese a ella con cierta ansiedad, y a la vez con un aire de pasividad e impotencia, pues todos eran conscientes de que no podían hacer nada para anticiparla.

En los dos ejemplos anteriores se destacan hechos concretos de especial relevancia por

los cambios que suponían en la forma de vivir en cada caso. El primer informante resalta el momento en que se licencian los que le antecedían, con lo que adquiriría la condición de veterano, señalando con ello un cambio de status importante dentro de su grupo. El segundo soldado resalta el momento en que se hace pernocta, con lo que podía mantener una relación más distendida con respecto a la vida cuartelera, y empezaba, lo que él califica como “su mejor mili”, significando de este modo el cambio tan radical que tal hecho le deparó al poder ir a dormir a su casa a diario, y desligarse de este modo del vínculo permanente con el cuartel que sufren los que no pueden disfrutar de tal ventaja.

Por último destacaría una diferencia sustancial entre ambos informantes referida a los compañeros de vivencias. Así, el primero alude esas relaciones de forma emotiva, señalando las separaciones y encuentros con los mismos y resaltando los aspectos bondadosos de éstos, de los que refiere que han actuado como enseñantes suyos y con los que dice haber compartido buenos y malos ratos. Sin embargo, para el segundo la presencia de compañeros, inicialmente extraños, le inspiraba desconfianza, aunque señala algunos especialmente conflictivos que, para su sorpresa, “parecían tener sentimientos”. En ambos casos, el contacto con otros jóvenes de diversa condición y procedencia supuso un hecho a destacar de la vivencia de la mili.

Siguiendo con lo anteriormente comentado reincidiría en destacar cómo muchos soldados refieren el cambio de actitud que experimentaban en un cierto momento de su mili, del que señalan cómo pasaban de una sensación de temor y rechazo, a una fase de cierta acomodación y sometimiento. En esta segunda fase predominará una actitud de adaptación, amparada en un principio de supervivencia donde la mejor fórmula era la de resignación y esperanza, a sabiendas que el final de su vida militar llegaría por sí mismo. Como muestra de ello reproduzco una frase de otro soldado que resume de forma sucinta este sentimiento: *Antes de venir tienes miedo porque no sabes lo que te vas a encontrar, una vez que estas aquí y llevas unos meses te acostumbras, y a partir de entonces sólo dejas pasar el tiempo para que se acabe.*

De acuerdo con esa actitud, puede decirse que el recluta va modificando su valoración respecto a su propia experiencia a medida que la va viviendo. De hecho, al adquirir la condición de veterano, y más específicamente al sentir próximo el momento del licenciamiento, el soldado adquiere una percepción de la mili y de sí mismo notablemente diferente a la que tuviera en la fase inicial. Sobre este punto resulta evidente que su experiencia sobre lo que era la mili va siendo mayor, y ello condiciona su propia visión del mundo en el que se encuentra, que poco a poco va desvelándose como algo más cotidiano

y menos rígido.

En última instancia, los más veteranos eran los que tenían más elementos de juicio para evaluar su experiencia, pero también es cierto que su particular condición les confería un carácter un tanto sesgado a sus valoraciones, pues estaban marcadas por la espera de la inminente licencia.

Para algunos la experiencia de la mili les era tan particular que declaraban que no hay forma de explicarla, o de transmitir a terceros qué es y qué significa la mili. Lo que me manifestaba un informante unos días antes de licenciarse en los siguientes términos: *Nadie sabe por lo que tiene que pasar el militar de reemplazo aquí dentro, y no hay forma de contarlo, sólo lo sabe el que lo vive, pero dentro de once días esto ya es historia.* En sus palabras podía percibirse la angustia que parecía estar pasando, pero a la vez la proximidad de la licencia enervaba su ánimo al ver que la experiencia llegaba a su fin, y que, además, no volvería a pasar por ella; mostrándose finalmente más tranquilo al apuntar cómo sólo le quedaría de la misma el recuerdo.

Por lo que se refiere a las diferencias de valoración que se daban entre los soldados en función del tiempo que llevaban en filas, puedo señalar de forma general que tanto los más veteranos, los *wisas*, como los que se encontraban en la mitad de la mili, los *padres*, constituyen grupos que se solían mostrar especialmente críticos respecto al hecho de la mili. También suelen ser críticos respecto a las diferencias que perciben entre lo que esperaban que fuera la vida en el cuartel antes de ingresar, y lo que dicen haber encontrado. Por el contrario, los más novatos, los *bichos*, tienden a mostrarse más indulgentes al respecto, incluso pasados los dos primeros meses eran muchos los que pensaban que su vida en la mili iba a ser peor de lo que habían encontrado.

Sobre este aspecto, cabe decir que la mayor parte de los jóvenes llegaba a la mili con una considerable carga negativa sobre lo que se iban a encontrar, y poseían muchos prejuicios sobre el trato que iban a recibir. Eso conllevaba normalmente que, pasado éste periodo, su percepción les resultase menos dura de lo que esperaban que fuera, pues en su imaginación habían incrementado todos los aspectos negativos que les habían referido. Aunque debo puntualizar que lo normal era que cuando se les preguntaba sobre la experiencia de los primeros meses, una vez pasado el periodo de instrucción y llevando algún tiempo en sus destinos, solían olvidarse de las tensiones y de las vicisitudes pasadas en esa la fase inicial. En este sentido, parece como si sufrieran una especie de amnesia que actuaba a modo de autoprotección respecto a esos recuerdos, como queriendo apartar de sus mentes la fase más dura para centrarse en el momento en que se encontraban y

especialmente en el futuro próximo.

Igualmente considero que en el surgimiento de este sentimiento de cierta condescendencia jugaban un papel importante los mecanismos de socialización y enculturación a que se habían sometido, haciéndoles ver tales acontecimientos desde una perspectiva distinta y desdramatizando ciertas experiencias que inicialmente no toleraban para, pasado el tiempo, verlas incluso como “normales”.

Además, hay que decir respecto a las valoraciones de los reclutas, que éstos no poseían todavía criterios objetivos sobre lo que era la mili en conjunto, pues únicamente tenían la experiencia de una parte de ella, la primera, en la que estaban desorientados y confusos. Por contra, los más veteranos tenían más criterios de valoración, especialmente los que estaban próximos a licenciarse, y sus opiniones estaban más consolidadas, aunque también puedan considerarse sesgadas.

Para algunos la experiencia de la mili únicamente aportaba aspectos negativos. Las valoraciones negativas solían acentuarse al acercarse el momento de la licencia, por lo que algunos soldados empezaban a vivirlo con verdadera desesperación y ansiedad, lo que en ocasiones se transformaban en una repulsa visceral contra la mili y contra todo lo militar.

Un joven soldado me transmitió esa sensación una semana antes de licenciarse con las siguientes palabras: *Estoy harto de estar aquí; a mis hijos si vienen aquí antes les meto un tiro*. Al leer esta declaración alguien podrá pensar que es un poco exagerada y que realmente “no habrá sido para tanto”. Sin embargo, este tipo de actitudes eran las que llevaban a los que así pensaban a traspasar la línea que les podía hacer cometer actos del todo indeseables y dramáticos. En este caso concreto, la proyección “parricida” del informante, apunta, en mi opinión, hacia unos impulsos casi suicidas, pero que en la mayoría de los que así pensaban acababan siendo desplazados por la inminencia de su licenciamiento.

Los que estaban a mitad de camino, tras pasar el primer momento de confusión y de adaptación, solían tomar conciencia de que ya habían vivido parte de la mili, pero también de que todavía les faltaba bastante por vivir en el mundo cuartelero, por lo que solían volverse más sosegados a la hora de valorar sus experiencias.

Hay que señalar que, en general, las condiciones de vida y el trato que recibían los soldados mejoraron significativamente en los últimos años. Por tanto, no puede decirse que las circunstancias en que han vivido los que han hecho la mili en los últimos años se correspondieran exactamente con las de tiempos atrás, algo que no desmiente las de los antecesores, tan sólo las relativiza.

Por otra parte, después del licenciamiento, y a medida que la experiencia del servicio militar va quedando en el recuerdo, resultaba frecuente que los individuos fueran estableciendo una cierta discriminación respecto a sus recuerdos, recurriendo para ello a esquemas más o menos tipificados, con lo que solían destacar fundamentalmente lo mejor, o lo peor, de sus experiencias.

En todo caso, parece claro que el servicio militar se constituye como una experiencia definida, estructurada y condicionada por determinados sucesos, a través de los cuales los sujetos iban percibiendo su lugar en la nueva realidad que los envolvía. La declaración de otro soldado informante puede ser de interés sobre este particular: *Cuando llegué aquí me sentía fuera de lugar, todo era nuevo para mí, estaba acostumbrado a hacer siempre lo mismo, mis amigos, mi novia, mi trabajo y mis padres. Luego empezó este mal sueño, donde sólo veía tíos que gritaban y que a la mínima te arrestaban; eran sujetos que me ordenaban y decían qué tenía que hacer en todo momento, entonces comprendí que era un "quinto".*

En estas reflexiones queda manifiesto el hecho de que el joven aprende, y aprehende su condición, y adquiere su identidad de soldado a través de los demás, pues, en definitiva, adquiriría a través de los otros la conciencia de sí mismo. En este proceso se consolida la reflexión que sobre el particular hace Lisón Tolosana (1986: 146), al apuntar “yo soy los otros”. En la introducción de esta obra hace una referencia al tema de la otredad que confirma plenamente este aspecto, al señalar en la pág. XIII: *Realmente sólo tenemos conocimiento directo e inmediato de nuestros estados mentales, pero precisamente basados en ellos y en nuestra íntima vivencia del prójimo adquirimos cierta capacidad de penetrar en la alteridad, en las creaciones culturales del Otro. Porque el Otro es, en definitiva, ontológica y antropológicamente, no cosa sino significado.*

Este hecho queda manifiesto en las declaraciones del anterior soldado, pues como se puede observar las referencias a los demás son la clave de la conciencia de su propio ser.

Continuaba señalando el soldado citado: *Luego, con el paso de los días y las semanas te vas acostumbrando. Al jurar bandera te cambian de compañía y todo es nuevo para ti. Ya no estas tanto con los amiguetes, haces de "nuevo".* Con estas manifestaciones se refiere a su condición de “novato”, con lo que no sólo asume que lo es, sino que admite que debe interpretar dicho rol. Aspecto que confirmaba con las siguientes manifestaciones: *Ves a los del 1º 97 que se van y vienen los del 4º/97; piensas que ya queda menos, soy abuelete, y vas haciendo lo que te dicen y cumpliendo con los servicios. Miras para atrás y dices, "solo llevo 4 meses" y cuando miras para delante dices "joder*

*que lento pasa el tiempo". Pero cuando menos te lo esperas se van los del 2º/97 y dices "Ya soy WISS<sup>53</sup>", entonces viene tu quinto y te regala el carné, y vas tachando los días que te quedan. Pero, ahora que lo pienso, es mejor no pensar en lo que me queda, porque los días se te pasan muy lentamente. Ahora solo me quedan siete días de cuartel y ¡para casa! pienso en la mili y lo mejor que hay son los amiguetes, y los buenos momentos que he pasado. Y lo malo el tiempo que pasas fuera de casa. Y de los servicios no quiero ni hablar [...].*

Quiero recalcar que la anterior declaración corresponde a la reflexión de un soldado de reemplazo sobre su servicio militar, el cual realizó durante el año 1998. En ésta declaración queda recogida de forma resumida y simple, pero veraz, la percepción de uno de los actores de la mili en sus últimas manifestaciones en nuestro país. En ella resulta fácil percibir la manera en que se estructuran los diferentes momentos y circunstancias que se van sucediendo en la mente del soldado según va pasando por su vivencia como militar. De manera que se articula como una peculiar faceta vital, aunque ésta sólo constituyese un periodo más de la biografía total del individuo.

### ***1.6- Los periodos de la mili desde el punto de vista de los soldados.***

Siguiendo la línea de lo hasta aquí expuesto, considero oportuno hacer una reflexión más detallada sobre las particularidades que la mili adquiría desde el punto de vista del soldado. Considero interesante abordarla como ellos mismos solían hacerlo, es decir desde una percepción global, por lo que destacaría el uso de una categorización temporal vinculada a facetas y eventos concretos, más allá de los grandes ciclos en los que he definido el hecho de la mili hasta ahora.

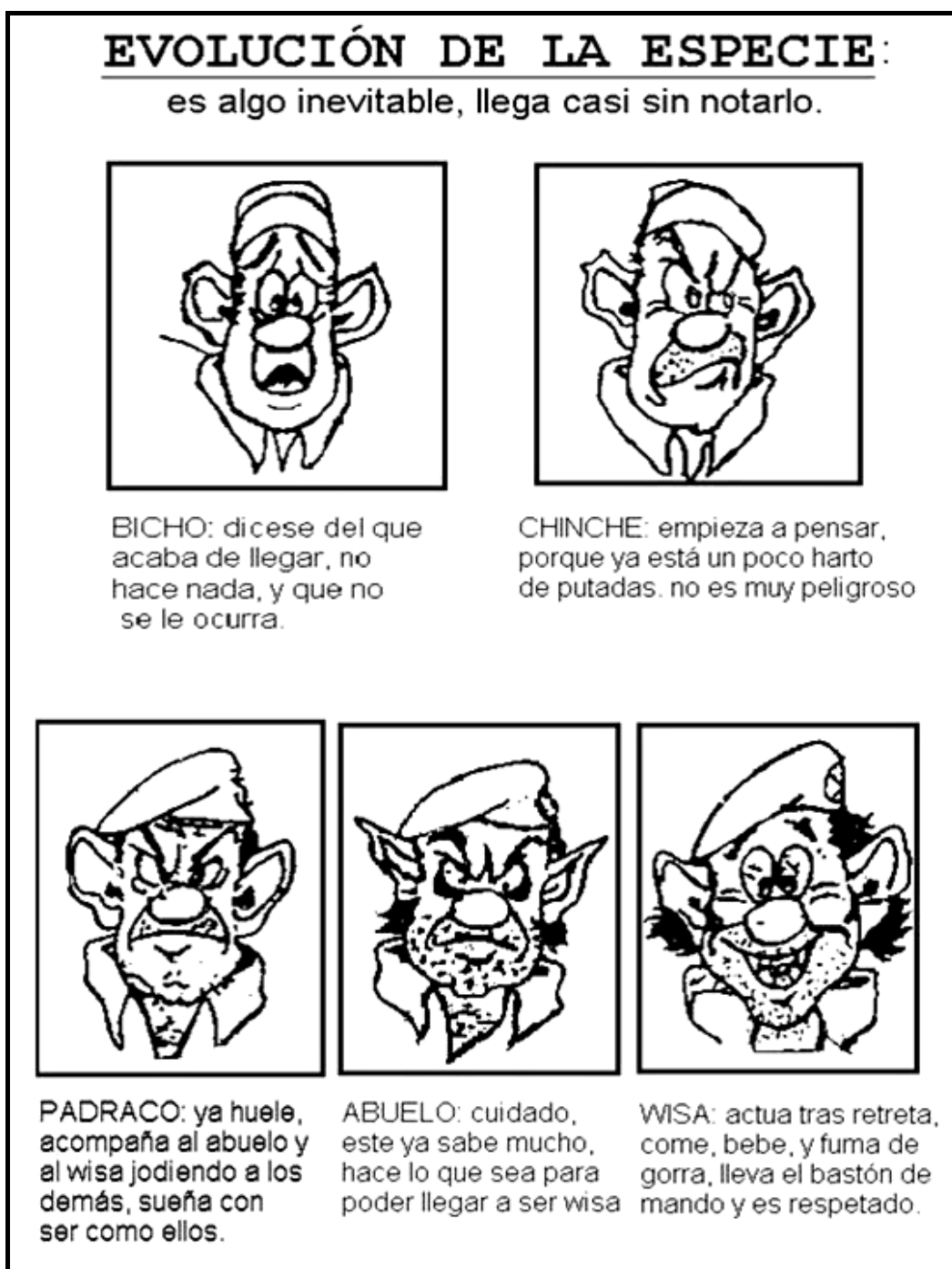
Sobre este particular, una primera reflexión me lleva a considerar que en el esquema mental del soldado la mili se estructuraba en una serie de fases o apartados claramente diferenciados. El paso entre las distintas fases solía marcarse a través de hechos o acontecimientos, en ocasiones claramente ritualizados. En todo caso, los procesos desarrollados para significar tales cambios podían establecerse por la propia institución militar, o bien por los propios actores, o por ambos a la vez.

Igualmente, hay que considerar cómo tales procesos llegaban a determinar incluso una

---

<sup>53</sup> La forma en que los soldados utilizaban los calificativos sobre su veteranía, especialmente las referidas a su condición de "bisabuelo", variaban enormemente por lo que dejo este ejemplo en el que el sujeto entrevistado usa el modo "WISS" como una de las muchas deformaciones que he podido observar en los últimos años.

evolución en la personalidad del soldado, como ellos mismos solían argumentar. La caricatura que muestro puede servir como ejemplo de ésta particular percepción.



*Caricatura que muestra los estadios por los que pasaba el soldado a lo largo de la mili, y como le afectaba en su relación con los demás soldados y modo de vivir.*

En el conjunto se observa la transformación y evolución que experimentaba el soldado, la cual se va reflejando en el rostro y las expresiones de los personajes, lo que representa un cambio en la personalidad del mismo, y señala aspectos sobre la relación entre los



soldados en función de su veteranía<sup>54</sup>, así como algunas pautas de conducta.

El autor de la caricatura se permite parodiar de manera explícita los cambios refiriéndolos a la teoría darwiniana de la evolución de las especies, tal y como reza en el citado carné en la frase: *“La evolución de la especie”*; *es algo inevitable, llega casi sin notarlo*. Con lo que el autor de tan particular obra parece otorgar al proceso un cariz determinista, al concebirlo como algo inevitable contra lo que no se puede hacer nada.

Por otra parte, este proceso requería ser ordenado de acuerdo a las circunstancias que rodeaban la vida del soldado, las cuales estaban definidas de acuerdo a un proceso temporal coercitivo. Lo cual también estaba en consonancia con las consideraciones de Berger y Luckmann (1995: 44-45, 133), quienes señalan como el universo simbólico ordena la historia y ubica todos los acontecimientos colectivos dentro de una unidad coherente que incluye el pasado, el presente y el futuro. Dentro de tal proceder, y de la conciencia del soldado se imponía el principio de que "lo primero es lo primero", por lo que en la vida cuartelera el joven debía pasar por todos y cada uno de los estadios que la constituyen, -como normalmente sucede en la vida cotidiana-. En el caso concreto de la caricatura esto se articula en torno a la representación de los personajes que aparecen de manera cronológica, en sus condiciones de; bicho, chinche, padre, abuelo, y bisabuelo.

Sin embargo, las categorías utilizadas para ordenar este proceso, no se limitan a la evolución vital referida, pues se pueden observar otros modelos igualmente válidos. Como ejemplo de ello presentaré algunas de las categorizaciones que me han manifestado distintos soldados. Todas ellas, suelen mostrar la mili como una experiencia estructurada en fases o periodos, que siguen un proceso más o menos lógico y que se identifican o corresponden con los sentimientos particulares de los que los experimentaban. Paso a reproducir algunas de estas manifestaciones. La primera comprende las siguientes fases:

*La mili se divide en 3 partes:*

- *Una primera de impresión y acojone.*
- *Una segunda de asimilación y aprendizaje (de los experimentados).*
- *Una tercera de despedida y cierre (... y la loca).*

Este mismo soldado me refería además de lo dicho respecto a las fases de la mili: *Desde que conocí el mes y destino de mi reemplazo empecé a estar "nerviosillo". En cuanto a lo que sucedía en mi casa, mi madre decía que la mili “para los militares”, desde luego*

---

<sup>54</sup> En la caricatura se representan aspectos relacionados con las relaciones entre soldados de distintos reemplazos.

*mucha simpatía no le tiene al ejército. A medida que iba pasando ésta y le iba contando cosas de la mili iba cambiando su forma de pensar respecto a ella.*

En esta declaración podemos percibir cómo las referencias a los cambios respecto a los sentimientos y valoraciones de su madre respecto al servicio militar, responden realmente a los cambios que el propio sujeto iba experimentando. Lógicamente, eran sus declaraciones personales las que iban transformando las percepciones de su madre, ya que la madre percibía la mili de su hijo a través de lo que él mismo le contaba y transmitía.

En este ejemplo, la ordenación se expresa en términos de adaptabilidad. Así, la inquietud inicial, justificada por el desconocimiento y la desconfianza, se va transformando en unas valoraciones más suaves, fruto de su propia experiencia y evolución al respecto. Debo decir que en el momento de hacerme tales declaraciones el soldado había adquirido su condición de "abuelo", por tanto ya conocía perfectamente todas las pautas de conducta y los entresijos del mundo militar, y empezaba a ver "como normales" muchos de los aspectos y elementos que, antes de su entrada en el mundo militar, le parecían irreales o imposibles.

Por ello podemos observar cómo la desconfianza y desorientación inicial, que refiere literalmente como momento de "acojone", fue transformándose paulatinamente en una cierta tranquilidad y seguridad, al ir conociendo y asimilando su nuevo mundo y asumiendo su nueva identidad. Identidad que había sido adquirida, en gran medida, a través del aprendizaje y enseñanza de los veteranos, como él mismo señala. Esa tranquilidad era transmitida a su vez a su madre, con lo que no sólo la reforzaba a ella, sino que le servía a él mismo como refuerzo para llevar adelante su vivencia de la manera más grata posible, retro-alimentándose con la tranquilidad de su propia madre.

Para finalizar sus declaraciones sobre su mili, el soldado recurrió al conocido dicho de Ortega y Gasset: *Nosotros somos nosotros y nuestras circunstancias*, al que añade una aclaración personal; *con lo que quiero decir que debemos hacer que el tiempo que hemos de pasar aquí sea lo más agradable posible*, reafirmando con ello su percepción determinista del hecho de la mili.

Otros soldados recurrían a una categorización estructurada en torno a su capacidad de pensar sobre su situación en cada momento de la mili. Un ejemplo de este tipo de categorización podría ser el que recojo a continuación.

---

También define la posible incidencia en las novatadas, pero este aspecto lo analizaré en detalle en capítulos posteriores.

*La mili tiene tres fases:*

- *La primera consistente en el Periodo Básico de Instrucción en el que estas siempre ocupado y no te da tiempo a pensar en nada.*
- *Un segundo periodo, donde no sabes dónde estás por mucho que lo pienses.*
- *Y un tercer periodo donde lo único que piensas es en irte de aquí.*

De forma que, en la primera etapa el sujeto no toma conciencia de su situación, por no poder reflexionar sobre ésta, debido, según él mismo declara, a la gran actividad y tensión a la que se ve sometido. Tal declaración manifiesta un estado de desorientación e indefinición sobre sí mismo, al igual que hacía el soldado anterior. En este primer momento parece que aún no tiene conciencia de su nueva identidad, pero tampoco asume haber perdido del todo la previa. En el segundo periodo parece disponer de más tiempo para pensar y reflexionar, pero no acaba de concienciarse de su situación, parece que no es capaz de percibir tal experiencia como una realidad, y se siente por ello igualmente desorientado. Por último, en la tercera etapa adquiere conciencia clara de que dicha situación toca a su fin y entrevé el final de la experiencia. A partir de este momento se limitará a pensar en el día en el que acabará todo y volverá a “la realidad”, a “su realidad”. De algún modo, podría decirse que este hecho indica la asunción de su condición (pseudo-militar). Aunque, del discurso de este informante, lo que parece deducirse es que de lo único de lo que realmente adquiere conciencia el soldado es de la proximidad del licenciamiento, que es lo que realmente le preocupa e interesa. Actitud que era compartida por la mayoría de los soldados de reemplazo.

Una tercera clasificación, algo más estructurada y completa, corresponde a un soldado cuya opinión de la mili era la siguiente:

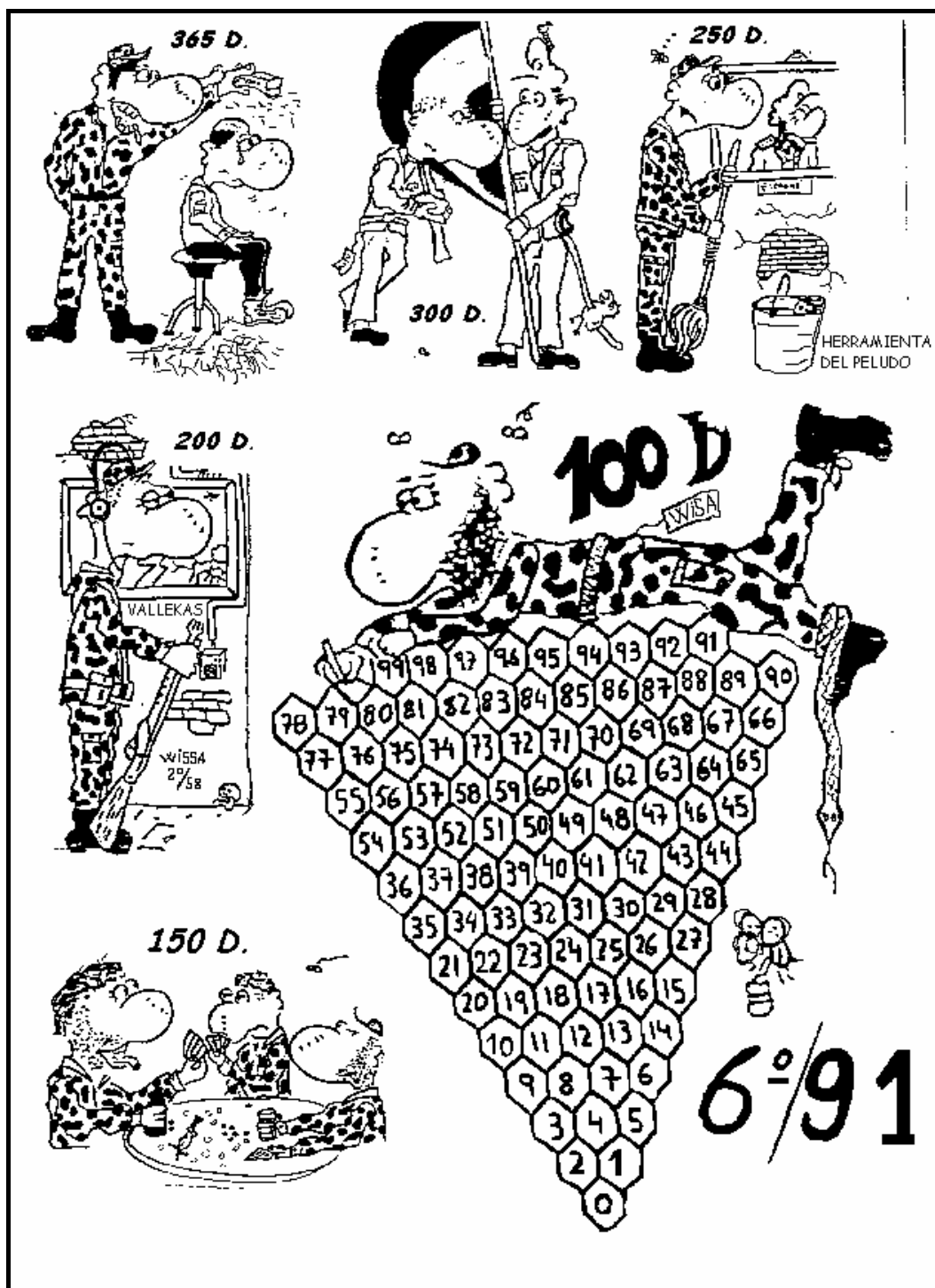
- *La mili es un lapsus obligatorio que el estado te aporta en nombre de la patria. Para mí, los pasos más importantes de la mili son:*
  - *1º Entrada de pardillo (primeras semanas con miedo a todo).*
  - *2º Primer mes de convivencia, (te empiezas a enterar del tema).*
  - *3º Término del Periodo de Instrucción Básico, finaliza con la jura de bandera - (te integras).*
  - *4º Seis meses, te quedan tres para irte, (empiezas a ser alguien).*
  - *5º Ser Mesías (cuenta atrás y terminas el rollo).*

En este ejemplo el sujeto parece estructurar los procesos de acuerdo con el grado de integración que considera va adquiriendo, y con la conciencia de su propio status dentro del grupo y del entorno militar. Por otro lado, parece destacar la sensación de temor ante lo desconocido durante los primeros días, lo que iba seguido de la adquisición de conciencia de cómo funciona el mundo en el que se ve metido. Tras dos meses de intensa

actividad y convivencia, llega la integración en el sistema, lo que supone una toma de conciencia de su propia identidad dentro del grupo al que pertenece. Esto sucede tanto a un nivel subjetivo, personal y particular, como en el ámbito grupal, en tanto que es aceptado por los demás. A este periodo le sigue otro en el que se produce la concienciación de haber adquirido un cierto status dentro de la institución, y del grupo compuesto por los soldados de reemplazo; en este momento adquiere la condición de veterano, lo que se refleja en la expresión referida; "*empiezas a ser alguien*". Por último, cuando tan sólo le faltan unos días -ya es mesías-, el soldado toma conciencia clara y absoluta del final de la experiencia y de que todo se acaba.

Como se puede apreciar, grosso modo, en estas categorizaciones, todos señalan como un periodo concreto el que corresponde al periodo de instrucción básica, el cual acaba con el ritual del juramento a la bandera, el cual también suele ser referido por la mayoría de los sujetos, lo que evidencia el importante papel que jugaba en la experiencia del soldado, pues todo ritual, marcaba y separaba dos periodos diferenciados. En este caso marca la diferencia entre el status de recluta, entendido como alguien que está en el ejército, pero que no puede ser considerado todavía como soldado ni como militar, y por el otro lado con el status de soldado propiamente dicho, condición que se adquiere precisamente a través del juramento a la bandera, rito que analizaré con detenimiento en su momento.

En este punto creo que otro de los dibujos realizado a modo de calendario podría servir como muestra esquemática como los soldados percibían el hecho de la mili como un proceso. En él se resalta de forma gráfica los aspectos que consideraban más destacados, vinculándolos a momentos concretos de dicha experiencia.



*Calendario de un soldado del 6° reemplazo de 1991.*

Podemos ver como sigue un orden cronológico claramente delimitado. Así, en cada secuencia vemos como tanto las actividades, como las actitudes y el aspecto de los soldados van cambiando. En primer lugar se muestra a un joven lloroso al que está rapando sin ningún miramiento un veterano ¿peluquero?, quien además parece disfrutar con ello. Encima del mismo aparece el dato (365 D) con lo que se data el momento en que empieza la mili para el soldado. El que aparezca el número 365 se debe a que en ese año

la duración del servicio militar era todavía de doce meses. Por otra parte, el que el dibujante recurra al hecho del rasurado como seña del inicio de la mili no es de extrañar, pues dicho acto constituye un elemento simbólico de primer orden para marcar el cambio de status, como veremos en detalle en el próximo apartado.

El siguiente motivo resaltado por el autor es el de la jura de bandera, que constituye sin duda otro de los actos institucionales más cruciales de la vida del joven mientras está en filas, como ya hemos apuntado. La fecha que aparece es la de (300D) significando que han pasado unos dos meses, tiempo correspondiente al periodo de instrucción básica de esa época. En este momento se aprecia igualmente que el nuevo soldado es un novato, lo que se señala de manera sutil al dibujar una etiqueta que cuelga del uniforme del soldado que está jurando, con lo que se indica que las ropas que luce son nuevas, y que su portador también lo es.

El tercer motivo representa a un soldado con una fregona y un cubo, de los que se indica, que constituyen las “herramientas del peludo”. En este momento el soldado es todavía un novato y por ello tendrá como misiones habituales las propias de su condición, es decir las menos gratas y las que no quieren hacer los veteranos. La cara de “alelado” del personaje representado contribuye a enfatizar dicha condición. Como fecha leemos (250 D), lo que señala que aún le queda mucha mili.

El nuevo personaje aparece realizando otra de las funciones más reprobadas por la tropa, los servicios de armas. En el dibujo se representa al soldado de puesto en una ilustrada garita, símbolo inconfundible del servicio de guardia. El soldado dibujado sigue teniendo un cierto aire de despistado, aunque se empiezan a apreciar ciertos rasgos de lucidez y veteranía. Este aspecto se aprecia en el hecho de que lleva unos auriculares, de lo que se deduce que está escuchando la radio mientras está de puesto, lo que es una señal de madurez y rechazo como soldado por el hecho de atreverse a hacerlo, ya que constituye una falta grave, muy penada militarmente. En este caso podemos leer (200D), es decir que le faltan doscientos días para la licencia, por lo que aún no ha llegado al ecuador de su mili.

En la siguiente ilustración ya podemos apreciar un cambio cualitativo importante. Por primera vez se dibuja al soldado realizando actividades lúdicas. Vemos a un trío de soldados en plena partida de cartas, bebiendo y fumando con total despreocupación. Los personajes aparecen con una incipiente barba y el cabello crecido, lo que muestra cómo el incremento de la quiebra de las normas equivale a una mayor veteranía. Observamos que faltan ciento cincuenta días, lo que indica que son abuelos, veteranos. Con ello se simboliza como en este momento la vida de soldado empieza a resultar más agradable.

Por último, aparece dibujado el calendario del soldado, el de los últimos cien días. Es el momento en el que adquieren su máximo status en la estructura jerárquica de la tropa. Ya es wisa, lo cual marca el dibujante haciendo uso de una etiqueta que cuelga de la ropa del veterano. En este caso el soldado dibujado representa el colmo de la ociosidad, está tumbado encima del panal, que le sirve de soporte. La estructura de un panal, y el soldado encima parece simbolizar que se trata de un auténtico “zángano”. El wisa luce una densa barba, símbolo de madurez, y a la vez de una cierta dejadez. Está en una actitud indiferente, y su única preocupación a partir de ese momento será holgazanear e ir tachando los días según vayan pasando.

Obsérvese como los números que aparecen van en orden decreciente, lo que sucederá en todos los calendarios. Ello se debe a que para el soldado la mili se estructura desde un principio a un fin, siendo el final el momento deseado, por ello se marcará como un cero el punto final. No entraré en más detalle, pues estos aspectos lo analizaré con mayor profundidad en otro apartado.

Después de lo apuntado en los párrafos previos cabría señalar cómo a través de la experiencia de la mili los jóvenes iban cambiando su percepción sobre el hecho existencial en el que se encontraban inmersos. Y, aunque caiga en un cierto reduccionismo al hacer esta generalización, considero adecuado destacar tres apartados fundamentales como fases más destacadas de la mili.

Un primer periodo que empieza con la entrada en el cuartel que constituía un momento de ruptura, y el sujeto se veía sometido a todo un proceso de sometimiento y socialización, para lo cual deberá desprenderse de la identidad previa. Este momento estaba caracterizado por un desconcierto y una cierta obnubilación por lo que a la vida militar se refiere. Todo pasaba demasiado deprisa, no daba tiempo a pensar, todo era nuevo, y el soldado no podía tomar una conciencia clara de dónde estaba, ni de qué hacía realmente allí. Esta fase culminaba con el ritual del juramento a la bandera.

Un segundo periodo, caracterizado por una vida más rutinaria, en las que los hechos van tomando estructuras y procesos diferentes que eran percibidos desde otro punto de vista por los propios soldados. En este periodo el soldado aprendía a desenvolverse en el nuevo mundo en el que aparentemente acaba integrándose. En este momento también empezaba a desarrollar una actitud más crítica, al disponer de más tiempo para pensar y al poseer una mayor conciencia sobre la realidad de la vida de la milicia. Una vez concluido el periodo básico de instrucción, el siguiente es el que comprende desde el momento en el que el joven juraba bandera hasta que finalizaba su servicio militar. En éste se incorporaba a su

unidad y destino específico, hasta el final de la mili. Constituía un periodo mucho más largo, y en él las actividades solían cobrar un cariz repetitivo, rutinario y monótono. Normalmente se dedicaba a la realización de tareas específicas que se combinaban con la realización de diversos servicios de guardias y de mantenimiento y limpieza de los acuartelamientos, instalaciones y equipos.

Se trata de un periodo que podemos concebir a su vez de acuerdo a una doble estructuración. Por un lado lo podríamos identificar como una fase con un marcado carácter liminar, en el que el soldado concebía su existencia como una “no-existencia”, como ellos mismos manifiestan de forma reiterada. Y por otro lado, en este periodo el joven adquiría una nueva identidad que podría definirse como de casi militar, aunque lo hacía de forma circunstancial y transitoria.

Finalmente llegaba el momento en que se convertían en los soldados más veteranos, eran los wisas; todos los llamamientos anteriores al suyo se habían licenciado. Tomaban conciencia de que ellos serían los próximos en hacerlo. Empezaba el momento de preocuparse de verdad por su licencia. Entraban en un estado de cierta ansiedad en la que se obsesionaban por acabar lo empezado, y normalmente se volvían aún más críticos con la institución militar, y con la mili.

Esta estructura se asemeja, en cierta medida, a la que presenta Bramanti (1948:186-192), donde aborda el tema en un capítulo que titula; *La adaptación o armonía con el medio militar*. No obstante, no desarrolla los apartados con la misma lógica que yo, pero considero su planteamiento igualmente adecuado. Trata los distintos periodos que se cumplen en el proceso de adaptación al medio militar señalando las características psicológicas de cada uno y su relación con la conducta. Considera que este proceso se estructura en tres periodos que a su vez definen tres estados psicológicos. El primero, coincide sensiblemente con el llamado periodo de recluta, la que define como la etapa de la adaptación psicológica del conscripto, correspondiente al periodo de recluta o soldado bisoño, de la que señala que se configura en torno a una fórmula que califica de "de soldado en alma ciudadana". El segundo lo concibe como una fase de reorganización, momento en que el joven ya está bastante integrado en el sistema, de ahí que señale que predomina la "figura de soldado en alma de soldado". Por último considera que la fórmula psíquica del tercer periodo, puede ser considerada como doble. De forma que será, generalmente y con mayor derecho que en el segundo, la correspondiente a una "figura de soldado en alma de soldado", o bien correspondería a la de un "alma ciudadana en soldado veterano". Esta última fórmula es en mi opinión la que prevalece cuando el soldado



adquiere la condición de “bisabuelo”, momento en que en su mente aflora de forma obsesiva el momento de su licencia, de ello se deduce el predominio de lo que Bramanti señala como “alma ciudadana”, aunque ésta se encuentre todavía constreñida por la condición de soldado que aún caracteriza al sujeto, aunque éste sea veterano.

Hechas estas aclaraciones, destacaría algunas consideraciones de los propios soldados que he recogido en diferentes momentos y circunstancias. De éstas deduzco que para unos, el primer periodo, es decir el de instrucción, era el que otorgaba un verdadero valor y sentido al servicio militar, pues entendían que durante éste predominaba la realización de las funciones y tareas propias de la vida militar. Algunos eran más explícitos y consideran la jura de bandera como el fin último de esta preparación, declarando que realmente el servicio militar debería concluir con este solemne acto. También eran muchos los que manifestaban que durante este periodo disfrutaron de la vida militar, a pesar de la dureza y de las dificultades por las que atravesaban. Pero solían vincular esta satisfacción al hecho de la jura de bandera, de forma que manifestaban que tales esfuerzos les compensaba al percibir cómo el acto fue satisfactorio y todo salió bien, resultando una satisfacción para ellos, para sus mandos y para sus familiares. Los que hacían este tipo de declaraciones reflejaban la eficacia del sistema pedagógico empleado por la institución, al menos por lo que a un grupo determinado de sujetos se refiere. Habían interiorizado y asimilado la relación entre la superación de las pruebas a las que se les sometía con el haber superado la prueba de su virilidad, que se les presentaba como una evidencia de su dureza y fortaleza como hombres preparados para ser aceptados como tales en la sociedad civil. Los que así se posicionaban, normalmente se mostraban más críticos con el segundo periodo, al que calificaban de rutinario y falto de contenido, y del que solían declarar que durante éste sólo aprendieron a escaquearse y a holgazanear. Los que así pensaban podrían enmarcarse en un grupo que calificaría de “guerreros”.

Por el contrario, los que eran más críticos con el primer periodo, solían calificarlo a su vez de aburrido y rutinario. Éstos solían pensar que durante este tiempo sólo se dedicaban a hacer instrucción para que la jura de bandera saliese bien. Como vemos, criticaban precisamente lo que los primeros alababan; la razón fundamental residía en el hecho de que veían en la instrucción la finalidad última del lucimiento de sus mandos, que se constataba en el bien hacer de los reclutas en el acto del juramento a la bandera. También solían referir que las prácticas de tiro real y las salidas al campo eran escasas y nada instructivas. Algunos de los que así pensaban consideran el segundo periodo como más satisfactorio, especialmente si habían podido realizar funciones acordes con su formación

civil, o si habían ocupado destinos en los que además de realizar tareas que consideran interesantes, habían sido tratados con un cierto respeto. Y, especialmente por aquellos que habían disfrutado de ciertas libertades.

Un ejemplo de este segundo grupo podría ser el de Javier Pérez, quién hacía unas declaraciones sobre su percepción de la mili en el diario el PAÍS, del 11 de febrero de 1996 titulado: ***La mili ya no tiene quien la defienda***. *Javier Pérez, de 25 años, licenciado en Económicas y Empresariales[...] de los dos meses de instrucción en la Base de Torrejón no tiene buen recuerdo. “Fue una absoluta pérdida de tiempo. Lo único que nos enseñaron fue a desfilar para que quedara bien el día de la jura de bandera. Pegué 65 tiros, pero eso no significa que sepa disparar”. La situación cambió cuando fue destinado al Cuartel General del Aire, donde aplicó sus conocimientos informáticos al diseño de una base de datos. “La experiencia ha sido muy positiva, porque hacía algo que me gustaba y era útil”.*

De las declaraciones de Javier, -y de las que de forma similar me han hecho varios de mis informantes-, se puede deducir que, los que así pensaban centraban sus valoraciones en aspectos personales y subjetivos, amparados en una visión distinta de la realidad, pues valoraban precisamente el haber desarrollado sus cualidades y conocimientos personales, adquiridos en el ámbito civil. De manera que lo que predominaba en ellos no era el hecho de experimentar la forma de vida militar, amparada en el sacrificio, la entrega, y la vinculación en el grupo, sino el haber podido ser “ellos mismos” durante dicho periodo. Podemos decir que en estos se vislumbra una forma distinta de entender el valor social del trabajo, para unos el “pegar tiros” constituye una forma adecuada de ser útiles a la sociedad, para otros resulta más útil el realizar una tarea burocrática, como rellenar una “base de datos” o otra actividad. En unos predomina un modelo de pensamiento anclado en un pasado “guerrero”, en otros un modelo más “civil” acorde con un estado de derecho democrático.

Por ello, pueden resumirse estas valoraciones destacando que cuando opinaban sobre su experiencia en la mili, lo que califican como positivo no era realmente el propio hecho de la mili, ni el aspecto castrense de la misma, sino más bien el aspecto no militar de la misma, en tanto que valoran el realizar tareas y actividades que realmente estaban restringidas a una minoría, dentro del amplio grupo de los soldados de reemplazo. Estos soldados “especiales” desarrollaban cualidades y actividades que no definen precisamente al soldado de reemplazo de los últimos tiempos sino más bien al contrario. Por último, estos soldados solían criticar precisamente aquello que, desde el punto de vista de los que

se basaban en modelos tradicionalistas, les aportaba la mili; el sufrimiento, la instrucción, el orden cerrado, etc.

Respecto al que podríamos definir como tercer periodo, el próximo a la licencia, se puede decir que la valoración era unánime, y todos lo destacaban como el mejor momento, lo que era debido a la proximidad de separarse definitivamente de la experiencia militar.

Después de hacer estas valoraciones globales sobre la mili, entendida como un proceso, y sobre como ésta se puede estructurar básicamente en tres grandes partes, pasaré a analizar de forma detallada algunos de los hechos y circunstancias que acontecían a lo largo de los procesos citados.

Como traté en puntos anteriores, el hecho de la mili afectaba al sujeto, y a sus allegados, mucho antes de su incorporación. A continuación analizaré con mayor detalle como se iban sucediendo los acontecimientos, y como afectaban a los sujetos que los vivían.

### ***1.7- Algunas consideraciones sobre la mili.***

Antes de entrar en mayores detalles presentaré algunas percepciones que tenían los soldados respecto al hecho de la mili, con lo que pretendo aportar unas valoraciones de conjunto que puedan servir como anticipo y referencia de muchos de los aspectos que trataré a lo largo del trabajo.

Estas percepciones solían manifestarse a través de diferentes categorías, y por distintos procedimientos. Por lo que, para ofrecer una visión, lo más global y detallada posible, reproduciré y referiré tanto declaraciones literales, como hechos, circunstancias, expresiones escritas, dibujos y caricaturas, y otros datos recogidos en distintos contextos y circunstancias.

Debo aclarar que aunque presente las declaraciones de forma aislada y vinculándolas a sujetos determinados, constituyen una muestra que he seleccionado como representativa de la opinión de muchos de los soldados. También quiero precisar que muchas de estas manifestaciones eran trasmitidas a lo largo del tiempo entre las distintas “generaciones cuarteleras”, configuradas en torno a los reemplazos y llamamientos de quintos.

Respecto a la percepción de la mili por parte de los soldados destacaría en primer lugar que existen diversos posicionamientos y valoraciones, pero una de las más comunes y generalizadas era el considerar la mili como algo absurdo, de escasa o nula utilidad. Opinaban que no les había aportado nada, todo lo cual hacía que la considerasen una pérdida de tiempo. Esta percepción era compartida, no sólo por los que la vivían desde

dentro, sino también por un amplio sector de la sociedad, -al menos en los últimos años de su existencia-.

Tal valoración responde a múltiples factores y el alcance que adquirió en los momentos que expongo responde a circunstancias de nuestra historia reciente, pues en otros momentos no tenía, o al menos no parecía tener, tanto calado social. En todo caso, merece la pena analizar con cierto detalle tal percepción, tanto por su carácter generalizado, como por la trascendencia que tal percepción ha podido tener entre los jóvenes que han pasado por dicha experiencia, y que, sin duda, incidió en el modo en que el sujeto valoraba su vivencia como soldado, lo que presumiblemente afectaba a la imagen que de sí mismo tenía, y por ende a su identidad.

Paso pues a exponer diferentes datos y aspectos que corroboran esta percepción sobre el servicio militar. Para ello reproduciré algunos datos de trabajos concretos en los que se preguntaba al soldado sobre el particular; también mostraré datos de estudios sociológicos en los que la sociedad hacía sus valoraciones al respecto. Igualmente referiré datos o consideraciones aparecidas en los medios de comunicación. Y, siguiendo el principio que planteé en su momento, aportaré algunas declaraciones de soldados sobre el particular.

Como muestra de trabajos específicos en los que se aprecia la valoración de la mili como una pérdida de tiempo por parte de los soldados citaré el trabajo realizado por un equipo de investigación militar. Se trata de una investigación interna realizada durante el año 1987 por un Equipo de Relaciones Humanas de la Capitanía General de la Región Militar Centro. En este trabajo se aporta información respecto a la sensación de los soldados de haber perdido el tiempo durante su servicio militar, al considerar inútil la función que realizaban, por lo que señalan que de tener que existir debería reducirse su duración. Así mismo, destacaré cómo los propios responsables de la investigación señalan que esta percepción era fruto de la propia experiencia de los soldados y no era debida a prejuicios o valoraciones estereotipadas.

Tales apreciaciones se recogen en la página 94 del documento en los siguientes términos:

*Uno de los mayores motivos de insatisfacción con el Servicio Militar es la duración de éste. Así el 94, 92, 93 y 92% de los Soldados (en lo sucesivo los cuatro datos correspondientes a las cuatro tomas vendrán dados correlativamente) opina que debería reducirse el Servicio Militar, y el 86, 81, 81 y 80% considera que éste tendría que ceñirse a lo que es actualmente el periodo de campamento o de instrucción de reclutas. Estos datos coinciden significativamente con el hecho de que una gran mayoría de Soldados, el 88% en la última toma, piensa que el Servicio Militar es una pérdida de tiempo. Como también es de resaltar el que, así como durante la fase de campamento el 41% de los*

*reclutas opinan que en el Ejército se aprende a hacer el vago, sin embargo, al final de su servicio, se eleva al 85% el porcentaje de los que piensan de este modo. Esto sugiere que, en un porcentaje importante, estas opiniones no vienen determinadas por prejuicios adquiridos antes de la incorporación a filas, sino que es fruto de la propia experiencia.*

Adjunto además una tabla basada en el mismo trabajo en la que se puede observar cómo la sensación de que la mili era percibida como una pérdida de tiempo estaba compartida por la mayor parte de los encuestados. Según los datos que aparecen en el estudio, el 74,6% de los soldados encuestados opinaban de este modo, siendo el siguiente factor negativo más común el considerar mala la comida, aunque el porcentaje de los que así opinaban disminuye significativamente, al 53%.

ASPECTOS CONSIDERADOS POR LOS SOLDADOS COMO LOS MÁS NEGATIVOS DE LA MILI	% de los que lo consideran
Se pierde el tiempo	75
La comida es mala	53
Estar lejos de la familia	52
El trato de los mandos (desde sargento)	42
Aquí todo es rutina, monotonía	41
Esto es un desastre de organización	38
No puedo atender a mis obligaciones familiares	38
No hay suficiente higiene (limpieza)	26
El poco dinero que tengo	23
Los locales son incómodos	16
La asistencia sanitaria es insuficiente	16
Aquí casi siempre estoy triste y deprimido	9
El consumo de alcohol	9
El consumo de drogas que hay	8
No hay compañerismo	7
El trato de los veteranos (incluidos Cabos 1º)	4
Aquí no informan de lo que hay que hacer	4
Aquí tengo miedo a sufrir algún accidente	4
No tengo amigos aquí (me siento sólo)	1

*Fuente: Equipo de Relaciones Humanas Segunda Sección del Estado Mayor de la Capitanía General de la Región Militar Centro, (1987).*

Las valoraciones del conjunto de la sociedad ahondan en la misma línea que las señaladas por los propios soldados. Lo que podemos observar en algunos estudios y sondeos de opinión pública donde se preguntaba sobre el servicio militar<sup>55</sup>, en los que se observa un cierto rechazo para con el servicio militar.

---

<sup>55</sup> Datos, encuesta CIS Septiembre 1996, en ella se hace una pregunta concreta sobre la *Pérdida de tiempo*. En el diario YA del 19 de mayo de 1997, aparece un artículo detallado sobre este tema, según el cual el 70% de los jóvenes considera que “Realizar el servicio militar es un año de vida perdido”.

### *Características negativas del servicio militar.*

Valoraciones sobre la mili	País Vasco y Cataluña	Resto comunidades
Perdida de tiempo	24	22
Ruptura de relaciones	17	13
Interrumpe la formación	16	20
Estar sometido a disciplina	11	9
Abuso autoridad mandos	10	13
Perjuicio económico familiar	10	9
Favorece el consumo de alcohol y drogas	10	10
Ninguna negativa	0.2	2

*Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS.) 1989.*

*Nota: sobre los estudios respecto al tema de la profesionalización de las FAS, y sobre el servicio militar, se pueden encontrar datos en Díez Nicolás (1999). Aunque trata algunos aspectos que no se han actualizado sobre el tema concreto del servicio militar, respecto al cual no parecen existir más estudios concretos desde el realizado por el CIS en 1989, que es utilizado por Díez Nicolás en su libro. No obstante, aporta datos sobre el tipo de servicio militar que parecían preferibles por parte de la opinión pública. Para lo cual utiliza datos del Banco de Datos ASEP de enero de 1996. Igualmente el capítulo noveno de su obra puede servir para ampliar o complementar algunas de los datos cuantitativos sobre los temas señalados.*

Los datos referidos en la anterior tabla aparecen en un trabajo publicado por el Ministerio de Defensa<sup>56</sup> en el que se da más información sobre el tema. Este trabajo se elaboró con dos muestras, una correspondiente a las comunidades autónomas de Cataluña y el País Vasco, y otra para el resto de las comunidades. Los resultados se presentan en un informe estructurado en dos tomos, de los cuales me limitaré a reproducir el extracto de los resultados y conclusiones generales.

#### ***1- Al analizar el área sobre el Servicio Militar se puede concluir que:***

*Referente a las características del Servicio Militar, la relación con jóvenes de diferentes entornos culturales, sociales y económicos es considerada como la característica más positiva, siendo la pérdida de tiempo lo más negativo del Servicio Militar. Es importante subrayar que el 18% de los encuestados no considera positiva ninguna característica del Servicio Militar.*

En el segundo tomo se refieren los mismos datos pero respecto a las Comunidades Autónomas de Cataluña y País Vasco. En este caso aparece en la página 49 la siguiente conclusión:

*Con respecto a las características del Servicio Militar, la relación con otros jóvenes, la madurez personal y el vivir fuera del hogar son señaladas como las más positivas, mientras que la pérdida de tiempo, la ruptura de relaciones personales y la interrupción de la formación destacan como negativas.*

---

<sup>56</sup> Fuente: Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Unidad de Estudios Sociales; encuesta a los jóvenes (16-24 años): (servicio militar, fuerzas armadas, voluntariado especial), tomo (I) marzo (1989:45 tomo I), coordinador Carlos Gil Muñoz, Comunidades Autónomas, (menos la Catalana y la Vasca)

A estos datos correspondientes al año 1989, acompaño los de otro estudio de características similares realizado por el CIS, durante el año 1996 por encargo del Ministerio de Defensa. De ellos refiero los resultados y conclusiones aparecidos en prensa, pues constituyen una síntesis de la investigación referida y están expuestos de manera resumida y ordenada, a la vez que presentan un análisis comparado entre un estudio del año 1989 y el referido del año 1996:

Diario YA, 19 mayo de 1997.

***“Realizar el servicio militar es un año de vida perdido”.***

*Según una encuesta del CIS el 70% de los jóvenes piensan así. El 70% de los jóvenes entre 15 y 29 años están de acuerdo con la afirmación de que el servicio militar “es la pérdida de un año de vida”, según una encuesta del CIS realizada en septiembre de 1996. Esta opinión de los jóvenes sobre la “mili” se ha reforzado desde julio de 1989, cuando en otro sondeo del CIS apoyaron esa impresión el 63% de los encuestados. [...] Las opiniones de los jóvenes sobre el servicio militar han empeorado notablemente en los últimos siete años, a juzgar por los resultados de las citadas encuestas del CIS [...] Según la agencia Europa Press, en julio de 1989 el 39% de los encuestados estaban “más bien de acuerdo” con que la “mili” es una etapa de aprendizaje para los jóvenes, y el 50 % estaban “más bien en desacuerdo”. Siete años más tarde, en desacuerdo con esta afirmación estaba ya el 68 por ciento, y de acuerdo sólo el 28%.*

También se pronunciaron sobre si consideraban el servicio militar como “una forma de servir a España”, en julio de 1989, el 40% de los jóvenes estaban de acuerdo y un 49% en desacuerdo. En septiembre del 96 quienes no compartían esta definición subían al 62%, mientras los que estaban de acuerdo descendían al 34%. Otra valoración negativa sobre el servicio militar, la de que “es una manera de retrasar la incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo” era compartida por más jóvenes en 1996 que en 1989. Así, en julio de este último año estaban de acuerdo con ello el 66% y en desacuerdo, el 21, mientras que en septiembre de 1996 estaban de acuerdo el 76%, y el 20% en desacuerdo. Por último, se preguntó a los jóvenes “por si el servicio militar era la única manera de formar un ejército eficaz para la defensa de España”. En julio de 1989, el 58% de los encuestados estaban en desacuerdo y el 27 de acuerdo. En septiembre de 1996, en desacuerdo estaban el 75% y el 19 de acuerdo. En la encuesta de septiembre de 1996 el 82% consideró más conveniente suprimir el servicio militar obligatorio y hacer un ejército totalmente profesional.

Estos datos están en concordancia con los que aparecen en otras encuestas que tratan el tema en las que se llega a conclusiones similares. Considero que los aquí expuestos son suficientes para el propósito del trabajo, al haber podido constatar personalmente la fiabilidad de los datos de dichas investigaciones.

Los datos que he presentado hasta ahora muestran una clara tendencia negativa respecto a las valoraciones de la población española en general, y de los jóvenes en particular, respecto al servicio militar obligatorio. En último extremo, parecen evidenciar que las mayores críticas van enfocadas hacia la percepción del SMO como una pérdida de tiempo, tal y como he argumentado desde el principio.

El incremento del rechazo para con el servicio militar obligatorio no surge de manera espontánea, sino que es fruto de una adecuación a los propios cambios sociales de nuestro país, y de los países de nuestro entorno como; Holanda, Francia, Bélgica, etc., en los que se produjeron tendencias similares.

Estos cambios no pueden justificarse por cuestiones aisladas, ni vinculadas a un único aspecto del devenir de los pueblos y países, sino que están en relación con factores de índole tanto supraestructural como estructural e infraestructural, que en su interacción se modifican y readaptan continuamente.

Por otra parte, los discursos que se manifestaron en un momento dado, en los que se refería el malestar de la sociedad para con el servicio militar, a la vez que se predecía su supresión incidieron en la realización y consolidación del propio proceso. En alguna medida, se produjo lo que plantean las teorías referidas a las predicciones que se auto-cumplen<sup>57</sup>.

Sin duda, fueron muchos los factores que favorecieron el que se produjese este cambio en el modelo de recluta pero no analizaré este aspecto por trascender al tema de mi estudio y por la complejidad del mismo.

Volviendo sobre el tema de las valoraciones específicas respecto a la idea de la mili como pérdida de tiempo, debo destacar que los más críticos solían encontrarse entre quienes la habían realizado, y en especial aquellos que se encontraban realizándola. No en vano, era “su tiempo” el que sentían que se estaba perdiendo. A los datos cuantitativos que aporté anteriormente habría que añadir datos de carácter cualitativo en los que se reafirman estas valoraciones. Dos analistas que trataron este tema así lo confirman. Me refiero a Alvira Martín, en AAVV (1987:22), y a De Salas, en AAVV (1986: 125).

Reproduzco unos párrafos de ambos autores, donde se evidencia lo dicho;

Alvira Martín: *Mantener una actitud negativa ante un hecho que se impone coactivamente interrumpiendo la vida normal de un joven -empleo, familia, noviazgo, estudios, etc.- está perfectamente justificado y es comprensible. Pero testimonios más o*

---

<sup>57</sup> Son varios los autores que tratan este hecho, como por ejemplo, Berger y Luckmann (1995: 163).



*menos biográficos o individuales ponen de relieve que la mayor frustración no proviene de esta coactividad, de esta ruptura, sino del sentimiento de inutilidad de lo que se hace y de los espacios y los tiempos muertos existentes en el tiempo de Servicio.*

De Salas también incide sobre el mal efecto que provocaba en la tropa los tiempos muertos: *El tiempo de permanencia del soldado en filas debe dedicarse íntegramente a su activa formación de combatiente y no deben existir esos tiempos muertos que le llevan al soldado a lamentarse de lo poco útil de su estancia en el cuartel.*

Los datos anteriores son tan explícitos que no necesitan mayor aclaración. No obstante, la valoración del tiempo en la estructura militar parece estar sometida a una categorización claramente clasista. Pues, según este esquema se puede afirmar que para el estamento militar el tiempo del soldado no vale nada, mientras que a medida que se va ascendiendo en empleos y escalas, el valor del tiempo de sus miembros va aumentando, hasta llegar a los máximos estamentos, cuyo tiempo es considerado como el más valioso.

Esta percepción basada en estructuras cognitivas concretas, hacía que para los mandos no resultase contradictorio el hecho de que el soldado pudiera estar durante largos periodos de tiempo sin hacer nada, o realizando tareas repetitivas y sin aparente finalidad, o se les mantuviese en espera de ordenes por tiempo ilimitado, o participando en formaciones interminables, o concentrándoles a horas intempestivas por cualquier motivo, todo lo cual era interpretado por el soldado como “perder el tiempo”. Pero para el mando no tenía tal interpretación, porque para él estaba justificado al considerar que mientras estaba en filas el joven estaba sometido al principio de servicio permanente, lo que suponía estar a disposición del mando cada uno de los días que duraba su servicio militar.

En todo caso, además de los datos aportados anteriormente en los que se manifiesta la percepción del servicio militar como una pérdida de tiempo por parte de distintas instancias, considero que las valoraciones personales y directas de los soldados, y la manera en que estos las expresaban pueden contribuir a profundizar aún más en este aspecto. Por ello reproduzco a continuación algunas percepciones que recogí durante mi trabajo de campo.

Un veterano se manifestaba al respecto de manera tajante diciendo; *Veo la mili como una gilipollez, y una pérdida de tiempo, dinero y categoría [...].* Otro soldado más parco en palabras, pero igual de explícito, me señalaba; *Esto es una jodida pérdida de tiempo.*

Otros ejemplos son las siguientes manifestaciones:

- *El servicio militar es una pérdida de tiempo, ya que después de los dos meses de instrucción no se hace nada.*

- *Aquí lo único que aprendes es a escaquearte, esto es una pérdida de tiempo, te cortan el curro y tu vida para no hacer nada.*

- *Los mandos se creen que pueden jugar con tu tiempo y con tu vida... esto es una pérdida de tiempo, dinero y trabajo.*

Para confirmar aún más si cabe esta percepción, y en vista de que muchas de las observaciones apuntaban en esa dirección, se me ocurrió pedir a un grupo de soldados que me definieran con tres palabras lo que había supuesto para ellos la experiencia de la mili, a lo que contestaron al unísono y sin reflexionar demasiado: *¡Pérdida de tiempo!*. Otros, que podrían considerarse algo más materialistas, añadieron; y *una ¡perdida de dinero!*.

La apreciación de que la mili podía generar en el soldado la sensación de estar perdiendo el tiempo, es reconocida por analistas del tema militar. Algunos justifican tales percepciones o situaciones basándose en el carácter paradójico de la guerra y en el adiestramiento militar. Como muestra de tal apreciación citaré el texto de Fernando de Salas (1987:67)<sup>58</sup>, quién justifica esa sensación de pérdida de tiempo, reduciéndola a eso, a una mera sensación, sin atribuirle un valor real, pues otorga un valor implícito a la propia presencia de los soldados en los cuarteles, ya que, según él, la mera existencia de la tropa en los acuartelamientos era justificable como elemento de disuasión, independientemente de la actividad que realizasen<sup>59</sup>.

Debo decir que me surgieron dudas respecto a si los criterios que definían estas valoraciones y percepciones podían basarse en prejuicios, o si, por el contrario, estarían fundamentadas en experiencias reales. Acepto, no obstante, que ésta última concepción del término realidad corresponda a una de las metáforas más claras y frecuentes de lo que comúnmente se define como tal, aunque no se perciba así por los que la utilizan por su carácter común propio del lenguaje cotidiano. A ello se refieren en detalle Lakoff y Johnson (1986:11-25).

Así, asumido este hecho, señalaría cómo la percepción metafórica del tiempo como un recurso limitado y como algo valioso es una percepción propia de las culturas occidentales, como señalan Lakoff y Jonson (1986:43-45). Pero personalmente opino que tal percepción adquiere un significado especial en el caso de la mili, pues los soldados hacían

---

<sup>58</sup> La guerra es un fenómeno social lleno de paradojas y todo lo relacionado con ella, como el adiestramiento militar, también las presenta. El prepararse para la Defensa Nacional es el procedimiento más eficaz que hasta ahora han encontrado los Estados para disuadir a posibles adversarios y evitar conflictos. Esto requiere la existencia de Unidades organizadas permanentemente, que aunque aparentemente no hagan nada, su sola existencia cumple su función disuasoria. Tu presencia en filas, independientemente de la mayor o menor actividad personal que realices en cada momento, nunca constituye una pérdida de tiempo.

<sup>59</sup> Este planteamiento resulta un tanto anacrónico, pues responde a criterios que hacen prevalecer el principio de cantidad

alusiones constantes sobre esta particular manera de percibir dicho periodo de su vida, lo que referían en términos temporales, pero también en términos materiales. Esto se constata en el recurso reiterado de los soldados a realizar manifestaciones metafóricas usando conceptos materialistas o economicistas cuando hacían valoraciones sobre la mili y señalaban que además de una pérdida de tiempo les suponía una pérdida de dinero. Las alusiones al dinero resultaban comprensibles, pues realmente la prestación del servicio militar conllevaba una carga económica para el sujeto y para sus familias que debía computarse, no sólo a través del dinero que le tuviesen que dar, sino que para aquellos soldados que trabajaban suponía un perjuicio por el dinero que dejaban de ganar.

Algunos soldados eran bastante claros al hacer un balance de su vida militar, señalando su animadversión con la experiencia vivida. Un ejemplo de los que así se manifiestan podría ser la siguiente declaración de un soldado madrileño; *Si tuviera que repetirla haría todo lo posible para no hacerla, ¡EL MESIAS!*.

Algunos se ponían en lugar de los que decidieron no hacer el servicio militar, y les justificaban, alegando el valor nulo de su propia experiencia. El caso siguiente es un ejemplo de los que así opinaban; *Comprendo a la gente que no quiere venir a la mili, hacen bien, pues tampoco se pierden nada*.

También estaban los que preferían no hablar de su mili, pues aseguraban que su mera mención significaba una toma de conciencia de su situación, lo que no les agradaba. Un soldado me transmitió sensación al preguntarle por su servicio militar respondiéndome; *desearía no hablar de ello, pues prefiero olvidar que estoy haciendo la mili*.

### *1.7-1- La mili como prisión.*

Otra percepción bastante generalizada consistía en hacer una equiparación entre la experiencia del soldado con la de los reclusos, usando tanto expresiones directas como metafóricas. Algunas apreciaciones que referían este hecho eran las siguientes:

- *Nunca tuve 19 años, la mili me los robó; por un beso que di a la bandera me metieron 9 meses de prisión.*
- *La mili es una cárcel para un preso sin condena.*
- *Esto es una manipulación de personas... ¡Quiero salir!. [...] Quiero olvidarme de esta condena por ser joven, ¡qué son 9 meses de tu vida perdidos!*.

---

sobre el de calidad, y no tienen en cuenta criterios ya entonces vigentes, como los de eficacia.

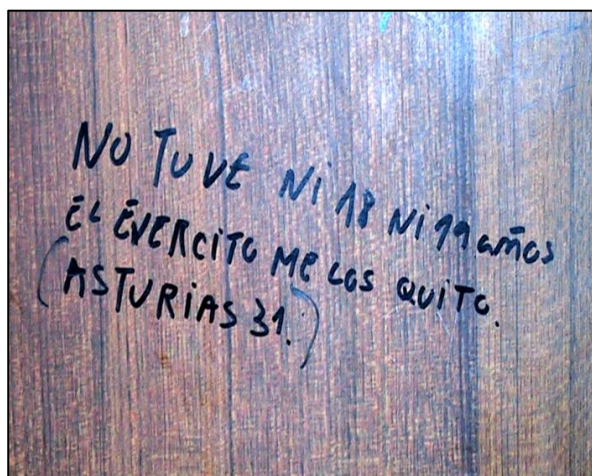
Para reforzar estas declaraciones reproduzco unas fotografías que recogí durante el mes de agosto de 2002, en las que se pueden leer misivas que sigue la misma tendencia.

Las fotografías corresponden a sendas pintadas realizadas en las puertas de los servicios de unas unidades.



En esta pintada podemos leer: “En Fuencarraz la mili es una cárcel sin rejas para presos sin delitos”, y debajo se lee “(putos mandos)”. Tales alusiones corresponden al año 2000, como se aprecia en la reseña que aparece a la izquierda que ponía “2º/00”, señalando que correspondía a un soldado del segundo llamamiento del 2000. La alusión a “Fuencarraz” en lugar de Fuencarral, muestran como su autor utiliza la similitud de los nombres del pueblo en que realizaba el servicio militar, y la de la famosa prisión de EEUU, para

incidir en la condición de prisión que atribuía a su acuartelamiento.



Esta fotografía muestra la pintada de un soldado del regimiento Asturias 31, en la cual dejó escrito; “No tuve ni 18 ni 19 años, el ejército me los quitó”.

Algunos soldados, más inspirados, realizaban mensajes más elaborados a modo de poemas para manifestar este sentimiento. Como es el del ejemplo que acompaño;

*Me habéis robado la ilusión.  
Me habéis robado la esperanza.  
Me habéis metido en ésta prisión,  
y ahora busco venganza.*

Sobre el aspecto que tratamos, considero muy gráfico el siguiente dibujo que muestra a un soldado como si de un presidiario se tratase.



*Calendario realizado a modo de caricatura en la que se representa a un wisa encarcelado.*

El dibujo muestra a un soldado veterano encarcelado en una celda. Los ojos desorbitados del personaje reflejaran un estado de cierta locura y de ausencia. El hecho de utilizar la imagen de un recluso para significar la manera de verse a sí mismos, evidencia aspectos de similitud entre ambas situaciones. Entre estas similitudes destacaría como, tanto el soldado conscripto como el reo, solían adquirir esa condición en contra de su voluntad. Ambos estaban sometidos a un sistema intenso de control y coerción, y sus vidas se regían por horarios y por un control absoluto del tiempo, por lo que adoptaban una visión obsesiva sobre el mismo, unos en espera de acabar su condena, otros de licenciarse.

En ocasiones, tales apreciaciones no respondían a manifestaciones metafóricas, pues las

condiciones de vida de muchos soldados han sido en ciertas circunstancias, similares, e incluso peores que las de estos, al menos en algunas cuestiones particulares.

Resulta evidente que no todos los centros penitenciarios son iguales, y, sin duda alguna, los presos poseen unos derechos incuestionables sobre las condiciones de vida en las que les toca cumplir sus condenas. Pero de lo que en última instancia se trata en este punto, es el reproche de los soldados ante el hecho de sentirse tratado en condiciones peores y de inferioridad que las de un recluso, habida cuenta de las diferencias evidentes entre tales circunstancias. De hecho, el que los soldados se equiparasen a los reclusos<sup>60</sup>, constituye una señal de su rechazo ante su propia condición e identidad de soldado.

Por otra parte, quiero señalar que cuando existían los calabozos en las unidades, la experiencia vivida por cualquier soldado arrestado en ellos podría considerarse similar, cuando no peor, a la de cualquier preso común. Añadiendo al respecto, el hecho de que muchos soldados fueron recluidos en los calabozos por faltas y circunstancias que serían desestimadas en el ámbito civil como motivo de sanción.

### *1.7-2- La mili como estado onírico*

Otra de las valoraciones interesantes sobre la manera en que los soldados definían su experiencia en la mili, estaba vinculada a la imposición y eliminación de la personalidad e individualidad de los sujetos, lo que les hace concebir su experiencia como si de un estado marginal, e irreal, se tratará. Muchos referían esta sensación equiparando el tiempo de la mili como si se tratase de un mal sueño. Estas sensaciones eran compartidas por un amplio sector de la tropa, aunque usasen distintas maneras para expresarla. Un soldado andaluz me transmitía dicha sensación en los siguientes términos: *La mili, y en especial el campamento, han sido un punto en blanco de mi vida.*

Otro soldado me señalaba: *Durante el tiempo que estoy en el acuartelamiento, me siento incomunicado, y siento que todo esto es un mundo distinto al real.* O las de otro soldado que me comentaba al respecto, que en muchas ocasiones se sentía un tanto extraño y despistado ante determinados hechos que experimentaba en el cuartel y a los que no daba crédito. Y cómo, cuando existía un momento de cierta tranquilidad se ponía a pensar sobre su situación, y buscando en su mente intentaba entender cómo narices había llegado a estar

---

<sup>60</sup> Aunque ciertamente exista una similitud entre el mundo cuartelero y el mundo presidiario, lo que ha sido ampliamente tratado por diferentes autores. Especialmente por aquellos que han trabajado sobre las instituciones totales, como Goffman y Foucault, que se erigen como referentes paradigmático de este tratamiento. A pesar de lo cual somos conscientes de que la figura e imagen del soldado de reemplazo, y la del presidiario, no responden a una misma categoría social, ni cultural, al menos por lo que a la opinión pública y al orden social actual se refiere.

vestido de caqui y con un arma en las manos sin saber realmente para qué estaba allí, y sin que nadie se lo hubiese explicado realmente.

La percepción de la vida militar como si de un sueño se tratara, no está asociada a una época ni contexto o ejército determinado, pues parece extensiva a otros contextos y momentos. Citaré como ejemplo algunas consideraciones del ya referido trabajo de Marión Hargrove (1944:25), en el que uno de los personajes de su relato, tras una conversación con un compañero sobre lo agitado del día declaraba; *¡Así es! -corroboró-. ¡Qué día!, ¡Y qué lugar!, ¡Y qué vida!, ¡Me parece estar soñando con los ojos abiertos!.*

Esta particular situación y sensación de estar “al margen” de estar viviendo una experiencia irreal, les permitía considerarla como algo carnavalesco, en el que podían ser un “otro” diferente y distinto al “yo” que se les negaba. Tal percepción respondía al hecho de que durante la mili se apartaba al sujeto de su realidad cotidiana, o más concretamente de la calificada por Berger y Luckmann (1995:38-39) como *realidad por excelencia*. Con lo que su nueva experiencia suponía entrar en una de las múltiples realidades en que se constituyen la realidad social. Por ello, el servicio militar hacía surgir un “otro oculto”, desconocido para ellos hasta ese momento. Un factor que incidía especialmente en esta manera de ver la realidad era el de aceptar, aunque fuera inconscientemente, que durante tal periodo no existía riesgo alguno por concebir dicha etapa como un sueño y como una especie de juego. Muchos soldados sentían que se podía “jugar a todo”, a sabiendas que un día acabaría, y “despertarían” para volver a la realidad.

Tal hecho, justificaba, al menos en parte, la costumbre de muchos de los jóvenes de hacerse fotografías durante su estancia en el servicio militar para poder, a través de ellas, objetivar su experiencia.

En todo caso, quiero destacar que las críticas que hacían los soldados contra la mili no iban dirigidas a meras abstracciones, sino que se estructuraban como sentimientos particulares y concretos, evidenciando con ellas lo que habían sido sensaciones y, en última instancia, “realidades” vividas por los propios individuos. Estos jóvenes rechazaban la idea de servicio vinculado a una obligatoriedad y a un “deber hacer” impuesto. Pero no lo hacían únicamente sobre la base de unos valores o sentimientos previos a su experiencia militar<sup>61</sup> que pudieran funcionar a modo de prejuicios, pues, en

---

<sup>61</sup> Este hecho lo afirma como una realidad Víctor Pérez Díaz, pues considera que lo que destaca en la sociedad actual, referida a los procesos de integración social, y a los demás ámbitos de la vida, es el carácter de voluntariedad que el individuo exige y demanda para hacer y participar en los hechos sociales de todo tipo, por contraposición al de obligatoriedad, que caracterizaba otros momentos. Expuesto en una mesa redonda titulada “Ciudadanos y soldados: profesionalidad militar y conciencia de defensa”, durante unas jornadas curso realizadas por el Instituto Universitario,

muchos casos, estas valoraciones se veían incrementadas por la manera en que se desarrollaban y estructuraban sus actividades en el ámbito militar.

Después de estas observaciones sobre las distintas formas en que sentían los soldados su servicio militar, considero adecuado añadir otros datos sobre cómo percibían esa experiencia vital, y sobre cómo expresaban algunas de sus contradicciones personales dentro de las limitaciones que les imponía la vida cuartelera. Para ello desarrollaré lo que he decidido titular como interioridades de la mili, lo que expondré a continuación.

### *1.7-3- Interioridades de la mili.*

El origen de este apartado dentro de la tesis surgió como consecuencia de unas circunstancias que considero merece la pena señalar. El caso es que estando realizando mis estudios en la asignatura de Antropología Visual, me planteé la posibilidad de hacer un trabajo en la que el tema estuviese vinculado al mundo del soldado de reemplazo. Quería captar y transmitir la manera en que éstos mostraban sus referentes personales en un ámbito en el que les eran obliterados. En dicho trabajo se hacía necesario el uso de medios audiovisuales, siguiendo los principios de esta rama de la antropología, donde se configuran como un inestimable apoyo a la observación participante<sup>62</sup>. Yo opté por la fotografía como medio para recopilar y plasmar a través de imágenes lo que suponía que constituía el aspecto particular y personal de los diferentes actores, por lo que concebí el trabajo como una búsqueda de las “interioridades” de los soldados. Consideré que una buena estrategia consistiría en buscar los referentes simbólicos más recónditos que pudieran poseer dichos soldados en un contexto en el que la intimidad y la individualidad estaban supeditadas a la unidad y al grupo.

Decidí que sería interesante buscar en los lugares más personales, por considerar que en estos se manifestarían elementos diversos, que atendiendo a la personalidad y las características de cada sujeto, le permitían recordar sus referentes más íntimos, en oposición, o como compensación, a los militares. Con ello consideré que podría obtener una visión más amplia sobre los referentes que los soldados manejaban en su cotidianidad dentro del cuartel, pues en tales contextos podría encontrar aspectos informales, con los que complementaría los aspectos formales que me eran de más fácil acceso.

---

General Gutiérrez Mellado, entre los días 12 y 13 de noviembre de 1997. Sobre este tema también podemos considerar las declaraciones del profesor Lain Entralgo realizadas como consecuencia del Seminario sobre el Nuevo estilo de Mando, al plantear como la disciplina se enfrenta a una creciente autonomía personal, que reclama más derechos que deberes.

<sup>62</sup> Metodología aceptada como método de investigación por excelencia de la actividad profesional del antropólogo, como señala Lisón Arcal (1988: 169-185)



En el desarrollo del citado trabajo pude observar cómo en las manifestaciones de los soldados predominaban los referentes que señalaban su status dentro del grupo de la tropa, para lo que recurrían a todo tipo de procedimientos y fórmulas que les permitiesen destacar su grado de veteranía. Entre estos predominaban los que hacían uso de señas y signos que definían ese aspecto temporal, compuestos por un variado espectro de elementos como marcas, objetos, formas y maneras de comportarse, recursos conceptuales, el uso de un argot especial, etc. e incluso un sistema de restricciones informales impuestas a los soldados de otros grupos sobre el uso de determinadas acciones y manifestaciones externas. Dentro de éstas manifestaciones destacaría el recurso frecuente a dibujos y caricaturas en los que quedaban plasmados su status dentro del grupo de los soldados, pero que poseían un valor añadido, pues servían a la vez como medio para desdramatizar su experiencia y su condición.

Estas caricaturas y dibujos constituían un elemento destacado en la cultura de la tropa, y jugaban un papel relevante en la configuración del universo simbólico del soldado y en la configuración de su identidad.

De hecho, el carácter informal y cómico<sup>63</sup>, junto a la tolerancia de los mandos para con ellos, les otorgaban la particularidad que les hacía especialmente adecuados como mecanismos de expresión alternativa a los mecanismos más formales o censurables, como los establecidos en los códigos escritos o literarios, e incluso los usados en la transmisión oral, por lo que los dibujos y caricaturas acaban asumiendo tales papeles. Por ello acababa estableciéndose toda una tradición en torno a la elaboración y difusión de los mismos, que servían como referentes y elementos de transmisión de dicha subcultura. Lo que se evidencia en la gran proliferación y difusión que este tipo de dibujos tenía entre los soldados, y en su existencia y difusión en los cuarteles, donde se manejan con total libertad, pues incluso adornaban determinados lugares claramente visibles para los mandos. Esta libertad y tolerancia en el uso de los mismos, se debe, en gran medida, al hecho de que eran percibidos por los mandos como aspectos anecdóticos, que veían como “simples caricaturas”, por lo que no solían darle mayor importancia.

En todo caso, lo normal era que al ver estas expresiones gráficas, los mandos los interpretasen desde los propios referentes de su estructura cognitiva y de su lógica analítica, la cual está amparada en el ámbito de la cultura social en la que estaban adscritos,

---

<sup>63</sup>Las caricaturas, como los cómics, constituyen un medio de comunicación verboicónica desarrollado a través de una paulatina <<institución de 2ª>>, entendiendo que dicha institución de códigos está determinada por la cultura en la que se realiza. Lo que señala Roman Gubern (1981) al analizar algunos aspectos del cómic.

es decir la de la sociedad civil. Es por ello que, aunque en una caricatura apareciese una crítica o una ridiculización de algún mando, o de un empleo militar, incluso de algún signo representativo de la institución, lo normal era que los mandos no lo interpretasen como una crítica contra ellos, ni contra la institución.

Debemos aceptar, no obstante, el importante papel que en el mismo sentido desarrollaban determinados complementos literarios, realizados normalmente a modo de chistes<sup>64</sup>, dichos, y similares. La importancia de tales manifestaciones queda corroborada por los autores que han tratado el papel que juegan las manifestaciones metafóricas en la ordenación de la realidad, y sobre el modo en que percibimos, pensamos y actuamos. Éstos señalan cómo el uso cotidiano de algunas metáforas hace que las percibamos como realidades en sí mismas, y no como tales metáforas. Entre estos autores citaré a J. Fernández (1974:119-133), y a Lakoff y Johnson (1986).

Considero que este tipo de expresión constituye una fuente de información de gran valor etnográfico, en la medida en que es una fórmula más de expresión de los actores.

Los motivos utilizados en estos dibujos reproducían en muchos casos elementos y personajes de la cultura juvenil a la que pertenecen sus autores, pues, en definitiva eran parte de su vida<sup>65</sup>. No resulta extraño encontrar dibujos del conejo Buggs Bunny de la Warner Bros Company vestido de uniforme de faena, o al perrito Snoopy de Charles M. Schulz ataviado con un casco, mochila de combate y portando una bandera española. También podíamos encontrar cualquier motivo relacionado con figuras de moda, como los personajes informes que manifestaban mensajes de modo telegráfico con variaciones lingüísticas, del tipo (*toi contento*), o su adaptación para la mili (*toi en la mili*).

Debo añadir que la costumbre de realizar chistes y chanzas en forma de dibujos, y otro tipo de composiciones literarias, no sólo no eran mal vistos por los mandos, sino que la propia institución ha fomentado tradicionalmente su uso y divulgación. Aunque, claro está, pretendían que no atentasen contra determinados valores y elementos militares, labor harto difícil, como cualquier buen humorista sabe, pues la distinción entre el buen y mal profesional de estas lides es la capacidad para hacer una caricatura o una chanza, con la suficiente sutileza como para reflejar algún aspecto crítico de tal o cual persona o institución, pero sin que la censura la considere impropio.

Dicho posicionamiento institucional lo podemos encontrar en algunas publicaciones,

---

<sup>64</sup> Respecto a la producción de chistes sobre la mili y sobre el entorno militar citaré a Díaz Valles, Eduardo J. (1990a), y (1990b). Otro referente más moderno donde encontrar esta producción, serían algunas páginas de Internet que tratan temas cómicos, entre las que suele haber un apartado dedicado a chistes militares.

tanto actuales como antiguas, en las que podemos encontrar dibujos y comentarios de esta guisa realizados por algunos mandos. Incluso podemos constatar el apoyo institucional en la difusión de estas producciones en algunas normativas, donde se regula la conveniencia de tales prácticas. La norma en cuestión regulaba la obligación de elaborar lo que se denominaba “periódico mural”, dentro de las actividades relacionadas con el recreo y ocio de la tropa. Tal normativa la recoge Bogas (1970:151) de la siguiente manera:

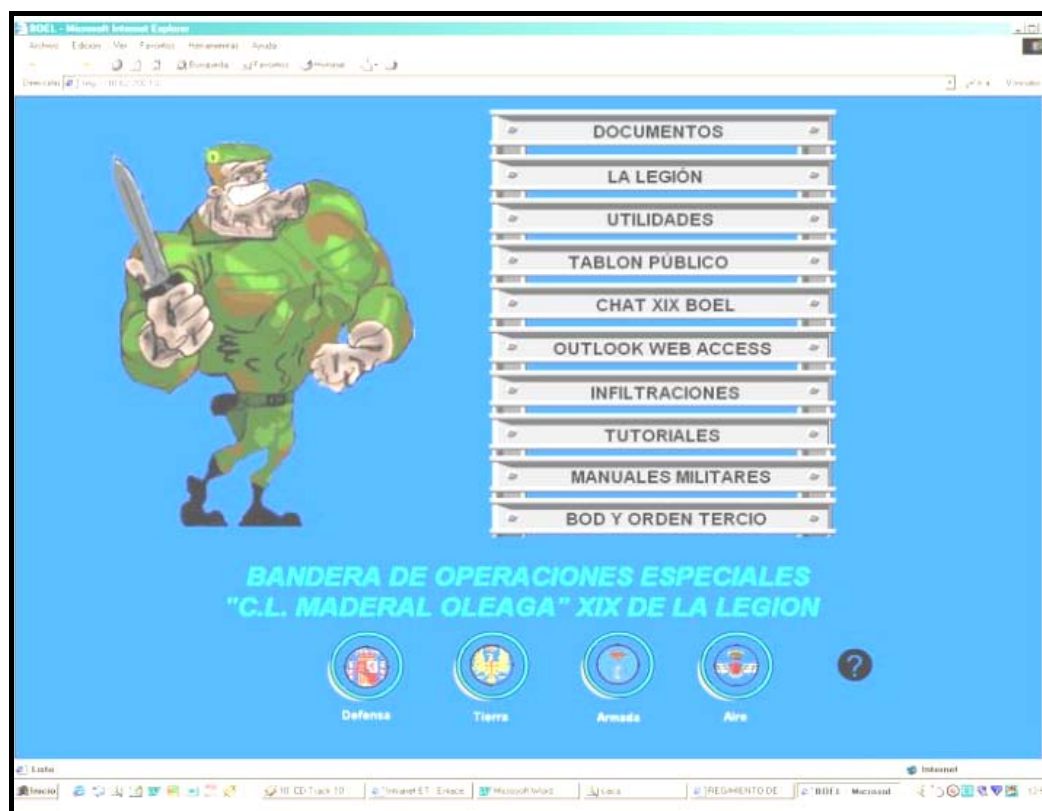
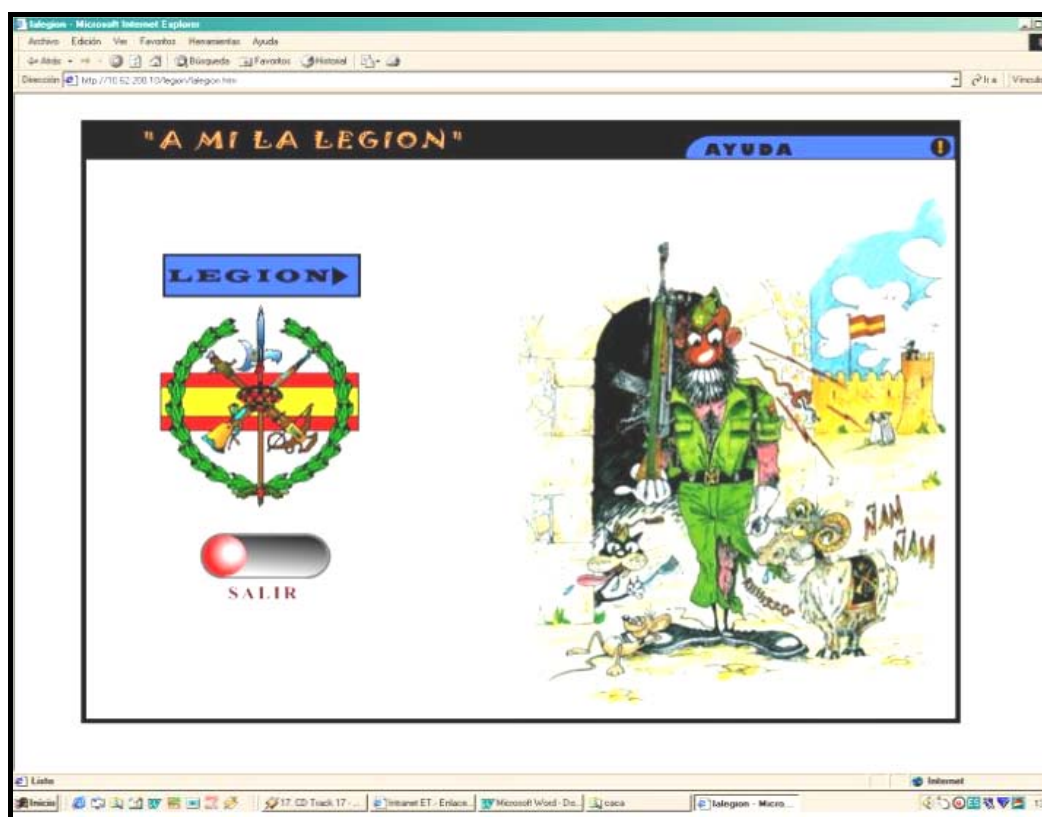
*Entre los artículos y fotografías se intercalarán máximas morales y citas históricas, figurando además una Sección que, con la denominación de “Chistazos”, “Amenidades” “Comentarios”, o cualquier otra análoga, que publique chistes, anécdotas o sucedidos que reflejen hechos de la vida interna del Cuartel, todo ello dentro de la moralidad y buen gusto debidos.*

Esta normativa está amparada en la idea de que tales actividades contribuían a combatir el malestar de la tropa, o lo que usando una terminología más técnica pudiera considerarse como el “estrés cuartelero”, y servían para mantener alta la moral, al permitir focalizar algunas tensiones a través de mecanismos de carácter humorístico. En todo caso, la actitud institucional responde también a una manera de intentar controlar lo que se sabía inevitable, es decir el hecho mismo de la chanza y el chiste sobre lo militar y sobre la milicia, que desde antiguo han formado parte intrínseca de la cultura cuartelera. El que sea así responde a una de las funciones fundamentales del chiste y la chanza, la de servir como fórmulas informales para enfrentarse simbólicamente a las estructuras formales, las cuales destacan por su omnipresencia en la institución militar, de ahí que se constituyesen en práctica habitual entre la tropa.

Sobre el particular señalaré que, con la incidencia de Internet tales aspectos no han perdido vigencia, sino más bien al contrario. De hecho, algunas de las páginas oficiales de determinadas unidades muestran imágenes en forma de caricatura. Un caso lo podemos encontrar en la página web de enero de 2002 de la Legión, en la que se representa en una garita a un legionario enojado mientras la mascota, -una cabra-, se está comiendo sus pantalones sin que él pueda hacer nada por hallarse “de plantón”. La Bandera de Operaciones Especiales del tercio también recurre en su página principal a la figura de un fornido soldado con un machete en la mano. En este caso reproduce a un personaje, de amplias espaldas, gran mentón, y una cintura y piernas desproporcionadas, con un tamaño muy reducido del resto del cuerpo, aspecto que se utiliza para representar a muchos personajes de determinados dibujos animados o del cómic.

---

<sup>65</sup> Hecho que recogen con detalle Morant y Peñarroya (1999).



Las dos imágenes anteriores pertenecen a presentaciones de gestión de la página Web de la Legión. (año 2002)

Por otra parte, el tema de lo militar en general, y del servicio militar en particular, han sido focos de inspiración por humoristas desde las más diversas perspectivas. Como es el caso de Ramón Tosas, que firmaba con el alias de “Ivá”, quién a través de los años trató todo tipo de circunstancias y aspectos de la mili en las viñetas de *Historias de la puta mili*, que se iniciaran hace años en la revista “El Jueves”, y cuya aceptación hizo que se realizase una edición “especializada” dedicada en exclusiva a la mili titulada precisamente *Puta mili*. Esta no se edita en la actualidad<sup>66</sup>, pero su autor Ivá, hizo algunas aportaciones esporádicas de su sagaz crítica hasta su muerte, como puede constatarse en el ejemplar del jueves correspondiente al número 1187 de febrero del año 2000, donde confirma sus propias valoraciones respecto a permanencia de los tópicos y estereotipos que caracterizan a la mili en nuestro país. Lo que ha permitido explotar dicho tema mientras ha durado la mili, tal y como manifestara en la página 10 del número citado de la revista en el que el entrevistador le hacía la siguiente pregunta; *Se puede decir que usted vive gracias a los chorizos y el ardor guerrero. Respecto a éste último, ¿la puta mili es una fuente inagotable de inspiración?.* A la que Ivá respondía; *Coño, claro. Cómo siguen yendo las cosas en este país es una fuente de puta madre. Además, aunque hayan cambiado cosas, los tópicos y arquetipos en la mili siguen siendo los mismos: un sentido estúpido del honor, machismo, huevos, el enemigo en abstracto, el escaqueo, etc. Y como es una putada por donde pasan muchos españolitos, siempre hay batallitas que contar y donde identificarse.*

Este particular autor desarrolló un particular sarcasmo para con la mili, cómo él mismo afirmaba haciendo uso de los propios esquemas castrenses para con tal institución y sus bondades, al declarar en tono jocosos: *La mili es lo mejor que te puede pasar en la vida. Una experiencia inolvidable. Algo sublime que raya la experiencia mística. Un periodo vital, trascendente, profundamente provechoso para el futuro profesional, al menos el mío.*

Parece claro que en sus declaraciones Ivá juega con la sutileza y el sarcasmo como nadie, la mili que recuerda no le resultó para nada grata ni provechosa, pero la explotación del tema de la mili como humorista especializado le ha otorgado un renombre que difícilmente habría conseguido sin dicha fuente de inspiración. También podemos encontrar otro humorista que ha sabido realizar una crítica sutil, disfrutando incluso del beneplácito de algunos sectores de los militares. Me refiero a Gila, incuestionable maestro del humor sobre la milicia, que ha explotado como nadie este tema, -en una actuación de

---

<sup>66</sup> Respecto a lo dicho debo aclarar que la revista el Jueves tiene una página web ([www.eljueves.es](http://www.eljueves.es)) en la que hay un

finales del año 1999 hacía alusión clara al servicio militar obligatorio.

Después de este paréntesis en el que he referido sobre alguno de los elementos utilizados por los soldados como soportes, o mecanismos, para manifestar su particular manera de ver las cosas, continuo señalando algunos de los planteamientos que me hice al realizar el trabajo de antropología visual que cite al principio del presente apartado. El caso es que en el momento de reflexión, al que me he referido inicialmente, concluí que el lugar idóneo para encontrar esas “interioridades” era el de las taquillas de los soldados, y por extensión los espacios en los que se movían y que aparentemente no estaban vinculados a las actividades específicamente castrenses, si se puede considerar que dentro de un recinto militar exista espacio alguno que se pueda considerar totalmente desvinculado de lo militar.

Siguiendo estos principios desarrollé un pequeño trabajo documental, siendo consciente de la dificultad que entrañaría el acceder a dichos espacios de manera informal, y también me planteaba si mi propia condición militar supondría más un inconveniente que una ventaja para la realización del trabajo, debido sobre todo al problema epistemológico que ello conllevaba, pero que resolví finalmente de la forma que argumenté en la introducción general de la tesis.

El caso es que pude acceder a algunos de esos espacios, para lo cual recurrí al conocimiento que poseía sobre la manera de pensar del soldado, adquirido a través de mi propia experiencia como suboficial y como soldado. Pero también, gracias al desarrollo de una actitud expectante y curiosa que había adquirido durante los años de estudios en la universidad. Todo lo cual me permitió abordar los temas que verdaderamente me interesaban a través de cuestiones y preguntas iniciales que planteaba a mis interlocutores sobre aspectos intrascendentes, y que hacía desembocar en otros aspectos más complejos y de interés para mi trabajo, adaptándome en todo momento a las circunstancias y buscando ganar la confianza de los informantes, según el caso.

Con ello pude comprobar, en primera persona, cómo el supuesto según el cual algunos argumentan que el antropólogo posee una posición de privilegio o una visión absoluta de los hechos solía caerse por tierra cuando se aborda el trabajo propiamente dicho. En este sentido reafirmo los planteamientos que sobre el trabajo de campo hace Rabinow (1992: 141-150), que son igualmente confirmados de manera excepcional por María Cátedra en el prologo que hace de la citada obra en la edición española, y en especial los que se refieren

---

espacio dedicado precisamente a las *historias de la puta mili*, que sigue vigente (consultada septiembre 2004).

al carácter Intersubjetivo que caracteriza la interacción interpersonal entre informante y antropólogo durante el proceso de recopilación de la información. A lo que hay que añadir el hecho de, como señala igualmente Rabinow, el propósito de actuar como un científico, en el que la neutralidad parece ser el principio fundamental, no deja de ser en el mayor de los casos, básicamente eso mismo, es decir, un propósito.

En condiciones más difíciles y adversas en las que quería abordar algún aspecto que pudiera considerar comprometedor para el soldado, o que por la premura de tiempo no podía dedicar un tiempo previo para romper el hielo inicial de forma progresiva, recurría a algún soldado conocido, que manifestaba confianza hacia mí, para que me introdujese en el grupo o contexto que quería analizar.

Debo decir que estas técnicas y fórmulas de abordar a los informantes las he mantenido y perfeccionado progresivamente, lo que me ha permitido seguir investigando y observando a los actores y a su entorno en las más diversas situaciones y contextos. Con ellas he podido suplir algunos factores que actuaban como dificultades añadidas para realizar mi trabajo.

De todas formas, lo que sí pude registrar en aquellos momentos iniciales, fue la manera en que los soldados de reemplazo, -y en otros contextos también los soldados profesionales-, distribuían sus objetos y referentes personales en los lugares y contextos espaciales que les eran asignados para guardar sus enseres y equipo. Quiero destacar que las costumbres y procedimientos que recogí en su momento han seguido vigentes durante estos últimos años.

La manera en que los soldados de reemplazo distribuían sus enseres, y el uso de elementos ornamentales, como los signos y señas ya referidos, le permitía a cada cual manifestar ante los demás, y especialmente para con ellos mismos, su propia individualidad, su “yo”, o mejor dicho su “otro yo”, e intentar mantener un vínculo permanente con su universo “civil” y con su individualidad, aunque sólo fuese en un plano simbólico. Desde la institución formal se tendía en todo momento y lugar a desposeer a los soldados del principio de propiedad, por tratarse ésta de una noción moderna vinculada al individuo, tal y como lo plantea Dumont (1989: 27), y por tanto contraria a la filosofía institucional militar, que concibe al individuo como un ente integrado en la unidad, y en ningún caso como algo escindido de ésta.

Según esa filosofía institucional, el individuo no tiene entidad por sí mismo, por lo que tanto su persona como sus pertenencias son parte del todo que constituye la unidad militar. Así, se origina una particular estructura de organización que actúa en el ámbito cognitivo,

de manera que el sujeto “está” en la unidad, “es” en la unidad, mientras forma parte de la misma, por lo que las que pudieran considerarse sus cosas, dejan de ser del individuo y pasan a ser “de”, y “en” la propia unidad.

Lo dicho se hace extensivo a todos los miembros de las FAS, pero en la realidad afecta especialmente al soldado. De hecho, el soldado raso, por no tener no tiene ni graduación, sus miembros no son sujetos, no son seres en sí mismos, pues sólo son en tanto que pertenecen al ámbito militar. Mientras está en el ejército, el joven es, desde el punto de vista institucional, sólo y exclusivamente eso, un soldado. Aunque hay que tener en cuenta que en el ámbito militar, el “ser” está determinado en la relación entre las partes que constituyen la institución, es decir, en el grupo y status que constituye el ente militar. Así, por ejemplo, el capitán lo es en la propia relación de aquellos a los que manda y aquellos a los que obedece, y sólo en ésta relación tiene sentido dicha condición y empleo. Por lo que puede decirse que, en este sentido, se cumple el planteamiento de Dumont (1974: 24, 29), quien en la página veintinueve señala de forma clara y concreta este hecho: [...] *el soldado no tiene relación con los demás militares, sino que es parte de la misma relación*. Por lo que, en el ejército, como ocurre en cualquier organización compleja, no se es hombre, sino que se es soldado, o sacerdote, o príncipe, o servidor, según el caso.

Siguiendo con las consideraciones sobre las “interioridades” del soldado, señalaré que en el soldado se podía apreciar un deseo permanente por ordenar y organizar los espacios que le eran asignados para guardar los enseres y equipo, según sus gustos e inquietudes personales. Pero, en los acuartelamientos, tal espacio quedaba reducido básicamente a las taquillas, y por extensión en unidades con mejores instalaciones, y únicamente a partir de ciertos años, se podía manifestar este deseo para con los locales que se les asignaban para dormir y vivir, cuando estos se distribuían a modo de camaretas. Aunque tal posibilidad dependía en última instancia del grado de tolerancia de los respectivos mandos.

Quiero señalar que tal proceder se manifiesta allí donde va el soldado. Como muestra de ello, junto a las fotografías de los interiores de algunas de las taquillas con las que ilustraré lo hasta ahora señalado, intercalaré algunas fotografías de camaretas y dormitorios de soldados emplazados en Bosnia Herzegovina<sup>67</sup>, pues considero que contribuyen a confirmar las teorías señaladas sobre el uso del espacio personal del individuo.

Respecto al trabajo que cité al principio para la asignatura de Antropología Visual, debo decir que tuve bastante suerte, pues en la unidad en la que me centré no eran muy rigurosos

---

<sup>67</sup> Quiero aclarar que no todas corresponden a soldados de reemplazo, aunque algunas sí, en especial a soldados de un



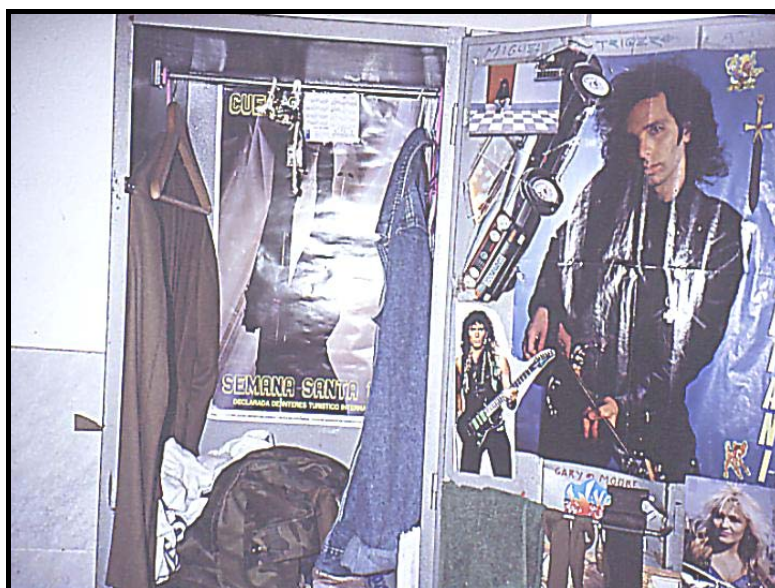
y los soldados ordenaban sus taquillas según sus propios criterios. Pude observar cómo las diferencias más evidentes se manifestaban a través del uso de referentes personales de lo más variados, vinculados a diversos elementos, relacionados con elementos tanto de carácter sentimental, como lúdicos, emotivos, religiosos, e incluso de carácter erótico y pornográfico, como veremos.

Sobre este particular destacaría, cómo al darse cita referentes y símbolos tan diversos en tan pequeño espacio, hacía que las imágenes se mezclasen en un sin fin de aparentes contradicciones, pero que realmente no resultan incongruentes en dicho contexto. De hecho, tal confluencia forma parte de la condición humana y la cultura en la que estamos adscritos, por lo que al no disponer de espacios y lugares especiales y separados para cada una de ellas, el soldado se veía obligado a unir en un mismo escenario, símbolos que denotan sus pasiones terrenales, junto a otros más ascéticos y sagrados.

Así, por ejemplo, no resultaba extraño el encontrarse en estos lugares la fotografía de la novia “formal”, o la de algún familiar, -normalmente la madre-, junto a alguna fotografía o póster en la que aparecen exuberantes mujeres, parcial o totalmente desnudas y fotografiadas desde todos los planos imaginables. La siguiente fotografía puede servir como muestra de lo dicho.



*Fotografía de taquilla en la que se pueden apreciar distintos motivos; se observan fotografías de la novia o amiga, junto a escenas de caza mayor, también se aprecian un camión y una foto de un vehículo todo terreno, todo ello rodeado de un sinfín de chicas desnudas.*



*Taquilla con un póster de semana santa, junto a algún representante de la música heavy. También se observa en la parte superior izquierda de la puerta de la taquilla una fotografía de una muchacha sentada en la puerta de una casa, la que presumiblemente podría ser la novia del soldado.*



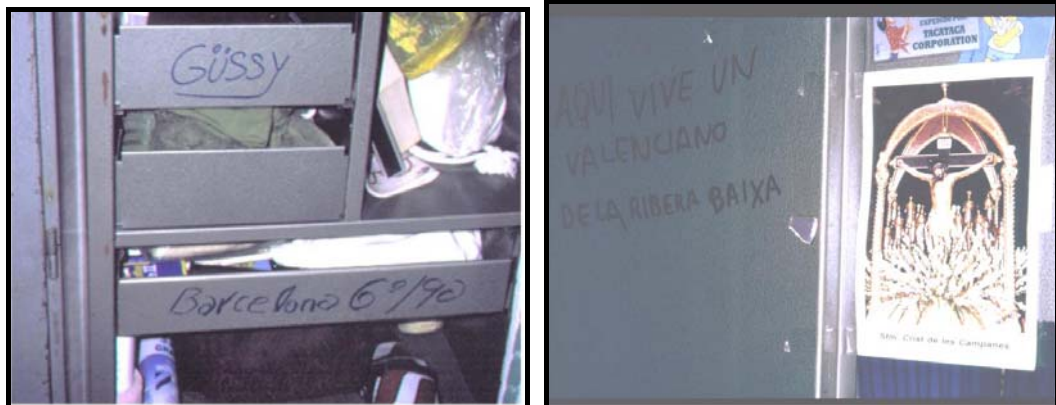
*Conjunto en el que se ven dos postales con motivos religiosos a la derecha, en el centro de la foto se aprecia dos pequeñas fotografías de una joven, probablemente la novia, y a la izquierda y debajo de la estantería se ven algunas páginas de la revista Playboy.*

Con todo ello se manifiesta como en estas circunstancias se daba una confluencia de lo particular, de lo íntimo, incluso de lo sagrado, junto a referencias de lo que, en el ámbito de la moral y la religión, se calificaría como mundano y pecaminoso. Constituyendo de este modo cada uno de esos recónditos e íntimos lugares una representación metafórica de las más profundas emociones y sentimientos de cada sujetos. Esto es posible, gracias a la capacidad integradora y conciliadora de contrarios que poseen las representaciones



metafóricas.

Las pintadas en las que se señala el reemplazo y el lugar de procedencia también eran harto frecuentes en las taquillas de los soldados. Muestro algunos ejemplos.



Los aficionados a la música, o al cine, también solían manifestarlo a través de algún póster o fotografías de sus ídolos.



*Muestras de soldados amantes de la música y del cine.*



*Taquillas de soldados de reemplazo que me mostraron orgullosos su pequeña intimidad. Ambos tienen un calendario en la puerta. El de la izquierda adorna su taquilla con una foto de Bob Marley, y en la parte superior un póster en blanco y negro con las caderas de una joven. Su compañero presenta más diversidad de motivos, un vehículo, chicas desnudas, un póster del grupo musical Iron Maiden, y el logotipo de los Rolling Stones. Estas imágenes muestran claramente las diferencias entre ambos sujetos, a pesar de que fuera de ese espacio se tuviesen que mostrar como idénticos, en tanto que soldados.*

En muchos casos, encontramos motivos deportivos.



*Imagen de la izquierda muestra una bufanda del club de Fútbol de Córdoba. Y en la derecha una pancarta del Real Madrid. Ambas fueron recogidas en Bosnia.*

Los referentes de los lugares de origen también eran habituales en estos variopintos colages.



*Foto de taquilla en la que se observan postales de la costa. La de la derecha es de un póster de León, en este caso colocado por un soldado en su camareta en Bosnia.*

Por razones obvias, se puede decir que en los casos en los que aparecen referentes sobre lugares de carácter geográfico, se trataba mayoritariamente de soldados que prestaban su servicio en lugares distantes a sus lugares de origen, resultando especialmente destacados en algunos casos. Como entre aquellos que eran destinados a regiones o lugares muy lejanos de sus casas, o en los que la posibilidad de desplazarse a éstas resultaba especialmente compleja. También era frecuente en circunstancias en las que los destinos encerraban algún tipo de riesgo o complejidad añadida, como los ubicados fuera de la Península, o cuando participaban en acciones en lugares donde se producía algún tipo de conflicto bélico. Ésta costumbre de tener “a la vista” referentes de los lugares de origen, es una constante en el ser humano cuando se encuentra separado de los mismos, pues le ayuda a recordarlos, con lo que suaviza el desánimo que produce la separación de los lugares y las personas a las que añora, y que genera una sensación de nostalgia.

Este fenómeno suele relacionarse con la figura del emigrante, pero también está asociado con el soldado, como se puede apreciar a través de la historia militar. Esto se puede constatar en las tropas que se encuentran realizando misiones en Bosnia–Herzegovina<sup>68</sup>, donde las manifestaciones y referentes sobre sus respectivos lugares de procedencia son una constante. Este tipo de manifestaciones ha sido habitual en los

---

<sup>68</sup> Una fotografía del libro de Carlos de Andrés (2001: 157) muestra una señal de orientación y dirección, ubicada en la ciudad de Mostar, en la que se superponen diversas señales con referencias de ciudades y pueblos españoles, como los de; Gijón, Oviedo, Valladolid, Peñaranda 3.205 Km, Medina del Campo, etc., la cual constituye un buen ejemplo de este tipo de señales, con las que se significa la añoranza de los respectivos lugares de origen de los soldados allí desplazados.



acuartelamientos y bases, y de manera destacada entre las tropas destacadas en el extranjero. Lo que he podido apreciar personalmente en Bosnia-Herzegovina.

Las siguientes fotografías son muestra de ello.



*Detalle del rotulo con el que se señala un lugar de reposo del emplazamiento español en Mostar (Bosnia-Herzegovina) en el año 95. En el rotulo se lee; “Glorieta Astur Coruñesa”, al pertenecer a la agrupación Galicia, compuesta por unidades de Asturias y de Galicia.*



*En este caso se trata de un bungaló de la unidad de transmisiones allí emplazada. El origen madrileño de sus ocupantes queda reseñado por la chapa de calles perteneciente a la “Puerta de Alcalá” de las utilizadas para señalar las calles en las ciudades.*



*En esta ocasión presento otros lugares de la agrupación citada. La placa que aparece en esta ocasión en la fotografía de la izquierda pone; “Plaza de Orense”. En la imagen de la derecha la placa se refiere a la plaza de Uria. Ambas fueron realizadas en Bosnia en el año 1995.*

Otra práctica habitual era, y sigue siendo, la de elaborar algún tipo de indicadores de los que se realizan por tráfico para señalar la dirección a las ciudades y poblaciones. La siguiente fotografía muestra a un suboficial en una de esas indicaciones, pertenece a una de las unidades emplazadas en Irak durante el año 2004, refieren la añoranza de la tierra de quienes la elaboraron, pues vemos señaladas ciudades como Córdoba, Lugo, Badajoz y Albacete, y algunos pueblos, como Don Benito, o Villanueva de la Serena.



Además de las referencias geográficas también eran frecuentes las fotografías de vehículos lujosos y las motocicletas de gran cilindrada en algunas taquillas. Hay que señalar que estos símbolos y elementos son propios y comunes entre la juventud en general, pues no resulta extraño que los jóvenes los tengan como adornos en sus habitaciones en sus respectivas casas, donde constituyen el lugar privado por excelencia en el que pueden dar rienda suelta a los propios sueños y ser el individuo diferenciado que uno desea.

En cualquier caso, debo aclarar que tales necesidades adquirirían una particular dimensión en la mili, y en la vida militar en general, por lo que no era de extrañar que los soldados buscaran manifestar en todas las dimensiones posibles su individualidad en el pequeño espacio que les otorgaba su taquilla.

Quizá los referentes que sí podrían diferenciar a los soldados del resto de los jóvenes eran los relacionados con temas castrenses. Normalmente consistían en símbolos de la unidad, o pegatinas de las FAS, fotografías de vehículos o equipos de combate, etc., lo que era más usual en las unidades más aguerridas o especiales.

El motivo más frecuente entre los fogosos soldados de reemplazo era el de las mujeres, lo cual parece bastante natural dada la edad de los mismos y las circunstancias que les envolvían. En ocasiones he encontrado espacios que reflejaban la obsesión por el tema de sus propietarios, como se puede observar en las siguientes imágenes.



*Interior de una taquilla con páginas de revistas eróticas.*





*Paredes de una camareta prácticamente empapelada con recortes de revistas pornográficas y otros motivos, una anuncio de Coca Cola, un calendario del año 1995 de vehículos, algunas fotografías de animales, un tejón a la derecha, unos pingüinos a la izquierda. Lo cual denota una vez más el carácter juvenil de sus propietarios.*

Destacan también todo tipo de dibujos y caricaturas, y los peculiares calendarios con los que controlaban los días que le quedaban de mili<sup>69</sup>. Algunos elaboraban complejas combinaciones a bases de signos y utensilios para tal fin, lo que constituía toda una expresión cultural basada en una peculiar imaginaria.

Lo relevante de lo expuesto hasta ahora era la manera en que los diferentes símbolos se conjugaban, y el hecho de que, referentes que en otras condiciones aparecerían separados, aquí aparecían aglutinados y exhibiéndose de una manera que podría resultar provocativa, como si aflorasen desde la interioridad del sujeto para reivindicar su propia individualidad, manifestándose a sí mismos su verdadera condición<sup>70</sup>. De forma que, lo que en el ámbito civil, y en general en lo que se vendría a calificar como entorno “normal”, parecería como incongruente y contrario a la norma, aquí resultaba de lo más normal. En este caso, la especial condición del “ser soldado”, y por tanto el estar enmarcado en un estado liminar, le permitía hacer de lo incongruente, algo congruente, al menos para él y sus iguales.

<sup>69</sup> El tema de los calendarios los analizaré con detenimiento cuando trate el tema del licenciamiento.

<sup>70</sup> Este proceder se puede apreciar en instituciones de carácter similares, como las cárceles.

Una evidencia de esto se puede deducir del hecho de que en muchos centros de formación militar, y en algunas unidades existía un control exhaustivo sobre las instalaciones e incluso sobre las taquillas, en las que se llegaba a establecer un control hasta en la distribución de las prendas, así como sobre la disposición de los objetos autorizados. Esto muestra una determinación por evitar todo rasgo de individualidad e intimidad del sujeto. En algunas unidades, los mandos prohibían el uso de candados, para cerrar las taquillas, con lo que mostraban, por una parte, la supuesta honradez de todos los que vestían de uniforme, pero a la vez permitía poder revisar en cualquier momento las taquillas de sus soldados o alumnos.

El control se extendía hasta los propios objetos del individuo, de forma que “sus” cosas eran consideradas como una prolongación del sujeto, que por su condición militar no se pertenecía a sí mismo, al igual que los objetos personales y los que le habían sido asignados como el equipo, el armamento, la cama, la taquilla, etc., todo lo cual pasaba a ser parte de la institución. En caso de no estar todo en un perfecto estado de revista, le suponía al que se consideraba responsable de ello la sanción correspondiente. Es decir, al titular al que se le haya asignado el equipo y material en cuestión. Esto era así, aun cuando el sujeto a quien correspondían tales objetos o prendas pudiese demostrar que él no había sido responsable directo del desorden, o de la falta de corrección de tales objetos o prendas. Lo cual servía como un mecanismo de refuerzo y reafirmación de la idea de unidad frente a la individualidad, pues según este criterio todos debían velar por todos.

A modo de resumen, podríamos afirmar que en el contexto cuartelero se produce una ruptura de lo privado, estableciéndose una clara primacía de lo público. Aunque en este particular caso, lo público es referido a lo institucional, a lo castrense, que se expande por todas partes, penetrando incluso en los episodios intrascendentes de la vida de los sujetos que viven en el ámbito militar. De forma que, incluso en aquellos aspectos que eran percibidos por los actores como señas de su individualidad, de su identidad, y su privacidad, no dejaban de constituir una percepción ilusoria de esta privacidad. Sobre este particular podemos encontrar observaciones de interés en el texto de Mauro Wolf (1982).

Para enlazar con lo dicho hasta el momento, parece adecuado entrar en lo que pudiéramos definir como fase crítica de la identidad del sujeto sobre el que estamos trabajando, por lo que considero interesante analizar la condición liminar que caracteriza al sujeto soldado.

## II) LA FASE PREVIA A LA INCORPORACIÓN. COMIENZA EL TRÁNSITO.

Se puede decir que la mili constituye una experiencia atemporal, al ser tratada como un rito de iniciación, como señalan algunos antropólogos, entre los que se encuentra Leach (1989: 45-49, 107-110) que hace referencia explícita a la “intemporalidad social”, y la “condición anormal” de los sometidos a dicho tipo de rito, de los que destaca también la ausencia de status. Esta sensación de intemporalidad es confirmada por una expresión usada por algunos jóvenes respecto a su mili, que reza así: *Yo nunca tuve 19 años, la mili me los quitó.*

Turner (1990:103-123), (1988:101-136, 112-113), también lo trata de forma extensa, destacado el carácter ambiguo de los sujetos que se encuentran en esa situación, y cómo escapan al sistema de clasificaciones que normalmente establecen las situaciones y posiciones en el espacio cultural.

Basándome en estas argumentaciones, considero que si tuviésemos que identificar un periodo concreto dentro del servicio militar que reprodujese la mayor parte de los aspectos señalados por Turner, éste se correspondería con la fase delimitada entre la entrada en el cuartel, y el momento de jurar bandera, en el que el sujeto adquiriría su condición de soldado. Este periodo podría identificarse con el que algunos autores califican como “proceso de separación”, que constituye la primera etapa del rito de paso.

No obstante, quiero señalar que el sujeto que iba a realizar el servicio militar, era influido por el mismo bastante antes de su incorporación física en el cuartel, como demuestra el hecho de que ya antes de incorporarse a filas se les denominase usando el término de quinto. Con ello eran ya encasillados, etiquetados, identificados como unos personajes particulares, diferentes a los demás. El calificativo de quintos viene determinado por un referente militar, pues se es quinto<sup>71</sup> en tanto que se está en condición de realizar el servicio militar. Los que formaban parte de este grupo adquirirían conciencia de tal distinción, y empezaban a actuar de manera distinta a como lo habían hecho. En definitiva, empezaban a separarse de sus referentes previos y a prepararse para su futuro

---

<sup>71</sup> Como aclaración sobre el origen del término quinto referiría un artículo realizado por Busquets (1995) titulado *Servicio militar: historia y problema*. Busquets apunta que su origen etimológico responde a un criterio numérico referido a la proporción de sujetos que debían alistarse en un momento dado. Así señala; *los que tenían que incorporarse, como consecuencia del sorteo eran cada vez más (uno de cada 100, uno de cada 50, uno de cada 12, uno de cada 10, uno de cada 5, y de ahí el nombre de los quintos)*. También destacaría las consideraciones de Álvarez (2000:454-464) quien trata de forma extensa el concepto y el posible origen etimológico del mismo.

como soldados.

En cualquier caso, la mili afectaba al sujeto implicado, pero influía también a su familia, y por extensión a la comunidad. Por ello, el periodo previo a la marcha de los jóvenes constituía un cambio importante en el entorno, aunque el momento concreto de la separación fuese el más importante.

El pertenecer a ese nuevo grupo hacía que los mozos se sintieran especiales lo que era fomentado por la tradición y costumbres locales que les señalaba como sujetos prestos a convertirse en “hombres hechos y derechos”. Los padres y demás varones adultos les aleccionaban para su nueva vivencia, lo que ha sucedido mientras ha durado la mili. Sirva como ejemplo unas manifestaciones que me hicieron un grupo de soldados durante una reunión en el mes de febrero de 1999. Transcribo literalmente parte de la conversación: *Cuando un joven está presto a marchar para la mili todos los conocidos, familiares, amigos, vecinos, etc., se vuelven tremendamente paternalistas y te cuentan múltiples experiencias al respecto, dándote todo tipo de consejos y recetas para pasar la mili como ellos la pasaron, o para no pasar por lo mismo que ellos pasaron, según el caso.*

Por su parte, las madres, hermanas, y novias, -podría decirse que el conjunto de las mujeres allegadas-, les trataban con cierto cariño y tolerancia ante la separación venidera.

Uno de los aspectos que denota la trascendencia del momento en que los jóvenes partían para la mili se evidenciaba en algunas comunidades en las que se establecía una cierta correlación entre este evento y la separación de los que fallecían. Así, se atribuía a la despedida y separación del mozo una condición de muerte simbólica del joven, estableciéndose una similitud metafórica entre el hecho de la mili y la muerte, como recoge Rivas (1986:208-211). Circunstancias ambas que hacían partícipes a los vecinos en celebraciones y procedimientos considerados igualmente negativos. En ambos casos la comunidad despedía a los que se marchaban en términos similares, pues aunque el difunto no volvería jamás, y el joven que se marchaba a la mili normalmente lo haría<sup>72</sup>, existía una conciencia de que éste no volvería como se marchó, pues en su lugar lo haría un nuevo sujeto con un nuevo status dentro de la comunidad, lo que equivalía a decir que no volvería jamás, -como sucedía con un difunto-.

En los contextos rurales existían circunstancias y costumbres que giraban en torno a los mozos, muchos de los cuales se han mantenido a lo largo del tiempo en la tradición local,

---

<sup>72</sup> Los jóvenes no volvían siempre, lo que resultaba más probable durante épocas de guerras o conflictos. Por lo que resulta comprensible que se estableciese esa correlación. Incluso en tiempos de paz el temor no respondía únicamente a cuestiones simbólicas, sino que se basaban en temores concretos.

aunque se hayan adaptado a las nuevas circunstancias. Entre ellos se encontraba la costumbre de los mozos de realizar diferentes tropelías<sup>73</sup>, entre las que se encontraba la de realizar pintadas o marcas diversas en lugares destacados, o en situaciones extremas destruían algunas estatuas, o muros, o cualquier elemento que se interpusiese en el camino de los mismos cuando estaban excitados por las celebraciones que les eran propias. Con este tipo de acciones los mozos pretendían dejar señas visibles, y duraderas, que llenasen simbólicamente el lugar que dejaban mientras estaban ausentes.

Como muestra de la práctica de realizar pintadas adjunto las siguientes fotografías.



Las fotografías muestran pintadas realizadas por mozos de algunos pueblos, en las que puede observar la permanencia de tal proceder a través del tiempo, y su persistencia hasta el final de la mili. En las imágenes de la izquierda aparecen una pintada del año 1999, y otra del 2000, con lo que se evidencia como en algunos lugares ha persistido tal costumbre hasta el fin del servicio militar.

La fotografía de la derecha pertenece al muro posterior de una de las iglesias del pueblo de (Aldeadavila de la Ribera). En ella se ven pintadas de mozos correspondientes a los años; 80, 84 y 98.

<sup>73</sup> Un ejemplo de la persistencia de las prácticas de los mozos hasta la propia desaparición de la mili lo podemos encontrar en un artículo de prensa aparecido en el Diario Las Provincias, de Valencia el 20 de octubre de 1998, realizado por Roberto Higón, del que reproduzco algunos párrafos. **Segorbe: Calvo pide a los quintos que no cometan actos vandálicos.** Los 60 jóvenes que han sido llamados a filas en la quinta del 99 han mantenido una reunión con el alcalde de Segorbe, Rafael Calvo, para "concienciarles de que no realicen actos vandálicos como se venía produciendo años atrás" comentó la máxima autoridad municipal. Según Calvo, el balance de los tres últimos años es "positivo", ya que se ha roto la tendencia de hacer gamberradas durante los fines de semana de los dos meses en los que se celebra la tradicional fiesta de los quintos que termina el 8 de diciembre. El alcalde consideró importante llevar a cabo esta reunión, ya que previamente a la misma algunos quintos adelantaron la fiesta realizando pintadas en la fuente de la Cueva Santa y en la ermita de nuestra Señora de Gracia, así como en propiedades privadas [...] El alcalde dedicó el resto del encuentro a citar una serie de normas que debían seguir. Así, el ayuntamiento permitía los "graffitis" en la calzada, pero en ningún otro sitio.

Otra costumbre generalizada consistía en realizar fiestas y comidas entre los mozos, en algunos lugares la tradición les exigía que pasasen determinadas pruebas para conseguir dádivas que el pueblo les ofrecía para realizar sus celebraciones. Otro rasgo particular de los quintos de algunos contextos rurales consistía en cómo éstos establecían criterios de distinción entre ellos mismos, algunos se erigían como verdaderos quintos, normalmente los que pertenecían a familias que poseían tierras en el lugar, o aquellos que vivían de forma continuada en el pueblo, los cuales exigían que les entregasen unas cantidades de dinero a los que, siendo igualmente mozos, no deseaban participar de sus festejos y de sus andanzas para ser eximidos de ello, también lo hacían entre aquellos que no viviendo de forma regular en el pueblo desearan participar de sus celebraciones.

En tales circunstancias era normal que en los festejos locales los mozos adquiriesen un protagonismo destacado, en especial en los actos en los que tuviesen cabida muestras de fuerza y agilidad, siendo relevantes las relacionadas con el mundo taurino. En estos contextos, era normal que, además de la presión social, los jóvenes se viesen sometidos a la presión de sus iguales, por lo que estaba mal visto no hacer la mili.

Lo que quizá constituyese un factor determinante para que adquiriesen ese protagonismo, era el hecho de que, además de ser los actores, eran a la vez los sujetos pasivos de todo el proceso ritual de la mili, al que se veían sometidos ineludiblemente. Precisamente, ese carácter ineludible y el componente dramático que conllevaba, hacía que la cultura popular se mostrase permisiva y tolerante con ellos. Habida cuenta de que iban a ser ellos los que iban a sufrir en sus propias carnes el proceso de socialización que era asumido de forma pasiva por la comunidad a la que pertenecían, y que entregaba a sus miembros al ejército, al gobierno, sin protestar ni revelarse<sup>74</sup>.

En cuanto a las tradiciones, acciones, usos, y costumbres que giran en torno a los mozos y los quintos en algunos lugares de la geografía española, pueden consultarse diversos textos de antropólogos, como; Lisón Arcal (1986), Rivas (1986) y (1991), Otegui (1989) y Jociles (1992). En algunas páginas de Internet también podemos encontrar referencias sobre los usos y costumbres de algunos pueblos relacionados con los quintos como, por ejemplo las siguientes, consultadas en el 2004; (<http://www.augustobriga.net/memoria/quintos.htm>) en la que se muestran canciones locales de quintos, y la página (<http://www.madridejos.net/quintos.htm>).

---

<sup>74</sup> Aunque existen sucesos históricos de reacciones<sup>74</sup> violentas, o pacíficas, en contra del reclutamiento, como durante las Guerras de Cuba, y las contiendas de África. Más recientemente podemos apreciar la oposición de la opinión pública a la participación de los soldados de reemplazo en acciones internacionales, como ocurriera en la Guerra del Golfo.



Respecto a la experiencia y a las sensaciones que conllevaba el hecho concreto de la separación, parece lógico aceptar que la procedencia geográfica, y el lugar donde se prestara el servicio, constituían un referente importante en la vivencia de los actores. Tal hecho resultaba especialmente relevante en los momentos en los que la norma era hacer la mili lejos de casa, en contra de las últimas tendencias en las que lo normal era hacerla en lugares próximos a los de origen.

Tener que realizar el servicio militar en lugares lejanos suponía un cierto temor en algunos sujetos, pero hacerlo en destinos extra-peninsulares incidía en un mayor porcentaje de sujetos. Aspecto que recoge el trabajo realizado por el Equipo de Relaciones Humanas del Estado Mayor de la Capitanía General de la Región Militar Centro (1987), del que reproduzco un párrafo donde se explicita: *No parece que el posible cambio de Región Militar introduzca una dosis importante de temor en los mozos: sólo un 30% admite haber padecido tal motivo de temor. Sin embargo, el porcentaje de los que tenían miedo a salir de la Península era del 59%, es decir, prácticamente el doble. Podríamos hablar, pues, de una especie de "síndrome de peninsularidad".* Como se puede observar, los autores de dicho trabajo establecen un calificativo específico para señalar tal temor, al que denominan “síndrome de peninsularidad”.

El realizar la mili en lugares lejanos al de origen potenciaba la categoría espacial como rasgo de identidad en el universo simbólico de los soldados. Así, los de un mismo pueblo constituían un grupo con una propia seña de identidad que afectaba a los de la misma región, comarca, provincia, etc. Los compañeros de un mismo pueblo usaban el calificativo de paisano entre ellos. También jugaba un papel importante en la relación con los mandos<sup>75</sup>. Así, el “paisanaje” constituía un elemento peculiar en el ámbito castrense, debido, entre otras razones a la movilidad territorial<sup>76</sup> que caracterizaba la profesión militar.

En todo caso, el referente territorial estaba presente en los que estaban prestos a realizar el servicio militar, y una vez en la mili el sujeto siempre entraba en una nueva dimensión, la militar, que suponía una separación de su mundo cotidiano que “no tenía vuelta atrás”.

---

<sup>75</sup> Muñoz Molina (1995) trata esa particular sensación de desarraigo territorial, y los vínculos de paisanaje entre mandos y soldados, que describe en las relaciones de un brigada y el protagonista al que se dirigía con el apelativo de paisano, otorgándole cierta complicidad y condescendencia.

<sup>76</sup> Aspecto que define Busquet (1984) como “desarraigo territorial”.

### III) LA INCORPORACIÓN AL MUNDO MILITAR, “BIENVENIDOS”.

*“La mili empezó siendo un viaje en tren que no se acababa nunca”.*  
Muñoz Molina (1995: 47).

El joven se ve forzado a entrar en una cultura desconocida para él, y que en muchos casos ha sido idealizada, o percibida a través de multitud de prejuicios transmitidos de generación en generación. Muñoz Molina (1995:23-26) refiere este aspecto de la siguiente manera: *En la infancia de uno la mili formaba parte de las mitologías inciertas de la vida adulta. [...] Según se la oíamos contar a los adultos era [...] un mundo tan novelesco y ajeno como el cine. [...] La mili era una maleta grande de madera [...].*

Sobre estas percepciones podemos imaginar la figura también estereotipada del mozo presto a incorporarse al cuartel, en la que vemos a un joven con un rostro taciturno, aspecto despistado, y con una expresión nerviosa, entre alegre y triste, inquieto y expectante ante lo que se le avecina. Dicha figura queda representada en múltiples dibujos y escenas referidas a la mili. Una de esas imágenes podría ser la que reproduzco, extraída del trabajo de Muñelo (1967a:4, 1967c) que representa gráficamente los tópicos al uso sobre tales personajes en una determinada época. Pero debo señalar que aunque tales personajes han evolucionado con el tiempo, la actitud y desconcierto de los que pasaban por tal experiencia han seguido siendo las mismas.

Años atrás los mozos marchaban a la mili con lo puesto, como mucho portaban algún hatillo o zurrón en el que llevaba algunas viandas para el camino, y los más pudientes portaban la tradicional maleta, en la que llevaba alguna muda, alguna prenda de vestir, tabaco, y poco más. En los últimos tiempos las cosas cambiaron, y los jóvenes sustituyeron la maleta por bolsas deportivas o mochilas, en cuyo interior portaban ropa de paisano, zapatillas de repuesto, útiles de aseo, algún que otro artilugio para escuchar música, y tabaco o alguna golosina. Aunque en algunos casos persistiera la presencia de viandas de la tierra, que con sumo cariño había depositado la madre del muchacho.

En todo caso, lo destacable de representar al recluta con una maleta o similar responde a su contenido simbólico, pues la maleta se erige en el símbolo por excelencia del comienzo de un largo y prolongado viaje, ya que en la práctica, al entrar en el cuartel se entregaba al joven todo





lo necesario para su vida en la milicia.

Antes de incorporarse había que desplazarse hasta el mismo, con lo que en ese trayecto empezaban las peripecias de la mili propiamente dicha. Respecto a los medios de transporte empleados, lo habitual en otros tiempos era hacer el viaje en tren. En muchos casos se nombraba a algún mando encargado de ir recogiendo en las estaciones a los mozos de una determinada zona, lo que constituía el primer contacto formal del joven con los militares, quienes serían los primeros en pasarles lista y actuar como guía durante el traslado al acuartelamiento. En los últimos tiempos los mozos se desplazaban a los lugares concertados por cuenta propia, aunque se les otorgaba la posibilidad de hacerlo gratuitamente a través de diversos medios de transporte público concertados con el Ministerio de Defensa.

Los jóvenes coincidían con compañeros de quinta conocidos y con otros desconocidos, pero todos estaban embarcados en la misma aventura, por lo que era habitual que acabaran provocando todo tipo de broncas y bullicio durante el trayecto, hecho que ha persistiendo hasta la desaparición de la mili. En este primer momento tan sólo eran una masa de sujetos despistados, que aún no constituían grupo alguno. El tono elevado de sus voces, las risas y carcajadas fortuitas, junto con la entonación desafinada de algunas canciones les ayudaba a no pensar en lo que les deparaba el futuro inmediato. Con tales actitudes trataban de ahuyentar sus inquietudes y temores personales respecto a la situación en que se encontraban.

Cuando llegaban a sus respectivos destinos eran recibidos por los militares encargados para tal fin. En ese momento tomaban plena conciencia de que estaban en manos de los militares, y ya no había vuelta atrás. Un soldado que hizo su servicio militar en Huesca en el año 1998, me relataba con las siguientes palabras como vivió aquellos primeros momentos; *El primer día que llegué a Huesca me sentí acojonado, sentía que no tenía que haber decidido venir, el hecho de llegar y formarnos en la estación me impresionó sobremanera. Una vez en el cuartel y distribuidos en las compañías descubrí lo que era el miedo a las novatadas y hasta dormía con una navaja.*

Parece claro que a este personaje le resultó especialmente chocante el hecho de ser instado a formar junto con sus compañeros de viaje ante la mirada atenta y a la vez distante e indiferente de unos señores vestidos de uniforme, para ser conducidos al acuartelamiento.

En la siguiente fotografía se aprecia como eran trasladados los nuevos reclutas a su unidad de destino o centro de instrucción, guiados por los mandos y soldados encargados para ello, en este ejemplo se trata de un soldado de la policía militar. La imagen la extraje de una página de internet (<http://www.gavilanes.com/fototeca.htm>) en el año 2004, en la que presentaban diferentes álbumes de fotografías de particulares (pertenece al álbum de Martín y Josefina), parece corresponder a los años setenta.



*Fotografía de nuevos reclutas con sus petates guiados por un soldado de la Policía Militar.*

Hecha esta breve salvedad sobre los acontecimientos relacionados con el proceso de desplazamiento de los mozos al cuartel, hay que destacar el hecho específico de la incorporación, es decir la entrada física en el mundo militar. Este momento se caracteriza especialmente porque supone la ruptura con los referentes anteriores y por la irrupción en un ámbito nuevo y desconocido. Los nuevos reclutas, no sólo percibirán cambios en los referentes físicos y simbólicos, también apreciarán cambios importantes en los grupos de referencia con los que tendrá que relacionarse y la manera en que serán tratados por éstos.

La declaración de un joven soldado puede ilustrar este último aspecto de forma sucinta: La entrada por primera vez fue fatal por el cambio tan grande que experimenté desde el primer momento, en el trato que nos dieron una vez pasadas las puertas del cuartel.

Normalmente, la toma de conciencia de esta nueva situación se producía de forma brusca, lo que conllevaba reacciones tanto físicas como psíquicas para los que la experimentaban, aunque repercutía en los sujetos de forma diferente y en diferente medida según múltiples factores. Entre éstos se encontraban aspectos particulares del individuo, pero también otros ajenos al mismo, como los relacionados con la unidad a la que iban destinados, y los mandos concretos con los que adquirirían sus primeros contactos con el ámbito militar.

El choque que suponía la entrada en el cuartel, y los conflictos personales que afloraban en los individuos resultaba evidente para los mandos desde antaño. El teniente coronel Fornells (1918:93) ya lo ponía de manifiesto a principios del siglo pasado con las siguientes palabras:

*Incorporados los reclutas al Regimiento, y al entrar en el local de la compañía, escuadrón ó batería que se les haya designado, sufren una emoción extraordinaria al verse fuera de su casa, alejados de sus parientes, y perdida su libertad y entre hombres extraños que les miran con aire de autoridad, que le llenan de cuidados por las prendas que se les entregan, por el deber de*

*acudir a las listas y por la obligación de aprender multitud de cosas completamente ignoradas para ellos. Si al iniciarles en todo esto se les increpa, y se les trata con aspereza, aumentará su confusión y su zozobra, decaerá su ánimo y formarán errado juicio del fin para que la Patria les arranque del hogar y de la dignidad y sublimidad de la profesión en que ingresan. Benevolencia, mesuradas formas, mucha calma y circunspección, demandan estos primeros actos; el Capitán y Oficiales deben esforzarse porque el recluta vea que la compañía, escuadrón ó batería, son su familia en las cuales los soldados más que amigos son sus hermanos y los Oficiales, prudentes consejeros ó tutores.*

El teniente coronel médico Bramanti (1948:173-185) también se preocupaba por estos aspectos, y dedica un capítulo de su obra a los problemas de adaptación del sujeto a su nuevo entorno, que titula **“las insatisfacciones de la vida militar como causas de inadaptación al medio”**, en el que relaciona los aspectos que eran fuente de esa inadaptación, los cuales recojo literalmente: *Las principales insatisfacciones de la vida militar: la subordinación, la vida colectiva, las exigencias de la disciplina, la nostalgia, la abstinencia sexual, la alimentación.*

Continúa señalando: *De lo comentado en el capítulo anterior, se deduce que las causas que dificultan la adaptación del hombre a un medio ambiente, deben buscarse entre aquellas que imponen limitaciones a su libre voluntad, que contraríen sus costumbres o deseos instintivos.*

Bramanti apuntan consideraciones de carácter humano, en las que las privaciones y modificaciones en las pautas de conducta de los sujetos juegan un papel destacado. Otro médico militar español, Antello Ortiz (1946: 17) hace una reflexión sobre el choque que supone para el joven la incorporación en el mundo militar en los siguientes términos:

*La llegada al cuartel.*

*La separación del ambiente familiar y del trabajo ordinario y la presencia de una vida desconocida a la cual algunos han sentido una cierta hostilidad representa un trauma moral, cuyas consecuencias desagradables hay que prevenir; ello depende especialmente de los mandos, quienes han de efectuar una higiene mental, basada en la educación moral de los reclutas, haciéndoles comprender la importancia que para la libertad de la patria y de sus propias familias tiene el oficio al que son llamados. Un ambiente grato, alegre en todo lo posible y con las oportunas distracciones, mantiene el psiquismo del recluta en el punto óptimo para el buen desarrollo de su servicio.*

*Se da como normal una pérdida de peso, no siempre confirmada, así como una mayor posibilidad de enfermar a la llegada al cuartel. Cuando la pérdida existe, es rápidamente compensada, y a los pocos meses se señala un aumento bastante acentuado en ciertos casos.*

*Los primeros tiempos, con el periodo de instrucción, que es el de máxima fatiga, pues han de adaptarse el individuo a este nuevo oficio, son el momento de la adquisición de hábitos higiénicos y los días en que las enfermedades hacen más estragos.*

Antello, al igual que hacen Fornells y Bramanti, registra de manera precisa la importancia del "choque" que experimentaba el joven al entrar en el cuartel por primera vez, choque que podemos calificar desde una perspectiva antropológica como "choque cultural". Aunque, en el caso de Antello la perspectiva y preocupación por el tema incide en el factor humano. Las referencias sobre los efectos tanto fisiológicos como psicológicos son claras, así como las

alusiones a la responsabilidad de los mandos para suavizar en lo posible tal impacto.

Quisiera destacar una vez más el interés de estas declaraciones, por la dureza de los hechos que recogen, pero en especial por el hecho de que los que las hacen eran militares. Además las posibles soluciones que ofrecen no se limitaban a aspectos de carácter médico, sino que alcanzan otra dimensión al referir la necesidad de que se crease una adecuada “higiene mental”, y la creación de un ambiente grato y alegre.

Debo decir que los temores que afloraban en el joven durante su servicio militar no se debían únicamente a la incertidumbre previa, y a la confusión de los primeros momentos, sino que éstos iban sufriendo ciertas transformaciones según pasaban por las diferentes etapas del servicio militar. Por ello, en determinados sujetos, y en determinados contextos, los citados temores no sólo no desaparecían, sino que surgían otros nuevos, o se incrementaban los previos. El trabajo del Equipo de Relaciones Humanas, de la Segunda Sección del Estado Mayor (1987:64), así lo constataba con las siguientes palabras:

*En el caso de la existencia del miedo como respuesta al Servicio Militar, se observa que aparece en un 27% de los recién llegados, para descender al 20% al finalizar el periodo de instrucción; lo cual es descender poco, pero cuando el recluta se encuentra incorporado a su destino definitivo el miedo asciende otra vez al 27% de los casos, para bajar escasamente al 25% cuando el Soldado es veterano. Así resulta que el miedo es un componente importante a lo largo del Servicio Militar durante el proceso de adaptación; como las novatadas, que aparecen en la 14 y 29 toma cuando el joven sólo es recluta, existen en una proporción pequeña, para crecer enormemente cuando éste se convierte en Soldado y entra en contacto con otros más veteranos que él (se inicia el rito de iniciación dentro de la estructura informal de "bisabuelos", "padres" y "bichos",). Así de un 3% en la primera toma y 8% en la 2ª pasamos a 39% en la tercera y un 32% en la última.*

En cuanto a la ruptura que suponía la entrada en el cuartel por lo que a los valores se refiere, destacaría en primer lugar la quiebra con el que es considerado por los jóvenes como el valor más representativo del “ser joven”, me refiero a la libertad, y en especial la libertad referida a la actuación, y que los jóvenes suelen interpretar como “hacer lo que quieran”, como señala Revilla (1998: 50, 51). Lógicamente esta idea de libertad está muy relacionada con el ocio, y por ello constituirá uno de los focos importantes de tensión para con el joven que ingresa obligado en la milicia, pues la institución militar se encargaba de constreñir esa libertad individual y ociosa desde el primer momento.

Esto responde a la idea de que si algo define al soldado de reemplazo es precisamente su carencia de libertad para actuar, pues no en vano los conceptos de obligación, y de conscripción, son los que le califican. Además, aunque aparentemente existía una clara conciencia por parte de los mandos de que los soldados de reemplazo eran jóvenes, y a pesar de las recomendaciones de crear un ambiente acorde con esta condición, en el que la alegría y el trato distendido se antojaban como los más adecuados, lo cierto es que estos preceptos no eran aplicables en toda su

extensión. El carácter sobrio de la vida castrense en la que prevalece la idea de sacrificio y de servicio, hace que para muchos mandos el sufrimiento físico y psíquico se constituyera en el mecanismo adecuado para forjar a los jóvenes como auténticos soldados. Y, en esta dinámica, la privación de la libertad en todas sus dimensiones, y el control absoluto se erigen como los medios, no sólo convenientes, sino necesarios para tales fines.

Sólo cuando el joven adquiría su condición de soldado y una cierta veteranía era considerado por el mando como merecedor de un trato más distendido, pero siempre circunscrito a los requerimientos de la vida y la moral militar. Por otra parte, una de las funciones sociales del servicio militar era transformar a los jóvenes en sujetos maduros y adultos, lo que en el esquema de muchos conllevaba la necesidad de erradicar los rasgos que les definían como jóvenes. En esta lógica, al ser considerada la libertad como uno de los rasgos más relevantes de tal categoría, era fuertemente atajada en este contexto. Para ello la institución militar recurrirá a diversos mecanismos, entre los que la separación de sus referentes previos y la instrucción militar jugaban un papel destacado, junto con un sistema sancionador propio y exclusivo de la milicia.

Después de lo dicho hasta ahora, se me antoja conveniente recurrir a las impresiones de alguno de los actores para que veamos cómo percibían la mili, pero en especial el momento de la incorporación y las primeras vivencias de su incursión en el mundo de la milicia.

Un artículo realizado por un soldado en una revista de carácter interno de una unidad de Huesca puede sernos de interés para observar cómo percibían los veteranos la experiencia de la mili, y observar los consejos que ofrecían a los recién llegados sobre la manera de actuar para evitarse problemas. Estas revistas se realizaban dentro del marco del servicio recreativo del soldado (SERRES), su confección, edición y distribución era realizada por soldados bajo la supervisión de algún mando. Reproduzco el texto:

#### **BIENVENIDOS 1º/97.**

*Cuando leáis esto, habréis empezado a ser militares durante nueve meses que dura dicha mili. Seguramente, muchos vendréis deprimidos y extraños porque ha sido un cambio muy brusco, eso de separaros de vuestras familias, amigos, novias, etc. Vosotros tranquilos que la mili se pasa enseguida y sobre todo no os amarguéis que eso que dicen vuestros abuelos, padres e incluso algún amigo que la mili se pasa mal, pues no es cierto si haces caso a los mandos y no te amargas, aquí en la mili se pasa bien y te se hará corta. Recordad si tenéis alguna duda o algo que no entendéis, tenéis una oficina de información al soldado y marinero (OFIS-M), que está situada enfrente de la cantina. Recuerda que los veteranos son iguales que vosotros pero la diferencia es que llevan un poco más que vosotros, no dejaros hacer ninguna novatada porque están prohibidas, y que no os obliguen a hacer lo que no queráis. El primer mes no tendréis casi tiempo libre porque estaréis ensayando lo que haréis en la jura de bandera. Después cada día estaréis en clase de teórica, con el orden cerrado, montar y desmontar el CETME, etc., todo esto ocupa el tiempo libre que tengáis, pero eso no quiere decir que vuestros mandos no os dejen salir por las tardes. Tras ese mes de esfuerzo ya dejáis atrás el NIR con vuestra jura, donde familiares, amigos y novias vendrán y verán lo que habréis aprendido durante el mes de instrucción, después tenéis unos días de permiso y luego os incorporareis en las compañías y en las distintas dependencias que os toque a cada uno. Ahora os voy a decir unos consejos:*

*Mantener siempre limpio vuestro traje y vuestro cuerpo, hacer bien la cama, tener las botas limpias, ducharse y afeitarse cada día, vestir bien. Estos consejos os van a ir muy bien para libraros de algún arresto que otro.*  
*Bueno nada más que decir. BIENVENIDOS 1º 97*

Resulta relevante como en los primeros párrafos refieren de manera explícita el carácter brusco del cambio que supone para muchos el hecho de la mili, lo cual lo relaciona de manera directa a la separación de los seres queridos. No obstante, resulta cuanto menos llamativo el que para dar ánimos a los recién llegados, el autor del texto les aliente destacando la rapidez con que se pasa la experiencia de la mili, y señale la bondad de la misma. Eso sí, aclara que ello estará condicionado por su comportamiento y asunción de las normas, pues se apresura a completar que para que así fuese, el soldado debía cumplir al menos dos preceptos básicos; la obediencia a los mandos, y lo que define como la conveniencia de no amargarse.

La obediencia a los mandos está relacionada con la asunción de una determinada actitud, y de aceptación y asunción de la estructura de poder propia de la institución militar. Pero, el no amargarse, constituye un aspecto que no dependerá tanto de la voluntad personal como de las particularidades de su carácter y de las circunstancias y personas con las que tenía que vivir durante su estancia en la mili. En todo caso, las claves señaladas son claras y concisas, y se resumen en el hecho de obedecer y de aceptar lo mejor posible la realidad que le había tocado vivir. Ambas encierran una connotación de sometimiento y asunción derrotista de los hechos, lo que a su vez refleja el discurso claro de quien había interiorizado de manera eficaz como funcionaban las cosas en el sistema militar. Por lo que podríamos decir que el veterano que escribió estas letras había sido eficazmente socializado en la cultura cuartelera, y como buen discípulo, transmitía sus premisas a los recién llegados. Aunque también resulta comprensible la actitud del autor, pues se sabía fiscalizado por sus mandos que revisaban los textos a publicar, lo que se puede apreciar en el talante rígido del texto y la intención de su autor de evitar problemas, probablemente para poder continuar en su destino, -seguramente cómodo-.

En cualquier caso, el texto denota el control que en el mayor de los casos se tenía sobre las publicaciones de la tropa, pues reproduce procedimientos institucionales, y en ningún caso muestra rasgos o signos de crítica, como normalmente sucede cuando el soldado manifestaba abierta y libremente sus opiniones sobre la mili.

### **3.1- El cruce del umbral del mundo militar.**

Después de las consideraciones sobre los consejos al uso de un veterano para con sus sucesores, quiero considerar otro aspecto de la vida militar directamente relacionada con el hecho físico de la entrada en el cuartel. Así, para constatar aun más como el hecho de que la entrada en el mundo militar no es algo intrascendente, podemos analizar un referente que existe en todos los centros militares del Ejército de Tierra Español. Me refiero a la exhibición de un lema que reza; *“todo por la patria”* que se puede observar en todas las entradas de cualquier recinto militar, según está regulado por las RROO del ET en su artículo séptimo<sup>77</sup>. Este lema posee un alto contenido simbólico, y una gran carga emotiva que afecta de un modo consciente e inconsciente, a todo el que entra en un acuartelamiento. Por otra parte, la importancia del lema y lo que éste simboliza resulta incuestionable para el militar profesional, en tanto que uno de los principales, –por no decir el principal–, fundamentos de su razón de ser, y de su especificidad como militar es el inquebrantable amor a su patria, y la entrega permanente y total para con ella.

En el lema se puede apreciar la función afectiva propia de su carácter metafórico. Constituido en torno a fundamentos de carácter metonímicos, según los cuales ese “todo” abarca a cada una de las acciones, hechos, y elementos que transcurren en el contexto del cuartel. A la vez, otorga un carácter amplio y místico a todos los aspectos internos, al quedar imbuidos en una esencia especial, lo que constituye un designio que regula y determina los comportamientos, tanto los especiales como los cotidianos de lo que acontece de puertas adentro. Para reafirmar tal carácter se recurre con frecuencia a la realización de pautas y procedimientos rituales.

Para fundamentar el lema y otorgarle un alto contenido simbólico se recurre a principios básicos y profundos de la condición humana. Los autores que refieren este aspecto desde el punto de vista institucional e ideológico, apelan a una serie de episodios históricos que en su opinión configuran la esencia de la patria, a la que pertenecen y que se erige como única y axiomática. En este sentido el juego de palabras; *todo/patria* se establece como un vínculo que va más allá de lo objetivo, de lo material, pues el “todo” abarca la totalidad del sujeto, significado en la entrega de la propia sangre si fuera necesario, –como así se constata en el juramento a la bandera, que es lo mismo que decir a la patria–.

Quiero señalar que la propia confección de las entradas de los acuartelamientos jugaba un papel destacado por lo que respecta a la intención de otorgar un carácter especial, incluso místico, al espacio específico que define y señala el umbral entre el mundo civil y el mundo militar. Así, lo normal, –en la media de lo posible–, era confeccionar una entrada a modo de arco,

---

<sup>77</sup> RROO, Art. 7: Las Unidades, Centros y Organismos se alojan en Bases, Acuartelamientos y Establecimientos. En la entrada principal de todos ellos, en lugar bien visible, figurará el lema “Todo por la Patria”, que será guía constante de todo militar. Esta norma afecta también a la Guardia Civil, a la Armada y al Ejército del Aire.

que se constituía como representación y extensión del arco simbólico que forma la bandera con el sable en la ceremonia de la jura. Al pasar por debajo, o al lado del mismo, se reproducía simbólicamente la renovación del juramento. Esto confirma en parte el propio lema de *todo por la patria*, pues puede interpretarse como una variante del juramento hecho ante la bandera. Tal acto simboliza también el acogimiento en el seno de la patria de aquellos que lo realizaban, por lo que al cruzar por el umbral de cualquier unidad militar el que lo hace es acogido como parte del mismo, que es lo mismo que decir por parte de la patria a la cual simboliza.

Hecha estas observaciones, quisiera resaltar su efecto sobre los soldados, a los cuales les resultaba especialmente impactante cuando se percataban de su presencia, -aunque debo decir que no siempre sucedía-. Sirva como ejemplo de ello la declaración de un soldado al que pedí que me refiriese sus recuerdos sobre el momento en que entró por primera vez en un cuartel, a lo que respondió con una expresión de cierta perturbación: *Se me vino el mundo encima cuando entre por la puerta del cuartel y vi el lema “Todo por la patria”. Me pareció como que entraba en otro mundo, en un lugar extraño en el que las cosas serían sin duda diferentes, ese lema señalaba algo especial, cómo si indicara que entraba en una secta, en una comunidad religiosa ajena a mí.* Esta corta, pero densa reflexión de un soldado de reemplazo puede darnos una idea de la trascendencia que adquirirían determinadas manifestaciones simbólicas en la vida del recluta. Aunque no siempre son percibidas de manera tan clara y consciente como las señaladas por el susodicho informante, quién lo manifiesta metafóricamente con la expresión; *se me vino el mundo encima*, atribuyéndole así un mayor énfasis a su valoración sobre el cambio que la entrada en el mundo militar le iba a suponer.

Sin embargo, el que la mayoría de los soldados no adquirieran una conciencia directa de la existencia del lema y de su significado, no significa que no les influyese, pues igualmente eran sometidos de forma constante a un bombardeo sistemático de todo tipo de referentes simbólicos, y verbales, imbuidos por el principio señalado en el mismo.

Las alusiones a la sensación de entrar en una especie de secta o en una comunidad religiosa ajena a él, son muy significativas para señalar la extrañeza inicial y el oscurantismo que tal experiencia le inspiraba.

El citado lema otorgaba a todo sujeto militar y a cualquier actividad que se realizase dentro del acuartelamiento un cariz sacralizado, pues fuera cual fuera ésta estaba justificada por el propio principio, y el aura militar que lo abarcaba. Ya que, como señalé con anterioridad, todo estaba sometido y regido por el principio de que todo lo que allí sucede tiene cómo fin último el servir a la patria.

Por otra parte, esa particular condición, constituía un refuerzo permanente que actuaba como un mecanismo de coacción para socavar cualquier atisbo de protesta ante cualquier actividad o



función que sea encomendada en dicho marco, pues el amparo del lema obliga a cualquier sacrificio de los que están adscritos a él, sea cual fuere la circunstancia de tal adscripción.

Sobre la especificidad del lema y su ubicación, reincidiría en destacar que, tal y como marcan las ordenanzas, deberá estar en un lugar destacado y perceptible de la entrada principal de la unidad, la cual se configura a modo de un solemne umbral que estaba custodiada por uno o varios soldados.

Como señalé anteriormente, muchas de esas entradas poseían la forma de un arco, o en su defecto de una puerta, lo que otorgaba un referente familiar, para hacer más fácil el que los sujetos tomaran conciencia de que entraban en otro contexto. En esta línea me parece acertado considerar la teoría de M. Douglas (1973:155) en la que señala; *Mientras más procede un símbolo del fondo común de la experiencia humana, más amplia y certera es su aceptación*. En estas palabras podemos observar cómo el recurso a símbolos propios del fondo común de la experiencia cotidiana de nuestro entorno civil favorece los procesos de interiorización y aceptación de los diferentes aspectos que constituyen la cultura militar española. Por lo cual adquiere claro sentido en una cultura como la nuestra, en la que la entrada a los hogares normalmente se realiza y consolida al cruzar el umbral compuesto por las jambas y el dintel de las puertas de nuestras casas y edificios.

En muchas unidades ese arco que forma la entrada del acuartelamiento, se configura como un verdadero cierre físico, pero aún en estos casos actúa esencialmente a un nivel simbólico, puesto que, en el mejor de los casos, ese cierre físico no es en sí mismo necesario para la protección de la unidad. En estos casos en los que existe un entorno físico se trata más bien de una forma de simbolizar un cierre total del círculo periférico que constituyen las murallas, en definitiva el cerco de la fortaleza militar. En este sentido, el cierre debería ser completo y no dar lugar a dudas, para dar sensación de fortaleza y de límite total tanto hacia el exterior como hacia el interior. Sobre este hecho parecen oportunos los argumentos de Leach (1989:83) al exponer la lógica de la conexión de los símbolos, que adquieren mayor importancia a nivel socio-psicológico que a un nivel realmente estratégico. De forma que resulta conveniente para la seguridad moral de los sujetos que los límites entre el interior y el exterior estén claramente marcados por una discontinuidad física, limpia y prodigiosa.

En este sentido, el carácter simbólico de la presencia de estos accesos a modo de arcos se evidencia por el hecho de que en algunas unidades la entrada principal constituye un punto aparentemente inexpugnable, robusto, y bien guardado, como en los ejemplos siguientes.



*Ejemplos de entradas de constitución robusta y cerrada.*

Por el contrario, en otros acuartelamientos su perímetro muestra signos de flaqueza, bien porque los materiales empleados son menos rígidos y robustos que los de la entrada, o por la menor altura de sus muros.

Por otra parte, existen unidades donde la única parte de su perímetro que se encuentra amurallada, o edificada, es la entrada principal, la cual suele estar realizada en forma de arco, y el resto de la misma consiste en un cerco de alambradas salpicado de garitas que circundan grandes espacios abiertos. Un ejemplo de este tipo sería el de la Academia General Básica de Suboficiales, ubicada en un antiguo acuartelamiento de la provincia de Lérida. Su entrada principal está realizada a modo de un prominente arco en el que se puede leer; Academia General Básica, y en el dintel del mismo aparece el lema todo por la patria. Éste arco no posee ninguna delimitación física en sus lados, evidenciándose así su función meramente simbólica.

Reproduzco unas imágenes de la entrada de la citada academia en la que se aprecia como consiste en un arco exento, y sin continuidad en sus lados.



*Detalles del arco de entrada de la AGBS.*

Otro ejemplo del carácter simbólico de dicho arco lo podemos apreciar en la siguiente fotografía que muestra la entrada de un pequeño acuartelamiento de una unidad de montaña ubicado en Viella (Lérida) -hoy en desuso-. Se puede observar como el arco se ha realizado de forma rústica y sencilla, con simples maderas, y pintando en la superior el conocido lema. Sin embargo, se aprecia como el acceso no constituye en sí mismo ningún freno para acceder a la citada unidad.



*Acceso acuartelamiento unidad de montaña de Viella.*

En cualquier caso la estructura metafórica que gira entorno a la ordenación dentro/fuera, también adquiere sentido para el soldado, lo que se evidencia en muchas de sus referencias sobre su situación militar, sobre la que solían referirse como si estuviesen “en la mili” para indicar que estaban realizando la mili. De forma que objetivizaban y categorizaban la mili, como sí de un elemento físico o de un recipiente se tratara. Lakoff y Johnson (1986) analizan este fenómeno perceptivo en su obra.

El citado arco y el lema, o alguno de estos signos, pueden apreciarse en algunas de las ilustraciones que apporto en otros puntos del trabajo.

Muestro un ejemplo de ellos, extraído de la obra de Muínelo (1967c), en él se representan algunos de los tópicos respecto a la imagen taciturna de los reclutas que entran portando sus enseres en maletas y hatillos. Se muestra cómo son recibidos de manera burlona por los veteranos. También se representa al sargento de guardia contemplándolos de forma un tanto inquisitoria y distante.

Cabe señalar que además del lema tratado, junto al arco o puerta de acceso principal, se incorporan una serie de elementos que contribuyen a remarcar el significado especial de dicho lugar. Así, la presencia de garitas, plantones de guardia, personal



armado, y el omnipresente puesto de control, hacen que el cruzar dicho límite se produzca una sensación y un cierto impacto emocional para cualquiera que pase a través del mismo, - especialmente si se es ajeno al mundo militar-. Respecto al cariz especial y sagrado que poseen los lugares de acceso al espacio cuartelero para los militares, y las connotaciones que adquiere para los civiles, resultan interesantes la observación de Zulaika (1989:94-96), en particular cuando señala: *La transición de la calle al cuartel, es un paso cualitativo de un territorio ordinario a otro regido por una normativa de diferente orden.* Aspecto que también refiere Leach (1989).

Muchos soldados me han comentado que el hecho de cruzar dichos controles por primera vez les había causado impresión. Un informante me lo definía en los siguientes términos; *Cuando entré en el cuartel, por primera vez, al cruzar por el control de la puerta sentí como si se me desgarrasen los miembros.* En este caso el joven refiere la experiencia como una especie de lucha personal entre lo que se veía inevitablemente forzado a hacer, y lo que su mente le pedía, - como él mismo me decía-, *era como si sus piernas quisiesen salir corriendo en dirección opuesta a la que el destino le deparaba.*

Hay que señalar que el impacto emocional, el choque cultural que sufría el joven en sus primeros momentos de vida militar, no estaba restringido al momento puntual del cruce del umbral del respectivo acuartelamiento, sino que la sensación de desorientación y tensión se prolonga en el tiempo y en el espacio, aunque solía ser especialmente impactante en los primeros días. Así, son bastantes los soldados que al hacer referencias sobre sus recuerdos de ese periodo suelen hacer alusión a las primeras noches, calificándolas como los peores momentos. Algunos lo justifican señalando que ello era debido al hecho de que era durante la misma cuando disponían de tiempo para meditar sobre su situación tras un día de total desconcierto y sorpresas.

Respecto a la trascendencia de la noche como recuerdo destacado para muchos de los que han hecho la mili, se debe, entre otras razones, al hecho de que está vinculada al silencio, -no en vano, en el mundo militar el momento de la “noche” se marca con el denominado toque de silencio. Es por ello que se trata de un momento que confiere la oportunidad de realizar una meditación “solitaria”, o íntima, permitiendo al individuo repasar mentalmente lo que ha sucedido durante el día, y es en este momento en el que la falta de acción y de tensión externa permite constatar la realidad de lo acontecido y adquirir una toma de conciencia de la situación del propio sujeto. Además, el contexto en el que se duerme, se erige de forma inmediata como un espacio que reafirma y constata la separación de los lugares hasta entonces comunes y familiares para el sujeto. Por lo que acaba echando de menos, -en muchos casos por primera vez-, su habitación, sus cosas, su cama, su espacio personal y privado, su mundo afectivo y particular, en el que casi todo refiere de una u otra forma su personalidad, sus gustos, sus inquietudes, en definitiva, los aspectos que son reflejo y parte de su propia identidad.

Pero, además, las primeras noches se configuran como un estado especial en la que se podría decir que los sujetos se encontraban sumidos en una soledad multitudinaria. Es decir, se sentían solos, aunque estuviesen rodeados de otros jóvenes que como ellos estaban “fuera de lugar”. El recluta nota la presencia de muchos cuerpos en su alrededor, pero no son los de sus seres queridos, de sus padres y hermanos, son seres todavía extraños, desconocidos, e incluso algunos son percibidos como agresivos y foco de desconfianza.

En definitiva, el cuartel en general, y los dormitorios en particular, sugerían malestar y desconfianza al novato, y le infundían sensaciones de desarraigo y tristeza. Incluso, pasado el tiempo, el soldado no acababa de asumir y aceptar su pertenencia total a ese mundo; se habituaba a él, y aprendía a vivir lo mejor que podía en el mismo, pero no lo sentía como un terreno propio, ni se sentía como parte del mismo.

De esta forma, para el soldado de reemplazo el cuartel se erige en un referente de incertidumbre, desorientación, coerción, e incluso para algunos de reclusión entendida en términos carcelarios<sup>78</sup>. Dándose además la paradoja de que, en última instancia, son los propios soldados de reemplazo los encargados de salvaguardarlo, custodiarlo, y vigilarlo. Con lo que acaba siendo a la vez, vigilante y vigilado, pues los centinelas no sólo deben evitar que algún extraño entre en los acuartelamientos o bases, sino que también debe evitar que nadie salga sin la debida autorización. Aspecto que les incumbe especialmente a ellos, por ser, los que necesitaban una autorización expresa para ausentarse del acuartelamiento fuera de las horas lectivas.

Por el contrario, el cuartel, con su estructura cerrada y separada, constituye para el militar profesional un referente de seguridad y, en algún modo, de libertad, pues en él se encuentra enraizada su identidad como militares. Al menos hasta el momento, y de acuerdo a los procedimientos y estructuras tradicionales de los últimos tiempos ha sido así para los ejércitos y unidades tradicionales, las cuales suelen circunscribir su identidad a lugares e infraestructuras concretas. Probablemente, en los tiempos venideros se producirá un cambio importante al respecto, no sólo porque los soldados profesionales ya no pernoctaran en las bases o cuarteles, sino porque la movilidad de los mismos, la consolidación en ejércitos internacionales, etc., otorgarán a los espacios en los que se concentren los medios y las personas, un nuevo sentido y significado en un nivel tanto funcional como simbólico.

Retomando el tema de la importancia que se otorga a los espacios militares, ésta queda manifiesta en la obsesión por el cuidado en la no-trasgresión de los mismos. El cuidado que se toma respecto al control de los espacios autorizados para traspasar el límite cuartelero, es un claro ejemplo de ello. Con los sistemas de vigilancia y seguridad, no sólo se pretende que no entre ni salga nadie sin autorización, sino que además se regula el que los sujetos, en tanto que miembros y representantes de determinados grupos, no lo hagan por lugares autorizados para ello. Así, si alguien no autorizado cruza los límites espaciales, -o simbólicos- que le están restringidos, le supondrá una sanción, pero a la vez conllevará, -en caso de que alguien lo logre-, una fuerte sanción para el encargado de vigilar dicho espacio. No en vano, las faltas en los servicios de vigilancia son de las más fuertemente sancionadas dentro del mundo militar, con lo

---

<sup>78</sup> En su momento vimos cómo muchos soldados manifestaban su sensación de estar encarcelados.



que se reafirma la importancia que adquieren estos aspectos espaciales en la particular cultura castrense, -aunque hay que decir que tal dimensión está íntimamente vinculada a la idea de defensa de los propios, frente a posibles ataques en tiempo de guerra-.

La realización escrupulosa de los servicios de vigilancia, en la que el encargado de la misma debe llevar a su máximo extremo su deber, evitando a toda costa que alguien incumpla este tipo de restricciones, es incluso compensado con felicitaciones y elogios para con aquel que lo hace de manera absoluta, aunque para ello recurra al arma con la que se le dota para dicho menester. Así, dentro de la mitología cuartelera, son frecuentes las referencias de sucesos acontecidos en torno a la realización de tales servicios. De forma que se difunde cómo algún soldado de reemplazo en el cumplimiento de sus funciones como centinela, hico echarse a tierra a tal o cual mando al no contestar adecuadamente al “santo y seña” solicitado. Por lo que, no sólo se relata como fue felicitado por el propio mando, sino que fue premiado con algún permiso extraordinario como reconocimiento a su entrega en el cumplimiento de sus funciones.

Estos hechos adquieren diversas fórmulas y modalidades, como la del soldado que no permitió que sus propios compañeros entraran o salieran fuera de las horas establecidas por los lugares no permitidos (normalmente los puntos más bajos de las murallas, o las garitas más fáciles de sortear de algunos cuarteles o bases), por lo que lógicamente fue igualmente compensado por el mando de su unidad con sendos permisos extraordinarios.

Este tipo de sucesos y relatos normalmente forman parte de la imaginaria y la leyenda particular de cada cuartel, pues no siempre están fundamentados en hechos reales, o, en todo caso, éstos no siempre se ajustan a los descritos y definidos por los protagonistas directos de los hechos. Además, tales relatos se van transmitiendo de reemplazo en reemplazo como un aspecto más de la cultura cuartelera. De manera que cada reemplazo añade algún elemento nuevo, o adapta los previos a los que estén vigentes en cada momento, como suele ocurrir en los mensajes que se transmiten de manera no normalizada ni regulada formalmente. Además, la transmisión de este tipo de eventos suele realizarse por vía oral, donde la presencia de los denominados “ruidos” o rumores juegan un papel importante en el mantenimiento y génesis de los mitos y leyendas, como mecanismos para justificar y mantener las estructuras vigentes.

Tras las reflexiones sobre los aspectos espaciales, retomaré el hecho genérico de la incorporación, haciendo hincapié en los procesos de adaptación del soldado a su nuevo entorno. En ello se aprecia -y así me lo han constatado varios mandos y compañeros “observadores ocasionales y aficionados”-, cómo el recluta, en sus primeros días, adopta una actitud y una compostura de total sumisión, reproduciendo los signos de sometimiento, tanto formales como informales, propios de la cultura popular de la que procede, lo que se manifiesta fundamentalmente a través de los mecanismos de la denominada comunicación no verbal,

entendida en el más amplio sentido de la palabra. Ello se debía a que, durante los primeros días en el cuartel los soldados tendían a hacer poco uso de la palabra, bien como consecuencia de un retraimiento personal, o por la imposición institucional sobre el particular, pues ésta tiende a limitar su uso a los mínimos imprescindibles, coartando a los que eran “demasiado” expresivos.

Esta actitud de aparente mutismo de los jóvenes es considerada por algunos mandos como un ardid, como una interpretación teatral para pasar desapercibidos. Estos mandos no tenían presente el efecto inhibitorio que el mundo militar tiene para con aquellos que no lo conocen y no pertenecen a él, más si cabe cuando tales sujetos entran en el mismo por imposición.

No obstante, tales signos y señas de sometimiento que no se correspondían plenamente con las manifestaciones propias de la milicia, eran inicialmente aceptadas como válidas en el nuevo contexto. Tanto los mandos, como los soldados veteranos, las percibían como muestras de sometimiento y de sumisión, aceptando el hecho de que los reclutas no habían podido aún asimilar nuevas pautas de acción sobre el particular, -aunque tales actitudes eran motivo de sorna por parte de los veteranos-.

Este aspecto me lo describía someramente un mando<sup>79</sup> durante una charla informal en la que me hablaba de la actitud que él había percibido en los soldados a través de su propia experiencia como militar, lo que señalaba de la siguiente manera: *Los reclutas aparecen con pinta de despistados, con unas manifestaciones de susto en el rostro, con unos ademanes de cuerpos curvados y sumisos, como temerosos ante lo extraño y desconocido.* Como puede apreciarse en la declaración previa, todos los rasgos definidos se corresponden con las pautas de uso cotidiano. No obstante, el citado mando me completaba su argumentación señalando cómo ésta actitud estaba muy generalizada entre los soldados, y apuntaba que incluso se daba entre individuos de dudosa apariencia y de origen un tanto conflictivo, como el de jóvenes pertenecientes a clases sociales marginales o de dudosa conducta en la sociedad civil.

El citado mando me contaba cómo los reclutas iban cambiando de actitud a medida que pasaba el tiempo, e iban adquiriendo confianza en el nuevo entorno. Lo que me manifestaba diciendo; *pasados unos días en los que el joven es vestido y se le enseñan unas pautas elementales, cambiaban radicalmente de actitud, empezando a manifestar una mayor seguridad en sí mismos y a captar el mensaje de la conveniencia de dejar fuera del cuartel muchas manifestaciones y actitudes propias de su contexto civil. Llegando muchos de ellos al final de la mili a convertirse en magníficos soldados, a pesar de que al salir a la calle se volviesen a poner su pendiente en la oreja y su cinturón de cuero con anchas hebillas.*

---

<sup>79</sup> En este caso se trataba de un jefe, dato que señalo por considerar que por su experiencia, edad, y visión del tema otorga un carácter complementario a la información por él emitida, respecto a los datos que suelo aportar que son manifestaciones de los propios soldados, o a la de mandos directos de la tropa.



Sobre el hecho de la entrada del joven en el mundo militar quiero señalar cómo desde las instancias militares ha surgido una toma de conciencia del impacto que podía producir en los jóvenes su incorporación en el mundo militar. No en vano, los Estados Mayores de los Ejércitos han plasmado su preocupación al respecto a través de los Planes Generales de Instrucción y Adiestramiento de la tropa, los cuales contemplan y desarrollan el denominado “Plan de Acogida y Destino”<sup>80</sup>, cuya finalidad última, según señala el propio documento, es la de suavizar en lo posible el carácter dramático que pueda conllevar en el joven su incorporación al mundo militar. Con ello se pretendía dar al recluta unas directrices básicas sobre el mundo en el que acababa de entrar. Sin embargo, lo que no se solía explicitar de manera oficial, era el reconocimiento de ese trauma que parecía sufrir el soldado, y mucho menos la responsabilidad que sobre el particular le correspondía a la institución militar y a sus mandos, como se puede apreciar en el documento formal que he señalado. Pues a lo que se hace alusión fundamentalmente es a la necesidad de señalar el acto de recepción para enfatizar el carácter trascendental del servicio que iban a cumplir los soldados, sin ser tenidas como prioritarias las inquietudes personales o las tensiones motivadas en el individuo por el choque cultural al que se veía sometido.

En todo caso, hay que señalar que algunos militares sí se definen sobre el particular, pero normalmente se trata de militares que poseen una formación complementaria a la militar, o que ostentan determinados puestos dentro de la organización militar que no son de carácter operativo. Como sería el caso de los médicos militares, o de aquellos mandos que ocupan determinados destinos en los que se hacen tareas de investigación para apoyar al mando, y que por ello analizan la realidad desde una perspectiva más amplia, que la exclusivamente militar y orgánica. Un ejemplo de lo dicho lo constituye Antello Ortiz (1946) que afirma: *La separación del ambiente familiar y del trabajo ordinario y la presencia de una vida desconocida a la cual algunos han sentido una cierta hostilidad representa un trauma moral, cuyas consecuencias desagradables hay que prevenir [...]*.

Volviendo sobre las actitudes iniciales que adoptaba el recién llegado, quisiera señalar que además de las razones expuestas en los párrafos precedentes, donde he tratado de manera detallada el hecho crucial y simbólico del cruce del umbral del acuartelamiento, parece natural que el joven adoptase actitudes y conductas propias de un extraño, y se mostrase temeroso, o, precavido, puesto que realmente era un verdadero extraño en ese mundo. Lo cual era así, entre otras razones, porque, como señalamos en otro punto, los referentes que normalmente poseían

---

<sup>80</sup> Plan General de Instrucción y Adiestramiento, División de Operaciones del Estado Mayor del Ejército (IG. 5/89 EME. <3ª DIV>), en su actualización de 1991 se cita textualmente: *Los mandos de las Unidades, tomarán las medidas convenientes para que el soldado sea recibido en las Unidades, de acuerdo con la trascendencia del servicio que va a desarrollar durante su estancia en el Ejército. Por esta razón se organizará un Plan de Acogida y Destino que contemple las aptitudes y, en lo posible preferencias personales de cada soldado para su incorporación a los distintos puestos tácticos.* Este Plan de Acogida y relación con las familias, está recogido formalmente en el BOD Núm. 146, del 27 de julio de 1994.

del mundo militar eran fruto de los comentarios de sus amigos, allegados, o familiares, que solían desvirtuar la realidad de la vida militar. En estos comentarios se solía exagerar de forma general aspectos como; la dureza de determinados mandos, la rigidez y disciplina de la vida militar, y las novatadas.

En diversas encuestas y estudios, tanto internos como externos, se confirma como la principal fuente de información sobre la mili procedía de las fuentes señaladas. Destaco un extracto de una encuesta realizada a jóvenes entre 16–24 años realizada por la Unidad de Estudios Sociales de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa, titulada: *servicio militar, fuerzas armadas, voluntariado especial*, en marzo de 1989 coordinada por Carlos Gil Muñoz. (P.. 45. tomo I), en la que se concluye:

*Al analizar el área sobre el Servicio Militar se puede concluir que: La mayoría de los jóvenes (62%) se declaran poco o nada informados sobre los derechos y obligaciones en la incorporación al Servicio Militar. La labor informativa del Ministerio de Defensa respecto a las distintas modalidades de cumplimiento del Servicio Militar, es considerada como escasa por un 70% de los jóvenes, y prueba de ello es que la principal fuente de información no proviene de medios oficiales, sino de los amigos y de la familia.*

Aspecto que también se constataba en el trabajo ya citado del Equipo de Relaciones Humanas del EME del ET (1987). Puedo afirmar que el desconocimiento y la incertidumbre respecto a lo que era el servicio militar antes de incorporarse a los cuarteles ha sido una constante para la mayoría de los que lo han prestado, incluyendo a los últimos soldados conscriptos. También ha persistido el que las principales fuentes de información al respecto por parte de los jóvenes han seguido siendo los comentarios de familiares y amigos, entre otras razones, pues los jóvenes daban mayor credibilidad a éstas que a cualquier información que pudiera facilitárseles desde instancias formales.

### ***3.2- Algunas consideraciones sobre el temor a la mili.***

Después de lo dicho parece acertado considerar que el mundo militar posee una cultura, o subcultura propia, que, al menos a priori, resulta desconcertante para aquellos que no la conocen de manera directa. Más aún cuando existe todo un entramado histórico que lo muestra como un mundo extraño, despótico y deshumanizado. Por lo que podemos considerar que para aquellos que se veían obligados a entrar en este mundo en condiciones de inferioridad y en contra de su voluntad, tal situación les provocaba un cierto temor o rechazo. Para constatar este hecho, cabría citar los casos de jóvenes que han intentado eludir por diferentes medios su incorporación a filas a lo largo del tiempo.

Tales prácticas se han desarrollado desde el momento en que surgió tal modelo de recluta, y

ha persistido hasta su práctica desaparición. Un curioso caso lo encontramos en las noticias de un diario gallego, donde se narra cómo algunos desalmados se aprovecharon de esa pretensión de eludir la prestación militar cobrando cantidades de dinero por tramitar la solicitud para ser reconocidos como objetores de conciencia.

La Voz de Galicia. Timan a jóvenes de Vilalba que pagaron medio millón para librar del servicio militar, 30 de noviembre de 1995:

*Muchos quintos de la comarca parecen haber pagado dichas cuantías, pero en realidad, la organización clandestina no les libraba de la mili, sino que redactaba una declaración de objeción de conciencia [...] la importancia del timo parece ascender a muchos millones de pesetas [...]. Normalmente la asociación trata de ponerse en contacto con mozos con pocos recursos económicos o escasa formación. No existe ninguna denuncia porque los afectados incurrieron en delito al realizar el pago y, además, podrían perder la condición de objetores, por no ser una declaración voluntaria sino un engaño, y tener que ir a filas en próximos años.*

Como se puede apreciar, el temor, o el rechazo, a la mili ha sido una constante entre determinados jóvenes que, como en otros tiempos, han seguido estando dispuestos a pagar grandes sumas de dinero para librarse de esta prestación.

Lo cierto es que muchos jóvenes han recurrido a mecanismos y procedimientos diversos, en ocasiones dramáticos. Para profundizar en el tema puede consultarse, entre otros a Brasas (1989), o a Feijóo (1996) que trata el tema, haciendo hincapié en el caso español.

Uno de los métodos habituales era la simulación de cualquier tipo de enfermedad o dolencia, tanto física como psíquica, aunque en los últimos tiempos del servicio militar, éstas prácticas fueron disminuyendo significativamente. Esto respondía a varias circunstancias, entre las que destaca el que los motivos y causas de carácter médico reconocidos para ser excluidos del servicio militar se habían ampliado notablemente en los últimos años, y por el hecho de poder optar a otras vías más factibles, como la objeción de conciencia. A pesar de lo cual, siguieron dándose casos de jóvenes que recurrían a cualquier medio para evitar enfrentarse con el hecho de pasar por los cuarteles, lo que se puede constatar en diversas noticias que aparecían de forma esporádica en los últimos años del servicio militar.

Por otra parte, el miedo y el temor que se sentía hacia la mili, no sólo se daba en el momento previo a la incorporación a la misma como fruto del desconocimiento, o de la desvirtualización de la información que se recibía sobre la misma, como ya se ha planteado. En ocasiones, este temor se veía fomentado durante la misma, la cual originaba, o intensificaba el deseo de "salir de la mili". Sirva como muestra un artículo del diario valenciano, El mercantil valenciano, aparecido el día 9 de junio de 1998:

*Fallece el joven de Alicante que se prendió fuego para no volver a la mili. El joven herido por quemaduras en un paso peatonal subterráneo de Alicante, quien reconoció que pensaba sufrir daños leves a través de una autolesión con el fin de no seguir en el servicio militar, falleció ayer en el Hospital General de Alicante, donde estaba ingresado desde el pasado 11 de mayo. Desde aquel día, momento en que simuló haber sido víctima de una agresión por parte*

*de una pareja de jóvenes que quisieron quemarlo vivo, aunque posteriormente reconoció una <<autolesión>>, permanecía en la unidad de cuidados intensivos (UCI) por la gravedad de las quemaduras sufridas. Francisco Javier Hernández, de 18 años, que sólo pretendía quemarse levemente, aunque mientras hacía pruebas, se produjo una <<combustión espontánea cuyas llamas alcanzaron piernas, tronco y brazos>>, según relató la policía, falleció esta pasada madrugada, según afirmaron fuentes de este centro.*

El artículo resulta en primera instancia llamativo por tratar un caso extremo y especialmente trágico, pero desde el punto de vista de cualquiera que analice la realidad de la vida en el ejército, resulta significativo por el mero hecho de que se haya producido tal suceso, en tanto que no deja de ser una muestra más de la repercusión negativa que tenía para muchos jóvenes la experiencia de la mili. Por supuesto no se pueden sacar conclusiones inmediatas, ni se puede hacer una generalización sobre este tipo de hechos, pero sí hay que considerarlos como unos sucesos más de los que se han producido en torno al servicio militar.

En este sentido, hay que considerar que la particularidad de la experiencia del servicio militar, al combinarse con la propia especificidad de determinados sujetos pudiese desencadenar situaciones como la referida. De forma que algunas actuaciones de tal tendencia posiblemente no hubiesen sucedido si sus protagonistas no hubieran tenido que pasar por la mili, o no la hubiesen experimentado de forma negativa.

Hay que tener en cuenta que sobre este tipo de sucesos sólo poseemos una información limitada y difícilmente contrastable. Pero además de esta limitación en la obtención de datos fiables, -que en todo caso constituyen la punta del iceberg de este tipo de incidentes-, para poder tener una idea aproximada de la magnitud de tales tipos de acciones y de la verdadera repercusión que tuvieron, habría que poder analizar y cuantificar de algún modo, no sólo los hechos o sucesos que se produjeron, sino los motivos y razones específicas que incitaron a tales hechos. Para lo cual deberíamos acceder a informantes de primera mano, lo cual resulta hoy por hoy inviable.

Lo que podemos hacer es un ejercicio de abstracción que nos permita imaginar, por ejemplo, lo que podía pasar por la mente de los soldados cuando se encontraban en la soledad de una garita esperando que pasase el tiempo, buscando respuestas a tal situación, preguntándose sobre cómo habían llegado a esas circunstancias, y sobre la razón de fondo que justificaba el estar allí. Deberíamos haber podido sondear en los rincones más profundos de los reclutas cuando se encontraban realizando instrucción hora tras hora, moviéndose de forma automática ante los gritos de sus instructores y ante el soniquete de tambores y cornetas. Poder indagar sus pensamientos más profundos, para percibir si se planteaban o cuestionaban por qué hacían aquello, si le habían dicho por qué lo hacían, y si lo deseaban hacer. Observar a través de la mirada penetrante de los ojos de algún soldado mientras está siendo recriminado delante de todos

sus compañeros por algún mando o instructor a través de gritos y actitudes humillantes, sin que pueda emitir sonido alguno ni justificarse de ninguna manera, e incluso sin saber la razón de tal recriminación. Entrar en lo más profundo del corazón de cualquier soldado que acabase de ser arrestado, por la razón que fuere, e indagar sobre cómo le afectaba el hecho de ver impotente cómo se le truncaban todos sus planes de esa tarde, o de ese fin de semana, o de varios días, o del anhelado permiso.

Sin duda, estos pensamientos nos darían muchas pistas para comprender el porqué de algunas acciones llevadas a cabo por muchos de los soldados que no supieron, o no pudieron contener sus emociones.

En todo caso, la inviabilidad de este análisis nos obliga a hacer un estudio basado en los hechos, y en las manifestaciones de algunos sujetos sobre sus percepciones, vivencias, y sentimientos de la mili. Uno de los momentos en los que las sensaciones y las experiencias del joven resultaban especialmente relevantes, por lo que a los temores y miedos se refiere, sería el de la entrada inicial y los siguientes días, incluso las primeras semanas.

Quiero destacar que el recelo a la mili, y el posible temor a lo desconocido siguió siendo una constante en los albores de la desaparición de la misma, pues los datos más recientes que manejo los obtuve en el transcurso del año 2000 y parte del 2001. Fechas en las que varios soldados me confesaban cómo en los días previos al de su marcha hacia la mili habían sentido un cierto nerviosismo e incertidumbre, porque no sabían con claridad qué era lo que se iban a encontrar. Aunque, en el mejor de los casos, me confesaban cómo poco a poco, y a medida que iba pasado el tiempo y haciendo amigos, iban aprendiendo realmente de qué iba eso de la mili. Como siempre, la formula “mágica” para superar la mayor parte de sus temores, era el saberse participe de un grupo determinado, de forma que los amigos aparecen como una constante, -como veremos-, que actuaba eficazmente como mecanismo para suavizar la sensación de desamparo y desorientación en el nuevo mundo.

Las declaraciones del periodo inicial desarrollado antaño en los centros de instrucción de reclutas (CIRES), que después se denominaron núcleos de instrucción de reclutas (NIRES), o centros de instrucción y movilización (CIMOV), o centros correspondientes, solían destacar el hecho de que era un tiempo que transcurría con rapidez, pero a la vez se caracterizaba por el temor y recelo de los jóvenes reclutas al asumir que estaban en un mundo nuevo y desconocido para ellos. Por lo que resulta comprensible que muchos de los que se encontraban en esa fase declaraban que la jura de bandera suponía un cambio radical en su experiencia como soldado, algunos lo referían como un punto de inflexión determinante, pues eran conscientes que ello suponía la adquisición de la condición de soldado y una nueva manera de vivir la milicia.

Quiero hacer constar que la justificación de dicho sentimiento de temor ante lo desconocido

se debía a la propia naturaleza humana, y no se puede vincular de manera exclusiva al mundo militar ni al hecho de la mili. Pero se producía con regularidad en este mundo, a pesar de que la mili como experiencia estaba integrada en la vida de los varones desde hacía mucho tiempo. En este trabajo trato de analizar este hecho, señalando aquellos aspectos que resultaban especialmente destacados y relacionados con tales sensaciones, pues en el mundo militar dichos temores adquirirían una cierta especificidad.

Una de las razones que pueden darnos alguna luz para comprender la disonancia entre lo que el joven esperaba encontrar en la mili y lo que encontraba, estriba en las fuentes de información de las que se nutría antes de incorporarse a filas, a las cuales ya he hecho referencia. Pero, al menos en las últimas décadas, también destacaría la influencia del cine<sup>81</sup> y de los medios audiovisuales en general, a través de los cuales los adolescentes adquirirán parte de la información sobre lo que parecía ser eso de la milicia.

La información recibida por estos medios calaba profundamente en muchos de los jóvenes, influyendo en el imaginario que sobre el particular se configuraba cada cual. Tal información constituía un mecanismo especialmente relevante para configurar el esquema cognitivo de un hecho tan común, y a la vez tan extraño como el militar, para aquellos que no lo conocían en primera persona.

En el caso de España existen diversos filmes<sup>82</sup> que tratan el tema militar desde muy distintas perspectivas. Aunque destacaría aquellos que lo hacen de manera sarcástica, e incluso humorística, como la película de Ramón Fernández (1960) *Ahí va otro recluta*. Otros autores se permiten hacer una comedia en torno al desarrollo de la guerra civil española, como ocurre en la película de Berlanga (1985) *La vaquilla*. Pero, normalmente, el tema de la milicia es tratado como algo serio e importante, destacando los valores castrenses, aunque se permitan adornarlo con tintes de humor. En otras películas se trata el tema de la mili con claros matices antimilitaristas y contrarios a la institución de la mili, como en el caso de la película de Manuel Esteban (1993), *Historias de la puta mili*, que dada su aceptación entre el público se adaptó en una serie televisiva.

No obstante, parece claro que la imagen estereotipada de la milicia presentada en la producción fílmica no suele corresponderse de manera categórica con la realidad y la crudeza de la vida cuartelera, ni los personajes son tan especiales como se presentan en las películas.

Lo que sí podemos señalar es que las producciones cinematográficas y televisivas de carácter militar, han influido en el constructo más o menos idílico de lo militar en el pensamiento de los

---

<sup>81</sup> Aspecto tratado por Altares (1999).

<sup>82</sup> Para analizar la producción cinematográfica española sobre el tema militar puede consultarse a Verdera Franco (1995), que hace un análisis pormenorizado y documentado de acuerdo a diferentes sistemas categóricos.

jóvenes, algunos de los cuales se vieron incitados por éstas para decidir hacerse militares.

El poder de tales producciones hizo que muchos jóvenes que vivieron la experiencia de la guerra y del combate las experimentasen como si de una película se tratara, como comentan Altares (op. cit.) y Michael Herr (1980).

Por último, quisiera destacar cómo el fenómeno de la guerra es construido en el pensamiento del niño, del joven, y del adulto siguiendo unos argumentos distintivos y estructurados según unos criterios particulares. Los cuales, no pretende otra cosa que mantenernos a todos imbuidos en una dinámica y actitud infantil al respecto, al no entrar, en el mayor de los casos, en el análisis profundo del hecho de la guerra a través del estudio y la comprensión de dicho fenómeno desde la perspectiva de los otros, es decir de los enemigos, y de los neutrales, lo que permitiría adquirir una visión holista de tan trascendental fenómeno social. Este hecho queda recogido en un artículo de Juan Delva y Cristina del Barrio (1992:165-173), en el que se cita a Piaget como crítico del sistema educativo respecto a la educación para la paz. El interés del artículo reside en su enfoque, que refiere como se construyen las ideas de los niños acerca de la guerra y la paz, resaltando cómo a través de los mensajes informativos cotidianos, la guerra acaba convirtiéndose para el niño<sup>83</sup> en un dato, en un fenómeno del mundo que le rodea, pero que a su vez percibe como algo lejano.

En todo caso, quiero señalar que el joven empezaba a preocuparse por el tema sólo cuando estaba próximo el momento de incorporarse a filas, y era cuando se veía sometido a una avalancha de consejos y recomendaciones, que hasta entonces nadie se había preocupado en preparar. Algo parecido ocurría con el conjunto de la sociedad respecto a la necesidad de conocer y comprender el mundo y la cultura militar. Todos son conscientes de que se trata de una institución que está ahí, que hace algunas cosas, y que realiza unas paradas militares y luce unos uniformes que les resultan llamativos, pero, por lo demás, se les insinúa como un mundo distante y extraño, cerrado, al que lo mejor es dejar estar. De manera que en el mejor de los casos, la preocupación por la milicia y los temas militares afloraban en las familias cuando algún miembro de la misma, o algún conocido, estaba presto a partir para realizar el servicio militar, y tal interés volvía a desaparecer cuando la mili del susodicho terminaba.

A lo dicho hasta ahora sobre las ideas estereotipadas con las que llegaban los jóvenes respecto a lo que era la vida militar, y a las impresiones personales y particulares que cada cual experimenta de acuerdo a sus propios sentidos, hay que añadir las primeras observaciones que solían hacerse a los recién llegados por parte de los militares encargados de recibirlos. Tales observaciones giraban normalmente en torno al carácter severo de las normas y pautas de

---

<sup>83</sup> Personalmente ampliaría tal observación para con los adolescentes, e incluso para gran parte de los adultos.

conducta que rigen la vida en el ejército. Así, los mensajes que recibían los recién llegados, estaban referidos a la dureza de las sanciones ante actitudes o acciones que no resultan tan gravosas en la vida civil, como por ejemplo; el consumo de estupefacientes, el incumplimiento de determinadas normas relacionadas con el horario, con el aspecto físico, con el uso de equipos, etc. No es de extrañar, por tanto, el que el primer contacto resultase impactante para muchos, de ahí que adoptasen posturas socialmente reconocidas como de sumisión y de acatamiento, o de enmascaramiento, para intentar pasar desapercibido, "por si las moscas". Expresión que se constituía en una de las recomendaciones más corrientes por parte de los que asesoraban a los próximos a incorporarse a filas. En esta línea, podemos afirmar que la recomendación más generalizada para con los futuros reclutas solía constituirse en el dicho; *en la mili lo mejor es pasar desapercibido*. Otra variante de esta recomendación reza así: *en el cuartel no te presentes voluntario ni para irte de permiso*. Todo lo cual está amparado en un sentimiento de desconfianza y recelo que los soldados tenían para con los que eran percibidos como extraños, es decir para como los "otros", en este caso; superiores y guardianes. El citado recelo también estaba amparado en la idea de que las decisiones y solicitudes de los superiores no sólo eran impredecibles, sino que la norma era que no resultasen muy buenas o aconsejables para el soldado, pues se infiere que cuando un mando pide algo de forma voluntaria es que supondrá una carga extra para el que se presente. De ahí ese consejo de no hacer nada destacado, "por si acaso".

Una variable muy popular en la milicia del ejemplo anterior, es la frase; *el que pregunta se queda de cuadra*, tiene connotaciones similares a las anteriores, pues encierra la premisa de que antes de solicitar alguna cuestión ante un superior o un veterano, -a los que lógicamente se recurre para hacer preguntas-, conviene recurrir a vías alternativas de información, pues de lo contrario lo más probable es que aquel al que se pregunte le encasquete a uno la tarea, o función, o cualquier menester que tenga pendiente, al hacer evidente quien pregunta su nivel de desconocimiento del medio en el que se mueve. El que pregunta sobre determinados temas siguiendo los procedimientos jerárquicos denota su grado de inmadurez, su ser novato, y como tal será tratado. Un militar veterano, sea mando o soldado, antes de preguntar a un superior sobre algún tema que desconoce y que puede conllevar alguna asignación de tarea, intentará previamente adquirir información al respecto por vías alternativas a las del mando, para estar informado y prevenido y poder anticiparse a cualquier situación. En el caso de la tropa, tal frase está directamente vinculada con las novatadas, pero no trataré en este punto el tema por hacerlo en páginas posteriores con mayor profundidad.

En este sentido, se puede constatar que todos los que han pasado por la mili saben que, el ser diferente, o aparentarlo, solía traer consecuencias. De forma que, sí destacabas para bien, o por



saber hacer determinadas cosas, lo más probable era que se pasase el resto de la mili realizándolas a todas horas, y “gratuitamente”, pues al identificarte como alguien responsable, trabajador, etc., los mandos se acordaban de él cuando tenían que hacer cualquier cosa. Si, por el contrario, se destacaba para mal, los mandos se “quedaban con su cara”, -como suelen decir los propios soldados-, y le reconocían enseguida, relacionándolo con cualquier acto negativo que aconteciese en la unidad, por lo que podía llegar a pasarlo mal. Así que lo mejor era no llamar la atención en ningún caso, y formar parte de la masa.

En cuanto a las primeras experiencias vividas por los soldados de reemplazo españoles en las últimas décadas, puede decirse que, en el fondo, no difieren mucho de las premisas señaladas, aunque hayan variado algo en la forma y en los procesos en que se constituían dentro de los acuartelamientos. En todo caso, las variaciones por lo que respecta a las instalaciones, relaciones y trato, etc., no se deben a un cambio espontáneo en el interés del mando respecto a las necesidades o inquietudes de la tropa, sino más bien a un cambio motivado por el devenir de los acontecimientos sociales y políticos. También hay que considerar los procesos de socialización a los que se han visto sometidos los propios mandos militares.

En este sentido, se produce un cierto cambio en el indicador social denominado “herencia ocupacional”, para el que se articula como referente fundamental la elección profesional del padre de los sujetos. Este aspecto caracterizaba en otro momento histórico al colectivo militar<sup>84</sup>, pero hoy en día, no son pocos los hijos<sup>85</sup> de militares que no “están por la labor” sobre eso de seguir la tradición y mantener la estirpe militar. No obstante, la tradición familiar en la escala de oficiales de la armada y en la del ejército del aire, parece tener mayor incidencia<sup>86</sup>.

Por otra parte, el orden en el que se suceden los acontecimientos, en especial los correspondientes al simbolismo cultural del contexto analizado, también ha sufrido algunas variaciones. Pero puede decirse que los hechos y acontecimientos que caracterizan la experiencia de la mili suelen repetirse en gran medida, como veremos. De forma que, lo que ha variado fundamentalmente han sido los actores, pero reconstruyéndose en cada nueva quinta, la evocación de los momentos y aspectos más destacados de las antiguas representaciones de los procesos y procedimientos de tiempos pasados. En este sentido, una de las constantes que prevalecía en la mente del soldado era el asumir como una necesidad el principio de que al

---

<sup>84</sup> Sobre este tema véase entre otros: Paricio (1983), Busquets (1984), Ribal (1991).

<sup>85</sup> He de decir que entre los propios militares tampoco existe un interés tan arraigado como antaño, en que sus hijos continúen sus mismos pasos. Lo cual destaca de forma especial entre los militares que no pertenecen a la Escala Superior de Oficiales, -tal consideración ha sido tratada en el ejército de tierra, pero presumiblemente sucederá lo mismo en la armada y en ejército del aire-.

<sup>86</sup> El carácter endogámico de las FAS ha sido tema de investigación en diferentes países, destacando especialmente EEUU, del que podemos encontrar una bibliografía interesante en Jenkins, y Moskos Jnr.(1984). También se ha tratado en el caso de las FAS españolas, aunque no poseo información reciente de estudios profundos y contrastados sobre los tres ejércitos, si bien existen datos sobre Tierra, siendo un clásico el ya citado trabajo de Busquets (1984) aunque se centra exclusivamente en los oficiales. El Ejército del Aire ha sido estudiado de manera profunda por Martínez Paricio, y por Ana Huesca.

cruzar el muro del cuartel debía "dejar fuera sus cojones y su mente". Lo cual adquiere sentido, entre otras razones, para evitar tener problemas con los mandos, o evitar verse sumido en un cierto estado de desesperación. El dejar fuera los "cojones", equivalía a dejar de lado su hombría y orgullo, que le podía hacer actuar de manera impulsiva en ciertas ocasiones. Y, el dejar la mente fuera le evitaba reflexionar sobre el sentido, o sin-sentido, de lo que le mandaban hacer cada día, o sobre su propia situación y condición dentro del mundo y la cultura cuartelera.

En cuanto a los aspectos que marcaran de forma especial los primeros días y las primeras experiencias del joven dentro del mundo castrense, analizare algunos que considero bastante generalizados, y que poseen un carácter especial. Constituyen elementos claros del proceso ritual a través del que se pretende señalar el cambio en la identidad de los sujetos que lo experimentan, además de la función específica que pudieran tener respecto a la adaptación para el nuevo entorno y la nueva forma de vida.

### **3.3- Del corte de pelo, y del uso de la barba y bigote.**

Una de las primeras y más llamativas experiencias del recluta, por su carácter simbólico y por la facilidad con que puede percibirse, será el verse sometido a un especial corte del pelo. Su trascendencia se constata por el hecho de que es un aspecto comúnmente referido por los varones al preguntarles por la mili, aunque he podido apreciar algunos matices interesantes al respecto. Unos lo citaban como un hecho non grato, pero que acababan de asumir como necesario, un soldado me decía al respecto; *No me gusta llevar el pelo corto, aunque es verdad que es muy higiénico*. Otro soldado se refería a su experiencia militar en términos más tajantes, lo que citaba en los siguientes términos; *No hay derecho a que llegue un día y te saquen de tu trabajo, te rapen la cabeza y te hagan obedecer como un borrego todas las ordenes de unas personas a las que no conoces por el hecho de que lleven unas tirillas o unas estrellas en el hombro, ¡la mili es una experiencia que te quema la sangre!*. En esta declaración se aprecia fácilmente el carácter crítico de la misma, por lo que resulta relevante el que, quien la emite recurra de forma clara al hecho de ser rapado como un aspecto relevante, en tanto que para él la simboliza y la refiere.

En este mismo sentido, el recurso de presentar el hecho del corte de pelo como símbolo de entrada en el ámbito militar, ha sido utilizado por algunos guionistas y directores cinematográficos. En mi opinión el que lo ha utilizado de forma más contundente ha sido Stanley Kubrick (1987) *La chaqueta metálica*. De hecho, las primeras escenas muestran un primer plano de varios jóvenes mientras son rapados sin ningún miramiento.



*Fotogramas iniciales de la película de Stanley Kubrick, "La chaqueta metálica".*

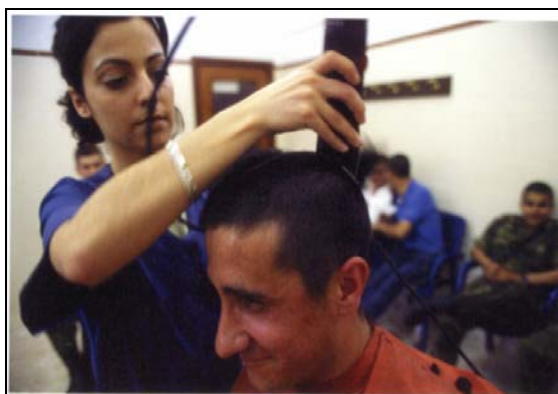
Las imágenes de esta escena inciden en presentar jóvenes con densas matas de pelo que al ser rasuradas dejan caer grandes porciones de la misma, con lo que el impacto visual es evidente, pues representa de forma gráfica como los sujetos pasan de un estado a otro. Así, a medida que las matas de pelo de los nuevos reclutas van cayendo pesadamente al suelo, como si fuesen partes muertas, se representa la muerte simbólica y la purificación de los jóvenes al ser desposeídos de uno de sus más visibles signos de identidad, pues en ese preciso instante pasan a ser reclutas. Así lo señala Leach (1989:109) cuando apunta: *los rituales de circuncisión, rapado de cabeza, extracción de dientes y otras mutilaciones corporales, que corrientemente marcan el ingreso por primera vez en la sociedad adulta, no sólo son metáforas de la purificación (véase p.. 84) sino también de la muerte. El niño debe morir antes de que pueda nacer el adulto.*

Un hecho que denotaba el carácter negativo con que se relaciona el corte de pelo por parte de los soldados es el que normalmente se recurriese a términos negativos para referirlo, usando expresiones como; "rapar", o "pelar", en lugar de cortar el pelo.

El fotograma anterior responde al ejército de EEUU, pero no difiere del corte tradicional de nuestro ejército, como podemos apreciar en las siguientes imágenes del ejército de tierra español.



*Fotografía pág. Internet: <http://www.rtve.es/tve/b/linea900/programas/temp01-02/9-12-01/semana.htm>*



*Fotografía extraída texto de Carlos de Andrés ( 2001) “Soldados”.*

El corte de pelo de los reclutas se caracterizaba por su forma y por la manera en que se realizaba. Consistía en un corte muy apurado y uniforme, que se realizaba de manera rápida y descuidada. Normalmente se aplicaba a todos los nuevos reclutas, independientemente de lo largo que tuvieran el pelo, pues se trataba de que todos lucieran el “corte militar”. Los recién llegados eran agrupados y dirigidos a la peluquería para ir pasando, de uno en uno, o en grupos, por la maquinilla del peluquero. En caso de necesidad, se habilitaba una peluquería provisional en algún patio o calle del acuartelamiento, dependiendo del número de reclutas, y de peluqueros y maquinillas disponibles.

Parece aceptable suponer que tal costumbre podría tener su justificación originaria en una necesidad higiénica, pero el que haya perdurado hasta el fin de la mili denota el papel simbólico que posee en la cultura militar. En este sentido, parece claro que sirve para marcar, para señalar el paso de un estado a otro, como sucede en algunos procesos de transición de determinadas culturas, y en otras instituciones.

La particularidad de las instituciones totales de someter a los iniciados a incómodos sacrificios y a sufrir algún tipo de mutilación, como es el caso del corte del pelo, son referidas de forma constante por parte de los que han trabajado sobre estas instituciones. Además de Leach (1989:83-109) al tratar el tema de las mutilaciones corporales, lo apuntan, por ejemplo, tanto Horton y Hunt (1994:231-232) que refiere tal apreciación a Goffman, y también lo refiere Anta Félez (1994).

Por otra parte, cómo señala Leach (1989:83); el rapado de cabeza tiene la característica peculiar de que es reversible; el cabello volverá a crecer tras haber sido cortado, por lo tanto esto es especialmente apropiado como metáfora de la inversión del tiempo social que se exige en los ritos de paso. En este sentido, se presenta como especialmente indicado en el caso de la mili, ya que ésta estaba delimitada en el tiempo, y poseía un final en el que el joven retornaba a la vida civil, momento en el cual podría volver a lucir el cabello que desease. Un antiguo refrán

corroborar este particular aspecto del pelo, reza así; *El pelao y el afeitao en ocho días igualao*.

El carácter reversible del corte del pelo permite a su vez a los soldados el que lo utilicen como un elemento más de identificación y distinción dentro del propio grupo. Así, pasado el periodo inicial de instrucción en el que los mandos solían ser especialmente rígidos sobre el particular, se podía percibir cómo a medida que pasaba el tiempo y sobre todo cuando los soldados ya habían jurado bandera, tal rigidez se suavizaba, de forma que los más veteranos solían lucir cabelleras más abundantes que sus homónimos novatos. Incluso algunos se hacían cortes de pelo un tanto exóticos, con tupés o peinados más elaborados, en los que cada cual marcaba con ello su diferencia de los demás, “sin que los mandos lo notasen”. Con tal actitud transgredían los límites permitidos sobre el particular.

Una muestra gráfica de estas diferencias se puede observar claramente en la fotografía y la caricatura siguientes.



La fotografía muestra un par de soldados veteranos del año (1991). El de la izquierda luce una mata de pelo abundante, y el de la derecha muestra un flequillo extravagante para ser de un soldado que aún no se había licenciado, también luce con orgullo un tatuaje en el hombro.



En la imagen se representa a modo de caricatura a un soldado bisoño, rasurado y sin bigote ni barba, y otro veterano con más cabello, patillas, y bigote con perilla. Se trata de un detalle de una caricatura realizada por un soldado que prestaba su servicio militar a finales de los 90.

Las referencias al cabello suelen aparecer en muchos de los dibujos o caricaturas de la mili, por constituir el corte de pelo un signo totalmente normalizado, pero que a la vez resulta particularmente visible y representativo de las diferencias entre los soldados. La trascendencia de tal aspecto se reafirma también en el argot de la tropa, a través de los calificativos de peludo, o peluso, que utilizan los veteranos para referirse a los novatos. Recurriendo con ello al carácter metafórico de tan particular corte de pelo que, sirve para definir a los reclutas.

De forma similar, los alumnos de las academias militares utilizan elementos y mecanismo relacionados con el cabello, la barba y el bigote para hacer distinciones. Así, por ejemplo, ha sido frecuente el que los alumnos de cursos superiores impusiesen a los de primer curso la restricción del uso del bigote, que era utilizado a su vez de forma generalizada por los alumnos de cursos superiores.

Tales hechos están ligados a la correlación que se establecía entre el bigote y la hombría, y que formaba parte del imaginario de los militares de determinados momentos de nuestra historia. De forma que se consideraba el bigote como signo de madurez, virilidad y hombría y su ausencia como una falta de ello, e incluso como signo de afeminamiento. Como anécdota sobre el particular, citaré un pequeño relato sobre tales consideraciones cuyo protagonista era un aguerrido coronel de la Guerra de África, el cual aparece en la reciente novela de Martínez de Pisón (1999:30) en la que señala al respecto: *Del coronel Villablín también se decía que obligaba a sus soldados a dejarse bigote y que a más de uno había mandado al calabozo porque no le salía suficiente pelo. <<¡Un hombre sin bigote es un mariquita, y en el ejército no hay sitio para los mariquitas!>>, decía.*

En esta línea, y como señala Álvarez (2000: 136-141), el uso del bigote como signo de identidad y distinción fue utilizado en tiempos pasados por la clase militar, y al parecer sólo en el siglo XIX los hombres de las clases acomodadas dieron en llevar estos aditamentos capilares.

Haciendo referencia al carácter metafórico que contiene estas restricciones sobre los elementos capilares, podría considerarse el corte de pelo como un acto en el que los jóvenes eran despojados de su individualidad, de su seña de identidad personal y particular. Pues, de acuerdo con algunos de los criterios y pautas de conducta de nuestra sociedad, la diferenciación en el tipo de peinado, en la longitud del cabello, etc., constituyen rasgos de la individualidad y de la identidad de cada cual, y adquiere un papel importante en la imagen y status de los sujetos.

Por ello, todos los reclutas debían lucir una “brillante” cabeza, presta para ser cubierta por la prenda correspondiente, de la que no podían despojarse sin autorización, o en circunstancias que estuviesen reglamentado por las normas de uniformidad. Así, en la vida cuartelera resultaba fácil percatarse de cuando había llegado un nuevo reemplazo, pues bastaba con observar por un instante los lugares frecuentados por la tropa, con lo que enseguida se apreciaban diferencias entre los veteranos y los recién llegados.

Sobre cómo son identificados los reclutas por su particular corte de pelo, referiría una frase hecha que se utilizaba en ocasiones para señalar el modo en que se había realizado un hecho, para lo que se decía; “a lo quinto”, con lo que se pretendía señalar el carácter torpe y ordinario de aquello a lo que se hacía alusión, pero también a la modalidad del corte de pelo al rape, o a estilo militar. Esta frase es tratada por Álvarez (2000:32), quien ofrece un dato interesante sobre el origen de la práctica de rasurar en extremo a los reclutas en la milicia, del que subraya fue consecuencia de una moda, y no de una necesidad higiénica. Señala que tal proceder surge a raíz del abandono del uso de pelucas por parte de los caballeros como consecuencia de la revolución francesa, y que dicha estética congenió con el espíritu juvenil por lo que se extendió, y fue adoptada como norma por el ejército de Napoleón I, según apunta Álvarez.

Debemos considerar una función más relacionada con las restricciones referidas al cabello. Me refiero a cómo el corte de pelo ha servido como mecanismo de control, en tanto que constituye uno de los signos sobre los que se puede ejercer un reconocimiento eficaz, al ser fácilmente verificable el cumplimiento del orden exigido sobre su aspecto. Por lo que se constituye en un elemento ideal para afirmar y reafirmar la autoridad de quien tiene la potestad para definir y controlar las pautas a seguir sobre quién debe cortarse el pelo y sobre cómo y cuándo debe hacerlo. No en vano, si un mando deseaba presionar a los soldados para aplacar sus ánimos en un momento dado, bastaba con anunciarles que les iba a pasar una revista de policía antes de salir de paseo o de marcharse de permiso. En dichas revistas adquirían un valor destacado el afeitado y el corte de pelo, lo que hacía que todos se “buscasen la vida” para llevar

el pelo de forma reglamentaría. Para lo cual no dudaban en recurrir a los servicios de algún compañero mañoso que se prestase a repasarles el cabello, -aún con el riesgo de sufrir algún que otro trasquilón-, pues lo prioritario era el salir a la calle a toda costa.

Estos peluqueros improvisados eran frecuentes en la mili, y raro era el reemplazo en el que no surgiera algún listillo que, tras invertir un dinero en adquirir una maquinilla, no la amortizase prontamente, y cuyas actividades como peluquero aficionado le permitían vivir cómodamente durante la mili gracias a los ingresos extraordinarios que tan lucrativa actividad le deparaba.

El corte de pelo era utilizado también como mecanismo de castigo, y como una forma de sanción ante determinadas actitudes o faltas. Práctica bastante utilizada en otros momentos en los cuarteles, llegándose a mandar a los castigados a que se les cortara el pelo “al cero”, como se dice popularmente.

Un informante me comentaba respecto a las sanciones y represiones que sufrió durante su servicio militar, -que cumplió a principios de los años setenta- que aunque no tuvo muchos percances, sí recuerda uno en especial que le impactó sobremanera. Se trataba de un día que faltó al servicio de imaginaria, y al presentarse al mando encargado de tal menester, éste le ordenó firmes y con una maquinilla de pelar le hizo una “raya” a lo largo del cuero cabelludo para que se cortase el pelo al cero, lo que obviamente no podía eludir tras el trasquilón que le había propiciado. Ciertamente, tal proceder responde a un sujeto un tanto raro y extravagante, pues el portar una maquinilla de pelar como herramienta para imponer un castigo de tal guisa, además de resultar incómodo, denota una falta de personalidad y de saber hacer. A no ser, claro está, que tal personaje<sup>87</sup> tuviese entre sus metas el mostrarse como un ser particular y extravagante, o que sufriese algún tipo de trastorno psicológico. En todo caso se trata de sujetos aislados y situaciones excepcionales, pero el hecho de que se produjera no deja de constituir un dato más a considerar sobre la experiencia de la mili.

Hay que señalar que tal recurso no ha sido exclusivo de la milicia, pues como ejemplo extremo podríamos citar el rapado de cabeza al que se sometía a las mujeres que eran acusadas de haber sido condescendientes con las tropas enemigas, o por haber pertenecido al bando contrario. Hecho que se produjo tanto en España durante la Guerra Civil<sup>88</sup>, como en otros lugares durante la Segunda Guerra Mundial, como en Francia<sup>89</sup>. En estos casos servía para señalar a las supuestas colaboradoras con las tropas enemigas, pues el cabello largo constituía una de las señas de feminidad al uso en la época. También ha sido usual el rapado de cabeza, junto con la prohibición de lucir barba o bigote, entre los reclusos de un determinado momento.

---

<sup>87</sup> Berlanga (1985) *La vaquilla*, recrea en tono de humor este curioso comportamiento en un oficial republicano.

<sup>88</sup> Bullón De Mendoza y Álvaro De Diego (2000:145-192) recogen estas prácticas como medidas de represión contra las mujeres por ambos bandos.

<sup>89</sup> En el libro de Desmond Morris (1985:29) podemos encontrar un buen ejemplo.

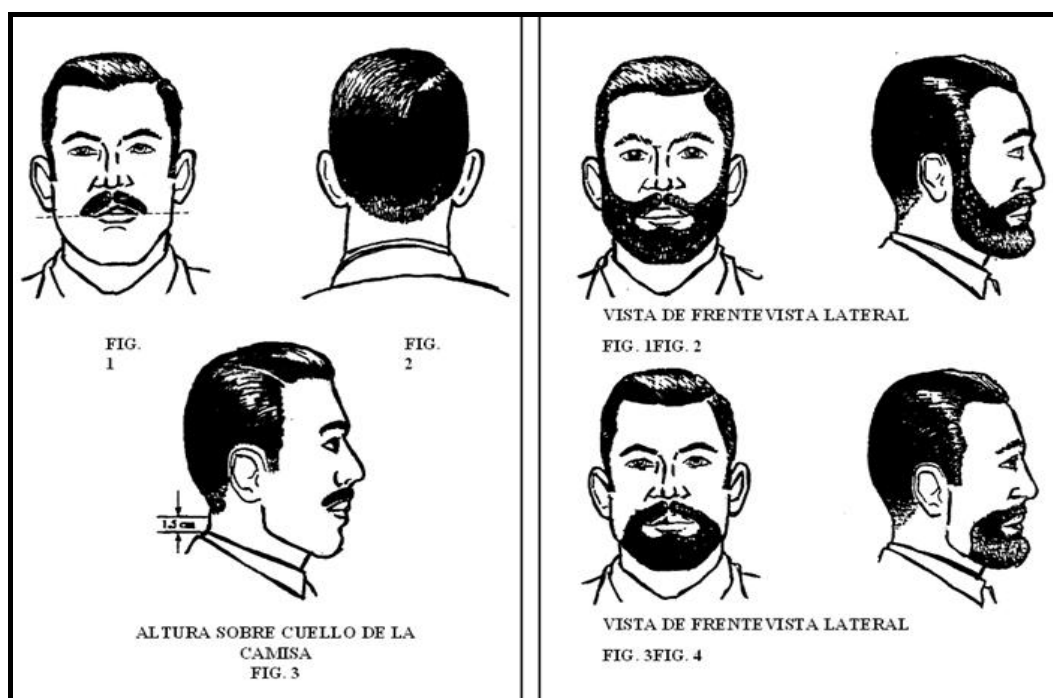


Lo que refiere, por ejemplo, el coronel Villanueva (2001:79).

Hay que señalar que el cabello también era objeto de atención de algunas novatadas, como veremos en su momento. A la vez, el primer corte de pelo de los nuevos reclutas solía ser motivo de chanza y sorna para los veteranos, como refleja el siguiente dibujo, extraído del trabajo de Muninelo (1967c).

Siguiendo con el tratamiento institucional de estos elementos externos, hay que destacar el hecho de que en el ámbito militar todo lo referente al cabello, y por extensión a la barba y al bigote, está absolutamente reglado en las normas de policía y de uniformidad, -incluyendo el uso de tintes-.

Tales aspectos están recogidos en la norma regional de la región militar centro (NR 13/00 normas de uniformidad, actos militares y protocolo)<sup>90</sup>. En cuyo anexo (A) se recoge la NG 3/96 EME (4ª Div.) por la que se regula la policía y el aspecto físico del personal militar del ET y de los Cuerpos Comunes de dicho Ejército.

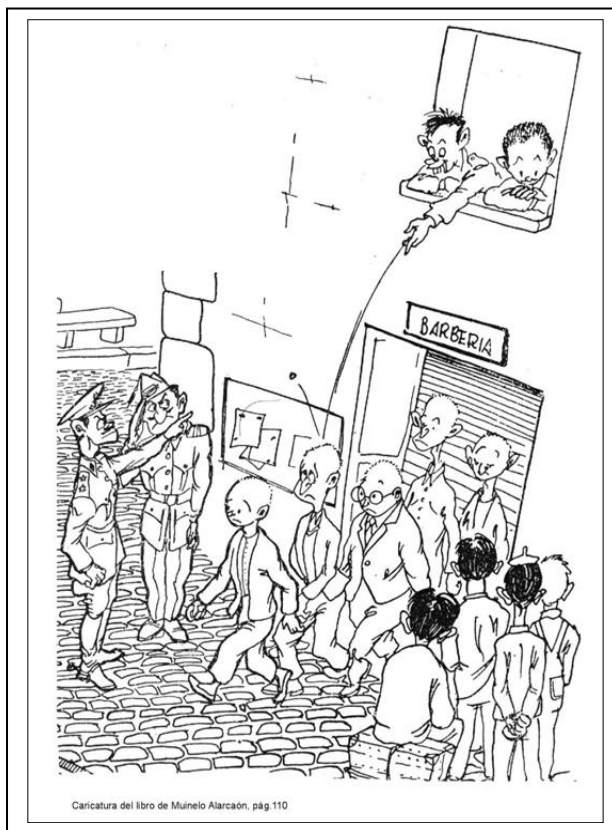


*Imagen que aparece en la Normas que regulan el corte de pelo, y el uso de bigote y barba entre el personal del ET según la NG. 3/96 EME (4ª Div.), que regula la policía y el aspecto físico del personal militar del ET y de los Cuerpos Comunes de dicho Ejército.*

<sup>90</sup> Estado Mayor del Ejército, **Norma General que regula la policía personal y aspecto físico del personal militar**, Madrid abril, 1996, la cual tiene como objetivos generales: *unificar criterios sobre policía personal y aspecto físico de los componentes del Ejército de Tierra, se hace necesario dictar las presentes normas que reflejen esta problemática. La imagen que ofrece el personal integrante del mismo, es la de la colectividad. Con el cumplimiento de esta Norma se fortalecen los lazos de uniformidad y disciplina, y como consecuencia de ello, la unidad espiritual de sus miembros.*

Respecto a estas normas hay que señalar que existen excepciones, como el caso de la legión donde es posible ver a sujetos luciendo barbas que no se ajustan a las normas anteriormente señaladas, erigiéndose además sus portadores en signos referenciales del soldado legionario.

Y, como sucede con toda norma, los sujetos manifiestan su desacuerdo con la institución a la que afecta, transgrediéndola. Así, los soldados de reemplazo las incumplían en la medida en que podían, descuidando el cabello, o buscando cortes de pelo personalizados. Lo que se ajusta a las consideraciones de Mary Douglas (1978:98) referidas al descuido intencionado del cabello, y del aspecto en general, como fórmula para protestar contra las manifestaciones de control social e institucional.



Por otra parte, se puede apreciar una cierta correlación entre el tipo de corte de cabello y la longitud del mismo entre los propios mandos y su grado de conciencia particular respecto a su integración y adhesión a las normas profesionales. De manera que aquellos que se cortan el pelo de forma sistemática y lucen permanentemente un corte acentuado, suelen autoconsiderarse como “más militares” que los que son más moderados, o “descuidados” sobre este particular. Las observaciones de Shibutani (1961) sobre la autoimagen pueden resultar aclaratorias sobre el particular.

Considerando nuevamente las observaciones de Leach (1989:83-109) sobre el uso de determinadas mutilaciones corporales para simbolizar y marcar el cambio de status, o la pertenencia a un status o grupo concreto, además del rapado de cabeza, destacaría el uso de mutilaciones permanentes. De estas últimas, el tatuaje adquiere un valor especial en el mundo que analizamos, aunque posee un valor relativo, pues no son propias ni extensivas de los soldados de reemplazo, ni de los militares profesionales, pero tienen una cierta representación en alguna unidad como era el caso de la Legión en la que ha actuado hasta hace no mucho tiempo como un signo de institución. Incluso algunos jóvenes que prestaron su servicio en tal unidad se hicieron algún tatuaje, o fueron tatuados por la fuerza por sus compañeros veteranos, aunque tal práctica era instituida por los grupos informales. La trascendencia del tatuaje en la legión la

podemos observar en el texto de Montes Ramos (2001:134), quien adjunta una serie de fotografías de legionarios tatuados.

Hoy en día sigue siendo costumbre el uso de tatuajes entre algunos grupos marginales como los presos, pero también se ha extendido su uso entre los jóvenes. Sin embargo, dentro de las FAS, existe un cierto rechazo por parte del mando para con este tipo de signos, lo que se puede apreciar en una normativa que lo regula y sanciona<sup>91</sup>. Algunos soldados mostraban sus tatuajes como elementos de distinción respecto al conjunto, usándolos en este caso como símbolos de rebelión y diferenciación ante el carácter homogeneizante del propio hecho de la mili. En la fotografía referida anteriormente en la que aparece un soldado con aspecto de “punky” con un particular flequillo, se aprecia cómo muestra un tatuaje de su hombro, para reafirmar la negación de su condición militar.

Hechas estas observaciones sobre las mutilaciones utilizadas para señalar el nuevo status de aquellos que entran en el mundo militar, quisiera señalar un aspecto que suele formar parte de estos hechos y de las circunstancias que acontecen cuando los sujetos están en proceso de perder su identidad y adquirir una nueva, me refiero al proceso de purificación.

### ***3.4- De la uniformación.***

En el caso de la mili, además del corte del cabello ya tratado, adquiriría un papel destacado la práctica de someter a los reclutas a una ducha colectiva, -que en otros tiempos era acompañada con un proceso de desparasitación-. Este acto, aunque vinculado a prácticas higiénicas, posee un valor simbólico, como sucede en la ablución en muchas culturas.

La ducha inicial se mantuvo en algunos contextos como una reminiscencia de tiempos pasados en los que los mozos llegaban con grandes carencias higiénicas, por lo que quedó recogida en la normalización que todos los reclutas se duchasen bajo la vigilancia y supervisión de sus instructores. En un plano informal, tales prácticas degeneraban en fórmulas de actuación entre los soldados novatos y veteranos, materializándose en las novatadas, en las que se hacía uso del agua como medio de transgresión.

En todo caso, podemos considerar que, de acuerdo a la ordenación categórica constituida por el binomio limpio/sucio, el significado de la ducha para con los reclutas actuaba como un mecanismo de purificación para que los jóvenes pudiesen entrar en el nuevo contexto. Se trataba de despojarles de cualquier impureza, tanto las de carácter físico, como las simbólicas, propiedad que refiere Leach (1989:107) respecto a los actos similares.

---

<sup>91</sup> NG 3/96 policía personal y aspectos físicos del personal militar (tatuajes y piercings), y la ampliación a la NG 3/96 (oficio de SEGENEME 516-AI-1147-D N° 0116111294 de 21 mayo 01).

Para tal menester se solían utilizar unas duchas colectivas construidas en forma de pasillos serpenteantes, con una única entrada y una única salida, de manera que sus usuarios se iban remojando el cuerpo en la entrada, enjabonando en las partes intermedias y aclarando en la salida, o en su defecto, se regulaba el tiempo de permanencia en ellas.

Hay que señalar igualmente que, aunque se disponía de agua caliente, no siempre era así, o no llegaba para todos, lo que era interpretado por algunos mandos como un aspecto más de la instrucción del soldado, ya que “favorecían el endurecimiento y curtimiento” de los nuevos reclutas, lo que fortalecía su cuerpo y su espíritu, a la vez que tenían que hacerlo de manera obligatoria y colectiva, según pautas normalizadas, y bajo la supervisión de los superiores. Este acto de limpieza e higiene, relacionado desde el punto de vista común y social como un acto íntimo y placentero, se convertía en un sufrimiento más a añadir a las duras condiciones de la vida cuartelera. Estas prácticas han estado vigentes, al menos en los centros de instrucción, hasta finales de la mili, como me confirmaban unos soldados en el año 1998 que realizaron el campamento en Cáceres.

Después de la purificación de los sujetos se les sometía a un proceso de uniformación, en el que jugaba un papel destacado la entrega de los símbolos y elementos de identidad militar que sustituían a los civiles.

Las consideraciones de Turner (1988:171) podrían servir para contextualizar y comprender algunos de los elementos y procedimientos que se producían en torno al joven al entrar en el cuartel. Turner señala al respecto:

*En otro lugar (1980 pp. 103-123) he hablado de los símbolos de liminaridad indicadores de la invisibilidad estructural de los novicios sometidos a rituales de crisis vitales: cómo, por ejemplo, son marginados de las esferas de la vida diaria, cómo son disfrazados con colorantes o máscaras, o cómo se les vuelve inaudibles por medio de reglas de silencio. Y páginas atrás (p. 118) he mostrado cómo, siguiendo la terminología utilizada por Goffman (1970) son <<igualados>> y <<despojados>> de todas las distinciones seculares de status y de los derechos sobre la propiedad. Además se les somete a todo tipo de pruebas para enseñarles a ser humildes[...].*

Por tanto, para desarrollar adecuadamente el proceso de uniformación, era necesario primeramente el despojar a los sujetos de cualquier referente previo, de cualquier rasgo de su anterior identidad que pudiera otorgarle una condición diferencial, o un status específico. Con ello se rebajaba a los iniciados a una condición de “no-ser”, lo que a la vez confería una condición de igualdad absoluta a todos los sometidos.

Uno de los procedimientos habituales para conseguir tal fin era recluirllos en unidades especiales, como los Centros de Instrucción de Reclutas (CIR), que pasaron a denominarse posteriormente Núcleo de Instrucción de Reclutas (NIR). O, en el caso de ser instruidos en las propias unidades de destino, donde se establecían una unidad específica para la instrucción de los

recién llegados denominada Unidad de Instrucción de reclutas (UIR), en cuyo caso eran alojados en compañías especiales y cumplían unos horarios y rutinas particulares, de forma que se les solían mantener separados de los demás soldados durante esa fase.

Desde el primer momento se aplicaba sobre los reclutas los procesos de sometimiento y de enculturación, para romper con sus referentes civiles e interiorizar los militares. Todos recibían un proceso de formación militar básica similar, a través de la cual se les enseñaban algunas nociones básicas de la organización, así como algunas funciones y cometidos de las FAS, se les enseñaban algunos de sus derechos, y en especial sus obligaciones. También se le impartía una instrucción táctica y técnica, con ejercicios de tiro, junto con una instrucción específica para adaptarse al medio.

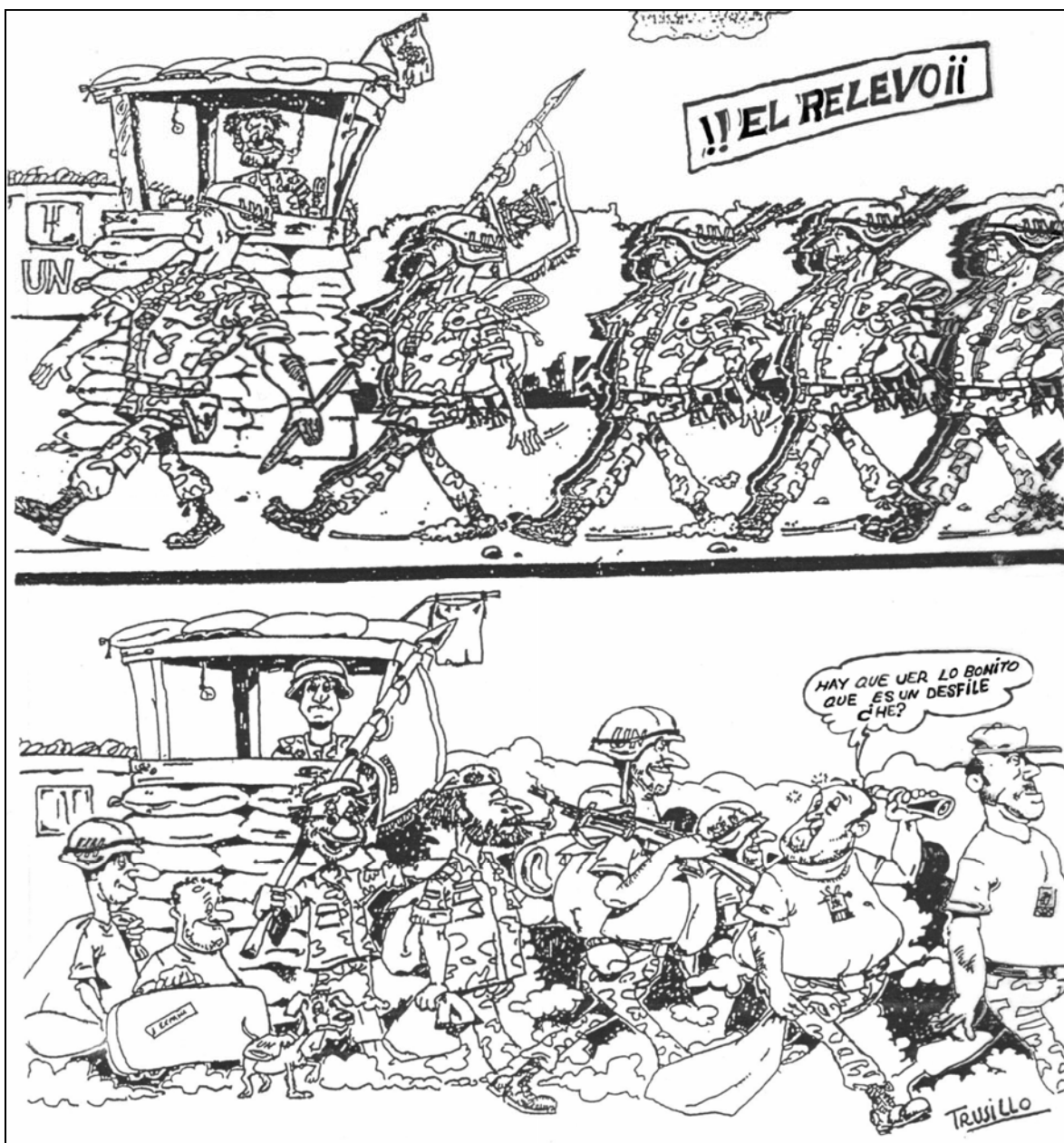
La mili de los últimos años difería notablemente de la de diez años atrás, especialmente por el hecho de que existía una conciencia clara de que ésta iba a desaparecer, lo que se reflejaba fundamentalmente en el trato que se otorgaban a los soldados. No obstante, y en especial por lo que a los procedimientos se refiere durante el periodo de instrucción no se produjeron grandes cambios. Lo cual respondía al carácter particular de tal periodo, en el que hoy, como ayer, se pretendía que el joven rompiera con sus referentes previos, por lo que tal etapa solía caracterizarse por un proceder brusco y dramático.

En cuanto al equipamiento, uniformidad, retribución en metálico e instalaciones y condiciones de vida de nuestros soldados hay que decir que no han sido siempre los más adecuados, como manifiesta el teniente general Juan Cano Hevia (1987: 23) que dice literalmente al respecto: *nuestros soldados estaban entre los peor vestidos, alojados y alimentados de Europa, y el dinero que se les daba en mano no permitía cubrir sus necesidades más perentorias.[...] La situación ha mejorado mucho, pero aún no se puede asegurar que el soldado está independizado claramente de la ayuda familiar, excepto en las unidades especiales.*

Sobre el tema de la uniformación, en tanto que constituye un propósito institucional, me parece adecuado comentarlo a través de un dibujo que conseguí en Bosnia-Herzegovina, en el año 1995, referido a las unidades allí emplazadas, y no responde exactamente a la vida cuartelera. Pero, en mi opinión, resulta oportuno para ejemplificar este tema, por plasmar de manera ingeniosa las diferencias y contrastes entre aspectos sobre la percepción de "lo real", y "lo ideal", de la organización respecto a su intención de homogeneizar, y a la vez distinguir, en todo lo posible a sus miembros.

La caricatura representa el relevo de dos unidades españolas (denominadas agrupaciones) en el contexto de la ONU en Bosnia. En la parte superior se muestra la estructura de acuerdo a un modelo ideal, según el cual prevalece un conjunto de individuos en perfecta armonía, que se refleja en la homogeneidad, en la uniformidad, y en la distinción entre las clases, representa a la

unidad que llega a zona. De este grupo destacaría la semejanza que caracteriza a los soldados, los cuales están a la vez diferenciados del mando que encabeza la formación, que es representado con un mayor tamaño, más fornido, esbelto, e incluso de aspecto más estético que los demás, y más marcial “ni siquiera levanta polvo al marchar”. El resto, la tropa es representada con la misma altura y con una fisonomía similar, casi como si se tratase de una unidad de “clones” de un prototipo de soldado. Estos se mueven en absoluta armonía y ritmo, y no aparentan ninguna falta en lo que se pudiera considerar como estética castrense ideal, ninguno posee barriga, ni es bajito o rechoncho, todos están perfectamente uniformados y aseados, y llevan el equipo adecuado y acorde con su condición.



Por el contrario, en la parte inferior se representa a la unidad que es relevada, en la que se evidencian otros aspectos de la realidad. Muestra a un grupo de individuos desgarrados, con claras distinciones fisiológicas, cada uno es de una estatura y de estructura fisiológica marcadamente distinta. En estas diferencias se aprecian las “deficiencias” o “dejadeces” propias de los individuos, -algunos son tripones o bajitos-. Las normas de policía brillan por su ausencia, se aprecian soldados con barba, faltas de uniformidad y de compostura en el marchar. Por otra parte, los gestos y rasgos diferenciales están claramente marcados.

Otra lectura del dibujo, podría hacerse considerando el factor temporal. Según esta perspectiva, los primeros son los novatos, los que respetan, o se ven obligados a respetar la norma de manera exagerada y rotunda. Mientras que los que aparecen en el segundo nivel, son los que han acabado la misión, son los que vuelven, los veteranos, “ya se las saben todas”, y sus intereses y percepciones de los hechos son distintos, “están de vuelta de todo”. En sus personajes se observan rasgos como; la individualidad, la diversidad, la cotidianidad, la desproporcionalidad, la naturalidad, la experiencia y veteranía.

Hecha esta breve consideración entrare a analizar otros aspectos de la uniformación con mayor detalle.

Parece claro que en el ejército existe una obsesión por el orden que responde a la creencia en la necesidad de organizar y controlar todo para evitar cualquier atisbo de caos, por lo que se regula todo, en especial aquello que puede contaminar a la institución.

Para justificar ésta actitud se podría recurrir inicialmente al hecho de que el número de soldados que confluían en una unidad podía ser muy numeroso, con el consiguiente desorden debido a la diversidad de sujetos y a la aglomeración de los mismos. Pero, el que se llevase dicho control hasta los niveles más íntimos y personales, se justificaba dentro de una particular filosofía según la cual, aquello que no está absolutamente reglamentado, normalizado, clasificado según los principios institucionales, es decir ajustado a la norma institucional, estaba vinculado a una posible ambigüedad y puede dar lugar a confusión.

Siguiendo la categorización empleada por Mary Douglas (1973:55), podemos decir que, en la institución militar, aquello que está fuera de su lugar, que aparenta confusión o desorden es algo que está contaminado, y por tanto es sucio, inmoral, e inaceptable, y deberá ser corregido, modelado, y ordenado según los esquemas institucionales. Y, en caso de no poder hacerlo, deberá ser separado, aislado, o, si es posible, erradicado. Como muestro en otro punto, tal sistema de selección, y erradicación de sujetos con posibles “taras” comienza en el propio proceso de tallaje, en el que se determinaba quienes no eran aptos para ser militares.

A la vez, se atacaba de manera obsesiva cualquier hecho o aspecto que evidenciase lo particular, o lo indefinido, en una institución en la que todo está –al menos aparentemente-

perfectamente estructurado y delimitado, en la que el principio jerárquico define todo tipo de relaciones. Y, cada cual es lo que es y ocupa el lugar que ocupa, en función de unas estructuras inquebrantables, que definen en última instancia el “deber ser” de todos sus miembros. Según ésta máxima, no podía permitirse que nada ni nadie, estuviese fuera de lugar.

Así pues, en el ejército todo está perfectamente regulado<sup>92</sup>, normalizado y controlado, algo que se evidencia a través de las formaciones y desfiles militares, que constituyen una de las mayores manifestaciones del orden y armonía del mundo militar, y son el máximo reflejo de la disciplina y preparación de unidades en tiempos de paz. En las formaciones militares cada cual ocupa el lugar y sólo el lugar que le corresponde, y utiliza exclusivamente las prendas y ornamentos definidos y permitidos en cada ocasión, los cuales denotan el status correspondiente.

En tal circunstancia es comprensible que la obsesión por el orden, adquiriera un significado especial para con aquellos signos y elementos que fácilmente visibles, donde el uniforme ocupa un lugar destacado. Sin embargo, una de las consecuencias de ello es precisamente la de suscitar un sinfín de dudas sobre cualquier hecho, o aspecto, que no se acoja de forma clara a una norma concreta. De manera que cualquier cosa que no esté perfectamente definida en un reglamento, en un papel, o en una norma, genere incertidumbre y constituya un foco de tensión para aquellos a quienes afecta.

Como anécdota sobre el particular reproduzco a continuación unos los comentarios de unos mandos militares realizados a través del correo electrónico en un foro de debate sobre temas militares. Las declaraciones eran de un mando que planteaba las siguientes dudas:

*Estoy interesado en conocer si hay algo reglamentado acerca de la uniformidad de invierno en uniforme de faena. Me explico: excepto para unidades especiales en estos casos (montaña, etc), para el resto de unidades el uniforme de faena en invierno: ¿es bajarse solo las mangas, o incluye también el ponerse la camiseta de manga larga (vulgo "piojillo")?, ¿la camiseta de manga larga es con el cuello tipo "cisne" (cremallera cerrada y cuello vuelto,) o es tipo "legionario" (i.e. con cremallera abierta y cuello por fuera del de la camisola)?, ¿y el jersey? ¿se lo pone uno cuando hace frío verdaderamente, o cuando el jefe cree que verdaderamente hace frío?, ¿de quién es potestad todo esto?, ¿de los Comandantes militares?, ¿de los jefes de UCO?, ¿del que pasa frío?. Aunque esté expuesto con un ligero tono jocoso, el tema lo planteo no a título particular, sino como inquietud del jefe del regimiento planteada a su plana mayor. Gracias.*

A estos requerimientos contestaba J. M. unos días después:

*La uniformidad de invierno en las UCOS a que se refiere, no solo supone bajarse las mangas de la camisola, también supone "el que se vea" (no solo llevarla), la camiseta de manga larga.*

*La apertura o cierre de cremallera no esta contemplada, así que será el libro de régimen de*

---

<sup>92</sup> Como nota anecdótica de tal hecho citaría las consideraciones que emite Álvarez (2000:104-107) donde desarrolla el significado de la locución “como en la mili” y la referencia a la exagerada disciplina y rigidez, así como a la normalización de los eventos, para lo cual añade unas disposiciones e instrucciones cuanto menos simpáticas que hacen referencia a la normalización de eventos tan privados como *el cagar y mear*, como el mismo apunta. Por otra parte, aunque Álvarez reconoce que se ha intentado enmendar en alguna medida el exceso de normativas, -las cuales justifica en parte-, estas *siguen siendo de un volumen considerable*.



*interior del acto el que lo de termine, si éste no lo hace, puede hacerlo el libro de organización de la unidad, y si éste tampoco, el mando de la fuerza en el momento de la instrucción, que según el tipo que sea será más adecuado o no tener el cuello cerrado o abierto.*

*Con respecto al jersey es una prenda como el traje interior, los cuales están pensados para ser usados para completar el frío del que no protege el chaquetón. Como éste no deja ver estas prendas, la uniformidad está garantizada y por supuesto la ausencia de frío en el soldado, máxime en lugares tan cálidos como Sevilla.*

De los comentarios anteriores se desprende que no todo parece estar tan claro como se pretende, o al menos no lo está para todos. En este sentido, las alusiones del primer interlocutor son bastante sugerentes, pues en ellas refiere un aspecto ya citado en otros puntos, donde se alude en tono un tanto irónico, el que se puedan dejar a criterio del jefe de la unidad un sinnúmero de aspectos, incluso aspectos de carácter fisiológico, o climatológico, como es el de que haga frío.

De las consideraciones del segundo interlocutor destacaría cómo la uniformidad está garantizada siempre que las prendas que se vean sean las que deben ser, y lo hagan de acuerdo a un criterio marcado de antemano, no importando lo que se oculte bajo las mismas. Su discurso se muestra estructurado y consecuente con los principios normativos, pues en él podemos apreciar cómo hace alusión a diferentes referentes preceptivos para aclarar cómo se deben regir los criterios sobre el uso de las prendas, ajustándose a una ordenación de las prioridades jerárquicas, de acuerdo a la lógica militar. En este particular caso el hecho comentado está referido a un aspecto que, para cualquier extraño a la institución podría resultar un tanto chocante, como es si la cremallera del cuello de la camiseta de manga larga debe ir cerrada o abierta. En este apartado puede apreciarse una vez más el principio de que, en caso de no encontrar una normativa adecuada, se recurrirá al criterio del mando que dirija la fuerza, con lo que el principio jerárquico volverá a estar justificado. Lo que nunca podrá consentirse es la libertad de criterio de los sujetos a modo individual, ni colectivo, pues la última decisión será potestad sólo del mando.

Lo dicho sobre la importancia de la norma y del respecto a las manifestaciones externas y el aspecto de los militares, afecta a todos aquellos que participan de esa vida, y es aplicable en cualquier contexto y situación. Pero, tales medidas se extreman aún más en lo que constituye una de las representaciones visuales más importante de la cultura militar, es decir las formaciones y paradas. En éstas se extremaban las medidas de control y supervisión para con aquellos que participaban en las mismas de forma obligada, por lo que la norma era que se les pasaran escrupulosas y minuciosas revistas, antes y durante la formación, por diferentes mandos.

Para continuar tratando el tema de la incorporación del joven en el mundo militar, y los procesos más relevantes relacionados con este hecho, a través de los que se pretende conseguir la "uniformación" y uniformidad de los mismos, parece lógico analizar uno de los factores específicos de tal aspecto. Me refiero a la especial connotación que adquiere el concepto

“uniforme” en el ámbito militar. Así lo señala de forma magistral Giddens (1995: 394): *El uniforme fue originalmente solo un adjetivo, pero se convirtió en sustantivo cuando el uso de prendas normalizadas se reglamentó en los ejércitos*. De ésta observación se desprende el cariz especial que adquiere la regulación sobre la apariencia y la estética de los miembros de la institución militar en los ejércitos modernos.

La cualidad de significar<sup>93</sup> y de diferenciar propia del uniforme, adquiere un valor especial por lo que respecta a la tropa, pues dentro de la institución es a ésta a la que hay que “marcar” y clasificar, para distinguirlos tanto de los civiles, como de los mandos. Este hecho está relacionado con el origen de la normalización del uso de los uniformes en los ejércitos, pues en su origen para aquellos que se consideran “militares de verdad”, el recurso a los símbolos relacionados con las vestimentas, no eran considerados inicialmente tan trascendentales. Esto responde al proceso cognitivo del ámbito castrense, en el que se acepta el hecho de que el verdadero militar lo es y lo manifiesta aún cuando no vista de uniforme, pues exterioriza esta condición a través de su “saber estar”, su porte, su actitud, y, sobre todo, a través de su propia autoestima y valoración de su “ser militar”<sup>94</sup>.

Una interesante reflexión sobre el particular la podemos encontrar en David Blanquer (1996:380) al señalar: Otro aspecto trascendente de la imposición de un código deontológico (como el que resulta de las Reales Ordenanzas para las fuerzas Armadas) es el de su repercusión en los comportamientos privados y ajenos al servicio. No estamos ante un simple código de conducta profesional, sino que sus disposiciones alcanzan a la entera existencia del militar quien, a pesar de las apariencias, nunca deja de vestir el uniforme (*senel miles, semper miles*). Se diluyen los límites que separan la vida personal de la profesional, de forma que el militar está siempre en acto de servicio. No se trata sólo de la prohibición de la disidencia en las tareas castrenses, sino que se uniforma la dignidad de la intimidad personal. No estamos ante un estatuto profesional, sino ante un régimen de vida.

Resulta fácil observar cómo estos conocedores del mundo militar hacen referencia al uniforme en término metonímico, en tanto que constituye un ejemplo de la importancia que adquiere el término (uniforme) como sustantivo, frente a su uso como adjetivo. Este ha adquirido un significado más amplio que el meramente material o funcional, llegando a conformarse en un elemento inseparable del universo simbólico de lo militar, y por ende de la cultura castrense.

---

<sup>93</sup> El concepto de significar lo aplico de acuerdo al planteamiento de Lévi Strauss (1987:30) donde se contesta a sí mismo sobre el significado del hecho de “significar” de la siguiente manera: *¿Qué significa “significar”? Me parece que la única respuesta posible es que “significar” significa la posibilidad de que cualquier tipo de información sea traducido a un lenguaje diferente. No me refiero a una lengua diferente, como el francés o el alemán, sino a diferentes palabras en un nivel diferente.*

<sup>94</sup> Una referencia muy gráfica sobre este particular la realiza Martínez Paricio (1987a:65) en la que refiere el carácter permanente de la condición militar de los oficiales en todo momento y circunstancia.

Sobre las funciones y la importancia del uniforme como elemento simbólico en el contexto militar, podríamos considerar las observaciones del general Cabeza Calahorra (1972:275-276) que refiere de manera explícita la importancia de su contenido simbólico, del que señala literalmente; *el uniforme posee un poder propio*. Además, aconseja tener precaución ante la tendencia a hacer del uniforme ante todo una prenda práctica y cómoda de lo que advierte que si ello no se hace con tacto pueden conllevar la anulación de dos de los principios fundamentales de su uso en el mundo militar que en su opinión eran: *el de representar para quien lo contempla y el de educar para quien lo usa*.

Calahorra otorga al uniforme un valor espiritual, casi místico, vinculado al sistema de clases que rige la institución, pues también refiere el peligro que podía suponer el unificar los uniformes entre los cuadros de mando y la tropa por constituirse en un mecanismo que favorece el allanamiento de la escala jerárquica.

Estos argumentos están aparentemente obsoletos en la actualidad, pues, en un principio, el uniforme de la tropa y de los mandos es similar. Sin embargo, la conveniencia de diferenciar a los grupos a través del uniforme subsiste en la normativa vigente, como veremos más adelante.

De las referencias de Calahorra destacaría la función de educar a quien porta el uniforme, de lo que se deduce que el uniforme constituye en sí mismo un medio de adoctrinamiento sobre sus portadores. Esto es cierto, entre otras razones, porque indica y recuerda a quién lo porta su pertenencia a una institución y a un grupo concreto. Por otra parte, el uniforme servía como mecanismo de control para con sus portadores, como ocurriera con otros elementos visuales ya citados en su momento, pues su aspecto y compostura también estaba regulado por las normas de policía que rigen su uso en cada momento.

En contra de la postura señalada por Calahorra, para otros militares la igualdad en la uniformidad contribuye a fomentar los lazos de unión y favorece el compañerismo. Esta particular consideración la manifestaba el ya citado Fornells (1918:104), quien además de otras virtudes lo destaca:

*El culto del uniforme, lo constituyen el orgullo por vestirlo, el llevarlo con desenvoltura, corrección y aseo, y también sin faltar á los preceptos reglamentarios de uniformidad. El exigir todo esto contribuye á no dudar, ó fomentar el espíritu militar, el orgullo por pertenecer al Ejército y la dignidad profesional. Además, la igualdad absoluta del uniforme afianza los lazos de unión y compañerismo y crea la solidaridad.*

Como podemos observar, las interpretaciones sobre la bonanza del uso del uniforme en el entorno castrense encuentran su validación en multitud de aspectos.

En todo caso, los soldados buscaban maneras de manifestar su individualidad y especificidad a través de destinos o fórmulas que les permitiesen vestir de paisano dentro de la unidad, lo que afectaba a muy pocos, -normalmente sólo era concedido a algunos enlaces o encargados de

servicios especiales, como conductores de vehículos para traslado de mandos, o de aquellos que se encargaban de recoger el correo, etc.-. Los soldados que disfrutaban de tal derecho solían mostrarse ante los compañeros con un cierto aire de superioridad.

En consonancia con lo dicho anteriormente podríamos considerar las argumentaciones de algunos estudios sobre la historia de los ejércitos, en los que se puede apreciar cómo, hasta que se normaliza el uso de uniforme, una de las premisas vigentes era el derecho a vestir con ropas civiles y con la ornamentación y prendas que cada cual deseara. Según los modelos vigentes constituía un modo de motivar a los soldados a luchar con valor y ánimo, algo que refiere con todo detalle el historiador militar Keegan (1995:409-410).

En todo caso, y por lo que respecta a nuestro ejército, durante la mayor parte de la existencia del servicio militar obligatorio la norma era que los soldados vistiesen de uniforme durante todo el tiempo que servían en filas; sin embargo, las pautas fueron cambiando, y aunque la norma señalaba que así debía ser, los jóvenes soldados empezaron a vestir de paisano siempre que podían. Finalmente, en los años ochenta se autorizó que pudiesen vestir de paisano fuera del acuartelamiento, e incluso pudiesen entrar y salir de los acuartelamientos de paisano, lo que produjo inicialmente cierto rechazo por parte de algunos sectores. Algunos mandos se mostraban especialmente molestos, debido a su valoración y acatamiento de las tradiciones, y por su estructura de pensamiento que vinculaba de manera categórica los referentes visuales y físicos a entidades de otro orden, como la disciplina. En todo caso quiero señalar un artículo de Berlanga Martínez (1987:40-42) cuyo sugerente título “*Razones para llevar el uniforme*”, muestra su descontento ante las nuevas normativas sobre el uso del uniforme, lo que destaca en la página 41 en la que señala: *La autorización para vestir de paisano dentro de acuartelamientos es un buen ejemplo de cómo no son los criterios de eficacia/ formación, disciplina, los que se persiguen, sino crear una conciencia relajada dentro de la opinión pública para limitar las discrepancias.*

Debo aclarar que la autorización a la que se refiere el artículo afectaba exclusivamente a los soldados de reemplazo, pues los mandos lo hacían con anterioridad.

En todo caso, quiero constatar que a pesar de las observaciones emitidas, el uniforme sigue constituyendo una de las más importantes referencias simbólicas del ejército, como podemos apreciar en algunas consideraciones extraídas del Libro Básico del Soldado (ediciones 1999, 2002: capítulo 7- punto 2a), del que reproduzco algunos párrafos:

#### 7.2.a. DEL UNIFORME

*El uniforme es el símbolo que afirma la consagración del individuo a la Patria y es, por tanto, orgullo y honor del que lo lleva. Por tanto, vestir bien es correcto y distinguido, de modo que hacer lo contrario es prueba de poco espíritu militar y se expone al ridículo.*

- *Máximo cuidado en la limpieza personal, poniendo especial atención en el cabello y las barbas descuidadas.*
- *No llevar envoltorios, paquetes, carteras, paraguas, bolsas de deporte, ni prenda alguna que no sea del uniforme.*
- *No comer ni beber yendo por la calle.*
- *Es inadmisibile la gabardina puesta sobre los hombros en caso de lluvia y, en general, cualquier prenda mal puesta, desabrochada o torcida, así como ir descubierto por la calle, coger del brazo a compañeros, tanto más si son superiores o subordinados, y llevar las manos en los bolsillos.*

Del texto podemos extraer al menos dos grandes consideraciones respecto a cómo incidía el uniforme en la vida del joven soldado. Por un lado, destacaría la primera parte del texto, en la que se otorga el carácter sagrado y diferencial del mismo. Por otro lado, están las indicaciones que regulan el uso adecuado del uniforme y las normas relacionadas con el mismo en cuanto a pautas de comportamiento se refieren.

Todas tienen su razón de ser en el establecimiento de unas normas que adviertan al soldado de cómo actuaciones consideradas como admisibles en la vida civil, son del todo inapropiadas en el mundo militar. Esto incide en el argumento que mantengo de cómo el joven deberá readaptar muchas de sus formas y pautas de acción de la vida cotidiana, que no eran consideradas apropiadas en el entorno militar.

Hechas estas aclaraciones sobre algunas de las funciones y pautas a seguir respecto al uso del uniforme, debemos destacar que, por contraposición a lo que sucede con los militares profesionales, para los soldados de reemplazo la milicia no constituía una manera de vivir en sí misma, y no la asumían como tal, ni en el ámbito personal ni existencial, sino que la percibían como una situación circunstancial de la que participaban de manera obligada, por lo que se puede decir que eran y se sentían militares especialmente cuando vestían el uniforme.

Hecha esta breve observación, considero interesante analizar algunos acontecimientos que se producían en torno a la entrega del uniforme y equipo a los recién incorporados en la milicia. Para ello se reunía a los reclutas y se les dirigía a los vestuarios donde se les entregaba el equipo y ropa, a la vez que se les indicaba que eran responsables de su cuidado y limpieza, y que al finalizar su servicio militar deberían devolver parte del mismo, tal y como lo recibieron.

El equipo se entregaba a “medida”, *-a medida que iban pasando-*, como solían comentar en tono jocosos los soldados. Entre otras cosas, se entregaban; las botas, las mudas, las gorras o prendas de cabeza, las zapatillas de deporte, el chándal, las toallas, el uniforme de faena (de trabajo, o de diario, como también se le conoce), el mono de trabajo, las trinchas, las cartucheras y cinturones, la mochila de combate, la bolsa de mano, etc.

Junto con las prendas señaladas, se entregaban los distintivos pertinentes, los del ejército, y, en su caso, los de la unidad y cuerpos o arma al que iban a pertenecer. Los comunes eran, y siguen siendo, el águila con la corona real, -conocida como *la gallina* en el argot del soldado-, y el distintivo de la bandera de España.

Respecto a la forma y confección de las diferentes prendas que constituyen el uniforme, hay que señalar que tienen un tallaje estándar, de forma que el que tenía una estructura física no acorde con los cánones establecidos tenía que recurrir al intercambio de parte del equipo con sus compañeros de reemplazo. Debido a este hecho, muchos soldados empezaban a tomar conciencia de la necesidad de los compañeros, pues el intercambio de las prendas conllevaba un acercamiento entre los individuos, y suponía un elemento más para fomentar los lazos de unión entre los mismos.

Después de los intercambios informales en los que una misma gorra podía haber pasado por varios soldados, lo mismo sucedía con las botas, pantalones, etc. Algunos seguían pareciendo unos verdaderos *fantoques*, lo que producía risas y bromas por parte de sus iguales. A su vez, esta situación producía el rechazo de los mandos, debido a la imagen inadecuada y poco digna que reflejaban aquellos que no encontraban tallas adecuadas, y a la imagen de desigualdad y ruptura que estos simbolizan respecto a la homogeneidad del grupo. En estos casos, los propios mandos e instructores se encargaban de que en el almacén de vestuarios se hiciesen los últimos cambios imprescindibles. Pero en el caso de que ni aún así se pudiesen solventar los problemas de uniformidad, se aplicaba una de las máximas de la institución militar por la cual los propios sujetos tenían que subsanar dichos problemas por sus propios medios, en atención a la premisa cuartelera de *buscarse la vida*. De lo contrario serían recriminados por sus mandos, y seguirían siendo foco de bromas y chanzas por algunos compañeros.

Este hecho ha estado vigente hasta la actualidad, tal y como me contara un soldado cordobés en el año 2000 sobre su experiencia sobre la entrega de uniformes en su unidad. Me confesaba que los formaron en fila por estatura, y acto seguido les hicieron pasar al vestuario para recoger la ropa y el equipo, y se lo entregaron de acuerdo a las tallas y medidas en las que más o menos fueron agrupados. Me comentaba el susodicho soldado que no entendía para qué les habían pedido sus medidas, e incluso medido previamente. A él le entregaron una gorra que le estaba estrecha y no pudo cambiarla, por lo que se apañó desgarrando las costuras traseras que no eran visibles. Añadía, respecto a un compañero “bajito”, que le entregaron un chaquetón enorme que no pudo cambiar, por lo que le sus compañeros bromeaban constantemente por su aspecto, y por situaciones jocosas que tal hecho le producía. Una de ellas se produjo con un oficial, pues al pasar éste a cierta distancia de él y sobrepasarlo se detuvo ante la impresión de que no había actuado como debía, por lo que le espetó que se pusiera de pie, a lo que el susodicho soldado

“bajito” le contestó con cierto reparo que ya estaba de pie, -la situación sirvió de sorna entre los compañeros durante varios días-.

Hechas estas observaciones, me parece interesante señalar el hecho de que a pesar de que los soldados no solían transitar fuera de los acuartelamientos vestidos de uniforme en los últimos años, seguía resultando fácil identificarlos. Cuando iban solos se podía apreciar su condición de soldados por algunos rasgos característicos, como el peculiar corte de pelo y el parcial bronceado de algunas zonas de su cuerpo como la del rostro y las manos, -fruto de las horas de instrucción al aire libre-. Otros elementos adicionales ayudaban a identificarlos, como las bolsas caquis que se les entregaban. Otra señal inequívoca era las llaves colgadas del cuello, etc.. Pero cuando se percibía con mayor evidencia la condición de los nuevos soldados, era cuando iban en pequeños grupos. En estos casos había que añadir a los signos individuales anteriores, algunos rasgos grupales. De manera que, como señalan Pérez Henares y otros (1989:93) formaban parte del paisaje urbano de las ciudades y pueblos próximos a los centros de instrucción o a los acuartelamientos. En ellos podían vérselos vagando sin rumbo fijo, gastándose bromas y andando despistados, piropeando a las jovencitas envalentonados por el amparo del propio grupo y por saberse desconocidos en el lugar, para acabar en algún bar frecuentado por la tropa. Cuando cruzaban el umbral del cuartel para salir de paseo buscaban desesperadamente divertirse y olvidarse de la mili. Aunque lo normal era que durante estos momentos de libertad, los temas predominantes de conversación girasen en torno a las mujeres y a la vida en el cuartel, pues, en definitiva, la vida en el cuartel constituía la razón de su unión, y configuraba sus particulares lazos, a la vez que era el referente fundamental de sus vidas durante ese tiempo.

Retomando la importancia de determinados rasgos que caracterizaban a los nuevos soldados, destacaría la relación que en ocasiones se daba entre algunos de ellos. Se establecía un vínculo especial entre el corte del pelo y el uniforme militar, al menos en los primeros momentos de la vida del recluta. Ambos elementos estaban intrínsecamente relacionados, hasta el punto de que si los recién llegados no habían sido rasurados convenientemente, no podrían ponerse el uniforme, pues creaban una situación anómala y contraria a las pautas y principios de uniformación que la situación requería. Por ello, se establecía que los que no hubiesen podido cortarse el pelo, por la razón que fuere, no podían vestir el uniforme hasta que se paliase tal inconveniente.

Como muestra de la eficacia alcanzada por la combinación del corte de pelo, el uso del uniforme y la instrucción de orden cerrado para conseguir la uniformación de los sujetos referiré una simpática anécdota que me contara un soldado sobre su jura de bandera, la cual reproduzco literalmente: *Realmente, al cabo de poco tiempo habían conseguido cambiarnos de forma evidente, pues todos parecíamos iguales, hasta el punto que mi novia que estuvo filmando mi*

*jura de bandera, filmó durante más de diez minutos a otro soldado, más feo que yo, pensando que era yo.*

Volviendo al tema de la uniformidad y a los diferentes signos externos vinculados a éste, destacaría cómo los propios soldados acababan utilizando algunos aspectos del mismo como un sistema de señales y códigos adicionales que les servían para identificar el grado de veteranía y el rol que desempeñaba cada sujeto en su grupo. En tal proceder cobraba sentido el modo y la forma de llevar el uniforme, los accesorios ornamentales que pudieran portar, y la posible manipulación de algunos signos institucionales.

Lógicamente, estos mecanismos de distinción serán percibidos fundamentalmente por los propios soldados, pues eran los que los configuraban y codificaban. Lo cual se constata en el hecho de que las formas empleadas, podían diferir en algunos aspectos según la unidad, pero los soldados de una misma unidad conocían perfectamente el sentido de los mensajes. Tales mensajes resultaban difícilmente perceptibles para un profano, incluidos los mandos la unidad.

Las manifestaciones que me hicieran unos veteranos de una unidad de Córdoba pueden resultar ilustrativas sobre el tema en particular. *Además de las diferencias lógicas del desgaste del uniforme de los que llevamos mucha mili, está la manera en que llevamos las prendas; los bichos se calan las gorras hasta las cejas y se ponen el cinturón a la altura del pecho, pero, además, está el hecho de que ellos no pueden llevar ningún distintivo de veterano. Los wisaos llevamos la gorra de forma más chula y la capamos o damos forma, ¡la “ambientamos”!. Como ellos mismos me aclararon, “ambientarla” consistía en doblar la visera hacia arriba y hacia atrás, de forma que la punta de la misma tocara con el águila distintivo del ejército.*

Continuaron su testimonio agregando; Además, los veteranos llevamos nudos en los cordones o ataduras diferentes, y en muchos casos solemos llevar un cinturón heredado de los que nos antecedieron. También llevamos un cordón distintivo muy fino de color verde o negro según seamos Wisa o Mesías. De los famosos cordones debo decir que era una práctica bastante generalizada, pero no eran reglamentarios, pues su uso era regulado por una “norma” implantada por ellos mismos para diferenciarse de sus compañeros.

Como dije anteriormente, en cada unidad, existían diferentes maneras de mostrar la veteranía, aunque a veces fuese a través de pequeños matices. De hecho, a veces los soldados utilizaban los distintivos reglamentarios que debían llevar para marcar su status cuartelero. Así, por ejemplo, era corriente entre los soldados de las unidades acorazadas el ir despojando diferentes partes de los símbolos de los distintivos de su unidad, de manera que a medida que iban adquiriendo un determinado grado de veteranía le iban quitando alguna parte concreta, en las unidades de carros; las cadenas, los rodillos, e incluso el cañón.

Otro ejemplo de esta costumbre la observé entre los soldados de una unidad de infantería



cuyo distintivo es el de una fortificación. Primeramente despojaban a la fortificación de los portalones que cubrían las ventanas del mismo, y, finalmente la despojan del portón que cierra la entrada de la fortificación, figurando con ello el momento previo a la licencia. Lo que se puede apreciar en el conjunto que acompaño, donde represento los citados símbolos en sus dos vertientes, la inicial, y la final.

(Las imágenes son reproducciones de signos originales escaneados en el año 1999).



Podemos apreciar este aspecto en otro dibujo de la misma unidad, en el que se representa a un soldado saliendo por la puerta del castillo con la blanca en la mano, mientras que, para simbolizar a los que se quedan, se dibuja a otro soldado en uno de los torreones con la clásica escoba en la mano.

La caricatura representa el escudo del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey, que era usado para señalar el momento de la despedida de un soldado que se licenciaba. Con lo que el soldado utilizaba los signos reglamentarios para no despertar sospechas en el mando.

En la siguiente caricatura, podemos comprobar algunos de esos rasgos diferenciales a los que recurría la tropa para señalar su lugar y condición dentro de su propia y particular cultura. En ella podemos ver cómo el soldado echaba mano a una gran variedad de elementos o signos, algunos de carácter natural, y otros más artificiales e instrumentales.



Caricatura de wisa que presenta los rasgos más destacados del soldado veterano.

En la caricatura destacan elementos visuales de todo tipo como; cordones con nudos, la forma de la gorra, las marcas en las botas y en la visera de la gorra con la que indicaban el número de meses de mili que llevaba su portador. Otros signos eran el uso de prendas no reglamentarias, como la camiseta de color diferente al caqui. El llevar en el cinturón una serie de elementos antirreglamentarios<sup>95</sup> en los que se lleva todo tipo de objetos como; cubiertos, tabaco, mechero, etc. era otro referente a considerar.

Las alusiones al desgaste y a la suciedad de las prendas de vestir, incluidas las botas, también constituyen una fórmula adicional de señalar y distinguir al wisa. La longitud del cabello y de las patillas, así como la presencia de una barba incipiente, –que refleja la dejadez y el descuido en el aseo personal, y no la intención concreta de dejarse barba-, junto a la visión de los pelos del pecho, servirán igualmente como signos de la veteranía y de hombría de quien los lucía. Finalmente destacaría la alusión a la actitud y a la expresión, entre aburrida y enfadada, de nuestro protagonista, lo que hacía que los soldados más modernos le tuviesen respeto.

Con estas reflexiones previas he querido significar como los soldados recurrían a todo un sistema de signos y señas particulares, que se erigía como contrario a la uniformidad institucionalmente normalizada. Se pretendía denotar, por un lado la propia particularidad del sujeto, y por otro, señalar aspectos diferenciales de su particular identidad como soldado, y como grupo diferenciado dentro de la institución que intentaba someterles.

Después de lo dicho hasta ahora parece razonable aceptar el hecho de que la uniformidad militar constituye un elemento de unificación para con los que están sujetos a dicha norma, en tanto que les distingue de aquellos que no lo están. Pero, a la vez, hay que destacar el hecho de que entre sus principales, y originarias funciones, está la de diferenciar a los miembros de los ejércitos de distintos países.

Las diferencias en la uniformidad dentro de un mismo ejército y una misma unidad, son debidas fundamentalmente al interés de señalar, y destacar, la diferencia entre los componentes de las mismas por su condición y grupo específico de pertenencia. Me refiero a los diferentes grados militares, que se evidencian a través de las insignias que permiten identificar quién es quién en todo momento para saber a quién hay que obedecer, y a quién se puede mandar.

Además de la función señalada, existe la necesidad de establecer distinciones entre los diferentes grupos que constituyen las unidades más complejas, en las que tienen cabida una nueva categorización que se corresponde con la especialización y función que cada cual desarrolla, lo que constituye un elemento más de distinción dentro de la institución y de la propia unidad. Para todo ello existe un complejo y amplio abanico de distintivos que juegan un papel

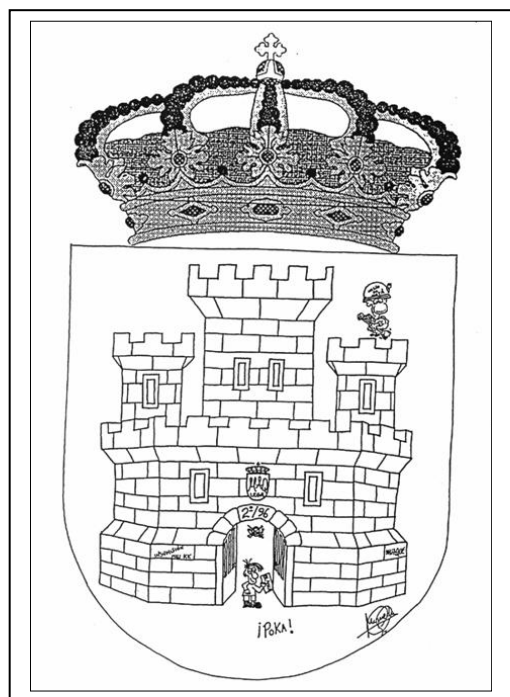
---

<sup>95</sup> Muchos de estos enseres se comercializan en los hogares de la tropa, o en tiendas próximas a los cuarteles, donde se vendían con nombres concretos y específicos como; el de “porta cubiertos”, o “porta tabaco”.

relevante a la hora de captar a sujetos que deseen pertenecer a una determinada unidad, arma, cuerpo, especialidad, etc. Resulta interesante considerar la influencia que tradicionalmente ha ejercido el diseño y la configuración de estos signos y señas visuales para la captación de algunos jóvenes. De hecho, muchos jóvenes acababan siendo captados por unidades especiales, en parte gracias a lo que los equipos de captación les decían, pero también influenciados por los pintorescos y llamativos uniformes.

Incluso hoy en día resulta significativo que los diferentes ejércitos; el de tierra, el de aviación, y la armada, utilicen colores y confecciones diferentes en sus uniformes. Además, a las diferencias en los uniformes de cada ejército, hay que añadir el hecho de que dentro de cada uno de ellos determinadas unidades o cuerpos posean uniformes específicos y diferentes a los “estándares”, o propios de las unidades regulares.

De lo referido hasta ahora, cabe aludir el hecho de que existe todo un repertorio de elementos y signos de diferenciación además de las insignias y otros elementos señalados con anterioridad, que sirven como mecanismos añadidos para diferenciar a los grupos dentro de la ordenación que establece el sistema jerárquico estructurado básicamente en las categorías de; generales, jefes, oficiales, suboficiales y tropa. Sobre este particular, ha sido usual



establecer una serie de normas respecto a las diferencias en el tipo de uniforme que correspondía a cada grupo, lo que era especialmente señalado en el denominado uniforme de paseo, pero no así en el de faena o campaña.

Sobre el tema, cabe decir que no hace demasiado tiempo que en el ejército español la clase de tropa llevaba un uniforme totalmente diferente al de los mandos, y, aunque hoy día en el ejército de tierra puede decirse que el uniforme de paseo es similar, siguen existiendo diferencias sutiles basadas en la calidad de los materiales empleados para la confección de las prendas, y en otros elementos como la botonadura de los mismos. A ello hay que unir la restricción en el uso de determinadas prendas, por ejemplo en el ejército de tierra el uso de la denominada gorra de plato es exclusivo de los cuadros de mando<sup>96</sup>.

---

<sup>96</sup> Quisiera señalar que el mayor acercamiento entre los uniformes de la tropa y los de los cuadros de mando del ejército de tierra datan de principios de los años ochenta. Pero, el que pudiera considerarse documento oficial más relevante sobre la uniformidad vigente, aparece en el BOD Núm. 90 del 13 de mayo de 1986, sobre el cual se han ido produciendo modificaciones y adaptaciones sucesivas que afectan al conjunto de los miembros de las FAS o a los componentes de determinados grupos dentro de éstas.

Sobre este particular, debo señalar que en los últimos años de permanencia de la tropa de reemplazo en el ejército de tierra no se les entregaba de forma generalizada el uniforme de paseo. Entre las razones que justifican tal proceder, se encontraban algunas de carácter coyuntural y práctico, como por ejemplo la carestía del mismo y el poco uso que se le iba a dar, ya que desde que la tropa podía entrar y salir de las unidades de paisano y podía vestir de civil en la calle, el uso del uniforme de paseo quedaba reservado exclusivamente para algunos actos destacados, al perder la utilidad fundamental que tradicionalmente se le daba, y que el propio nombre usado coloquialmente le atribuía, es decir el uniforme para salir a la calle durante las horas de paseo reglamentadas. De ahí el nombre coloquial de “uniforme de paseo”<sup>97</sup>, o “uniforme de bonito”, como también se le denomina, por inferir que con él los soldados lucían una imagen más gallarda y estética.

Un dato de interés sobre este uniforme reside en la costumbre de los soldados de retratarse con él en algún laboratorio fotográfico para enviar una fotografía a su familia o a su novia, la cual enmarcaban y ponían en un lugar destacado de la casa<sup>98</sup>, o en un compartimiento de la cartera. Muestro un par de ejemplos de esta costumbre.



---

<sup>97</sup> Debo aclarar que antaño sólo se entregaba un tipo de uniforme que era utilizado para todas las ocasiones, “como ocurre con los de las dos fotografías siguientes”, pero normalmente se entregaban dos puestas de manera que una de ellas se reservaba para salir a la calle, y para los actos destacados, por lo que podría considerarse como un uniforme equivalente al que en los últimos años se calificaba como uniforme de paseo, o de bonito.

<sup>98</sup> Personalmente he constatado este hecho en algunas viviendas en las que he entrado, y soy consciente de que aunque no fuese una práctica generalizada, muchas familias han mantenido esa costumbre. Probablemente el status social de la familia y el pertenecer o no a determinados contextos rurales sean variables a tener en cuenta sobre tales hechos, pero no tengo datos objetivos para confirmar dicha hipótesis, por lo que me limito a referirla como una práctica habitual, pero no como un hecho fehaciente.

Las siguientes también están realizadas en un laboratorio fotográfico. La de la izquierda es del año 1975, y en ella se puede leer la alusión al traje de “Bonito” a la que hice referencia, en este caso corresponde a un cabo de reemplazo de la Policía Territorial del Sahara. La de la derecha corresponde a un soldado de la Brigada Paracaidista, que sirvió en los años noventa.



Respecto al tema de los uniformes y los accesorios que lo complementan, hay que señalar cómo entre los grupos de mandos existen también diversos elementos de distinción que a primera vista se antojan como elementos meramente ornamentales, pero que juegan un importante papel a la hora de diferenciar, y otorgar, o más bien reafirmar, el status de cada cual. Así, por ejemplo, en la prenda de cabeza del ejército de tierra se utiliza el escudo del ejército, compuesto por un águila imperial coronada con la corona real, y en su pecho luce la cruz-espada de Santiago similar para todos. Sin embargo, a la citada águila le bordea una guirnalda cuyas ramas son de diferentes plantas; para los oficiales generales es de laurel, para los oficiales de roble, y para los suboficiales de alcornoque. Pero, lo más significativo es el hecho de que el escudo que portan los soldados no posee ninguna guirnalda, lo que evidencia la carga simbólica que ello conlleva, pues tal ausencia significa en este caso la ausencia de distinción de sus miembros, lo cual responde a la lógica de su status y condición que de acuerdo a la estructura vigente se corresponde con la de no ser “militares de verdad”.

### ***3.5- Algunas consideraciones sobre los procedimientos de asimilación de la cultura militar.***

Referidas estas diferenciaciones regladas sobre los grandes grupos que constituyen el mundo militar, continuaré analizando algunos aspectos relacionados con los procesos de adaptación y

asimilación que iban experimentando los jóvenes tras su entrada en el cuartel.

En este sentido, podemos confirmar que, en definitiva, lo que hacían los soldados respecto a su vida militar –y de algún modo los propios mandos, en función de su particular status-, es lo mismo que hace cualquier sujeto en su entorno social cotidiano. Es decir, acaban adquiriendo lo que Berger y Luckmann (1995:61,89) definen como *conocimiento de receta*<sup>99</sup>, que se consiste básicamente en un conocimiento pragmático y funcional que permitirá al sujeto vivir, y sobrevivir, en el particular entorno en el que se encuentre.

Al respecto, hay que decir que el soldado no requería formadores especializados ni especialistas para enseñarle los principios básicos que articulaban su ser como soldado. La principal fuente de ese conocimiento procedía de los veteranos, que les iban "enseñando" de muy diversas formas a desenvolverse en su nuevo mundo. Esto respondía en parte al hecho de que el joven acababa asumiendo la mili como un hecho más de su vida en sociedad, y, salvo excepciones, no se hacía planteamientos filosóficos al respecto. El recluta no se planteaba el porqué de la mili, ni las connotaciones sociales y culturales que ésta suponía. Tan sólo le preocupaba adquirir el conocimiento funcional necesario para pasar lo antes posible esa experiencia.

A lo dicho hay que añadir el hecho de que todo el proceso de asimilación debía realizarse en un tiempo limitado y reducido. Y, a la vez, ese periodo estaba caracterizado por el hecho de que el soldado estaba sometido a una doble presión, al menos en los últimos años de la mili. Por un lado la presión interna e institucional, y, por otro la presión que determinados colectivos pacifistas y antimilitaristas ejercían desde el exterior. Todo lo cual fomentaba en algunos casos una fuerte presión psicológica, que podía afectar especialmente a determinados individuos.

Puede afirmarse que en estas circunstancias resultaba bastante factible que surgieran contradicciones en el sujeto al verse sometido temporalmente a un mundo que le era extraño, al que iba en contra de su voluntad, y del que percibía, en el mejor de los casos que no le aporta nada positivo. Además, el nuevo contexto se presentaba para el joven como un mundo agresivo, tanto por la imposición de una serie de esquemas y valores, –en ocasiones opuestos a los propios-, como por el sometimiento de forma sistemática y controlada a unos procedimientos y formas de actuación que no compartía. De los mismos destacaría el sistema de horarios que regia todos y cada uno de los momentos y acciones de su vida durante la mili, el cual marcaba la hora a la que debía levantarse, a la que debía desayunar, asearse, hacer gimnasia, comer, dormir o descansar, etc.. En definitiva, y como apuntará algún analista de los temas militares, “en la

---

<sup>99</sup> En la página 61 tratan el concepto del *conocimiento de receta* desde un punto de vista global, relacionado con la vida cotidiana en el ámbito social. Mientras en la página 89 lo tratan de forma más explícita y referido al ámbito institucional, haciendo referencia al condicionamiento de las pautas de comportamiento institucional.

vida militar del soldado todo estaba determinado por un toque de cornetín”.

Así mismo, y como ya hemos referido, le era impuesta una determinada manera de vestir, una manera de comportarse, y todo bajo el más absoluto control y supervisión de sus mandos. Estos factores constituyen por sí mismos una muestra de la privación de libertad e individualidad a que se veía sometido el joven durante su servicio militar. Por tanto, no parece de extrañar que aflorasen determinadas sensaciones negativas y de cierto reproche para con la experiencia que les tocaba vivir.

Ciertamente, en las valoraciones de las vivencias de cada cual suelen predominar aquellos elementos que se perciben de manera directa y palpable a través de los sentidos. Y, en la mayoría de los casos, estas sensaciones y percepciones suelen prevalecer sobre otros elementos de carácter más abstracto, y que se argumentan como justificación de fondo de dicha experiencia, entre los que se encontrarían elementos de carácter más abstracto, como los vinculados a aspectos como el honor, el servicio a la patria, etc. Estos requieren ser asimilados a través de procedimientos y procesos complejos que normalmente requieren procesos de asimilación prolongados, pues difícilmente se pueden adquirir en poco tiempo y en unas condiciones tan adversas como las señaladas para el soldado. Por lo que considero que no podremos afirmar que tales valores fuesen aprehendidos por los jóvenes durante la mili.

Siguiendo esta línea argumental, podría decirse que parte del origen de las contradicciones que emergían en el sujeto que ingresaba en filas, residía en el hecho de que el soldado de reemplazo estaba sujeto al principio de servicio, pero entendido desde una perspectiva militar. Es decir, en los términos que se plantean en el Reglamento del Servicio Militar<sup>100</sup>, que se traduce en una disponibilidad absoluta y permanente. Este planteamiento encierra un cariz altruista, pero tal rasgo no era aplicable de forma directa en el caso del soldado de reemplazo, aunque sí se le atribuye comúnmente al profesional de la milicia. Lo cual responde al hecho de que el altruismo se basa en el deseo y la convicción de aportar el propio esfuerzo y sacrificio para procurar el bien ajeno, aun a costa del propio. Por lo que, tal premisa fomentaba el que surgiesen algunas contradicciones en el soldado de reemplazo, las cuales derivaban de la oposición entre esta idea de servicio castrense, y las implicaciones personales e ideales del joven no acordes con la mili, y en los que solía establecerse una identificación de las tareas a realizar con la idea de trabajo propio de las acciones desarrolladas en el contexto civil, donde se constituyen como un medio del que se esperan compensaciones inmediatas y del que uno se desentiende cuando acaba la jornada estipulada. Por otra parte, el soldado veía la realización de sus tareas, de su “trabajo”

---

<sup>100</sup> Reglamento de Servicio Militar, aprobado por el Real Decreto 1410/1994, de 25 de junio. En su artículo treinta y dos: *Disponibilidad para el servicio*, recoge en su punto 1º *El militar de reemplazo estará en disponibilidad permanente para el servicio.*



una imposición realizada para beneficio de los impositores, las cuales no podían rechazar, como sucede con la esclavitud en la que los esclavos tampoco reciben nada a cambio, y únicamente son atendidos para que sigan produciendo.

Respecto a la diferencia entre el concepto de servicio y el de trabajo debo señalar que, en los últimos tiempos, en el pensamiento generalizado del militar de carrera también se produce un cierto dilema basado en esta estructura dicotómica. Sin embargo, en el profesional de la milicia, suele predominar la creencia de que su particularidad, y el rasgo diferencial de su ser militar, reside precisamente en la concepción vocacional, de entrega y sacrificio para con la comunidad, mientras que suele ver en el mundo civil una prevalencia de los intereses personales y de las relaciones laborales amparadas en principios particulares y de carácter ocupacional, laboral y materialista. Este era un sentir bastante generalizado hasta hace poco, aunque se aceptasen algunas matizaciones referidas a determinadas profesiones como la médica, la eclesiástica, las fuerzas policiales, u otras similares. En este sentido se suele considerar ese concepto de trabajo como vinculado a una dedicación temporal, en el que se suele diferenciar claramente la jornada laboral de la vida privada de los sujetos, y que encierra una connotación pragmática o lucrativa.

No obstante, y a pesar de ser éste el modelo que sigue prevaleciendo en el sentir militar, en los últimos años se pueden apreciar algunos cambios al respecto, y en algunos sectores de los militares de carrera se aprecia un claro incremento en la percepción de la profesión militar con un carácter ocupacional más marcado. No obstante, en el ejército español el principio de servicio, referido a la disponibilidad permanente de sus miembros sigue estando vigente.

La disponibilidad permanente a que se veía sometido el personal de tropa me la refería un soldado veterano en el año noventa y ocho con la siguiente reflexión: *Respecto al horario, me siento engañado, porque cuando acabas tu jornada, es decir, a las 17h, se supone que has terminado, que puedes hacer lo que quieras, pero eso no es así. De repente te llega un cabo, y te dice que tienes retén de incendios, con lo cual si tocan alarma tienes que estar en menos de 15 minutos en la sala de extintores, por lo que no te puedes alejar de tu compañía, ni acostarte, ni ir al cine, ni a la cantina. ¿No se supone que hemos acabado?. Aquí sólo se respetan los horarios para lo que los mandos quieren.*

Siguiendo la línea hasta ahora expuesta, parece apropiado realizar algunas consideraciones sobre los valores que rigen el mundo militar, y que constituyen el marco en el que se desarrollaba todo el proceso de socialización del soldado de reemplazo. En este sentido, destacaría cómo los valores cívicos referidos a la libertad, equidad y propiedad<sup>101</sup>, le serán sistemáticamente arrebatados en beneficio de la institución militar, cuyos principios y valores poseen un carácter

---

<sup>101</sup> Valores que para muchos autores caracterizan al individuo en tanto que sujeto y ciudadano en las sociedades modernas y democráticas, a las que se suelen calificar algunos autores, como sociedades individualistas.

primordialmente holista. El concepto holista lo uso según lo plantea Dumont (1970:12 y siguientes) al desarrollar un discurso sobre cómo entienden la sociedad tradicional y moderna al individuo. Para ello entabla una dialéctica sobre el particular y que resume básicamente aludiendo al hecho de cómo en la institución militar el sujeto deberá aceptar el *apercibirse* en cuanto parte del grupo, es decir en cuanto *sujeto del grupo*, y no tan sólo como sujeto relacionado con el grupo. Este hecho lo promueve ciertamente el ejército, como también argumenta Dumont (1970:10)<sup>102</sup>.

Pero además, el soldado no sólo toma conciencia de su yo personal, como alguien integrado y conformado en el propio grupo, sino que, en algún caso, –aunque sean los menos–, llega a tomar conciencia de su importancia en el entramado institucional y cultural en el que se ve obligado a estar. Este hecho lo he podido constatar en conversaciones con diferentes soldados que en sus propias reflexiones me han manifestado su opinión al respecto. Normalmente lo hacían utilizando frases bastante simples en su forma, pero con cierta profundidad en su argumentación. Un ejemplo de ellas podría ser la siguiente; *Me gustaría que los soldados de reemplazo no sean menospreciados por nadie en un cuartel, de los soldados profesionales para arriba, porque nosotros también pertenecemos a las FAS.*

Tampoco faltaban los que recurrían a expresiones malsonantes para justificar la existencia del ejército sobre la base de su propia existencia. Una de las proposiciones que iban en este sentido me la comentaron un par de soldados de Madrid y rezaba así; *Sin los militares de reemplazo no habría ni FAS, ni su puta madre [...]*. Frase que, por otra parte, suponía toda una reivindicación de reconocimiento personal, y grupal para con la figura del soldado de reemplazo.

Otro ejemplo, en esta ocasión más comedido, pero no menos explícito, podría ser el de un soldado de veintidós años que argumentaba: *Los militares se creen que son ellos los importantes, pero los actores de la guerra somos nosotros*<sup>103</sup>. *Además, sin nosotros no habría ejército; sin soldados que mandar no habría mandos.*

La toma de conciencia del ejército como una estructura jerárquica, pero en la que las partes están relacionadas de una forma interdependiente, es claramente asumida por este informante. Las consideraciones del referido soldado poseen un calado profundo, pues ciertamente el statu quo de los empleos militares viene determinado tradicionalmente<sup>104</sup> por el tipo de unidad que

---

<sup>102</sup> Dumont elabora todo un discurso al respecto en su introducción, pero hace una referencia más explícita en el punto 2 de su introducción que titula; *El individuo y la sociedad*, y en la página 10 escribe: *La apercepción sociológica del hombre puede producirse espontáneamente dentro de la sociedad moderna en determinadas experiencias (p. ej., en el ejército, en el partido político o en cualquier otra colectividad fuertemente trabada).*

<sup>103</sup> La reflexión hecha desde el sentido común del citado soldado, es confirmada de manera exhaustiva por diversos autores. Uno de los cuales es Alvarez Arenas (1983:143-151), quien en un párrafo de la página 143 sintetiza en esencia la idea de que la guerra sin soldados no existiría. El párrafo es el siguiente; *El soldado en sí, como figura, no se presta a la abstracción. La guerra no la resiste. Sin soldados deja de serlo. Acaba –si se busca que acabe en algo– en un torneo, en la esgrima, en el duelo.*

<sup>104</sup> Incido en el carácter tradicional de este aspecto, pues el propio devenir del Ejército apunta en la necesidad de cambios sustanciales al respecto.

manda. Y, a su vez, las unidades, en un sentido genérico, se conforman y materializan en un número determinado de sujetos “subordinados”, la mayoría de los cuales serán soldados.

Esta idea se puede apreciar desde antiguo en alguno de los refranes que ya he referido en otros puntos relacionados con los ejércitos, pero señalaría uno en especial que resume en cuatro palabras ésta rotunda realidad y que reza así; *Blasón sin mesnada, no es nada*.

Atendiendo igualmente a las premisas señaladas, se deduce también que normalmente son los soldados los principales actores y sufridores de las contiendas, y en el combate son los que sufren las mayores penurias. En definitiva, al menos en las guerras convencionales, son los que matan y mueren, la mano de obra de la guerra, la carne de cañón. Siendo una peculiaridad de estos la no-participación en las decisiones de la misma, como hacen los que la declaran o los que toman las grandes decisiones al respecto, lo que hacen normalmente desde la distancia<sup>105</sup>. En este sentido una cita anónima, refiere la miseria de la condición del soldado al señalar: *Si el rey, el presidente, el primer ministro y el general en jefe debieran ser los primeros en ir a la línea de fuego al declararse la guerra, ésta no tendría lugar*.

Lo expuesto con anterioridad está en consonancia con la opinión de algunos teóricos que tratan el tema del liderazgo. Este es el caso de Robert Kelley (1993) quien desarrolla de forma extensa y novedosa una teoría sobre el mismo, analizándolo desde la perspectiva de los liderados, a los que denomina *seguidores*.

### **3.6- Del uso de mote y otros apelativos.**

Como he señalado anteriormente, entre la tropa de reemplazo resultaba usual el que en lugar del nombre de determinados sujetos, se hiciese referencia a ellos llamándolos por algún apodo o mote. Estos constituían un mecanismo accesible y un recurso alternativo al nombre o apellido, lo que resultaba práctico cuando eran muchos los compañeros, y existía coincidencia de nombres o apellidos, además de la dificultad de recordar todos los nombres.

Se recurría a distintos calificativos, en unos casos de carácter toponímico, como el nombre del pueblo, de la región, e incluso del barrio del que procedían, lo que era especialmente relevante para los que procedían de determinados lugares. De forma que a un joven asturiano destinado en una unidad de Madrid era muy probable que se le conociese por el “asturies”, y a un joven de Madrid destinado a una unidad de Asturias se le conociese por el “madriles”, de igual modo era usual escuchar cómo algunos soldados se referían a un compañero con términos como el “vallecas”, el “carabancheles”, etc. aludiendo a su barrio de origen. Tal proceder resultaba en

---

<sup>105</sup> La película de Stanley Kubrick (1957) *Senderos de gloria* también puede servir como ejemplo extremo de cómo la forma en que participan los agentes de la guerra dentro de un mismo bando puede ser radicalmente diferente según el status que ocupan dentro de la organización militar.

parte comprensible, pues el encontrar a un paisano en tierras lejanas creaba unos lazos especiales y emotivos. El sentir la proximidad de un paisano, hacía más llevadera la separación de los lugares de origen de cada cual. Además, el saber que otro estaba en la misma situación que uno ayudaba a sobrellevar la nostalgia al compartir las penas, -cuando no las reavivaba-. También favorecía tal proceder la diversidad geográfica de los soldados, que actuaba como un elemento diferencial importante. Por otra parte, los soldados solían rememorar con orgullo y añoranza su lugar de origen en cualquier oportunidad.

Además de los apodos de carácter geográfico y espacial, era frecuente el uso de apelativos concernientes a las actividades y funciones que realizaban. Así, eran frecuentes algunos que podrían considerarse “gremiales” como: *el chispas* (electricista), *el furry* (el furriel), *el tuercas* o *el bujías* (el mecánico) *el escobas* (para el que tiene asignadas tareas de limpieza), *el turuta* (para el corneta), *el pelucas* (el peluquero), etc. También se asignaban apelativos basados en aspectos llamativos o curiosos de los sujetos. Así, se podía llamar a alguien, *el pelotas grandes*, -si se trataba de alguien que estaba haciendo ostentaciones constantes a su potencia sexual, o sí de hecho alguien había constatado la grandeza de sus atributos-. También denominaba a algunos sujetos por alguna costumbre lingüística, como en el caso de un soldado al que sus compañeros le conocían por “*el tal*”, por usar de forma persistente esa expresión.

Una muestra del uso de apodos y apelativos diversos entre los compañeros, lo puede constituir la relación de nombres y apodos que acompaño. La recogí de la parte posterior de una camiseta que lucía un soldado, y que representaba a los compañeros de su compañía, cuando hizo el periodo de instrucción. Se trata de una muestra de una costumbre bastante generalizada en los últimos tiempos de la mili, por la que sus protagonistas confeccionaban algún dibujo o motivo representativo de su unidad y mandaban hacer camisetas con dicho motivo estampado, y en ocasiones añadían en la parte posterior los nombres y apodos de los componentes de la unidad para tener un recuerdo común de esa peculiar experiencia.

## CUADRO DE ARRESTOS DE LA 7ª CIA

IÑAKI	LUILLY	ORIA	NIETO
O'CALLAGAN	CRESPO	PERIS	LUENGO
LOPEZ	J. RAMIREZ	DE LA TORRE	OLMO
PEREA	P. NAVARRO	PÉREZ	ROJAS
DE PRADA	J. MUÑOZ	ESPIGARES	OLI
PENA	VIDAL	TRIGO	ALONSO
LARRY	AGAPITO	D. VALENCIA	SERRANO
ROBLEDO	QUIARA	CACHETE	LARGO
ESPAÑA	NUÑEZ	J.M. RAMIREZ	MARA
JUANCAR	RAYOI	JULI	PELOT.GORDAS
ZAYAS	ZAMORA	ISRAEL	CACHÓN
TORNERO	ROQUE	PASTOR	FONTA
MARISCAL	REDONDO	VALVERDE	CHISPAS
ULTRA	MOLINA	ROYO	FRANKS
SEGADOR	TROYA	SONSECA	FARLIS
TRENADO	SUAREZ	DE PEDRO	SOLIS
VARELA	DEL RIO	BURRITO	HEVAS
ROSILLO	WILLY	LEÑO	ROMERO
RUBÉN	BARÓN	BOLAÑEGO	VENTERO
SAMANIEGO	RABADAN	NOGUERO	REYES
PIOLÍN	RAMOS G.	VIKINGO	SIRGO
MATI-EPI	SALAMANCA	ZORIÑETO	A.RAMIREZ
PARRA	OLIYA	ORGAZ	DURRUTI
SUECO	CARTAGENA	SEVILLANO	XANPA
TORREMOCHA	VADILLO	TELLO	GÜELO
RODRIGUEZ	TORRES	ROSAS	RAILES
PEREIRA	PORTILLO	MUÑOZ L.	EL TAL
PELUQUERO	FITI	VALDEPEÑAS	J. NAVARRO
PRIETO	ARIZA	VILLATOBAS	ORTEGA

*Reproducción de la parte posterior de una camiseta de un soldado de reemplazo, en el que aparecen los mote, nombres y apodos de los compañeros de una determinada compañía.*

Se pueden apreciar nombres y apellidos normales, pero otros figuran como apodos. En ocasiones, el mote de la mili llegaba a constituirse en el seudónimo por el que se conocerá al sujeto en determinados contextos. Un caso curioso es el de uno de los componentes del grupo de flamenco moderno Ketama, al que se le conoce por el “*Camborio*”, del que confiesa se trata del mote que le pusieron en la mili sus compañeros, y que se le ha quedado como nombre artístico.

Además del uso de los citados apodos, existe una categorización referida a la ordenación y configuración de las diferentes identidades que correspondía a cada cual según su veteranía. Estos calificativos responden a estereotipos de uso general y común entre los miembros de la tropa, independientemente de donde se encontrasen, aunque en algunos lugares se pueden apreciar matices y modificaciones. A diferencia del resto de apelativos, estos no son propios al

sujeto, sino que cada soldado los va adquiriendo a medida que pasa el tiempo. En ocasiones, las referencias a la veteranía van acompañadas con un status, o rol específico dentro del propio grupo, y, en ocasiones, sólo designa al que realiza determinadas funciones, u ocupa puestos concretos. Reproduzco algunos de estos apelativos cuarteleros<sup>106</sup>:

**Bichos**, desde que llegan por primera vez como reclutas hasta que juran bandera.

**Monstruos**; es una forma grotesca de referirse a los reclutas nuevos.

**Chivos** (Chivarracos), desde que juran bandera hasta que se licencia el siguiente llamamiento que corresponda.

**Padre** (Padraco), status que se adquiere cuando llega el siguiente llamamiento, por lo que pasaran a ser padres de éstos, y se mantiene hasta que se marcha el anterior al de pertenencia, momento en el que quedaran ellos como los más antiguos, los más veteranos y adquirirán su nueva condición de abuelo.

**Abuelo**, se adquiere en el momento en el que se licencian los del anterior llamamiento al propio. Quedan como los más veteranos del cuartel, pero aún faltan algunos meses para licenciarse. Por otra parte se ha incorporado ya el siguiente llamamiento.

**Bisabuelo, (Bisa, Visa, Wisa, Bisagra)**, status que señala el máximo grado de veteranía, y que se adquiere cuando se incorporan los “chivos” a la unidad.

**Mesías**, cuando faltan pocos días para la licencia. Los soldados suelen decir: “Soy el Mesías y sólo me quedan días”.

**Vikingo**, a falta de muy pocos días por lo que se les suele rebajar de hacer servicios de guardias de seguridad, riman el apelativo diciendo: Soy el vikingo y sólo me falta un domingo.

**Romano**; al que los días que le quedan se pueden contar con los dedos de la mano.

**El Lavadoras**; “al que sólo le faltan horas”.

**Piedra**; Otro término que se aplica a soldados con más de diez meses de mili y que están a punto de licenciarse. Se oyen frases como: "Chaval, la Piedra controla", "al Mesías sólo le quedan días".

**El Nescafé**; curiosa adaptación de los anuncios televisivos para indicar el tiempo que le queda de mili en este anuncio se decía “momentos nescafé” para destacar el momento en que se tomaba dicho producto. Señala que al soldado en cuestión “sólo le quedaban momentos” para acabar la mili, cuando la licencia era inminente.

**El lecha**, o el **flecha**; es aquel que ya tiene la mili hecha.

**Indio**, el que está en la reserva.

---

<sup>106</sup> Muchos de ellos están recogidos en algunos de los trabajos citados en otros apartados, como los de Peñarroya, pero los reproduzco como dato de interés para entender su diversidad y los matices que la tropa les otorgaba.

**Fósil;** autocalificativo que se aplicaban los soldados voluntarios –modalidad de servicio que permitía ingresar en el ejército antes de su quinta, y obligaba a prestar servicio durante un número de meses superior al prescrito para el servicio normal-.

Otros calificativos relacionados con la veteranía y el status serían los siguientes:

**Tiburón:** eran los que se licenciaban después que sus compañeros de reemplazo, normalmente por ser arrestados por alguna razón. Se quedaban algún día más en el cuartel después de haberse marchado los compañeros.

**Wisa comandante:** el veterano “malo”, especie de chulo o matón cuartelero.

**Búho,** es el bicho heredero del Wisa comandante, pupilo del mismo, al que éste entregará su puesto cuando se licencie.

Estos apodos y calificativos son una muestra de los inagotables recursos a los que la imaginación y la fantasía de la tropa se acogían para mitigar sus confusiones, y sus indefiniciones respecto a su identidad como soldados. Les ayudaban a ordenar y organizar su particular percepción de la realidad y del mundo en el que vivían. Tales signos y señas de carácter metafórico, adquirirían pleno sentido únicamente en la mili, la cual era a la vez percibida como una gran metáfora. J. Fernández (1974:119-133) refiere la utilidad de la metáfora como elemento que sirve al hombre para enfrentarse a situaciones determinadas, y frente a problemas de forma o de sensación. Considera más adecuadas las metáforas estructurales para los primeros problemas que se vinculan a la forma de la experiencia por la que pasa el sujeto, mientras que para los problemas definidos por las sensaciones de las experiencias considera más adecuadas las metáforas textuales.

En este principio cabe aceptar el hecho de que una característica de la cultura militar, aunque no sea exclusiva de ésta, es el uso constante de elementos metafóricos. Sobre este aspecto se manifiesta tajante Le Guern (1985:84) al afirmar: *El arte militar, continua siendo, de seguro, una de las fuentes más fecundas de las metáforas convencionales.*

El recurrir a los mote y apodos alternativos, respondía, en parte, a una muestra de la interiorización y asunción de la falta de individualidad del sujeto, y a la falta de personalidad. Lo que acababa fomentando el que los soldados empleasen alegremente todo un sistema de códigos, y de apodos, que permiten dirigirse a los individuos pero en unos términos diferentes a los propios del contexto civil, en el que el nombre propio otorgaba una identidad clara. De forma que el signo, el símbolo, la metáfora, ocupaban su lugar, y servían para significar e identificar al sujeto, dentro de la mili, mientras que fuera de ésta era el nombre propio el que le identificaba. Así, el mote constituía un elemento clave para designar y diferenciar al individuo al que se aplicaba. Pues, como señala Sanmartín (1993:200-208): *Ocorre con el apodo lo mismo que con cualquier instrumento simbólico: importa tanto o más que el significante, su contenido*

*semántico y el contexto frente al que se despliega su significado en el usuario. Pero, como continua Sanmartín; Aislados del contexto, que toman como referencia, carecen del poder evocador que los hace eficaces. De forma que fuera del contexto y grupo en el que se genera y utiliza carece de valor y contenido puesto que; [...] El apodo es un botón que al pulsarlo conecta en los actores varias fuentes de información, de cuya síntesis se desprende como resultado la imagen global de la identidad de la persona.*

Sanmartín refiere también cómo los informantes distinguen sobre el uso del apodo cuando lo manifiestan iguales, o cuando su uso se hace entre desiguales, -en el estudio concreto que plantea lo relaciona con la edad de los sujetos-. De forma que mientras el uso del apodo por iguales es tolerado, y normalmente asumido como inevitable, o incluso aceptado con agrado, por el contrario, la utilización del apodo por desiguales adquiere una connotación añadida en el que entra la categoría de la legitimación de su uso. Así, si el que lo utiliza es alguien más joven que al que denota se establece una fricción y un rechazo por parte del de mayor edad, a no ser que éste le otorgue el derecho al más joven para utilizarlo.

Estas consideraciones son plenamente extrapolables al mundo de la mili, pues en la mili el apodo o mote normalmente se constituía en un patrimonio creado por la comunidad de los iguales, no por su titular. A la vez, sólo a éstos estaba permitido utilizarlo, -aunque lógicamente en algún caso se autorizaba su uso a un colega de otro reemplazo posterior, por ser aceptado por parte del sujeto en cuestión-. Sin embargo, los veteranos acostumbraban a atribuir motes a los novatos, constituyéndose en este caso en una imposición que servía para denotar al novato su inferioridad, pues no tenía que estar amparado en el consentimiento del novato. Con ello se establecía una réplica de la estratificación institucional que no podía existir entre soldados y sin embargo ellos la creaban informalmente.

En cualquier caso, considero que en la mili el mote adquiriría dimensiones específicas, no aplicables plenamente en otros contextos más comunes. De hecho, a algunos soldados les resultaba simpático el que se les impusiese un apodo, lo que aceptaban en parte por considerarlo como algo adecuado al saberse al margen de la realidad, lo que les sugería la conveniencia de recurrir a nombres o apelativos impersonales, diferentes a su nombre verdadero.

Debo decir que entre la tropa existía también la costumbre de poner todo tipo de motes a algunos de los mandos, con ello los desmitificaban, y les servía como una forma de divertimento, y de venganza para con determinados sujetos, pues solían ser motes con connotaciones grotescas o risibles. Aunque también se usaban motes no necesariamente agresivos, basados en algún defecto físico o manía del mando en cuestión. En todo caso, constituía una manera más de trasgresión de la norma.

Quiero aclarar que lo dicho hasta ahora no entra en contradicción con la finalidad básica del



apodo o mote, que consiste<sup>107</sup> en configurar la individualización, la personalización de la identidad. Pues, lo que en este contexto se plantea es la asunción de una identidad y una personalización particular, pero dentro de un universo diferente, el militar, en el que la identidad del sujeto adquiere una dimensión específica y distinta, aspecto que también necesitaba ser denotado de algún modo.

Después de las consideraciones referidas al uso de mores y apodos entre los soldados pasaré a analizar otros aspectos de la cultura militar.

### ***3.7- De la cultura militar.***

Los razonamientos de Keegan (1995:16,17) sobre el hecho de que los militares constituyen una tribu diferente y especial, así como sus consideraciones sobre la peculiaridad diferencial de los militares como sujetos respecto a los que no lo son, podrían servir para fundamentar la idea de que existe una cultura militar.

Independientemente de las unidades específicas, podría decirse que entre los profesionales del ejército existen una serie de circunstancias y vínculos que les atribuye un carácter específico, que les hace constituirse en un grupo diferenciado de cualquier otro, lo que les acerca a la idea de tribu, y les hace partícipes de una cultura propia. Aunque, hay que aceptar que dentro de la gran “familia militar”, -término muy utilizado en otros tiempos para referir a la comunidad militar-, existen diferencias importantes entre sus miembros en función del grupo de pertenencia. En el caso del ejército español éstas diferencias suelen estar referidas a grupos muy definidos, como la tropa y los mandos, pero dentro de estos grupos se establecen también diferencias importantes, basadas en el caso de los mandos en las escalas, y dentro de las mismas a las promociones, en las que los sujetos deben pasar por una serie de ritos al uso para adquirir su identidad y aceptación en el grupo, en lo que podría ser una condición similar a la de los iniciados de cualquier rito de paso. Lo que se reproduce en el caso de la tropa de reemplazo por los llamamientos y reemplazos.

Para aportar otro referente sobre el concepto de la milicia como un ente con una cultura propia, bastaría con revisar la bibliografía existente sobre el mundo militar, tanto la nuestra como la de otros países. En ella se puede observar como se concibe a los militares como a un grupo especial y diferente del resto de los ciudadanos. Sólo citaré como ejemplo la obra de Lorenzo Greco (1999) titulado “Homo militaris”, donde analizan múltiples aspectos del ejército y la armada italianos, entre los que destacan aspectos antropológicos, como los ritos de iniciación y salida del mundo militar, el estudio del espacio militar, el tiempo militar. También hace un

---

<sup>107</sup> Como señala Sanmartín (1993:207).

análisis del lenguaje militar, tanto oral como gestual, pasando por algunos valores y categorías característicamente militares, como el honor y el uniforme, analiza la semiótica del cuerpo, y el sexo, y lo sagrado dentro del mundo militar.

Hechas estas breves observaciones, debo confesar que al intentar reflexionar sobre la particularidad de la cultura militar no pude, por menos, que rememorar algunas ideas que al respecto me habían surgido mientras leía uno de los capítulos del libro de Geertz (1994:81), en el que hacía una reflexión sobre el modo en que los pueblos adquieren una concepción del individuo claramente diferenciada según cada cultura. Concretamente, al referirse al caso del pueblo balinés señalaba Geertz:

*En consecuencia, en Bali se observa un intento persistente y sistemático de estilizar todos los aspectos de expresión personal, hasta tal punto que se sustituye lo idiosincrásico, lo característico del individuo como persona física, psicológica o biográfica, en favor de la posición que se le ha asignado en ese espectáculo continuo y, al parecer, inmutable, que es la vida balinesa. Son los personajes, y no los actores, los que perduran; además son los personajes, y no los actores, los que en sentido estricto, existen realmente. Físicamente los hombres vienen y van, como meros episodios de una historia de azares a la que incluso ellos mismos conceden poca importancia. Sin embargo, permanecen las máscaras que llevan, el escenario que ocupan, el papel que desempeñan, y, lo que es más importante, el espectáculo que ponen en escena, que incluye, no la fachada, sino la sustancia de las cosas, y no en menor grado el propio self. La visión del viejo actor de Shakespeare que habla de la vanidad de toda acción ante la muerte –el mundo entero es un escenario, y nosotros no somos sino pobres actores, satisfechos con pavonearnos cuando nos corresponde, etcétera- no tiene sentido aquí. No hay ficción; por supuesto, los actores fallecen, pero no la representación, y es ésta última, lo representado y o el que representa, lo que realmente importa.*

En un principio, lo expuesto por Geertz, se me presentaba como válido para describir al “pueblo militar”, especialmente por lo que se refiere al predominio y permanencia del personaje, “el militar”, y los papeles “los empleos”, sobre los propios actores “los individuos”. Ciertamente, podemos afirmar que en el mundo militar los sujetos están supeditados al papel que desempeñan, a su particular función dentro del ordenado escenario que constituye la vida cuartelera. Algunos soldados eran conscientes de este hecho, como un soldado catalán que calificaba el servicio militar de pantomima, o actuación teatral. *Para mí la mili es como una gran mascarada en la que todos se dedican a hacer lo que se espera que cada cual haga, siguiendo unas pautas preestablecidas, como si interpretasen un guión en el que no es necesario creer, pero que hay que realizar para que la función salga bien. En todo caso, si no haces bien tu papel te arriesgas a que alguien te recrimine, o lo que es peor, que te arreste, y éste, quizá, sea el único aspecto de la mili que para mí, al menos, no es un mero papel.*

En esta reflexión se apreciaba cómo el susodicho soldado analiza su experiencia de la mili con detenimiento, y llega a la conclusión de que todo se rige de acuerdo a unos patrones preestablecidos, que definía la vida militar como si de una gran obra de teatro se tratara. Pero, a

la vez tomaba conciencia de que esa apariencia superflua y teatral encerraba una auténtica y cruda realidad. Pues comprendía que detrás de los entorchados, los banderines, los desfiles, y todo el sistema de conductas normalizadas según unos patrones que a él se le presentaban como mera farándula, existía una valoración de los mismos muy distinta a las suyas por parte de los “verdaderos representantes” de la cultura militar. De manera que sí alguien no se tomaba en serio esos patrones y normas culturales, era duramente sancionado por cuestionar la verosimilitud de las mismas, y atentar contra los principios de la institución.

Así pues podemos considerar que la cultura militar, era vista de manera muy distinta por parte de los militares profesionales, y por los de reemplazo.

### ***3.8- De las diferencias culturales como foco de los conflictos de identidad para el soldado conscripto.***

Sobre este particular, puede considerarse que desde una perspectiva antropológica los procesos de enculturación tenían cabida en la mili, pues la transmisión generacional de las pautas y elementos de la cultura cuartelera jugaban un papel relevante en la experiencia vital del soldado.

Tras estos planteamientos podremos entender cómo, al entrar en el mundo castrense el joven se constituía en una especie de “extranjero”. Por otra parte, los mandos, y la que pudiéramos definir como “clase guerrera”, nunca veía a los soldados de reemplazo, -ni ellos se veían a sí mismos-, como verdaderos militares, es decir como iguales, en cuanto integrantes de un mismo mundo y una misma cultura, y, por tanto, no los hacían partícipes de todo el universo simbólico que caracteriza a esta cultura.

De hecho, el militar profesional siempre tenía presente la condición temporal del soldado de reemplazo. Por otra parte, ante los ojos de los profesionales de la milicia, el carácter obligatorio del servicio militar desvinculaba a quienes lo cumplían de cualquier rasgo vocacional para con el ejercicio de las armas. Por lo que la vocación se constituía en uno de los atributos y referentes diferenciadores y de identificación más representativos del militar profesional, por lo que veían inviable la integración total del soldado de reemplazo en la cultura militar.

En este sentido, el militar profesional se veía envuelto en un aura especial, que le marcaba y diferenciaba de manera permanente respecto al ámbito civil. Lo que destaca de forma muy concisa Paricio (1987a:65) al referir la manera de proceder de los oficiales en un país donde las tropas son reclutadas de manera forzosa, de los que destaca; *El oficial en este tipo de ejército ha roto su vínculo civil. Es militar incluso cuando ha dejado el uniforme.* Por lo que resulta, cuanto menos comprensible, que al joven que provenía de una cultura civil le costase entrar en el mundo

militar, pero aún más llegar a comprenderlo y asumirlo como propio. A la vez que les resultaba chocante tener que aceptar que esos que eran diferentes a ellos, es decir los militares, definiesen y controlasen de manera absoluta sus vidas durante un tiempo.

El soldado de reemplazo era consciente de que el militar profesional no lo consideraba como un igual en ningún aspecto, lo que a la vez se encargaban de reforzar los propios militares profesionales. Para lo cual, aludían a características que se auto-adjudicaban como signos de identidad, como el principio de sacrificio permanente, y la disponibilidad de entrega de por vida a la profesión militar, que se plasmaba en la aceptación incondicional de la milicia como una particular manera de vivir y de sentir<sup>108</sup>.

Respecto a las diferencias entre los militares que tiene la atribución de la gestión de la violencia y el servicio, y los que son meros ejecutores de la misma, o aquellos que contribuyen con su trabajo a su realización, ya he referido el texto de Huntington (1964), quién establece esa diferenciación<sup>109</sup> basándose en el origen y condición de los miembros. De forma resumida estructura la diferencia básicamente entre los oficiales de las armas procedentes de las academias principales que serían los verdaderos gestores de la violencia, en el caso del ejército español serían los oficiales de la Escala Superior de Oficiales pero los que pertenecen a las consideradas tradicionalmente como armas fundamentales, es decir: Infantería, Artillería, Caballería e Ingenieros. Otro gran grupo estaría compuesto por otros oficiales de diferentes escalas y armas o cuerpos, en el caso de nuestro ejército estaría compuesto por los oficiales de las diferentes armas, incluidas las citadas, pero que no pertenecen a la Escala Superior de Oficiales, y también incluiría a aquellos oficiales, que aun perteneciendo a la Escala Superior de Oficiales poseen otras especialidades o pertenecen a los diferentes Cuerpos, -en la actualidad denominados “Comunes” en nuestras FAS- en ellos se encontrarían por ejemplo, los oficiales de Sanidad, Intendencia, Jurídicos, etc. Estos mandos no tienen como objetivo directo la gestión de la violencia, son especialistas cuyo cometido fundamental es apoyar y ayudar a los “verdaderos mandos” a realizar su trabajo. Además de los grupos señalados tendríamos a los Suboficiales, con sus diferentes especialidades, quienes tienen como función principal la coordinación in situ de las acciones a desarrollar, es decir la ejecución de las tareas. Este grupo actúa como mando intermedio entre la tropa y los oficiales, pero actúa básicamente en el plano ejecutivo o de la acción. Por último estaría la tropa en sus diferentes modalidades cuyo papel en la institución

---

<sup>108</sup> En cierta medida, estos valores y percepciones del militar de carrera se ha ido transformando con el paso del tiempo, pero independientemente de cómo lo sienta y lo viva el mando en cuestión, lo cierto es que cuando se manifiestan delante de aquellos que considera ajenos a su mundo, suele aludir a tales principios como elementos y rasgos definitorios de su propia identidad. Por otra parte, y a pesar de la transformación que se haya producido al respecto en los últimos años, ese ha sido el sentimiento predominante durante la mayor parte de la existencia del sistema de reclutamiento forzoso, con lo que tales consideraciones tienen plena validez en el presente trabajo.

<sup>109</sup> Moskos y Wood (1991) también señalan este aspecto diferencial.

queda reducido según Huntington a la mera ejecución de las acciones y tareas que se le encomienden.

Desde la perspectiva de los oficiales, la profesión militar ha poseído desde antaño una particular idiosincrasia, que le imbuía de un valor especial y supremo. Incluso algunos mandos han llegado a calificar esta profesión de “bonita”, llevados probablemente por un espíritu romántico y emotivo. Como muestra de ello citaré un párrafo de un artículo del Boletín Informativo Tierra del mes de octubre de 1996, realizado por N. Fernández titulado; *Veteranos y jóvenes soldados juran en Zaragoza*, en el que se reproducen unas palabras del discurso emitido con motivo del recibimiento de la V promoción de oficiales en la AGM: *El 16 de septiembre de 1946, el general Amado daba la bienvenida a la V promoción con las palabras <<habéis elegido por vuestra fortuna la profesión más bonita de todos los tiempos>>.*

Podemos comprender fácilmente como el soldado de reemplazo no participaba de tales valoraciones, pues la milicia no significaba para él lo mismo que pudiera significar para un mando, cuanto menos su experiencia militar distaba bastante de lo que la milicia significaba para un oficial. Por otra parte, para el soldado de reemplazo, la entrada en el mundo castrense estaba vinculada con la idea de separación de la “realidad” cotidiana, mientras que para los cadetes de la Academia General Militar significaba la entrada en un mundo al que accedían de forma voluntaria, y con deseo.

A la diferencia existente en la manera de percibir y de sentir la milicia entre mandos y tropa contribuían muchos factores, entre los que además de las condiciones de vida, y las diferencias propias al rango, había que añadir una serie de factores de carácter simbólico, muchos de los cuales otorgaban un cariz especial y de superioridad al mando respecto a la tropa.

### ***3.9- De los mandos y de la tropa; la sacralización del mando.***

En este sentido, podría decirse que los soldados de reemplazo constituyen el equivalente a los extras de las grandes producciones cinematográficas, que siendo imprescindibles, no aparecen en los créditos de las mismas por su considerable número, y por no ocupar puestos destacados en la obra. Por el contrario, los mandos de cierto rango, especialmente los jefes de unidad, son lo que siempre “aparecen en la foto”, independientemente de cómo desempeñen el mando.

Considero que las observaciones de Mary Douglas (1996:118-119) sobre la cualidad de las instituciones jerarquizadas tienen plena cabida en este punto, pues como señala: *De la misma manera que los diversos tipos de sistemas sociales se asientan en tipos específicos de analogías tomadas de la naturaleza, también sus respectivas memorias diferirán. Una sociedad jerarquizada compleja tendrá que acordarse de muchos puntos de referencia del pasado. Más*

*la lista de los padres fundadores tendrá tan sólo la longitud de la de las unidades sociales que haya fundado.*

Otro aspecto destacado, respecto a cómo sienten y cómo viven la milicia los mandos y la tropa de reemplazo está vinculado al momento en que éstos se separan de la actividad militar. En el caso de los mandos, lleva consigo una separación del servicio activo, y por tanto del ejercicio del mando como tal, por lo que, cada cual a su nivel, pasa de ostentar un determinado poder, a quedar totalmente relegado del mismo, el cual ocupará otro mando. En esté sentido, la frase “a rey muerto rey puesto” parece del todo apropiada, pues lo que permanece es el papel de “rey”, independientemente de quien lleve la corona. Quizá por ello, éste sea uno de los momentos más dramáticos para muchos militares, -especialmente para aquellos que acaban creyéndose que el poder que poseen les es consustancial, y piensan que son insustituibles-. Algunos sienten como propios los honores y aclamaciones que reciben por su cargo, sin comprender, -hasta el final-, que tal como lo obtuvieron, lo perderán. Estos sujetos acaban confundiendo su propio “yo” con el papel que desempeñan, -lo que debido a la peculiaridad de la vida militar, en tanto que institución total, no resulta del todo extraño-.

Por otra parte, el mundo militar esta cargado de referentes simbólicos que contribuyen a generar en sus miembros una ordenación de la realidad basada en tales símbolos, de forma que algunos llegan a confundirla con dichos símbolos. En este mismo sentido, todo el sistema de símbolos y signos formales: insignias, divisas, emblemas, etc., permiten identificar el papel que le corresponde representar al que los ostenta en un momento dado<sup>110</sup>.

No obstante, considero que el carácter teatral al que me he referido respecto a la forma de actuar propia del mundo militar debe considerarse en los términos en que lo hace Mauro Wolf (1982: 96), que refiere estos actos y hechos de apariencia teatral en términos metafóricos, y no como una mera obra teatral o una fantasía. Lo que aclara al señalar: *La metáfora teatral no asegura que la vida cotidiana y el teatro sean una misma cosa, sino dice que la representación no está confinada al reino de la ficción y que constituye un dispositivo importante y esencial en la vida cotidiana.* Como bien refiere Wolf, no debemos confundir las acciones que se desarrollan en el día a día cuartelero, o los procesos de relación entre los diferentes sujetos y grupos, con actuaciones teatrales. Pues, aunque puedan responder a pautas propias del mundo de la interpretación y de la fantasía, en el caso de la vida cotidiana que se desarrolla en los cuarteles, ésta no es en ningún modo, ficción, sino que constituye una realidad social en todo su alcance.

Algunos aspectos sobre la manera en que se estructuran parte de las relaciones dentro de la organización militar las podemos entender a través de los planteamientos de Goffman (1994:38,39): *Existen razones para creer que la tendencia a presentar un gran número de actos*

---

<sup>110</sup> Pues no son permanentes a lo largo del tiempo, como señala Ruiz Martín (1982).

*diferentes por detrás de un pequeño número de fachadas es una evolución natural de la organización social. Radcliffe-Brown lo sugirió, al alegar que un sistema de parentesco <<descriptivo>> que da a cada persona un lugar único puede dar resultado en comunidades muy pequeñas, pero a medida que el número de personas aumenta la segmentación del clan se hace necesaria para permitir un sistema menos complicado de identificación y tratamiento. Esta tendencia se advierte en fábricas, cuarteles y otros establecimientos sociales de grandes dimensiones. Para quienes organizan estos establecimientos resulta imposible proporcionar un restaurante especial de autoservicio (<cafetería>, modos de pago especiales [...] para cada categoría del departamento y status de alto nivel de la organización, y sienten al mismo tiempo, que personas de status diferentes no deberían ser agrupadas ni clasificadas conjuntamente en forma indiscriminada. Como solución de compromiso, se interrumpe en algunos puntos decisivos la gama total de diversidades, y a todos aquellos comprendidos en determinada categoría se les permite u obliga a mantener la misma fachada social en ciertas situaciones. [...] La fachada se convierte en una <representación colectiva> y en una realidad empírica por derecho propio[...]. Las fachadas pueden ser seleccionadas, no creadas, y podemos esperar que surjan problemas cuando los que realizan una determinada tarea se ven forzados a seleccionar un frente adecuado para ellos entre varios bastante distintos. De este modo, en las organizaciones militares se desarrollan continuamente tareas que (así son sentidas) requieren demasiada autoridad y habilidad para ser realizadas detrás de la fachada que mantiene el personal de determinado grado, y demasiado poca para ser realizada detrás de la fachada que mantiene el personal perteneciente a un grado superior. Ya que existen saltos relativamente grandes entre los grados, la tarea llegará a <exigir una gradación excesiva o una demasiado escasa>.*

En los párrafos que preceden se plantea la justificación de la necesidad de diferenciación en estructuras y segmentos separados dentro de las organizaciones complejas, y algunos de los problemas que éstas conllevan.

Aunque, en ocasiones, los propios procesos relacionales y, determinadas circunstancias, obligan a que esas diferencias se vean cuestionadas o relativizadas. Así, en determinados contextos se aprecia una tendencia a diluir las diferencias históricamente mantenidas, lo que se puede apreciar por ejemplo, en el uso y disfrute de algunos locales o servicios como bares, instalaciones sanitarias, residencias, etc., que solían estructurarse por los diferentes grupos: Oficiales, Suboficiales, tropa y personal civil, y que acaban integrándose en instalaciones y servicios comunes. Tal transformación se debe en gran medida a razones presupuestarias y de mantenimiento, y se habilitan para rentabilizar y racionalizar estos servicios. Esto acontece en contra de la opinión de algunos mandos, de una y otra condición, que siguen propugnando la necesidad de establecer diferencias claras y determinantes entre los grupos, en todo y para todo. Para quienes así piensan suele prevalecer la necesidad de sacralizar los estamentos superiores de la institución. Como refiere Goffman (o.c.: 47): *En la mayoría de las sociedades parece haber un sistema fundamental o general de estratificación, y en la mayoría de las sociedades estratificadas existe una idealización de los estratos superiores y cierta aspiración a ascender hasta ellos por parte de los que se encuentran en situación inferior. (Se debe tener cuidado de apreciar que esto comprende no solo el deseo de un lugar prestigioso sino también el deseo de*

*ocupar un lugar próximo al sagrado dentro de los valores corrientes de la sociedad).*

A este respecto, no era extraño escuchar en voz de algún soldado manifestaciones en las que se aludía al carácter "divino" y de invulnerabilidad de determinados grados, mandos, o puestos, en las unidades. Lo que se plasma en expresiones del tipo; *El coronel es un dios, o, el capitán de la compañía es sagrado*, las cuales eran interiorizadas por los soldados a diferentes niveles. Tales consideraciones eran concebidas a un nivel simbólico, y se estructuraban en planteamientos del tipo: *el capitán es cómo si fuese un dios*, por lo que se discriminaba entre el ámbito de lo real y el de lo aparente, haciéndose hincapié en el aspecto metafórico de la expresión, por el que se atribuye una relación de semejanza a, en lugar de una relación sustancial o directa.

Estas percepciones se amparan en modelos y categorías predominantes en los ejércitos de antaño, lo que se puede apreciar en algunas obras de años pasados, como la del ya citado general Brallion (1933: 34), quien refiere este aspecto de manera explícita al destacar las cualidades y responsabilidades del capitán, al que atribuye la dirección y modelación absoluta de las unidades combatientes del tipo: compañía, escuadrón o batería, del que señala: *¿quién podrá dar al ambiente militar las cualidades que necesita? El capitán y sólo él...* Y, respecto a la figura del Coronel jefe de unidad señala: *Un coronel digno de este título, es verdaderamente omnipotente.*

Tales planteamientos y afirmaciones configuran una ordenación cognitiva que va más allá de lo meramente metafórico. En determinadas circunstancias, y para determinados subordinados, el jefe no es concebido, percibido, o sentido como si fuese un dios, sino que realmente adquiere para ellos tal consideración. Entonces los planteamientos anteriores son sustituidos por aseveraciones del tipo; *mi coronel es Dios [...]*. En todo caso, esta última percepción suele darse en circunstancias especiales y particulares, en las que el sujeto siente como su libertad, e incluso su propia vida, puede estar en manos de su jefe, como en el frente, o durante un combate.

Respecto a los fundamentos que hacen posible la argumentación, según la cual los grados superiores de la organización se presentan como poseedores de un carácter sagrado, estos responden a dos aspectos tratados de manera concisa por Lewellen (1985:67,113), quien cita a su vez a Balandier en la página 67: *Puede que no sea cierto, como sostiene George Balandier (1970), que lo sagrado esté siempre<sup>(\*)</sup> presente en la política, pero lo cierto es que casi nunca está muy lejos de ella.* Continúa haciendo una argumentación sobre la aparente similitud entre un mitin político y una ceremonia religiosa. Considero que estas consideraciones referidas al ámbito de la política adquieren validez respecto a la percepción del mando en los ejércitos, pues su estructura jerárquica, -al menos en la historia reciente- ha estado imbuida de un fundamento

---

<sup>(\*)</sup> El resaltado es de Lewellen.



en cierto modo sagrado. Y, la propia vida militar ha estado imbuida por la religión, como se constata en las ceremonias y actos señalados en los que se incluye la presencia y realización de ritos religiosos, que se integran y confunden con el propio acto castrense.

Por otra parte, el carácter sagrado y supremo que se otorga a los escalones superiores de la jerarquía militar, se gestiona y fomenta a través del poder que se les atribuye, y éste se objetiva, mantiene y expresa normalmente por medio de símbolos, en las transacciones cotidianas<sup>111</sup>, -al menos por lo que respecta a los mandos superiores-. Lo dicho de manera genérica, podría objetivarse analizando algunos de los aspectos que intervienen en el proceso a través del cual se facilita o favorece el que estos cargos adquieran ese carácter sagrado, especialmente por lo que concierne al soldado de reemplazo. Estos factores podrían vincularse a tres causas fundamentales, a saber: el distanciamiento jerárquico entre los soldados y los mandos referidos, el poder que estos mandos tienen sobre los soldados, y el propósito institucional de fomentar e inculcar dicha percepción. Para ello la institución dispone de toda una organización y sistema de valores que favorecen el que tales mandos sean percibidos como algo más que meros cargos.

El distanciamiento entre el mando y el soldado de reemplazo, se constituye en una realidad evidente, aunque resulta especialmente destacado para algunos cargos en concreto, como el del jefe de la unidad, -normalmente un coronel o teniente coronel-. También adquiere significado en el caso del jefe de la compañía, batería o escuadrón, que suele recaer de forma orgánica en un capitán, que aún encontrándose mucho más próximo al soldado en el ámbito jerárquico y de relaciones, sigue siendo un mando en sumo grado distanciado para con los soldados. Hay que destacar que el jefe de la unidad y los cargos de mayor graduación de la misma, normalmente son vistos por los soldados en ocasiones especiales y en situaciones concretas, y cuando esto sucede suelen ocupar puestos alejados de los mismos, y dicha lejanía no es sólo física.

En segundo lugar, la potestad para tomar decisiones que afectan a la vida de los soldados es del todo incuestionable en el caso de dichos mandos. No en vano, el soldado sabe que todo lo que rige y determina su vida militar está vinculado a estos mandos. Es consciente de que los sucesos que le afectan de manera especial, como la concesión de los pases de pernocta, los permisos, los carnés de militar que se les entregan, los arrestos que se les puedan imponer, y lo que es más importante, la cartilla de licenciamiento, sólo adquieren validez oficial por la rúbrica de alguna de las autoridades señaladas, o por varias de éstas.

Entre los aspectos señalados, el tercero está referido a cómo la propia institución, y el sistema de relaciones y de formación que desarrolla, potencia y favorece el que el soldado estructure y perciba en los términos señalados a las figuras de los mandos en general, y a la de los de los

---

<sup>111</sup> Como señala Lewellen (o. c.:113) respecto al poder político.

empleos y cargos citados en particular. Para ello se configura todo un universo simbólico y cognitivo en el que la superioridad del “superior” no responde a criterios banales, sino que está justificada por la propia formación y valía del mismo, lo cual suele acabar configurando todo un sistema de categorización de los componentes de las FAS que acaba determinando una percepción estereotipada de éstos.

De acuerdo a estos modelos, los soldados solían manifestar respecto a sus capitanes de compañía que eran gente muy preparada y culta, -especialmente cuando pertenecían a la Escala Superior de Oficiales-, y de sus jefes de unidad solían argumentar que si estaban donde estaban era porque realmente habrían hecho meritos para ello.

En todo caso, y como ya he apuntado, el soldado de reemplazo veía al jefe de la base o acuartelamiento en contadas ocasiones, y cuando lo hacían, éste solía estar rodeado por todo un entramado de elementos y factores que acentuaban su carácter especial. Tales confluencias solían darse en actos conmemorativos o rituales castrenses como juras de bandera, actos oficiales de entrega de condecoraciones, recepción de algún general, festejos oficiales, etc., en los que los mandos referidos portan sus máximos galardones y están inmersos en de todo el boato que caracteriza normalmente cualquier acto ritual. Allí se ensalza y enaltece por todos los medios posibles a los altos cargos que participan en los mismos, sean estos unos chamanes de las tribus más recónditas, o unos militares de alta graduación.

La conveniencia de que el oficial se distancie de la tropa, especialmente en el plano cognitivo y simbólico, pretende realzar ante ésta su autoridad y prestigio. Este tipo de argumentaciones se pueden encontrar en diferentes textos militares, o escritos realizados por militares. Y, aunque muchos son un tanto antiguos, siguen justificando parte de la propia estructura de las FAS. De hecho, con tal fin parece justificarse la consolidación de los empleos intermedios entre oficiales y soldados, es decir los de los sargentos y cabos. El texto de Ruiz Fornells (1909: 67, 85, 147, 148) constituye un claro ejemplo de las argumentaciones referidas. Su intención de inculcar tales principios en los oficiales adquiere un valor añadido, por tratarse de un texto elaborado como manual para la formación de los oficiales de la Academia de Infantería y Caballería de la época. Cito literalmente un párrafo de la página ochenta y cinco donde se explicitan los comentarios que he señalado:

*Las clases de tropa están constituidas en nuestro ejército por el cabo y el sargento. Desempeñan en la compañía una misión de extraordinaria importancia, misión muy distinta a la de los Oficiales. Son los intermediarios entre la tropa y la Oficialidad, establece en la comunicación entre una y otra, distanciando así del soldado al Oficial para que la autoridad y el prestigio de éste se realce cual deben a los ojos de aquel; pues el Oficial será tanto más respetado y ejercerá más influencia sobre la tropa, cuanto menos acostumbrado esté a verle y a que le exija personalmente el cumplimiento de su obligación.*

En la página 148 continúa reafirmando la conveniencia de la separación y distanciamiento en términos similares, con las siguientes consideraciones:

*El soldado no puede hablar con sus superiores mas que cuando fuese llamado o preguntado por ellos o tenga necesidad de pedir o reclamar algo que se relacione con el servicio,...Y no crea que le es permitido ir directamente a su Capitán u Oficiales; para ello ha de pedir autorización a su Cabo y éste por la escala jerárquica solicitarlo para que aquel a quien el soldado quiere ser presentado se lo otorgue, fijándole hora y sitio; de otra al respeto y consideración que merecen todos los empleos, y el soldado, si tuviese facilidad suma para tratarse con sus oficiales y quejarse a ellos de los inferiores, adquiriría familiaridad, y esta casi siempre engendra falta de respeto.. ... Al lenguaje debe darle sabor militar; nada de buenos días, cómo está Vd. y demás fórmulas empleadas en sociedad; sino, mi Capitán, mi Teniente, a la orden de Ud., etc.*

Max Frisch (1984:28)<sup>112</sup> señala otro aspecto interesante respecto a la diferenciación entre las clases dentro de la estructura militar. En la página que señalo hace una valoración sobre el carácter diferencial existente entre los oficiales, suboficiales y la tropa, incidiendo en la particular distinción de los primeros, de los que señala que la tropa aceptaba la superioridad de los oficiales sin dilación. Lo que se justificaba por la diferencia de clase, ya que eran normalmente de familia adinerada, o por poseer estudios superiores, lo que les confería el derecho a mandar sobre la tropa, la cual estaba constituida fundamentalmente por jóvenes de origen rural, o pertenecientes a estratos sociales bajos.

Lo más destacado del párrafo en que alude tal percepción es el sentir generalizado entre la tropa de que los oficiales poseían una especie de “saber secreto” sobre cómo se prepara una batalla, que les confería un aura especial. Lo que, sin duda, contribuía a que algunos oficiales acabasen por creerse poseedores de tales rasgos de superioridad que les hacía oscilar entre lo humano y lo divino.

Otro aspecto que se concibe como importante para el bien hacer de los mandos, es el demostrar en todo momento una seguridad absoluta en lo que hacen y en lo que ordenan, de forma que sus subordinados, y en especial la tropa, no puedan atisbar ningún rasgo de inseguridad en los mismos, pues ello podría minar el principio militar definido en “la confianza en el mando”. Así, el mando nunca deberá titubear en sus decisiones, ni mostrarse en desacuerdo con lo que ordena.

Pero lo que para algunos militares confiere un carácter aún más especial al mando es el hecho de que nunca deba disculparse, lo que refiere explícitamente Fornells (1909). También se puede observar tal planteamiento en la novela de Max Frisch (1984:54) quien apunta en un párrafo en

---

<sup>112</sup> Las observaciones de Fornells y de Max Frisch pueden ser tachadas de anticuadas y desfasadas respecto a los últimos tiempos, pero las refiero porque sirven para comprender como se han ido configurando las relaciones entre los grupos dentro de la institución militar hasta llegar a nuestro tiempo, en el que evidentemente se aprecian grandes diferencias respecto a los procedimientos y esquemas que ellos refieren. Aunque debo decir que tales esquemas cognitivos han definido las relaciones entre las partes durante mucho tiempo, y es importante conocerlos porque, de algún modo subyacen en el fondo del pensamiento militar, y en ciertas circunstancias pueden volver a aflorar.

el que trata el sentido del deber, y el reproche: *Si un soldado intentaba explicar a un superior los motivos de una negligencia, cometía un error, y aquello se consideraba como una muestra más de su falta del deber. El reproche de un superior es la última palabra, se nos decía, y no hay más que hablar, ¿entendido?. Aquel que a todas horas es amonestado, carece de razón, aún cuando crea haber cumplido correctamente con su tarea. El que no entienda eso, no debía llevar uniforme (a no ser que fuese oficial). No recuerdo haber visto a ningún oficial disculparse ante la tropa. Tampoco la tropa lo esperaba de él. Hasta el más tonto había captado lo que es la vida militar.*

Alguien podría reprocharme que tales formas de proceder responden a planteamientos antiguos y faltos de vigencia, sin embargo, y aunque reconozco que se han producido grandes cambios al respecto, no todo ha sufrido una evolución tan considerable. Para corroborar tal hecho reproduzco unas consideraciones de un texto militar de plena vigencia en el que se recogen las características que deben primar en el mando militar actual. Se trata de las consideraciones respecto a lo que debe evitar el mando para dar las ordenes efectivas, y se encuentran en el manual militar ME7 007 (1998) “El mando como líder”, en su anexo G-2, referido a la formación del subordinado señala:

*Lo que debe evitar [...] para dar órdenes efectivas:*

- *No se haga el poderoso. No emplee amenazas.*
- *No se queje. No regañe.*
- *No ridiculice. No use sarcasmos.*
- *No insulte. No llame por apodos.*
- *No se haga el gracioso. No muestre indecisión.*
- *No se alabe. No menosprecie a los demás.*
- *Nunca demuestre desacuerdo con lo que ordena.*
- *Nunca se disculpe.*

Como puede observarse, las dos consideraciones últimas recalcan lo anteriormente señalado.

Aunque tal premisa también es planteada como norma de actuación ante los superiores, pues la disculpa por algún error cometido de un militar ante sus superiores es interpretada como falta de moral militar, ya que se interpreta que el que se disculpa pretende con ello evitar sus propias responsabilidades ante los hechos.

De estas consideraciones se puede deducir, groso modo, que el confraternizar con la tropa no es conveniente para el mantenimiento del respeto y buen funcionamiento de los ejércitos.

Lo relevante de esta manera de estructurar los hechos es que lo que se aplica respecto a los

sujetos pertenecientes a diferentes grupos o clases, no se aplica de forma similar dentro del mismo grupo de referencia. Es decir, que entre mandos con distinta graduación, pero pertenecientes a una misma escala o grupo, la relación suele ser fluida y basada en la confianza, dando lugar a esa familiaridad que no se considera adecuada entre los sujetos de diferente clase. En este caso no se presupone que tal relación pueda dar lugar a una relajación en la estructura de mando, ni en el respeto o buen funcionamiento de la organización.

De lo referido hasta ahora se puede comprender como en el universo simbólico y en la ordenación cognitiva de la mente de un soldado, los generales ostentan el puesto supremo del mundo en el que se encuentra inmerso. Normalmente se trata de una figura difícil de ver para el soldado de reemplazo, y cuando lo ve suele estar rodeado de todo un cúmulo de hechos que le otorgan un carácter distinguido y casi místico. Su presencia suele estar vinculada a actos destacados, en los que los desfiles, las marchas militares, las banderas y estandartes, y el engalanamiento de las unidades, confluyen de manera casi inevitable con la figura de este alto cargo militar. Además hay que añadir el hecho de que dichos cargos suelen estar investidos de todo tipo de distintivos y símbolos complementarios, que ensalzan aún más su grandeza y distinción. De forma que la distinción del uniforme, con sus ribetes y entorchados, con sus signos de autoridad, sus fajas, los bastones de mando, etc. constituyen un conjunto impactante, a la vez que el alto número de condecoraciones que ostentan otorgan un remate espectacular a su figura. Todo lo cual hace aparecer a estas personalidades como entes superiores en todos los aspectos, especialmente en el esquema simplista de la mayoría de los soldados, que por lo que general, y por la propia lógica que siguen estos signos, estará desprovisto de ellos.

De forma que los mandos superiores se constituyen en personajes sacralizados por, y para, el beneficio y mantenimiento del sistema, emergiendo como verdaderas deidades en el pensamiento del soldado. Esto queda resumido en las palabras que me manifestara no hace mucho tiempo un joven soldado de infantería: *„Un general es la ostia, porque cuando se oye siquiera esa palabra en el cuartel todo el mundo empieza a ponerse nervioso y todo se pone en marcha; se pintan los vehículos, se pintan y limpian las dependencias, se hace un escrupuloso zafarrancho en todo el cuartel, nos entregan equipo y material nuevo que ni siquiera sabíamos que existía. Incluso, en ocasiones, se nos da una comida especial, y se engalana y adorna todo el cuartel, y se esconde u oculta todo aquello que parece sucio o destartado [...].*

Después de todo, parece que la percepción de tal alboroto ante la inminente presencia de una autoridad de ese tipo, contribuía a que en el pensamiento del soldado dicha figura militar adquiriera un valor y una consideración suprema, pues su esquema de análisis le decía que, sí sus jefes más directos, aludiendo incluso a su coronel en jefe, se ponían nerviosos ante la proximidad de tal autoridad, es de suponer que dicha autoridad fuese “la hostia”. En algunos casos, tales

argumentos podrían tener un doble sentido, denotando un tono crítico e irónico por el sentido de falsedad, teatro y ridículo de la situación.

Este procedimiento institucionalizado de distanciar al mando de la tropa, y de sacralizar al primero frente al segundo, devenía en que algunos mandos, -normalmente los más ineptos, o con problemas de personalidad- desarrollasen una actitud engreída, o se mostrasen de manera despótica con los soldados de reemplazo.

Antes de continuar quisiera hacer un breve inciso sobre la importancia que adquieren las manifestaciones externas de carácter simbólico en el mundo y la cultura militar, destacando cómo sus miembros estructuran y organizan todo un sistema de valores y de referentes que se fundamenta en la relación que, a su modo de ver, deben poseer estas manifestaciones externas con el status y grado que se posee en la organización. Así, para el militar las condecoraciones y signos de reconocimiento adquieren una clara vinculación con la graduación y status de sus miembros. Por lo que se acepta como normal, el que los que poseen mayor graduación deban portar más condecoraciones, y, a la vez, éstas deberán poseer mayor distinción, algo que desde la perspectiva militar parece lógico, pues lo contrario denotaría que la ordenación jerárquica se tambalea. Las condecoraciones señalan e indican el buen hacer del que las porta, su valía y virtudes como militar, por lo que refieren los méritos que le son reconocidos, en tanto que actúan como signo de respeto y honra. Por ello, tradicionalmente se otorgaban en el ejército condecoraciones diferentes para cada grupo, aunque la razón de la concesión fuese la misma, para evitar la posible equiparación entre miembros de diferentes grupos dentro del mismo. Así, hasta hace poco una de las condecoraciones más generalizadas, como es la del Mérito Militar, ha sido distinta<sup>113</sup> para jefes, oficiales, suboficiales, y tropa. Se denominaban de manera ordinal de 1ª, 2ª, 3ª, y 4ª clase respectivamente, y eran diferentes en la forma y en los materiales empleados. Pasaban de la más ostentosa, la de jefes, que se destacaba por poseer una forma de gran cruz complementada con unos rayos dorados, a modelos algo más sobrios en el caso de los oficiales a los que se le otorga una cruz esmaltada con el material metálico simulando el color del oro, y al suboficial una similar pero en plata, por último el modelo más sobrio y austero era el de la tropa, similar en la forma a la del suboficial, pero sin esmaltes en su composición.

El que se estructure la diferenciación en ésta simbología -como en tantas otras-, y que ello resulte normal a los miembros de la cultura militar, puede resultar chocante para aquellos que no han sido socializados de forma plena dentro de ésta, como ocurría con el joven que entraba en el mundo castrense como soldado, el cual sufría inicialmente un gran despiste al respecto, pues éstos símbolos le resultaban extraños y complejos, no sólo por su forma, sino, y especialmente,

---

<sup>113</sup> En la actualidad son similares, salvo para los oficiales Generales, como regula la LEY 18/1995, BOD. 108/1995. BOE. 131/1995, que regula las Cruces del Mérito Militar, Mérito Naval y del Mérito Aeronáutico.

por su significado y su contenido simbólico, los cuales no entendía, y que en ocasiones les parecían incluso irrisorios.

En todo caso, la exaltación de los mandos ante la tropa, acababa haciendo que generasen valoraciones con las que ensalzaban las virtudes de sus mandos más representativos, lo cual no respondía necesariamente a unos hechos o virtudes concretas de los mismos, sino a la imaginación y creatividad de los sujetos que pretendían mostrar a sus respectivos jefes como superiores a los de los demás. Así, era frecuente oír a algunos soldados decir de su capitán de compañía que era el campeón de Europa de tiro, o de salto en paracaídas, o de su coronel que era el número uno de su promoción. Lo relevante de este hecho era que al preguntar a otro soldado de otra compañía distinta sobre las cualidades de su capitán o de sus mandos, y sobre las de su propia compañía, lo normal era que destacasen de éstos cualidades o atributos similares a los de los de las otras compañías o unidades. Tampoco faltaban historias y comentarios sobre hechos especiales o curiosos, que presentaban a sus protagonistas como dignos de admiración para algunos. Entre estos se daban comentarios en ocasiones ciertamente extravagantes, como, por ejemplo el que me comentaban unos soldados del tercio quien me aseguraba de su capitán que en una ocasión se gastó la paga en fulanas para los soldados de su compañía, -cuando le inquirí sobre su participación en tan particular acontecimiento negó precipitadamente su presencia, pero me perjuró que era cierto, pues uno de sus compañeros sí estuvo en el mismo. Otro comentario puede ser sobre cómo en cierta ocasión el teniente “fulanez” y el capitán “menganez” se bebieron de un tirón una botella de coñac cada uno sin inmutarse. Y, todo tipo de “batallita” de las que lo verdaderamente importante no es su veracidad o no, sino cómo contribuían a mantener y fomentar el statu quo y la diferencia de aquellos a los que se les imputaba, y a través de esto, el propio statu quo ligado al de sus mandos.

Este tipo de historias se trasmitía de reemplazo en reemplazo, e iban adquiriendo mayores connotaciones sobre las beldades y proezas de los respectivos jefes, —en ocasiones dichos hechos no respondían siquiera a la misma persona, y procedían de jefes que en otros momentos mandaron dichas unidades, pero que se acababan atribuyendo a la figura del jefe, y no a la persona-. Formaba parte de la necesidad de denotar el que la compañía del soldado en cuestión, era la mejor de todas, ellos eran los mejores de todos, y lógicamente según este criterio, los mandos orgánicos de las mismas eran, por definición y simpatía, los mejores. De manera que al final, los propios sujetos acababan interiorizando las historias que, en parte, habían contribuido a crear y desarrollar.

En todo caso, lo normal era que entre la tropa se erigiese un determinado halo sobre determinados jefes, quienes de hecho podían gozar de cierta intimidad sobre su vida. El militar es consciente de que sus superiores poseen una gran información sobre ellos, e incluso

información que ellos mismos desconocen, lo que les otorga a éstos una ventaja potencial y constituye un mecanismo más de control que contribuye a fomentar el sometimiento del subordinado. Este hecho, está ligado al carácter secreto que posee la información que se maneja en el proceso de evaluación que anualmente se realiza a los mandos de las FAS por sus mandos superiores. Esa evaluación se hacía extensiva al soldado de reemplazo, pues aun no siendo un militar en toda su consideración, sí era sometido a este principio, y en esa lógica no poseía derecho al anonimato, ni a la intimidación respecto a sus aspectos personales, y mucho menos a los relacionados con su condición de soldado.

A la vez, el soldado no tiene acceso a ninguna información sobre sus mandos, salvo la que éstos le facilite, la cual además debía ser conocida de manera obligatoria por los subordinados. Por ello los soldados solían poseer un conocimiento sobre sus mandos superiores basado en fundamentos y criterios muy subjetivos<sup>114</sup>, que estaba en cierta medida amparado en comentarios y rumores.

Dicho lo cual, resulta aceptable el que en el universo cognitivo del soldado se produjese una asimilación de los modelos jerárquicos del ámbito castrense, los cuales reproducían en su propia subcultura. Lo que se manifestaba en expresiones sobre la ordenación entre los distintos grados de veteranía, que se plasmaban en consideraciones de tipo; *aquí el Wisa es Dios, y el abuelo es el amo...para ti, bicho, la palabra del wisa es sagrada*, etc. Con estas sentencias señalaban el lugar que cada cual ocupaba en la relación cuartelera. En este caso los abuelos y wisas, se presentaban como “los generales” de la tropa, a los que se atribuía todo un sistema de signos y atributos informales que denotaban ese status.

En consonancia con estas consideraciones los veteranos establecían todo un sistema de acciones para transmitir el status diferencial, y el carácter especial del veterano respecto al novato. Entre otros aspectos los veteranos obligaban a sus “cucos”, sus “bichos”, sus inferiores, a realizar determinadas tareas que consideraban inapropiadas para ellos mismos, y que otorgaban un cariz de sometimiento y sumisión en los novatos, las cuales fueron realizadas por ellos mismos cuando ostentaban el status de novatos. Entre estas tareas destacan las que resultan más molestas, o indignas, como la realización de la limpieza de locales, instalaciones o utensilios en general, las funciones que supongan la carga y transporte de material, o de productos, y funciones consideradas serviles, como el hacer fotocopias, llevar documentos de un lugar a otro, etc. En ocasiones también obligaban a los novatos a realizar tareas no vinculadas al servicio, como que les comprasen tabaco, bocadillos, o bebidas.

---

<sup>114</sup> Este aspecto lo desarrollé en un capítulo de un libro dirigido y coordinado por el profesor Vázquez, en AAVV (1989:403-412), donde señalaba como los soldados utilizaban categorías y referencias propias de su entorno civil para complementar las carencias de datos objetivos sobre sus jefes.



Resulta evidente que estas pautas de comportamiento y normas informales eran definidas y determinadas por los veteranos, sin tener en cuenta las decisiones o consideraciones de los novatos. Y, su transmisión estaba amparada en la costumbre y la tradición, de manera que los sufridores de dichas imposiciones, las iban asumiendo como propias con el paso del tiempo, y las adaptaban a sus propios gustos.

Como ejemplo de lo dicho referiré las costumbres de unos soldados destinados en un departamento informático de una unidad de Madrid, quienes habían determinado unas normas específicas para regir las relaciones y tareas a realizar entre los mismos según el grado de veteranía de cada cual. Tal norma informal la tenían colocada en un papel impreso que figuraba en el tablón de tareas que poseían en el correspondiente despacho, y la cual rezaba:

El bicho deberá abrir y limpiar la oficina, encenderá los ordenadores de los veteranos. A la hora del bocadillo invitará a su wisa al bocadillo y a la bebida. También dispondrá que a éste no le falte el tabaco. Y en todo momento estará atento para justificar ante el mando las ausencias de sus veteranos, sean estas por el motivo que sean.

En algunos casos estas normas se hacían extensivas en la unidad y regulaba las relaciones informales entre los miembros de la tropa, constituyéndose en unos “documentos” que adquirirían la forma de decálogos estructurados en artículos y principios adaptados de forma sarcástica a la cultura cuartelera; tales documentos, denominados decálogos del wisa, o wisandamientos, los analizaré en su momento.

Otro aspecto a considerar entre la tropa de reemplazo era el intento de muchos de aparentar ser diferentes a como realmente eran, (normalmente más duros, o cultos), o pertenecer a un status social superior, o una procedencia diferente a la verdadera). Pero, en algunas ocasiones se daban procesos opuestos<sup>115</sup>, y determinados individuos que pertenecían a status sociales superiores, o poseían una determinada formación, o nivel cultural, o riquezas, practicaban una modestia sistemática, ocultando cualquier expresión de riqueza, capacidad, o fortaleza espiritual, adoptado y manifestando actitudes y aires ignorantes, negligentes o descuidados ante determinados mandos, compañeros, o grupos, dentro de la institución militar, para evitar despertar posibles reticencias en estos.

Estas consideraciones nos remiten a una actuación que puede calificarse como de mascarada, por la manera en que actúan determinados sujetos, aunque lo hagan en ocasiones forzados por las circunstancias, como ocurría con el soldado de reemplazo. En estos discursos se encierra toda un sistema cognitivo, según el cual los que más son, en la ordenación jerárquica que fuere, deben poseer “por derecho propio” las mejores cosas, y lo contrario constituye una disfunción.

---

<sup>115</sup> Como describe Goffman (o.c.50), refiriéndose a los negros en algunos estados sureños de América.

De acuerdo con lo dicho, resulta comprensible la norma que regula el que todo militar deba vestir el uniforme mientras esté en las unidades, para establecer una relación basada en el status específico de cada cual. Esto se evidencia por el uniforme y los elementos simbólicos que lo complementan, con lo que se evita cualquier confusión o malentendido. En ese contexto el símbolo de status incuestionable lo configuran precisamente los distintivos correspondientes, que estarán por encima de cualquier otro signo.

Después de estas consideraciones sobre algunas de las diferencias establecidas en la cultura militar entre los mandos y la tropa pasaré a analizar uno de los aspectos que, en mi opinión, resulta destacado como elemento de distinción y de diferenciación de la cultura militar respecto a cualquier otra. Me refiero a las valoraciones y consideraciones que se tienen en el mundo militar respecto al hecho de la muerte.

### ***3.10- De la idea de la muerte en el mundo militar profesional.***

El que la idea de la muerte forma parte del imaginario de los pueblos es un aspecto constatado en la antropología. En este sentido, se puede afirmar que en la cultura occidental, y en concreto en la nuestra, se tiende a alejar la muerte de la vida cotidiana en la medida de lo posible. De manera que se percibe la estructura del ciclo vital en un orden dicotómico ordenado como vida/muerte, en lugar de presentarlo como un continuum en el que la vida y la muerte aparezcan de manera integrada<sup>116</sup>. Así, se suele reflexionar sobre el hecho de la muerte desde reflexiones filosóficas o valoraciones médicas, en las que ésta se muestra vinculada a la enfermedad, a los accidentes, o a causas desaprobadas como el suicidio<sup>117</sup>, o a acciones violentas relacionadas con la delincuencia. Ello supone un escollo añadido para la institución militar por lo que respecta a su propósito de inculcar en los jóvenes soldados su particular filosofía sobre el hecho de la muerte, que difiere significativamente del esquema civil.

De hecho, en la cultura militar se propugna la aceptación de la muerte con resignación, lo que de por sí resulta ciertamente difícil ya que aferrarse a la vida y eludir el sufrimiento son aspectos propios a la naturaleza humana.

El culto a la muerte en la cultura militar se manifiesta de múltiples formas y a través de diversos rituales. Una de las fórmulas más extendida gira en torno al homenaje los caídos en combate, la cual es común a la mayoría de los ejércitos. En éste se rememora a los soldados muertos en combate en las distintas contiendas en las que han participado a través de la historia. Respecto a las tradiciones y rituales que giran en torno a la muerte relacionada con las acciones

---

<sup>116</sup> Por contraste, en otras culturas la muerte no se percibe como un hecho separado de la vida, y no se trata de ocultarla, sino que forma parte de la vida cotidiana, de manera que se establece una ordenación basada en la idea de vivir muriendo, o morir viviendo.

<sup>117</sup> Como ejemplos sencillos de estos planteamientos citaré a Joseph Sharp (1997) y a Octavi Quintana (1997).

de guerra, existen diferentes niveles de implicación en los distintos países. En unos, tales hechos suelen estar circunscritos básicamente en el ámbito de sus ejércitos, mientras que en otros es asumido por la sociedad civil, constituyéndose incluso organizaciones institucionales que se ocupan de estos aspectos<sup>118</sup>. Por lo que respecta a nuestro país, por regla general, las manifestaciones y actos conmemorativos en los que se rinden honores a los soldados desaparecidos en combate se circunscriben dentro de los acuartelamientos.

A través de estos actos se pretende desdramatizar el hecho de la muerte, entre ellos existe el ritual del Homenaje a los Caídos que juega un papel relevante sobre el particular, por lo que está institucionalizado en todas las unidades militares. Durante esta ceremonia se suele entonar el himno titulado “la muerte no es el final”<sup>119</sup> en la que se recogen los fundamentos de tal principio. En el acto, y en la letra del himno se ensalza el recuerdo de los que dan la vida por la patria, en la idea de que perduraran entre los que pertenecen a la institución y participan de tales actos. El carácter religioso de tal precepto resulta evidente, aunque des de la perspectiva militar sólo serán dignos de ser recordados quienes murieron con honor.

Además de los actos especialmente destacados, a diario se realiza en las bases y acuartelamientos un acto en el que se rinde honor a los caídos por la patria, que se realiza durante el arriado de bandera, en el que acabado éste se manda a la formación presente orientarse en dirección a la puesta de sol y saludar en honor a los caídos mientras se toca el himno correspondiente.

Con estos rituales se pretende honrar a los muertos, y a la vez fomentar en la memoria colectiva la necesidad de actuar en consecuencia en las acciones cotidianas, para seguir los pasos de aquellos que fueron consecuentes con su condición de soldados y entregaron sus vidas. Estos rituales se constituyen en un recordatorio y en un referente para los que están en activo, y mantiene la tradición y la cultura, vinculando al presente con el pasado, ensalzando el honor y gloria de la unidad a la que se pertenece, erigiendo a los caídos como modelo a seguir.

Además de lo dicho respecto al acto de los caídos, la cultura militar evidencia su particular idea de la muerte a través del uso de una terminología y clasificación particular, que difiere, por ejemplo, de la clasificación que señala María Cátedra (1988:164) al hablarnos de la taxonomía popular de los vaqueiros sobre tal hecho. Pero, como ésta responde a una necesidad cultural de proporcionar a sus miembros algún tipo de respuesta sobre el significado de la muerte, y sobre los diferentes aspectos que se relacionan con ella.

La diferencia en el modo en que cada cultura categoriza, y considera el hecho de la muerte,

---

<sup>118</sup> En EEUU, por ejemplo, existe una organización gubernamental denominada American Battle Monuments Commission encargada de mantener y conmemorar a los soldados caídos, o desaparecidos en combate en cualquier parte del mundo.

<sup>119</sup> En el apéndice recojo las normas generales que regulan el ritual del Homenaje a los Caídos en las FAS y la letra del canto “La muerte no es el final”.

señala una forma de manifestación y diferenciación cultural, como señala María Cátedra (o.c.:30), quien incide en la conveniencia de analizar este aspecto para comprender cualquier cultura. Reproduzco un párrafo que resume de forma escueta la importancia del análisis de tales aspectos desde una perspectiva ideológica:

*Creo que los antropólogos deberían prestar más atención a los aspectos conceptuales de la cultura -la ideología-, además del ya clásico interés en las instituciones. No sólo es importante el impacto de la muerte en una sociedad sino también la definición cultural de la muerte misma. Toda sociedad proporciona a sus miembros algún tipo de teoría sobre la muerte y el destino probable de cada uno; es obvio que aprendemos a vivir pero no lo es tanto que aprendamos a morir. Siempre hay pues un conjunto de normas culturales sobre el modo, forma, momento significado y sentido del morir, además de un sistema de valores y opciones en torno a la muerte.*

Sanmartín (1988: 9-19) hace algunas consideraciones sobre este particular:

*Es obvio que todos encarnamos, con nuestra trayectoria vital, de manera paradigmática, algunos de los símbolos representativos de los valores máximos de la condición humana. La inmensa mayoría no somos ni héroes, ni mártires. No obstante, bregando con nuestras limitaciones, aferrados a nuestros síntomas cotidianos, seguimos dando, como soldados desconocidos, la vida por la vida.*

*Quizá no haya nada tan natural, tan con-natural al hombre, como vivir y morir. Pero lo que, sin duda, a todos más nos interesa, es el modo de hacerlo.*

Estas reflexiones nos deben servir, cuanto menos, para reafirmar la hipótesis de que el mundo militar puede ser considerado como un ente cultural por derecho propio, pues considerada el hecho de la muerte de un modo peculiar y específico, que lo distingue de otras culturas, e incluso de la percepción que sobre ésta tiene la sociedad civil a la que pertenece.

Pero uno de los aspectos más destacados del especial vínculo de la milicia con la muerte reside en el hecho de que al soldado no sólo se le exige soportar la presencia de la muerte, aceptarla como parte de su entrega y condición militar, sino que además, llegado el caso deberá hacerlo de acuerdo a unos principios. Así, el buen soldado es que sabe morir “correctamente”, es capaz de mirar a la muerte de frente y “superar sus miedos” ante la misma. Por ello, en los procesos de socialización militar se tiende a mostrar la muerte de forma mitigada.

Sobre este aspecto, el planteamiento de Berger y Lugmann (1995:131-132)<sup>120</sup> respecto a la legitimación de la muerte como tarea social, adquiere un carácter destacado para con la

---

<sup>120</sup> Berger y Luckmann: *Una función legitimadora de los universos simbólicos que tiene importancia estratégica para la biografía individual es la de la “ubicación” de la muerte [...] Huelga insistir en que la muerte plantea la amenaza más terrible a las realidades establecidas de la vida cotidiana. La integración de la muerte dentro de la suma realidad de la existencia social adquiere, por lo tanto, importancia primordial para cualquier orden institucional. Esta legitimación constituye, en consecuencia, uno de los frutos más importantes de los universos simbólicos [...] Todas las legitimaciones de la muerte deben cumplir una misma tarea esencial: capacitar al individuo para seguir viviendo en sociedad después de la muerte de otros significantes y anticipar su propia muerte con un terror que, al menos, se haya suficientemente mitigado como para no paralizar la realización continua de las rutinas de la vida cotidiana. Puede advertirse fácilmente que una legitimación semejante resulta ardua de conseguir, como no sea integrando el fenómeno de la muerte dentro del universo simbólico. Dicha legitimación provee, pues, al individuo de una receta para una “muerte correcta” [...]. En el plano del significado, el orden institucional representa una defensa contra el terror. [...] El universo simbólico resguarda al individuo contra el terror definitivo adjudicando legitimación definitiva a las estructuras protectoras del orden institucional.*

institución militar, en tanto que justifica la potencia trascendente de los universos simbólicos en el proceso de construcción de la realidad social en general, e institucional en particular. En este sentido, la institución militar elabora todo un argumento en torno al honor y a una serie de valores institucionales, que no sólo mitigan la posibilidad de la muerte, sino que debido al alto riesgo de que ésta se produzca en determinados momentos, forja en sus miembros un temor más acuciado que el de la propia muerte basado en la idea de una vida deshonorosa. Lo que llevado al extremo constituye la justificación de un “suicidio honorable”, como sucedía en la cultura tradicional nipona. Lo que se puede constatar en el bushido, código de los antiguos samuráis<sup>121</sup>.

En relación con nuestro ejército destacaría al respecto el hecho de que el que fuera fundador de la Legión, el teniente coronel Millan Astray, se inspiró en el bushido para confeccionar su código legionario, y le inspiró en los procedimientos de instrucción moral de sus subordinados.

Por otra parte, son varios los ejemplos que corroboran este interés institucional de mitigar el temor natural a la muerte, e incluso exaltarla como un fin honorable, para fomentar el espíritu militar de entrega y sacrificio. Configurándose para ello todo un entramado simbólico que provea al soldado de una receta adecuada, de lo que Berger y Luckmann califican como “muerte correcta”. Lo que conllevará mecanismos diferentes en función del grupo al que vaya dirigido tal requerimiento, pues los niveles de exigencia que se demandarán al militar profesional, y al personal de reemplazo será, al menos en principio distinto, pero también encontraremos diferencias entre los grupos constituidos por unidades diferentes, como ya he sugerido.

Después de lo dicho, resulta del todo lógico el culto a la muerte en una cultura cuya propia razón de ser está inevitablemente ligada a ella. Pero, como he señalado anteriormente será en las unidades más operativas, y en aquellas en las que la profesionalidad de sus miembros se plantea como indiscutible, donde se estructura todo un sistema de mecanismos y procedimientos en torno a lo que Berger y Luckmann (1995:94) denominan “fórmulas institucionales”, para favorecer y asegurar la interiorización de los principios que rigen dicha institución, ensalzándose de manera destacada el culto a la muerte. Esto se puede apreciar, entre otros muchos elementos, al analizar multitud de manifestaciones formulaicas propias de dichas unidades, en las que se plasman a modo de cánticos, himnos, reseñas, códigos, imágenes, etc., todo un conglomerado de elementos relacionados con la muerte.

---

<sup>121</sup> Para profundizar un poco más en este tema véase Ruth Benedict (1974).

denominada disciplina de fuego, y la instrucción instintiva.

Los principios que contribuyen a consolidar la disponibilidad para matar o para morir en la batalla, no forman parte del sentir común de nuestra sociedad civil, ni de la cultura en la que vivimos<sup>122</sup>. De hecho, los modelos culturales que predominan en nuestra sociedad se ciernen sobre los principios de la vida y el respeto a los demás, los cuales han sido inculcados no sólo como principios naturales, sino como fundamentos políticos y sociales, que emergen como fundamentales en el mundo civilizado.

En este sentido, Keegan (1990:343-367) desarrolla ampliamente los procesos de distanciamiento que se han ido produciendo entre la cultura civil y la cultura militar en la historia reciente. Apunta como en otros momentos los ciudadanos de a pie poseían en sus respectivos contextos gran cantidad de referentes que, en caso de tener que incorporarse a filas mitigaban, su incorporación en el mundo militar y en el uso de las armas, -lo cual sucedía en nuestro país en los años de posguerra, e incluso bastantes años después-. Sin embargo, destaca como en la actualidad existe una clara divergencia entre los hechos de la vida diaria en la sociedad civil, y los que acontecen en el campo de batalla. Continúa desarrollando con detalle su argumentación en la página 349 donde señala, que el clima de vida familiar, escolar y cultural, se ha cubierto de una profunda antipatía hacia la violencia y el conflicto. Para lo que cita la expansión generalizada entre los países occidentales del derecho a la objeción de conciencia.

En cualquier caso, y tras las reflexiones previas, parece claro que en la cultura militar se estructura todo un sistema de disposiciones para educar a sus miembros en torno a una idea de la muerte, atendiendo a la necesidad de que el profesional de la milicia, -y por extensión el soldado conscripto-, debe interiorizar, aunque sea de forma inconsciente, la presencia de la muerte como una constante en su vida de soldado.

Así, deberá ser instruido y concienciado a través de la moral de combatiente en la asunción de la posibilidad de entregar su propia vida, y también asumir la muerte de sus compañeros, la de sus jefes, e incluso la de personas inocentes no militares. Y en el otro extremo deberá estar dispuesto a asumir la necesidad de quitar la vida a sus semejantes, materializados en la figura del enemigo. Lo que contribuye a presentar a la muerte como a una “compañera”<sup>123</sup> de todo combatiente. Por todo ello se establece todo un mecanismo encaminado a definir este hecho amparado en un principio que, algunos autores califican como “causa justa”, por la que el enemigo adquiere una condición de no justo, y por tanto no igual, dejando la justificación de los

---

<sup>122</sup> Sobre la particular manera en que nos vinculamos las sociedades occidentales en general con el hecho de la muerte, y como intentamos disfrazarla, o eludirla, en oposición al acercamiento y cotidianidad que ésta adquiere en otras culturas referiría el trabajo de Barley (2000), pues siendo consciente de la enorme producción antropológica sobre el tema, no considero necesario extenderme en exceso pues este ejemplo aglutina tal hecho de forma muy gráfica.

<sup>123</sup> La canción del “novio de la muerte” de la legión, utiliza precisamente en una de sus estrofas el calificativo de “fiel compañera” al referirse a la muerte, denotando con ello su omnipresencia.

hechos de nuestra parte, de ahí la máxima que justifica el deber de matar al contrario.

Un párrafo de un texto denominado “moral de combate”, realizado por el teniente coronel Gómez Martínez (2000:38) resume este planteamiento de forma clara al apuntar: *Llegado a ese acto brutal que es la guerra, el hombre enfrentado a su semejante se debate entre la repugnancia de matar y la necesidad de hacerlo, entre el instinto de huir y el deber de imponerse al adversario, y en este forcejeo es donde juega y debe vencer la moral de combate.*

En este texto se analiza y justifica lo que se define como “moral de combate”, que se centra precisamente en la necesidad de concienciar y motivar a los combatientes, o potenciales combatientes, sobre la razón última de su actuación como tales, para actuar en consecuencia.

Sin embargo, en los países que viven una paz continuada, y que no poseen una percepción de amenaza tal proceder no parece apropiado. Menos aún cuando las funciones principales en las que participan sus ejércitos giran en torno a las denominadas acciones de ayuda humanitaria, - todo lo cual se ajusta al caso del ejército español-. Por lo que la función de matar, y la acción de instruir al soldado para tal hecho, no aparecen de forma explícita en los programas de instrucción, aunque lógicamente este sea uno de los fines fundamentales de la misma. Lo cual está igualmente condicionado por el hecho de que los instruidos fuesen soldados conscriptos, pues para ellos los principios militares relacionados con el hecho de matar no tienen un sentido similar al de los militares profesionales, ni resultan a priori aceptables.

No obstante, esta vinculación afecta de manera distinta a la institución militar según el papel y protagonismo que juega en la sociedad en cada momento y lugar. Una de las manifestaciones de dicho papel se puede percibir en la imagen que la institución proyecta de sí misma hacia el exterior, tanto en sus representaciones visuales como en las lingüísticas. Respecto a las primeras se puede apreciar la evolución de los referentes simbólicos utilizados de forma institucional, que van desde imágenes ciertamente agresivas, cargadas de motivos beligerantes y exaltación de los elementos destructivos, hasta la imagen opuesta, que pretende circunscribir la figura de las FAS a una organización que actúa únicamente como baluarte de la paz y de la defensa de los oprimidos. Un ejemplo claro de ello serían las múltiples apariciones de las unidades destacadas en acciones humanitarias, en las que los vehículos de combate aparecen pintados de blanco y con distintivos internacionales como los de la ONU. En estos casos, los soldados aparecen reiteradamente junto a niños, mujeres y ancianos indefensos, y en actitudes no beligerantes.

Los cambios y tendencias señaladas se observan también en el léxico institucional, que ha desarrollado toda una gama de modismos lingüísticos para adaptarse a las circunstancias. Dicha transformación afecta incluso a la forma en que se denominan a algunos de los organismos que representan a la institución militar. Como ejemplo de ello podría servir la manera en que el antiguamente denominado Ministerio de la Guerra pasó a denominarse Ministerio de Defensa,

mucho más acorde con los momentos actuales. Respecto a las fórmulas utilizadas desde el ámbito lingüístico para mitigar, o enmascarar el aspecto negativo de la institución ante la sociedad civil, destacaría el uso de eufemismo y disfemismo, como señalan diferentes autores, aunque sólo citaré a Moya Hernández (2001) por su reciente aparición, y por su propósito de abordar el tema desde una visión de conjunto respecto al lenguaje militar. Los primeros párrafos de un artículo suyo aparecido en Internet señalan la trascendencia del aspecto señalado:

*Si tratamos de llevar a cabo un análisis del discurso militar y, concretamente del discurso militar español, pronto nos damos cuenta que una de las características estructuradoras de este discurso es el recurso al eufemismo y, en cierto modo, a la utilización de palabras, en mayor o menor medida, asépticas, debido en gran parte a la posición que ocupa el ejercito para algunos sectores de la sociedad como institución cercana a la guerra, la lucha, el derramamiento de sangre o la muerte.*

*Para tratar de ubicar el discurso del ejercito hemos de hacer referencia a algunos estudios que se han publicado en los que se concibe el discurso militar tan sólo como el lenguaje que utilizan los soldados durante su paso por el servicio militar. A mi entender, con esta definición no se alude al auténtico discurso polemológico sino a un aspecto del mismo. Aspecto que, por otro lado, no deja de ser la lengua jergal de la juventud, salpicada, eso sí, por el léxico militar, debido, sobre todo, a que se trata de la realidad eventualmente más cercana a ellos durante un cierto espacio de tiempo.*

*Así pues, hablaremos de discurso militar para referirnos al lenguaje, y más concretamente al léxico, empleado por los oficiales y todas aquellas personas que componen la institución castrense.*

Moya hace alusión al uso de mecanismos lingüísticos por parte de la institución a través de los cuales se pretende “suavizar”, o incluso enmascarar algunos de los referentes que le son propios, pero que no gozan de aceptación en la sociedad. Incide además, en la necesidad de abordar el tema en su conjunto, sin circunscribirlo a un grupo determinado, y menos al de los soldados de reemplazo, dada su particular condición.

Después de las consideraciones sobre los aspectos complejos relacionados con la muerte parece necesario entrar en detalle sobre los mecanismos utilizados por la institución para conseguir inculcar en sus miembros tales principios y actitudes, además de las referencias hechas hasta ahora. Realmente el tema es complejo y no responde a un único mecanismo sino a todo un sistema de acciones y disposiciones que condicen e inciden en tal fin. En los siguientes apartados trataré estos aspectos incidiendo en los que afectaban al soldado de reemplazo.

Respecto a los aspectos señalados, y a modo de sumario, paso a comentar algunos de los aspectos que considero más relevantes. En primer lugar destacaría el hecho de la extracción del sujeto de su entorno para someterlo a un proceso de aislamiento y enculturación. En este proceso juega un papel destacado todo el sistema de instrucción encaminado a la anulación del sujeto y a lo que pudiera denominarse como su “doma”, a la vez que se intenta desarrollar su agresividad latente. Las primeras semanas de instrucción y de vida cuartelera se encargaran de ello. El joven estará inmerso en una constante sucesión de eventos junto con otros jóvenes que,



como él, no tendrá tiempo para nada, y mucho menos para pensar. En este periodo se concentra una serie de ejercicios y tareas que se materializan en la instrucción de orden cerrado, la instrucción instintiva, la iniciación en el manejo de armas de fuego, los ejercicios de tiro con munición real, y las acciones de simulación de combate, a lo que hay que añadir las marchas y los ejercicios en condiciones adversas, etc.

Desde el punto de vista de la institución militar, y de la propia esencia de la instrucción, se considera que en estas acciones de simulación de combate la adrenalina se dispara, y los individuos empujados por el grupo y por la tensión del momento desarrollan unos niveles de acción insospechados. La sensación que produce la conciencia del uso de munición real, y la consecución de los objetivos fijados también juegan un papel fundamental en el desarrollo de los potenciales beligerantes del joven. Se concibe que durante este corto pero intenso proceso, el joven ve incrementadas sus facultades físicas, y su cuerpo y su mente se adapta al entorno. Cada vez se le pide y exige más, y se le hace ver que siempre se puede “avanzar un paso más”. En esa dinámica muchos de estos jóvenes perciben que son capaces de hacer cosas que antes no hubieran creído poder hacer, lo cual les motiva, y enardece su condición de guerreros.

Después de los diferentes ejercicios en los que la acción es la principal protagonista, se desarrollan actividades de camuflaje, de ocultación, de sagacidad, en las que unos deben sorprender a otros. Los soldados deben aprender a aguantar impasibles durante tiempos prolongados, expectantes ante cualquier suceso o detalle de su entorno, los ejercicios nocturnos, ocupan un lugar predominante, junto con los servicios de guardia desarrollados en determinados contextos, donde la soledad, y la tensión de ser sorprendidos en algún descuido por el jefe de la misma, provocan en el sujeto un estado especial de tensión, sobre todo si se producen en entornos campestres, o en lugares lejanos de referentes civilizados.

Sobre estas acciones y experiencias recuerdo mis vivencias en los tiempos de campamento militar que realicé al finalizar mi periodo de formación en el IP N° 1, como en el año pasado en la AGBS. De las mismas surgen en mi pensamiento los recuerdos de las guardias y los ejercicios nocturnos en la Academia Básica de Suboficiales donde aprendías a percibir tu entorno de una manera especial. En ellas la sensación de soledad infinita, y la angustia que tal sensación producía resulta indescriptible. La preocupación por estar alerta, expectante por si algún mando se acercaba y no lo descubrías a tiempo, la ansiedad porque pasaran las horas y volviese por fin tu relevo, desembocaba en un cansancio infinito. También recuerdo las maniobras y acciones tácticas en las que pasábamos varios días en el campo, donde se mezclaban simulacros de acciones de combate con periodos de espera y tensión.

En ese entramado vital compensábamos el cansancio y el agotamiento entonando canciones guerreras, con la exaltación del grupo, con el pique entre compañías, lo que nos hacían

mostrarnos descansados, vitalistas, y provocaba en nosotros un estado de ánimo especial, que se manifestaba incluso en las actividades extraordinarias, como las competiciones deportivas con lo que la competencia resultaba permanente. Todo ello desembocaba en un estado extraño que nos embriagaba y nos hacía sentirnos especiales, capaces de enfrentarnos a cualquier cosa. Sin duda, el sistema había sido eficaz, y había hecho de nosotros lo que se pretendía. Por ello, no resultaba extraño que los mandos instructores aplicasen en los soldados los métodos y procedimientos aprendidos, pues concebían que actuarían en ellos como lo hiciera sobre sí mismos.

Pero debo señalar que estas acciones, que se realizan a modo de “juegos de combate”, eran vistas de forma muy distinta entre aquellos que participaban de ellas como parte de una formación encaminada al desarrollo profesional, es decir los mandos y tropa profesional, y aquellos que pasaban por la milicia como una obligación y sin ninguna motivación o interés, como sucedía con el soldado conscripto. Así, a muchos soldados estas acciones realizadas en las maniobras y en simulaciones tácticas les parecían del todo irrisorias.

Por otra parte, habría que matizar el hecho de que, al menos durante los tiempos postreros de la mili, el riesgo que constituían la prestación del servicio militar, y más en concreto los relacionados con las maniobras, ejercicios de tiro, ejercicios o simulacros de temas tácticos, o actividades similares, han sido elementos constitutivos de un sentimiento bien diferente al que pudiera suscitar el riesgo de un conflicto bélico auténtico.

De hecho, la realidad de tales prácticas y la forma en que se desarrollaban en ocasiones, han dado pie a que los soldados se mofasen de tales acciones reaccionando de manera jocosa, al darse cuenta de la realidad que rodeaba tales acontecimientos, y ante la actitud de algunos mandos que les requerían que se “metiesen en situación”, y viviesen tales ejercicios como si en ello les fuese la vida.

En este sentido, he podido observar como algunos soldados al tratar temas relacionados con la instrucción, y en especial al referirse a las maniobras y a los ejercicios y prácticas de combate, se referían a tales eventos como si se tratasen de un juego, criticando a los mandos de los que decían que eran como niños a los que sólo les gustaba jugar a la guerra.

Para ilustrar este hecho recurriré nuevamente al diario de Picón (1998) donde narra algunas de sus impresiones sobre estas actividades:

*Martes, 10-03-1998.*

*Hoy, por primera vez en la historia, me he disfrazado para la orden de combate. Había que verme con la cara pintada a lo Rambo, de verde y negro (Força Peña!!), en una de las grandes tácticas de camuflaje de la historia.*

*Miercoles, 11-03-1998.*

*Hemos ido al tiro. Estaba super cagado por si me follaban por hacerlo mal, pero he cumplido con mi deber, aunque el cetme fallaba más que... Por la noche, instrucción nocturna. Parecíamos condones verdes con la braga puesta en la cabeza, todos pintados de negro. Qué*

*divertido ha sido. Una vez adentrados en el bosque, el capitán nos ha dado unos consejos que en la vida real se pueden utilizar todos los días (que irónico soy, dios mío). Tengo la cara guarrísima, y me voy a dormir.*

*Jueves, 12-03-1998.*

*He pegado mis primeros barrigazos con el cetme, y estoy contento. Hoy ocurrió una anécdota muy graciosa. Mientras estábamos en orden de combate, gritando como locos (ARRRRR!!!!) y pintados, al cabo primero le ha sonado el móvil, y hemos tenido que parar. Ha sido cutrísimo.*

*Lunes, 16-03-1998*

*Hoy ha sido casi mi primer día como militar de verdad. He hecho la instrucción, la orden de combate y la gimnasia.*

## **SEMANA DE MANIOBRAS**

### **DIA 1**

*El día maniobril de hoy tiene 2 puntos de vista muy diferentes. Uno es que no son tan duras (no lo parecen) como decían, pues hemos tenido 3 horas de descanso en total, y solo hemos andado 3 o 4 km.*

### **DIA 2**

*Esto empieza a joder!!!. Después de un almuerzo cañero (bocata-chorizo), hemos ido al tiro en camión (parecíamos ramblitos de juguete todos en el camión).*

*Hoy hemos tirado con munición de guerra. Yo iba bastante cagado, pero todo ha pasado rápido y sin ningún percance de importancia (solamente han muerto 3). He hecho 69 puntos sobre 100, desde mas de 50 metros. No es mucho, pero tampoco esta mal, si tenemos en cuenta mis 16 dioptrías.*

### **DIA 3**

*Esto si que ha sido una caminata. Cerca de 25 Km. Subiendo el Mojón (montaña cercana a la base), yo iba de puta madre, incluso el Alférez me mando a ayudar a los rezagados, pero bajando he tenido una pájara, y he llegado arrastrando la lengua, casi me tocaba al suelo. Tengo heridillas en los tobillos y en los dedos de los pieses. Dicen que mañana hay otra igual de fuerte, comenzaré a rezar.*

*Por lo demás el día ha sido tranquilo, limpiando el cetme y enseñándonos el traje NVQ, anti gases nucleares. Estas clases, con las mascararas anti gases nucleares nos servirán para mucho el día de mañana, no me digáis que no. Casi cada día se producen escapes nucleares, cualquiera nos lo podemos encontrar (soy más falso...).*

*Por la noche nos han dejado dormir de 10 a 7 de la mañana. La tranquilidad solo se ha visto alterada por los goles del Madrid (2 a 0).*

### **DIAS 4 Y 5**

*Sin descanso. El día 4 fue el día "¿QUE COJONES HAGO YO HACIENDO ESTO?". Nos han hecho pasar unas pruebecillas cutres. La primera era pasar por debajo de un túnel de 20 metros, super estrecho y claustrofóbico. Luego encontrar 3 puntos geográficos con la ayuda de un mapa fotocopiado. Y lo más humillante del mundo, hemos tenido que pasar por dentro de un charco de barro, primero corriendo y luego reptando (nadando). Yo, por listo y escaqueado, he tenido que nadar 2 veces, pero con 2 webs lo he hecho.*

*Después, a limpiar el cetme, y a dormir...*

*iiiiii ALARMA, ALARMA !!!!! A las 12,30 nos han sacado de las tiendas corriendo porque había alarma. Todo dios iba como loco, y nos han dicho que nos íbamos a la montaña a atacar a la 3ª sección, al asalto de su refugio. Cutrísimo. Solo hemos dormido 3 horas, y al aire libre. Al amanecer (como los Fresones Rebeldes) hemos atacado, en el ataque más increíblemente*

*ridículo de la historia. Y se acabó.*

Creo que las observaciones de Picón constituyen una información inestimable para mostrar como muchos soldados veían estas prácticas de forma muy distinta a cómo las veían los mandos.

Ciertamente las maniobras, y otros ejercicios con armamento suscitaban en los sujetos variadas sensaciones, en ocasiones contradictorias. Por un lado aportaba una particular sensación de poder y de hombría, vinculada con el uso de las armas, y suponían una ruptura con las rutinas cuarteleras. Sin embargo, también hacían emerger ciertos temores y miedos que les hacían sentirse incómodos. Pero muchos lo que destacaban era la sensación de inutilidad de tales prácticas. Para ilustrar un poco esas percepciones citaré a Malo De Molina (1989:87), quien recoge las declaraciones de algunos soldados al respecto, de las que reproduzco una que me parece de especial interés por su similitud con las que me han hecho alguno de mis informantes. La declaración a la que me refiero es la siguiente: *“A la mili parece que hemos venido a ser camareros, cocineros, jardineros, pintores, botones, chóferes. Y que conste, además, que es lo mejor. De acuerdo, les sirves, y gratis, pero al menos no estás tan sometido a la vida del cuartel, con guardias o con maniobras, y jugando a unas guerritas que nada tienen que ver con lo que tú sabes que es una guerra ahora”*.

Los jóvenes de los últimos tiempos poseen una mayor información sobre lo que son los conflictos armados, que la que pudieran tener en otros momentos. Además los medios de comunicación presentan con todo detalle los conflictos bélicos que se producen en los diferentes lugares de la tierra, y muestran escenas escalofrantes sobre los enfrentamientos armados. También se muestra la manera en que se desarrollan los acontecimientos, y lo hacen además en directo, en el momento en que se producen, mostrando todo tipo de armas y medios técnicos basados en sofisticados aparatos y “armas inteligentes”, y los efectos devastadores de los mismos, contra los que los soldados de a pie poco pueden hacer. Este “acercamiento a la realidad” hacía que los últimos soldados de reemplazo concibiesen las maniobras y ejercicios militares, como un conjunto de juegos que no servían para nada, y que poco o nada tienen que ver con lo que habían visto a través de la pantalla. A la vez, interpretaban que en tales prácticas ellos actuaban como meras marionetas o actores de un espectacular montaje teatral.

El soldado conscripto no estaba vinculado a los principios y valores militares relacionados con la muerte, claramente integrados en el pensamiento del militar profesional, y precisamente por ello he dedicado unas páginas a analizar tal hecho, pues tener que vivir en el mundo militar y ser instruidos en los principios de la milicia, constituían una razón más de tensión en quienes hacían la mili. Más si cabe, si tenemos en cuenta que consideraban que “todo eso de la muerte” no iba con ellos, cómo veremos en el próximo capítulo.

## IV) LA VIDA MILITAR DEL SOLDADO.

### *4.1- De la instrucción militar y de los mandos.*

*La instrucción militar se distingue de todas las demás instrucciones, sin excepción. Circunstancias afortunadamente excepcionales, la guerra, pueden solamente demostrar su valor.*

General Brallion (1933: 21).

La instrucción militar constituye el procedimiento a través del cual se inculca en el sujeto su identidad de soldado. Por ello trataré este aspecto de forma extensa y detallada, pues la considero fundamental para entender muchos de los elementos que suponían algún problema, o se constituían en fuente de conflicto entre los soldados de reemplazo.

La importancia de la instrucción y del adiestramiento en el ámbito militar adquiere un valor especial para con la tropa de conscripción, y afecta de manera destacada a todos los mandos, como se recoge en los planes del moderno Sistema de Instrucción, Adiestramiento y Evaluación, desarrollado por el Mando de Doctrina (MADOC) (2001), donde se destaca como la instrucción y el adiestramiento son la principal función del mando en tiempo de paz, y una de las más importantes en tiempo de guerra.

Apuntada la trascendencia de esta particular función señalaré algunas de las definiciones y consideraciones que sobre ella dan diferentes autores, incidiendo en el carácter global que se le atribuye. Una particularidad de la instrucción militar será la de intentar crear en los que la reciben una nueva conciencia de su propio ser, y para ello deberán anularse los referentes previos. Igualmente, resaltaría la importancia que adquieren tanto la figura del instructor o enseñante, como la del instruido o enseñado. También incidiré en la metodología y técnicas utilizadas para la instrucción del soldado, donde el sacrificio, y el sufrimiento adquieren un papel destacado. En este entramado, intentaré abordar algunos de los cambios más significativos que debían experimentar los nuevos soldados, que afectaban incluso a sus percepciones sensitivas, como veremos.

El procedimiento para integrar a los sujetos en un mundo tan particular como el militar entraña ciertas dificultades, pues el modelo ideal se basaría en un reclutamiento voluntario y con una cierta predisposición para ser soldados. Con el soldado de conscripción lo normal era que se produjese todo lo contrario, por lo que la institución militar tenía que desarrollar procedimientos que tuviesen en cuenta este factor, y a la vez, tenía que ser aplicable a todo tipo de sujetos, y debía ser eficaz en un periodo de tiempo limitado. Para ello el mecanismo más eficaz consistía en anular al individuo, en cosificarlo, para poder manejarlo

convenientemente y construir e inculcar en los instruidos, modelos y pautas de comportamiento validos para la institución militar.

Estos aspectos se hacían explícitos cuando los instructores le espetaban al recluta que no era “nada”, exhortándole para que no desarrollase la cualidad fundamental del ser humano, la de pensar. Este planteamiento queda recogido de forma sintetizada en la expresión, “*no pienses que la cagas*”. El significado de las expresiones; “la cagas”, o “cagarla” equivale a la expresión “meter la pata”, es decir hacer que las cosas no salgan bien. Lo que puede significar simplemente el hacer algo de una manera no acorde con la norma establecida.

Este modelo estereotipado de soldado autómatas y que se limita a hacer lo que se le dice sin cuestionar en ningún caso lo que se le ordena, traspasa las fronteras de los cuarteles. Un eslogan que leí en un muro de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid recogía de forma sucinta esta idea en la siguiente expresión; *Cuando un soldado empieza a pensar deja de serlo*.

Sobre los niveles de inteligencia que convenía que tuviese la tropa, no puedo evitar referir una polémica que se suscitó durante el mes de febrero del año 2000, cuyo origen fue la determinación de disminuir las exigencias en el cociente intelectual de los aspirantes a soldado profesional, pasando de un cociente de 90, que era el mínimo exigido anteriormente, a un nivel de 70, nivel que había servido como cociente mínimo exigible a los soldados de reemplazo para tener que realizar el servicio militar.

El coronel García Gutiérrez responsable de la psicología militar de las FAS en ese momento hizo unas declaraciones al diario El País publicadas el día 13 de febrero de 2000 en un artículo titulado “El soldado menos inteligente obedece mejor”, en el que manifestaba que para algunas funciones y destinos podía resultar incluso conveniente que el soldado tuviese un cociente intelectual bajo, aludiendo a que “*al ser menos inteligentes cumplen más a rajatabla las ordenes*”. Por otra parte, en el pensamiento militar de antaño prevalecía la idea de que era preferible un ejército disciplinado y obediente, compuesto por soldados ignorantes, que uno compuesto por soldados instruidos pero indisciplinados, como se refiere literalmente en un cuaderno<sup>124</sup> utilizado como base en alguna asignatura militar, el que consulté está fechado en el año 1941.

Tal principio no parece acorde con los criterios que prevalecen en las academias y centros de enseñanza en la actualidad, pero ha estado vigente durante bastante tiempo. Por lo que no resulta extraño que los que se formaron en momentos pasados, en los que la filosofía al uso

---

<sup>124</sup> Cuaderno de las asignaturas de Pedagogía Militar, Educación Moral, Ética Militar, Rudimentos de Derecho, de la Academia de Infantería de Guadalajara, Imprenta del sucesor de A. Concha, Guadalajara, 1941.

era de esa guisa, lo asumieran como válido, y a la vez la transmitieron a las siguientes promociones de mandos.

Respecto al cociente intelectual del soldado, debo señalar que muchos de los argumentos utilizados para justificar la conveniencia de formar un ejército exclusivamente profesional señalan que debería tener unos mínimos, dada la alta tecnificación de los medios y armas que se utilizan en la actualidad en los ejércitos. Así lo manifestaba, por ejemplo, el general Laguna Sanquirico en Aguilar y Bardají (1992:38).

Después de lo referido retomaré el tema de cómo la institución militar otorga una identidad concreta a sus miembros, y cómo los organiza en clases de acuerdo a categorías dispares. Estas categorías podrían corresponderse con las que M. Douglas (1996:97) define como *analogías de base*. También manifiesta el carácter específico de los procesos clasificatorios de algunas instituciones haciendo alusión a cómo se establecen las etiquetas que marcan y señalan a cada cual, para lo cual hace alguna referencia explícita al ejército, del que apunta que es posible que posea un tipo de proceso clasificatorio característico.

En esta lógica cabe pensar que el lugar ocupado por el soldado de reemplazo responde a unos sistemas clasificatorios particulares, que podrían ordenarse de acuerdo a las siguientes taxonomías: Cultura/naturaleza; naturaleza humana/naturaleza animal, mando/tropa, por lo que la instrucción del soldado estaría amparada en tal modelo de estructuración.

Para comprender este hecho puede resultar interesante considerar algunas de las definiciones que se dan respecto a lo que es la instrucción, pues la manera en que sea concebida y configurada afectará a los instruidos. Parece oportuno buscar el significado de la instrucción militar desde la perspectiva militar, pero también desde una perspectiva ajena a la milicia, pero, siguiendo la línea argumental del presente trabajo, también habrá que hacer referencia a la percepción de los instruidos sobre el particular.

Hay que señalar que la instrucción militar no se limita a aspectos visibles, aunque estos fueran los que más trascendencia parecía tener en los soldados. Me refiero a que no se limita a lo que se conoce como instrucción de orden cerrado, o a la instrucción táctica, ni tampoco a las charlas y sesiones teóricas al uso, como en un principio pudiera desprenderse de las definiciones que recoge el Diccionario de la Lengua. Pues la instrucción militar se constituye realmente en un mecanismo de socialización y enculturación.

Villamartín (1989), -cuya obra original está fechada en el año 1861-, ya incidía en este sentido. Lo menciono por el hecho de que sus planteamientos han servido como guía básica de nuestras FAS para elaborar muchos programas de instrucción. De hecho, algunas fueron reeditadas a finales de los ochenta, como el trabajo titulado *La moral militar y el mando*, que básicamente constituye un extracto de algunos de los apartados más destacados de la obra de

Villamartín. Del mismo destacaría el capítulo referido a las consideraciones sobre el mando. En las páginas 28 y 29 resume la filosofía de la conducta de los mandos para con la tropa de la siguiente manera:

*La primera máquina de guerra que debe estar bajo la mano del jefe, como lo está su espada, es la imaginación del soldado, es decir, que **no se deben tomar los hombres tales como son, sino formarles tales como deben ser.** Educando, modificando, conduciendo su valor, excitando su entusiasmo, fomentando el espíritu de cuerpo, desarrollando la buena disciplina, creando hábitos y costumbres de guerra, corrigiendo y celando las faltas ligeras para precaver los delitos, se consigue tener sobre las tropas una inmensa fuerza moral, y se influye de tal modo en momentos dados sobre el corazón del hombre, que se hace un héroe del último de los soldados.*

He resaltado en negrita el principio que considero sintetiza la idea que he intentado señalar con anterioridad respecto a intención de la institución militar de inculcar en los soldados, no sólo unos principios de actuación o unos conocimientos funcionales, sino que posee un alcance mucho más profundo. Así, a través de ella se pretende modificar al soldado, no en su apariencia, sino en el trasfondo de su persona, para convertirlo en lo que el propio autor concibe como *la primera máquina de guerra*.

Destacaría igualmente las observaciones referidas entre las páginas 34 a la 46 en las que se sintetiza la importancia de la elocuencia del mando militar y de su capacidad para transmitir verbalmente en el soldado los resortes necesarios para hacerle actuar en consecuencia, aun en los momentos más adversos. En esta idea Villamartín (1989) califica a la palabra como el principal elemento de dominio del hombre sobre el hombre, y plantea la necesidad de recurrir a la elocuencia como medio para; *fanatizar esas masas y vigorizarlas de modo que afronten el peligro, que corran a la muerte, que soporten amargas privaciones y duras fatigas.*

En este sentido, se percibe la importancia que antaño se atribuía a las arengas y a las elocuciones de los mandos ante las tropas que servían a sus órdenes, y a la elaboración de discursos y escritos redactados en el clásico estilo militar de la arenga o la proclama, abundantes en hipérboles.

Respecto a los procedimientos usuales relacionados con la instrucción militar, haré referencia a la particular percepción de G.H. Mead (1990:137) quien refiere los modelos castrenses al hablar del conductismo watsoniano y del pensamiento reflexivo:



*Un cuerpo de soldados adiestrados exhibe una serie de reflejos condicionados. Cierta formación es lograda mediante ciertas órdenes. El éxito de éstas reside en una reacción automática, cuando son emitidas. Ahí, naturalmente, hay acción sin pensamiento. Sí el soldado piensa, dadas las circunstancias es muy probable que no actúe; su acción, depende, en cierto sentido, de la ausencia de pensamiento. En algún punto es preciso que se lleven a cabo complicados pensamientos, pero después de que ello ha sido hecho por los oficiales de superior jerarquía, el proceso debe tornarse automático. Reconocemos que esta explicación no hace justicia al pensamiento que debe llevarse a cabo en la jerarquía superior. Si es cierto que la gente subalterna ejecuta el proceso sin pensar. Ahora bien, si el pensamiento es llevado a cabo en el plano militar elevado en las mismas condiciones, el conductista no logra explicar qué tienen la planificación de específico. Allí ocurre algo sumamente definido que no puede ser explicado en términos de reflejos condicionados. Esta conducta sin pensamiento del soldado, al cumplir con la orden en forma de que la simple emisión de la orden implica su ejecución, es característica del tipo de conducta de los animales inferiores.*

Como se puede observar GH Mead establece una clara diferenciación entre los procedimientos cognitivos desarrollados por las clases de tropa y los militares de inferior rango, que vincula a las acciones autómatas y a los procedimientos conductistas, y por otro lado a los desarrollados por el otro grupo que define como las clases superiores, vinculados a los procedimientos reflexivos.

Como complemento a lo dicho señalaría la definición y consideraciones de lo que un antiguo general francés, Brallion (1933:17) consideraba que era la instrucción:

*Si intentase definir la palabra (instruir), diría que es (iniciar a alguien en un dominio de actividad de cualquier orden, que ignora o conoce mal, ayudarle a adquirir posibilidades que no tenía y hacerle apto para desarrollarlas por su propio esfuerzo).*

Esta definición lleva consigo necesariamente dos corolarios:

*El instructor es un guía para el educando; la personalidad de éste y la manera como reacciona, deben, por tanto, retener constantemente la atención del instructor, que amoldará su acción a aquellas.*

*Toda instrucción, cualquiera que sea, no se concibe sino individualmente, aunque en apariencia, se dé en colectividad.*

De la definición de Brallion destacaría el que considere al instructor como un guía espiritual, y no como mero transmisor de conocimiento, lo que le vincula a valores superiores. El segundo aspecto a destacar lo constituye el hecho de que remarque el carácter individual de la instrucción, con lo que denota un amplio conocimiento de los procesos de formación y socialización, ya que realmente es al individuo, al sujeto, al que va dirigida la instrucción. Y, si bien se imparte en colectividad, su propósito final es la configuración de personalidades aisladas para que actúen de acuerdo a unos criterios establecidos, aunque se manifiesten en colectividad, y su aprendizaje se realice de manera grupal y colectiva.

Este aspecto se puede constatar fácilmente en el acto de desfilar, pues se trata de una actividad colectiva, pero tiene un alcance individual. Así, sí se da el caso de que el desfile no se desarrolla de la manera adecuada, normalmente se dispondrá que se repita cuantas veces

sea necesario hasta que se adquiriera el nivel requerido. Pero, si el conjunto sale favorablemente, pero un individuo aislado no es capaz de mantener el ritmo del grupo, lo normal es que se le separe y se le instruya aparte, conformando, si hiciera falta, lo que se conoce como el “pelotón de los torpes”, a cuyos integrantes se dedicará una atención especial y personalizada, lo que confirma la naturaleza individual de la instrucción.

Ciertamente la instrucción militar puede estructurarse en varios apartados, pero todos ellos están amparados en un objetivo único que le otorga el carácter global que algunos autores le asignan, tal objetivo es el de convertir a jóvenes muchachos en sujetos aptos para la guerra. Esto afecta a cualquier momento y circunstancias, por lo que aún en tiempos de paz van más allá de la mera instrucción funcional, aunque podemos apreciar algunas diferencias según los momentos y circunstancias. Destacaría al respecto el papel de la instrucción militar en el momento actual, en el que no se vislumbra ningún enemigo potencial, y en el que las tácticas de actuación de los ejércitos no señalan en la dirección de la instrucción recibida sobre la base de modelos tradicionales. Más si cabe, cuando las misiones más comunes en las que actúa nuestro ejército no parecen ajustarse a las acciones de combate convencional. A ello hay que añadir el dudoso espíritu guerrero del soldado conscripto.

En todo caso, la idea del general francés, según la cual el fin último de la instrucción del soldado es convertir al joven en un hombre apto para la guerra sigue siendo el fundamento en el que se basa la existencia de los ejércitos y de los soldados, y, por tanto, la de la instrucción que éstos reciben.

Antes de seguir desarrollando este punto quiero aclarar que con el planteamiento que hago a continuación, no pretendo descalificar los principios que desde el punto de vista institucional fundamentan una determinada manera de actuar, sino más bien constatar ese fundamento y esa manera de hacer y de formar propia del ejército español.

La instrucción es percibida comúnmente desde dos tendencias en las que se establece una clara distinción entre lo que se percibe como instrucción en un sentido amplio, -que se ajusta normalmente a parámetros civiles-, y lo que se percibe como instrucción militar que posee una concreción específica. Como contraste respecto a los procedimientos pedagógicos inculcados para con la tropa, añadiría una perspectiva interesante planteada por Bourdieu y Passeron (1981:84-85), en la que inciden en los procedimientos institucionales para conseguir otorgar una nueva y distinta condición al sujeto que entra en una nueva institución, cuánto más si se trata de una institución como la militar o en las instituciones totales en general. Así señalan al respecto:

*Lo esencial de las características de los Trabajos Pedagógicos (TP) secundarios dirigidos a determinar una conversión radical se puede deducir de la necesidad en que se encuentran de organizar las condiciones sociales de su ejercicio de modo apropiado para liquidar el <<hombre viejo>> y engendrar ex nihilo el nuevo habitus. Piénsese, por ejemplo, en la tendencia al formalismo pedagógico, o sea, en la exhibición de la arbitrariedad de la inculcación como la arbitrariedad por la arbitrariedad, y, de modo más general, en la imposición de la regla por la regla, que constituye la característica principal de modo de inculcación propio de las AP (Acciones Pedagógicas) de conversión: por ejemplo, ejercicios de piedad y de automortificación (<<aborregaos>>), disciplinamiento militar, etc.*

*A este respecto las instituciones totales (cuartel, convento, cárcel, asilo e internado) permiten percibir con toda claridad las técnicas de desculturación y de reculturación a las que debe recurrir el Trabajo Pedagógico dirigido a producir un habitus tan parecido como sea posible al que produce la educación primera, teniendo en cuenta la existencia de un habitus previo.*

La referencia que hacen Bourdieu y Passeron apuntan hacia el carácter “aborregado” que caracteriza a los sujetos que son sometidos a un modelo pedagógico de tal tipo, modelo que ha sido aceptado por ciertos militares en un determinado momento<sup>125</sup>.

De lo planteado hasta ahora, se desprende que en la filosofía que determina los procedimientos empleados en la instrucción militar se encuentra la inculcación de unos principios, valores, y pautas de acción que configuren una determinada estructura mental. Estructura que pretende inculcar una clara aceptación de la autoridad y a la obediencia incondicional para con la misma, en tanto que es la autoridad la que tiene la potestad y la responsabilidad de pensar. En este sentido, Bourdieu y Passeron señalan cómo este proceso de socialización se constituye en lo que otros autores definen como una *socialización secundaria*, y que ellos califican como un proceso de educación caracterizada por una *desculturación y reculturación*.

Los autores citados, señalan que se trata de un proceso pedagógico caracterizado por la imposición de la arbitrariedad por la arbitrariedad, que se explícita en la imposición de la regla por la regla. Algo que se evidencia en el ámbito militar de múltiples maneras, y sirve como justificación de la propia autoridad por parte de algunos mandos ante determinadas situaciones. Esto adquiere un verdadero sentido cuando el que ostenta la autoridad no encuentra argumentos lógicos ni objetivos para justificar sus decisiones particulares sobre hechos concretos ante la demanda del subordinado. En tales situaciones siempre podrá recurrir a este principio como salida, por lo que será inculcado como principio incuestionable en el pensamiento militar. Esto lo asimila prontamente el soldado de reemplazo y lo aplica y reproduce en su particular ordenación jerárquica de la tropa, lo que se plasma en lo que estos

---

<sup>125</sup> Un artículo de la revista militar (GUIÓN, marzo 1959, Núm. 202, año, XVIII), del sargento Melero Bartolome, titulado *El pastoreo y la milicia*, podría servir como ejemplo:...Ésta marcha ovejuna, compacta, de velocidad uniforme, ordenada, sumisa al mando de sus pastores, me trajo ideas de asociación con la índole militar, por la obediencia del ganado, cuando no a reconocidos silbidos, a un código de voces, o al auxilio de enlaces que desempeñaban unos canes instruidos en el oficio.

denominan el “decálogo del wisa”, o “wisandamientos”<sup>126</sup>, en los que queda establecido que el soldado veterano es el jefe; *El WISA es el jefe, para eso es el WISA*.

En cualquier caso, la instrucción constituye uno de los aspectos destacados en las directrices y el pensamiento militar como se evidencia en diferentes textos y normas institucionales. Uno de los textos utilizados en los cursos de formación de mandos puede servir de ejemplo al respecto. Me refiero al manual que lleva por título; *Orientaciones para el ejercicio del mando y metodología de la instrucción*, inscrito en el Servicio de Formación de los Cuadros de Mando del ejército (1988, vigente en el año 1990). En este texto aparece una definición de la instrucción, a la vez que se analizan las características de la misma en los siguientes términos:

*Principios Básicos de la Instrucción, Definición y Características;*

*A veces se ha llamado instrucción a la mera transmisión de conocimientos; en cambio, la instrucción, tal y como se entiende hoy, sinónimo de educación y de formación militar, debe abarcar todas las facetas del soldado. Mediante ella los soldados han de adquirir una serie de conocimientos, unas habilidades y unas cualidades físicas y morales que les capaciten para el desempeño de su misión en el Ejército.*

*En el Ejército, quizá más que en ningún otro sitio, se necesita que la formación sea global: sólo así se podrá integrar al soldado en el medio militar y adaptarlo a las exigencias de su ambiente.*

*El alcanzar esta meta es de vital importancia; de lo contrario, el soldado tendrá dificultades e incluso desordenes psíquicos.*

*La instrucción militar tiene unas peculiaridades que le hacen distinta de cualquier otra, pues es al mismo tiempo formación profesional de grandes masas, formación de combatientes y formación humana.*

Se aprecia con el carácter específico que se le otorga a la instrucción desde la perspectiva militar, de la que se plantea la necesidad de que se constituya en una “formación global”, entendida como única fórmula para integrar al soldado en el mundo militar. Con ello se manifiesta la percepción de los que redactaron tal documento sobre la necesidad de hacerlo para evitar que surjan desequilibrios psíquicos entre los soldados.

Este aspecto constata la conciencia de los mandos de que la vida que esperaba a los soldados no era ni grata ni cómoda, a la vez que confirma la conciencia de los mismos respecto a las diferencias entre el mundo militar y el civil. En este sentido pueden resultar ilustrativas las consideraciones de Mary Douglas (1996:183), referidas al determinismo con el que operan los sujetos respecto a las instituciones en las que se desarrollan.

Otro ejemplo de documento institucional en el que se desarrolla el tema de la instrucción, podría ser el de las normas que aparecen en el BOD Núm. 146 del 27 de julio de 1994, donde

---

<sup>126</sup> Estos documentos informales los analizaré con mayor detenimiento en un capítulo posterior.

se trata la instrucción y adiestramiento referidos al soldado de reemplazo. En el artículo 69 de esta normativa quedan recogidos los objetivos de la instrucción de la siguiente manera:

*1) El objetivo general de la instrucción es capacitar al militar de reemplazo para el desarrollo eficaz de los cometidos que le correspondan llevar a cabo en su unidad.*

*2) La instrucción se desarrollará conforme a unos planes específicos que establezcan las materias y objetivos parciales de los diferentes periodos, niveles o fases en que se articulen. Deberá facilitar a los militares de reemplazo la integración gradual en su unidad, así como la necesaria formación para el desempeño de los cometidos que le corresponda efectuar.*

El artículo 71 titulado *Instrucción básica*, continúa:

*El periodo básico de instrucción tendrá por objeto la adaptación del militar de reemplazo a las características de la vida militar y, en su caso, marinera; el conocimiento de sus derechos y deberes, de las estructuras básicas de la Defensa y de su Ejército: el conocimiento y manejo del armamento o medios materiales que les sean de aplicación y del equipo individual; así como iniciar y, en su caso, alcanzar una preparación psicofísica acorde con las tareas que deberá realizar durante el servicio militar.*

*Se desarrollará con exclusividad de cualquier otra actividad. Durante su realización, los militares de reemplazo no realizarán guardias de seguridad ni otros servicios de armas.*

En las normas señaladas vemos cómo se otorga un carácter de exclusividad a los procedimientos que se desarrollan sobre el periodo de instrucción básica, de forma que el soldado estará exento de realizar otras funciones que le alejen o distraigan de tales menesteres. Ello era así por diferentes razones; una prioritaria es la importancia que tal periodo posee, pues es en el que el joven debe integrarse en el mundo militar, y por ello se realizan todos los esfuerzos necesarios por parte de la institución para que su integración resulte eficaz. Pero, también es debido a que en este periodo el joven no puede ser considerado como un verdadero soldado. Durante este periodo es un recluta, un aprendiz de soldado, y aún no ha adquirido los conocimientos técnicos necesario para desarrollar eficazmente determinadas tareas, como los servicios de armas que se apuntan. Tampoco ha pasado por el rito del juramento a la bandera por el que se le confería su identidad de soldado.

Un tercer ejemplo de documento donde quedan recogidos los procedimientos y necesidad de la instrucción militar podrían ser los libros de Doctrina del Ejército de Tierra. En los principios de doctrina se califica al soldado como un factor fundamental para conseguir el fin último de la guerra, que es el de vencer. En estos textos se hace especial hincapié en la necesidad de inculcar unos valores patrios, y una voluntad de vencer, a la vez que se describe cuáles son las funciones y las atribuciones que le son otorgadas al jefe militar para conseguir tales fines. Reproduzco igualmente algunos párrafos de tal documento, limitándome a las alusiones referidas al personal.

D-0-0-1 DOCTRINA, EMPLEO TÁCTICO Y LOGÍSTICO DE LAS ARMAS Y LOS SERVICIOS, (1980). En el apartado dedicado al jefe militar se hace explícita la legitimidad

de la autoridad del mismo, y la especial condición que posee en cuanto a sus atribuciones, que sólo estarán limitadas por la misión encomendada y por las normas explícitas en la doctrina. También señala cómo se reflejan en las tropas las cualidades del jefe, y la necesidad de que éste vele por atender su mayor eficacia y bienestar.

En el punto 2.2.3. se refiere la siguiente instrucción:

*La preparación para la guerra y el mantenimiento permanente de su capacidad para cumplir las misiones que las Leyes de la nación asignan a sus Fuerzas Armadas son sus objetivos principales en tiempo de paz.*

*El valor de la tropa no depende únicamente del grado de su instrucción para el combate, sino también de su fuerza moral y de su aptitud física, que deben capacitarla para superar las pruebas más arriesgadas y penosas.*

*En consecuencia, la educación moral, la instrucción militar (técnica y táctica) y la preparación física son los aspectos substanciales de la instrucción, tanto para los Cuadros como para la tropa.*

*Habrà que tenerse en cuenta que el hombre ha sido, es y será el elemento primordial y decisivo de la guerra, y que el armamento, en sus manos, será de óptimos o mediocres efectos según sea, grande o pequeña, SU ALMA DE SOLDADO.*

La duración del servicio militar, y las necesidades reales de tiempo para alcanzar los niveles óptimos de instrucción del soldado, han sido un tema de preocupación y debate a lo largo del tiempo. Los puntos de vista sobre el particular variaban significativamente entre los mandos, y los soldados. No poseo datos estadísticos recientes al respecto, pero sí de información cualitativa. En todo caso, la diferencias señaladas se pueden apreciar en un estudio sobre “la duración del servicio militar” realizado por un Equipo de Relaciones Humanas, de la Segunda Sección del Estado Mayor de la Capitanía General de la Región Militar Centro durante el año 1987. En el mismo se llegó a la conclusión de que el 82% de los encuestados consideraban que con hacer el periodo de instrucción en el campamento bastaría como servicio militar. Sobre el particular concluye el trabajo que tal actitud se constituía en un importante factor de inadaptación del soldado, dada la gran diferencia que separa la realidad (12 meses de servicio en filas en ese momento) de los deseos de la tropa, que supondrían no más de tres meses de servicio.

Después de las consideraciones sobre la importancia y trascendencia de la instrucción militar para los mandos, y de la distinta percepción que estos tenían respecto a los soldados sobre la duración de la misma, considero adecuado analizar algunos aspectos y procedimientos particulares de dicha instrucción.

En primer lugar trataré la figura del instructor.

#### 4.1-1- El mando como instructor.

El instructor se constituye en una de las figuras determinantes en las vidas de los jóvenes reclutas en las primeras semanas de su vida militar. La importancia de estos personajes ha sido recogida con detalles en múltiples películas, como refiere Altares (1999:229, 249), quién le dedica un apartado de su libro, en el que analiza algunas películas como; *La Chaqueta Metálica* de Stanley Kubrick (1987), y la de Taylor Hackford, *Oficial y Caballero* (1982), también se aprecia en *Tigerlan* de Joel Schumacher (2001).

Por mi parte citare un film particular y curioso, en el que se puede observar el contraste existente entre el tipo de enseñanza que imparte el instructor militar, y la enseñanza del conocimiento general. Me refiero al filme de Penny Marshall *Un poeta entre reclutas* (1994) en el que Danny Devito interpreta el papel de un profesor civil que pretende enseñar a pensar a los reclutas más torpes, mientras el sargento instructor les intenta enseñar el “arte de la guerra”, por lo que surgen algunas rencillas entre ambos.

La imagen del instructor suele estar rodeada de un aura que representa a un tipo duro, pero a la vez fraternal para con el soldado. Tradicionalmente se le considera como sustituto simbólico, y funcional, de la figura materna de los soldados. Realmente tal planteamiento adquiere cierto sentido si analizamos el hecho de que, aunque sea un tanto chillón, irascible y brusco para con los instruidos, tiene que velar por ellos como si fueran sus “hijos”. De hecho, cuando el recluta empieza a ser soldado, suele surgir en el instructor un cierto sentimiento de amparo y proteccionismo para con “sus chicos”. A los cuales protegerá de otros mandos y de los soldados veteranos, evitando que sean otros los que los reprendan o sancionen, con lo que prevalece el principio fraternal de que “a los hijos sólo los castiga su padre o su madre”.

La dureza en el trato y las estrategias utilizadas por los instructores para con los reclutas, tienen como fin principal el anular la sensibilidad de los mismos, pues, como también señala Altares (1999: 238); *Los sargentos tienen que preparar a los soldados para lo irracional, para dejarse la cabeza vieja en la nevera de casa y hacerse una nueva, en la que las ordenes sean las ordenes.*

El encargado de provocar tales transformaciones en los jóvenes suele recurrir a la dureza, la austeridad y el mal genio, aderezado con el uso reiterado de expresiones malsonantes. Por lo que el instructor suele ser representado desde una perspectiva un tanto tópica, como a un personaje vulgar, malhablado, y maleducado, dispuesto a cualquier cosa para conseguir hacer de unos “niñatos” unos hombres aguerridos, y hacerlo en un tiempo record.

Tales referentes son usuales entre las unidades especiales de los ejércitos contemporáneos, que las lucen como parte de sus respectivos distintivos y señas de identidad. Pero también aparece como distintivo de algunas unidades regulares, tal es el caso del regimiento de caballería ligera “Lusitania” Nº 8 del ejército español. Como puede apreciarse en el escudo que reproduzco.

Y, aunque sea de forma menos trascendente, los lemas referidos a la disponibilidad y entrega de la vida de los miembros de una unidad concreta forman parte de la cultura cuartelera. Por lo que juegan su papel en aquellas unidades que no poseen un sistema de concienciación y adoctrinamiento tan complejo como el que constituye por ejemplo el credo legionario. Un ejemplo de ello lo podemos apreciar en la siguiente fotografía que recoge el lema de una compañía (la 2º) de una unidad regular de Madrid.

Como se observa se trata de un montaje elaborado por el personal de una compañía con vehículos acorazados. El dibujo en cuestión sirve como distintivo informal de la compañía, y se encontraba en la entrada principal de las dependencias de la misma.



Por lo que respecta al modelo de recluta de reemplazo, su existencia respondía a requerimientos e intereses políticos y sociales de un momento dado, en los que se argüía la necesidad de instruir a los jóvenes en los principios de la milicia y la cultura militar. Tal determinación quedará congregada en torno a dos grandes principios que, de algún modo, aglutinaban los demás aspectos del servicio militar, y que estaban determinados por el *ethos* militar. Tales principios eran, por un lado, el hecho de que el joven debía interiorizar el principio de entrega y sacrificio propio



de la cultura militar. El cual es materializado, y simbolizado en el juramento a la bandera, en el que se compromete a entregar la propia vida si fuere necesario. El otro principio era el de estar dispuesto a arrebatar la vida a un semejante, sin que ello le plantease un problema ético o moral, para ello se intentaba desracionalizar tal posibilidad. Este hecho se materializa por el denominado principio de “obediencia ciega”, y se regula institucionalmente a través de la



Su imagen no tiene nada que ver con la del oficial, al que se suele representarse como alguien educado, culto, poseedor de unos altos principios morales y éticos, instruido en duras técnicas y conocimientos, cuya imagen se asemeja a la de un gestor o directivo de una empresa moderna. El sargento instructor se asemeja mucho más a la figura del soldado, y, a pesar de que su figura, y la del suboficial en general, ha sufrido en nuestro país incontables modificaciones en los procedimientos de su captación, formación, y consolidación dentro de las FAS<sup>127</sup>, el modelo estereotipado señalado sigue configurando su imagen actual.

Lo dicho se puede apreciar en el cartel elegido en el año 1994 para conmemorar el quinto centenario de la figura del sargento en el ejército español.

En dicha ilustración, el dibujante Salas tomó como motivo un conjunto compuesto por un sargento de los tercios de Flandes, dibujado en último plano. En segundo plano dibujó a un sargento con uniforme de campaña moderno, vinculando a esta figura con el plano funcional y ejecutivo de las misiones militares. Completa el conjunto con un primer plano que representa el rostro de un suboficial, en el que destacan rasgos de esa dureza propia del sargento instructor. Está inspirado en el personaje protagonizado por Clint Eastwood, en la película que él mismo dirige y protagoniza en 1986 titulada *El Sargento de hierro*, en la que representa el papel de un duro y veterano suboficial que instruye a un grupo de soldados.

Frente a esta imagen, en nuestra sociedad se suele referir otra figura antagónica al modelo de sargento instructor referido, en este caso se trata de un sargento bobalicón, inculto y bruto, al que popularmente se refiere como “sargento chusquero”, quién representa al suboficial procedente de la clase de tropa que adquiriría la condición de militar tras realizar su servicio militar y reengancharse. Se le asocia con el campo, y con los estratos sociales más bajos. En dicho personaje se mezclan elementos como la ignorancia y la simpleza, pero a la vez manifiesta un absurdo sentimiento de honradez y entrega a lo que él percibe como valores



<sup>127</sup>Tales aspectos se pueden encontrar, todo tipo de detalles, en la obra del general Maldonado (1999 a y b), gran conocedor del suboficial del ejército español, quien publicó las obras citadas con motivo del 25 aniversario de la creación de la AGBS.

militares. En la película de Manuel Esteban, (1993) *Historias de la puta mili*, aparece representado en tono irónico por el actor Echanove que interpreta al sargento Arensibia.

Respecto a las actitudes y procedimientos empleados por los instructores para realizar su tarea, el uso del espacio físico junto al tono y volumen de la voz, constituían factores decisivos. Ello respondía a pautas aprendidas cuando ellos fueron instruidos, lo que responden a lo que Hall (1987: 141) define como *personalidades situacionales aprendidas*.

#### *4.1-2- La instrucción de orden cerrado.*

Podemos afirmar que con la instrucción militar se pretendía configurar en el soldado un particular modo de pensar y de percibir la realidad que le hiciese participe de la cultura militar, de forma que la acabase aceptando como algo cotidiano, aceptando los principios básicos de autoridad, disciplina y obediencia. Por ello se suele decir que el sujeto era modelado, “forjado”, de acuerdo a los requerimientos de la institución. Tal modelación tenía el propósito de modelar los aspectos externos del sujeto pero, cómo el propio libro de doctrina refiere, *deberá llegar a forjarse también en su propia alma, para adquirir así su “alma de soldado”*.

Respecto a las referencias más recientes sobre este particular debo señalar que poseen un cariz un tanto suavizado respecto a los términos utilizados tiempo atrás, por ejemplo, para referir la transformación del soldado se suele recurrir a conceptos como “la educación del carácter”<sup>128</sup>, en lugar en lugar del de “modelación” el de la “forja”.

En el proceso de la instrucción militar destaca la denominada “instrucción de orden cerrado”. En ella el recluta era obligado a formar durante interminables horas junto a sus compañeros y a realizar una serie de movimientos al unísono y de forma automática, en los que se buscaba la prontitud en el cumplimiento de los actos y el sometimiento absoluto a la voluntad del que manda, quién trasmite sus órdenes con fuertes voces, o sonidos codificados. Tal proceder tiene su origen en otras épocas, en las que la forma de combatir y los medios empleados se basaban en formaciones de tropas que avanzaban apiñadas y se enfrentaban al enemigo en orden cerrado, con lo que conseguían mayor potencia de fuego, a la vez que tal agrupamiento suavizaba el miedo de los que combatían, al ser arrastrado y amparado por la masa de los compañeros frente al fuego enemigo.

---

<sup>128</sup> Revista Ejército, nº 691, MD, septiembre 1998, comandante Tomé Pueyo, **La adaptación del soldado al medio militar**. En el que señala: *Adaptar al joven al medio militar no significa disminuir la dureza de la vida militar, ni convertir nuestra institución en una "guardería"; muy al contrario, se debe definir la situación claramente desde el primer momento. Adaptar al joven al medio militar es desarrollar los programas de instrucción educando su carácter para que pueda afrontar la dureza que el cumplimiento de la misión le exija.*

Respecto a la conveniencia de fomentar en el soldado esa mentalidad mecánica, me parece muy ilustrativo un párrafo de Acosta (1998:4) en que destaca el papel del uniforme y las armas de fuego de la época:

*[...] al final del siglo XVII, el uso masivo del mosquete (y posteriormente del fusil), y de la artillería, provocan un cambio en la táctica empleada, combatiéndose a mayor distancia, estando el campo de batalla oscurecido continuamente por el humo de la pólvora, y efectuándose más amplios movimientos de las Unidades, con distintas formaciones que complican la instrucción del soldado y el ejercicio del mando. Es además la época de los primeros Ejércitos Reales, formados por la leva masiva de ciudadanos y representantes de la nación. Para conseguir que aquellos jóvenes, reclutados más o menos a la fuerza y de ínfima extracción social, efectuaran los complicados movimientos de armas que requería la táctica de la época, dispararan con cierta eficacia sus armas, y conservaran el orden sin dejarse llevar por el pánico en medio del ensordecedor caos del campo de batalla, se les dotó de un uniforme que les hacía parecer idénticos, les obligaba a mantener la cabeza erguida mediante un incómodo cuello de casaca y les ayudaba a adquirir una mentalidad "mecánica" en la ejecución de su tarea como pieza de la maquinaria del combate. Es el tiempo en que la Infantería de Línea española se viste mayoritariamente con prendas de paño blanco. En esa época, la víspera de la batalla, el soldado casi no dormía, entre la excitación previa al combate y la preparación de su uniforme y equipo para formar en la mañana en perfecto estado de revista. En orden de batalla se entraba siempre que era posible con los botones y la bayoneta relucientes, las banderas desplegadas, en formación cerrada y al redoble de pífanos y tambores. El uniforme adquiere un sentido simbólico y moral y sirve también para diferenciar al soldado del estamento civil.*

*Los avances en las máquinas de guerra; la utilización de cañones, y ametralladoras, producían un gran número de bajas en estas formaciones cerradas, al segar literalmente a las unidades que avanzaban agrupadas a la antigua usanza, viéndose los ejércitos necesitados de mayor cantidad de personal para reponer las bajas así producidas. En estas estrategias de combate se ordenaba la orden de “cerrar filas” para llenar los huecos dejados por las bajas, lo que se debía hacer de forma rápida y sin vacilaciones. Por lo que, se hacía necesaria una fórmula que forjara a los soldados para que actuaran de forma inmediata y automática ante las ordenes de sus jefes, en las situaciones más adversas. De ahí la necesidad de una instrucción específica para conseguir tales resultados en las tropas<sup>129</sup>.*

Otra característica de la instrucción militar de orden cerrado estriba en que las pautas y procedimientos inculcados, únicamente serán considerados como bien aprendidos cuando concluya el periodo de instrucción según el programa establecido, pero nunca antes. Lo que evidencia el carácter determinista del modelo de enseñanza utilizado. Por ello podemos deducir que en los últimos tiempos, la finalidad de la instrucción referida tenía sentido, como mecanismo válido para modelar las voluntades de los sujetos, y para lucir a las unidades en desfiles y actos similares.

Ello se debe a que la manera en que se desarrollan tales actos denotan el grado de integración de la unidad. El papel que juegan los desfiles y formaciones militares, queda recogido por el coronel argentino Fernández, J.C. (1955:18-19) quien señala:

---

<sup>129</sup> En este tipo de contienda tiene su origen la popular expresión “carne de cañón”, utilizada para referirse a las tropas de leva forzosa que iban a los frentes y que eran diezmadas continuamente, como apunta el general Cano Evia, en Aguilar (1992:49).

### *Uniformidad y orden cerrado:*

*Ante la presencia de una compañía podemos responder fácilmente si constituye o no una unidad. La uniformidad que observamos, no solamente en el sentido de igualdad del uniforme, sino en la aspiración máxima de lo que exteriormente se refleja como contenido interior y constituye la manifestación más amplia de la unidad. La exactitud y comprensión en la ejecución de los movimientos de orden cerrado, la expresión reflejada en el rostro, la forma de mirar, el gesto, son manifestaciones exteriores que definen con su uniformidad la existencia de una unidad. Es que cada uno de esos componentes encuentra con sus exteriorizaciones las formas más directas de manifestar el sentimiento de unidad.*

Otras consideraciones sobre el sentido de la instrucción de orden cerrado, y de los desfiles y paradas como muestras de la disciplina y moral de las unidades la podemos encontrar en las declaraciones del ya citado general Braillon (1933:36, 148), cuyas observaciones pueden servir como síntesis del sentido de la instrucción militar al uso. Por lo que reproduzco un par de párrafos de su trabajo que no tienen desperdicio.

*En la página 36 señala: La inmovilidad de una tropa bajo las armas en una formación, necesita la tensión de voluntades individuales conscientes de un conjunto que las liga y contra el cual no pueden hacer nada. Es, pues, en primer término una muestra de disciplina. [...] Un desfile militar, como una solemnidad religiosa, no consiente la chabacanería. Su único fin es reforzar en el espíritu de todos los que en él desempeñan un papel, la convicción del poder del conjunto. Si no se alcanza este fin por incorrección de actitudes y de movimientos, resulta una manifestación ridícula y perjudicial.*

*Continúa en la página 148: Un buen soldado ha de ser un hombre disciplinado y resistente a la fatiga, que sepa llevar correctamente un uniforme y un equipo, cumplir ciertos gestos rituales, servirse útilmente de un arma individual (fusil, carabina, mosquetón o pistola) y apreciar inmediatamente las ventajas que un terreno le ofrece [...]*

La relación al aspecto formal de la manera de proceder de las unidades en actos como los señalados, y la vinculación de este hecho al carácter y disciplina de las mismas existen diversas consideraciones además de las ya citadas. Una muy especial, sería la de Bramanti (1948: 198-199), quien señala respecto a la primera etapa de la vida del nuevo recluta:

*Esa trasplantación provoca una crisis psicológica, verdadera fase de desorganización que se proyecta en la conducta. Los reflejos psicofísicos que ahorran esfuerzos en el trabajo diario, a que estaba habituado, ya no son útiles; el régimen alimenticio cambia, las horas de trabajo varían, todo lo, que le rodea es distinto. Se requiere crear nuevos automatismos, nuevos reflejos que reemplacen a aquellos que ya no tienen aplicación y ese es justamente el fundamento y fin de la instrucción militar. "Toda educación -ha dicho Lebón (Gustavo Lebón: "Psicología de la educación".)- consiste en el arte de hacer entrar lo consciente en la esfera de lo inconsciente".*

*Pero en ese proceso debe distinguirse el que actúa como un reflejo condicionado, acto originado en la costumbre, en el hábito de efectuarlo, que se hace con el tiempo mecánicamente, sin participación de la conciencia, como suelen serlo. Alcanzan la fijeza necesaria para convertirse a la postre en subconscientes o automáticos, sirviendo a su vez de sostén a la disciplina.*

Así lo dice Marañón (Dr. Gregorio Marañón: "Psicología del gesto"):

*"El gesto externo crea la disciplina interna. Mientras más esclavo de su gesto es un ejército, mas disciplinado será. Cuando vemos un regimiento en el que cada soldado marcha como quiere, sabemos que no tiene disciplina porque no tiene gesto; que no obedecerá como un sólo hombre al gesto de sus jefes y que en un momento arduo, cada uno de sus soldados recobrará fácilmente su individualidad, convirtiéndose la masa organizada, en una horda caótica. No es pues la disciplina, la que ha creado el gesto correcto, sino que es éste el que mantiene, en realidad, la disciplina".*

*No quiere con esto significarse que la pedagogía militar tenga, por fin hacer del hombre un autómatas que responda exclusivamente a órdenes aprendidas de antemano, menos en los tiempos actuales, en los que la complejidad de los medios de combate, la, multiplicidad de las armas utilizadas, obligan al soldado a poseer iniciativa personal, capacidad técnica para actuar en forma aislada, si las circunstancias de la lucha lo imponen, como se ha demostrado en las últimas guerras. Por el contrario, ello será objeto de la enseñanza especializada, pero siempre quedará en pie como la raíz primera de la formación del soldado, del núcleo principal de su personalidad militar, la instrucción de orden cerrado que los reglamentos y las normas del ejército dan tanta importancia, la posición militar, los giros, la forma, de marchar, el saludo, en una palabra, el gesto.*

En esencia destaca el autor dos aspectos importantes relacionados con la instrucción de orden cerrado, y los mecanismos institucionales que tienen como fin el fomentar automatismos en la tropa. Por un lado, estará el hecho de inculcar en el nuevo recluta unos automatismos nuevos, que sustituyan a los que poseía en su anterior contexto civil, para de este modo hacerle eficaz en su nuevo entorno y facilitar la adaptación al nuevo medio. Por otro lado, destacaría la referencia que el autor hace a Marañón, en la que establece una relación particular entre lo que define como "gesto externo" y el grado de disciplina. En su planteamiento, es el gesto, la forma de actuar, la que configura la disciplina. Tal planteamiento, no deja lugar a dudas sobre la prioridad que se otorga a la instrucción de orden cerrado como mecanismo de socialización e imposición de la disciplina militar.

En todo caso, además del gesto, debemos aceptar el hecho de que a través de la instrucción militar se inculcaba en el soldado unos valores que no poseía, y se desarrollaban los que se consideraban adecuados para alcanzar el objetivo final de los ejércitos. Así figura en el libro de doctrina anteriormente referido (D-0-0-1: 1980) en que se señala:

*La voluntad de vencer debe entenderse como el firme propósito del Mando y de las tropas de imponerse al adversario en cualquier situación, por desfavorable que ésta sea. Implica fe en el futuro, tenacidad para alcanzarlo y actividad insuperable en la ejecución. Supone una acendrada identificación con los ideales patrios, un perfeccionamiento y una exaltación de cuantos valores morales animan y conducen al logro de la victoria. Inherentes unos al propio individuo, conseguibles otros por una adecuada instrucción, y perfeccionables todos, constituyen el primordial exponente de la valía de un ejército.*

Desde la doctrina militar, el soldado deberá estar fuertemente adoctrinado en la idea de que los aspectos morales por los que debe combatir son inquebrantables. Y como hemos visto anteriormente, también deberá estar forjado, lo que en términos castrenses viene a significar;

haber aprendido a soportar el sufrimiento, el dolor, el cansancio físico y psíquico, para, llegado el caso, poder soportarlo, lo que señala Morón (1995) en la revista ¡VENCER!.

Siguiendo lo dicho hasta ahora, cabe destacar la disciplina, como uno de los soportes fundamentales de la cultura militar. Ésta ha sido definida de distintas formas, pero por lo que respecta al ejército español, la definición que de ella hizo el General Franco posee un valor añadido pues forma parte de la memoria colectiva de gran parte de los miembros de las FAS, de la que destacaría un párrafo<sup>130</sup> que reza así:

*Disciplina! ..., nunca bien definida y comprendida, ¡Disciplina! ..., que no encierra mérito cuando la condición del mando nos es grata y llevadera. ¡Disciplina! ... que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía, o cuando la arbitrariedad y el error van unidos a la acción del mando. Esta es la disciplina que practicamos. Este es el ejemplo que os ofrecemos".*

Podemos apreciar que tal definición se centra en la realización y acatamiento de unos preceptos o mandatos, y se incide en cómo adquieren su verdadero significado, precisamente, cuando surge la duda, y una resistencia hacia lo ordenado, por lo que el principio de disciplina militar aparece intrínsecamente vinculado a la obediencia total.

Uno de los elementos que constituye una muestra de este planteamiento lo encontramos en uno de los rasgos que el militar considera como específico y distintivo de su condición, y su razón de ser. Me refiero a la asunción de que la milicia es la única profesión en la que el sujeto, el militar, asume que deberá obedecer las ordenes, aun cuando supongan el poner en riesgo su propia vida, incluso entregarla.

Ésta disposición a la auto-inmolación es considerada como un rasgo diferencial y distintivo de la profesión militar y de los profesionales de la milicia, como ya he citado en algún punto. Esto estará amparado necesariamente en toda una filosofía vital configurada por un conjunto de creencias, valores, actitudes y principios que son adquiridos en los procesos de instrucción y de socialización institucional.

Muchos de los que han defendido el servicio militar obligatorio han usado como argumento el que la institución militar aportaba, enseñaba, o, al menos potenciaba y reforzaba en el joven el principio de la disciplina, pero los verdaderos protagonistas de la mili no compartían necesariamente esta idea. En este caso se encontraba un soldado (de 24 años, e ingeniero en telecomunicaciones) que me decía no entender qué tipo de disciplina le podían enseñar a él en el ejército, que fuese mejor que la aprendida en su experiencia personal para sacarse la carrera universitaria que había realizado, donde el sacrificio personal y las dificultades formaban parte del día a día. A la vez, argumentaba que entendía la disciplina

---

<sup>130</sup> Se trata de un fragmento de una Orden Extraordinaria de la Academia General Militar dirigida a los cadetes, firmada el 14 de julio de 1931 por el general Franco cuando era director de la misma.

militar como un mecanismo para justificar un tipo de relación en la que el individuo se ve sometido a la voluntad y criterio de otro, sin que cuenten para nada las capacidades y conocimientos de los que ocupan el puesto inferior en la relación.

Quiero señalar que, en contra de la idea de los que defienden que en la mili el soldado adquiriría un mayor sentido de la disciplina, son muchos los que declaran que lo que realmente se adquiriría era el modo de eludirla, pues muchos opinan que lo que aprendieron fue a escaquearse. Aspecto que veremos con detenimiento en apartados posteriores.

En relación con lo anteriormente expuesto respecto al servicio militar y a la instrucción, el planteamiento institucional está basado, a priori, en un criterio de no-discriminación entre los que hacían el servicio militar, según el cual todos debían adquirir el mismo tipo de disciplina. Aspecto que cuestionaba el soldado citado anteriormente, quien no abordaba el tema en su conjunto, y no parecía entender la disciplina militar como una disciplina particular, al juzgarla desde otros referentes, y con otras categorías<sup>131</sup>. Así, la idea de autodisciplina que plantea el estudiante tiene como fin la consecución de un bien particular, "sacarse un título universitario", mientras que la disciplina en el ejército está amparada en el principio de servicio, de entrega para con los demás, y este principio está configurado dentro de la relación entre personas o grupos diferentes.

En todo caso, podemos considerar la disciplina militar, como uno de los rasgos diferenciales de la cultura militar, como define de manera concluyente Zulaika (1989:103,67), quien apunta al respecto en la página 103: *Cabe preguntarse qué distingue a la organización militar de otras organizaciones sociales y plantearse el tema de la disciplina como posible rasgo distintivo.*

En la página 67 señala: *La forma correcta de la pregunta no es, sin embargo, si hay más o menos disciplina en el ejército que en una organización industrial, sino la clase de disciplina que caracteriza al militar. Un aspecto de la disciplina es, por ejemplo, el tema de <la obediencia ciega> que no tiene sentido en una empresa industrial. El tipo de finalidad que persigue el comportamiento disciplinado del ejército es muy diferente del que persigue el comportamiento disciplinado de una organización industrial; sacrificarse por obtener unos beneficios económicos o sacrificarse en aras de la patria requieren clases de disciplina diferentes. Mientras que en la empresa la disciplina está en función de la eficacia, en el ejército la disciplina cumple también funciones rituales al servicio de la jerarquía formal. Lo que el soldado tiene que aprender en la mili es la autonomía de la disciplina por la disciplina, el ritual por el ritual, independientemente de cualquier finalidad ulterior de orden instrumental. ... Lo típico de la disciplina militar es precisamente su interdependencia y al mismo tiempo tensión con elementos mítico-carismáticos. Todo ello hace que el aprendizaje de la disciplina militar no pueda reducirse a instruirse con unos conocimientos teóricos o a desarrollar de forma práctica unas habilidades técnicas, sino que necesite imperiosamente de un ciclo de iniciación ritual.*

---

<sup>131</sup> Max Frich (1984:42,43) en sus recuerdos de su vida militar desarrolla un planteamiento complementario al de mi interlocutor, estableciendo una diferencia entre la disciplina, que basa en la inteligencia, en el hacer individual y en la madurez personal, y que distingue de la disciplina militar a la que define como obediencia, pero no como disciplina.

Zulaika incide en el carácter ritual de la disciplina militar, que se configura en todos los procedimientos castrenses en los que tal principio es articulado y exhibido.

Al respecto destacaría como el proceso de instrucción militar se ajusta a unos procedimientos y unas pautas establecidas, a través de las cuales los instructores, se erigen como los maestros y directores de ceremonia, y van inculcando en los instruidos los principios establecidos de acuerdo al ritual. De hecho, la instrucción básica tiene por finalidad eliminar al sujeto y convertirlo en parte de un engranaje que debe funcionar al unísono atendiendo a las directrices del maestro de ceremonia. Las carreras, las ordenes de mando, las formaciones, el tumulto armonioso de las unidades que coinciden en los campos de instrucción, etc., constituyen un ritual en sí mismo, aspecto que se repite en la mayor parte de las acciones que acontecen en el mundo militar, por muy simples que estas parezcan.

Por lo que respecta a la disciplina y a la obediencia referidas a la distinción entre el superior y el inferior en la estructura militar, destacaría la figura del “superior responsable” que plantean Herbert y Hamilton (1990:83-85). Según su esquema, el superior es el que debe tomar las decisiones y responsabilizarse de las mismas, y a la vez ser responsable de los actos de sus subordinados. De ello surge fácilmente el esquema según el cual el subordinado, -especialmente si se trata de un soldado de reemplazo-, deberá abstenerse de tomar decisiones, y de plantearse siquiera el cuestionamiento de las ordenes de los superiores. Lo que, en definitiva, se traduce en abstenerse de pensar. Este modo de percibir las responsabilidades hacía que, en ocasiones, algunos mandos recurriesen a manifestaciones expresas dirigidas de manera muy especial al soldado raso, que se plasmaban en frases hechas del tipo; “no pienses que la cagas”, “a ti no te pagan para pensar”, etc. El propio Max Weber, en Marianne Weber (1995:116), y de forma más clara en un texto de Gerth y Wright (1972:17), refiere cómo en determinadas situaciones; *el cuerpo trabaja con mayor precisión cuando se ha eliminado toda capacidad pensante del mismo*.

En este punto, quiero destacar cómo el principal propósito del primer periodo de instrucción militar era el de “romper la voluntad” de los reclutas, laminarlos, eliminando toda resistencia, reconstruyéndolos nuevamente modelando su conducta, induciéndolos<sup>132</sup> hacia una nueva, diferente a la previa. En definitiva, hacer que olvidasen sus referentes civiles y su individualidad para convertirlos en unidades. Para ello se recurría, entre otros mecanismos y estrategias, a los referidos en el artículo citado, consistentes en; alejar a los instruidos de sus contextos previos y de sus familiares y amigos, someterlos a una desorientación total,

---

<sup>132</sup> Sobre la inducción y modelación de la conducta puede consultarse, además de los autores ya referidos en otros puntos, a Herbert y Hamilton, (1990: capítulo IV, en especial la p. 92), en las que definen la conducta como algo más que las meras acciones evidentes, sino también como actitudes, creencias y valores.



forzarlos hasta el agotamiento físico y psíquico, es decir, hacer que viviesen bajo una tensión continuada.

En conjunto, se les sometía a un nuevo y desconocido “ritmo de vida” y a unas formas y maneras de actuar y de comportarse inusuales para ellos. Todo lo cual estaba circunscrito en el principio de que los instruidos no racionalizasen el proceso, sino que se limitasen a sufrirlo. Con ello se conseguía subordinarlos, pues, ese era el rol que les correspondía desarrollar como soldados, el de subordinados.

Toda la lógica del proceso de instrucción primaria descansa en la idea de que los individuos deben dejar de serlo para pasar a ser parte integral de un ente superior denominado “unidad”. En este aspecto encontramos diferencias relevantes entre la vida civil y la militar, pues en la vida civil el término unidad equivale al de individuo, mientras que en la vida militar la unidad se entiende como un grupo donde no importan los individuos, quienes han de actuar conjuntamente como “unidad”, y sólo en este principio tiene sentido el sujeto dentro de la filosofía que rige la vida castrense.

Existen distintos reglamentos en los que se regulan todos los aspectos relacionados con la instrucción de orden cerrado, los cuales van actualizándose<sup>133</sup> progresivamente. Al respecto destacaría cómo los procedimientos concretos que se realizan, no son planteados desde la perspectiva militar desde la racionalidad y el uso práctico de lo aprendido, pues lo verdaderamente importante no es lo que se hace, sino el cómo se hace, lo importante es que todos hagan lo mismo, y lo hagan con energía y decisión.

Por otra parte, el sufrimiento y sacrificio de los instruidos forma parte de una de las características de la formación militar, la de fomentar el sentimiento de grupo, favoreciendo los lazos de amistad y de unión. Este hecho está basado en la creencia de que los individuos que sufren conjuntamente adquieren un característico y particular sentimiento de grupo. El general Laguna Sanquirico, en Aguilar y Bardají (1992:40-42), define tal proceso como “factor asociativo”.

Otra característica de la instrucción primaria, reside en la exigencia de una actitud hierática e inexpressiva de los instruidos. Se les conmina para que sus rostros no evidencien ningún gesto o expresión, impidiendo que afloren rasgos de emoción o sentimiento, para lo cual se les induce a que dirijan la mirada al frente, al infinito, que el sujeto mire “sin ver”. Con estos mecanismos se contribuye a forjar a los sujetos para que no sientan, no piensen, en definitiva, “no sean”, sólo deberán actuar en el grupo, con el grupo, siendo grupo “unidad”.

---

<sup>133</sup> Entre otros he consultado el editado por el Estado Mayor del Ejército, RE6-001, Reglamento Orden Cerrado, publicado en los Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1992.

Para ello se establece también un control corporal de los reclutas, ejercido sobre los sentidos de los mismos, y que constituye una expresión del control institucional. Sobre este tipo de control podemos considerar las observaciones de Mary Douglas (1978:89-107).

Otra presión de la instrucción de orden cerrado se centraba en la fuerza unificadora del grupo, de forma que el sujeto se viese arrastrado por el mismo, aunque deseara actuar de forma independiente. Para conseguir esto se recurría a mecanismos de presión psicológica, uno de los más usuales era la de manifestar en presencia de los demás los errores individuales, para que el sujeto en cuestión se viera mortificado por el ridículo, y por la presión del grupo.

En ocasiones, también se recurría al castigo colectivo amparado en los fallos de los sujetos señalados, de forma que todos tuviesen que repetir una y otra vez los movimientos que uno o varios soldados hacían mal, hasta que saliese bien. Con ello se pretendía que fuese el grupo el que generase mecanismos de autocontrol, “castigando” y “motivando” a los “patosos”. En situaciones extremas, el grupo aplicaba una de las presiones más duras y efectivas en estas circunstancias, la de someterlo al más puro ostracismo<sup>134</sup>.

Dentro de la instrucción de orden cerrado se establecían mecanismos de repetición rutinaria de determinados movimientos, a la vez que se estimulaba e inducía a que el sujeto estuviese atento únicamente a las voces de mando. Para ello se recurría también al estatismo de los sujetos durante periodos prolongados, pues la quietud y el silencio favorecen el que individuo deje de pensar, y deje de actuar por su cuenta. En la implantación de la regla del silencio que se imponía al soldado, se cumplía la premisa de Hebe Clementi: *La palabra es el vehículo del pensamiento, el que no habla no piensa*. En este sentido, la institución asumía que no podía evitar que el sujeto pensase, por lo que lo neutralizaba y anulaba controlando el uso de la palabra.

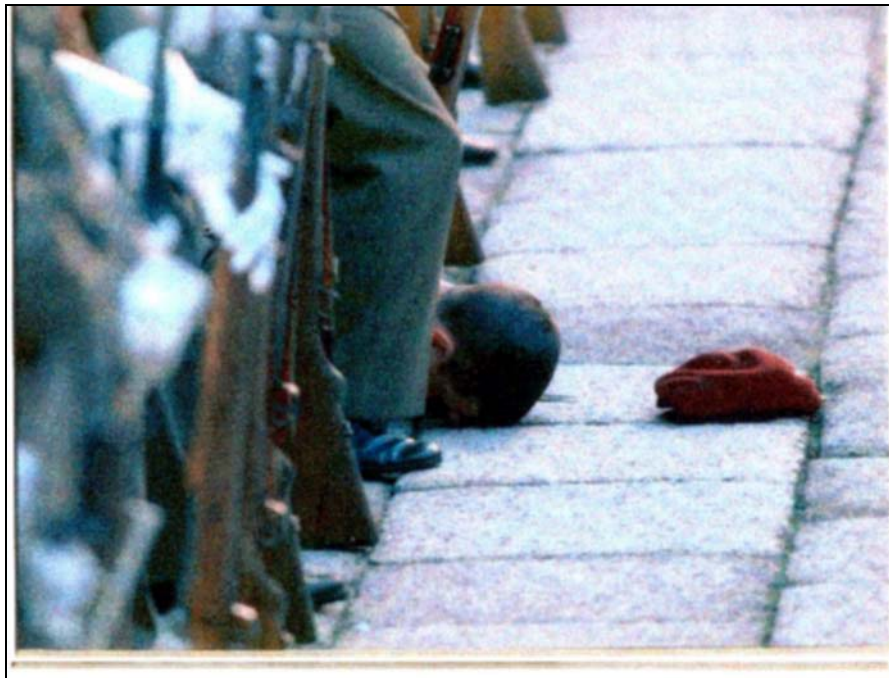
Estos mecanismos conseguían que el sujeto fuese arrastrado por el grupo -que a su vez era dirigido por un mando-, lo cual tiene su justificación en el fin último de la acción de una unidad militar operativa, es decir el enfrentamiento directo contra otro grupo, que, al igual que él, tiene como fin la anulación del enemigo. Por ello, se establecen tales mecanismos para vencer la reacción natural del sujeto basada en el principio de conservación de salir corriendo en sentido opuesto al del enemigo, del que se sabe de antemano que conlleva un riesgo real.

Como es lógico, en este tipo de acciones se articulaban mecanismos para reprimir al instruido si se dejaba llevar por los principios que rigen las conductas al uso desde el sentido

---

<sup>134</sup> Algunos ejemplos de estos mecanismos de control grupal sobre los individuos se ejemplifican perfectamente en algunas películas que ya he citado, entre las que destacaría la titulada *Desventuras de un recluta inocente*, de Mike Nichols (1988) en la que se plantea éste aspecto de forma muy veraz y poco sensacionalista. Como muestra más drástica citaría el film de Stanley Kubrick (1987) *La chaqueta metálica*, en cuyas primeras escenas se describe este proceso, que es aplicado sobre un soldado al que el instructor apoda como “recluta patoso”.

común de la vida cotidiana fuera del cuartel. Así, por ejemplo, el recoger la gorra que se ha caído al realizar un movimiento es un acto natural, como lo sería el sujetar a un compañero que se tambalea en formación, o el espantar los molestos mosquitos de la cara, etc., sin embargo, tales reacciones no son aceptadas en una formación, siendo reprimidas de forma contundente por los instructores. Lo que acababa calando en los sujetos, por lo que era usual que en determinados actos militares, en los que algún integrante se mareaba y caía al suelo, se podía ver como sus integrantes adoptaban una actitud impasible, pues se encontraban en formación y moverse significaría romperla. La siguiente fotográfica constituye una muestra de ese precepto. En ella se observa a un soldado caído de bruces en una formación del Regimiento Inmemorial del Rey. Apareció publicada en un diario que recogió el evento, y forma parte de las fotografías y recuerdos de este regimiento<sup>135</sup> como muestra de orgullo.



*Fotografía de un soldado del Regimiento Inmemorial del Rey caído en formación.*

Cabe señalar que, los propios sujetos acababan asumiendo que era preferible caerse inconscientes, antes que romper la norma saliendo de la formación, pues ello significaría una falta de consideración para con su unidad.

En las unidades más “operativas” es considerado como un rasgo de orgullo el que un soldado, antes de abandonar la formación al encontrarse mal, se caiga de bruces en el sitio manteniendo su lugar en la formación, lo que denota su hombría, su capacidad de sacrificio y su disciplina y entrega a la unidad. Para adiestrarlo en tal actitud se desarrollan diferentes

---

<sup>135</sup> En Desmond Morris (1980:167) podemos observar un ejemplo similar, en el que se puede apreciar a un soldado británico caído en una formación, sin que sus compañeros se inmuten.

mecanismos, uno de los ejemplos más claros lo constituían las situaciones en que los reclutas debían aguantar un “chaparrón”, o un “chorreo” del instructor en la postura de firmes más exagerada e hierática posible. En estos sucesos el superior no consentía ningún tipo de disculpa por parte del sujeto reprendido, rompiendo todo principio de autodefensa natural.

En estas situaciones podría entenderse que la hombría del humillado quedaba en entredicho, lo que requeriría un mecanismo de satisfacción de tal ofensa, en el caso de que se sintiese en posesión de la verdad el de inferior graduación. Sin embargo, realmente no se genera en el sujeto reprendido un cuestionamiento de su honor al no tratarse de una relación entre iguales. Además, la reprensión forma parte de la instrucción, y es aceptada como un acto más del proceso de enseñanza y aprendizaje.

Por lo que respecta al carácter unificador y anulador de cualquier manera de expresión o manifestación particular y personal en los procesos de instrucción, estos están definidos por el propósito de afirmar el más absoluto sometimiento<sup>136</sup> por parte del de inferior categoría. Pues, mientras que el inferior debe adoptar determinadas posturas y abstenerse de cualquier tipo de manifestación, por el contrario, el de mayor graduación podrá actuar libremente, de hecho resulta usual que exagere determinados gestos y ademanes para remarcar esa diferencia.

Por otra parte, diría que la instrucción militar que ha recibido tradicionalmente el soldado de reemplazo se ha constituido en un fin en sí misma, en un mecanismo para moldear a los individuos y hacerlos obedientes y sumisos, sin tener ninguna otra razón de fondo. Aspectos de los que ya se ha dicho que se refuerzan a través de la génesis de un temor ante posibles sanciones o castigos como consecuencia del incumplimiento, o mal cumplimiento, de dichas pautas, y con el sometimiento a procesos de instrucción basados en mecanismos de repetición y rutinización<sup>137</sup> sistemática de acciones.

La instrucción militar, como ya he referido con anterioridad, era entendida desde la institución como un sistema global, como un mecanismo para socializar al sujeto, e integrarlo en el ámbito militar. Por ello, resulta comprensible que además de los aspectos formales y los procedimientos y mecanismos funcionales, poseyese unos elementos complementarios de carácter más complejo que giraban en torno a una serie de valores y presupuestos de carácter abstracto. En este sentido, los procesos rituales, los elementos simbólicos, y las referencias de carácter místico, jugaban un papel determinante.

---

<sup>136</sup> Tal aspecto referido al sometimiento lo recogen entre otros; F. Davis (1989) y Allan Peace (1993).

<sup>137</sup> La importancia de la rutinización en la génesis de pautas de comportamiento y de actitudes en cuanto elemento de modelación personal, es tratada por Herbert y Hamilton, (1990), en el que se analiza cómo constituye un factor fundamental para el sometimiento y acatación de la norma y autoridad, cuya máxima expresión se manifiesta en la obediencia ciega, y en concreto en las acciones que los autores definen como *crímenes de obediencia*, que constituyen la manifestación extrema de la referida obediencia.

Otro de los referentes abstractos a destacar en el proceso de instrucción era la inculcación de la denominada “moral de combate”, de la que me atrevería a decir que constituía la esencia de todo el sistema de instrucción. Para desarrollar este aspecto considero que un libreto realizado por el teniente coronel de infantería Gómez Martínez (2000) servirá como un magnífico documento de trabajo. Su interés no reside únicamente en su actualidad, sino en el hecho de recoger de forma sintetizada lo que el mando militar percibe como moral de combate, y que personalmente resumiría en el contenido de algunos párrafos pertenecientes a las páginas (10, 11, 14, 17, 24, 25, y 29). Trataré con cierto detenimiento los aspectos que en ese texto se exponen por su trascendencia para el tema analizado.

En la página 10 señala: *En el plano profesional militar, la moral se sobreentiende "de combate". Hay que comprenderla como el impulso o fuerza interior que hace al combatiente sofocar el instinto de conservación y arriesgar su vida de un modo consciente desdeñando el peligro, o que le pone en tal grado de excitación que, velando su entendimiento, le impide apreciarlo objetivamente.* Para reforzar tal planteamiento el autor reproduce una cita de Montesquieu que reza “*Un ejército racional huiría siempre*”. En todo caso, la denominada moral de combate se constituye en un factor omnipresente tanto en el planeamiento y ejecución de las operaciones militares, como en el análisis y comprensión de sus resultados. Los escritores militares, así como los redactores de normas reglamentarias reconocen su importancia, pero suelen tratarla bien en forma axiomática, con frases rotundas y bellas composiciones, o bien de modo meramente descriptivo.

El teniente coronel continúa hablando sobre la moral de combate vinculándola al patriotismo, para lo que cita a otro autor, concretamente en la página 11 apunta; *Sobre la moral militar, decía García Morente que "sus motores, sus virtudes básicas, son el amor a la Patria y el culto al honor; siendo la valentía y la abnegación, sus instrumentos"*. [Cita del autor a Gárate Córdeba, J. María, *Los intelectuales y la milicia*, EME, 1983: 467].

Continúa analizando las razones que pueden motivar al soldado para combatir, lo que desarrolla en los siguientes términos:

*<¿Qué es lo que mueve a un soldado a combatir?. Indudablemente una íntima convicción, sin que esto presuponga un concepto filosófico profundo, una cuestión elaborada. Se combate por ideología, por amor, por odio, por miedo, por deseo de venganza, por gusto por el riesgo, por la novedad de la experiencia, por disciplina... El riesgo se asume a veces por sentido del deber, y otras por no incurrir en falta, "queriendo más morir honradamente haciendo lo que deben que vivir en mengua no lo haciendo">.* [Cita del autor a D. Juan López de Palacios Rubios. 1524, *Tratado del esfuerzo bélico heroico*, (capítulo XI). Citada a su vez por Francisco Barado, *Literatura militar española*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1996:177].

*La moral de combate es la resultante de un conglomerado de factores, a veces cambiantes, que la potencian o la atemperan. Es una manifestación extrema de la ética militar, el momento de poner a prueba los principios morales del profesional. Pero también influyen factores puramente físicos.*

*“Llamo espíritu guerrero a un estado de ánimo habitual que no encuentra en el riesgo de una empresa motivo suficiente para evitarla.”. [Cita del autor a D. José Ortega y Gasset, *El espectador*, V.1927 (o. c. tomo 11: 418-421). Citado por Barado, o. c.:341].*

*La moral puede tratarse en tres planos: moral colectiva o nacional, es decir, la moral de guerra de la sociedad en su conjunto; moral de combate de las Unidades, y moral del combatiente individual.*

*En la página 14 desarrolla un aspecto interesante sobre la moral de combate y la ventaja que supone para su desarrollo que el soldado posea una educación religiosa. El sentido trascendente de la vida es consustancial con la naturaleza humana. La educación en los valores cristianos, propios de nuestra cultura occidental, es la base sobre la que se edifica una conciencia ciudadana que puede llegar a exigirnos el tomar las armas y hacer de ellas un empleo correcto.*

*Naturalmente que es compatible ser un buen ciudadano sin necesidad de esa base religiosa. La ventaja del creyente es que, para él, la muerte no es el final y esto le facilita el desapego necesario para asumir fielmente la idea del sacrificio. Aunque el caso es extremo, en la mente de todos están las formaciones de jóvenes "mártires" que combatieron en la guerra de Irán-Irak.*

En la página 17 insiste en la consideración del valor como una especial fuerza de voluntad que distingue al ser humano y le hace actuar en contra de sus propios instintos:

*"Esa cualidad misteriosa a la que nosotros llamamos valor es fuerza de voluntad, autosacrificio, llamémosle cualquier cosa, es aquello que inspira a los hombres a no retroceder cuando sus entrañas le aconsejan que ponga tierra de por medio. "*

Otro aspecto que considera relevante El Tte. Col. Martínez es el de inculcar en las tropas el sentimiento de que no se encuentran solos en ningún momento, y menos en los momentos críticos, para lo cual señala como una obligación del mando el inculcar dicho sentimiento tranquilizador, lo que hace en la página 24, a través de una cita de Keegan que reza: *En opinión de John Keegan, el ejercicio del mando es muy sencillo, en el fondo, "se centra en el reconocimiento de que no se debe dejar sentir que mueren solos a aquellos a quienes se pide que mueran".* [cita del autor a Keegan, *la máscara del mando*, página 31]

Después de los aspectos referidos a la formación religiosa, y a aspectos del mando, hace referencia a uno de los elementos que posiblemente más afectaba e influía en el soldado de reemplazo, y las motivaciones para adaptarse a la cultura militar y a los requerimientos de la instrucción. Pues, aunque el autor lo califica como un mecanismo para el ejercicio del mando circunscrito a la motivación para el combate, sin duda, se trata de un factor que afecta a la vida cotidiana del soldado. Me refiero a la existencia de un régimen disciplinario militar particular y propio.

Este aspecto lo desarrolla en la página 25, donde señala: *Cuestión importante es la de los medios para ejercer el mando. Sería ingenuo suponer que con sólo palabras se puedan llevar los hombres al combate, y mantenerlos. Es preciso algo más, una amenaza conocida por todos, y sabiamente administrada, que alcance a quienes cejen en el cumplimiento de su deber. En suma, un régimen disciplinario, unas leyes penales militares. Pero el uso de esta coerción ha de ser individualizado, que no suponga una amenaza general; justificado, sin visos de arbitrariedad; no prodigarse, para no mermar el beneficio de la ejemplaridad. El jefe no es ni puede aparecer como enemigo de sus subordinados. El combatiente no puede sentirse cogido entre dos fuegos, su propio Mando y la acción enemiga, porque puede optar por la tercera vía, la desertión.*

Gómez Martínez (2000:29) recurre una vez más a una cita literal, para ensalzar la importancia de las relaciones que se establecen en torno a las unidades militares, en concreto a aquellas en las que se constituyen en torno a relaciones personales y directas, como es la unidad tipo compañía. Así, reproduce un texto de Edward A. Shils y Morris Janowitz, *La cohesión y la desintegración de la Wehrmacht en la II GM*. POQ 12, (1948: 281). Del que señala es citado por W. M. Derru, y que yo vuelvo a reproducir por su interés para el tema que analizamos, y cuyo contenido es el siguiente:

*Un soldado alemán de la Segunda Guerra Mundial. "La compañía es la única comunidad que existe verdaderamente. Esta comunidad no deja tiempo ni sosiego para una vida íntima. Nos fuerza a entrar en su círculo, ya que la vida está en juego. Obviamente hay que comprometerse y abandonar las pretensiones. Por lo tanto, la idea de combatir, vivir y morir por la patria no es sino un concepto relativamente distante. Por lo menos no desempeña un papel importante en la motivación práctica del individuo".*

El grado de compromiso e integración que se intenta conseguir entre los miembros de la unidad tipo compañía, es fomentado por los mandos a todos los niveles, por lo que recurrirán a cualquier elemento que pueda servir para tal fin.

A continuación del párrafo anteriormente reproducido de la página 29 Martínez continua señalando como la moral de combate de una unidad es algo más que la mera suma de las voluntades individuales de sus miembros, para lo que recurre a la importancia de la interrelación entre tres aspectos fundamentales que influirán en los sujetos que pertenezcan a tales unidades, lo que sintetiza en un principio de confianza que debe actuar en tres direcciones, en la confianza del sujeto en sí mismo, en sus compañeros, y en el jefe.

Otro aspecto de la instrucción militar que me parece relevante, es la manera en que se instruye a los distintos grupos militares, pues aunque aparentemente se puede decir que el periodo básico es similar para mandos y para la tropa, no es del todo así. La diferencia fundamental estriba en la función y cometidos que cada grupo desempeña. En este sentido, podemos decir que en los ejércitos contemporáneos, el acto de matar, y la preparación para tal fin diferencia a los miembros de las clases de tropa, y a los mandos inferiores, suboficiales especialmente, del grupo de los oficiales.

Tal diferenciación es fruto de la evolución de los ejércitos y la estructuración en los denominados ejércitos regulares, compuestos por grandes contingentes de hombres dispuestos a enfrentarse entre sí, como señala Keegan (1990:343-367). Quien analiza detalladamente tal proceso, incidiendo en el hecho de cómo el oficial se ha ido distanciando progresivamente del acto concreto de matar para dedicarse a otros aspectos de la guerra, mientras que dicho proceder se ha vinculado con cierta exclusividad a los mandos inferiores y a la tropa. Keegan (1990: 344-345) lo explicita con todo detalle:

*Matar a la gente, en la medida en que afecta a matar y a la gente, no es una actividad que parezca tener una aprobación muy extendida. ... a pesar de todas las elaboradas explicaciones utilizadas por las sociedades civilizadas para exculpar al soldado que mata en la batalla de la mancha de culpabilidad personal o de desaprobación social -que sufre el mismo riesgo de muerte que su oponente, que mata para evitar un mal mayor- vale la pena notar que la clase de soldado de vanguardia que tiene alguna elección sobre si matará o no -el oficial- durante el período que hemos estado considerando se ha apartado consistente y continuamente de esta acción. Este apartamiento está simbolizado de una forma que ya hemos visto, mediante las armas cada vez más emblemáticas que han llevado los oficiales; a comienzos del siglo dieciocho cuando la pica estaba perdiendo su utilidad en el campo de batalla, mediante una especie de pica miniaturizada; a comienzos del siglo diecinueve cuando la espada estaba quedando en desuso, una espada ornamental; a finales del siglo diecinueve cuando la ametralladora había confirmado su dominio, una pistola, normalmente en su funda; durante la Primera Guerra Mundial, a menudo ningún arma letal, simplemente un bastón. Y esta impresión de distanciamiento entre el oficial y la oportunidad de causar la muerte se refuerza leyendo las citaciones escritas para explicar y conceder el premio de altas condecoraciones al valor: las redactadas para los soldados ponen el énfasis en su éxito en matar ---«el cabo- se abrió camino valerosamente por el flanco de la ametralladora que estaba deteniendo el avance y entonces cargó con su carabina a la altura de la cadera, librándose de seis enemigos» (los escritores de citaciones evitan la palabra «matar» y utilizan ampliamente «librarse de», «despachar», «liquidar»); por otro lado los escritos para oficiales minimizan su responsabilidad directa en matar y ponen de relieve sus poderes de inspiración y organización cuando a su alrededor se está perdiendo la cabeza (en sentido metafórico; nunca se deslizó en una citación nada tan sucio como una decapitación) -«El Capitán, tomando el mando en un momento difícil de la batalla reunió rápidamente a sus hombres sin cuidarse de su propia seguridad, los condujo otra vez a campo descubierto hasta la posición que se habían visto forzados a abandonar antes [...]» Sin embargo, para ser honestos con los redactores de citaciones el asunto ya está de alguna manera determinado, ya que en general se les dan medallas a los soldados por eliminar y a los oficiales por hacer otras cosas.*

Este aspecto sigue estando vigente en la actualidad, y lo podemos observar en los procedimientos y enseñanzas impartidas en las academias y centros de instrucción. Así, mientras al soldado se le instruye básicamente en el uso de armamento, y en procedimientos automáticos de actuación que inciden en la eficacia en el matar, en el caso de la formación de los oficiales, el término “matar” se constituye en una palabra tabú, como me constataba un profesor de la Academia General Militar del Ejército a finales del año 2001.



Todo ello está influenciado por los aspectos señalados por Keegan, y en el caso de la reciente historia del ejército español, por el auge que han adquirido las acciones de ayuda humanitaria a las que ya hemos aludido en algún punto.

Otro factor a considerar respecto a los mecanismos aplicados en el ámbito militar para regular las relaciones entre los diferentes grupos que la componen, y en especial entre los grupos de superiores e inferiores, o de educandos y educados, es el hecho de que, en tiempos pasados, guardaban cierta similitud con los que se aplicaban en la escuela, como en el seno de la familia. De forma que el joven de esa época no sufría de forma tan brusca su inmersión en la vida militar como sucede hoy en día.

En este sentido, hay que tener en cuenta el carácter conservador y tradicional de nuestro ejército, y la dificultad de los mandos de reconocer la necesidad de un cambio radical en algunos de los elementos claves de la instrucción. Ello hizo de éste modelo de instrucción tradicional uno de los factores más desagradables para el soldado de los últimos años. En este hecho pudo influir el que el flujo de soldados estuviese garantizado, sin embargo, la realidad actual es bien distinta, y los problemas de captación y retención de tropa profesional han incidido seriamente el modelo de instrucción para adaptarlo a las nuevas necesidades, y para evitar la desmotivación de los mandos y de los propios instruidos.

El carácter nefasto, tedioso, y obsoleto, que caracterizaba la instrucción militar a la que se ha sometido al soldado de reemplazo hasta el final de su existencia, es reconocido institucionalmente. Reproduzco un párrafo extraído de un documento elaborado en 2001 por el organismo encargado de tales aspectos, Mando de Doctrina (MADOC) donde se desarrollan los planes del moderno Sistema de Instrucción, Adiestramiento y Evaluación, en cuya página 5 se señala explícitamente la necesidad de cambiar el sistema tradicional de instrucción, para evitar: *Que se produjera desmotivación en los Mandos de todos los niveles, al defraudarse las expectativas de que se lleve a cabo el esperado salto cualitativo en la operatividad de las Unidades, como consecuencia de contar con un personal de tropa profesional, con una actitud y dedicación plena, muy diferente del soldado de reemplazo. Asimismo, que se produjera una desmotivación en el personal de tropa al frustrarse sus expectativas personales y profesionales por su implicación en un sistema de Instrucción y Adiestramiento obsoleto, tedioso, poco excitante y ajeno a la voluntad de superación de los individuos.*

Ciertamente, son muchos los cambios que han afectado tanto a la organización del ejército, como a su estructura. Pero tales procesos no han podido ser “digeridos” adecuadamente por muchos mandos, en los que persisten los modelos de pensamiento tradicionales. Fenómeno que refiere Clifford Geertz (1990), especialmente en el capítulo titulado “prácticas fúnebres”.

En éste refiere cómo el sujeto debe adaptarse a los cambios institucionales, pero añade cómo lo normal es que estos cambios se producen de forma mucho más rápida de lo que lo hacen las estructuras mentales. Así, el sujeto se ha visto obligado a reinterpretar los hechos adecuándose a las circunstancias y a los procedimientos más rápidamente de lo que pudieran desear, por lo que su esquema mental no cambia en la misma medida que lo hace la institución. Así, muchos mandos han sufrido una contradicción entre los principios aprendidos en las academias, y en su experiencia primera, con los requerimientos y exigencias en el trato cotidiano con la tropa durante los últimos años, con las consiguientes disonancias personales y disfunciones en su estructura mental.

Muchas de estas alteraciones en los mandos se reflejaban en su trato con la tropa, que repercutía en la manera en que ésta percibían su experiencia militar. De hecho, muchos soldados declaran que el factor determinante de su vivencia militar había estado condicionado por el trato recibido por sus mandos. Algunos jóvenes alegaban que éste les había afectado haciéndoles cambiar incluso su actitud y opinión respecto a la que tenían previamente sobre las FAS. Según mis indagaciones la tendencia era a que cambiasen a peor. Un informante me declaraba con cierto pesar este suceso diciendo: *Antes de venir al servicio militar me gustaba la vida militar, ya que tengo amigos y familiares militares y guardias civiles, pero, el trato que he recibido ha hecho que me guste menos porque me han tratado muy mal [...]*. Otro me declaraba: *El Servicio Militar en sí no es malo, sino que “lo hacen” malo. Vienes con unas ideas de lo que es esto y de lo que se espera de ti y te encuentras con que te piden más, de mala manera, y con muy poco agradecimiento por parte de los mandos.*

En la misma línea me apuntaba otro soldado: *En general a los mandos se les sube a la cabeza su rango y te tratan con desprecio e injustamente. Los mandos cuando tenemos alguna charla no nos suelen escuchar a los soldados de reemplazo e incluso nos mandan callar por el hecho de tener una rayita amarilla en el hombro (lo que hace referencia al empleo de cabo 1º), pero sobre todo el capitán nos ignora.*

Algunos soldados hacían referencias explícitas al sentimiento de sentirse privados de su libertad e independencia por un sistema y unos mandos a los cuales no otorgan tal derecho, que sólo aceptaban cuando era aplicada por sus progenitores. Las declaraciones de un joven soldado que estaba en el ecuador de su servicio militar apuntan claramente en esa dirección: *La mili no se tendría que hacer, no tienen porque obligar a las personas a que se sometan a unos mandos que no tienen porque mandarte, porque me la pela que tengan galones en los hombros, porque todos somos iguales y la única persona que me manda es mi vieja. Reivindico mi derecho a vivir libre.*

La percepción del soldado sobre el trato recibido por algunos mandos denotaba, en muchos casos, una crítica respecto al carácter altivo de los mismos, repudiando actitudes y modelos de actuación que califican de trasnochados y anacrónicos. Un soldado de Figueirido me lo señalaba a finales de los noventa: *Los mandos se creen unos dioses. ¡A veces parece que son de otro planeta!, no se dan cuenta de que estamos prácticamente en el siglo XXI y ya se quedó atrás la Guerra Civil y la época franquista [...]*

Por lo general, se puede decir que la actitud que adoptaban los mandos para con el soldado de reemplazo se estructuraba en torno a dos modelos extremos y contrapuestos. Uno tendía a tratar al sujeto como un simple objeto, amparado en un principio de distanciamiento del soldado, al que se podía cosificar. Quienes actuaban así, solían referirse al soldado utilizando términos como el de “chico”, o le llamaban con expresiones impersonales como “oye”, “¡he!”, “tu”, etc. En el extremo opuesto se encontrarían los que adoptaban una postura en extremo paternalista, en la que se asumía que el ejército era el sustituto de la unidad familiar del soldado, por lo que los mandos debían actuar como si fuesen un padre y una madre, asumiendo las funciones de enseñante y de castigador, propias de la figura paterna. Lo que queda recogido simbólicamente en las reseñas en las que se fórmula cómo el joven al entrar en la milicia es acogido por la “madre” patria, asumiendo el mando militar el papel simbólico de “padre”.

El predominio de cualquiera de estos modelos ha constituido tradicionalmente un gran problema por lo que al trato del soldado se refiere. En ambos casos, se negaba la condición de adulto del joven y se le mantenía en un estado de dependencia total. De hecho la actitud paternalista era vista como necesaria y conveniente por parte de los mandos militares. Así lo señalaban el general Braillon (1933), el Tte. Coronel Bramanti (1948), y el coronel Fernández (1955), por poner algunos ejemplos. En sus argumentaciones se percibía al soldado, como a un personaje inmaduro, al que había que enseñar y dirigir en todo momento, lo que se materializa en una necesidad de protegerle del entorno, y de él mismo. El planteamiento del Tte. Col. Bramanti (1948:173-176) resulta muy esclarecedor para comprender el porqué de la actitud paternalista que tradicionalmente ha tenido el oficial de nuestro ejército para con dicho soldado. Sus consideraciones resultan muy interesantes por tratar el tema desde los problemas de adaptación que suponía para el joven el realizar el servicio militar. Para ello refiere la dificultad de aceptar la tutoría del mando militar. Llega a la conclusión de que una de las finalidades fundamentales de la instrucción militar y la disciplina era la de generar en el joven lo que define como proceso de “regresión” psicológica, por el que aceptará su papel de subordinado y adoptará una actitud de obediencia.

Refiere además algunos artículos del Reglamento para el Servicio Interno del momento, del que destaca los siguientes apartados: *El interés del servicio exige que la, disciplina sea firme y enérgica, pero que también sea paternal.* En el N° 4 señala refiriéndose al jefe: *Su autoridad debe ser firme y a la vez bondadosa.*

*¿No es acaso análoga la relación mutua entre padre e hijo?. En contraste con la vida civil, debe obedecer sin reparo a sus superiores y depende de ellos para la alimentación, protección de la salud y seguridad. Como un niño acepta a sus padres para satisfacer esas necesidades básicas, sin elección, lo mismo sucede con el soldado. [...] El soldado, bajo la misma impresión de indefensa, ante el medio, que lo rodea, obra de un modo análogo y no es difícil asimilar ambas situaciones, necesitando algunos esa protección paternal ante los riesgos y obligaciones propias de la milicia, haciendo del oficial que rige sus vidas en la unidad, un segundo padre, respondiendo a él con la misma fe y cariño que podría tener hacia su progenitor, si no más.*

*Tal situación del medio que rodea al individuo, se denomina "situación regresiva o retrógrada" y con la interpretación psicoanalítica de los hechos humanos, nos resulta simple la relación emocional entre el subalterno, especialmente el soldado y el superior. Este cambio retrógrado o regresivo, psicológicamente, es el fin de la instrucción militar y de la disciplina y sólo creándola puede obtenerse la completa obediencia del subordinado y el propio sacrificio del superior.*

*Debe dejarse sentado -expresa el Mayor Médico don Louis S. Lipschutz- como la primera ley de la psicodinamia militar, que la gran mayoría de las neurosis militares surgen de la dificultad en aceptar esta situación regresiva" [2 - Mayor D. Louis S. Lipschutz: "The background of military ("The Military Surgeon", noviembre de 1945)].*

Destacaría la función que asigna Bramanti a la instrucción y a la disciplina militar como mecanismos para consolidar la relación mando/soldado como sí se tratase de una relación filial, por resultar un modelo similar al asumido en la vida previa del joven, en la que la jerarquía familiar se le hace cotidiana y normal, por lo que al trasladarla al ámbito castrense facilitará la función del mando.

El contexto histórico en el que se desarrollan estos argumentos parece un tanto lejano, pero ha prevalecido hasta el mismo momento de la desaparición de la figura del soldado de reemplazo para quien parecía concebido. Incluso se ha mantenido en los primeros momentos para con el soldado profesional, como se puede constatar con unas declaraciones del Tte. Gral. López Iraola en su condición de Director General de Reclutamiento y Enseñanza Militar publicadas en un artículo de la revista *Época* correspondiente a la semana de 30 de abril a 6 de mayo de 2001 (p. 100-110). En el citado artículo el periodista plantea el trato indistinto entre los soldados profesionales y los de reemplazo en los siguientes términos: *Se habla de que ustedes tratan a los soldados profesionales como a los de reemplazo. ¿Qué opina?.* El Tte. Gral. contestaba: *Sí, es una realidad, pero se está cambiando. Hemos pasado de unos soldados de reemplazo con un concepto paternalista a unos militares profesionales. En ese cambio, el mando y el soldado tienen que adaptarse.*

Respecto a las relaciones entre mandos y tropa, hay que señalar que existen importantes matices que distinguen el tipo de relación<sup>138</sup> que se producía entre los diferentes grupos en que se estructuran los mandos. Así, los suboficiales suelen mantener un contacto más permanente y continuado con la tropa a lo largo de toda su carrera profesional al actuar como escalón intermedio entre la ésta y la oficialidad.

Los oficiales mantienen un trato directo con la tropa, especialmente mientras ostenta los empleos inferiores de su escala, es decir, los de alférez, teniente y capitán, pero al alcanzar empleos superiores se produce un claro distanciamiento. El empleo de capitán es el que más relevancia suele tener para el soldado, ya que por la estructura formal de las unidades es el que posee un mayor control y poder directo, al ser la compañía en unidades de infantería, o sus equivalentes (el escuadrón en caballería, y la batería en artillería) el referente formal más complejo de los que tenía conciencia el soldado de reemplazo en su vida cotidiana. Por ello, la figura del capitán, su personalidad, sus dotes de mando, y su saber hacer, eran claramente percibidas por los soldados.

No en vano, el capitán ha sido tradicionalmente el que ha regido la vida del soldado, el que ha juzgado su conducta y controlado su vida y actividades mientras ha estado integrado en una compañía. Ha sido “el amo y señor de la compañía”, como me señalaban algunos soldados al calificarlo.

Por otra parte, en la relación entre los mandos y la tropa de reemplazo se producía una particular percepción del paso del tiempo, como sucede con otras profesiones como la de maestro, pues el militar veía cómo él iba envejeciendo mientras que los soldados seguían teniendo una edad similar.

Otra figura destacada en la vida del soldado era la del sargento, que ha estado intrínsecamente relacionadas a la historia del soldado de reemplazo. Era el que le instruían en los campamentos, le conducían en las formaciones, le controlaban en sus horas de asueto dentro de las unidades, dormían en las mismas dependencias durante los servicios de suboficial de semana, les levantaban por la mañana, les pasaban lista de retreta por la noche, controlaban el silencio en las formaciones, etc<sup>139</sup>. Ese contacto constante hacía que el suboficial acabase adquiriendo un conocimiento sin igual de los jóvenes varones, que le ayudaba a desarrollar unas técnicas particulares para dirigir al grupo, y a los individuos, con soltura y fluidez, generándose lo que pudiera considerarse como una psicología funcional y

---

<sup>138</sup> Se podría establecer una tipología sobre la forma y características predominantes en la manera de mandar, pero ello trasciende el tema que analizo. En cualquier caso que el predominio de uno u otro modelo se ha producido según las diferentes etapas por las que han pasado los ejércitos. Etapas en las que diversas circunstancias han definido la manera de “mandar”, y que dichas maneras se han fomentado e inculcado en las respectivas academias y centros de formación militares de cada momento. Este hecho lo refiere claramente Norman Dixon (1991).

<sup>139</sup> Todos estos aspectos quedan recogidos en los distintos artículos de las Reales Ordenanzas.

autodidacta, basada en el sentido común y en la experiencia acumulada, aunque estuviese reforzada por la autoridad que les confería su graduación militar.

Así, el sargento acababa conociendo como nadie la peculiaridad de cada uno de sus hombres, imprimiendo un especial carácter y unas señas de identidad en su pequeño grupo.

Pero de forma general, podemos decir que la relación entre mandos y tropa estaba mediatizada por la diferencia existente entre los dos grupos, habida cuenta que, el mando debía ejercer como instructor y educador permanente de la tropa, lo que le obligaba a adoptar una postura y un gesto acordes con tal cometido. Y, a la vez, debía ejercer como supervisor y vigilante de la conducta y compostura de su tropa, pues se presuponía que el joven hacía la mili en contra de su voluntad, lo que junto a su inmadurez personal, constituían una complejidad añadida en su relación con el soldado. Ello hacía que el mando asumiese que debía combinar de forma permanente una función de educador y de vigilante.

La manera en que se plasmaba esa función de enseñante-vigilante la trata Giddens (1995:337-339) desde dos perspectivas; la primera hace referencia al control directo de los superiores, y la segunda hace alusión a un control más sutil, consistente en el mantenimiento de archivos, registros e historiales de los subordinados, que actúan como mecanismos de presión y control indirectos.

El primer mecanismo no requiere mayor aclaración, pero el segundo merece una pequeña observación. En el caso de la tropa, se materializaba básicamente en la cartilla de licenciamiento, en la que figuraba una serie de aspectos sobre su historial militar, como algunas consideraciones sobre su conducta, comportamiento, cualificación, así como las faltas y observaciones que el mando estimase oportuno. En los últimos años de la mili no tenía mucha trascendencia, pero en algún momento fue importante pues era tenido en cuenta a la hora de obtener algún puesto de trabajo, o determinadas acreditaciones.

Junto a las funciones de control y vigilancia, el mando se debía enfrentar al reto de persuadir al joven soldado de que su servicio militar no era una pérdida de tiempo, y que tenía una utilidad en sí mismo. Esto generaba ciertos problemas en la relación mando/tropa, pues frente a las argumentaciones que manejaba el mando, el soldado “espabilado” solía replicar con el hecho de que los militares propugnan la idea de servicio y sacrificio como rasgos propios del ser militar, pero cobraban por ello. Por lo que algunos soldados de reemplazo manifestaban que los únicos que podían considerarse verdaderamente militares eran ellos.

En este punto, cabría señalar los valores y los aspectos particulares y peculiares de la vida militar que, desde la perspectiva del militar de carrera se propugnan como propios de la condición militar. Muchos de esos valores eran considerados como elementos a transmitir al soldado de reemplazo, para el mando militar asumirlos era una condición *si ne qua non* para

identificarse como militar, mientras que para el soldado de reemplazo constituía un foco de tensión, y no pocas contradicciones.

Sobre el particular resaltaría cómo en la tradición del pensamiento militar de nuestro ejército la vocación<sup>140</sup> se resalta como una característica intrínseca a la milicia, la cual impregna todo acto militar cuando está referido al militar de carrera. Sin embargo, no estaba vinculada en modo alguno con la figura del soldado de reemplazo, diferenciándolos de forma tangible de los cuadros de mando, y contribuyendo a consolidar la estructura de clases, al otorgar a la tropa una condición de inferioridad desde las categorías utilizadas por los militares de carrera.

El mundo militar está inmerso en un aura de valores y elementos místicos y abstractos como: el sacrificio, la entrega, el sometimiento, la separación, el altruismo, la abnegación, la obediencia, la disciplina, el culto a la muerte, etc. Esto constituye una filosofía de vida en la que prima la entrega y el sacrificio personal, que según distintos autores no parece acorde con una filosofía de la vida más generalizada en la que prevalece la búsqueda del confort y de la felicidad terrenal. Pese a lo cual el joven soldado tenía que acabar asumiendo los valores militares, al menos en apariencia.

Otro aspecto a destacar en la relación mando/soldado era la diferente impronta que cada cual aportaba al otro. Normalmente eran muchos los jóvenes que pasaban por las manos de cada mando a lo largo de la vida militar de estos. Sin embargo, cada soldado de reemplazo sólo estaba a las órdenes de unos pocos mandos. En esta idea, cabe pensar que normalmente el mando tendrá un vago recuerdo de los sujetos que han servido con él, salvo excepciones. Sin embargo, para los jóvenes sus mandos directos se erigían en figuras destacadas de su experiencia vital. En la mayoría de los casos el recuerdo de esos mandos perdura en la mente de los sujetos mientras viven. No debemos olvidar que en el caso del soldado se trata de una etapa juvenil que se corresponde con un momento de rebeldía, y de rechazo de la figura del padre totalitario, que era cambiado por la figura de un extraño en el contexto cuartelero. Por otra parte hay que señalar que éstos suelen recordar el nombre propio de sus mandos directos, entre otras razones porque se le obligaba a aprendérselos<sup>141</sup>, para reconocerlos en cualquier circunstancia.

---

<sup>140</sup> RR OO para las FAS. Art. 25: *Para vivir la profesión militar se requiere una acendrada vocación, que se desarrollará con los hábitos de disciplina y abnegación hasta alcanzar el alto grado de entrega a la carrera de las armas que la propia vocación demanda.*

<sup>141</sup> RR OO para las FAS. Del soldado o marinero, art.50: *Desde su incorporación a filas obedecerá y respetará a todo oficial y suboficial de cualquiera de los Ejércitos; a los cabos de su propia unidad, buque o dependencia, y a todo aquel que le estuviera mandando, sea en guardia, destacamento u otra función del servicio. Deberá saber con exactitud el nombre de sus jefes inmediatos y estar capacitados para identificarlos adecuadamente.*

En cuanto a las relaciones intergrupales entre mandos y tropa de reemplazo se caracterizaban por la estructuración de unos mecanismos de autoprotección que surgían para con los miembros del propio grupo respecto a los otros grupos. Aspecto que trata Goffman (1994:100-101) refiriendo como los miembros de un mismo grupo se muestran siempre de acuerdo cuando están ante sujetos de un grupo distinto, sean estos subordinados o superiores. Pero, señala a la vez cómo cuando están únicamente con otros sujetos de su mismo grupo es cuando afloran las críticas francas y violentas debidas a las diferencias entre individuos, para ejemplificar este hecho refiere de manera concreta a los oficiales y los soldados, y a los padres frente a los hijos. Por ello, un mando no recrimina a otro en presencia de sus soldados. A la vez, un miembro de un grupo inferior en jerarquía, no llamará la atención a un igual o a otro miembro de su grupo de inferior graduación, en presencia de un superior jerárquico a ambos, pues prevalece la salvaguarda del propio grupo.

Tal relación de condescendencia para con los miembros del mismo grupo se representa de forma jocosa en la siguiente caricatura, en la que se muestra cómo un soldado de reemplazo al alcanzar el empleo de cabo adopta la creencia de que, en tanto que ostentaba un empleo podía relacionarse en igualdad de condición con su capitán, al ser ambos mandos.





el Nuevo Estilo de Mando celebrado el 10 de octubre de 1998 y presidido por el Ministro de Defensa. En él se recogen, entre otros, tres puntos especialmente relevantes sobre lo dicho<sup>142</sup>, y se manifiesta la necesidad de adaptación de los mandos militares a las nuevas circunstancias y realidad social.

Los puntos en cuestión quedan resumidos en las siguientes ideas:

- *Poner al día la mentalidad de los mandos.*
- *Al tratarse de subordinados diferentes habrá que adoptar un trato distinto, en parte más estricto y exigente.*
- *La nueva tropa no puede ser considerada como de meros mercenarios, y su experiencia militar no puede vincularse meramente a la idea de una ocupación más.*

Una evidencia de esta nueva estructura relacional queda reflejada por la propia realización del citado seminario, que se materializó en un Decálogo sobre el Nuevo Estilo de Mando.

Como conclusión de lo dicho, se puede decir que el interés denotado en este periodo respecto al modo de mandar se debía básicamente al cambio paradigmático que constituía el sustituir al soldado conscripto por un soldado profesional, pues los mandos ya eran profesionales antes de que surgiera este modelo de ejército en nuestro país.

Respecto a lo que el soldado debía aprender durante la instrucción militar, y en especial durante la instrucción de orden cerrado, son muchos los aspectos que se podrían tratar de manera minuciosa, pero sólo incidiré en uno de ellos por su importancia, y por el evidente contraste que señala entre la cultura militar y la civil. Me refiero al saludo militar.

El aprendizaje del saludo militar es acometido en los primeros días de instrucción, pues supone un signo de distinción respecto a los referentes previos de los jóvenes, y su conocimiento se hace imprescindible para desenvolverse en el mundo militar, además constituye un signo de disciplina y de identidad militar.

Su importancia se puede apreciar en las normas que lo regulan<sup>143</sup>, que le confieren un carácter casi místico, y es referido como símbolo de la “unión espiritual” entre los que lo practican (Gral. Calahorra, 1972:275-276). En este sentido, señala el origen del actual saludo

---

<sup>142</sup> De tal trabajo se extrajo un documento que se denominó **Principios del Nuevo Estilo de Mando**, y que presentó posteriormente el Teniente General Faura.

<sup>143</sup> Regulado por las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas., Ley 85/1978 de 28 de diciembre (Boletín Oficial del Estado número 11/1979), (Corrección: B.O.E. número 34/1979)

Art. 41: *Tendrá presente que el saludo militar constituye la expresión sincera del respeto mutuo, disciplina y unión espiritual entre todos los miembros de las Fuerzas Armadas. Sirva como corroboración de la importancia que se ha dado tradicionalmente a este acto, lo que describe al respecto otro documento anterior: Reglamento Provisional para el Detall y Régimen Interior de los cuerpos del Ejército, aprobado por Orden 1 –VII- de 1898, C.L. 154, en la página 139 el primer punto referido a los saludos militares dice: El saludo es una de las demostraciones que más evidencia el espíritu y disciplina de las tropas y pone de relieve la conjunción armónica que existe en las relaciones reciprocas dentro de la gran familia militar, como resultado de un proceso educativo cuyo efecto más saludable se alcanza en la forma respetuosa, correcta y cordial en que debe ser practicada. El saludo es deber para inferiores, iguales y superiores. Debe iniciarlo, en todo caso, el de inferior categoría. Los de igual empleo lo practicarán sin más reglas que las que señala el compañerismo y afecto que debe existir entre las fuerzas armadas de la nación.*

militar de nuestro ejército en el saludo de principios del siglo XVIII. La idea era que el gesto de elevar los tres primeros dedos a la altura de la frente significaba una confirmación del juramento adquirido como militar, añadiendo como dato aclaratorio y concluyente cómo a los desertores y traidores se les cortaban dichos dedos como castigo simbólico por haber roto su juramento antes de ser pasados por las armas. Morón (1983:20) sostiene también la vinculación entre el saludo militar y la reafirmación del juramento adquirido ante la bandera.

Por tanto, no debe resultar extraño que se confiera un especial cuidado al acto de saludar, insistiendo en que se realice de manera adecuada; con firmeza, energía, marcando los tiempos correspondientes. Las manifestaciones verbales del saludo militar siguen criterios similares.

El no-cumplimiento de estas pautas refleja desidia y, desmerece de quien así actúa de pertenecer a la institución, a la vez que constituye una ofensa hacia el que va dirigido.

Una de las evidencias de que el saludo constituye un mecanismo de identificación, y de socialización a través del cual se interiorizan los principios de jerarquía se puede constatar por las normas que regulan el orden en que se deben realizar tales actos de salutación. Cuando se trata de un saludo militar, deberá iniciarlo el militar de inferior categoría. Sin embargo, cuando el saludo se da entre militares pero es de carácter civil, -como es el caso del estrechamiento de manos-, el orden se invierte. En este caso el militar de graduación superior, será el que lo inicie -si lo considera oportuno-, y nunca el de inferior graduación, pues de ser así puede llevarse el chasco de que el superior lo rechace.

En la manera de saludar, también se establecían algunos matices que diferenciaban el tipo de saludo dependiendo a quién se dirigiese, (Régimen Interior de los Cuerpos del Ejército vigente en el año 1971<sup>144</sup>).

En la actualidad está reglamentado que el saludo sea recíproco entre el subordinado y el superior, pero según algunos autores su filosofía responde a un acto y manifestación de honor, pero la salutación del superior para con el subordinado no se ajustará a tal principio, constituyéndose en todo caso en una acción de deferencia. Tal aspecto queda recogido en un artículo publicado en la Revista Española de Defensa (nº de Julio/agosto de 1999) titulado “El saludo militar”, el cual reproduzco literalmente:

*El saludo fuera de formación es también una forma de honor, y en este sentido debe interpretarse el saludo de los individuos de tropa con armas cumpliendo una función de servicio o como centinelas.*

---

<sup>144</sup> Reglamento Provisional para el Detall y Régimen Interior de los cuerpos del Ejército, aprobado por Orden 1 -VII- de 1898, CL 154. En la p.141 destaca: *Para el saludo a generales, almirantes, jefes y oficiales; El inferior girará la cabeza para mirar al superior e iniciará el saludo dos pasos antes de llegar a su altura, marchando con la vista fija en él hasta que ambos se cruzan, momento en el cual volverá la vista al frente rápidamente; el saludo cesará dos pasos después de que el inferior haya rebasado al superior. Al saludar a suboficiales y clases de marinería y tropa; Se iniciará el saludo en el momento de llegar a la altura del superior, volviendo la cabeza para mirarle, e inmediatamente se bajará la mano y se dirigirá la vista al frente.*

*También es un modo de tributar honor el saludo con la mano ejecutado individualmente por los militares. Sin embargo, al no estar comprendido en un acto colectivo, queda sujeto a la voluntariedad personal de quien debe saludar por obligación. Por esta razón, fue considerado siempre una demostración de buena disciplina, pero bien entendido que la disciplina se refiere al cumplimiento de dicha obligación y no al saludo en sí. La contestación del superior -impuesta formalmente desde el siglo XIX- no es, en cambio, un honor sino una deferencia cortés con el inferior. Y, finalmente, el saludo entre militares de la misma graduación es una demostración de compañerismo, aunque también reglamentaria.*

Por otra parte, el saludo militar, constituye un elemento más de control para con el subordinado. El no saludar a un superior, o hacerlo de forma incorrecta era un motivo de sanción muy común para con la tropa de reemplazo, por lo que no es de extrañar que en la subcultura cuartelera prevaleciese la premisa: “a todo lo que se mueva saludalo”.

Una de las paradojas del saludo reside en el hecho de que, aunque está claramente regulado en su procedimiento, se acepta el que se produzcan diferencias en la manera de hacerlo. Esto se puede evidenciar en cómo los mandos alegaban que la manera en que se saluda define la personalidad de quien lo hace. De hecho, el soldado particular intentaba imprimirle un carácter personal a su saludo para diferenciarse de los demás. Muinelo (1967a) señala al respecto: <<Por la manera de saludar se conoce la psicología de cada chico>>. *Presté atención y vi el saludo del tímido, y el del <chuleta>, y el del torpe, y el del <espabilado>, y el del disciplinado, y el tuyo.*

También existen diferencias en la manera de saludar de algunas unidades, como es el caso de la Legión, la BRIPAC, unidades de montaña, etc. Ello corrobora que lo importante es conseguir la homogeneidad y la uniformidad de cada grupo específico, de manera que lo substancial no es tanto la forma, como el que todos los que pertenecen a un mismo grupo lo hagan exactamente igual, ya que se constituye en un signo de distinción del grupo.

En la subcultura cuartelera se reinterpretaban algunos aspectos del saludo elaborando procedimientos alternativos a los establecidos formalmente, un ejemplo lo constituía el denominado "taconazo"<sup>145</sup>, una de sus modalidades más extendidas consistía en que los veteranos prohibiesen a los novatos que lo ejecutasen en su presencia, por lo que su uso estaba restringido a los veteranos.

Una de las características del saludo militar es la de su carácter ritual y su contenido visual, por lo que adquiere un sentido ridículo y burlesco cuando se descontextualiza. Por otra parte, el soldado solía deformar la manera de saludar para significar su grado de veteranía. A través de esa trasgresión, reivindicaba su individualidad y su identidad grupal, evitando el castigo o la sanción, en tanto que cumplía la norma, -puesto que saludar, saludaba-.

---

<sup>145</sup> Acción que consiste en propinar un golpe enérgico, y seco, que se da con los tacones del calzado militar al adoptar la posición de firmes, o cuando se saluda a un superior, y que produce un peculiar sonido, que evidencia la energía y el grado de disciplina del que lo emite.

Otro rasgo del saludo militar lo constituyen las manifestaciones verbales que lo acompañan y forman parte del lenguaje militar, por lo que se caracteriza *por el uso de expresiones formulaicas, una importante función gestual y un carácter pronominal*, como señala Joseba Zulaika, y reafirman Anta Félez y Cristino Barroso, entre otros.

Por otro lado, hay que destacar cómo esas fórmulas castrenses constriñen los procedimientos comunes del entorno civil, con lo que expresiones como; “buenos días”, “buenas tardes”, etc., en caso de pronunciarse quedan relegadas a un segundo plano. Aunque su uso resulta del todo lícito por parte de los superiores, pues para éstos no existe una fórmula verbal normalizada en su relación con el subordinado. Mientras que sí existe cuando el saludo lo emite el de inferior graduación, y se regula las expresiones que debe emitir el inferior, como son: *a sus ordenes mí (empleo del superior) [...], ordena alguna cosa más mí (empleo del superior), etc.* De hecho, la no-aplicación de las expresiones regladas suele suscitar malestar y desconfianza por parte de algunos superiores, que ven en tal proceder una falta de respeto hacia ellos.

Otro rasgo de distinción del saludo militar reside en el hecho de que también se saluda a determinados símbolos, como la bandera, las figuras religiosas, los estandartes, el himno nacional, las formaciones y paradas militares, etc., lo que complica aún más el asunto.

Para el soldado de reemplazo, el aprendizaje del saludo tenía otra connotación importante, pues su perfecto conocimiento y ejecución constituía una condición necesaria para salir a la calle. Debía aprender a saludar para poder ser “visto” por los “otros”, los ciudadanos de a pie, y para poder actuar como militar en caso de cruzarse con algún superior.

El aprendizaje del saludo formal se realizaba dentro de la instrucción de orden cerrado, por lo que se aprende por tiempos<sup>146</sup>: *tiempo uno, tiempo dos*, que se emiten a modo de órdenes de mando, cuyas voces son la primera (preventiva) *Saludo*, y la segunda (ejecutiva) *Mar*. Todo ello será a su vez aderezado con un énfasis en la rapidez y energía, -brío y corrección para ser más explícitos-, conque se deben realizar los movimientos. Estos aspectos suelen referirse a través de frases hechas usadas por los instructores una y otra vez, del tipo; *debéis bajar y subir la mano como un rayo*. Otra modalidad es la clásica frase; *solo quiero ver una mano en cada movimiento*. A las que se añadirán otros “aderezos” dependiendo del instructor, o de la particularidad de la unidad.

La rigidez en los procesos de aprendizaje se reflejaba claramente en los novatos, pues solían ejecutar los movimientos tal y como los aprendían, señalando los tiempos como si fuesen robots, desplazando cualquier evidencia de naturalidad en las acciones; el soldado se

---

<sup>146</sup> Tal aspecto lo podemos encontrar en cualquier libro de instrucción de orden cerrado del Ejército.

detenía bruscamente unos pasos -dos para ser exactos- antes de llegar al superior, subía la mano derecha con energía, miraba al mando, y repetía la frase hecha, *a sus ordenes mi* (aquí solía tardar unos segundos en encontrar el nombre del empleo correcto que correspondía a las estrellas o galones del mando en cuestión), y unos pasos después, bajaba la mano.

Podemos afirmar que el saludo suponía un quebradero de cabeza para el recluta pues la forma de desarrollarlo mostraba una actitud tensa, que producía esa apariencia rígida y desnaturalizada que he señalado. Eso se debía al temor para con la autoridad a la que tenía que saludar, pero también al desconocimiento y falta de costumbre de tales usos. Así, la rigidez de los primeros momentos solía suavizarse con el paso del tiempo, de forma que al dominar las pautas adquiridas, y percibirlas como una rutina más de su vida diaria, el estado de tensión y de confusión daban paso a un estado de templanza que, en algún caso podía desembocar en una distensión próxima a la indolencia, lo que solía suceder al adquirir el soldado la condición de veterano.

Durante las maniobras y actos similares, en los que las tropas vivían y convivían durante un cierto tiempo con sus mandos en el campo, también se producía cierto relajamiento en los protocolos del saludo y en las relaciones formales en general. No obstante, cuando acababan estos actos se restablecía inmediatamente la disciplina y las pautas normalizadas volvían a ocupar el lugar que le correspondía en las relaciones, para lo cual bastaba con un par de formaciones, o algún desfile, como señala Max Frisch (1984:84-85) en su novela.

#### *4.1- 3 - Sobre cómo se enseña al soldado conscripto.*

Puede decirse que en general la filosofía que determina las fórmulas, pautas, mecanismos y criterios de la enseñanza militar, está definida por el interés en la inculcación de los principios, conocimientos y pautas de acción institucionales. En dicho proceso prevalece una estructura basada en un sistema jerarquizado y piramidal, y en el principio de disciplina como medio de cohesión y mantenimiento del sistema militar. Y, aunque podemos decir que los procedimientos básicos de la formación de todos sus miembros son comunes, existen diferencias importantes respecto a los grupos que la conforman. Hecha esta observación, transcribo una cita de Berger y Luckmann (1995: 93-95) donde se refieren aspectos interesantes sobre los procesos de enseñanza que se realizan en diversas organizaciones e instituciones, y que parecen del todo adecuadas respecto a la enseñanza militar.

Me refiero concretamente a unas consideraciones en las que señalan cómo los significados institucionales deben grabarse poderosa e indeleblemente en la conciencia del individuo. Añaden que dado el carácter olvidadizo de los seres humanos deberán existir mecanismos y procedimientos que permitan que los seres que pertenecen a la institución recuerden dichos

principios y los interioricen, de forma que los procedimientos que machacan y reiteran tales principios en el sujeto resultan convenientes, y si fuese menester las instituciones recurren a métodos coercitivos.

También señalan que la condición humana es en esencia torpe, por lo que las instituciones deben acudir a mecanismos que simplifiquen los procesos y procedimientos de transmisión de los significados institucionales. Así, se recurre a principios elaborados en modo de fórmulas, fácilmente memorizadas y transmitidas a generaciones sucesivas.

Las observaciones de Berger y Luckmann parecen del todo válidas para la organización militar, pues el aprendizaje rutinario y repetitivo de normas establecidas a modo de fórmulas es una constante en la enseñanza militar, lo que se constata en la ingente producción normativa de las FAS. En este sentido se pueden observar diferentes obras de carácter castrense que poseen una estructura y configuración que podría clasificarse como formulaica. Las RROO, los diferentes manuales y libros de instrucción, y, en general los textos relacionados con la formación militar se ajustan perfectamente a lo dicho. Sus contenidos son impartidos de manera que sean interiorizados y aceptados de forma incuestionable. Así, es usual que en los procedimientos de enseñanza de tales principios se recurra a que los instruidos repitan como una cantinela dichas fórmulas. Éstas suelen estar estructuradas a modo de artículos, con párrafos sencillos y cortos, de manera que tras “cantarlas” una y otra vez acaban siendo retenidas, aunque no se comprenda su significado. Tal proceder responde al hecho de que los instruidos no siempre tienen una predisposición a serlo, y su interés en muchos casos, puede ser incluso opuesto a las mismas.

Uno de los rasgos de lo que se enseña, es la prevalencia de la unidad sobre la individualidad, lo que queda fundamentado en el hecho de que las operaciones y acciones militares se realizan normalmente en equipo<sup>147</sup>.

En cuanto al principio de disciplina militar, constituye otro rasgo diferencial respecto al significado que se le otorga en la vida civil. Para el soldado de reemplazo está principalmente articulada en el principio de obediencia. Principio que debe ser considerado no tanto como parte de la disciplina, sino como un principio en sí mismo. Además, tal principio suele ser articulado de manera contraria al principio de autodisciplina, en tanto que éste último denota un cierto rasgo individualista, y denota una madurez consolidada. En este planteamiento, no debemos olvidar que al soldado de reemplazo no se le reconocía una madurez plena en ningún caso, además en muy raras ocasiones actuaba basándose en sus propios criterios y en solitario,

---

<sup>147</sup> Manual, M-0-3-3 (1979:19), el combate no es una actividad individual sino colectiva. La coordinación de hombres y Unidades obliga a tener siempre presente el trabajo en equipo.

siempre había un mando cerca que lo dirigía, supervisaba y vigilaba, y le decía -mas bien le ordenaba- que debía hacer.

Según estos planteamientos parece comprensible asumir que, cualidades como la imaginación, la creatividad, la iniciativa, el pensamiento independiente, etc., sean aceptadas como propias del mando, pero no para el soldado de reemplazo. Por ello se le propugnaba el que realizase de forma automática<sup>148</sup> la mayoría de las acciones que se le encomendaban.

A este fin responde, en gran medida, la instrucción de orden cerrado, con la que se pretende inculcar un complejo sistema de relaciones, y una particular manera de percibir la realidad a través de la cual el soldado acababa asumiendo que, como ocurre en el orden cerrado, en el resto de las acciones debía obedecer a cualquier superior sin rechistar, sin pensar siquiera sobre lo que se le mandaba.

Por otra parte, y en combinación con los procesos señalados, se fomentaba en el soldado el temor al castigo y a la represión. De manera que, el instructor encargado de vigilarle, utilizaba de forma sistemática este factor como estímulo para que actuase siempre de manera recta, constituyéndose este temor en una extensión del ejercicio del mando. En el esquema que fundamentaba tal principio se articulaba la creencia de que el temor regiría el comportamiento del soldado y le haría cumplir lo que se le encomendase de manera más intensa que si fuese por el convencimiento personal sobre la necesidad de realizar lo encomendado.

Pero en el ámbito militar no sólo actúan los mecanismos de presión determinados por los grupos o estructuras formales e institucionales. En algunos casos, y en circunstancias especiales, lo que inducía al soldado a realizar determinadas tareas, o a actuar en determinadas situaciones, era la influencia de alguno de sus grupos de referencia<sup>149</sup>, en especial el de las camarillas, como analizaré en su momento.

Este aspecto es tratado en algunos trabajos en los que se analizan las relaciones intergrupales en situaciones especialmente adversas, como en situaciones de guerra, y en las relaciones entre prisioneros de guerra. Dicha fuerza de unión ha sido denominada como *efecto troquel* por Lawrence de Arabia, cuya referencia recoge Martínez Paricio (1987a:65) al analizar las relaciones entre los soldados. Señala Paricio: *En algún caso la sociedad toda se transforma en un inmenso cuartel. El soldado se somete a sus obligaciones militares, que no deberes. Si el troquel no es lo suficientemente eficaz seguirá manteniendo su mentalidad civil, lo que será fuente de no pocos conflictos.*

---

<sup>148</sup> M-0-3-3 Manual: Metodología de la Instrucción (1979:19): "El soldado debe aprender y practicar tanto como sea posible para llegar a adquirir hábitos, destrezas y formas de respuesta totalmente automáticas o con un alto grado de automatismo.

<sup>149</sup> Respecto al tratamiento de los grupos de referencia sigo básicamente los criterios expuestos por K. Merton (1992: 304-407).



Sin embargo, lo habitual es que el individuo imbuido dentro de un grupo, se "deje llevar" por el mismo, pero desde el punto de vista de una relación institucional se considera que el principal mecanismo de arrastre está basado en el principio de obediencia ciega<sup>150</sup>.

Retomando el tema de la autodisciplina y la aceptación de la disciplina militar, puede decirse que desde la perspectiva de los militares, estos principios son considerados como válidos únicamente para con el militar profesional, pero no para el soldado de reemplazo. En este sentido, al militar de carrera se le otorga y reconoce la posesión de dichas virtudes, por lo que se da por entendido que en todo momento -y en especial en los momentos más difíciles- actuará de acuerdo con los principios morales que rigen su condición. Es decir; con valentía y arrojo, impulsado por su honor militar<sup>151</sup>, particular y específico, que constituye uno de los principales motores de su ser guerrero. Sin embargo, al tratarse del soldado de reemplazo la confianza se tornaba en desconfianza pues no se le reconocía al no estar considerados sus miembros como verdaderos militares, -a pesar de que en los últimos años se ha reconocido la posesión de dicho valor a los soldados, como figura en la fórmula del juramento a la bandera<sup>152</sup>-. No obstante, la alusión al honor al que hace referencia tal fórmula, no es una alusión al honor militar, y debe considerarse más que honor, como honra<sup>153</sup>.

Por otra parte, la realización del servicio militar era considerada por la institución militar como un alto honor para el que lo realizaba, tal y como figura en el artículo veintitrés de las RROO para las FAS<sup>154</sup>. Tal principio se basa en la idea de que la pertenencia a las Fuerzas Armadas constituye un honor que se otorga al que accede a dicha condición, aunque sea temporalmente. Por el contrario, el oficial era considerado honorable por su condición de militar de carrera.

Un hecho evidente de lo dicho lo ofrece la normativa según la cual en los dormitorios de la tropa debía pernoctar un suboficial de servicio. Esta medida podría interpretarse como un mecanismo de seguridad, para que se encontrase presente algún mando (una persona madura y responsable), por sí surgía algún contratiempo o algún accidente. Pero, en el fondo,

---

<sup>150</sup> Para profundizar en este tema véase Morillas (1984), especialmente el apartado V; *La relación de subordinación*, y en la página cincuenta y seis la definición que usa del concepto de orden. También en el capítulo segundo titulado, *La obediencia debida en el derecho penal militar*.

<sup>151</sup> Sobre el tema del honor militar véase, por ejemplo, Pitarch, (1984). y Blanquer, D., (1996).

<sup>152</sup> RROO del Ejército de Tierra (1978), artículo 424, *El Jefe de la Unidad o Centro tomará el juramento mediante la siguiente fórmula: ¡Soldados! ¿Juráis por Dios o por vuestro honor y prometéis a España, besando con unción su Bandera, obedecer y respetar al Rey y a vuestros Jefes, no abandonarles nunca y derramar, si es preciso, en defensa de la soberanía e independencia de la patria, de su unidad e integridad territorial y del ordenamiento constitucional, hasta la última gota de vuestra sangre?*.

<sup>153</sup> Una buena distinción entre la honra y el honor militar se puede encontrar en el prólogo de un libro realizado por el teniente Hidalgo Redondo (1951). Delimita y diferencia claramente al honor militar, que adquiere el individuo al entrar en el ejército como oficial, y la honra, que es una cualidad personal y propia del mundo civil, y que pertenece al individuo.

<sup>154</sup> Los españoles tienen el derecho y el deber de defender España y prestarán el servicio militar en las condiciones que señalen las leyes. El servir a la patria con las armas es un alto honor y constituye un mérito por los sacrificios que implica.

respondía a una cuestión de seguridad y de control para con los soldados de reemplazo a los cuales debía controlarse incluso cuando dormían.

Este aspecto queda claramente recogido en el texto de Fornells (1909:85-86), quien destaca entre las funciones del sargento y del cabo las de vigilar a los soldados, señalando como debían vigilar y corregir absolutamente todo lo que sucedía en el dormitorio. Un factor que inducía a los mandos a pensar de esta forma estaba amparado en el hecho de que el soldado de reemplazo realizaba el servicio militar de manera obligada, y no harían nada por voluntad propia. La desconfianza de los grupos superiores hacia los inferiores desembocaba en una actitud recíproca, que generaba una situación de paranoia en la que cada uno confiaba únicamente en aquellos que pertenecían a su mismo grupo, y, por extensión, desconfiaba del resto. Su máxima representación se evidenciaba entre la desconfianza entre los militares de carrera y los que no lo eran, lo que adquiría un valor añadido al tratar la tropa de reemplazo.

En todo caso, el sometimiento al constante control y supervisión hacía que muchos soldados se sintiesen indignados, lo que a la vez generaba una sensación de desconfianza para con sus mandos al sentir que éstos no confiaban en ellos y que siempre les eran achacados los fallos que acontecían en su entorno. Esto se fundamentaba en el ya comentado precepto, por lo que, cuando en una unidad militar sucedía algo que pudiera atentar contra la honra militar, como un hurto, un maltrato de material intencionado o acciones indecorosas, la atención siempre estaba dirigida hacia el soldado de reemplazo.

Hechas estas observaciones sobre la desconfianza para con el soldado de reemplazo, quiero comentar algunos aspectos de la instrucción, relacionada con sus vivencias. Sobre ello destacaría cómo la extracción del sujeto de su entorno facilitaba su sometimiento y enculturación. En este proceso la instrucción está encaminada a la anulación del sujeto, y a un proceso que pudiera denominarse como de “doma”, que permita someterlo, para posteriormente construir un nuevo sujeto. A la vez, se intentaba desarrollar su agresividad latente. Las primeras semanas de instrucción y de vida cuartelera se encargaban de ello. El joven estaba inmerso en una constante sucesión de eventos que no le dejaban tiempo para nada, y menos para pensar. En este periodo se concentraba una serie de ejercicios y tareas que se materializan en; la instrucción de orden cerrado, la instrucción intuitiva, la iniciación en el manejo de armas de fuego, los ejercicios de tiro con munición real, las acciones de simulación de combate, etc.

Otro factor que jugaba un papel determinante en la formación del nuevo soldado era el fomento de la identidad de grupo, especialmente el constituido por la unidad tipo compañía, de forma que ésta era la mejor y la más fuerte, la que mejor desfilaba, la que mejor disparaba, la que mejor cantaba, en definitiva la más guerrera. Ese afán de competitividad hacía crecer

la autoestima personal, y la del grupo de referencia, amparada en principios próximos al etnocentrismo y a los comportamientos y actitudes para con el propio grupo, los in-group, y para con los otros, los out-group. Se desarrollaba así un alto sentimiento de identidad para con el grupo y de rechazo para con los no pertenecientes al mismo, para con los cuales incluso se generaba un sistema de desprecio, a la vez que se les consideraba como inferiores.

Todo ello desencadenaba un agotamiento físico y mental que doblegaba las voluntades individuales y les hacía dóciles y manejables por parte del mando.

Los procedimientos y actitudes señaladas estaban implementados por la juventud de los iniciados, que permitía la combinación de su vitalidad, su energía y una cierta ingenuidad. El joven se deja llevar más fácilmente que el adulto, pues en él prevalecen las necesidades primarias, y se disparan más fácilmente las emociones.

Un ejemplo de los procedimientos desarrollados en la instrucción se puede percibir en los ejercicios en los que se simula el asalto a una loma, en los que el sujeto está rodeado de ruidos, gritos, detonaciones, etc., todo lo cual genera una gran confusión, pero a la vez estimula los sentidos, pone el cuerpo en tensión y enardece los instintos más básicos de supervivencia y de lucha. Pero lógicamente, para que estos ejercicios se produzcan eficazmente se requieren unas cualidades físicas y una predisposición mental que lo permita y lo facilite, de lo contrario tal actividad desencadenaría un sentimiento bien distinto, al no poder coronar la loma, o no ser capaces de aguantar la tensión que dicha actividad conlleva. Es por ello que la juventud y la fortaleza física juegan un papel destacado en la manera en que se perciben y valoran tales actividades.

El cansancio y el agotamiento continuado eran compensados con la entonación de canciones guerreras, con la exaltación del grupo, y con el continuo pique con las demás compañías, lo que les hacían mostrarse descansados y vitalistas frente a los demás. Con ello se evidenciaba la eficacia del sistema, y cómo la instrucción había hecho su efecto.

Después de estas consideraciones sobre la instrucción de las primeras semanas pasaré a analizar otro aspecto que considero de sumo interés, en tanto que afecta directamente a los procedimientos y procesos de aprendizaje del ser humano, y que determinan gran parte de la experiencia de los mismos. Me refiero a cómo afectaban los nuevos acontecimientos a los sentidos de los nuevos soldados.

#### 4.1- 4- Con los cinco sentidos.

A mi entender, los sentidos guardan una estrecha relación con la instrucción militar, pues parte de la misma está dirigida a su educación y adaptación<sup>155</sup> a circunstancias especiales. Por otra parte, el análisis de las percepciones sensitivas forma parte de los estudios antropológicos, pues para comprender una cultura resulta conveniente analizar la interrelación entre la manera en que los sujetos perciben la realidad a través de sus sentidos, y la manera en que la organizan. Ejemplos evidentes de ello los podemos encontrar en la distinta manera en que las culturas perciben el mundo a través de los colores, los sabores, los olores, etc.

En las siguientes páginas haré un breve análisis sobre la manera en que la entrada en el mundo militar, y los procedimientos institucionales actuaban en las percepciones sensitivas de los soldados. Para tal menester reproduciré declaraciones literales de algunos soldados a los que requerí de forma directa que me manifestasen las sensaciones que les sugería el hecho de la mili respecto a los cinco sentidos; vista, gusto, olfato, tacto y oído.

Sin duda, uno de los aspectos destacados de la entrada en el mundo castrense lo constituía el hecho de todos los sentidos de los sujetos se veían forzados a acostumbrarse a nuevas sensaciones.

En este nuevo entorno adquirirían un papel destacado las manifestaciones no verbales, por su incidencia en la comunicación y comprensión de la realidad, y por tanto del entorno que nos rodea. Al respecto destacaría el trabajo de Hall (1987)<sup>156</sup>, y por lo que respecta a las sensaciones táctiles y las olfativas referiría el de Flora Davis (1989).

Los recién llegados tenían que agudizar y reeducar la vista para acostumbrarse a los colores y las formas que caracterizan el mundo militar. Los que iban destinados al ejército de tierra acababan acostumbrándose a percibir la vida en tonos opacos. Un buen ejemplo de ello será el caqui predominante en los uniformes y en gran parte del equipo y material con el que tenían que trabajar. También, podían disfrutar de diferentes matices de los colores verdes y marrones que constituyen el conjunto policromo de los camuflajes. La importancia del color caqui para el ejército de tierra queda reflejada en el uso metonímico de tal color para referir la

---

<sup>155</sup> La importancia que adquieren los sentidos, y las percepciones sensoriales en la experiencia del soldado, está confirmada por las múltiples alusiones que ellos mismos realizan al respecto. La impronta sobre el particular se constata en el hecho de que tras pasar mucho tiempo, los recuerdos de la mili están circunscritos a aspectos que guardan una relación directa con esas percepciones sensitivas. Quiero destacar la obra de Max Frich (1984:7-16), en la que se dedican las primeras páginas a narrar aspectos vinculados a los recuerdos sensoriales de su experiencia como soldado. Se recrea de en las percepciones olfativas y auditivas, pero también describe sensaciones relacionadas con la, aspereza, dureza y fortaleza, del tejido de los uniformes.

<sup>156</sup> En esta obra podemos encontrar una amplia bibliografía sobre autores que tratan el tema de la interrelación entre diferentes manifestaciones no verbales y las culturas de acuerdo al modo en que estas se configuran. Algunos textos de interés podrían ser el trabajo de Allan Pease, *El lenguaje del cuerpo*, Altaya 1994, Michael Argile, *Psicología del comportamiento interpersonal*, Alianza Universidad, el de Mark Knapp, *La comunicación no verbal*, Paidós, Andrés Minguez Vela, *La otra comunicación*, ESIC editorial, José Antonio Marina, *La selva del lenguaje*, Anagrama, 1998, Edward T., *El lenguaje silencioso*, Alianza, 1989, Fernando Poyatos, *La comunicación no verbal, paralenguaje, Kinésica e interacción*, Istmo, 1994.

estancia en filas, pues en la jerga cuartelera se suele utilizar la frase “marcar el caqui” para significar el cumplimiento del servicio en filas.

El nuevo soldado deberá igualmente acostumbrar su sentido de la vista al beige de los dormitorios y de otros locales. Como contraste, destacaban los colores rojo y amarillo de las banderas, y otros también llamativos que lucen en los guiones y distintivos militares. También debía acostumbrarse a interpretar el significado de determinados colores que eran usados como elementos diferenciadores de determinados grupos.

Respecto a las formas debían asimilar la homogeneidad como principio regulador de su nuevo universo cultural. Tal principio regulará todo tipo de manifestación visuales de su entorno, especialmente las que atañen a las personas y material que forman parte de la vida cuartelera. En los objetos lo apreciaba en la regularidad de los vehículos, tanto en su forma como en su color. Respecto a las personas, ya hemos referido detenidamente la uniformidad y homogeneidad en las manifestaciones estéticas de los mismos.

Por lo que respecta a la importancia de los colores y su simbología en las manifestaciones culturales considero que el trabajo de Turner (1990:65-102), en concreto su capítulo tercero titulado “*la clasificación de los colores en el ritual ndembu*” puede resultar de interés. De sus planteamientos destacaría la reseña sobre la necesidad de conocer el contexto total en el que se realiza la clasificación y categorización de los colores, para poder conocer el sentido y significado de los mismos desde una visión antropológica.

Igualmente las referencias sobre la estructuración, de lo que Turner define como *triada del color* vinculada con los colores; blanco, rojo, y negro, adquiere un significado y ordenación extrapolable a la cultura militar. En el ejército también se cumplen, de forma general, las valoraciones universales de estos colores básicos, entendidos desde el punto de vista simbólico de la experiencia humana y los referentes naturales. Estos colores están vinculados a elementos orgánicos del ser humano, y adquieren un valor destacado en el mundo militar, donde la significación y correspondencia del color rojo con la sangre es una constante. Pero en ésta particular cultura se vincula también al honor, pues el color rojo es utilizado como muestra de la sangre derramada por sus miembros en acciones heroicas.

Por lo que respecta al color negro, su vinculación con la muerte, con el sufrimiento y con las experiencias negativas, adquiere un significado igualmente adecuado, y en el caso de ser usado como distintivo de la propia unidad sirve para infundir temor en los enemigos<sup>157</sup>. Su adecuación como signo relacionado con los fluidos corporales que reflejan la suciedad,

---

<sup>157</sup> Algunos ejemplos los podemos encontrar en las unidades de las “SS” alemanas de la II Guerra Mundial que usaban uniformes de color negro en lugar del marrón propio de las unidades regulares, otro ejemplo serían las “Brigadas Negras” o “Camisas Negras” italianos. En el caso del ejército español tenemos los paracaidistas y unidades acorazadas que usan la boina negra como signo de distinción.

también parece tener una correlación acorde con los principios señalados por Turner, aunque destacan especialmente en la subcultura cuartelera, donde aparecen constantes alusiones a elementos escatológicos en dibujos, chistes y caricaturas, etc.

Turner vincula el color blanco con fluidos corporales como la leche y el semen, destacando cómo actúan a la vez como referentes de lo femenino y lo masculino, y sirven para simbolizar la vida. Esta simbología también parece adquirir un cierto sentido en uno de los referentes cromáticos más trascendentes de la experiencia del soldado de reemplazo. Me refiero a la esperada “blanca”, es decir a la cartilla de licenciamiento que simboliza la libertad, y que puede interpretarse como una vuela a la vida. Aspecto que desarrollaré más adelante.

Lo que parece claro es que el tema del color poseía un valor metafórico en la experiencia de los soldados. Así, eran muchos los que utilizaban categorías relacionadas con los colores para referir sus sensaciones vinculadas con lo militar. Una manifestación de un informante puede resultar esclarecedora sobre este tema. Tal expresión era la siguiente; *Que nos den la blanca ¡¡¡ya!!!, odio el verde y todo lo que esté mimetizado, y odio la disciplina militar.*

En esta breve frase la categorización de los colores es utilizada de manera concluyente. Por un lado se refiere la cartilla de licenciamiento, a través de su referente metonímico, que significa la libertad. Por contra, el color verde y los tonos del mimetizado simbolizan el estar y sentirse atado, el estar en la mili, representan en este caso la disciplina militar. Con lo que el soldado recurre a una estructura dicotómica de su experiencia militar, en la que se presentan como antagónicos los colores blanco/verde, donde el blanco = (libertad, no mili), y el verde = (atadura, disciplina militar, mili).

Otras declaraciones de soldados referidas a su percepción de la mili desde el ámbito visual inciden en la referencia a los colores citados. Algunos ejemplos son los siguientes:

- *Para mí la mili consiste en muchos tíos y mucho color verde...*
- *Lo más representativo para mí de la mili es el color del traje mimetizado.*
- *Pienso que la vida militar es una mierda, pero yo me licencio ya y aquí os vais a quedar vestidos de verde, “hijos” a chupar.*

Un soldado fue más explícito en su declaración al señalar: *El mimetizado de los uniformes, cuando vienes de la calle es lo que más resalta, es decir el omnipresente color verde.*

Otros son especialmente reiterativos, destacando un carácter obsesivo sobre el particular, como un soldado de Huesca que me decía; *la mili para mí significa el color verde, verde y sólo verde.*

También había quien añadía la presencia del amarillo y el rojo como elementos característicos del entorno cuartelero. En este caso solían aludir a, la bandera nacional que engalana los lugares destacados en cualquier acto señalado, y que preside todo acto castrense

que se precie. No en vano, el izado y arriado de la enseña, señala el principio y el fin de la denominada “jornada militar”. El color amarillo o dorado sirve también como signo de distinción y de honor en los galones y estrellas de determinados empleos y armas.

La mayoría de las alusiones solían incidir en el carácter sobrio y oscuro del mundo cuartelero. Un soldado manifestaba esta sensación diciendo; *la mili se caracteriza por la seriedad en el colorido del cuartel y en las cosas y en la gente que allí se mueve.*

En el caso de la Armada y el Ejército del Aire, el referente verde, o caquí, será sustituido por los correspondientes colores que simbolizan dichos ejércitos, el blanco y el azul, respectivamente. No poseo información ni datos fiables respecto a estos ejércitos, por lo que no entraré en más detalle sobre el tema.

No obstante, lo que resulta cierto es que tales colores adquieren un contenido simbólico que va mucho más allá de la finalidad o funcionalidad que se les otorgara en su origen. Como vemos, el color blanco en la Armada puede adquirir un significado ambivalente, ya que puede clasificarse en la estructura contraria; blanco como atadura, blanco como libertad, pues también los marinos reciben la añorada “blanca”. Lo que responde al carácter dinámico que caracteriza a los símbolos, como señala Turner. De forma que un mismo color puede adquirir diferentes significados, incluso en un mismo contexto. Todo ello reafirma cómo la valoración y clasificación de los colores responden al hecho de que para referirnos a ellos utilizamos categorías, por tanto, sus significados no responden directamente a una percepción física.

Respecto al uso metafórico de los colores, cito un simpático eslogan que algún soldado “ecologista” se entretuvo en plasmar en la parte posterior de una puerta de unos servicios: *Menos verdes, más zonas verdes...*

Otra alusión importante sobre la percepción visual estaba relacionada con la sensación de percibirse a sí mismos en un entorno cerrado, como si estuviera en una dimensión diferente. Un soldado me manifestó de manera directa esta sensación; *Sobre todo me veo a mí mismo encerrado.*

Respecto a estas percepciones, destacaría como el sujeto debía agudizar el sentido de la vista para captar pequeños detalles de su nuevo entorno, y poder diferenciar las insignias militares. Así, debía aprender a distinguir especialmente aquellas que, por su forma y número, pueden dar lugar a error, como es el caso de las estrellas de determinados empleos, - el alférez, y el comandante, por ejemplo, sólo llevan una estrella como insignia, aunque sean de distinto número de puntas-, pues el no apreciar tal diferencia podría resultarle pernicioso.

El simpático dibujo que acompaño, realizado a modo de viñeta, puede servir para ilustrar la confusión inicial que sufrían algunos soldados respecto a la distinción de las divisas. Se trata de un suceso en el que coinciden un soldado veterano y un novato. El novato está de

cuartelero, y al aproximarse un mando da la correspondiente voz de aviso, pero deduce que se trata de un capitán -pues percibe las tres estrellas que porta dicho mando-. El veterano le corrige indicándole que lleva ocho puntas, - señalándole con ello que se trata de un coronel-, pero el novato, que no distingue tal apreciación, se limita con toda naturalidad a rectificar su equivocación señalando sin más; “¡Compañía: un capitán de ocho puntas!”, con lo que denota su desconocimiento del sistema.

Las manifestaciones institucionales de carácter visual están igualmente estructuradas en torno a un universo simbólico que reproduce el principio jerárquico que lo caracteriza. Esto se evidencia de manera especial en las representaciones en las que



confluyen miembros de los distintos status o categorías militares. Así, en el caso de representarse conjuntamente a oficiales y suboficiales, o cualquiera de estos junto a tropa, lo normal es que se establezca algún tipo de referencia simbólica adicional a las estrellas y los galones para remarcar esa diferencia. Una formula usual consiste en representar a los de mayor categoría con un numero proporcionalmente mayor de condecoraciones, o, con mayor número de distintivos de cursos o cualquier otro signo o señal que incida en la diferencia.

En esta misma lógica, no extraña el hecho de que los soldados sigan criterios similares para la elaboración de dibujos o caricaturas. Cuando el dibujo representa una situación general de la milicia, la tendencia es dibujarlos de forma que se aprecien diferencias entre los miembros de cada grupo. En este caso tienden a destacar a los representados de mayor status – normalmente mandos- con rasgos que denoten superioridad, y a los de menor, status, graduación, o categoría, se les caracteriza con rasgos de inferioridad.

En el dibujo titulado “el relevo” -que adjunté al tratar la uniformidad- se aprecian estos rasgos diferenciales. En el mismo se reproducen de modo sutil algunos estereotipos muy elementales, que pueden considerarse generales, como el que se dibuje al jefe con un mayor tamaño, y con unos rasgos de superioridad respecto al resto del grupo, el cual es representado de manera compacta y homogénea<sup>158</sup>.

<sup>158</sup> Algunos de estos aspectos los traté utilizando este mismo ejemplo en un artículo titulado, la mili en tres dimensiones, Revista de Antropología Social (1999: 81-108).



En este sentido, podemos observar cómo distintos autores, tanto formales, como informales, de dibujos y caricaturas, siguen de modo consciente o inconsciente, las pautas de un sistema establecido dentro del mundo que analizamos. En todo caso, podemos decir que las representaciones externas de cualquier organización suelen reproducir, de un modo u otro, el propio sistema que los rige. Y éstas no se limitan a las manifestaciones visuales, sino que se hacen extensivas a todos los medios de comunicación.

Otro aspecto destacado de la realidad que percibía el soldado en el mundo militar, y que resultaba específico de éste, era el hecho de acabar acostumbrándose a ver extrañas combinaciones y composiciones elaboradas a partir de elementos bélicos como; proyectiles, piezas de artillería, carros de combate, etc., que se mezclan con diferentes elementos y en contextos de lo más diversos. Tales combinaciones serían percibidas como extrañas para cualquiera que no este acostumbrado a ellas, pues en el imaginario civil, tales artefactos son signos de destrucción y muerte, y acostumbran a verse en contextos delimitados, como museos, desfiles, etc. Pero en los acuartelamientos resulta del todo usual encontrar piezas de artillería, o carros de combate “sembrados” en paisajes y jardines de flores, o zonas verdes, actuando como elementos ornamentales. Lo que no supondrá ningún motivo de sorpresa ni contradicción para un militar.

En las instalaciones y edificios son igualmente frecuentes todo tipo de objetos y artilugios castrenses, como armas blancas, o armas de fuego, banderines, cornetas, etc.

La percepción de espacios cerrados, enmarcados por muros, alambradas, garitas, barreras, y puertas cerradas, o custodiadas, eran otra constante.

Otros elementos frecuentes la constituía toda una serie de artilugios y accesorios, como; metopas, bolígrafos, jarras, mecheros, llaveros, ceniceros, posa-vasos, etc., adornados con estampaciones o incrustaciones de las insignias de las unidades, armas, y cuerpos.

En conjunto constituyen un conglomerado de objetos en los que normalmente se combina su función práctica, con una función simbólica. Entre los cientos de productos "cuarteleros" que se podían encontrar en los hogares o cantinas del soldado, diría que ocupaba un lugar destacado una muñeca pepona vestida de soldado. Para más detalle señalaré que solía portar una corneta en la mano -y para regodeo de los receptores de tan preciado objeto, emitía algunas notas de alguna marcha militar, o en su defecto el tan añorado toque de diana-. Dicha muñeca solía ser comprada como regalo y recuerdo de la mili por muchos jóvenes soldados, y normalmente sus receptoras eran sus madres, novias o hermanas.

Otra de las referencias a la importancia de los sentidos para el soldado de reemplazo residía en la necesidad de agudizarlos, y estar alerta, estaba relacionado con la vigilancia y el control al que eran sometidos por los superiores, lo que resultaba indispensable para evitar ser

pillados en algún renuncio. Un soldado me refería este hecho en una declaración simple pero tajante: *En la mili hay que prestar mucha atención con la vista, pues hay que estar siempre atentos, hay que estar siempre despiertos para que no te pillen desprevenido.*

Otro de los sentidos a considerar era el del gusto, a través del cual debía adaptarse sensaciones específicas del mundo cuartelero, como la del consabido rancho, y el chusco de pan de elaboración propia -aunque en los últimos tiempos no se elaboraba en las tahonas de intendencia, como era norma antaño-.

Eran muchos los soldados que declaraban que independientemente de la comida que se sirviese todo sabía igual, todo sabía a rancho, -lo cual posiblemente radicaba en el olor característico del mismo que impregna el espacio cuartelero-. Las quejas de los soldados al respecto solían referirse a la poca diversidad de las combinaciones, y a la forma de elaborar la comida. Unos soldados lo indicaban con esta retórica frase; *aquí siempre se come sopa de [...], y patatas con [...]*.

Algunos soldados recurrían al uso metafórico del gusto para definir su percepción de la vida militar, calificándola de “sosa” e “insípida”, aludiendo a la falta de aliciente y de dinámica de su experiencia militar.

En un plano más amplio, era común entre los soldados el uso de referentes propios del sentido del gusto para referirse a actividades, o hechos, que les resultan especialmente ingratos. Así, en un plano genérico, solían referir que estaban hartos de “chupar mili”. Era usual el que se refieran a los servicios en los mismos términos, para lo que recurrían a expresiones del tipo; *me he chupado 80 guardias en la mili,... Llevo chupados dos refuerzos esta semana, [...], Bicho te quedan muchas guardias por chupar, etc.*

Las percepciones negativas manifiestas por alusiones relacionadas con el gusto, eran muchas, reproduzco algún ejemplo; *La mili me sabe fundamentalmente a la asquerosa comida, y a todos los servicios chupados.* Otras declaraciones que van en la misma línea serían: *Estoy harto de tanto puteo, de tanto chupar, y de tanto fregar, estoy totalmente asfixiado y quemado.* Las alusiones a la acción de “chupar”, adquirirían una dimensión particular en la subcultura cuartelera, que nada tiene que ver con las sensaciones placenteras del gusto, aquí se relacionan con el sometimiento y el sufrimiento. De algún modo, refieren la condición de inferioridad y de sumisión que conlleva dicho acto en las relaciones con los superiores. En muchos casos el soldado solía utilizar tal referencia como símil de una felación, en la que le tocaba jugar el papel de dominado, lo que adquiriría un sentido añadido en un mundo viril.

Lo anteriormente referido, junto con otras declaraciones del tipo; *la mili sabe a muchos tíos y muy mal*, constituyen un entramado de percepciones que se podrían clasificar como

propios de un imaginario especial y distintivo, de la que podemos calificar como “cultura hipermasculina”.

El sentido del olfato poseía un lugar similar al del gusto pues, en gran medida, lo acompaña. El tema del olor como elemento simbólico es tratado, entre otros, por Dan Sperber (1988: 144-153), de quien reafirmo su planteamiento. De forma que a la hora de referir y definir los olores tendremos que hacerlo sobre la base de los objetos que producen dichos olores, y no de acuerdo a aromas concretos, pues éstos no existen. Acepto, no obstante, los matices que al respecto confieren algunos especialistas en el tema, aunque aludiré únicamente el trabajo de Turner (1990) ya referido anteriormente.

En conjunto se puede decir que en los cuarteles existen dependencias que poseen un olor específico, por lo que podremos hablar de unos olores característicos que, constituyen un conjunto de olores que a su vez podríamos definir como de un “olor a cuartel”. Así, en los barracones y dormitorios donde duermen y guardan sus pertenencias las tropas suele predominar un olor complejo, resultante de la mezcla de olores como los producidos por algunas viandas y productos de aseo personal, unido al olor del cuero de las botas y la crema usada para limpiarlas-lo que se puede apreciar en algunas de las fotografías que aportó en el trabajo en el que aparecen interiores de algunas taquillas de soldados-. También había que unir el penetrante aroma de los diversos productos de limpieza y desinfección usuales en los dormitorios y demás dependencias. Pero especialmente, destacaba el olor a “tíos”, a hombres, que constituía un rasgo diferenciador de la mili. Pues, aun cuando, los soldados no se encontraban hacinados, acababan generando un olor característico y propio de jóvenes que conviven de manera continuada en locales, más o menos amplios. Independientemente de los hábitos higiénicos que cada cual poseyese, existían circunstancias que favorecía el que se produjesen tales olores, como el hecho de tener que acumular ropa sucia, junto con el calzado y otros enseres personales. Elementos que, dado el tipo de actividades que realizan sus portadores solían emanar un intenso y particular olor, fruto del sudor y la suciedad de la tierra.

Esto suponía que, a pesar de que diariamente se realizase una limpieza general, los olores acababan invadiéndolo todo, y por ello los lugares de vida del soldado acaban oliendo de una forma específica y propia del sexo masculino. Un soldado relataba este hecho con la siguiente manifestación: *en la mili todo huele y sabe a tíos, a sudor, a rancio, y cuando digo todo me refiero a todo, no solo a los propios tíos.*

Otro factor a considerar era el de los olores de los materiales que se utilizan en la confección de determinados elementos del equipo de los soldados, y el de algunos productos usados en el mantenimiento del mismo. Como dato documental al respecto referiría, por ejemplo, cómo algunos documentalistas norteamericanos de la II Guerra Mundial hablaban

del peculiar olor a cuero rancio de los prisioneros alemanes, el cual era debido a que en sus uniformes y accesorios se utilizaba mucho este material. En el equipo y uniforme español también se utilizaba con frecuencia el cuero para confeccionar algunas prendas como; cinturones, trinchas, correajes, cartucheras, etc. Sin embargo, en la actualidad se recurre a materiales de origen sintético por lo que tal característica ha desaparecido.

Otro olor característico estaba relacionado con las grasas utilizadas para el mantenimiento y conservación del armamento, de las máquinas y vehículos.

El olor al rancho era otra constante, el cual era común a la mayoría de los acuartelamientos, por lo que podríamos clasificarlo como un elemento más de identificación del mundo militar, y como un elemento vinculado de forma inequívoca a la mili.

Las referencias hechas para los dormitorios y cocinas, son igualmente aplicables para los aseos y servicios de la tropa. En estos lugares también predomina un olor particular común a todos los cuarteles, en el que, cuando no predomina el olor a orina, o a heces, es porque prevalece el fuerte olor a los productos desinfectantes que se utilizan para su limpieza, como la lejía y el zotal.

No obstante, uno de los olores más distintivo del ámbito militar es el de las armas, y otros componentes que le son propios, como el olor de la pólvora quemada que fluye cuando se utilizan. Este sí puede ser considerado como un olor específico y poco frecuente en otros contextos, sobre todo por la concentración del mismo y la cuantía que puede generarse.

Otra particular percepción olfativa de los soldados era la de que la mili “olía a viejo”, a “antiguo”. Ello se puede interpretar en diferentes sentidos, por un lado refería el estado y la antigüedad real que poseían muchas de las instalaciones y acuartelamientos, que no tenían una conservación adecuada. También guardaba relación con la sensación producida por el paso de sucesivas generaciones de jóvenes varones por los mismos cuarteles e instalaciones, en las que han ido dejando "su firma" a través de inscripciones en las paredes y rincones, pero junto a estas marcas tangibles dejaban su impronta en el ambiente, marcando simbólicamente los lugares de vida como; dormitorios, garitas retretes, puestos de guardia, etc., con un olor juvenil en su origen, pero que con el paso del tiempo se volvía rancio, viejo, antiguo, acabando configurado lo que podría calificarse como de “olor a mili”.

Por último, señalaría otra particular interpretación de estas manifestaciones, en especial las emitidas en los últimos años de la mili, en los que parecía querer referir el olor de algo moribundo, como era la institución de la mili. Que era considerada por muchos de mis informantes como algo pasado de moda, algo anacrónico, y que estaba presenciando el final de su existencia. Por ello algunos soldados de los últimos llamamientos con los que he tenido

ocasión de hablar me señalaban el carácter anacrónico del SMO, señalando que *la mili huele a fin*, o, *se huele el fin de la mili*.

Por otra parte, el servicio militar, posee una estructuración temporal, por lo que era definido por los soldados a través de alusiones metafóricas que le atribuían una condición material y objetiva. Así, los más veteranos vinculaban su experiencia a olores relacionados con la podredumbre, como, por ejemplo la expresada en la frase; *La mili me huele a podrido, me huele mal, a rancio*.

Estos conceptos estaban vinculados a procesos temporales, pero también a condiciones ambientales. La podredumbre está vinculada básicamente al paso del tiempo, pero también lo está con la muerte, por lo que los apelativos que la señalan resultan del todo adecuados y coherentes en el imaginario del soldado de reemplazo para designar el servicio militar.

Para rematar la importancia que adquirirían los olores en la experiencia vital del soldado, quisiera destacar cómo muchos hombres rememoran su experiencia militar aludiendo a estas consideraciones olfativas. Ello puede ser debido al hecho de que los olores cuarteleros lo impregnan todo, y difícilmente se podían eludir.

La amalgama de olores que he tratado aparece magníficamente referidas en Max Frich (1984:8), del que no me resisto a reproducir literalmente un párrafo que dedica íntegramente a “describir” sus recuerdos olfativos de su servicio militar, pues puede servir como un magnífico resumen de los aspectos anteriormente analizados. Estas son sus palabras:

*Grasa de fusil, olor a pardas mantas de lana que se suben hasta la barbilla, alcanfor, sopa de rancho, té de rancho, sudor en la gorra y jabón contra el sudor frío, olor de los cuarteles, soda, olor a mondas de patatas, cuero, olor a calcetines mojados. Olor a paja seca en fardos atados con alambre que se rompe a golpe de bayoneta, nubes de polvo en un aula y olor a tiza, olor a cartuchos vacíos, letrinas, carburo, el olor que surge cuando se limpia la perola con rastros de hierba y se la desengrasa con tierra, ese olor a tierra, metal, hierba y restos de sopa, olor de ceniceros repletos en el puesto de guardia, de hombres que duermen en uniforme. Olores que sólo había en el ejército.*

El poder de las palabras previas puede hacer comprender a cualquiera algunas de las sensaciones que percibían los jóvenes al entrar en el mundo castrense. La intensidad de las mismas se constata en el hecho de que éstas afloraran en su mente cuando rememora aquel particular momento de su vida, por mucho tiempo que haya pasado, como recoge magistralmente Max Frich.

Por otra parte, quiero señalar que la esencia de los olores de la milicia sigue siendo básicamente la misma, y se asemeja en gran medida entre ejércitos propios de contextos similares, y poco han cambiado con el paso del tiempo<sup>159</sup>. Se diferencian lógicamente en

---

<sup>159</sup> Las referencias anteriores responden a vivencias de un soldado de artillería suizo de los años treinta. Debo decir que, a medida que iba leyendo el párrafo que reproduzco, sentía y olía con total nitidez algunos de los aromas que el autor rememoraba.

algunos elementos puntuales que caracterizan a las unidades militares como parte de unas culturas concretas, como los referidos al consumo de determinados productos alimenticios, como el del té en lugar del café, etc.

En su nuevo mundo, el soldado también recibirá algunas sensaciones táctiles que le resultaran novedosas. En primer lugar el contacto con el uniforme y las prendas del equipo que se le entregaba eran fuente inmediata de nuevas sensaciones. Y, aunque hoy en día la calidad de la mayoría de las prendas y materiales empleados en su confección es más que aceptable, ello no evita que resulten extrañas y distintas a las civiles.

En todo caso, el tener que vestir el uniforme militar hacía que muchos percibiesen por primera vez el particular tacto de algunas prendas inusuales para ellos, pues salvo excepciones, eran pocos los que con anterioridad habían llevado gorras o boinas, y mucho menos cascos de acero. Lo mismo ocurría con los guantes blancos que se utilizan en los actos más destacados, el pañuelo de cuello era otra prenda poco corriente entre los jóvenes.

El uniforme de paseo, confeccionado y diseñado a modo de traje monocromo y con distintivos suponía una novedad más. La corbata constituyó un complemento añadido poco habitual para la mayoría de los mozos, cuando se impuso, pero resultó más aceptable que el antiguo alzacuellos de plástico, que constituía uno de los elementos de distinción, –y de suplicio–, de la clase militar y de la tropa en particular, hasta finales de los años setenta en los que el uniforme de paseo se confeccionó con una hechura más parecida y acorde con la de las ropas civiles.

Otra fuente de sensaciones estaba relacionada con el contacto de nuevos y extraños objetos, especiales por su forma, como por su frialdad, o por su función. En este caso, las armas ocupaban un lugar destacado. Las armas poseen un valor tanto simbólico como funcional que las hace extrañas y poco usuales en el ámbito civil, mientras que en el mundo militar resultan tan naturales que forman parte de todo su universo cognitivo, en el que están intrínsecamente integradas.

Por ello, para el soldado de reemplazo muchas de las percepciones táctiles que les resultaban más destacadas giraban en torno al hecho de tener que manipular tales armas, y la responsabilidad individual que esto conllevaba. Sobre todo, para quienes tomaron conciencia de que aquellos artilugios constituían artefactos de muerte. Algunos de mis informantes incidían en la particular sensación que les aportó tal hecho, especialmente cuando realizaban servicios de guardias. En tal servicio pasaban largos momentos sin más compañía que su fusil, y asumían el gran poder que este les otorgaba, pues eran conscientes de que podrían disponer de la vida de cualquiera que se les cruzase por delante.

Entre las contradicciones que tal experiencia podía producir, se encontraba la de un cierto placer, y la adquisición de una conciencia del poder del guerrero que pudiera producir en algunos sujetos. Sensaciones un tanto ancestrales, que desembocaban en lo que podríamos calificar como de un cierto “gusto por las armas”. Sin duda, resultaba atractivo para muchos, pero también producía sensación de temor, de inseguridad, de malestar, que en algunos sujetos provocaba contradicciones personales de diversa índole. En todo caso, resulta obvio que entre los miles y miles de jóvenes que han pasado por los cuarteles, un número importante de éstos se han sentido, cuando menos, incómodos por tener que manejar armas, más si cabe cuando su educación civil solía vincular a estos artefactos con la maldad.

Otra referencia usual de carácter táctil utilizada para referir el carácter negativo de la mili era descrita como una sensación de frío, con lo que se señalaba el carácter poco grato, y poco acogedor de la misma.

Otro de los sentidos a través del cual experimentaban nuevas y especiales sensaciones era el del oído. Este constituía uno de los focos de contraste más inmediatos respecto a su entorno civil para el recluta, pues percibirá prontamente nuevos y extraños sonidos, que fluían desde distintos emisores y con diferentes significados. De hecho el recluta es sometido inmediatamente a un proceso de control sobre su facultad de hablar y de escuchar, se le privaba de la palabra sometiéndole a lo que Turner (1988:171) denomina regla de silencio.

Como ejemplo de ello volveré a citar la película de Stanley Kubrick, *La chaqueta metálica* (1987) que presenta en una de las primeras escenas a los reclutas rasurados y en ropa interior al lado de sus camas y en absoluto silencio. Acto seguido aparece el instructor, que se dirige a los nuevos reclutas chillándoles y señalándoles de manera insistente que allí no son nada, lo que hace en los siguientes términos: *Soy el sargento instructor Hartman, desde ahora sólo hablareis cuando se os hable, y la primera y última palabra que saldrá de vuestros sucios picos será ¡Señor, sí Señor!, ¿me entendéis bien capullos?*, todos contestan; *señor si señor..* A lo que añade el instructor; *¡Que coño no os oigo, gritad como si tuvieseis huevos!*.

Por otra parte destacaría los nuevos sonidos que tendrían que aprender a codificar, como las ordenes de sus jefes e instructores, que eran emitidos de viva voz y con diferentes entonaciones. Los toques de cornetas y tambores, los ruidos acompasados y rudos propios de la instrucción también eran novedosos. Y, por supuesto, el tronar de los disparos y explosiones que se constituía en un universo sonoro hasta el momento desconocido para la inmensa mayoría.

El recluta debía aprender el significado de nuevos conceptos, o sería más apropiado decir de las “voces, o expresiones militares”, como el reiterado; *un.. dos ..un.. dos*, utilizado para

marcar el paso en la instrucción. Debía asimilar las voces de mando e interiorizar las reacciones funcionales de las mismas; *media vuelta, mar,... saludar.. mar*, etc.

Las bandas de música estarán también presentes en estos actos, y el joven tendría que acostumbrarse a su ritmo y a su tempo, pues el fin último de las composiciones que emitían estaba centrado en imponer un acompasamiento a la hora de desfilar.

Algunos soldados destacan la presencia obsesiva de dichos sonidos en los sueños de los primeros días, sonidos que suelen aparecer junto a los de las ordenes y gritos de sus instructores que se repiten en sus rememoraciones oníricas.

Ciertamente, el poder del redoble de los tambores y de las marchas castrenses es tal que, cualquier militar que los escucha acaba reproduciendo mentalmente y de forma inconsciente dicho soniquete, con lo que sólo oírlos estimula las ganas de marchar.

Por lo que respecta a los gritos y al uso de un tono de voz elevado, debo decir que estos no eran de uso exclusivo de los instructores, pues, en determinadas circunstancias, se conminaba a los soldados para que chillasen con todas sus fuerzas y manifestasen de esta forma su hombría y su fortaleza. Tal es el caso que se produce en los simulacros de asaltos o ataque, en los que se increpa a los soldados para que griten. Lo que sirve, por un lado para liberar energía, y por otro para afianzar la confianza en ellos mismos. Tal proceder se utiliza también con el propósito de atemorizar al supuesto enemigo, lo cual también está vinculado a la idea de que el soldado debe responder con energía ante cualquier solicitud de sus mandos. Hacerlo en susurros, o con voz poco viril resultaba del todo inadecuado, y normalmente conllevaba una represión por parte del instructor, e incluso de mofa por parte de sus compañeros. De hecho sí un soldado “poco enérgico” no manifestaba un tono de voz adecuado, o no era capaz de emitir sonidos con voz enérgica y varonil, podía ser foco de las burlas de sus compañeros, quienes, como poco, le trataban de afeminado.

Además de lo dicho añadiría la necesidad de los reclutas de adquirir un nuevo y particular vocabulario, debían aprender nuevas palabras, o de interiorizar un significado diferente a expresiones ya comunes en otros contextos. Estos nuevos significados podrán ser incluso opuestos a los previos. Como ejemplo de ello reproduzco una simpática caricatura aparecida en el diario *Ya* del 25 de junio de 1994.





Caricatura "la nueva mili"; Diario YA, 25 junio 1994.

Como se puede observar en el dibujo se representa a un grupo de soldados entre los que destaca uno por su particular indumentaria. El autor de la caricatura representa cómo el susodicho soldado interpreta la indicación castrense de salir de "marcha nocturna", con el significado propio de los jóvenes en su entorno civil.

Después de este simpático ejemplo, lo que parece claro es que el novato tendrá que interiorizar prontamente el argot cuartelero, y su particular entonación. Una de las características del mismo será su carácter varonil y machista. Sobre este aspecto se puede decir que el mundo militar "suena y huele" a hombre, algo que adquiere especial relevancia si es percibido y referido por una mujer. Tal hecho se puede apreciar en las declaraciones aparecidas en la revista del País Semanal del día 19 de abril de 1998, en un artículo titulado; *Mujeres militares, la última trinchera*. Concretamente en la página 50 aparece el siguiente párrafo: "Atención: paaasooo ligero". *Comienza una marcha. En la formación hay un centenar de hombres y un par de mujeres. Suenan las botas sobre el asfalto, los cerrojos de las armas, los correaes: una sinfonía de sonidos masculinos. La academia suena y huele a hombre.*

En cuanto a la importancia que adquieren las percepciones auditivas para los soldados en el mundo cuartelero, servirían de ejemplo las consideraciones de algunos de mis informantes. En ellas señalaban cómo la mili les sonaba a ruidos desagradables, a cornetas, a chillidos, a insultos, y consideraban que las expresiones verbales utilizadas por sus mandos e instructores no eran propias para dirigirse a ellos como personas.

La mili también les sonaba a rutina, expresada a través de sonidos machacones y reiterativos que se les antojaban incisivos y penetrantes. Otros destacaban lo desagradable del significado de algunos sonidos, en especial por los eventos que señalaban, como es el caso de los ruidos matadores de diana y silencio.

Como es lógico, las referencias a los gritos y las ordenes también eran una constante, lo que queda muy gráficamente recogido en la frase de uno de los informantes que señalaba: *Una de las cosas que más me ha chocado de la mili es que con los militares siempre hay que hablar alto, siempre te están gritando y chillando, y siempre te exigen que hables en voz alta, eso sí, cuando te autorizan a hacerlo.*

Por otra parte, el tono de voz usado en el “lenguaje militar” resulta especial y característico de este mundo, suele destacar por su elevado volumen y la rudeza de su entonación. En ocasiones, tales rasgos permitirían o darían ciertas pistas para identificar el rango, status militar, o función del emisor. En este sentido, el mando, o el instructor, rompe con frecuencia la “distancia personal” e invade la “distancia íntima” del subordinado, acercando exageradamente su rostro al de éste, a la vez que su rostro adopta unos rasgos característicos y su voz retumba en la cara de aquel a quién se dirige. De ésta forma transmite un claro, pero complejo mensaje, tanto para el receptor directo de la acción como para los demás concurrentes. El resultado es evidente, somete al subordinado a una enorme tensión, apabullándolo con su actitud y recalcándole su obligación de permanecer en actitud inmóvil mientras es reprendido, o “instruido”. Con todo este complejo mecanismo de comunicación, - que sigue pautas un tanto teatrales-, el superior reafirma su superioridad y remarca cual es el lugar de cada uno en la relación establecida.

En este tipo de relación, el que manda es el que tiene la potestad de gritar, y de imponer al inferior a una tensión calculada<sup>160</sup>, a sabiendas de que el inferior no contestará ni replicará. En estas circunstancias, cualquier replica, aunque sea gestual, será recriminada inmediatamente por el superior.

El que manda recurre a estos mecanismos, un tanto agresivos, e imperativos, para otorgar un carácter de verdad y de rotundidad a lo que dice, y al mensaje que pretende emitir. Nuevamente los trabajos de Hall (1987) y de Flora Davis (1989) resultan adecuados para profundizar en este complejo sistema de comunicación.

Este tipo de actitudes, que deberían constituirse en hechos puntuales y circunstanciales, podía acabar generando un hábito, que se percibía natural en las relaciones establecidas entre grupos concretos en el ámbito militar. Un ejemplo muy gráfico, tratado en tono de humor en

---

<sup>160</sup> Para profundizar más en este tema y en las relaciones humanas a través del uso del espacio he seguido nuevamente las teorías de Hall, Edward, (1987).

algunos contextos, es el que se refiere a la figura del instructor, y de forma más concreta a la del sargento, que es considerado como alguien que está constantemente chillando y dando ordenes. Parece como si el que se dedicase a estas funciones, incluso cuando pretende hablar con naturalidad, lo hace en un tono de voz más elevado de lo normal. Este hecho queda gráficamente recogido en la película *Mediterráneo* dirigida por Gabrielle Salvatores (1990). En ella se narran las peripecias de un pequeño grupo de militares italianos en una pequeña isla del mar Egeo durante la II Guerra Mundial, en la que viven al margen del conflicto. La disciplina se relaja entre los mandos y la tropa, pero dentro de tal armonía, destaca el hecho de que el sargento Loruso siempre se dirigía a los subordinados en un tono elevado de voz, por lo que en una escena concreta, uno de los soldados le inquiriere: *¿Por qué grita siempre sargento Loruso?, más valdría que echara una mano*. A lo que el sargento Loruso, sin bajar el tono de voz, le responde: *El sargento Loruso grita cuando le sale de las pelotas, porque desde que el mundo es mundo, el sargento es una persona que grita...*

Otro aspecto destacado, es cómo el soldado va observando cambios respecto a las percepciones y señales acústicas del mundo militar a medida que va adquiriendo veteranía. Las declaraciones de un soldado veterano reflejan este aspecto de la forma siguiente; *Durante el periodo de instrucción, y hasta que juramos bandera, cada dos por tres nos estaba gritando los mandos por cualquier tontería. Además en esas circunstancias nosotros éramos nuevos y no sabíamos qué hacer; considero que los mandos no tienen aguante. Sin embargo, cuando vino el siguiente llamamiento los mandos dejaron de fijarse en nosotros, y empezaron a gritar a los nuevos*.

Como se aprecia en las declaraciones del soldado, su sorpresa inicial radicaba en el hecho de que no entendía por qué sus mandos se dirigían a ellos de la forma en la que lo hacían, por lo que busca una justificación que le sirva a él, y deduce simplemente que los mandos no tenían aguante ante las reacciones de los soldados noveles. A la vez, mi interlocutor manifestaba cómo esa extraña reacción de los mandos se fue modificando, pues al llegar los nuevos reclutas dejaron de focalizar tales actitudes para con los soldados más veteranos, y se centraron en los nuevos. Con ello se observa cómo la actitud de los mandos e instructores permanece constante, y la diferencia en el trato reside en la percepción que estos tienen de sus interlocutores, a la vez que manifiesta un cambio de status dentro de la organización.

Lo dicho no representa ninguna contradicción, sino que responde al hecho de que desde el punto de vista de la organización militar, se considera que pasado el periodo de instrucción el joven ya ha interiorizado suficientemente todos los esquemas y pautas de comportamiento establecidos, por lo que el recurso a los tonos de voz elevados se verá restringido a lo "absolutamente necesario".

Desde la antropología parece asumido que articulamos de manera constante un sinfín de pautas de conducta aprendidas e interiorizadas, percibidas como “normales” dentro de nuestra cultura, y estas influyen en la manera en que actuamos en cada lugar y momento, existiendo un nexo entre estas percepciones y nuestros sentidos. En tal lógica, el ejército articula todo un mecanismo de instrucción encaminado a inculcar en el sujeto una serie de procesos para controlar sus percepciones y manifestaciones sensitivas.

De hecho, en los procedimientos utilizados para la socialización de los soldados se intenta, por todos los medios, que sientan a sus mandos aún cuando no puedan verlos. Así, cuando el soldado está marchando, o cuando está en una formación, no necesita ver físicamente al que le manda. Le basta el saber que está próximo, para actuar en consecuencia y responder a sus indicaciones sonoras, con las que se marca lo que debe hacer en cada momento.

Esta asimilación del principio de obediencia, y de respuesta a estímulos sonoros, responde a los propios mecanismos de actuación que tradicionalmente se han ejercido en el campo de batalla. En las acciones de combate los ruidos del entorno y las distancias hacen que resulte difícil, cuando no imposible, el tener un contacto visual directo con los mandos. De ahí una de las justificaciones de la necesidad de educar al soldado en la respuesta a las voces, o sonidos de mando, que se articulan a modo de ordenes.

Otras de las manifestaciones acústicas destacadas en la milicia son los cánticos y marchas militares, que posee una amplia y surtida producción de dichos “folklore” castrense. El destacado papel de la música en la cultura militar es reconocido institucionalmente. Un ejemplo de lo dicho lo podemos observar en una página pública de Internet del Ministerio de Defensa, en la que se trataba el tema de la música militar en un artículo titulado: *Ayer y hoy de la música militar española*, en el que aparecía un apartado titulado precisamente “*Las finalidades de la música militar*”, las cuales se concretaban en *La combinación armónica y rítmica de sonidos destinada a estimular la disciplina, a despertar sentimientos guerreros y patrióticos, y a la rendición de honores*.

Dentro de la importancia de la música militar, destacaría igualmente el impacto que ésta producía en los soldados de reemplazo, especialmente cuando formaban parte activa de las formaciones y actos en los que se entonaban. En tales circunstancias los propios soldados se sentían parte de los rituales señalados, pues debían entonar con energía los cánticos que procediesen, aunque fuesen inducidos y obligados a ello.

Estos cánticos contribuyen a la exaltación de sentimientos y sensaciones que favorecen el vínculo entre los asistentes, llegando a producir lo que podríamos definir como una catarsis colectiva. Lógicamente, este proceso de exaltación no se debe de manera exclusiva a la entonación de los cánticos señalados, sino que responde a todo el proceso ritual, pero el papel

de la música es sin duda relevante. En tales circunstancias el individuo se ve forzado, por los propios eventos, a dejarse llevar, y afloran en él emociones que, vistas desde fuera podrían parecer, incluso ridículas.

El papel de los cánticos como mecanismos para mitigar el sufrimiento y el cansancio que producen determinadas acciones, y para potenciar las virtudes guerreras es también expresada en algunos casos. Podemos encontrar como ejemplo un párrafo que acompaña un capítulo dedicado a las canciones e himnos legionarios aparecido en la web de la legión (2001), en el que al referirse a sus orígenes se puede leer: *Era deseo del fundador que El Tercio contara con sus propios himnos y canciones "que abrevian los kilómetros y alivian la fatiga. Todas las noches, a la retreta, se cantarán esos himnos solemnemente, y siempre, siempre, la Legión rendirá el homenaje del recuerdo a sus muertos"*. Creo que estas palabras no requieren mayor explicación.

En esta lógica, se entonaban todo tipo de himnos y canciones de carácter militar, muchas vinculadas a los cuerpos o armas específicos, -como el himno de infantería, el de ingenieros, etc.-, o en canciones de menor divulgación propias de unidades particulares tipo compañía, sección, etc. Estas composiciones están encaminadas a favorecer el surgimiento, y fortalecimiento de los vínculos e identificación con las respectivas unidades. La letra de muchos de esos cánticos tiende a enardecer el espíritu de los que la entonan, exaltando las virtudes y valores propios, ridiculizando a veces a los miembros de otras unidades similares dentro de una "leal competencia", o, en su caso a los potenciales enemigos. En esta línea, son frecuentes las alusiones al despecho y a la valentía ante la muerte. Por todo ello resulta frecuente encontrar en su contenido un sinnúmero de fórmulas y alusiones al ardor guerrero, al corazón del combatiente, a la audacia, al honor, al valor y arrojo, a la patria, etc.

Por otra parte, aquellos que estaban acostumbrados a usar el lenguaje propio de su región, como el vasco, el catalán, el gallego, etc., debían evitar expresarse en su lengua local, al estar restringido su uso dentro de los acuartelamientos, donde el castellano es la lengua oficial. Aunque en la última revisión de las RROO tal prohibición no aparece de manera tan tajante<sup>161</sup>.

El campo de la lingüística encierra una especial importancia por lo que se refiere a su estructura y articulación dentro de la cultura militar, en que todo el sistema lingüístico está estructurado en torno al propio sistema jerarquizado y jerarquizante de esa particular manera de percibir y construir su propia realidad. Por ello, el soldado tenía que adaptarse a los sonidos y las fórmulas establecidas que confirman y reafirman sistemáticamente el lugar que cada uno ocupa en el orden establecido. Así, la fórmula castrense "a sus ordenes", marca

---

<sup>161</sup> Artículo 187 de las RROO de las FAS.

cualquier tipo de relación entre los miembros de mundo militar cuando estos son de diferente graduación, y constituye uno de los mejores ejemplos de la relación de subordinación permanente del inferior respecto al superior, y del sistema en general, donde prima el principio de la sumisión, pues todos tienen a alguien por encima. El “lenguaje militar” contribuye a mantener y fomentar el sistema establecido, consolidándolo y reforzándolo a través de su uso.

Por lo que respecta al uso de estos tratamientos debemos destacar que, como suele ocurrir en los procedimientos formulaicos, se pueden apreciar modos de operar contradictorios. De hecho, en contra de lo estipulado por la norma reglada<sup>162</sup>, lo habitual es que el mando superior se dirija a su subordinado a través del “tuteo”, pero no a la inversa. Tal proceder deviene en lo que Peñarroya (2001:89-90) denomina “tuteo asimétrico”, que analiza en su estudio sobre las características del lenguaje oral militar, y sobre el reiterado uso de formulismos y formalismos que lo caracteriza.

Este proceder deviene de la consolidación de una norma no escrita, que contraviene la norma formal, lo que alcanza su mayor expresión en el caso de la relación de la tropa para con los mandos, donde la posibilidad de que el soldado de reemplazo se dirigiese a un mando con un tratamiento informal resultaba ciertamente improbable.

Esta diferenciación en el trato, se ve justificada por la idea de que la estricta separación entre los oficiales y la tropa constituye un procedimiento eficaz para anular a los últimos y evitar posibles reivindicaciones. Barroso Ribal (1991: 3,17) y Huntington (1964:32-33) analizan este aspecto en detalle.

La separación entre los diferentes grupos que constituyen la organización militar es remarcada de forma especial por Gabriel Cardona (1983:77-79), quien da una explicación de carácter retroactivo, al referir algunos aspectos drásticos de la relación entre los miembros del ejército. En concreto señala: *Para la tropa, la vida cotidiana se hizo, sin embargo más dura. Por una parte, entre soldados y oficiales se abrió un foso clasista y, por otro, la nueva táctica impuso otras costumbres. [...] Una disciplina terrible se encargó de convertir así al soldado en un robot que debía temer más al oficial que al enemigo. Un código inhumano de castigos se encargó de ello [...]. El adiestramiento de las tropas tendió a facilitar el mando de muchos hombres reunidos; los soldados fueron obligados a guardar silencio mientras estaban en filas, moverse acompasados y repetir mecánicamente todos los ejercicios del combate.* Esta particular estructura relacional se manifestará lógicamente en las estructuras lingüísticas

---

<sup>162</sup> Los artículos 302 y 287 de las RROO del ET recogen en esencia este aspecto sobre el uso de los tratamientos militares.

institucionales del momento, de las cuales beben las actuales, pues muchas de ellas perduran en su forma tradicional.

La particularidad de la cultura cuartelera, denota el importante papel que ha jugado el lenguaje en las relaciones y experiencias del soldado conscripto. En este sentido señalaría un interesante artículo de Vigara Tauste y otros, que recogí de una página de Internet (<http://www.ucm.es/info/especulo>) de la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. El artículo titulado; *Lenguaje y (vida) del recluta en el cuartel*, refiere de forma sucinta algunos aspectos importantes de la comunicación verbal entre los soldados. Del mismo refiero algunos aspectos que personalmente comparto y que se centran en dos hechos de sumo interés. Por un lado señala Vigara: *tanto el lenguaje como el comportamiento comunicativo de nuestros jóvenes en los cuarteles presentan ciertos rasgos personales que nos permiten hablar, quizá, de “subargot” y que no son sino el fruto de unas circunstancias y un contexto fuertemente caracterizados y vividos por ellos como excepcionales, coyunturales y efímeros*. Por otro lado señala respecto al habla de los soldados que es; *en lo esencial (forma y contenido), habla juvenil espontánea adaptada a sus condiciones de vida en el cuartel*.

Otro aspecto que se señala en este interesante artículo está referido a cómo el soldado hacía del habla una manera de identificarse con su propio grupo, por lo que creaban sus propias reglas en la manera de nombrar las cosas, configurando un particular subargot. Este se establecía más como una necesidad que como una elección, pues el recluta aprendía a hablar rápidamente “como un soldado”, entre otras razones porque sus principales interlocutores eran soldados que le requerían que actuase como ellos. Además, hablar con sus iguales era una de las pocas cosas que podía hacer con una cierta libertad, pues como también se recoge en el artículo, el hablar es también actuar, y en los cuarteles es casi la única forma de actuación enteramente “personal” que le quedaba al soldado, quién podía decir lo que quisiera, y como quiera, siempre que se dirigiese a sus iguales, por lo que el lenguaje se convertía en uno de los ejes esenciales de su existencia mientras realizaba el servicio militar.

Otra característica destacada del lenguaje cuartelero era su función integradora en el grupo, que contribuía a la cohesión y diferenciación del mismo. Por ello la charla entre soldados solía girar en torno al establecimiento de unos particulares lazos, destacando su función relacional, o como mecanismo que ayuda a pasar el rato. El lenguaje de la tropa se caracterizaba desde un punto de vista lingüístico: *por ser sobre todo fatico; cháchara, parloteo intrascendente y continuo con el que los soldados llenan el transcurrir de sus días en el cuartel*. Era un recurso lingüístico de supervivencia, con un valor catártico para el sujeto que le ayudaba a sobrellevar el peso de la vida en el cuartel.

Después de este paseo por la incidencia que tenía en la experiencia sensorial del soldado en su paso por la mili, podría recurrirse para contrastar dicho impacto al ejercicio de solicitar a un soldado cualquiera que nos definiera el grado de veteranía de otro soldado, al cual no conociera personalmente y que pasase por su lado. Lógicamente, el grado de acierto estaría condicionado por el propio grado de veteranía del soldado entrevistado, y su conocimiento del mundo cuartelero. En todo caso, si poseyera un mínimo de experiencia, y le dejásemos reflexionar un tiempo al respecto, lo más probable es que acertase, o se aproximase bastante a la cuestión. Si después de ello le preguntásemos por cómo había llegado a tal conclusión, muy probablemente la respuesta sería “que eso es algo que se ve y se nota”. Así, podemos decir que, cuando el soldado llegaba a distinguir los rasgos diferenciales de su propio grupo, era cuando realmente había adquirido su madurez cuartelera.

Después del análisis de los procedimientos institucionales desarrollados para instruir al joven en las necesidades y principios de la vida castrense, y como éste afecta a sus percepciones sensitivas, pasaré a tratar otros aspectos que afectan a la experiencia del soldado en su nuevo entorno.

## ***4.2- De la subcultura cuartelera***

### ***4.2- 1- Del aprendizaje informal.***

La entrada del individuo en un nuevo entorno conllevaba un proceso de adaptación y asimilación que se producía de muy diferentes formas según el contexto, aunque de forma global se ajustaba a una serie de parámetros básicos. Para entender algunos de ellos podríamos basarnos en las consideraciones de Goffman (1994:84, 86) referidas a los esfuerzos y tensiones a que se ven sometidos los sujetos en el proceso de socialización, y cómo actúan ante ellos. Entre sus observaciones destacaría las referidas a cómo el sujeto no requiere el conocimiento profundo de un único rol para adaptarse, sino más bien aprender suficientes formas de expresión que le permitan “rellenar” y manejar todos los papeles que se le puedan dar. Así, las actuaciones de los sujetos son siempre más prácticas y mejores que el conocimiento teórico que de ellas tienen. También destaca la importancia que adquiere para todo sujeto el saber representar las pautas de conducta apropiadas a cada situación y status que deba asumir, por lo que deberá hacerlo de forma coherente y bien articulada.

El nuevo soldado debía conocer aspectos formales recogidos en códigos y normas institucionales, pero también debía asimilar todo un sistema de valores y de conductas informales para interactuar con sus compañeros. Debía adquirir nuevos roles, en ocasiones



opuestos a los que poseía en su vida previa, y que le resultarían impensables en su entorno civil. Debía aceptar, o aparentar que aceptaba los valores militares, muchos de los cuales no compartía, e incluso consideraba opuestos a los propios, lo que producía en el sujeto determinadas disonancias cognitivas. Para superar estas contradicciones, recurrían al amparo de grupos primarios informales, configurados en lo que ellos mismos calificaban como grupo de camaradas o colegas.

Como he señalado en el apartado anterior uno de los aspectos que afectaban de manera inmediata en los sujetos era la necesidad de adaptarse a un nuevo lenguaje, y a una particular jerga de la tropa, que podemos calificar como lenguaje o jerga cuartelera. El estudio del lenguaje adquiere un interés especial en el estudio antropológico, en tanto que las fórmulas lingüísticas influyen en el comportamiento de los sujetos, como señalan Whorf (1971: 13-45, 155-183) y Lakoff & Johnson (1986). Por ello, aunque lo he tratado en parte dedicaré un apartado a este aspecto, para lo cual reproduciré algunos conceptos de dicho lenguaje.

El recluta debía asumir y ejercitar un particular argot cuartelero utilizado entre compañeros cuando no estaban presentes los mandos, que poseía unas connotaciones y características especiales, como señalan Peñarroya (2001) y Vigara Tauste (2003) en las observaciones que aparecían en la página de Internet (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero3/recluta.htm>), quien lo califica de libertino e irreverente.

Tal aprendizaje debía realizarse prontamente para evitar problemas con los veteranos. Así, distinguir conceptos o calificativos referidos a la veteranía, como el significado de “abuelo”, “visa”, “padre”, etc. y “ponerse en guardia” ante estos era importante para salir bien de situaciones comprometidas. Uno de los trabajos a citar sobre la importancia y singularidad del léxico militar español, y del lenguaje cuartelero en particular, sería el de García Serrano (1979), que posee un gran valor como documento histórico y etnográfico. Otro trabajo interesante es un artículo de Peñarroya y López (1998:343-359) en el que se destaca el papel de divertimento y distracción que jugaba el argot cuartelero como mecanismo para llenar los tiempos muertos y de espera<sup>163</sup>. También destacan la actitud crítica y desmitificadora del lenguaje de la tropa respecto a los valores militares. Otra característica interesante reside en cómo los soldados trasgredían el léxico y las normas lingüísticas para adaptarlas a las tendencias juveniles del momento, o a la jerga cuartelera predominante. Destacaría otros aspectos relevantes para este trabajo, me refiero al hecho de que los soldados utilizaban su

---

<sup>163</sup> Peñarroya me comentaba que las referencias más abundantes y las expresiones con mayor número de sinónimos del lenguaje del soldado de reemplazo están relacionadas con el paso del tiempo y con otro aspecto igualmente obsesivo que es el arresto.

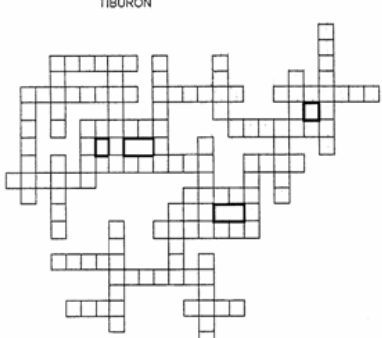
particular lenguaje como un signo de clase, como un instrumento de supervivencia, y a la vez de rebeldía.

Respecto a la particular función de hacer el tiempo más llevadero podemos observar la costumbre de realizar crucigramas basado en palabras y conceptos del argot cuartelero que ejemplifica el carácter ocioso y lúdico que los soldados asignaban a tal argot.


**- LA KRUZADA -**

SE TRATA DE PONER CADA PALABRA EN SU SITIO. TODAS TIENEN UN ÚNICO LUGAR Y NO SOBRA NINGUNA. SÓLO DEBERÁN ESCRIBIRSE DE IZQUIERDA A DERECHA O DE ARRIBA A ABAJO.

<b>9 LETRAS</b>	<b>7 LETRAS</b>	<b>6 LETRAS</b>	<b>5 LETRAS</b>	<b>4 LETRAS</b>
KALIMOTXO	AFISIAO	CHUSCO	CETME	MAZO
	BICHEJO	CUCAZO	CHOPO	MESI
<b>8 LETRAS</b>	CUARTEL	FAJINA	CHUPA	MILI
ARRESTAO	GUARDIA	GARITA	CURRA	POKA
RECLUTÓN	LETRINA	PETATE	DIANA	TAKO
	PERMISO	POCHAR	MOCHO	WISA
	TIBURÓN		TROPA	



NGM - 3º / 99™  
ALL RIGHTS RESERVED © 1999



**- EL SOPONCIO DE LETRAS -**

AFISIAO	CHUPAR	GARITA	MOCHO	RECLUTÓN
ARRESTAO	CHUSCO	GUARDIA	PERMISO	RETRETA
BICHEJO	CUCAZO	LETRINA	PETATE	TACO
CALIMOTXO	CUARTEL	MAZO	POCHAR	TIBURÓN
CETME	DIANA	MESI	POKA	TROPA
CHOPO	FAJINA	MILI	PREVE	WISA

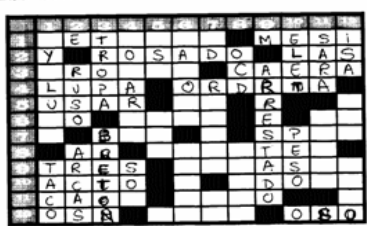
**- EL KRUZIGRAMA -**

**HORIZONTALES:**

1. TOQUE DE CORNETA. LE QUEDA MENOS DE UN MES PARA ACABAR LA MILI. 2. CONJUNCIÓN COPULATIVA. NI BLANCO NI TINTO. ARTÍCULO DETERMINADO. 3. LLENAR DE COLOR. SE IRA DIRECTA AL SUELO. 4. LENTE DE AUMENTO. SEPARA, CLASIFICA. 5. UTILIZAR. PREPOSICIÓN. 6. CAMINOVENA LETRA. LETRA CON FORMA DE SOBRILLA. 7. REPETICIÓN. NOMBRE CARIÓTIPO DE LA HERMANA. AL REVÉS. DIMINUTIVO DE ANTONIO. SEGUNDA VOCAL. NOTA MUSICAL. 7. LA PRIMERA LETRA. CLASE DE SERPIENTE. PRIMERA VOCAL. SEÑAL DE TRÁFICO. 8. TRAS LA VOZ PREVENTIVA. LA VOZ EJECUTIVA DE MANDO. SE COMEN FRITAS. 9. GENERALMENTE FRAS EN EL GEOGRAFICO. 10. LOS MESES QUE LE QUEDAN A LA W. ALIMENTARÁN A LAS PLANTAS (COMO EL DE JARDINES). 11. CADA UNA DE LAS PARTES EN QUE SE DIVIDE UNA OBRA DE TEATRO. LA PRIMERA. PEGA O SITUA UNA COSA JUNTO A OTRA. 12. EN INGLÉS. "MUY FRÍO". CIFRA O INFORMACIÓN DE INTERÉS. VIGESIMOPRIMERA LETRA DEL ALFABETO. 13. ESTÁN DENTRO DE "BODIA". VIVA. EN BUSQUERA. MANIFIESTO PLANTIGRADO.

**VERTICALES:**

1. EL ANTIGUO NOMBRE DEL MILITAR DE REEMPLAZO. APÉNDICE DE BOTA MUY CODICIADO POR LA MESI Y POR LA W. 2. QUINTA DEL ALFABETO. HA NACIDO EN LA ANTIGUA UNIÓN SOVIÉTICA. FEM. SIN FLECHAS NO SIRVEN DE MUCHO. PLURAL. 3. DICESSE DEL CONJUNTO DE MESAS. WISAS. CUOCOS Y DEMAS BICHARRACOS. 4. DE LA GRAN BRETAÑA. 5. CIERTO BRASILEÑO MUY AFICIONADO A LAS DISCOTECAS DE BARCELONA. EL ASTRO REY. 6. PRONOMBRE DEMONSTRATIVO AL REVÉS. EL ALIMENTO DIARIO DEL QUE HACE LA MILI. INICIAL DEL APELLIDO DEL DUENO DE MARBELLA. 7. SI LO ESTÁS, O APARENTAS ESTARLO. 7. DAN LA BLANCA. DONDE TRABAJA EL LABRADOR. 7. AL REVÉS. ENTREGA. CEDE. JOROPA. QUE LE SALE A TODO RECLUTILLA CUANDO VUELVE A CASA CADA FIN DE SEMANA. VOZ EJECUTIVA. 8. CLASE DE AVE. QUE DA NOMBRE A UN JUEGO DE MESA. NOMBRE DE PILA DE LA HORTERILLA DE LA MUJER DE P. J. RAMÍREZ. 9. CONSONANTE. EL QUE HA METIDO LA PATA Y LE HAN METIDO UNOS DITAS POR LISTO. 10. AL REVÉS. UNICO ENTRETENIMIENTO DEL CUARTELERO (HASTA QUE ALGUIEN SE LA CARGO. CLARO). MODO LA TARA DE UN CAMIÓN. NÚMERO SIN VALOR. 11. NOMBRE DE PISA. GRANDES EXCAVACIONES EN EL SUELO. FEM. LETRA PARA HACER PLURALES. 12. QUITANDO LA PRIMERA LETRA. EL QUE HA DEJADO. POR FIN. DE SER UN KUKAZO. EN INGLÉS. "GRIFO". ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DE LA QUE FORMA PARTE EL "EJERSITO ESPAÑO".



ENCONTRAR LAS PALABRAS ARRIBA INDICADAS, TENIENDO EN CUENTA QUE PUEDEN APARECER EN HORIZONTAL, VERTICAL O DIAGONAL Y TANTO DE IZQUIERDA A DERECHA COMO AL REVÉS

Ejemplos de crucigramas elaborados por la tropa con temas cuarteleros.

Respecto a las expresiones cuarteleras más usuales podría elaborar una extensa y detallada lista, pero me limitaré a referir alguna de las elaboradas en algún diario o publicaciones en las que han aparecido conceptos o vocablos de cierto interés, bien por el tratamiento que se les daba, o por el carácter etnográfico que pudieran tener como datos de una época concreta.

Para profundizar en el aspecto lingüístico de la jerga cuartelera recomendaría el ya citado trabajo de Peñarroya (2001) donde recoge un diverso y nutrido repertorio de ejemplos de dichos, frases hechas, palabras con deformaciones o trasgresiones léxicas de todo tipo, y referencias y ejemplos de interés. Muchos de ellos, coinciden con algunos de los recogidos por mí en otros lugares y en otros momentos, lo que muestra cómo los mecanismos de transmisión utilizados por los soldados contribuían a mantener la cultura cuartelera en el tiempo y en el espacio.

Las diferencias existentes en la forma de las expresiones y en las manifestaciones no verbales, se debían a la propia evolución del grupo que las utilizaba. Los soldados adaptaban su particular lenguaje utilizando los referentes que tenían más próximos. Recogían términos del entorno social en el que vivían, y de elementos propios del grupo al que pertenecían, entre los que se encontraban todo tipo de snobismos y modismos de los jóvenes de cada momento. Otros trabajos interesantes serían el de Álvarez (2000), y el de Cabanellas de Torres (1962).

Muinelo Alarcon, (1967c:153-154) incluye en su texto un pequeño diccionario en el que se puede observar cómo algunos conceptos de ataño han seguido vigentes hasta el final de la mili. En algunos artículos periodísticos también aparecen vocablos de la jerga cuartelera, como uno del diario El Sol, del domingo 11 de noviembre de 1990. Y, un artículo de la revista PROA, en su ejemplar del 8 de junio de 1995, titulaba precisamente *Breve diccionario de la jerga del recluta*, en el que se establece un cierto vínculo entre los términos usados por la tropa y la lengua caló.

Por último añadiré un diccionario que posee una especial relevancia, pues fue elaborado por Sergio Picón González, un joven que realizó el servicio militar durante el año 1998, por lo que constituye una fuente de primera mano, y representa parte del vocabulario vigente entre los soldados de reemplazo de la última etapa de la mili. Además recoge diferentes canciones y acciones relacionadas con las novatadas, y restricciones establecidas por los propios soldados para con ellos mismos, lo que otorga a este documento un valor añadido, al confirmar la existencia de estas prácticas hasta el final de la mili<sup>164</sup>. Dicho documento lo anexo en el apéndice en el punto titulado *Diario del Pipas*.

---

<sup>164</sup> Considero que estas declaraciones poseen un gran valor por constituir un documento de primera mano, y por la extensión de los aspectos que refiere, que serían válidos para diferentes apartados de la presente tesis. Los refiero en este punto de manera conjunta, pero sirven para corroborar y documentar muchos de los aspectos que trato a lo largo del trabajo.

Con los datos del apéndice y las referencias bibliográficas sobre el uso de términos lingüísticos de la tropa, considero que puedo cerrar este apartado. Podría aportar más ejemplos, pero casi nada añadiría a lo expuesto por los autores citados, por lo que continuaré con otros aspectos de interés.

#### *4.2-2- Del proceso de aprendizaje.*

Como hemos visto en apartados anteriores, en el proceso de aprendizaje del soldado intervenían múltiples factores y propósitos, pero podríamos decir que el objeto final de dicho proceso era imbuir al soldado la cultura militar. En este sentido se producía un proceso de *asimilación forzosa* consistente en que el grupo dominante, -en este caso los militares profesionales-, imponían al grupo dominado, -constituido por los soldados de reemplazo- la cultura militar. Para ello les hacían renunciar “aunque fuese de manera temporal” a la propia penalizando y prohibiendo una serie de manifestaciones de la cultura de referencia.

En tal circunstancia se reproducían los procesos recogidos en las teorías que tratan el conflicto cultural, los conflictos de clases y las teorías del control<sup>165</sup>. En este sentido, el conflicto entre la cultura militar y los referentes culturales de los soldados quedaba resuelto al constituirse las normas de la cultura dominante en leyes formales, que transformaban en “criminales” a aquellos que no se comportasen de acuerdo a las normas propias del sistema dominante, y a quienes que participasen de subculturas divergentes. Por otra parte, los que ostentaban el poder en la cultura dominante, presentan sus propios valores como representativos de todos, elevándolos a la categoría de mito, como se plantea en algunos argumentos utilizados en las teorías que analizan los conflictos de clase. En esta dinámica, también se producía un proceso de aculturación<sup>166</sup> con los soldados novatos, del que participaban los veteranos con el consentimiento de los mandos. En este proceso de aculturación jugaban un papel importante las quintadas o novatadas, como veremos en su momento.

Dentro de las argumentaciones defendidas por las propias FAS respecto a su labor educadora, subyacía una autojustificación de su propia existencia. Ésta estaba amparada en la necesidad de mantener al pueblo preparado e instruido en el uso de las armas ante la

---

<sup>165</sup> Sobre este aspecto podemos encontrar referencias de interés en capítulo referido a la teoría del conflicto del texto de Horton y Hunt, (1994).

<sup>166</sup> Los procesos de enculturación hacen referencia a un aprendizaje y transmisión de la cultura particular de generación en generación, como se señala en Philip Kottak (1994:13), lo que deviene en un proceso temporal prolongado. Sin embargo, aunque el servicio militar no se ajusta a un proceso temporal demasiado prolongado, se puede establecer una cierta similitud respecto a los acontecimientos y las relaciones que se dan en los procesos de socialización y enculturación de las culturas y sociedades consideradas complejas. Lo acepto así al entender que dentro de la cultura cuartelera, los reemplazos actúan, por lo menos en el ámbito simbólico, como verdaderas generaciones en el universo cognitivo del soldado de reemplazo. Los distintos reemplazos actúan a modo de generaciones en el particular continuun de la vida militar.

posibilidad de amenazas tanto externas como internas. Lo que sustentaba la necesidad de que el joven pasase por las FAS era la adquisición de una formación complementaria a la que le aportaba la sociedad civil, de forma que asumiese unos valores propios de las FAS, en especial el “valor de la Patria”, como refiere Bergua (1982), por lo que se puede asumir que las FAS se erigían en una “escuela de valores”.

Otro de los argumentos utilizados tradicionalmente para justificar la existencia del servicio militar estaba amparado en la idea de que en la mili el sujeto adquiría la madurez social y el joven se hacía adulto, “se hacía hombre”<sup>167</sup>. Esto está en íntima concordancia con la calificación del servicio militar como rito de paso. Desde principios de los años noventa tal planteamiento parece caer en desuso, pues la desaparición de la mili se vislumbraba como un hecho evidente. La profesionalización del ejército desemboca en la necesidad de buscar otras instancias que asumiesen el papel ritual que tradicionalmente se asignaba al SMO. Otras instituciones o agrupaciones deberán asumir tal función, el ingreso en alguna tribu urbana parece ser una de las alternativas en algunos casos, aunque probablemente la desaparición de tal rito también responde al hecho de que ya no hace falta en un mundo más global y menos cerrado donde nadie necesita ir a la mili para despertar al mundo.

En todo caso, la función señalada y asumida durante mucho tiempo por los propios militares ha quedado sin fundamento en la realidad actual. En tal fundamentación parecía subyacer un mecanismo de socialización amparado en los principios políticos y culturales predominantes, de forma que la propia imposición del servicio militar impedía que el joven pudiese recurrir a mecanismos alternativos para adquirir el reconocimiento de su condición de adulto.

En toda esta trama, los principios de la *arbitrariedad pedagógica* definida por Bourdieu y Passeron (1981) se pueden constatar en la institución militar, lo que señala Berjua (1982) al referir: *la libertad de enseñanza está restringida al enseñante y no al que aprende*.

En el proceso de formación militar al que se sometía al recluta, la violencia jugaba un papel importante, no únicamente la simbólica como refieren Bourdieu y Passeron (1981), la violencia tácita también tenía cabida, como se evidencia en la existencia de calabozos y pelotones de castigo, así como el uso de la fuerza directa, y la agresión personal que eran justificadas y asumidas en algunos momentos y circunstancias. La posibilidad de privar de la libertad de salir a la calle, o el sometimiento a la realización de duras tareas en los acuartelamientos como medidas de sanción, constituyen otra muestra de la existencia de esa violencia que actuaba como medida de cohesión y control sobre los soldados de reemplazo.

---

<sup>167</sup> Aspecto hartamente referido en la bibliografía existente sobre el servicio militar, como ejemplo de los que así lo consideran referiré a Fernando de Salas (1978).

Una premisa diferencial del ámbito militar respecto a la manera en que se configuran las relaciones de superiores y subordinados, y del acatamiento de la norma, la constituye el anteriormente citado principio de obediencia ciega. Y, aunque éste no sea exclusivo del ámbito militar, como refiere W.W. Dyer (1996:207), sin embargo, la vida militar parece constituir un contexto en el que dicha práctica parece común. Así señala Dyer: *Uno de los mejores ejemplos de este tipo de acatamiento ciego a los reglamentos (por más tontos que éstos sean), puede encontrarse en la vida castrense.*

El joven acababa sometido a lo que pudiéramos denominar como “proceso de cosificación”, en el que prevalecía por encima de todo el sometimiento incondicional a la norma establecida. Goffman (1994)<sup>168</sup> refiere cómo el soldado acababa convirtiéndose en una *cosa-soldado*, para lo que la asunción de este principio de obediencia ciega<sup>169</sup> jugaba un papel fundamental.

Este hecho puede afectar a cualquier miembro de la institución militar, pero el nivel de sometimiento a que se ve reducido cada cual estará condicionado por el status, y cargo que ocupa en la institución. Tal y como se observa en una frase atribuida a Napoleón Bonaparte *los hombres son como los números, que no adquieren valor sino por la posición que ocupan.* Aquellos que se sitúan en los niveles inferiores de la organización serán los que tendrán que soportar un mayor grado de acatamiento y sumisión.

Por otra parte, quiero señalar cómo entre los muchos mecanismos que contribuían a la consolidación del sistema y que devenían en la búsqueda de la obediencia incondicional del soldado, se encontraba el “principio de autoengaño”, basado en el temor permanente ante lo que, en palabras de Goffman (1994:92)<sup>170</sup> se consideraría como un auditorio invisible, lo que en el caso del soldado de reemplazo estaba relacionado con el temor permanente a posibles castigos.

La sensación de impotencia a la que se veía sometido el soldado de reemplazo al encontrarse en una situación de enfrentamiento con los criterios o planteamientos de algún mando, o veterano, constituye otro importante punto para comprender la actitud de sometimiento y sumisión a la que éste podía llegar. En el caso supuesto de que a algún

---

<sup>168</sup> Goffman, (1994). [Goffman cita a Sartre]...Un almacenero que sueña es ofensivo para el comprador, porque dicho almacenero no es totalmente almacenero. La sociedad le exige que se limite a su función de almacenero, exactamente como el soldado de guardia se transforma en una cosa-soldado con una mirada que no ve, que no tiene ya por qué ver, pues es la norma y no el interés del momento lo que determina el punto sobre el cual debe fijar su mirada (la vista <fija a diez pasos>).

<sup>169</sup> Los procesos y procedimientos que contribuyen a configurar una percepción de la realidad que genera un comportamiento de acatamiento incuestionable de las ordenes de un superior, sea este del tipo que sea, son tratados por Herbert C. Kelman/ Lee Hamilton, (1990).

<sup>170</sup> Goffman (1994: 92); Esta intrincada maniobra de autoengaño ocurre de continuo.. El individuo que puede mantener en privado normas de conducta en las que personalmente no cree, pero las conserva debido al vívido convencimiento de que existe un auditorio invisible que castigará toda desviación respecto de dichas normas. Consideraciones similares son definidas por Bourdieu, aunque en su caso hace uso del término autocensura, en lugar del de autoengaño.

soldado se le ocurriese manifestar su particular punto de vista sobre la manera de actuar, o de hacer, de su superior, por muy justificada y fundamentada que estuviese su argumentación, lo más probable era que el superior, si no encontraba un argumento tangible para rebatirle irremediablemente recurriría a la máxima de "esto es el ejército, y el superior nunca se equivoca". Con ello se daba a entender que en el mundo militar prevalece la razón del mando, del superior, y en el caso del soldado de reemplazo la mejor opción solía ser la de acatar dicho principio y llevarlo lo mejor posible.

#### *4.2- 3 - Escuela cuartel / cuartel escuela.*

Otro aspecto del proceso de formación en el ámbito militar era la idea de que las unidades militares actuaban como si fuesen centros de enseñanza en los que se continuaba y completaba la formación global del joven. Así se establecía la idea del cuartel como una "escuela cuartel", entendida básicamente como centros en los que se impartía una enseñanza militar, en la que destacaban actos y normas propias del mundo castrense, pero, a la vez, se daba una formación cívica y moral enfocada al beneficio de la sociedad, una vez que el soldado volviese a la vida civil.

En tal esquema se aceptaba el papel de las FAS como centro de formación complementaria al ciclo de enseñanza civil. Este hecho se fundamentaba en el principio de que la institución militar debía jugar un papel social, especialmente en tiempos de paz, que contribuyera a fomentar en los que prestaban el servicio militar un adecuado sentimiento patriótico y unas pautas de conducta y un nivel educativo acordes con el modelo social.

Son muchos los que a lo largo de los años han defendido este papel socializador de las fuerzas armadas, uno de los promotores y defensores de tal argumento fue un oficial francés que escribirá a finales del siglo diecinueve. Me refiero al Mariscal Lyautey (1940), en ésta obra titulada (*La letra y el espíritu: Reflexiones sobre los procesos de enseñanza en los acuartelamientos*), recoge su teoría.

En este sentido, se planteaba que el ejército y sus oficiales debían asumir una serie de funciones sociales, entre las que estaba la de conseguir un nivel de educación mínimo entre las tropas. Por lo que el papel de alfabetización<sup>171</sup>, y la cumplimentación de los ciclos básicos de formación constituían un objetivo fundamental. Esto podía tener sentido en una época en la que la sociedad sufría muchas carencias, pero ya no es necesario en las sociedades modernas.

---

<sup>171</sup> Sobre este particular, puede consultarse el trabajo de investigación de Quiroga Valle (1999). Y, a modo de síntesis, señalaría un artículo publicado en la Revista Española de Defensa titulado *Instrucción de adultos*, realizado por el coronel Redondo Díaz (2001).

Uno de los trabajos más recientes en los que se desarrollan los planteamientos de Lyautey, sería el de Bogas Illescas (1970) titulado; *Función social del Ejército*. En él se recogen las bondades que el paso por la mili aportaba a los jóvenes, así como los servicios y cualidades que el ejército les propiciaba para hacerlos ciudadanos provechosos y patriotas. También se señala el papel de adoctrinamiento que debía jugar la institución militar.

Como ejemplo de la exaltación de las funciones sociales del ejército, referiría la producción bibliográfica de Muinelo Alarcón.

Tales argumentos han prevalecido hasta el momento de la desaparición de servicio militar, como se puede observar en el trabajo de Mir Salas (Diario de Mallorca 9 de junio de 1996), cuyas observaciones resultan muy gráficas para comprender el modo en que los mandos abordaban estas cuestiones.

Una escuela de valores:

*"Explicar conceptos tan esenciales como patriotismo, honor, disciplina, perseverancia, lealtad, abnegación y solidaridad me resultaba francamente difícil, sobre todo porque había que hacerlo para formar, o sea, conseguir que se convirtieran en hábitos de vida, que se asumieran como virtudes a ejercer. Ahora hablar de solidaridad a nuestros soldados no es problema, ya que a todos los que en las circunstancias actuales prestan el servicio militar "se les supone". Pero hablar de patria era otra cuestión. Desde antiguo, a fin de facilitar las cosas se asoció este concepto al de Madre. ¡Patria es mi Madre!, tenían que contestar los reclutas al preguntarles [...].*

*Otros valores se contemplan en la formación moral de la tropa que enriquecen su personalidad: el compañerismo, que no consiste en encubrir las faltas del compañero, sino en ayudarlo cuando lo necesita y en alegrarse de sus "éxitos y progresos": la puntualidad al minuto; el amor a la responsabilidad, solicitando y deseando ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga"; el sacrificio por los demás, como llevar el macuto del compañero cansado; el no contentarse con hacer lo preciso de su deber y muchos valores más que por no cansar dejaré de mencionar. Valores humanos que tienen plena vigencia fuera de la milicia y que deben formar parte de la personalidad del ciudadano. [...]*

*Para principios del próximo milenio, se anuncia la vuelta a los ejércitos profesionales, más reducidos y más caros, pero que liberan a los ciudadanos de la carga del servicio militar obligatorio. Los tiempos cambian y hay que adaptarse.*

*[...]Con motivo del Día de las Fuerzas Armadas, se me ha ocurrido reflexionar sobre estos aspectos, quizá no muy presentes en la opinión pública, y en la conveniencia de que se vaya pensando en cómo, en ese futuro inmediato que se nos anuncia se va a cubrir el vacío que se producirá en la formación de nuestra juventud."*

A lo dicho hay que añadir el adoctrinamiento religioso, que se cumplió formalmente en un determinado momento, y fue perdiendo fuerza en los cuarteles por el propio devenir y evolución de la sociedad española, y el carácter laico que se ha ido otorgando a la institución militar. La incidencia religiosa se podía apreciar en la omnipresencia de la figura del páter en los acuartelamientos y la realización de actos religiosos que acompaña cualquier acto



castrense destacado, así como la difusión de normas religiosas entre los soldados, para los que no hace muchos años era obligada -o inducida- la asistencia a misa.

Ciertamente el modelo defendido en los tiempos en los que las FAS se encerraban en sí mismas aislándose de la sociedad civil a la que pertenecía, y a la que cosificaba a través de jerarquización que le imponía, se pierde en el vacío ante un nuevo modelo democrático de convivencia, al que deben adaptarse las instituciones que le son propias.

#### 4.2- 4 - “La muerte” en la subcultura cuartelera.

Aparte de otras consideraciones sobre la justificación de la mili, y sobre los métodos y procesos de formación empleados en la instrucción de los soldados, hay que considerar la razón última que define a la institución militar, la cual se articula en torno a la preparación para la guerra. Lo que muchos autores definen como el control legítimo de la violencia, pero que se podría resumir para el soldado en la máxima de “saber matar y saber morir”.

El hecho de la guerra puede ser entendido tanto como fenómeno social, como antropológico, pues forma parte intrínseca de la humanidad. Para definirla se suele recurrir a la idea de confrontación armada entre grupos, más o menos organizados. Dicha confrontación conlleva riesgos que pueden llevar a la eliminación de los que participan en la misma, por lo que éstos deberán asumirlos. Lo que en el caso de los combatientes se resume en los principios de saber matar, y, lo que no es menos relevante, saber morir. El énfasis que pone la cultura militar en ese saber morir, y saber matar, suele ser tratado con sutileza, o rodeándolo de un discurso romántico en unos casos, o en tono de sorna en otros.

Como muestra de la disposición para ese saber morir señalaré una oración del soldado que aparecía en la Revista Ejército Nº 706, de diciembre 1999 que rezaba así:

##### Oración del Soldado

*¡Señor!*

*Ten mi espíritu siempre tenso y concédeme  
morir con alegría y hombría de bien.*

*Enséñame que el honor debe ser mi constante norma de conducta.*

*A ser espléndido y desinteresado con mis semejantes.*

*A considerar al soldado como mi prójimo más querido.*

*A ser humilde con el soberbio y generoso con el caído.*

*A perdonar los agravios.*

*A ser comprensivo con las flaquezas humanas.*

*A ser alegre en la adversidad.*

*Enséñame para que en mi Patria, en mi  
familia y en mi cuartel, reine siempre la verdad y la justicia.*

*Ilumíname para que sea valiente y sepa  
dominar mi miedo ante el peligro.*

*...y ten compasión de mí.*

*¡Que mi último pensamiento seas Tú!*

En dicha oración se observan fácilmente como el hecho de la muerte es presentado de un modo romántico, “morir con alegría”, poco representativo de lo que puede llegar a ser el morir en combate.

Como ejemplo del principio del saber matar, señalaría un curioso montaje que aparecía en una caja de cerillas en cuyo reverso aparecía el siguiente pie:

*Esta unidad, que se remonta al origen de los Ejércitos en 1248, cumple sus cometidos haciendo realidad el máximo principio de la eficacia, “No morir por nuestra Patria sino tener la cortesía de dejar que el enemigo muera por la suya”.*

Tal composición refiere una de las premisas fundamentales de los ejércitos, la de la eficacia, la cual se puede observar en los principios que rigen la formación e instrucción, tanto individual como colectiva. Pero, dada la peculiaridad de la institución militar, y aceptando el alto riesgo al que se pueden ver sometidos sus miembros en las acciones de combate, parece lógico pensar que deberán estructurarse mecanismos específicos para que los soldados interiorizaran una serie de principios y valores que le “preparasen”, -especialmente en el ámbito inconsciente-, para estar dispuesto a autoinmolarse en beneficio de un bien superior. Aspecto que queda claramente recogido como posibilidad en la fórmula del juramento a la bandera. Por ello en el juramento se refiere el reconocimiento para con aquellos que muera con honor, y el rechazo para los que lo hagan en deshonor. Como reza en la segunda parte de la fórmula del juramento a la bandera, -vigente en el año 1998-, (RROO para el Ejército de Tierra, art. 428); *“Si así lo hacéis la Patria os lo agradecerá y premiará, y si no, mereceréis su desprecio y su castigo, como indignos hijos de ella”.*

El principio del “saber morir”, es un aspecto destacado y constante en el imaginario de los ejércitos. Está configurado para que el soldado esté dispuesto a entregar la vida por la patria, pero para que además lo haga con honor, con valentía, evidenciando en ello la grandiosidad y la fortaleza espiritual del ejército al que pertenece. Dentro de ésta filosofía, las muertes “normales”, en las que predomine el factor humano y cotidiano, en definitiva, las miserias propias de la muerte, no son consideradas como muertes relevantes. El ejército necesita ensalzar la muerte como un hecho especial y diferencial, lo que manifiesta en las diversas fórmulas que hacen referencia a la denominada “muerte honrosa”. Ésta es presentada como modelo de muerte heroica, plasmada en el principio de una entrega despreocupada y altruista. Quiero destacar en este punto cómo en la cultura militar el concepto de la muerte responde a un constructo establecido a niveles teórico, filosófico, e ideológico, pues se hace necesario para sustentar la propia cultura militar. Como sabemos, la muerte además de ser un hecho biológico, es un hecho cultural, -como vimos al analizar la cultura militar- por lo que es

Sin embargo, en el universo simbólico del soldado de reemplazo, el tema de la muerte solía estructurarse de forma diferente a la institucional, lo que se puede apreciar en múltiples manifestaciones de su particular subcultura. La relación y percepción de la muerte que poseían los soldados de reemplazo durante su servicio en filas adquiriría diferentes matices, pero podemos afirmar que todos los que han hecho la mili han visto en ella alguna relación con el hecho de la muerte.

**BRETON de los HORRORES**

KOPAN - BANG!O  
 KON LOS TAPAS DEL ULTIMO MOJERO Roca  
 ANDAKARENS AL ULTIMO TOROKU NUT  
 KURA LA KANTIMA JEBUKOI!  
 W6/90  
 MI POPOLO  
 MILI TIME INDICATOR

MENOS GUERRAS MAS HACHA  
 LAST 100 DAYS COUNTER  
 ICACATE AKI!  
 TANKES SI PERO DE CERVEZA NO  
 INDIO DES CONTRAS TODOS OKUPA  
 SALUD, AMARGURA Y UN CAMBIO CADA DIA

WAPA

-317-

En el macabro dibujo podemos apreciar como se refiere la mili como una muerte en vida, que se aprecia en los rasgos del soldado representado como un “muerto-viviente”, que sufre "en sus carnes" todo un proceso de degeneración existencial. Pero, a la vez, está vinculada con una degeneración biológica pues, el autor contextualiza al "soldado" en uno de los actos más biológicos y cotidianos del ser vivo, el de defecar. También resulta llamativa la referencia metafórica de la mili como si de un gran váter se tratara, en el que la degradación, y la podredumbre destacan de forma significativa. En este sentido, parece que el autor hiciese una parodia sobre el carácter sagrado que se suele atribuir al hecho de la muerte en el mundo militar, mostrándolo como algo mundano y sucio. Tal representación, significa la mili como un hecho carente de lógica, y en el que el soldado se sentía parte de la propia mierda que le invadía y le absorbía, “él mismo era mierda”, “se sentía como una mierda”, y por tanto le parecía coherente mostrarlo en esta pose escatológica.

La representación de la mili como un estado de muerte, no resulta chocante desde una perspectiva antropológica ni desde el estudio del universo de los símbolos pues como señala Turner (1988: 102), *la liminaridad se compara frecuentemente con la muerte [...]*.

Otro ejemplo del recurso a símbolos relacionados con la muerte para representar ese particular estado lo podemos encontrar en algunos carnés del soldado, como el que acompaño.

### Normas del WISA

1ª El wisa descansara de día para dormir relajado durante la noche.  
2ª Si un wisa ve a otro escaqueado, le ayudará; es de buen compañerismo.  
3ª Si un wisa duerme en horas de trabajo se suspenderá toda actividad ruidosa.  
4ª El wisa amará a su cama como a sí mismo.

**Oreción a la "Blanca"**

Blanca nuestra que caes de los cielos, ven a Nosotros tu dueño. Hógase tu voluntad así en la calle como en la cantina. El chusco nuestro de cada día dánosle hoy. Perdona Nuestrras "bromitas" así como nosotros perdonamos a nuestros "peloncitos". No nos dejes caer en la "Prevención", más libranos de hacer Instrucción.

**NOTA:** La unidad no se hace responsable de los pelones rotos o deteriorados.

**AMEN**

SOLDADITO DE LA WISA, FUISTE PELON COMO VO. AL WISA LE QUEDA POQUITO, YA TE QUEDA MGGELLÓN

### 1997-1998

#### NOVIEMBRE

					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30

Defuntos

#### DICIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31				

Defuntos

#### ENERO

5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

Defuntos

#### "La Loca"

5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

Defuntos

### Carnet de WISA

(Si no tienes una foto mejor es preferible que dejes esta)

**NOMBRE** \_\_\_\_\_

**APELLIDOS** \_\_\_\_\_

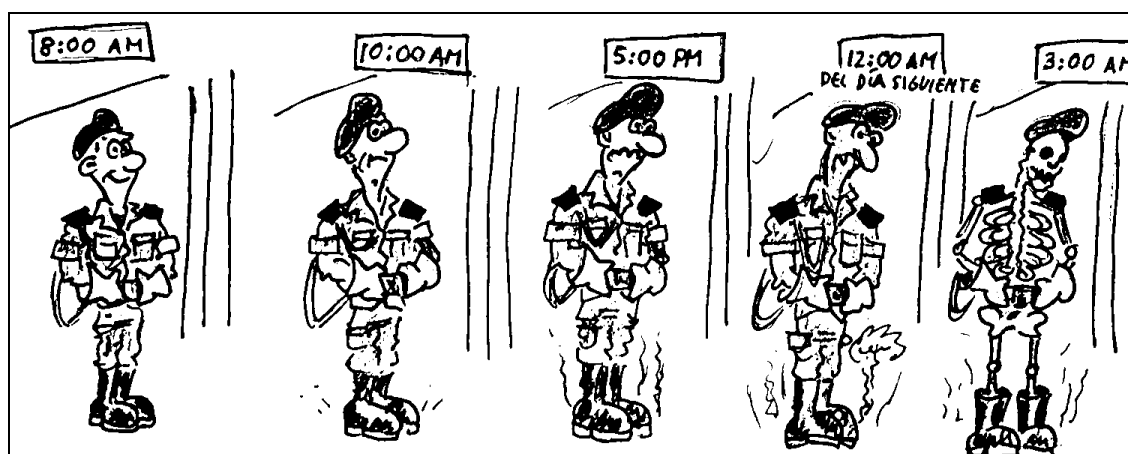
Estatuta: Más de 1,65  
Edad: Más de 16 y menos de 30 y tantos.  
Profesión: Wisa.  
Aficiones: Dormir, Beber, Jugar a las Cartas; Fuma y educa peludos.  
Deportes: Levantamiento de vidrio en barra fija.

**WISA 2º/97**

Carné del wisa.

En este carné podemos ver como en el lugar reservado para la fotografía de su propietario aparece dibujada una calavera y un texto en el que se puede leer: *Si no tienes foto mejor, es preferible que dejes ésta*, equiparando tal estado con el hecho de estar en la mili.

El siguiente dibujo muestra a un gastador que va adquiriendo paulatinamente un aspecto esquelético mientras realiza un servicio de vigilancia, éste también resulta significativo para señalar ésta percepción de la mili, destacando en este caso el rechazo de los servicios, y la relación simbólica de éstos con la degradación del soldado, lo que apunta el autor con la idea de que la realización de determinados servicios “matan”.



*Caricatura en la que se refería cómo “Los servicios te matan”.*

Como vimos al tratar la cultura militar, algunas unidades han utilizado símbolos mortuorios para simbolizar el poder de las mismas sobre la vida, y despertar el temor entre las unidades enemigas. El soldado de reemplazo, también reproducía -de forma un tanto burlesca- dichos modelos identificativos, creando dibujos en los que se identificaba a una determinada unidad como la más aguerrida. Una muestra de ello sería el dibujo que realizaron los reclutas de una compañía del centro de instrucción de reclutas de Cáceres, y que estamparon en camisetas utilizadas como recuerdo de su paso por dicho centro.



*Motivo identificativo de los miembros de la 5ª compañía de reclutas de un reemplazo del CIR Cáceres.*

Por lo que respecta a la disponibilidad del soldado para eliminar al enemigo, encontramos aspectos destacados de la formación que recibía, que estaba en gran medida encaminada a conseguir que éstos estuviesen “dispuestos” a disparar sus armas en caso de necesidad. Para tal fin se establecían los mecanismos de la instrucción militar ya tratados, cuya máxima expresión respecto al sometimiento incondicional al mando, reside en la *disciplina de fuego*<sup>172</sup>. Consiste en la supeditación del individuo a las órdenes del mando en situaciones especiales, como en el caso de encontrarse bajo el ataque de un enemigo. En esta situación los soldados deben ser capaces de no disparar hasta que sus mandos lo ordenen.

En cualquier caso, el combate se constituye en torno la realidad ineludible de la muerte, sea la de los enemigos, de los compañeros, o la del propio sujeto. Lo que hace suponer que, ante la presencia del miedo, o del odio, el individuo tienda a reaccionar de manera instintiva, haciendo fuego contra sus adversarios. Sin embargo, esta premisa no resulta tan clara, y los sujetos no reaccionan de igual manera ante los mismos hechos, por muy extremos que estos sean. Existen trabajos en los que se han analizado las reacciones de soldados al entrar en combate en los que se ha constatado que muchos se mostraban reacios a disparar a sus

---

<sup>172</sup> La disciplina de fuego está recogida como norma, entre otros, en el artículo 54 de las RROO de las FAS.

adversarios, o lo hacían con los ojos cerrados. Una de las posibles razones de tal reacción podía ser el rechazo ante el hecho de matar, y la presión del posible remordimiento que tal acto pudiera suponer a determinados sujetos. Por ello, la instrucción militar aporta mecanismos que permiten eludir, o al menos suavizar, el sentimiento de culpa que pudiera surgir en los soldados ante las acciones de combate, pues el automatismo adquirido, y la conciencia de estar sometido a las órdenes de los superiores, permiten al sujeto recurrir al argumento individual de que, al fin y al cabo, lo que hacen es obedecer órdenes, obedecer a otro que le obligaba a actuar de tal manera, y sobre quien debía recaer la responsabilidad de sus propios actos.

No obstante, el soldado conscripto solía apelar de manera crítica y grotesca el hecho de la muerte para mostrar la incongruencia que sentía entre lo que supuestamente era, en tanto que soldado, y lo que él mismo consideraba que era. Por ello recurría a parodiar y mostrar de forma frívola su condición de soldado, vinculándolo con la muerte sin ningún pudor. Una fórmula habitual de hacerlo consistía en mostrar de manera burlesca la capacidad de matar, que supuestamente le aportaba la instrucción militar y el uso de las armas.

Un dibujo representativo de lo dicho representa a un soldado con un casco en el que se puede leer la frase; “Nasío pa matá”, el cual está atareado en labores de limpieza con una escoba entre las manos. Este dibujo gozaba de mucha popularidad y aceptación entre los soldados de reemplazo de los últimos años, pues lo he encontrado en diversos contextos y de diferentes formas. Está basado en un dibujo que aparecía a modo de logotipo en la tira realizada en tono cómico pero a la vez crítico, “historias de la puta mili”. Reproduzco una copia del citado dibujo.

La frase “nasío pa matá” es una parodia de una frase utilizada por algunos soldados norteamericanos en la guerra de Vietnam, quienes escribían en sus chalecos y en sus cascos algunas misivas. Aspecto que recogieron y documentaron algunos corresponsales de guerra, como Michael Herr (1980:79). Sin duda, quien más contribuyó a extender ésta frase fue Stanley Kubrick (1987), al usar como motivo del cartel anunciador de su película *la chaqueta metálica* la imagen de un casco del ejército norteamericano con la leyenda “Born to kill”, inmortalizándola.



Los soldados de reemplazo de nuestro país la han utilizado con un tono punzante y sarcástico, mostrando una vez más su indignación sobre su propia condición, al pensar que su imagen de aguerridos soldados quedaba limitada a la realización de tareas que nada tenía que ver con el coraje, la valentía, o el valor, sino más bien todo lo contrario, de hay que en lugar

del cetme dibujasen una escoba, que se erige en símbolo de la incongruencia de la mili, donde se suponía que iban a aprender a utilizar determinadas armas, pero que en el fondo consideraban que lo que aprendieron era a barrer.

### **4.3- ¿Qué aprendían los soldados en la mili?.**

La autocensura funcionaba como un mecanismo de control<sup>173</sup> que hacía que los sujetos de un determinado grupo actuaran como policías inconscientes para con los miembros de su propio grupo. La asignación de empleos militares a la tropa, como los de cabo o cabo primero, constituía la máxima expresión de este proceder, pues quienes accedían a estos empleos tenían que actuar como controladores y vigilantes de sus iguales.

Así, el soldado desarrollaba un especial instinto que le hacía estar atento ante cualquier aspecto de su entorno, pues cualquiera podía ejercer algún tipo de presión sobre él dada su particular condición. Todo ello justifica el que se diesen grandes diferencias en las pautas de conducta de los diferentes miembros del ejército según su status<sup>174</sup>, lo que se reflejaba en lo que debía aprender, y como debía hacerlo, en función del grupo de pertenencia.

Una de las premisas de lo que debía enseñarse a todo militar era la razón de ser del servicio militar, y el estudio de temas relacionados con la defensa nacional, pues lo normal era que la mayoría de los sujetos que accedían al ejército tuviesen grandes carencias en estos temas. En el sistema educativo de los grados; elemental y medio<sup>175</sup> de nuestro país no se tratan de forma explícita tales materias, como señala Anna Bastida (1994). Y, en el caso de tratarse, se hace de manera poco objetiva, o superficial. Pero, a pesar de lo dicho sobre la conveniencia institucional de que tales materias se impartiesen a los soldados en su experiencia militar, la realidad indica que ésta seguía pautas similares a las de las instancias educativas civiles.

---

<sup>173</sup> Este aspecto lo trata profundamente Bourdieu (1985) referido a la eficacia del sistema educativo institucionalizado, y como este es capaz de generar en los educados actitudes de autocensura.

<sup>174</sup> Sobre el tema del status que cada cual posee dentro de la organización, y las exigencias que para cada uno corresponden, se puede consultar la obra de A. Kardiner, (1975), de la que destacaré el prefacio realizado por Ralph Linton (p. 14-15) que refiere: *La participación del individuo en la cultura es, pues, primordialmente cuestión de su posición en la estructura social, es decir de su status. En la organización formal de toda sociedad, cada status está asociado con una constelación de pautas de cultura. Tales pautas están organizadas y ajustadas mutuamente en tal forma que todo individuo que ocupe el status puede utilizar en su totalidad la constelación asociada con él. En realidad esos denominadores comunes solamente pueden ser establecidos para los individuos que tienen un status común. La cultura considerada como un todo es una configuración intrincadamente organizada, integrada por dichos denominadores propios de los status. Incluso dentro del marco de una sola cultura, los diversos status exigen de quien los tienen cosas marcadamente diferentes. Por ejemplo, si una sociedad espera que su jefe muestre un exaltado orgullo y una viva rivalidad contra los jefes de los otros grupos, es preciso que se le provea, desde un principio, de súbditos extraordinariamente dóciles.*

<sup>175</sup> En los planes de estudios de algunas universidades sí existen estudios relacionados con la defensa. En el caso de la Universidad Complutense de Madrid, en la Cátedra Juan de Borbón se imparten clases sobre estos temas. También se tratan en algunos programas de doctorado y cursos de postgrado, desarrollados por el Instituto Gutiérrez Mellado, en un plan conjunto del Ministerio de Defensa y la UNED. Otro ejemplo sería el de la Cátedra Cervantes desarrollada por la Universidad de Zaragoza y la Academia General Militar emplazada en esta ciudad.



Bastida hace unas observaciones interesantes sobre cómo es tratado el tema por parte de los medios de comunicación, de los que señala que suelen tratar el fenómeno de la guerra de manera que ayuda a mitificarla, mostrando su lado heroico, morboso, de aventura, o romántico. A la vez, señala como el hecho de que se presenten aspectos de la guerra mezclados con otro tipo de noticias, contribuye a que los sujetos se habitúen psicológicamente a la guerra, aunque desconozcan, de hecho, tal experiencia, familiarizándose con las tasas de muerte producida en las contiendas, y asumiéndolas como unas tasas más, equivalentes a las del paro, o los negocios.

Este fenómeno tiene más trascendencia en las sociedades occidentales, denominadas desarrolladas, en las que la omnipresencia y el consecuente impacto de los medios de comunicación y de las técnicas audiovisuales han afectando a la manera en que se nos presenta la realidad, y cómo la percibimos. Bourdieu (1998) y Ferrés (2000), son autores representativos de cómo influyen los medios de comunicación en la manera en que configuramos la realidad.

Personalmente considero que al soldado conscripto no se le ha informado con objetividad y profundidad sobre el fenómeno de la guerra y las acciones de combate, en el entorno militar. Sobre todo, si tenemos en cuenta que la existencia de la mili, constituía un medio de formar a los jóvenes para afrontar la guerra. En este sentido, pienso que, lo que en el mejor de los casos se enseñaba al joven soldado eran los aspectos funcionales y operativos de la misma. Se les instruía en el uso de un determinado material y equipo, y en las pautas de comportamiento propios del soldado. Y, aunque estuviese regulado el que los mandos debían impartir unas charlas teóricas sobre temas de la milicia, estos solían circunscribirse a temas funcionales, o en su defecto a argumentaciones sobre aspectos abstractos y complejos, que en el mejor de los casos el soldado no asimilaba, por diferentes motivos como: falta de atención e interés por el tema, el contexto inadecuado, la propia capacidad pedagógica del instructor o mando que impartía las charlas, etc. En este sentido, se me antoja que en general, no se hacía alusión a los aspectos más “negativos e inhumanos” de una confrontación armada en la instrucción que recibían, puesto que no se referían aspectos intrínsecamente vinculados con la guerra, como son el dolor, la miseria, la desesperación, la desorientación, el caos, la injusticia, etc., en definitiva los horrores y la sinrazón que suelen formar parte del combate.

En la filosofía de la instrucción militar, subyace la idea de que el soldado debe limitarse a hacer lo que se le manda, sin recibir ninguna explicación sobre lo que debe hacer, ni él por qué de ello, contraviniéndose así uno de los principios básicos de cualquier actividad pedagógica, es decir el saber por qué y para qué es necesario aprender lo que se le enseña.

Así, para el soldado de reemplazo las maniobras se limitaban a la realización de una serie de acciones en el campo, caracterizadas por el hecho de dormir en el suelo, comer en el suelo, y pasar varios días corriendo y caminando de un lado a otro, cavando zanjas, limpiando armamento, sufriendo las inclemencias del tiempo, sintiéndose sucio, o pasando horas inmóvil en un lugar sin saber por qué o para qué, estaba allí, y sin tener la más remota idea de lo que sucedía en su entorno. Cabe aceptar que, aunque dichas acciones constituían un sacrificio para los soldados y les aportaba una experiencia práctica que les fortalecía ante las inclemencias de la vida en el campo, lo cierto es que no se ajustaban a los hechos que pretenden simular y, salvo los momentos claves de las maniobras o ejercicios, solía predominar un ambiente lúdico y desenfadado. Por este motivo, muchos soldados las definen como un encadenamiento de acciones que servían a los mandos para “jugar a las batallitas”. Esta idea está además reforzada por el pensamiento de que, tanto los mandos como los soldados, sabían de antemano que en dichas acciones no existían riesgos reales, pues salvo algún desafortunado accidente, nadie corría verdadero peligro, pues el peligro deviene de hechos aislados y accidentales. Además, el éxito de las maniobras y de los actos similares estaba prácticamente asegurado desde el principio, pues se trata de un juego en el que, aun los perdedores, no perdían realmente nada, y eran igualmente felicitados al acabar los ejercicios.

#### *4.3-1 - Limpio como la patena.*

*Dios te dio un alma, tus padres un cuerpo, la Patria un arma, conserva limpios los tres.*

\* Ideario paracaidista.

El tema de la higiene y salud personal de la tropa afecta de manera directa a sus mandos, ya que es responsabilidad de estos el que sus unidades estén operativas y en condiciones optimas para combatir. Por ello se hace alusión explícita sobre este particular en algunos reglamentos, uno de los cuales es el *Reglamento Provisional para el Detall y Régimen Interior de los cuerpos del Ejército*, aprobado por Orden 1 VII de 1898, C. L. 154, -que seguía vigente en el año 1971 en su decimoséptima edición que es la que he consultado-. En estos se trata la responsabilidad del capitán de compañía y los mandos subalternos sobre la higiene de sus tropas, y se hace referencia minuciosa sobre todo lo relativo a la higiene personal de la tropa, de la que en tiempo lejano se detallaba incluso el número de veces que debía limpiarse las prendas de cada uno y los periodos en los que se debía realizar.

Para incidir en el carácter diferencial basta con comprobar que en el ámbito militar se habla de “Higiene Militar”, la cual aparece en el artículo 97, página 27, del texto citado, donde se define ésta como: *El conjunto de reglas de policía sanitaria, que tiene por objeto conservar la salud de las tropas y la del ganado, preservándoseles, en lo posible, de las*

*enfermedades generales, aun de las infecciosas y epidémicas, y de los accidentes a que siempre se halla expuesto el individuo.*

En esta definición destacaría al menos dos aspectos; por un lado el que se presenten conjuntamente a las tropas y al ganado, y por otro el que se vincule casi exclusivamente el concepto de higiene a la necesidad de contrarrestar posibles enfermedades.

Sobre el hecho de que aparezca referida de forma conjunta la higiene de la tropa y del ganado, podría resultar chocante desde una perspectiva externa a la militar. Pero desde la lógica institucional no existe contradicción alguna, pues, como señalé con anterioridad, la razón última que justifica la preocupación por estos aspectos, responde a una necesidad funcional y pragmática. Resulta necesaria para que estos puedan realizar de manera eficaz las tareas que se le encomienden, por lo que tanto el ganado como las tropas adquieren sobre este particular una consideración similar.

La higiene de la tropa sigue estando recogida en los reglamentos actuales como el Libro del Soldado (2000), donde se regula que el aseo personal y el orden de los dormitorios será la primera tarea a realizar después del toque de diana.

Hechos estos comentarios sobre la higiene y limpieza como necesidades funcionales, referiré otro carácter especial que adquieren dentro de las FAS, donde son consideradas como un valor. Martínez Paricio lo refiere en un artículo titulado *El servicio militar, ¿troquel o profesión?*, en AAVV (1987a:80), donde señala cómo entre los valores instrumentales de la enseñanza de los suboficiales en el año 1978 adquiriría un lugar destacado el “valor de ser limpio”. Valor que no figura de forma explícita en el año 1985, con lo cual denota cómo la institución militar, va adecuándose a las circunstancias sociales del momento. Por otra parte, resulta significativo el que, en ningún caso, este “valor de ser limpio” sea referido en la enseñanza superior militar, es decir, por lo que respecta a los oficiales entre los cuales se considera un valor intrínseco.

Por lo que respecta a la tropa de reemplazo, y a los procesos de socialización dentro del ámbito militar, los valores del orden y la limpieza, así como los procedimientos para que estos se produzcan, han sido tratados de forma permanente, tanto en el plano simbólico como en el instrumental. Estas consideraciones han seguido vigentes prácticamente hasta la actualidad, pues así se explicita en algunos textos que han servido de orientación para el soldado de reemplazo. Un buen ejemplo podría ser el trabajo de Fernando de Salas (1987:120) donde señala: *las Fuerzas Armadas brindan la oportunidad de adquirir, mientras permanezcas en filas, normas de actuación y hábitos de orden, de limpieza, [...]*. Resulta llamativo una vez más, el que se haga referencia, en primer lugar, a los aspectos referidos al orden y la limpieza como principios que se pueden adquirir durante el servicio militar. Con lo que se constata

nuevamente el carácter obsesivo que estos aspectos parecen adquirir en el mundo militar cuando se tratan temas relacionados con el soldado de reemplazo.

También son usuales las referencias sobre la higiene de la tropa en manifestaciones de algunos mandos, y entre los médicos militares, que en ocasiones han referido los hábitos poco higiénicos de nuestros jóvenes varones de un determinado momento. Así lo podemos leer de forma concreta en el texto que he referido en anteriores ocasiones del médico militar Antello Ortiz (1946:17) que dedica un apartado al hecho de la entrada en el cuartel en el que señala literalmente: *El servicio militar no es sólo un elemento educativo de primer orden para la vida ciudadana, sino que para algunos representa el momento de conocer y adquirir el hábito de muchas prácticas higiénicas*. Por lo que la enseñanza de tales prácticas constituía una función social de los ejércitos en tiempos pasados.

Hechas estas observaciones sobre la higiene referida desde instancias formales, pasaré a analizar algunos aspectos concretos de la misma relacionándolos con la experiencia concreta del soldado. En primer lugar destacaría el hecho de que el joven tenía que realizar las actividades de aseo e higiene personal de manera comunitaria, lo que, en algunos sujetos, podía producir un cierto reparo, pues son actividades que normalmente se realizan en intimidad. Este hecho lo recoge Bramanti (1948: 76-80, 177): *En la tropa, especialmente, la vida del cuartel puede provocar a veces íntimos resentimientos ante la exigencia impuesta por el ambiente, de compartir con otros, aunque con condiciones similares de edad, alojamiento, vestimenta y alimentación, hechos tan personales y privados como lo son el desvestido, el baño en común, la, vacunación colectiva y tantas otras situaciones análogas, que obligan al individuo a dominar su pudor natural e innato*. A los aspectos señalados añade además Bramanti un análisis sobre conflictos que pueden emerger en los sujetos relacionados con la vida en colectividad, tendentes en unos casos a potenciar sentimientos de inferioridad, y en otros a desarrollar problemas por un exceso de competitividad y deseo de destacar ante los mandos y compañeros, de los que indica que podían desembocar en conflictos psicológicos importantes.

Sobre estos actos de carácter más o menos colectivo y público, quisiera incidir en el hecho de que, salvo circunstancias excepcionales, la tropa se bañará en lugares diferentes de los mandos, o en caso de no existir estos lo hacía en momentos diferentes para evitar la coincidencia de ambos grupos. Este hecho que establecía la separación entre las clases, estaba regulado de manera explícita en algunos manuales y reglamentos militares, que han seguido vigentes hasta nuestros días, al menos en el papel. Así, por ejemplo, se refería el que

las distintas clases se deberían bañar por separado. Lo que se hacía extensivo a los subgrupos de la tropa<sup>176</sup>.

En la propia lógica de un sistema jerárquico, el establecer una categorización de tipo antropomórfico no resulta extraño. Por lo que se vinculará a las clases dirigentes con la cabeza, y con las funciones intelectuales y de dirección, siendo poseedoras de los valores morales superiores. A la vez, se les otorga una vinculación mínima con los deseos y dependencias biológicas, -en especial con las sexuales, por estar directamente relacionadas con la moral<sup>177</sup>-. Por el contrario, las clases inferiores estarán relacionadas con los miembros, y zonas inferiores del cuerpo humano. Por tanto, estarán vinculadas a las tareas más mundanas y menos puras, a la vez que estas clases suelen ser consideradas como más dependientes y sometidas a las necesidades corpóreas. Todo lo cual justifica la necesidad de establecer unos sistemas de control adecuados al respecto, que se produce de acuerdo a los procedimientos que trata Mary Douglas (1978:96-97). En esta lógica, se entiende la tendencia obsesiva de separar, en la medida de lo posible, a los diferentes grupos en todo aquello que pueda otorgar alguna duda sobre la diferencia de los mismos, pero de forma especial en aquellas acciones en las que se evidencie la condición más humana, y mundana de sus miembros.

Mary Douglas analiza la manera en que se puede expresar la jerarquía social a través de diferentes manifestaciones corporales, de la que señala: *Para expresar la jerarquía social se utilizaran diferentes grados de descorporeización. A mayor refinamiento, menor ruido al comer, menos masticación, más leves los sonidos de respiración y de pasos, más cuidadosamente cuidada la risa, más controladas las muestras de enojo y más claramente definida la imagen aristócrata-sacerdotal.* Aspectos que son del todo aplicables a la institución militar. Así, los oficiales, como representantes superiores de la clase militar, son educados e instruidos como caballeros, siendo válidas para con ellos todas las indicaciones señaladas. De manera que deberán mostrar una perfecta compostura, y un exquisito refinamiento en todas sus manifestaciones corporales, eludiendo aquellas que puedan reflejar algún síntoma de debilidad como, por ejemplo, el llanto. Con ello se pretende mostrar que éstos no están sometidos a una dependencia vulgar de su cuerpo, al que dominan y controlan plenamente, siendo capaces de reprimir cualquier deseo de manifestación impulsiva y visceral. Así, por ejemplo, está mal visto ver a un oficial chillando, o comiendo sin

---

<sup>176</sup> *Reglamento Provisional para el Detall y Régimen Interior de los cuerpos del Ejército*, aprobado por Orden 1 -VII- de 1898, C.L. 154, decimoséptima edición, 1971. En el artículo N° 112, referido a los baños en playas y lugares designados dice textualmente: *Los sargentos y cabos podrán bañarse, formando grupos separados del de los soldados.*

<sup>177</sup> Como ejemplo de esta argumentación, podríamos referir a diversos autores, en especial a Jefes y mandos de una determinada etapa de la historia de nuestro ejército. No obstante, citaré a Ibarra Burillo (1958:39) como ejemplo, pues defiende esta argumentación de forma extensa.

compostura, o que produzca ruidos al caminar, a no ser que sea un sonido armonioso. Por el contrario, se acepta y tolera el que los suboficiales sean bastante más ruidosos y descuidados en sus manifestaciones verbales. Tal tolerancia es mayor para con la tropa, al estar vinculada a las actitudes y pautas de conducta más vulgares y menos refinadas.

Sobre este particular, quiero destacar cómo los soldados recurrían con frecuencia al uso de manifestaciones corporales contrarias a las normas de compostura y actitudes formales. Esto no siempre era achacable a la falta de formación cívica o buen hacer de los sujetos, sino que constituía una forma más de rebelarse contra el sistema. Una de las mejores maneras de hacerlo era rechazando, e incluso ridiculizando, o exagerando las normas de conducta establecidas. En este sentido y, como señala nuevamente May Douglas (1978:97): *La oposición aseo/descuido constituye un elemento constitutivo del conjunto general de contrastes simbólicos que expresan la dicotomía formal/informal. El descuido del cabello como expresión de protesta contra las manifestaciones de control social es un símbolo muy generalizado en nuestros días.* De acuerdo a estas consideraciones, parece significativo el que los soldados reproduzcan en sus dibujos y caricaturas todo tipo de elementos que denoten tales actitudes contrarias a la institución. Por lo que las representaciones de soldados con apariencias descuidadas, e incluso sucias, y el constante uso de todo tipo de elementos de carácter escatológico y corpóreo, adquiriría sentido como muestra de rechazo al sistema, y como una fórmula de oposición al propósito institucional de descorporeizar, en lo posible, a la institución y a los sujetos que la conforman.

Como datos complementarios a los ya referidos, y a otros que presentaré con posterioridad, quisiera reseñar dos datos que, por su peculiaridad pueden resultar de interés. El primero se refiere a una práctica que habían adquirido un grupo de soldados consistente en hacer “competiciones de eructos”, de forma que durante los momentos de descanso se dedicaban a emitir estruendosos y consecutivos eructos. Otra curiosa anécdota me la contó un informante referida a un compañero de la mili, que para pasar el tiempo y hacer más llevadera la estancia en los barracones acostumbraba a montar un curioso espectáculo. El citado personaje parecía poseer un gran control sobre las emanaciones gaseosas de sus intestinos, de forma que era capaz de emitir todo tipo de cuescos a su antojo, por lo que se entretenía reproduciendo de forma rítmica y acompasada determinados toques y marchas militares. Su número más “sonado” consistía en ponerse con las posaderas al aire y colocándose detrás de él un compañero con un mechero y producir una fuerte ventosidad, de manera que al entrar en contacto directo con la llama del encendedor las emanaciones se convertían en una gran llamarada, que producía asombro y divertimento a los allí presentes.

Cierto o no, estas acciones tenían como fin el reírse de su situación, y de ellos mismos, pero sobre todo de descargar tensiones y manifestarse contrarios a la norma y el control al que estaban sometidos permanentemente. Para ello, qué mejor que hacer abiertamente aquello que era considerado como contrario a la norma; el que recurriesen a manifestaciones corporales e individuales respondía al hecho de que se pueden transgredir fácilmente.

Lo anteriormente señalado respecto al control institucional sobre las manifestaciones corporales, y sobre la tendencia a separar a los diferentes grupos respecto a este tipo de manifestaciones, constituye un mecanismo para evitar cualquier atisbo de similitud entre las partes. Y, utilizando los argumentos de M. Douglas, para prevenir cualquier posibilidad de contaminación, con lo que se contribuye a la reproducción del sistema establecido, que reafirma el status superior de los unos, los que deciden, respecto a los otros, los que obedecen. Esta separación y distinción, adquiriría los máximos rigores en lo que respecta a los lugares establecidos para realizar algunas necesidades biológicas consustanciales a la naturaleza humana, como son los actos de defecar y orinar. Funciones sobre las que resulta imposible establecer más distinción entre un ser humano u otro que la postura adoptada al hacerlo, o los restos orgánicos que componen las excreciones producidas. Por lo que, desde el punto de vista institucional, había que tener el máximo cuidado para que los mandos supremos no fuesen vistos por los inferiores realizando acciones consideradas como sucias y contaminantes.

La simple vinculación de aquellos que son considerados perfectos y limpios, con estas actividades supondría una profanación de la norma. Lo que resulta del todo cierto en el plano simbólico, pues obviamente “hasta los soldados más novatos eran conscientes que todos sus superiores, sin excepción, realizan las mismas funciones biológicas que ellos”. Mary Douglas (1973) señala de manera explícita éste hecho, refiriéndose al pueblo y a la cultura israelita, en la que los sacerdotes y guerreros eran considerados hombres perfectos frente a los demás. El esquema planteado en un plano simbólico debe quedar, en la medida de lo posible, respaldado por el mundo real. Respecto a lo anteriormente dicho, se configura en las unidades militares en la distinción manifiesta de lugares establecidos para realizar las funciones señaladas, por lo que normalmente existían diferentes servicios para los distintos grupos.

Sobre este particular debo confesar que desde el sentido común de la institución resulta un tanto chocante el estar en un servicio delante de los urinarios concentrado en la micción, y que de repente aparezca un subordinado y te espete de forma enérgica un, ¡a sus ordenes mi ...!. Lo cual podría resultar incómodo tanto para el superior como para el subordinado, más aún si la diferencia de status es marcada. En todo caso, tal circunstancia se antoja, cuanto menos incómoda, y, pensándolo fríamente, un tanto estúpida. Imaginemos una situación que podría

ilustrar tal hecho. Haciendo un esfuerzo de imaginación podríamos visualizar a un joven recluta que se encontrase en mitad de su micción en un inodoro de su unidad y de repente entrase un mando de cierta graduación. El soldado, como muestra de su alto grado de disciplina, podría actuar de manera automática, y, reproduciendo las pautas establecidas ante tales circunstancias, adoptar de manera enérgica la posición de firmes, llevándose la mano derecha a la cabeza para saludar y volviéndose hacia el mando para mirarle de frente. Tal escena resulta chistosa, y, sí resulta lógico suponer que el superior se pudiera encontrar un tanto incómodo en esta circunstancia, lo que sí es seguro es que al recluta le costaría volver a orinar con tranquilidad en ese contexto.

No obstante, resulta fácil comprender que el carácter cómico o de apariencia incongruente, e incluso violenta, de estas situaciones son fruto del propio sistema de valores de la peculiar cultura militar, que establece la necesidad de diferenciar a sus miembros en todas las circunstancias y situaciones, amparándose en el principio de la jerarquía que todo lo rige y a todo afecta. A la vez, la separación que se establece en orden al sistema de las categorías jerárquicas vigentes, es fomentada en su mantenimiento y continuidad por los sentimientos que provocan entre sus componentes, los cuales acaban considerando como normales y naturales la propia diferenciación y separación entre las partes, incluso en las circunstancias señaladas.

Por lo que respecta a la distribución, forma, y disposición, de las instalaciones asignadas al personal de tropa de reemplazo para realizar las funciones o acciones de carácter fisiológico ya señaladas, destacaría que estaban diseñadas de forma que factores como el pudor y la intimidad, en definitiva la individualidad, fuesen sistemáticamente eliminados. Lo que se justificaba por una necesidad de controlar a los sujetos pertenecientes a la tropa, en todo momento y circunstancia, para evitar que alguno realice actos considerados “impuros”, (consumo de estupefacientes, relaciones homosexuales, etc.), o contrarios a la norma.

Respecto a los lugares de vida de la tropa, hay que decir que en los últimos años se han realizado grandes esfuerzos en la adecuación y modernización de locales e instalaciones de este tipo como; dormitorios, aseos, instalaciones deportivas, etc. Pero, estas mejoras, no han sido extensivas, ni desarrolladas de igual modo en todas las unidades. Y no siempre han alcanzado cotas equivalentes a las adquiridas en el ámbito de la sociedad civil. De forma que, sí bien es cierto que en otros momentos muchos jóvenes descubrieron lo que era una ducha al incorporarse a filas, en los últimos tiempos, eran muchos los que se quejaban de carencias al respecto, alegando que las instalaciones eran insuficientes, o no reunían las condiciones adecuadas para el número de personas que vivían en una compañía.



Después de estas consideraciones retomo de forma más concreta el tema específico de las valoraciones respecto a la limpieza y la suciedad.

Debo destacar cómo los soldados hacían un uso reiterado de una extensa terminología referida a la suciedad para referir las condiciones en las que consideraban que vivían. A un nivel más amplio, también eran utilizados tales calificativos para referir su propia situación existencial como soldados de reemplazo, y el propio servicio militar, como he señalado en otros puntos del trabajo. De hecho, no resultaba extraño oír entre los soldados exclamaciones del tipo: *Esto es una mierda, estoy hasta los cojones de estar aquí siempre pringado*. Un soldado al que le quedaban diez días para licenciarse hacía una definición especialmente rotunda sobre su concepto de la mili usando de forma reiterada una categoría escatológica: *El ejército deja mucho que desear para mí, la mili es una mierda, prefiero la anarquía a esta puta mierda, y la comida también es una mierda, además los mandos se creen unos supermanes pero son unos payasos y aquí se van a quedar que yo me voy, estoy hasta las narices de la puta mili*.

Otro ejemplo de tal proceder sería el de un soldado que me resumía su visión de la mili con las siguientes afirmaciones: *Yo resumiría la mili en los siguientes términos, se trata de un servicio obligatorio en el que cobras una mierda, vives entre mierda, y la comida es una mierda [...] estoy hasta los mismísimos huevos de esta mierda*. Podría reproducir más consideraciones de similar guisa, pero con los ejemplos expuestos queda clara la idea.

Igualmente resultaba frecuente que eran tratado dentro de las FAS de forma inadecuada, utilizando para ello categorías y calificativos relacionados con la suciedad. Algunos ejemplos podrían ser las declaraciones siguientes; *Aquí nos tratan como si fuéramos mierdas*, o declaraciones del tipo; *Me siento como si fuera una basura a la que todo el mundo tiene derecho a vapulear*.

Se puede apreciar cómo el soldado utilizaba categorías propias de la ordenación cognitiva de nuestra civil para simbolizar el carácter impuro del mundo que le rodeaba y respecto a su propio ser como soldados. Por ello recurría a elementos como los flujos y materia orgánica que excretamos como seres vivos que somos, vinculados a la suciedad y a la impureza.

Estos elementos suelen ser considerados como impuros en muchas culturas, como refiere Mary Douglas (1973), (1978), entre las que se incluye la nuestra. De manera que los soldados pretendían simbolizar a través de este tipo de manifestaciones un rechazo y desprecio para con su ser como soldados. Esto no resultaba chocante ni contradictorio si tenemos en cuenta que no se sentían realmente como tales, dado el carácter liminar de su condición, por lo que no asumían como propia, ni particular, la condición de militar que ostentaban.

Estas manifestaciones en las que se recurre a todo tipo de referentes que aluden a la inmundicia, a la cochambre, en definitiva a la suciedad en tanto que categoría, está también presente en las creaciones iconográficas de todo tipo. En ellas suelen referirse una amplia diversidad de actos de carácter obscenos que representan a sujetos copulando, orinando, ventoseando, o defecando, como veremos en algún ejemplo que reproduzco a continuación.

En estos dibujos y caricaturas se pueden apreciar los signos y elementos que he referido de manera, entre cómica y dramática, en la que se entrelazan para representar el estado existencial en que sus autores percibían que se encontraban durante su experiencia de la mili. Quiero destacar cómo el recurso sistemático por parte de la tropa de elementos escatológicos para referirse al mundo militar, resulta opuesto y antagónico a las manifestaciones institucionales, en las que prevalecerán signos que denoten la pureza, el honor, lo inmaculado, y todo tipo de virtudes alejadas y opuestas a cualquier elemento que pudiera considerarse sucio o impuro según las categorías al uso.

Pese a lo emborronado del conjunto, podemos observar diferentes motivos de carácter escatológico, como un mojón de excrementos rodeado de moscas al principio del calendario, en la parte superior central, y otro similar en la parte inferior derecha con una flecha que indica (mili). Con ello se señala una expresión bastante común entre la tropa en la última etapa de la mili que rezaba “*mili caca*”, que señalaba al proceso de la mili con ese significado. También se puede observar una serie de esputos repartidos en el conjunto, indicados con una flecha y su nombre (lapo), para no dejar dudas sobre lo que son. Otro motivo destacado, es el que aparece en la parte superior derecha, en el que se observa a un soldado que sólo lleva la gorra y las botas por vestimenta, y que se está tirando un cuesco, representando una de las escenas que traté con anterioridad.

En la parte inferior derecha podemos percibir también la figura de otro soldado orinando en un bidón<sup>178</sup> de plástico. En la parte inferior vemos un soldado fornicando, y mostrando sus posaderas con lo que podría cerrarse el conjunto. En este mismo grupo podríamos incluir la caricatura del soldado encerrado en el calabozo, y la del soldado que se muestra con un aspecto cadavérico defecando. Estos dibujos los presento en otros apartados de la tesis, por lo que no incidiré en ellos.

---

<sup>178</sup>Este dibujo recoge una práctica realizada en algunas unidades en los años 90, en las que se colocaban bidones para recoger el orín para utilizarlo en empresas farmacéuticas. Estas ofrecían a cambio el sorteo de alguna motocicleta o similar entre los miembros de la base, de hay que se dibuje una motocicleta.



Además del aseo personal y de los dormitorios, el soldado de reemplazo ha sido el encargado de la limpieza de los espacios, los materiales, y equipos más diversos. Por ello no resulta extraño el que muchos soldados alegasen que lo único que hicieron en la mili era limpiar y limpiar, llegando algunos a circunscribir el servicio militar a ésta particular tarea, o a actividades rutinarias vinculadas a este menester, refiriendo la sinrazón de tal proceder. Así me lo describían unos jóvenes soldados de una unidad de Madrid; *Estamos cansados de no hacer nada. ¿Que hacemos hoy? ¡Cualquier cosa!: Se limpia un Cetme que luego no se usa, mañana no vamos a tiro pero lo tienes que volver a limpiar, limpias, limpias y no tiras, y si el Cetme no se usa y no se ensucia ¿para que hay que limpiarlo otra vez? [...] Se revisan coches que no se usan, no se mueven y todos los días se comprueba si tienen aceite y gasolina, si no se ha usado estará como ayer.*

También aludían cómo determinadas instalaciones de los acuartelamientos poseían una vinculación intrínseca con la suciedad. Así lo expresaba uno de ellos; *Respecto a las instalaciones, con el paso del tiempo me he ido acostumbrando a ellas, pero mirándolas fríamente las veo muy cutres y sucias por mucho que nosotros las limpiemos.*

Otros soldados resumían su experiencia militar con desánimo y frustración por la realización de este tipo de tareas. Un ejemplo de esto sería el siguiente comentario: *Se supone que vine a la mili por una cuestión de defensa de la patria, para participar en esa defensa de algún modo, sin embargo, yo me licenciare sin saber nada del uso de las armas, pero con una increíble facilidad para barrer y fregar.*

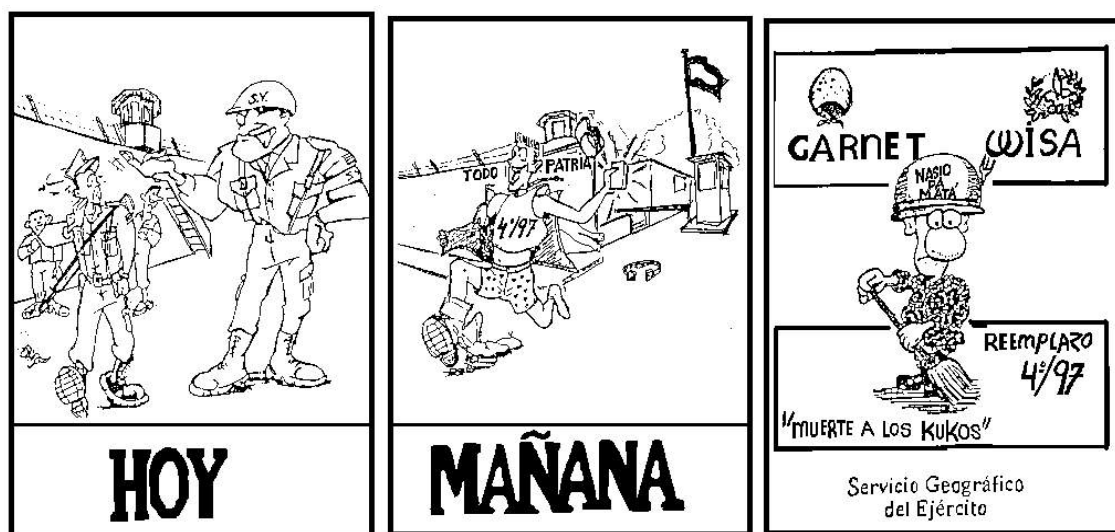
Una muestra más de la trascendencia que adquirirían en la vida del soldado de reemplazo los aspectos relacionados con la limpieza lo podemos observar en los consejos que sobre el particular hacía un veterano a los recién llegados al cuartel en un artículo de una revista militar. Se trata del último párrafo del texto que reproduce en su momento al tratar el tema de la entrada del joven en el cuartel, titulado *Bienvenidos*, publicado por la revista de su unidad.

En tal consejo se hacía referencia a la necesidad de cuidar y limpiar tanto su persona, como los enseres y objetos que eran de su responsabilidad directa. Pero, como el veterano señalaba, tal proceder no lo recomendaba por la necesidad de higiene o cuidado de los mismos, sino que lo hacía como medio para evitar posibles arrestos. Pero cuando se trataba de tareas relacionada con la limpieza o mantenimiento de instalaciones o enseres especialmente desagradables, como los enseres e instalaciones de las cocinas, los veteranos solían ofrecer otro “consejo” de carácter funcional al margen de los procedimientos formales, por el que conminaban a los novatos a que realizasen estas tareas malamente y lo más despacio posible.

En el razonamiento de esta recomendación se encontraban dos propósitos claves; primero llenar el máximo tiempo posible con el mínimo esfuerzo, y segundo, hacer las cosas con

cierta desidia y malamente para que no se la volviesen a mandar los mandos, pues en caso de que alguno destacase en su eficacia y entrega por hacer alguna tarea, lo más probable era que éstas se le encomendarán de manera reiterada. Además, no debían hacerse las cosas con rapidez, ni con demasiada perfección, para no dejar en entredicho a los compañeros, ni la forma de trabajar de éstos. Así se mantendría así una cierta armonía y todo se ajustaba a los niveles mínimos exigidos, que lógicamente serán los marcados por los veteranos de turno. Principio que me resumía un veterano hace un par de años puntualizando; *La limpieza deberá ser la justa, para poder terminar la tarea sin que los mandos te den un toque de atención.*

Una de las deducciones a la que he llegado después de observar e indagar durante largo tiempo sobre la manera en que los soldados de reemplazo percibían la mili, es que para ellos la mili giraba básicamente en torno a las funciones de limpiar y vigilar, lo que se estructuraba en los denominados servicios mecánicos, -que incluyen los de limpieza-, y los servicios de armas. Tal percepción la manifiestan de distintas formas, entre las que destacaría una vez más el recurso a las caricaturas. En muchas de estas se aprecian alusiones a uno, o, a ambos aspectos. Como ejemplo mostraré un dibujo que constituía uno de los carnés que me facilitaron unos informantes.



*Carné del wisa; “nasío pa matá”.*

La caricatura de la izquierda representa a un soldado haciendo un servicio de armas, que está siendo recriminado por un miembro de la vigilancia militar. En el fondo de la misma se pueden observar algunos soldados que se ríen de la situación, y en la parte inferior del dibujo se aprecia una referencia temporal (HOY) que hacía alusión a que el hecho acontecía estando el soldado en el cuartel. En la caricatura central se muestra al soldado en el momento exacto de salir del cuartel al licenciarse, por ello aparece en su parte inferior un texto que señala (MAÑANA). Por último, y como aspecto especialmente destacado, la portada del citado carné,

presenta al personaje al que hice referencia en páginas anteriores, consistente en un soldado barriendo con una escoba.

Para rematar la escena, bajo la figura del soldado barrendero se puede leer “muerte a los kukos”, señalando que se trata de un recluta, de un novato. Con ello señalan el carácter de humillación y de vejamen que constituía el acto de barrer, en definitiva, de limpiar, por lo que quedaba reservada a los bichos, a los novatos, a los que le eran impuestas las tareas desagradables, no sólo por los mandos, sino también, y especialmente, por los compañeros veteranos.

También queda recogido en otro particular logotipo muy popular entre los jóvenes de los años 90 –en este caso corresponde al año 1999-, como el que muestro, que se utilizaba para transmitir todo tipo de mensajes, representando estados de ánimo, actividades, e incluso profesiones, y del que los soldados de reemplazo plasmaron su particular interpretación, mostrando una vez más la costumbre de éstos de hacer usos de motivos propios de los jóvenes de su época.

Además de lo dicho hasta ahora, hay que tener en cuenta que en la sociedad civil las actividades relacionadas con la limpieza, en especial con los servicios y locales *non gratos*, han estado asociada a la idea de servilismo, e incluso de un tipo suavizado de esclavitud. Llevado a la institución militar adquiere un particular sentido, pues en tiempos pasados se materializaba en las figuras del “fatigas” y en la del “ordenanza”.

Aparte de estas figuras de antaño, y tras la desaparición de las mismas, han prevalecido en los acuartelamientos destinos en los que los soldados tenían que realizar tareas que muchos consideraban impropias de su condición militar. Algunas de ellas se les asignaban en función de la formación previa de los mismos, como el servicio de camareros, o de cocineros o ayudantes de cocina, así como las de jardineros, barrenderos, etc. Todas ellas necesarias para el mantenimiento de las actividades y limpieza cotidiana de la unidad, pero que muchos no asumían con gusto, entre otras razones porque consideraban que ellos no iban a la mili para hacer lo que ya sabían hacer, y encima hacerlo gratis, y además sentían que para ello no necesitaban ir al ejército, ni vestir el uniforme militar. Así pensaban los que llegaban a la mili con el deseo de realizar actividades que consideran más operativas, y propias de la milicia, y se manifiestan especialmente críticos al sentirse utilizados para tareas que calificaban de serviles. Sobre este particular refiero nuevamente la cita respecto al cambio lingüístico que ha determinado el cambio del antiguo y popular término de servicio, por el de mili, para referirse



al servicio militar, dado el carácter servil al que se asocia en la actualidad al primero, lo que destacan Morant y Peñarroya (1999:221).

En cualquier caso, los servicios no considerados específicamente castrenses, han sido continuamente criticados por los jóvenes a lo largo del tiempo, tal crítica estaba fundamentada en lo dicho. Pero también lo han sido los servicios de armas y las guardias, en este caso, por su cuantía, y por estar vinculadas a funciones de custodia y vigilancia. Sin embargo, las actividades consideradas como propias de la experiencia militar, como las maniobras y acciones similares, han sido, en el mejor de los casos, aceptadas, a pesar de la dureza que entrañaban, incluso cuando éstas no les resultasen gratas.

Algunos soldados me han referido tal sentimiento alegando que su estancia en la mili no había sido precisamente lo que pensaban que era servir a la patria. Uno, con planteamientos ciertamente patrióticos me lo expresaba en los siguientes términos: *Me hubiera gustado estar en un cuerpo más operativo del que estoy, y no hacer el trabajo sucio del ejército, más orden de combate y más tiro. Hay que hacer hombres y no barrenderos ¡VIVA ESPAÑA!*.

De manera similar se expresaba otro veterano: *No se respeta al soldado de reemplazo después del sacrificio que supone a un chico civil (y somos los que luchamos) [...] Además pienso que al ejército se viene a defender a España no a limpiar y a barrer, (para eso están los barrenderos). La mili antes podía tener sentido, pero ahora en los finales del siglo XX me parece una pérdida de tiempo, porque llevo 8 meses y 3 cuartos limpiando todos los días.*

Otro aspecto que confirma la importancia que los soldados otorgaban a los hechos relacionados con la limpieza en la mili, era la frecuencia con que aparecía en sus conversaciones. Pero en muy pocos casos se hacía referencia a la limpieza como elemento de higiene o necesidad personal o de mantenimiento de los edificios, instalaciones, material o equipo. De hecho, el soldado limpiaba y relimpiaba constantemente, incluso aquello que ha limpiado recientemente, por lo que acababa asociando el acto de limpiar con la idea de obligación, entre otras razones porque la decisión de efectuar dichas tareas no recaía, en ningún caso, en el propio soldado. Éste no decidía cuándo debía limpiar, ni lo que debía limpiar, ni cómo debía hacerlo, estos parámetros le eran demarcados por un mando, o por el encargado de tal menester. En este sentido, se puede interpretar que en el ejército existía una percepción de la limpieza obsesiva y compulsiva, como señala Dixon (1991: 225).

Por otra parte, para el soldado el hecho de limpiar también estaba vinculado a la idea de control y supervisión, lo que está en consonancia con los planteamientos de Goffman (1994:56)<sup>179</sup>, pues su realización y su eficacia resulta fácilmente perceptible. Pero, el

---

<sup>179</sup> (Cita de Goffman referida a Robert H Willoughby, <<The Attendant in the State Mental Hospital; tesis inédita de licenciatura, Universidad de Chicago, Departamento de sociología, 1953: 45-46).

verdadero propósito de tal supervisión, no residía en determinar el nivel de limpieza obtenido, sino el hecho de que ésta se hubiese realizado. Por ello, en muchas ocasiones, los soldados encargados de la limpieza recurrían a la picaresca, y cuando no eran observados por los mandos vertían grandes cantidades de agua en los suelos e instalaciones para simular que habían fregado, o esparcían el polvo por todas partes para disimular su presencia en lugar de recogerlo. También era frecuente que escondiesen la basura en cualquier lugar en vez de recogerla y depositarla en los lugares adecuados. Así, no resultaba extraño que en una revisión con detenimiento de algunas dependencias acabases encontrando restos de comida, o sustancias con claros signos de llevar bastante tiempo en el lugar, lo que constituía una muestra más de la actitud rebelde de los soldados contra el sistema.

Otro aspecto que denotaba el vínculo de las tareas de limpieza con el control, lo podemos deducir del hecho de que en la terminología militar los temas relacionados con la limpieza y aseo, así como con el aspecto y estética de los miembros e instalaciones, son referidos como elementos de “policía”. Lo que está recogido en una de las acepciones del término que aparecen en el Diccionario de la Lengua Española, y en la que también se hace referencia al orden, pues, de hecho, en el ámbito militar la apariencia y la limpieza no se restringen al mero aspecto estético, sino que están vinculadas a valores superiores. Tal y como se deduce de algunos artículos de las Reales Ordenanzas para las FAS, del que destaco el Artículo 56: *El soldado o marinero se esmerará en mantener el buen estado de su vestuario y equipo personal. En todo momento, con su conducta, porte y aire marcial, ha de acreditar la instrucción recibida y contribuir al prestigio de las Fuerzas Armadas.* El artículo 40 de las citadas RROO también hace alusión a la policía y subordinación de los militares. El mero hecho de que estos aspectos estén referidos en las Reales Ordenanzas de las FAS denota su importancia. Su necesidad se evidencia también a través de la existencia de una gama de servicios que se constituyen precisamente para este fin. Quizá la muestra más gráfica la encontremos en una curiosa figura de antaño a la que se denominaba “servicio de fatigas”.

Este calificativo se atribuía al que realizaba unos determinados servicios mecánicos, que solían consistir en la limpieza de los comedores y cocina, y el que realizaba determinadas tareas de ayuda en estas instancias, como pelar patatas y limpiar las cacerolas sartenes, etc. También solía ser aplicado para los que se les asignaba servicio de limpieza de los retretes. Probablemente el origen etimológico de tal término resida en lo fatigosas que resultaban las tareas citadas. Sin embargo, éste particular calificativo posee un origen institucional, pues se trata de un servicio que se nombraba entre la tropa en tiempos pasados, como se refiere en un artículo de la revista Ejército N° 711 de mayo de 2000, realizado por Ortega Quero, (Sgto. 1° de artillería), titulado precisamente *El Servicio de Fatiga: Nota de Léxico Militar.* En éste



artículo muestra cómo la figura del fatigas aparece formalmente recogida en un Reglamento de Servicio Interior de los Regimientos de Artillería aprobado por SM el Rey D. Alfonso XII en 1882, en el que se refieren en una serie de artículos (desde el 238 al 254, ambos incluidos, -dieciséis artículos ni más ni menos-) todo lo referente a dicha figura del personal de tropa.

Después de este inciso, quiero significar que para el soldado la limpieza también estaba asociada con el castigo, pues una de las fórmulas usuales de castigo empleada con los soldados de reemplazo cuando cometían faltas leves era asignarles tareas relacionadas con la limpieza. Aspecto que me sintetizaba un soldado con las siguientes palabras: *En el ejército, si hablas, te mandan a limpiar, si te mueves te mandan a limpiar, si te ríes te mandan a limpiar, si llegas tarde te mandan a limpiar, si estas en el dormitorio y pasa un mando te manda a limpiar, siempre te pueden coger para limpiar hagas lo que hagas, aparte de otros castigos que se te puedan imponer si cometes alguna falta mayor.*

Con tal proceder, no resulta extraño, el que en el pensamiento del soldado se generase un rechazo visceral ante el acto y el hecho de limpiar, pues según su concepción, el que limpiaba, de un modo u otro, estaba castigado. Ya que, según el criterio cuartelero, el limpiar se materializa básicamente en una acción, en un estado, y no en un fin.

En este sentido, debemos considerar que realmente no existía, o no se aplicaba, una medida de lo “limpio”, por ello para tratar de inculcar en el que limpiaba el nivel de limpieza que se deseaba conseguir, se solía recurrir a la exposición de frases hechas del tipo; *quiero el suelo limpio como la patena, [...] Tenéis que dejar los servicio que se pueda comer en ellos, Quiero poder afeitarme mirándome en las perolas cuando acabéis, etc.* Con lo que se denotaba que no existía una medida objetiva de limpieza, sino una percepción subjetiva de la misma. Además, en la práctica común nada acababa de estar limpio hasta que no llegase la hora prevista de acabar la tarea, o de empezar otra actividad, lo que era señalado por el mando, o marcado por el horario oficial.

Sobre lo comentado, un soldado de reemplazo en el acuartelamiento de Madrid me daba su versión filosófica sobre tal hecho diciéndome; *En la mili limpiar lo es todo, pero no todo está limpio, ni se nos manda limpiar todo.* Otro soldado próximo a licenciarse me hizo unas declaraciones interesantes sobre el particular, en las que manifestaba algunas de las contradicciones de los mandos al respecto. Concretamente refería su indignación por lo que les ocurrió en momentos próximos a las Navidades en las que les dieron permiso para disfrutar unos días de vacaciones, pero me comentaba que era el día 23 de diciembre y aunque el horario oficial de salida era las cinco de la tarde, todos suponían que ese día les dejarían marchar antes de comer. La sorpresa fue que les obligaron a quedarse a comer, para después mandarles limpiar el CETME, (que, por supuesto, ya estaba limpio, pero que además, como el

mismo soldado me refirió, se podía limpiar en un cuarto de hora perfectamente), pero tuvieron que hacerlo durante las dos horas que faltaban para las cinco de la tarde, que era la hora de salida. El soldado en cuestión me comentaba que lo que más le molestó fue el hecho de que al ir a salir definitivamente del cuartel, los mandos les encomendaban que tuviesen cuidado en la carretera, por lo que pensó cabreado sobre cómo les podían decir eso cuando les habían impedido marchar a una hora razonable para llegar de día a sus lugares de destino, y por el contrario les habían obligado a cumplir un horario absurdo retrasando la salida. En tal hecho se apreciaba una vez más la impronta militar del orden establecido.

También podemos apreciar cómo las tareas de limpieza adquirían una importante vinculación con la necesidad de llenar el tiempo muerto, y poseía un carácter rutinario que no aportaba nada al joven soldado, por lo que las percibían como una ocupación carente de sentido en sí misma. Un soldado se lamentaba de estos aspectos en los siguientes términos:.. *Mis experiencias en el servicio militar apenas superan las que ya tenía (fregar, barrer, limpiar, pintar y conducir).* Otro hacía unas declaraciones en el mismo sentido, pero de forma más genérica; *La mili es un tiempo perdido, en la unidad a partir de la hora de comer no se hace nada prácticamente, te dan alguna teórica, y si no a matar el tiempo con un escobillón, y, si puedes desapareces.*

Cuando los soldados no tenían nada que hacer, o como alegaban ellos -cuando los mandos no tenían planificada ninguna tarea en un momento dado-, se llenaba el tiempo con el fácil recurso de mandarles limpiar el armamento, o los dormitorios, o hacer un zafarrancho y limpiar de colillas del cuartel, o cualquier otra cosa.

Otra de las valoraciones generalizada entre la tropa respecto a la limpieza, era el considerarla como un recurso para ocultar y enmascarar la “realidad”. Lo que referían que sucedía cuando estaba próxima la visita de algún alto mando, o un jefe importante. En tales casos, declaraban que les ordenaban limpiarlo todo, pintar sobre pintado, aunque se dejase la suciedad debajo de la pintura. Sirva de ejemplo sobre esta percepción, las palabras de un soldado: *Yo en la mili he llegado a la conclusión de que los militares tienen un mal que persigue a España que es la imagen. Por ello se quedan preferentemente con el aspecto exterior de las cosas pero no profundizan en ellas, todo aparece muy bonito pero sin funcionar, o mejor, se enseña o se exhibe lo bonito y lo malo se suprime. Es todo un engaño.* Tal observación señala como lo importante para los mandos parecía ser el aparentar más que el ser, predominando la idea del *deber ser* sobre la del *ser*.

Respecto a estos acontecimientos de carácter protocolario, muchos soldados manifestaban sentirse marginados y tratados con desprecio, como si fuesen basura, escoria, o como

apestados<sup>180</sup>, o como algo sucio y contagioso. Lo que percibían especialmente en los actos y actividades referidas, en las que asistían altos cargos militares o civiles. Tal percepción residía en el hecho de que a aquellos soldados que no formaban parte de las unidades que rendían honores a la citada autoridad se les solía ocultar, y se les “hacía desaparecer” para que no deambulasen por el cuartel y poder ser vistos por las autoridades citadas. Además, sentían que eran tratados como mano de obra barata, cuando tenían que realizar las tareas más duras y desagradables. Pero también se sentían como meras figuras ornamentales cuando participaban en tales eventos, formando parte de las unidades que rendían honores o desfilaban, y que, consideraban que sólo servían para lucimiento de sus mandos.

El acto de limpiar también estaba asociado a las categorías y clases militares, pues en el ejército la limpieza es una función exclusiva de la tropa. Y, dentro de ésta, sólo concierne en cuanto a su realización a los soldados rasos, pues el cabo 1º, y el cabo estaban excluidos de este tipo de servicio al poseer un cierto rango y mando militar. Esto responde a la lógica, ya señalada, según la cual los mandos no deben realizar este tipo de funciones, pues el ejercicio del mando está vinculado al ámbito de lo sagrado y lo puro desde la perspectiva castrense, por tanto, no debe relacionarse con lo sucio o contaminado.

De hecho, se puede constatar una repulsa casi visceral por parte de los mandos respecto a las tareas consideradas mundanas, o vinculadas a actividades relacionadas con las manualidades en general. Éstas recaían en los soldados conscriptos, pero en la actualidad la ausencia de soldados está haciendo que los mandos acaben realizando determinadas tareas que tiempo atrás hubiesen sido impensables, al menos para la mayoría.

En cuanto a la asignación de estas tareas como signo de distinción entre los grupos, hay que decir que también era utilizada por parte de la tropa. De forma que los más veteranos, manifestaban su superioridad para con los novatos, o “bichos”, obligándoles a realizar las tareas de limpieza y las más pesadas. En estos casos los veteranos se justificaban eludiendo que ellos ya habían limpiado y sufrido semejantes humillaciones cuando eran “bichos”, y que por lo tanto ya estaban excluidos de las mismas.

Según el esquema cognitivo de la tropa, y según su orden jerárquico, y sus propios elementos referenciales y esquemas de valores, el veterano estaba más próximo a retomar su identidad de civil en un sentido pleno, por lo que era percibido como el menos militar, y el menos obligado a cumplir aquellas acciones que ordenaban y regían el mundo militar. Según este esquema, para el novato, el veterano se constituía en el modelo a seguir, pues reflejaba aquello que ellos mismos deseaban ser. Así, acababan asumiendo que para poder eludir las

---

<sup>180</sup> Estas expresiones me las han manifestado literalmente algunos soldados al tratar este aspecto.

tareas que no le eran gratas en un futuro próximo, debía aceptar tener que realizarlas mientras fuesen reclutas, y bichos.

De forma global se puede interpretar que la asignación de las tareas manuales, y mecánicas con los soldados de reemplazo, entre las que destacaría la limpieza, actuaba como un mecanismo de violencia simbólica, y de control sobre los que eran considerados al fin y al cabo como extraños, como los otros, los impuros y contaminados.

Además de la vinculación de las acciones del mando con los valores superiores, existe otra connotación importante sobre estas actividades y tareas, ya que éstas suelen asociarse con la figura de la mujer, por ello en la mentalidad del hombre guerrero resultaba indigno, humillante, y poco varonil el relacionarse con actividades de esta índole. Sin embargo, en un mundo de hombres, se aceptaba el que una parte de los mismos las tuviesen que realizar, y lógicamente estos serían los que no eran identificados como verdaderos hombres, lo que correspondía a la figura del soldado de reemplazo, al ser concebido como un sujeto que se encontraba en un estado liminar, o, en todo caso, en un tránsito de convertirse en hombre.

Los propios soldados de reemplazo tenían una clara conciencia de estos hechos diferenciales, y así lo manifestaban de forma reiterada. Un soldado me lo comentaba con las siguientes palabras: *Algunos mandos sólo tienen en cuenta las cosas que haces mal y no consideran lo que haces bien [...] las diferencias con los soldados profesionales son bastante grandes, nosotros los de reemplazo hacemos el trabajo sucio en el ejército.* Otros soldados hacen declaraciones expresas sobre el trato que consideran recibir y la condición de elementos puramente serviles con los que se sienten identificados: *Para la tropa de reemplazo la mili es una pérdida de tiempo y dinero [...] como satisfacciones de la misma sólo señalaría la de que ¡me marchó ya! ... el trato que recibimos es vejatorio y humillante, cuanto más son los mandos, más se creen que pueden pisarnos [...] trabajamos como esclavos [...] En el ejército los soldados de reemplazo no somos más que una chacha o una fregona.*

La vinculación del soldado de reemplazo con las tareas de limpieza, se reconoce incluso en el ámbito civil. De forma que hasta empresas dedicadas al marketing recurrían al citado tópico para promocionar productos diversos. Como ejemplo, referiré dos anuncios emitidos por televisión durante los años 1997 y 1998. En uno de ellos se promociona un producto de limpieza para suelos denominado (Xampa). Para destacar sus prestaciones los autores del anuncio presentaban a un sargento increpando a un soldado sobre las exigencias de limpieza de los dormitorios y barracones de su unidad, el soldado encuentra la solución en el uso de un producto que “lo limpia todo”, lógicamente se trataba del producto citado. Al ser capaz de realizar la supuestamente imposible tarea, el sargento aprecia de manera incrédula los resultados obtenidos, otorgando como premio un permiso al soldado.

Resulta obvio que una de las intenciones fundamentales de la promoción de cualquier producto es ensalzar sus cualidades. En este caso se trataba de un producto de limpieza, que se presentaba como un limpiador tan eficaz, que era capaz de arrancar la suciedad en los lugares más difíciles, por lo que el recurrir a un cuartel resultaba de lo más acertado.

El segundo anuncio al que me refiero promocionaba un automóvil, concretamente el *Ford Focus*, -un utilitario que podría tener gran aceptación entre los jóvenes-. Quizá esta fue la razón por la que los publicistas decidieran utilizar el contexto cuartelero para promocionarlo. El anuncio presenta a un mando recriminando a un soldado, al que acaba mandándole limpiar el patio que aparece lleno de hojas caídas de los árboles, para lo cual le entrega una escoba. Al quedarse solo el soldado empieza a limpiar, pero ante el desconcierto que le produce la imposibilidad de limpiar con la escoba todo el patio, encuentra la solución a su problema en la utilización de su coche -un “Ford Focus”- con el que se pone a dar vueltas por el patio creando un remolino que aspira las hojas y las expulsa fuera del mismo, de manera que acaban cayendo en el lugar donde se encuentra descansando el mando que le ordenó limpiar.

En el mensaje de este producto, no ocurre como en el caso anterior, pues no se trata de promocionar un artículo de limpieza, sin embargo, destaca el hecho de que se recurra a este aspecto para promocionar un vehículo. La deducción es que lo que se pretende es establecer un vínculo simbólico entre el vehículo y la libertad, de forma que el soldado consigue librarse de una tarea estúpida e irrealizable.

Hechos estos comentarios puntuales sobre el uso de la vinculación que existía entre el tema de la limpieza y los soldados en el universo cognitivo de la sociedad civil, quiero señalar otro curioso dato que presencié en un acuartelamiento. El hecho hace alusión a la manera en que el soldado acababa aceptando, al menos en parte, las tareas que se le asignaban, acostumbrándose a estas y a los objetos relacionados con ellas. El suceso aconteció cuando me disponía a entrar en unas dependencias de una unidad y me percaté de la presencia de un soldado que estaba realizando un servicio de limpieza, para lo que portaba una escoba y un gran cubo para depositar la basura. El caso es que blandía una navaja con la que punzaba la tapa del citado cubo, por lo que decidí preguntarle por la tarea en que estaba enzarzado. Primero reaccionó con cierta preocupación y temor ante mi intromisión, pero al ver que mi propósito no era el de recriminarle, acabo mostrándome lo que hacían. No era otra cosa que dejar “su marca”, es decir grabar en la referida tapa su nombre y el reemplazo al que pertenecía. No me pareció extraño, al saber de tales prácticas, lo que me llamó la atención era que hubiese considerado el cubo de basura para dejar su impronta, de lo que deduje, -como en parte me confirmó a través de la naturalidad con que lo realizaba-, que había asumido dicho objeto como algo tan normal y natural en su que-hacer cotidiano, que acabó pareciéndole tan

“digno” como cualquier otro lugar para dejar su propia firma. Aquel soldado había asumido su papel de barrendero, y ante la imposibilidad de evitarlo, aceptaba de forma natural dicha condición e identidad. Eso sí, con la conciencia de que, dejar de serlo era cuestión de tiempo, de ahí la necesidad de dejar sus marcas para sus sucesores.

A continuación analizaré otro de los aspectos más destacados por los soldados de reemplazo, respecto a su experiencia militar. Me refiero a los arrestos y sanciones militares.

#### *4.3-2- De las sanciones y arrestos.*

Uno de los hechos especialmente diferenciales de la cultura militar respecto a la vida civil lo constituyen los arrestos y sanciones militares, pues, aunque en otras organizaciones existen sanciones de diversos tipos y de diferente condición, ninguna adquiere el significado y el carácter que posee el arresto militar.

Las sanciones militares, y el arresto en particular, suele estar vinculado a la privación, o limitación de la libertad<sup>181</sup> del individuo. Lo cual adquiriría un significado añadido en el caso del soldado de reemplazo, que veía el servicio militar como una limitación de su libertad. La siguiente declaración de un soldado sintetiza este hecho; *Estoy harto de la mili porque me tienen amargado. Durante nueve meses largos que tengo que estar aquí por narices y encima me putean y me arrestan un montón.*

Por otra parte, las sanciones militares suelen ir acompañadas del menosprecio en el ámbito de la honorabilidad y buen hacer de quien es arrestado.

Quizá uno de los aspectos relevantes del arresto reside en el hecho de que se constituye en un mecanismo de sometimiento y consolidación de la estructura establecida. Un soldado manifestaba este aspecto de la siguiente manera: *Resulta totalmente injusto que algunos mandos argumenten su autoridad y traten de imponernos todo tipo de actitudes y funciones amparándose únicamente en el temor y la amenaza del arresto. Muchas veces te dicen; si no haces esto ya sabes lo que te toca, un arresto, si llegas tarde te arresto, si no saludas te arresto, si tal o cual cosa está sucia te arresto, ¡no hay derecho! [...].* La sensación de impotencia e incertidumbre que manifestaba tal soldado se basaba en su percepción del sistema militar como un sistema de imposición piramidal, en el que todo está configurado a favor del mando. Definía tales procedimientos como injustos, pero a la vez asumía que resultaban inevitables, pues sentía que no podía actuar en contra de tal injusticia.

---

<sup>181</sup> En la normativa sobre los procedimientos disciplinarios de las FAS, como por ejemplo, el Proyecto de Ley Orgánica de Régimen Disciplinario de las Fuerzas Armadas publicado en el Boletín Oficial de las Cortes Generales el 19 de octubre de 1998, por citar uno de los más recientes, se establecen tres tipos de sanciones disciplinarias, vinculadas a la falta cometida y a circunstancias en las que éstas se establecen: La *represión* (artículo 11) La *privación de salida*, (artículo 12) y El *arresto* (artículo 13) del capítulo segundo (Sanciones disciplinarias) del proyecto de ley señalado.

Sobre la configuración de las normas que justifican y rigen la existencia y necesidad de las sanciones militares existe una amplia argumentación teórica, que es tratada desde diferentes vertientes, y planteada desde múltiples disciplinas. Pero, en esencia, podría resumirse que la sanción guarda una relación directa con la configuración de la norma, sea ésta del tipo que sea. Así, la existencia de la norma justifica en sí misma, la existencia de un mecanismo que sanciona la desviación o el incumplimiento de ésta. Desde una perspectiva antropológica se acepta que tal hecho está sumido en un relativismo cultural, como señala Maravall (1972: 73-106), tanto por lo que se refiere al contenido de las normas, como por lo que se refiere a la definición de lo que es conducta desviada, y este relativismo afectará al sistema de sanciones.

Tal hecho también afecta en cierta medida a los propios sujetos, de manera que, en el ámbito individual existen diferencias respecto a la percepción de las normas, y la adecuación de la conducta individual para con las mismas. De hecho, algunos soldados aceptaban el arresto como un procedimiento justificado y válido, y, sólo cuestionaban lo que, en su opinión, consideraban una extralimitación del mismo. Tal era el caso del siguiente soldado que me decía: *Considero que los arrestos están injustificados en sí mismos, pero en ocasiones son especialmente sangrantes. Por ejemplo, conozco un caso de un compañero que está sobrado de kilos y no puede correr como los demás, por lo que los mandos lo arrestaron. No entiendo el significado de tal arresto, pues por mucho que lo arresten no conseguirá correr como los demás ni hoy, ni mañana, ni pasado.* El susodicho soldado, constituía un claro ejemplo de los que acabaron siendo socializados militarmente, pues veía el arresto como una fórmula lógica y natural al hecho de la mili, lo que no entendía era el límite del mismo, ni el sentido de su aplicación, que, según su criterio, debía poseer una relación causal directa y pragmática. Esto respondía al hecho de que el soldado analizaba el tema desde el sentido común del que-hacer cuartelero, sin buscar otros significados ni sentidos al hecho del arresto.

En todo caso, el arresto se constituía en uno de los elementos del servicio militar más temidos y odiados, pues el soldado asumía desde el primer día que podía ser arrestado por cualquier causa. Ello condicionaba muchas de las posturas y actitudes de los soldados, quienes realizaban muchas tareas, no por convencimiento o por aceptación de las mismas, sino por el temor a ser arrestados, lo cual era reforzado, y recordado constantemente por los mandos, que recurrían a la sanción y al arresto con cierta regularidad, para dar credibilidad y mantener el temor vigente.

No debemos olvidar que, una de las funciones del arresto y de la sanción disciplinaria era la de servir de ejemplo para los demás, y especialmente en el caso de la tropa no constituía un hecho individual, ni íntimo, sino que adquiría una dimensión colectiva.

Ese temor latente se solía circunscribir al temor de no poder marcharse de permiso, o de salir a la calle, lo que era más importante que la realización de determinadas tareas. Tal temor se podía percibir en las conversaciones de la tropa, reproduzco brevemente una de estas: *Los mandos se pasan muchas veces con nosotros, porque creen que estamos en guerra o algo así. Tienen demasiadas tonterías con los dichosos arrestos. Te privan de tu libertad por cualquier tontería y te impiden ver a tu familia o a tus seres queridos durante muchos días, lo que fastidia especialmente a los que somos de fuera.*

En todo caso, la eficacia del arresto como medida para obligar a los jóvenes conscriptos a realizar las tareas encomendadas, y como procedimiento para forjar pautas de conducta concretas, parecía eficaz, lo que no significa que no hubiese otros procedimientos, pero en ese momento resultaban más laboriosos y complicados de desarrollar por parte de determinados mandos, a la vez que no existía un mecanismo eficaz para defender los derechos individuales del soldado conscripto, pero en la actualidad parecen ser más aplicables, pues para el soldado profesional el arresto no adquiere la misma dimensión. Lo cierto es que, en el caso de la tropa de reemplazo, por sus particularidades y motivaciones, y por el número y dimensión de los mismos en las unidades, hacían que tales medidas represivas se erigiesen como mecanismos cómodos para los mandos.

Un hecho importante por lo que a las sanciones militares se refiere, estribaba en la diferente percepción y efecto que poseía para los militares profesionales y para los conscriptos. Para los militares de carrera el arresto atañe a la moral y a las virtudes militares, y no es valorado tan sólo en términos cuantitativos. Así, para el militar profesional la importancia del hecho de ser sancionado reside en el propio hecho de ser arrestado, y no tanto en los días de arresto. Por el contrario, para el soldado de reemplazo el arresto no conllevaba una preocupación ética o moral fundada en principios y valores castrenses, sino que lo que verdaderamente le preocupaba era la cantidad de días que estaba privado de libertad, y los días de que se tratase, pues no era lo mismo un arresto de un fin de semana, o un día festivo, o la privación de un permiso, que el arresto de un día de diario.

Por otra parte, el arresto adquiría en el soldado de reemplazo una dimensión especial, pues aunque la experiencia militar podía ser percibida como una experiencia irreal, o como un periodo de su vida liminar, e incluso como una gran parodia, sin embargo, al arresto sí se le otorgaba una dimensión real, constituyéndose en un rasgo tangible y especial de la experiencia de la mili, que ningún otro aspecto de dicha experiencia le otorgaba.

Uno de los soldados que entrevisté en cierta ocasión y que vinculaba el hecho de la mili a una parodia y a una interpretación teatral lo manifestaba en estos términos: *En todo caso, si no haces bien tu papel te arriesgas a que alguien te recrimine, o lo que es peor, que te*



*arreste, y éste, quizá, sea el único aspecto de la mili que para mí, al menos, no es un mero papel.* Estos sentimientos eran manifestados en términos más dramáticos por algunos soldados que manifestaban un permanente temor al arresto; *Nos tratan como a basura, vivimos bajo el terror al arresto.*

Por otra parte, resulta relevante el hecho de que, para un mismo tipo de falta, al mando normalmente se le sanciona con menos días de arresto que los que se arrestaría al soldado de reemplazo<sup>182</sup>. La razón estriba, entre otras cosas, en el aspecto ya señalado sobre cómo es percibido el arresto por parte de cada grupo. Así, por ejemplo, el mando, según su graduación y la naturaleza de la sanción, puede cumplir el arresto en su domicilio, hecho que lógicamente no tenía cabida para con el soldado de reemplazo, que lo vería como un premio en lugar de como un castigo. A pesar de todo, el criterio institucional acontecía en la idea de que las sanciones para con los soldados de reemplazo tuviesen en cuenta dicha condición<sup>183</sup>. Pero tal matiz se evidenció con la profesionalización de la tropa, y no antes.

Haciendo referencia a aspectos espaciales, la sanción militar en el caso del soldado de reemplazo solía estar vinculada a la privación de la libertad personal, pudiendo constituirse en un aislamiento y separación del resto de sus compañeros, como ocurriera en los arrestos en calabozo cuando estaban vigentes. En caso de incurrir en faltas muy graves el arresto podía constituir la reclusión en centros penitenciarios militares.

Esta vinculación espacial del arresto, generaba una particular terminología cuartelera. Así, por ejemplo, para referir el arresto se solía recurrir a términos como el de “empaquetar”, “meter un paquete”, “empapelar<sup>184</sup>”, etc. Se puede deducir fácilmente que tales alusiones al guardaban una relación con el hecho de ser recluso, internado en un espacio simbólico, o real, según correspondiese. De modo que, aún la sanción que sólo conllevara el no poder salir de paseo, sin tener que estar recluso en un establecimiento concreto, podía ser considerada como estar empapelado, o empaquetado para el soldado. El sujeto quedaba circunscrito en el espacio cuartelero, que para el soldado simbolizaba de por sí un entorno cerrado.

---

<sup>182</sup> Las sanciones que se aplican para los mandos guardan una relación con el grado de los mismos, de forma que ante una falta similar la sanción varía en el número de días, y en el lugar en el que se deba cumplir.

<sup>183</sup> En el Proyecto de Ley sobre la Orgánica de Régimen Disciplinario de las Fuerzas Armadas, publicado el día 19 de octubre de 1998, aparece un artículo sobre el particular. Título II Potestad Disciplinaria, Artículo 6: *Las sanciones que se impongan en el ejercicio de la potestad disciplinaria militar guardaran proporción a con los hechos que la motiven y se individualizarán atendiendo a circunstancias que concurran en los autores y a las que afecten o puedan afectar al interés del ejército. Especialmente se tendrá en cuenta la condición del militar de reemplazo para graduar las sanciones con menor rigor.*

<sup>184</sup> Empapelar posee un significado equivalente en la sociedad civil, donde coloquialmente equivale a señalar que al sujeto se le abre un expediente. Sin embargo, empaquetar, o meter un paquete parece tener un sentido más castrense, pues en el ámbito civil, empaquetar posee la connotación de meter a alguien en un recinto o lugar, pero cuando se trata de un espacio muy reducido, o se produce un hacinamiento de sujetos.

### 4.3- 3 - *Distribución espacial y orden jerárquico.*

La distribución espacial en el ejército, y el modo en que ésta se estructura respecto a sus miembros, se establece en función del grupo al que se pertenece en el ordenamiento institucional. Existen espacios que pudieran considerarse comunes, y otros que son restringidos para algunos grupos. Esta separación forzada sólo puede ser rota por el de superior categoría o condición, pues, para que el inferior tenga acceso a un superior no inmediato en la cadena jerárquica, debe recurrir al mando intermedio correspondiente, según el principio de seguir el *conducto reglamentario*. Éste consiste en un proceso institucionalizado que obliga al inferior a pasar progresivamente por los diferentes mandos que median entre él y el mando al que desea dirigirse.

En el ejército todo tiene un elemento referencial que identifica, distingue y pone a cada cual en un lugar relativo dentro del sistema establecido. Éste se estructura en torno a categorías de diversa índole como podrían ser las de; clase (mandos/tropa), grupos dentro de una clase, en el caso de los mandos (jefes/oficiales/suboficiales), o entre subgrupos dentro de un mismo grupo, como sucede entre los oficiales en función de su escala (escala superior/escala de oficiales/escala de complemento), etc. Aspecto que podemos observar en las consideraciones de Berger y Luckmann (1995: 46-52) sobre la interacción social.

En estos procesos de diferenciación establecidos acaban estableciéndose referencias concretas al uso del espacio, por lo que se establecen restricciones del uso de determinados lugares, o sobre el lugar que cada cual debe ocupar al confluir representantes de los diferentes grupos en lugares concretos, lo que destaca especialmente en los actos oficiales. Circunstancias en las que se establece qué lado debe ocupar cada cual, donde deben sentarse al coincidir en una mesa, qué lugar del vehículo deben ocupar, etc. Aspectos que probablemente no serán apreciados por un neófito o extraño sobre el tema, pero que constituyen normas claras para el militar.

Por lo que respecta al uso específico de locales también existe una ordenación, que aunque no siempre resulta explícita, sí sigue unas pautas de acuerdo al orden jerárquico. Así, el despacho, o lugar de trabajo de cada cual, las dimensiones de los mismos, el tipo de mobiliario y ornamentación, etc. constituyen elementos a tener en cuenta a la hora de reflexionar sobre el ámbito espacial.

Respecto a las condiciones y distribución de los alojamientos y locales específicos, me parece oportuno referir las anotaciones de un libro que, aun siendo un tanto antiguo, resulta muy gráfico para abordar el tema de los sistemas de valores y de los principios que rigen el comportamiento, y los esquemas cognoscitivos del militar por lo que respecta a la diferenciación entre los grupos. El hecho que señalo lo recoge Simón Raven, en Hugh

Thomas (1959: 98-101). Concretamente relata la indignación de unos oficiales del ejército colonial británico al ver las penosas condiciones en las que se alojaban sus soldados de origen inglés durante un viaje en tren a través de Kenya en el verano de 1955. El caso es que, una vez corroboradas las malas condiciones de espacio y de insalubridad de los vagones asignados a la tropa, y de concluir que eran inadecuadas para los soldados de su majestad, dichos oficiales se volvieron a los vagones acondicionados para ellos, que sí eran dignos de su condición, sin prestar más atención a las condiciones de vida de sus soldados sobre las que se limitaron a emitir unas quejas formales. Eso sí, lo hicieron con una cierta indignación para con las autoridades locales, que eran las encargadas de facilitarles el transporte en tal ocasión. Cito literalmente el último párrafo del capítulo por resumirse en él la esencia de lo dicho:

*Desde luego, nos veíamos obligados a reconocer que ese Gobierno Colonial sabía, al menos, como debía tratar a los oficiales y que, aun cuando era una desgracia el trato que sufría la tropa, al menos se habían observado las distinciones de rigor. En todo caso, las lamentaciones terminaban rápidamente pensando que ya era hora de echar una copa y de ir a cenar. Lástima que ese Gobierno no sepa que los oficiales beben vino francés y no esas porquerías que con disfraz de bebidas producen en África del Sur...*

El párrafo señalado resume la percepción castrense basada en la distinción y en un sistema de clases que no deja lugar a dudas. Según este esquema, los que pertenecen a la categoría de oficial tienden a autoproclamarse como la verdadera, y auténtica *clase militar*. Esto se hace tanto para diferenciarse de los civiles, como para con el resto de los grupos que constituyen los ejércitos. A través de los mecanismos de distinción y separación se ve reafirmada la estructura jerárquica, que es entendida por algunos superiores como un elemento imprescindible para el mantenimiento de la disciplina. En este argumento reside la aceptación de la idea referida a la denominada “soledad del mando”, por la que el mando se ve obligado a desvincularse sentimentalmente de sus subordinados, que se suele justificar como mecanismo para evitar que dichos sentimientos personales puedan interferir en sus decisiones profesionales.

Esta separación queda reflejada en todos los ámbitos de las relaciones militares, que se manifiestan de forma representativa en las relaciones formales, como en el caso de las formaciones, donde resulta más fácil el diferenciar la categoría a la que pertenecen los miembros que participan en ellas. En las formaciones la tropa constituye el grueso de las fuerzas, y en la cabeza de las mismas forman los suboficiales, -que en la mayoría de los ejércitos son considerados como tropa destacada-. De forma que el grueso de la formación se constituye en grupos compactos y ordenados de sujetos que pueden identificarse claramente como unidades con un ente propio.

Por el contrario, los mandos superiores, normalmente oficiales subalternos y capitanes, ocupan lugares destacados en las formaciones. Estos lugares se caracterizan por estar “fuera”

de las mismas, se posicionan de manera un tanto separada, distanciada del grupo, de la masa. Con ello se evidencia su status diferente y les otorga un puesto excepcional, que les permite, no sólo dirigir a los mismos, sino controlar desde fuera todo lo que ocurre en el grupo, o al menos lo que se puede percibir visualmente, que es, lo que realmente preocupa e interesa en el plano de las formaciones militares.

En general, en los actos de esta índole, se asume que todo ha salido bien al referirse a una formación, cuando no se han visto contrastes en la formación, y todos han ejecutado los movimientos al unísono, o al menos así ha parecido desde fuera. Lo que puede servir como justificación para el hecho de que en las formaciones ocupen los primeros lugares los de mayor estatura, y a la cola, o parte de atrás se sitúe a los de menor estatura. Con lo que, visto desde un plano horizontal, y desde una perspectiva frontal, únicamente se verán a los primeros, al tapar por su mayor estatura a los del centro y a los de atrás, reduciéndose de esta forma la posibilidad de apreciar errores en el conjunto de la formación. Aunque también se hace así para ofrecer una "buena imagen" de la unidad, pues al poner al frente a soldados robustos y de buena talla, se ofrece una imagen de mayor poder y fortaleza ante los ciudadanos civiles, y llegado el caso ante un enemigo potencial, -lo cual era relevante en los ejércitos de antaño, donde los combatientes luchaban en formación y se veían directamente-.

Las diferencias referidas, también responden al criterio de la distinción de las clases según su status jerárquico y su referente de clase social, que conlleva, por tanto, la distinción en los derechos y servicios que se les debe asignar. Por lo que no es de extrañar que todos, independientemente del grupo o clase a la que se pertenezca, acaben asumiendo como normal que a los oficiales se les sirva la comida en unos locales más dignos y con unas vajillas y complementos acordes con su condición, y tales condiciones y elementos desciendan en su categoría según desciende la categoría del grupo al que se asignan. Con lo que no se verá como extraño el que los mandos coman en platos, y en mesas con manteles, y la tropa lo haga en bandejas de aluminio y sin manteles, lo que sucede incluso en el campo.

Volviendo al tema central del trabajo, considero interesante analizar el modo en que la institución militar gestionaba los espacios donde vivía el soldado de reemplazo. Al referirnos al "espacio vital de la tropa" -entendiendo por ello las instalaciones y locales en las que realiza actividades propias de la vida cotidiana, y no los específicamente militares-, surgía inmediatamente como referente destacado el de la compañía, batería, o escuadrón. Estas unidades son la mayores de las denominadas pequeñas unidades, y su nombre se hacía extensivo al lugar de vida de los miembros de la misma. Es decir, al conjunto de hombres y material que la constituían, y más concretamente al espacio que se determinaba en las bases y

acuartelamientos para que pernoctase la tropa. De forma que los barracones o dormitorios de una determinada compañía, solía definirse a su vez por el nombre de compañía.

En estos espacios reservados para dormir, y también para vivir, era normal el hacer una particular distribución del mobiliario<sup>185</sup>, y otros elementos, de forma que anulase todo atisbo de intimidad de los sujetos y dificultara las relaciones grupales aisladas. Con ello se pretendía evitar cualquier elemento que sirviese como demarcación fija y clara que pudiera separar a los individuos en parcelas diferenciadas. Cualquier fotografía o imagen de alguna de estas instalaciones o barracones serviría como muestra de lo dicho.

No poseo ninguna reciente, por lo que adjunto una en la que se observa el barracón dormitorio de una compañía de una unidad de hace bastantes años, pero puedo asegurar que este formato y esta distribución ha sido la más generalizada, y se ha mantenido en muchas unidades hasta prácticamente la desaparición del servicio militar.



*Disposición tradicionales dormitorios tropa tipo compañía a modo de barracones.*

Las razones de esta distribución estaban fundadas por la idea de control predominante en la cultura militar, en la que la desconfianza para con el soldado de reemplazo adquiría una gran importancia. Las referencias de los soldados sobre este particular así lo indican; muchos soldados manifestaban que durante el servicio militar se les quitaba toda intimidad, y sentían que sus mandos no se fiaban de ellos. Uno de mis informantes insistía especialmente en este hecho; [...] *siento que me han robado mi libertad y mi intimidad. [...] En la mili no hay intimidad. Son nueve meses que no puedes planificar nada. [...] No tenemos ninguna intimidad ya que las camaretas son abiertas y los mandos están continuamente pasando. [...]*

---

<sup>185</sup> El mobiliario de una compañía estaba constituido básicamente por unas taquillas metálicas, literas y banquetas de madera o hierro, y algún armario y objetos ornamentales como cuadros, o pinturas. Prevaleciendo, en todo caso los principios de austeridad y uniformidad en su composición y distribución.

*ni en los retretes podemos hacer nuestras necesidades en intimidad, pues las puertas no son completas y se puede ver por la parte inferior y superior de las mismas.*

Algunos hacían alusiones concretas a la falta de intimidad o libertad en otros espacios en los que se desarrollaba su vida fuera del ámbito de trabajo, como era la cantina<sup>186</sup>. Su importancia era relevante para la tropa, al considerarlo uno de los pocos lugares en los que gozaban de cierta libertad, pero este espacio también estaba sometido a un control y vigilancia por soldados de la policía militar, o de servicio de vigilancia, que se encargaban del buen orden dentro de tales dependencias.

Uno de los cambios más significativos que está suponiendo la profesionalización de las FAS se evidencia precisamente en la distribución y concepción de los espacios de vida de la tropa en las unidades. Por ello, el concepto de compañía tradicional está sufriendo modificaciones progresivas. Hoy se tiende a realizar una distribución de los dormitorios y lugares de vida de la tropa en camaretas, y el paso final será el de cuartos separados, que tendrán la consideración de residencias. Los lugares de vida y ocio del soldado no tendrán que coincidir necesariamente con los lugares de trabajo, rompiéndose así la clásica identificación de la unidad militar denominada compañía, con el lugar en torno al cual giraban todos los aspectos de la vida y trabajo del soldado. En un futuro no muy lejano probablemente acabe desvinculándose del aspecto que más lo refería con la presencia del soldado conscripto, es decir el lugar donde dormía y vivía el soldado<sup>187</sup>, para pasar a ser únicamente un centro neurálgico de la gestión de las actividades puramente castrenses.

Sobre lo expuesto, resulta evidente el malestar que sentían los soldados de reemplazo por tener que vivir de forma constante en un entorno en el que no podían desarrollar sus actividades personales e íntimas de forma libre, al estar constreñidas por el peso del principio de unidad militar que todo lo abarcaba y condicionaba. Por lo que, todo aquel que podía solicitaba pernoctar fuera del acuartelamiento, pues les permitía, además de desvincularse del contexto espacial y simbólico del cuartel, el poder disfrutar de su libertad, individualidad e independencia, no teniendo que estar constantemente sometidos a las normas de conducta, compostura, horarios y uniformidad. Por otra parte, evitaban la posibilidad de que se les mandase alguna tarea o servicio extraordinario por el mero hecho de estar allí. Él poder dormir fuera del cuartel les permitía sentir un gran alivio durante unas horas al día, y “ser ellos mismos” al desconectarse por un tiempo de la vida cuartelera.

---

<sup>186</sup> Local denominado en algunos sitios como mesón, u hogar del soldado

<sup>187</sup> Tal hecho lo demuestra el que los mandos de la unidad tipo compañía no tenían el mismo tipo e relación con ésta, por lo que se refiere al uso de lugares de vida y de ocio.

En los últimos años de la mili, en contra de lo que ocurría en las circunstancias anteriores, resultaba normal ver cómo los acuartelamientos se quedaban prácticamente vacíos a la hora de la salida, en las que se podía ver a los soldados vestidos de paisano que se encaminan alegremente a sus respectivas casas o pisos alquilados. Nadie quería permanecer en el cuartel, -lo que equivale a decir en la mili-, más de lo estrictamente necesario e ineludible. Únicamente aquellos que no poseían recursos económicos, o familiares en la proximidad, se quedaban a dormir en los cuarteles, con la correspondiente carga en determinados servicios. Eso sí, los lazos que se establecían entre estos resultaban normalmente mucho más fuertes que los que se producían entre el resto de los compañeros. Incluso, el disfrutar de pase de pernocta, constituía un elemento de distinción que algunos utilizaban para diferenciarse, aludiendo que los verdaderos soldados de reemplazo eran los que pernoctaban en el cuartel.

Los siguientes párrafos pertenecen al ya citado soldado Sergio Picón (1998), y corroboran este planteamiento, además señala su malestar por el hecho de que eran los que no disponían de pase pernocta los que se tenían que encargar de algunas tareas de limpieza cuando sus compañeros pernoctas no lo hacían por no quedarse por la tarde.

*Jueves, 25-06-98: El Jueves ha sido más mierdoso que cualquier otro día. Digo mierdoso, porque hemos estado toda la tarde limpiando los lavabos, ya que mañana viernes viene el General a pasar revista a la compañía. Como se suele decir, "encima de puta, pongo la cama". Encima que nos quedamos por la tarde en el cuartel (no voy a volver a Barcelona para una tarde), tenemos que pringar todos. Y los jodidos pernoctas (los que van a casa a dormir) en su casita sin hacer nada. Eso me saca de mis casillas (por ejemplo, C8...agua!!).*

Volviendo al tema de la vida en los cuarteles, considero que ante estas estructuras cerradas y caracterizadas por la idea de control, el soldado buscaba fórmulas que le permitiesen definir y diferenciar su espacio vital. Éstas resultaban más evidentes y perceptibles en las unidades en las que existía mayor relajamiento en el control, donde se podía ver cómo los sujetos se agrupaban en pequeñas camarillas, perfectamente diferenciadas. Para reforzar esos grupos, era frecuente que recurriesen a la distribución particular de las taquillas y literas, de manera que sirviesen como límites frente a los demás. Siguiendo, con estas pautas los principios naturales y culturales de consolidar un espacio propio e íntimo, en el que los miembros de un grupo buscan reafirmar sus lazos, para lo que intentan a la vez mantener al margen a los que no pertenecen a él. Volviendo a prevalecer los planteamientos de Hall (1987:182) al respecto de los que señala: *Las normas proxémicas desempeñan en el hombre un papel comparable al de los movimientos expresivos en animales inferiores, es decir: consolidan el grupo al mismo tiempo que lo aíslan de los demás, reforzando por una parte la identidad intragrupal y dificultando más por la otra la comunicación intergrupal.*

Por lo que respecta al uso y distribución del espacio, parece necesario hacer alguna otra consideración sobre la importancia que se otorga a la distribución del mismo respecto a los

diferentes grupos, o autoridades concretas. Así, es frecuente que algunos espacios, o locales sean de uso exclusivo para determinados grupos o personalidades referidos, con lo que el acceso a los mismos esta restringido a todo aquel que no posea dicho status, a no ser para realizar algún tipo de reparación, o actividades relacionadas con su limpieza o mantenimiento.

Esto es aplicable a los lugares de trabajo, y se extiende a lugares de vida y ocio, como; los comedores, bares, cantinas, etc. Estas diferenciaciones se articulan por un lado, en torno a los derechos y prebendas adquiridas en función del propio status, y por otro por la búsqueda de contextos diferenciados, que permitan a los individuos pertenecientes a cada grupo de referencia, dentro del sistema jerárquico, el reafirmar y consolidar su status frente a los otros grupos, no considerados como iguales, o de igual categoría, o que incluso constituyen grupos de no-pertenencia, o extra-grupos<sup>188</sup>.

Por otra parte, estas restricciones se hacen extensiva a algunos lugares de acceso, o de paso, dentro de las unidades. Así, no resulta inusual, que para el acceso a las unidades o acuartelamientos, o a algunas zonas dentro de los mismos, se establezca que se haga por puertas o lugares distintos, según se sea mando o tropa. También existen restricciones en el uso de determinadas escaleras para acceder a locales o instalaciones. Y, cuando sólo existe un lugar o instalaciones para todos, una de las fórmulas usuales para marcar a diferencia es la de delimitar el uso por periodos temporales.

En cuanto a otros niveles de ordenación y categorización del universo simbólico, se percibe al mundo cuartelero como opuesto y separado del mundo civil, para lo cual se recurre a ordenaciones y calificativos de carácter metafórico. En este caso, el espacio, o la situación, e incluso la condición militar, son interpretados como si fuesen un recipiente, y por tanto como un ente con límites. Esto se evidencia en las fórmulas más usuales a las que recurrían los soldados de reemplazo por su peculiar y paradójica condición liminar, pero también

---

<sup>188</sup> Sobre los grupos de referencia y de pertenencia, me apoyo en las teorías de George H. Mead, que concibe como grupos de pertenencia a aquellos en los que se establecen sistemas de referencias importantes para las autovaloraciones de los sujetos, lo que hace extensivo en el concepto del "otro generalizado". Pero, también considero oportunas las observaciones de Merton, R. K (1992). Quién, aceptando las consideraciones de Mead sobre el particular, las complementa, y amplía. Señala las diferencias al respecto fundamentalmente en las páginas 318 y 319. Merton elabora su argumentación teórica sobre los grupos de referencia y hace extensiva la orientación de los sujetos en la configuración de; sus pautas de conducta, de los valores y las normas de actuación, en lo que intervienen, no sólo a los grupos de pertenencia, sino también los grupos a los que no pertenece. Ésta argumentación la desarrolla extensamente en los capítulos titulados: **Teoría de la conducta del grupo de referencia**. Y, **Grupos de referencia y estructura social**. (p. 305-470). Las referencias son claras en la página 314: "*Que los individuos actúan dentro de un sistema social de referencia suministrado por los grupos de que forma parte es una idea antigua sin duda y probablemente cierta. ... Pero hay además el hecho de que los individuos se orientan con frecuencia hacia grupos que no son el suyo para dar forma a su conducta y sus valoraciones, y son los problemas centrados en torno de este hecho de la orientación hacia grupos a los que no se pertenece los que constituyen el interés distintivo de la teoría de los grupos de referencia.*" Quiero destacar que los argumentos de Merton están fundamentados en gran medida en el análisis de una investigación sobre los soldados norteamericanos en la II Guerra Mundial, denominada *The American Soldier*, publicada en dos volúmenes. El primero de los cuales; "*Adjustment during Army Life*" fue realizado por S.A. Stouffer, E.A. Schuman, L.C. De Vinney, S.A. Star y R.M. Williams, Jr.; el segundo tomo titulado "*Combat and Its Aftermath*" por S.A. Stouffer, A.A. Lumsdaine, M.H. Lumsdaine, R.M. Williams, Jr., M.B. Smith, I.L. Janis, S.A. Star y L.S. Cottrell, Jr. publicados en 1949 por la Princeton University Press, como señala el propio Merton en la página 305.



resulta usual entre los mandos, para referirse a los distintos contextos. Me refiero concretamente al recurso a la fórmula dicotómica dentro/fuera.

Algunas de las expresiones más usuales recurren a términos como; entrar/salir, dentro/fuera, aquí/ allí, utilizadas cuando se quiere referir una situación, tanto objetiva como subjetiva. Esto era muy común entre la tropa al referirse a la mili de forma general, o cuando hacían alusión a referentes más concretos, como su condición del ser militar o del ser civil. Sirvan como ejemplos algunas frases expresadas por soldados, y que he ido recogiendo en muy diferentes contextos y situaciones:

- *¡Sacadme de aquí que me muero.!*
- *La mili es una manipulación de personas, [...]. ¡Quiero salir.!*
- *Dicen que de la mili sales hecho un hombre y lo que sales es hecho un perro y un escaqueado.*
- *No es lo mismo lo que se ve fuera que lo que se ve dentro.*
- *Es increíble que no salgamos tarados de la mili, ¡sí es que no salimos tarados.!*
- *Además de estar aquí metido, que a nadie le gusta, te arrestan sin motivo.*
- *Podríamos tener un gran ejército, si no fuera por tanto indeseable que hay aquí dentro.*
- *Nadie sabe lo que tiene que pasar el militar de reemplazo aquí dentro, pero dentro de unos días esto será otra historia.*
- *Desde que estoy en la mili tengo problemas en mi vida civil, en general.*

Creo que estas expresiones resultan bastante representativas sobre la particular estructuración “espacial” del soldado, en los términos citados. Tales apreciaciones podían deberse a la eficacia de los mecanismos institucionales referidos a los límites, tanto físicos (murallas, alambradas, puertas y barreras, personal de vigilancia, etc.), como simbólicos y normativos (prohibiciones, deslegitimación de los “otros”, etc.), que servían para evitar que unos “entrasen”, pero también para evitar que los otros “saliesen” de su particular mundo.

Esto se reafirmaba de manera continuada en los procesos de categorización que hacían tradicionalmente los militares al hablar de los civiles, a los que se referían como a los “otros”, por contraposición al “nosotros”. Tal proceder actuaba en el plano lingüístico como refuerzo y mecanismo de apoyo para elaborar todo un universo simbólico que afectaba eficazmente en el plano cognoscitivo del sujeto, a la vez que lo hacía en el proceso de legitimación de un orden institucional dado, lo que afecta a la propia construcción de la realidad en la que se movían, estableciéndose una correspondencia funcional entre el plano de la realidad objetiva y la subjetiva. Las consideraciones de Bourdieu (1985:82)<sup>189</sup> son de claro interés al respecto.

---

<sup>189</sup> Página 82: “<<Conviértete en el que eres>>, tal es la fórmula contenida en la magia preformativa de todos los actos de institución. [...] Todos los destinos sociales, positivos o negativos, consagración o estigma, son igualmente fatales -quiero decir

En todo caso, el hecho de hacer la mili constituía, en el plano cognitivo del soldado, un exponente simbólico vinculado a categorías y referentes espaciales. Así, el soldado utilizaba de manera reiterada la expresión, *estoy en la mili*, y de hecho sentía que *estaba en la mili*. Lo que no sólo refería la separación física que conllevaba el vivir en un cuartel, sino que además, significaba una separación simbólica. Pues, como ya he señalado, el estar en la mili implicaba estar en otra parte, en otro mundo, en el que el universo simbólico difería de cualquier otro contexto.

Era por ello que el soldado de reemplazo establecía un sinfín de estrategias y artimañas para eludir esa sensación de sentirse encerrado y separado de la realidad, las cuales iban desde escapadas reales de los acuartelamientos, hasta fórmulas actitudinales que le permitiesen eludir la presión y la sensación de sentirse constreñido, entre las cuales destacaba la fórmula de escaquearse que analizo a continuación.

#### 4.3- 4 - ¡A escaquearse! Mar.

*El que pregunta, se queda de cuadra.*

\* Dicho cuartelero.

Entre los conocimientos y actitudes aprendidas en un plano informal por los soldados destacaba el hábito de “escaquearse”, que debe considerarse en dos grandes niveles. Uno general, en el que se vincula a una actitud de rechazo sobre todo aquello que significaba la milicia, y en concreto la mili, de forma que su máxima expresión la constituiría el intento de eludirla, lo que, en definitiva, equivalía a “escaquearse”<sup>190</sup> de tal cumplimiento. Este intento se producía antes de ingresar en filas, pero también una vez que se estaba prestando el servicio militar. Para ello, recurrían a diferentes métodos, siendo el más usual el alegar algún tipo de enfermedad<sup>191</sup> o simular enajenación mental. Como un simpático caso que me contó

---

*mortales- puesto que encierran a quienes distinguen en los límites que se les asigna y se les hace reconocer. [...] De nuevo nos encontramos en el límite de la frontera sagrada. Timore decía de la muralla de China que no solamente tenía la función de impedir a los extranjeros que entraran en el país sino la de impedir a los chinos que salieran: tal es también la función de todas las fronteras mágicas impedir que los que están dentro, del lado bueno de la línea, puedan salir, puedan rebajarse, desclasarse”.*

<sup>190</sup> Lo que resultaba aún más comprensible, en los momentos en que estaba prevista la desaparición total de dicha prestación. Tal y como aparece en un artículo de prensa del Diario Tribuna publicado el 16 de noviembre de 1998, titulado precisamente **Los quintos se escaquean**, en el que se refiere como se había incrementado la picaresca de los que pretendían eludir el servicio militar, dado que sabían que el gobierno no tomaría medidas contra ellos.

<sup>191</sup> Los datos oficiales sobre este hecho suponen una información valiosa, pero no creo que posean un valor objetivo sobre aquellos que realmente han intentado usar este ardid de manera alevosa. No obstante, citaré un artículo publicado el día 18 de enero de 1998, en el Diario de Burgos, titulado, *Me duele la mili*, que ofrece datos de interés, y las declaraciones del coronel director del hospital militar. En resumen destacaría del artículo lo siguiente: *En 1996, 5.260 jóvenes alegaron tener alguna enfermedad que les impedía hacer el servicio militar. Todos ellos pasaron por el Tribunal Médico Militar y la mitad tuvo que incorporarse a filas. Aunque todavía se da algún caso, el recurso a la simulación de enfermedades es cada vez menos empleado. Destacaría como él citado coronel señala que son muy pocos los que se salen con la suya, lo cual era debido, según el propio mando, a la gran experiencia de los médicos militares. También se resalta la idea de que hasta que la mili se profesionalice siempre habrá quien intente hacerse pasar por enfermo para no cumplir el servicio militar. Lo relevante es ese hecho, pues seguía produciéndose en pleno declive de la mili, en el que existían múltiples opciones y facilidades para eludirla. Lo que puede darnos una idea sobre cuantos varones recurrieron a esa estratagema unos años atrás, cuando no existían tantas opciones ni facilidades.*

un soldado, sobre un compañero de reemplazo que fue dado de baja por una manifiesta manía de hacer extraños dibujos en cualquier papel que cayese en sus manos. El caso es que, mi informante me aseguró que el susodicho soldado fue excluido del servicio militar por trastornos psicológicos, y al despedirse de sus compañeros les dijo: *Bueno que tengáis suerte, y ahí os quedáis que yo “me voy a pintar a otra parte”*... Probablemente se trata de una de las muchas “fábulas” que circulaban por las unidades, pero el hecho de que existiesen denota que algunos casos se producían, aunque no fuesen tan sarcásticos como el citado.

Pero además del que pudiéramos definir como “superescaqueo”, el escaqueo se constituía en una práctica común entre la tropa. De hecho, para el soldado de reemplazo constituía un principio en sí mismo. Según los soldados, el ambiente de las unidades invitaba a que se produjese este fenómeno. Lo que adquiriría una mayor aceptación a medida que el soldado iba adquiriendo veteranía, como refiere el ya varias veces citado trabajo del Equipo de Relaciones Humanas, Segunda Sección del Estado Mayor de la Capitanía General de la Región Militar Centro (1987), en su trabajo sobre la *Problemática psicosocial de la adaptación del soldado en el Ejército*. En él se plantea de forma directa la cuestión sobre sí “*el ambiente en las Unidades invita a escaquearse*”. Los resultados son concluyentes al respecto, y señalan claramente cómo dicho sentimiento se iba incrementando entre los que estaban prestos a licenciarse, hasta llegar a porcentajes que duplican a los de los soldados noveles.

Para complementar estos datos cuantitativos, apporto algunas declaraciones de mis informantes, que corroboran lo dicho:

- *Nos dicen, que en la mili hemos aprendido compañerismo, entrega personal y capacidad de sacrificio. Pero si en la mili, el más escaqueado es el que mejor mili pasa. Cómo se puede aprender algo de esto si mientras yo me salve, me da igual todo lo demás.*

- *Para justificarte lo de la mili te dicen que sales hecho un hombre, pero lo único que aprendes es ha hacer el vago, sales hecho un perro y un escaqueado.*

- *La mili te enseña a ser un escaqueado por todo. Pues no te permiten hacer nada interesante, sólo puedes hacer lo que te dicen y como te lo dicen, no te dejan hacer nada por propia iniciativa. No hay libertad. Además el dinero que te gastas, entre ir y venir es una pasta, y luego todos los días en el cuartel otra pasta y es un ritmo de vida muy alto. El ejército no te paga nada, eres la basura, y te putean con las guardias, (pero si no va a pasar nada joder). Es la peor experiencia de mi vida, por ello no me da ningún reparo en reconocer que me escaqueado todo lo que he podido.*

- *Aquí aprendes a escaquearte, es una pérdida de tiempo, te corta el curro y tu vida para no hacer nada. Te sacan todo, el dinero que tenemos entre el transporte, tabaco etc. Las guardias son de lo peor, para venir a un refuerzo, hay algunos suboficiales “cabrones” que te hacen venir a diana y estar aquí todo el puto día. Los mandos o la mayoría de éstos son unos chulos, ¿se creen más hombres por llevar unas rayas o unas estrellas en la hombrera?. Cobramos menos que el peluquero de Kojak. ¡¡¡Estoy hasta los güevos!!!.*

- *Esto es todo muy estricto, no puedo más, aquí todo es por los cojones de los mandos, no piensan en ti; en la mili lo único que aprendes es a escaquearte, no te dan libertad, la comida es lo peor que he visto, cabinas gratuitas ya. Estas todo el día quemado, pagan muy poco muy poco, me dejo la vida, he llegado a pensar en cosas muy malas, es la peor experiencia de mi vida, están acabando conmigo, no estoy de acuerdo con la mili obligatoria, estoy muy quemado, la calidad de la vida es una mierda, no aguanto más, me están transformando, me estoy volviendo loco, los profesionales cobran mucho más. Estoy harto de todo esto, no va de broma.*

- *Lo que menos me ha gustado de la mili es cómo se enseña a escaquearse, aquí lo que vale es SER más listo que los demás (en general) ¡como ejemplos! :-Colarse en las filas del comedor, - Sí hay poco zumo se lo beben los más rápidos, -El que más novatadas hace, es el más “mejor” en general. Aquí se supone que el más veterano es más veterano porque es más egoísta, chulo (con simpatía), y se escaquea más y mejor. En la mili se da poca enseñanza de valores morales. Información sexual aconfesional y no dan información de otro tipo (católica), o muy insuficiente. En resumen, aquí tras 9 meses estás: Vago (harto de tu sección, lo cual parece un poco normal, es trabajo repetitivo...). Observo muy poca motivación en los mandos de la unidad; noto que No tienen apenas ilusión por lo que hacen, (a veces me pregunto cómo tras 2 ó 3 años todavía les queda alguna fuerza para hacer su trabajo) Me refiero a que falta motivación en los mandos, ilusión por su trabajo, ganas de hacerlo mejor... Llevo 9 meses haciendo cosas que podía hacer lo que hago para salir a las 5 de la tarde, hacerlo para salir a las 2 de la tarde.*

- *La mayoría del tiempo estás sin hacer nada y escaqueado, y luego algunas veces llegan las prisas.*

- *Hay mandos que no te hacen la estancia en el ejército nada buena, están siempre con amenazas de arresto, por ello lo mejor es pasar de todo y escaquearse todo lo posible.*

Como se aprecia en las declaraciones, los argumentos utilizados para justificar el escaqueo eran muy diversos. Oscilaban desde planteamientos tautológicos, simples aceptaciones del hecho, pasando por planteamientos pragmáticos amparados en lo poco que se cobraba, y de la falta de interés por las tareas a realizar, hasta llegar a planteamientos más elaborados en los que se acusaba sistemáticamente a los mandos, o a la institución, del trato que recibían y de la falta de consideración y respeto para con los soldados y para con el trabajo que realizaban, por lo que la justificación de intentar eludirlos se erigía en una cuestión del todo razonable.

El escaqueo se constituía en un elemento específico y diferencial de la subcultura del soldado de reemplazo, que podemos calificar de contracultura respecto a la cultura militar<sup>192</sup>. En un principio, el fenómeno del escaqueo puede ser entendido como lógico dentro de la mentalidad de evasión que, según Brasas (1989:180) producía la mili, en su intento de evadirse de una realidad que le era impuesta y que no compartía. Por otra parte, el soldado comparaba su condición y las tareas que realizaba, con las que realizaban los demás miembros del ejército, por lo que solía llegar a la conclusión de que todo el trabajo sucio y pesado lo

---

<sup>192</sup> Quiero destacar que, aunque el escaqueo no constituya un término exclusivo del mundo militar, su uso en éste resulta particularmente destacado. Lo que señala Álvarez (2000:440), quien justifica precisamente su inclusión en su trabajo por ser un término muy habitual en la jerga militar. Lo que me sorprendió, de las referencias de Álvarez fue el descubrir que su origen se encuentra en el juego del ajedrez, del que señala que refiere la posibilidad de *evitar que una pieza acorralada sea capturada por el jugador contrario*. Pues en el caso del soldado realmente se corresponde a ese principio, pues parece como si éste estuviese jugando para evitar que el mando (jugador contrario) consiga que haga lo que le ordenan, lo que equivale a sentirse acorralado, al no ser libre para poder elegir que hacer ni el cómo hacerlo.

realizaba él, y además sin cobrar, por lo que el escaquearse acababa viéndose como algo lícito. A la vez, y aunque parezca contradictorio con lo dicho, los soldados solían criticar que durante la mili “no se hacía nada”, pero esto no suponía una contradicción, puesto que lo que realmente manifestaban los que así pensaban era el sentimiento de no encontrar una utilidad directa a lo que se hacían en la mili, al menos para ellos.

Otro aspecto relevante para comprender la aceptación del escaqueo, residía en el hecho de que la entrada en el mundo militar implicaba un cambio significativo, en cuanto a la prevalencia de determinados aspectos referidos al ámbito de los derechos y los deberes. En el pensamiento militar existe la tendencia a considerar que el mundo civil está vinculado a una cultura del derecho, mientras que se suele argumentar que el mundo militar lo está a una cultura del deber. Esta valoración está contemplada en uno de los textos más relevantes de la cultura del ejército de tierra. Me refiero al poema de Calderón de la Barca dedicado al soldado de infantería español que reza: *Aquí la más principal hazaña es obedecer. Y el modo de merecer, es no pedir, ni rehusar.*

El espíritu de este poema impregna la normativa que rige las pautas de conducta y código moral del ejército español, como se puede apreciar en las RROO. Algunos autores, como Hilario Martín Jiménez (1980: 238), llegan a hablar de un tipo específico de obediencia militar, que denomina como *obediencia calderoniana*. La cual está vinculada a la ya tratada ideal de obediencia ciega. En la página 238 del libro citado apunta:

*“La obediencia calderoniana, en fin, es el resultado de la conjunción de un mando prestigioso y cabal con unas tropas cuya valía hace honor a esos mandos. Una tropa bien mandada, si es española, es capaz de acometer las más arriesgadas empresas con éxito; para ello no tiene más que obedecer a sus jefes. ¿Cómo? ¡Ciegamente!, sin pedir nada a cambio, sin rehusar mandato alguno, apoyándose en la fe, lealtad y confianza en sus jefes, que no les fallaban nunca”.*

Por lo que no parece contradictorio, que el soldado de reemplazo, por su propia condición de “civil militarizado”, pretendiese buscar un cierto equilibrio entre esos parámetros del deber y del derecho dentro del mundo militar. El soldado intentaba compensar ese estado “anormal” para él, fundado en ese absoluto “deber ser”, y en el “deber hacer” que debía compaginar con sus referentes previos basados en el derecho, entre otras cosas a; su individualidad, su libertad y su propia identidad. Por ello, el buscar eludir ese deber impuesto en el ámbito militar, no parecía absurdo en ese estado de tensión y conflicto en el que se encontraba de manera permanente el soldado conscripto.

Por otra parte, la propia explicitación constitucional referida al servicio militar obligatorio que lo refiera a la vez como un deber y un derecho, pretende legitimar dicho servicio, y buscar un equilibrio aparente entre los dos aspectos, al establecerlo como un derecho, siendo a la vez un deber obligado. Lo que adquiere una dimensión especial si tenemos en cuenta que, aunque

se plantea como un deber y un derecho para todos los españoles, no todos lo cumplían, y eso era algo que los soldados sabían bien.

Tras lo expuesto, no parece contradictorio que el soldado "buscase escaquearse", con el significado que se le da en la segunda acepción del Diccionario de la Lengua Española; *“eludir una tarea u obligación”*. Ya que, al no asumir como propias las tareas que se le encomendaban, la no-realización de las mismas no suponía un problema moral o ético.

Incluso podría considerarse que el escaqueo se constituía en un fin en sí mismo dentro de la experiencia de la mili. Personalmente he conocido individuos que hicieron el servicio militar con desgana y en contra de su voluntad, por lo que pasaron gran parte de su tiempo en filas intentando escaquearse. Quiero añadir que algunos de ellos se hicieron soldados profesionales al acabar su servicio militar y han desempeñado de forma profesional sus trabajos y funciones, evidenciándose un cambio de actitud significativo.

Para el soldado de reemplazo el escaqueo también constituía una especie de reto personal frente a la institución, y una obligación moral frente al propio grupo. Por ello, buscaba obsesivamente la manera de hacer lo menos posible. El escaqueo “más meritorio” era el que se realizaba en las "horas de trabajo", pero también respecto a las tareas y actividades extraordinarias, y en eludir las formaciones y listas.

El escaqueo servía también como muestra de hombría y distinción en el grupo, pues se utilizaba para alardear de su “buen hacer” como soldado, es decir de sus dotes y cualidades para eludir las responsabilidades y tareas encomendadas por los mandos. He percibido este hecho en muchas circunstancias, pero citaré de forma explícita una que presencie en un bar cercano a un acuartelamiento, en el que un grupo de soldados se tomaban unas cervezas a la vez que despotricaban y reían estrepitosamente. Entre los muchos temas que trataron estaba el del escaqueo. Dos de los soldados presentes debatían sobre quien era más machote y capaz, para lo cual se vanagloriaban y competían sobre su capacidad para eludir sus tareas cuarteleras. Hacían referencias al número de días que llevaba cada cual sin haber participado en las formaciones del cuartel, y sin realizar ninguna tarea de limpieza, ni de cocina. Finalmente uno manifestó que llevaba más de veinte días en tales circunstancias, añadiendo, de manera concluyente, que él era “el rey del escaqueo”.

El escaquearse, como actividad permanente, podía suponer un “esfuerzo agotador”, pues algunos soldados dedicaban toda su energía y astucia a ejercer tal actitud, lo que en ocasiones podía suponer mayor tensión y desgaste que el cumplimiento de lo ordenado. Sin embargo, constituía el mayor de los logros y satisfacciones morales y simbólicas para quien lo conseguía, por lo que merecía la pena.

Era también sinónimo de valentía, y estaba relacionado con la veteranía, pues eran los veteranos los que tenían derecho a escaquearse sin limitación alguna, quedando estas tareas circunscritas de manera ineludible a los menos veteranos.

Para algunos se percibía como una especie de "arte", como un "saber hacer" específicamente cuartelero que, se aprendía y transmitía de los veteranos a los novatos.

Su importancia en la cultura cuartelera queda corroborada en muchos de dichos cuarteleros, como en canciones, y en las normas informales de la tropa. Como podemos apreciar en el siguiente ejemplo de “normas del wisa”:

*Normas del WISA*

*1ª El wisa descansará de día, para dormir relajado durante la noche.*

*2ª Si un wisa ve a otro escaqueado, le ayudará, es de buen compañerismo.*

*3ª Si un wisa duerme durante las horas de trabajo, se suspenderá toda actividad ruidosa.*

*4ª El wisa amará su cama como a sí mismo.*

*5ª Si un día le entran ganas de trabajar, se sentará hasta que se le pasen.*

*6ª El wisa dejará para mañana el trabajo que pueda hacer hoy.*

Como puede observarse, el escaqueo era fomentado y potenciado por los veteranos, que marcaban las pautas de conducta y una filosofía de acción que servía como referente y modelo futuro para el soldado novato.

Una característica del escaqueo cuartelero residía en el hecho de que se trataba de una *actividad pasiva*, o *pasividad activa*, según se mire. Pues no consistía en un "pasar de todo", sino en una búsqueda activa de eludir determinadas tareas y funciones. No consistía en una mera espera, o en un principio de fe y esperanza, sino que se erigía en una cuestión de identidad de la tropa.

Un aspecto diferencial del escaqueo cuartelero respecto al entorno civil era que, mientras en estos contextos el sujeto que se escaquea suele ser repudiado y criticado por sus compañeros, por el contrario en el caso del soldado de reemplazo este hecho era proclamado y divulgado por los miembros del grupo como una virtud y una hazaña. Lo cual respondía al hecho de que, el escaquearse constituía uno de los principales valores grupales, y constituía un acto de rebeldía y de victoria del propio grupo frente a la institución y los mandos.

Por todo ello, el soldado novel acababa aceptando el hecho del escaqueo como algo lícito, en parte por la imposición de los veteranos, pero también por sus propias experiencias. Para comprender un poco tal hecho reproduzco parte de una conversación que tuve en el mes de julio de 1998 con un soldado de veintisiete años, ingeniero de caminos, unos días antes de su licenciamiento. El citado soldado me habló de una experiencia vivida en el CIR de Cáceres,

en el que hacían servicio de cocina “de fatigas”. El caso es que realizó unos cuatro servicios de los señalados, que recordaba con todo detalles. En el primer servicio coincidieron unos cuarenta reclutas, que realizaron las tareas que se les encomendaban con la mayor rapidez, con la creencia de que mientras antes acabasen más tiempo dispondrían para descansar. El caso es que al terminar la primera tarea, el cabo de cocina inmediatamente le encomendó otra, y así sucesivamente. De forma que cuando todo estuvo hecho, les mandó limpiar un lugar ya limpio, o repasar alguna de las perolas que ya habían limpiado. En el segundo servicio de cocina sucedieron hechos similares. Pero, en el tercer servicio las cosas empezaron a cambiar, y los soldados noveles -con la experiencia de los días previos- se percataron de que de lo que se trataba en tal servicio era de estar haciendo algo, lo que fuera, o que lo pareciese. En ésta ocasión los hechos acontecieron como en una película de los hermanos Marx, -tal y como me lo refirió el propio informante-, pues los soldados estaban “trabajando”; limpiando, barriendo, llevando cosas de un lado a otro, pero según pasaban los minutos se podía apreciar cómo realmente no se hacía nada, o no se veía avance significativo en las múltiples tareas que se estaban realizando. Al acabar el servicio de cocina cada sujeto había realizado las menos tareas posibles, evidenciando cómo todos habían asimilado el principio del escaqueo.

Como dato complementario, presento una viñeta publicada en la revista *Historias de la puta mili*, en la que en su contraportada se añadía un “carné de escaqueador”, en que podemos apreciar un soldado tumbado a la bartola, que se ve bruscamente alterado por la aparición de un sargento que le conmina para que limpie las letrinas. El soldado intenta hacer una observación, pero el sargento le corta radicalmente y reafirmando la orden. Para enfrentarse a estas circunstancias la revista propone la confección de un particular carné, “el del escaqueo”, que bastará para que no se le puedan imponer ninguna tarea al soldado que lo porte.

La ironía con que es tratado el tema se aprecia en el hecho de que el referido carné esté elaborado con un léxico y fórmulas utilizadas en los documentos militares al uso. El recurso del carné refiere nuevamente el carácter mordaz con que trataban estos temas los soldados, pues la asimilación de un carné del escaqueo, a modo de documento “oficial”, pretende simular la legitimidad de aquello que éste representa. En este particular caso, y como aparece literalmente en el texto del documento; *se autoriza a su portador a escaquearse de cualquier orden, servicio o situación en general, que pretenda vulnerar su sagrado derecho a no dar ni palo al agua en todo el día*. Nótese como se le otorgaba un carácter sagrado a este derecho, para contraponer el carácter sagrado que se atribuía a las obligaciones y misiones que se circunscriben al mundo castrense desde el discurso institucional.





¿TE OCURRE ESTO A MENUDO? ¿ESTÁS HARTO DE CHUPARTE TODOS LOS SERVICIOS? NO TE PREOCUPES. CON LA PUTA MILI NO VOLVERÁS A DAR UN PALO AL AGUA.



Recorta las dos caras del carnet y pega según se ve en el dibujo. Pon una foto tuya en el lugar indicado escribe tus datos al dorso, y hasta puedes plastificarlo y todo. A partir de ahora, cada vez que intenten emplumarte un servicio (del tipo que sea), enseña tu carnet y vete de copas.

A FAVOR DE: .....

FIRMA:

DESTINO: .....

EL TITULAR DEL PRESENTE CARNET ESTÁ AUTORIZADO A ESCAQUEARSE DE CUALQUIER ORDEN, SERVICIO O SITUACIÓN EN GENERAL, QUE PRETENDA VULNERAR SU SAGRADO DERECHO A NO DAR NI PALO AL AGUA EN TODO EL DÍA. DURANTE ESE ESCAQUEO, EL INTERESADO PODRÁ DEDICARSE A LA ACTIVIDAD QUE PREFIERA. (DORMIR, IRSE DE COPAS, TOMAR EL SOL, RASCARSE LA BARRIGA, LIGAR, ETC.). ESTE CARNET NO PODRÁ SER REVOCADO POR NINGÚN MANDO, POR ALTA QUE SEA SU GRADUACIÓN.



Carné de escaqueo: *Historias de la puta mili* (Nº 25, diciembre, 1992).

Junto al escaqueo, se erigía una premisa muy vinculada a la figura del soldado de reemplazo, la de “buscarse la vida”. Su fundamento residía en el hecho de que éste era conminado a realizar determinadas tareas sobre las que inicialmente no tenía ninguna libertad de acción o decisión. Si embargo, era frecuente que una vez asignada la tarea, tuviese que “buscarse la vida” para solucionar los problemas que le pudiesen surgir. Pues, al que se lo ordenaba, lo que le interesaba era el cumplimiento de la orden, no la manera en que se realizase. Dedicaré unas páginas para analizar este particular aspecto, por estar muy vinculado a la vida cuartelera, y a la subcultura de la tropa.

#### **4.3- 5 - “*Buscarse la vida*”.**

El dicho; “búscate la vida” era probablemente uno de los argumentos que con frecuencia habrá oído cualquiera que haya realizado el servicio militar. Desde un punto de vista analítico, hay que considerar aspectos como; la razón de su uso, quienes la utilizaban, y cual era el posible sentido de la misma.

Al respecto señalaré que lo usual era que fuese utilizada por algún superior al dirigirse a los soldados, a los que daba órdenes o directrices sin ninguna justificación añadida, y sin ofrecerle los medios o procedimientos necesarios para su realización. También solían vincularse a las demandas sobre la obtención de objetos o servicios que resultaban difíciles de conseguir, o que escaseaban. También tenían cabida en situaciones un tanto anómalas, para las que el reglamento no tenía unas directrices claramente definidas.

En todo caso, solían ser los superiores los que la utilizan para con sus inferiores cuando estos le demandaban medios o procedimientos para cumplir lo ordenado. También la utilizaban los soldados veteranos para con los más modernos en sus interrelaciones.

Realmente se trata de una fórmula que tradicionalmente ha formado parte de la cultura militar, pero también de la subcultura cuartelera, pues no tenía una relación determinante con la graduación o el empleo, sino más bien con las circunstancias y con la personalidad de quien mandaba. Aunque se emitía con mayor frecuencia entre los escalones inferiores.

A los soldados de reemplazo, y en especial los reclutas, eran a quienes mejor se podía aplicar, pues no tenían capacidad de respuesta. Eran los más indefensos, y los que poseían un mayor desconocimiento sobre sus derechos y sobre los procedimientos de gestión formal. Además, estaban más condicionados por el temor a posibles represalias del mando en caso de contestar o contravenir las ordenes.

Un gran sector de los mandos consideraban que cumplía una importante función didáctica, pues desarrollaba la imaginación y el ingenio de quien lo sufría. Y, consideraban que, en el

caso de que se tratase de un sujeto inexperto, o de corta edad, tal experiencia le ayudaría a espabilarse y a madurar, al acostumbrarse a salir del paso ante problemas inesperados. Pero, en el caso de la tropa, tal interés estaba orientado únicamente a fomentar la autosuficiencia para solucionar problemas simples y de tipo funcional, y no para el desarrollo del pensamiento creativo e intelectual, que estaba restringido al mando.

Tal fórmula servía a la vez para “quitar problemas” al superior, o al veterano, quienes la emitían ante el requerimiento del subordinado, o del novato, cuando le solicita los procedimientos a seguir para llevar a cabo una orden o indicación recibida, o cuando demanda los medios para hacerlo.

Tras estas elucubraciones, podríamos establecerse una cierta relación entre el escaqueo y la fórmula del buscarse la vida, con algunos aspectos de nuestra cultura popular, en concreto con la picaresca que la caracteriza y que se refleja en la propia organización militar. Pues, los militares también están imbuidos en la cultura popular, aunque sufran procesos de enculturación y de re-socialización específicos del ámbito militar.

Otro aspecto relevante de este tipo de situaciones se refiere al hecho de que cuando se daban, lo normal era que se recurriese a favores o ayudas de los compañeros o camaradas, generalmente de similar condición militar. Por lo que se solía establecer todo un sistema de relaciones informales entre los miembros de la unidad, o unidades, que determinaba un sistema de relaciones alternativo al oficial, que solía resultar mucho más rápido y eficaz en la gestión y desarrollo de procedimientos que el amparado en el procedimiento formal. Con ello se fortalecía un sistema de relaciones y vínculos entre los individuos, no estrictamente institucional, pero que contribuía al funcionamiento de la misma.

En el caso de la tropa era aconsejable tener “buenos contactos”, llevarse bien con el furriel, con los soldados destinados en cocina y en los bares, también con los de vestuario, y en general con cualquiera que tuviese acceso determinados servicios o determinada información, pues éstos podían facilitar mucho los problemas y ayudaban a la hora de “buscarse la vida”.

De lo dicho se puede deducir que la fórmula informal de “búscate la vida” complementaba los mecanismos formales, y contribuía a reforzar los lazos de unión entre compañeros o camaradas militares, dentro y fuera de las unidades.

Quiero cerrar el presente apartado, señalando cómo a pesar de que el sistema intentaba subyugar al soldado de reemplazo, éste acababa erigiéndose como sujeto y como individuo. Ello ponía en juego todo un sistema de procedimientos que le permitía superar, del mejor modo, el hecho de la mili, en ello jugaba un papel determinante su imaginación, su vitalidad, y, por supuesto, su capacidad para relacionarse y establecer fuertes lazos de unión con sus iguales.

A continuación trataré un elemento característico de la subcultura cuartelera, al menos durante las dos o tres últimas décadas de existencia de la mili.

#### ***4.4- El carné del Wisa.***

Los soldados de reemplazo se percibían como un grupo específico y distinto al de los militares de carrera, por lo que necesitaban evidenciar esa diferencia para con ellos mismos. Por ello reinterpretaban el modo en que la institución les “marcaba” como grupo diferente, al otorgarles una tarjeta de identificación militar distinta a la de los militares profesionales. Así, los soldados configuraban un particular carné al que denominaban “carne del wisa”, en el que referían de manera jocosa esa particular identidad. Con ello ridiculizaban los procesos institucionales que pretendían encajonarlo y tipificarlo. El soldado conscripto confeccionaba un “documento” propio de la tropa siguiendo el modelo formal del carné militar, por lo que, como todo carné, manifestaba su particular condición, le servía para significar, identificar y diferenciar a su portador según el esquema y categorización de la subcultura cuartelera. Por ello, el referente fundamental que se atribuía a dicho carné, era el de la condición de veterano, de hay que se tratase del carné del wisa y no del carné del soldado. De hecho, sólo podía portarlo quien había adquirido la “mayoría de edad” según los parámetros utilizados por ellos.

El soldado que lo poseía señalaba a los que no lo tenían su condición de veterano, y confería a su portador una serie de derechos y un signo de identidad, del que no podían disfrutar los que no lo tenían. Por lo que sí algún novato osaba lucirlo era foco de todo tipo de “sanciones” por parte de los que tenían legitimidad para usarlos.

En algunos cuarteles, los novatos eran “obligados” por sus veteranos a que les regalasen el carné correspondiente. De hecho, pude constatar cómo en alguna unidad dicho “documento”, que se podía adquirirse por el módico precio de cien pesetas en el hogar del soldado. En otras unidades existía la costumbre de que los bisabuelos que se iban a licenciar regalaban un ejemplar, o dejaban hacer una copia del suyo a los soldados que les iban a suceder, transfiriéndole, de esta forma, el derecho a portarlo y transfiriéndole su condición de veterano.




En otros casos, estos documentos se confeccionaban y distribuían a través de “personal especializado” que se hacían cargo de tal misión, bien porque poseían acceso a máquinas de reproducción, o bien porque se trataba de soldados más vinculados con estas tradiciones cuarteleras, como eran los que pernoctaban en los cuarteles.

Por otra parte, estos carnés y asfixiómetros constituían una forma de rebelión a través de los cuales se pretendía ridiculizar a la institución, pero a la vez actuaban como elementos

integradores, por lo que su uso no era perseguido por los mandos que tomaban tal costumbre como una chanza más de la tropa.

Los “carnés” y los “asfixiómetros” sufrían ciertas modificaciones con el paso del tiempo, entre las que, además de la lógica adaptación al reemplazo correspondiente, se producían otras que respondían a la integración o actualización de las novedades que iban surgiendo, como nuevas canciones relacionadas con aspectos o modas del momento, o se adaptaban a posibles cambios acaecidos en la unidad o en las prendas de vestir, etc.

Reproduzco algunos ejemplos gráficos de estos peculiares documentos.

<p><b>ARTICULOS DEL BISABUELO</b></p> <p>Art. 1 El bisa nunca se equivoca.          Art. 2 El Bisa nunca llega tarde, son los demás los que llegan temprano.          Art. 3 El no duerme ni trabaja, el bisa solo DESCANSA Y CONTROLA.          Art. 4 El bisa no conoce a nadie, es superconocido por todos.          Art. 5 El bisa dada su avanzada edad y mucha mili, será querido y respetado por TODOS</p>	<p>RECLUTAS: Con chuscos y paciencia se consigue la licencia</p> 	<p><b>CARNET DEL BISABUELO</b></p> 																																																																																										
<p><b>BISABUELO</b></p> <p>Nombre _____</p> <p>1º Apellido _____</p> <p>2º Apellido _____</p> <p>Dependencia _____</p> <p><u>COMPETENTE</u> _____</p> <p>Firma: _____</p>	<p><b>CALENDARIO</b></p> <table border="1"> <tr><td>90</td><td>89</td><td>88</td><td>87</td><td>86</td><td>85</td><td>84</td><td>83</td><td>82</td><td>81</td></tr> <tr><td>80</td><td>79</td><td>78</td><td>77</td><td>76</td><td>75</td><td>74</td><td>73</td><td>72</td><td>71</td></tr> <tr><td>70</td><td>69</td><td>68</td><td>67</td><td>66</td><td>65</td><td>64</td><td>63</td><td>62</td><td>61</td></tr> <tr><td>60</td><td>59</td><td>58</td><td>57</td><td>56</td><td>55</td><td>54</td><td>53</td><td>52</td><td>51</td></tr> <tr><td>50</td><td>49</td><td>48</td><td>47</td><td>46</td><td>45</td><td>44</td><td>43</td><td>42</td><td>41</td></tr> <tr><td>40</td><td>39</td><td>38</td><td>37</td><td>36</td><td>35</td><td>34</td><td>33</td><td>32</td><td>31</td></tr> <tr><td>30</td><td>29</td><td>28</td><td>27</td><td>26</td><td>25</td><td>24</td><td>23</td><td>22</td><td>21</td></tr> <tr><td>20</td><td>19</td><td>18</td><td>17</td><td>16</td><td>15</td><td>14</td><td>13</td><td>12</td><td>11</td></tr> <tr><td>10</td><td>9</td><td>8</td><td>7</td><td>6</td><td>5</td><td>4</td><td>3</td><td>2</td><td>1</td></tr> </table> <p><b>BISABUELIANO</b></p>	90	89	88	87	86	85	84	83	82	81	80	79	78	77	76	75	74	73	72	71	70	69	68	67	66	65	64	63	62	61	60	59	58	57	56	55	54	53	52	51	50	49	48	47	46	45	44	43	42	41	40	39	38	37	36	35	34	33	32	31	30	29	28	27	26	25	24	23	22	21	20	19	18	17	16	15	14	13	12	11	10	9	8	7	6	5	4	3	2	1	 <p>¡VOCERO!</p> <p>¡SALUDAR!</p> <p>PARA SER VETERANO HAY QUE SABER SALUDAR!</p>
90	89	88	87	86	85	84	83	82	81																																																																																			
80	79	78	77	76	75	74	73	72	71																																																																																			
70	69	68	67	66	65	64	63	62	61																																																																																			
60	59	58	57	56	55	54	53	52	51																																																																																			
50	49	48	47	46	45	44	43	42	41																																																																																			
40	39	38	37	36	35	34	33	32	31																																																																																			
30	29	28	27	26	25	24	23	22	21																																																																																			
20	19	18	17	16	15	14	13	12	11																																																																																			
10	9	8	7	6	5	4	3	2	1																																																																																			

*Carné que se podía adquirir en la cantina de la tropa de una unidad, por cien pesetas.*

<p><b>ORACIÓN DEL WISSA</b></p> <p>BLANCA NUESTRA QUE ESTÁS EN LA TIERRA,          VEN A NOSOTROS PARA SER TUS DUEÑOS</p> <p>HÁGASE TU VOLUNTAD          AQUÍ EN LA UNIDAD O DONDE ESTEMOS</p> <p>EL PELU DE CADA DÍA, DÁNOSLE HOY</p> <p>Y PERDONA NUESTRAS PUTADAS, ASÍ COMO          NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS          PELUDOS</p> <p>Y NO NOS DEJES CAER EN LA PREVENCIÓN          MAS LIBRANOS DE LA INSTRUCCIÓN</p>	<p><b>CÀRNET OFICIAL          BISABUELO</b></p> <p><b>INSTRUCCIONES PARA EL USO DE ESTE          CARNET</b></p> <p>EL PERSENTE CARNET DEBERÁ PRESENTARSE SIEMPRE QUE SEA NECESARIO ACREDITAR LA CONDICIÓN DE WISSA DEL TITULAR.</p> <p>EL CARNET DE WISSA ES PERSONAL E INTRANSFERIBLE. SI LO USARA PERSONA DISTINTA, SE LE RECOGERÁ Y ANULARÁ SIN PERJUICIO DE EXIGIR LAS RESPONSABILIDADES A QUE HAYA LUGAR.</p> <p>EN CASO DE PÉRDIDA O SUSTRACCIÓN, EL TITULAR SERÁ IRREMEDIABLEMENTE CONSIDERADO COMO PELUDO A TODOS LOS EFECTOS</p> <p>AL FINALIZAR EL SERVICIO MILITAR, CESARÁ EL USO DEL MISMO, DEBIENDO EL INTERESADO CONSERVARLO COMO RECUERDO DE SU VIDA MILITAR.</p> <p>EL USO DE ESTE CARNET ESTÁ JUSTIFICADO EN LOS SIGUIENTES CASOS: ESTANCIA Y PERMANENCIA EN CANTINA CUANDO LOS PELUDOS TRABAJAN, ESCAQUEO DEL TRABAJO SIEMPRE QUE HAYA UN PELUDO CERCA.</p> <p>(En caso de duda aplíquense las leyes del Wi)</p>	<p><b>REGIMIENTO DE INFANTERIA          INMEMORIAL DEL REY Nº 1</b></p> <p><b>DEL C.G.E.</b></p>  <p>10/99</p>
---	--	---

*Carné de visa del regimiento Inmemorial del Rey, perteneciente al primer reemplazo del año 1999.*

Normalmente poseían un espacio para indicar los datos personales de su portador, y tenía un recuadro en el que se ponía una fotográfica<sup>193</sup> de su dueño. Además, se solía registrar su nombre y apellidos, que frecuentemente era rellenado con el mote cuartelero. También se registraba la dependencia o destino, y la unidad en la que estaba encuadrado su portador. Y, lógicamente, el reemplazo y el año al que pertenecía el sujeto. En algunos casos se señalaba la profesión o graduación, que se resumía en el calificativo de bisagra, o wisa. En algunos aparecían referencias irónicas sobre las aficiones de sus portadores, entre las que prevalecían las de: dormir, beber, meditar, jugar a las cartas, educar cucos, y, sobre todo, vivir.

Una parte estaba dedicada a normas informales que hacían referencias a las ventajas y derechos que dicho carné otorgaba a su portador. Entre otras, se referían pautas de conducta a seguir por la tropa en sus relaciones dentro del grupo que se confeccionaban a modo de decálogos, normas, leyes, o mandamientos, que algunos calificaban como wisandamientos, a los que dedicaré unos párrafos.

#### *4.4- 1 - Las leyes del wisa o los wisandamientos.*

Existían distintas composiciones y estructuras para desarrollar estos mandamientos, pero en esencia solían referir hechos similares, que se centraban en consolidar la idea de que *“el wisa era el jefe”*.

El contenido de los decálogos responde claramente a la intención de los veteranos de establecer sus directrices y deseos sobre los soldados novatos, identificándose como superiores a ellos en el amparo de la costumbre y la tradición impuesta, y no en un argumento racional. De ahí que los principios establecidos no necesiten tener un sentido aparente. Por ello se establece una relación de vasallaje por parte del inferior, y se justifican, sin más, las imposiciones y abusos del superior con argumentos baladíes. Este aspecto estaba fundamentado en los procedimientos de relación jerárquica con los mandos, a quién había que obedecer por el hecho de serlo, independientemente de si tenía razón o no. De forma que, al reproducir ésta lógica del propio sistema castrense, también actuaba como mecanismo de integración en el sistema establecido.

---

<sup>193</sup> En el capítulo 4º vimos como algunos dibujaban en su lugar una calavera señalando así la condición de no vivo.

Reproduzco un ejemplo<sup>194</sup> de estos documentos como muestra de los mismos.

*DECÁLOGO Y NORMAS DEL WISA*

- 1 - El WISA siempre tiene razón.*
- 2 - En caso de no tenerla se aplica el artículo 1º.*
- 3 - El WISA no se emborracha, son los bichos que dan vueltas a su alrededor.*
- 4 - El WISA no se cuela en el comedor, se adentra parta ver la comida.*
- 5 - El WISA no putea, instruye al bicho en las nuevas tácticas de combate.*
- 6 - El WISA no se levanta a diana, toca diana cuando él se levanta.*
- 7 - El WISA no retrocede, da media vuelta y avanza.*
- 8 - El WISA no se pela, va a la moda.*
- 9 - El WISA no se escaquea, se confunde con el terreno.*
- 10 - El WISA no desfila, se pasea.*
- 11 - El WISA cuando le entran ganas de trabajar, se sienta y espera a que se le pase*
- 12 - Es preferible que muera un peluso a que se constipe un WISA.*
- 13 - Cuando el WISA tose, el bicho le ofrece tabaco.*
- 14 - Si no tose se le ofrece tabaco igualmente.*
- 15 - Servir al WISA no es una obligación, es un honor.*
- 16 - El bicho no opina, solo obedece.*
- 17 - El WISA no se atiborra a comer, prueba si la comida está envenenada.*
- 18 - El WISA no bebe, intenta por todos los medios acabar con las bebidas alcohólicas*
- 19 - El WISA no hace patrullas, ayuda al sargento a cumplir con sus obligaciones*
- 20 - El WISA no hace imaginarias, medita durante dos horas.*
- 21 - El WISA, no hace guardias, juega con el CETME y contempla el paisaje.*
- 22 - El WISA no hace maniobras, se preocupa por la naturaleza.*
- 23 - El WISA no cumple órdenes, hace favores.*
- 24 - El WISA es el jefe, para eso es el WISA.*

Fuente: Carné de Wisa de las FAR 1997.

Por otra parte, los soldados veteranos establecían una clara distinción en las acciones en las que podían coincidir un wisa y un novato, o cuando ambos realizan funciones similares, otorgándoles a éstas un cariz bien diferente cuando era el wisa el que las realiza. De manera que aquellas acciones que resultaban ineludibles como soldado, eran tratadas en tono burlesco, desprendiéndolas de su carácter impositivo cuando estaban referidas al wisa. Así

---

<sup>194</sup> Existen muchas variantes de estos decálogos, pero su contenido se ajusta a lo recogido en el que represento. En todo caso, en la página de Internet (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero3/recluta.htm>) puede leerse un artículo de Vígara Tauste y otros, publicado en *Tabanque*, Nº 9 - mayo de 1994. EU de Educación - Universidad de Palencia, en el que se hace un análisis interesante sobre uno de estos decálogos.

matizan, por ejemplo, que “el wisa no se levanta a diana, sino que toca diana cuando se levanta el wisa”.

Las normas y deberes institucionales determinaban todas las pautas de la vida del soldado, generándoles conflictos y tensiones durante toda la mili, de manera que éstos buscaban cualquier mecanismo para suavizar o paliar dicha tensión. Entre estos estaba la costumbre de los veteranos de caricaturizar y ridiculizar esa omnipresencia de normas confeccionando las normas paralelas señaladas, mostrando a la vez su inconformismo y su rebeldía.

Otros elementos que solían figurar en los carnés eran unas composiciones establecidas a modo de oraciones, en las que se referían una serie de principios de fe del veterano, con los que se exculpaba del maltrato que podían infligir a los novatos, alegando además que tal costumbre estaba amparada en la tradición.

Como en toda oración, finalmente se pedía que se le librase de los grandes temores del soldado, como el caer en la prevención, es decir el ser arrestados, y el hacer la instrucción, o las guardias, algo que podemos observar en los gráficos anteriores en las denominadas “oración a la blanca”, o el “padrenuestro del bisa”.

También podemos observar dibujos y caricaturas que ilustran estos documentos, en los que prevalecían muchos de los aspectos referidos a lo largo del trabajo, como el licenciamiento y la blanca, los servicios, la limpieza, la relación entre novatos y veteranos, el sexo y las mujeres, y referencias al consumo de tabaco, alcohol y drogas.

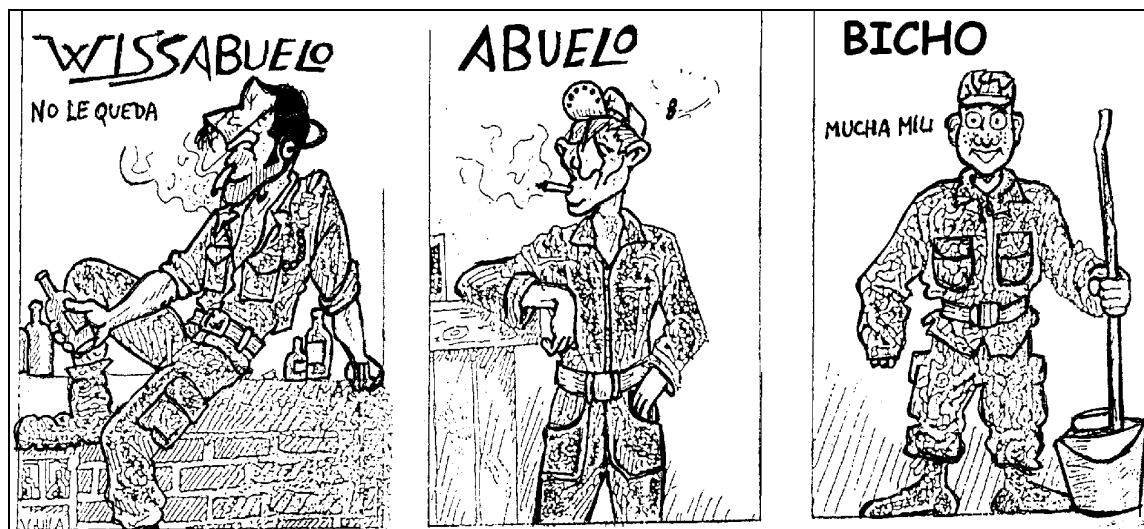
Otra constante era la presencia de pequeños calendarios en los que se tachaban los últimos días del servicio militar. Solían ser reproducciones miniaturizadas de calendarios más grandes con los que adornaban sus taquillas o lugares en los que estaban destinados, los cuales analizaré con detenimiento en páginas posteriores.

Para otorgarle un valor específico a los carnés respecto a otras unidades, en algunos casos incluían signos o referencias de su unidad o arma.

Quiero aclarar que el uso de estos calendarios, carnés, etc., estaba muy generalizado, y su uso era frecuente entre todo tipo de sujetos, pertenecientes a los distintos grupos sociales, aunque algunos tenían una mayor predisposición al mantenimiento de tales costumbres. Pero no existía un rasgo común que caracterizase a los que usaban tales referentes. Quizá, el aspecto más destacado al respecto podría ser, como he señalado reiteradas veces, el considerar que tales hábitos y prácticas estaban más arraigadas y extendidas entre los soldados que pasaban mayor tiempo en los cuarteles, es decir los que no poseían pase de pernocta. Éstos acababan sumergiéndose de forma más profunda en la subcultura cuartelera, mientras que los que disfrutaban de esos pases podían romper durante algunas horas, o días, y de manera reiterada con dicha cultura.



Otra constante de estos carnés y calendarios, respondía a la su esencia, es decir a la diferenciación entre sus portadores, los veteranos, y a los que no tenían derecho a usarlo. Por ello eran constantes las referencias a las distintas etapas de la mili, y a los roles de los soldados en esas etapas. Añado un último ejemplo.



*Dibujo de un carné de veterano recogido en el año 2000. Muestra la relación entre la veteranía y algunos referentes de la subcultura de la tropa, como el grado de ociosidad y el consumo de alcohol y tabaco.*

A través de estos carnés los soldados trataban en tono jocoso el supuesto valor de la mili como proceso para forjar a los jóvenes en hombres y en soldados, lo que hacían mostrando a los novatos como a unos niños y como iban evolucionando hasta mostrar al veterano presto a licenciarse como a hombres de pelo en pecho.

Según el esquema señalado, el bicho era representado con rasgos de adolescente, de niño, al que le quedaba grande el uniforme, y era representado en posturas sumisas. En el ejemplo que acompaño se le dibujaba con la chaquetilla abrochada hasta el gaznate, las piernas abiertas, y con un cubo y una fregona como complementos. Su rostro se representa imberbe y pecoso, no luce ni un pelo por ninguna parte, posee una sonrisa estúpida y los ojos grandes y redondos que expresan sorpresa e ingenuidad. Para remate se añade el texto “*mucha mili*” reafirmando su condición.

El abuelo es dibujado con una pose y facciones más rudas que las del bicho, lo que se señala con unos rasgos duros y una nariz de boxeador. Lleva la gorra cuartelera, pero a diferencia del bicho, la porta con cierta chulería, visera elevada dejando ver las marcas de los meses de mili que lleva pintadas en la base de la misma. Luce el pelo más largo y flequillo, porta un mono de trabajo con amplios bolsillos con una mano en uno de ellos, mientras que el otro brazo lo apoya en una barra mostrando una actitud de descanso. Una mosca revolotea a

su alrededor, con lo que se señala de manera sutil, que “ya huele”, que en el argot cuartelero equivale a decir que ya lleva bastante mili, por lo que no necesita texto adicional alguno.

El Wissabuelo, es fiel reflejo de la chulería, luce una incipiente barba adornada con unas particulares patillas. Lleva es un gorro cuartelero, diferente a la gorra. Está prácticamente desparramado en lo que pudiera ser la barra de la cantina, y adopta una postura despreocupada y distante. Se puede apreciar unos auriculares para escuchar música, incidiendo aún más en su estado ocioso, dando a entender que está ausente, esperando simplemente que aquello se acabe, incluso el cigarrillo que tiene en la boca aparece flácido y caído.

Lleva el uniforme de faena, pero lo luce con chulería, chaquetilla desabrochada dejando ver la pelambrera del pecho, con lo que señala su condición de macho dominante, de adulto absoluto, las mangas las lleva remangadas luciendo los fuertes antebrazos al estilo legionario. El uniforme se le ajusta perfectamente al cuerpo, y en su hombrea izquierda cuelga el cordón de identificación de su status. Además del pitillo característico de la edad adulta, sujeta una botella en la mano, y en su entorno se puede observar otras, mostrando que llevaba un tiempo bebiendo mostrando así su ociosidad continuada. En la parte superior del personaje figura el rótulo “No le queda”, con lo que se reafirma ese especial estado de tránsito que le caracteriza y que le devolverá en breve a su mundo de origen.

## V ) LA JURA DE BANDERA, Y OTROS RITOS.

*¿Qué significa el servicio militar? : Es el tributo de los hijos a su madre Patria.*

Morón Izquierdo (1983:17)

### 5.1- La jura de bandera.

#### 5.1-1- Del ritual del juramento.

Para comprender algunos de los argumentos utilizados para justificar la necesidad del rito del juramento a la bandera, podríamos considerar unas observaciones de Erikson (1974: 150), quién refiere cómo la institucionalización del servicio militar como un hecho aparentemente aceptado, ha jugado un papel importante en el acatamiento de la juventud respecto al propio hecho de tener que servir en el ejército, lo señala del siguiente modo:

*Sin embargo, la expresión normal de una iniciativa relativamente libre de culpa y en realidad más o menos “delictiva” en la juventud, es una experimentación con roles que siguen los códigos no escritos de las subsociedades de adolescentes y que de este modo no carece de una disciplina propia.*

*De las instituciones sociales que toman a su cargo canalizar a medida que estimulan esa iniciativa y proporcionar expiación al mismo tiempo que mitigan la culpa, debemos volver a señalar aquí las iniciaciones y confirmaciones: dentro de una atmósfera de eternidad mítica, aquéllas se esfuerzan por combinar algún símbolo del sacrificio o la sumisión con un enérgico impulso hacia modos de acción autorizados (una combinación que, cuando funciona, asegura en el novicio el desarrollo de un grado óptimo de acatamiento con un máximo sentimiento de libre elección y solidaridad). **Esta propensión especial de la juventud –a saber, el logro de un sentimiento de libre elección como el resultado mismo de la reglamentación ritual- se utiliza, por supuesto, universalmente en la vida militar***<sup>195</sup>.

El servicio militar constituye un claro referente de lo señalado por Erickson. Pues, tratándose de un servicio de carácter obligado, queda recogido en las directrices que lo regulan, como si de un hecho voluntario se tratase, al aparecer a la vez como un derecho y como un deber.

Así, al consolidarse a través de un juramento, o promesa, se le pretende otorgar un carácter volitivo, pues, ese aspecto es el que precisamente otorga validez al juramento, como señala Pitt-Rivers (1974).

Otra característica del juramento a la bandera es el carácter religioso y cristiano al que ha estado vinculado tradicionalmente en nuestro ejército. Y, aunque en las últimas fórmulas se ha aceptado la promesa como alternativa al juramento, en la práctica sigue

---

<sup>195</sup> El destacado en negrita es mío.

manteniéndose la tradicional vinculación religiosa. Esto se materializa en la figura de un sacerdote que participar dando fe del acto ante Dios, al que se pone por testigo del mismo.



*Presencia del páter en una de las últimas juras de soldados de reemplazo en el Tercio.*

En la cultura militar, la bandera se constituye en el símbolo por excelencia, pues simboliza a la nación a la que se compromete a servir quien realiza tal juramento. También está asociada a la patria, cuyo arraigo en el pensamiento militar se caracteriza por un vínculo sentimental y afectivo que se establece entre el hombre militar y la bandera. Ese carácter especial es conferido en el juramento, pues en él se jura, o promete, entregar la propia vida para defender la nación, y la patria, lo que, por extensión, afecta a la bandera, que deberá defender el soldado en el campo de batalla. De hecho, las unidades suelen tener asignada una bandera, cuya pérdida en el combate, o en cualquier circunstancia, supone un deshonor para la unidad responsable.

Como sucede con otros muchos aspectos de cultura militar, el carácter místico y trascendente del compromiso adquirido en el juramento ha sido tratado de manera irreverente e irónica, por algunos autores, y por algunos soldados. La siguiente viñeta, del dibujante Quino ironiza sobre la disponibilidad para con tal compromiso.



Podríamos calificar al juramento a la bandera como el rito militar por excelencia, pues además de ser común a todos los militares, aúna todos los elementos que suelen circunscribirse en los rituales al uso. En él se desarrollan algunas de las funciones más importantes para la consolidación y mantenimiento de la propia institución militar. Entre éstas destaca la de reafirmar y mantener la solidaridad entre los miembros que se congregan en el acto. A la vez, sirve para señalar y reafirmar la estructura del grupo, el orden y el sistema que lo constituye, y la delimitación de dicho orden.

En el ritual del juramento se dan cita diferentes actos o ritos trascendentes, como el “homenaje a los caídos”<sup>196</sup>, que adquiere la función nemónica, de recordar a los presentes la trascendencia de tal juramento. El acto a los caídos recuerda a los iniciados, cómo sus antecesores dieron la vida por la patria cumpliendo el mismo juramento que ellos van a realizar, potenciando así el compromiso que se adquiere, al presentar a los muertos como testigos del mismo.

Otro de los elementos destacados del juramento a la bandera, lo constituye la fórmula que se utiliza para tal fin. Sería adecuado realizar un análisis histórico sobre las variaciones que se han ido produciendo en las mismas, y en los procedimientos que la acompañan desde que este rito se institucionalizara en nuestro país en el siglo XVIII. Tal

---

<sup>196</sup> Este rito lo analicé al tratar el culto a la muerte desarrollado en la cultura militar.

aspecto llevaría bastante tiempo, y, aunque resulta relevante en el presente trabajo, también lo trasciende, por lo que me limitare a referir un artículo publicado por Redondo Díaz (1999:56-59)<sup>197</sup> en el que se hace una breve síntesis de las modificaciones que tal juramento ha sufrido desde que se normalizara su uso. En todo caso, el propio hecho de que se hayan producido cambios significativos tanto en la fórmula como en los procedimientos que la acompañan, se constata el carácter relativo que tal evento posee.

No obstante, referiré unas consideraciones que me parecen interesantes, en tanto que sintetizan algunos aspectos destacados de dicha fórmula, los cuales se recogen en una publicación institucional (Boletín Informativo Tierra Número 59 de 2001):

*El Juramento a la Bandera adquiere en el siglo XVIII un formato único consistente en un interrogatorio solemne que una autoridad militar realiza a un recluta, con el fin de lograr un firme compromiso de lealtad, disciplina y sacrificio. En el siglo XIX, se introducen términos como nación, constitución y soberanía, y en el XX se destaca el deber de obedecer y respetar a los jefes.*

Del mismo destacaré la integración del deber de obedecer y respetar a los jefes realizada en el siglo XX, pues tal referencia no parecía necesaria en periodos anteriores, en los que jefes militares normalmente pertenecían a la aristocracia y la nobleza, por lo que el respeto y la obediencia a los mismos les correspondían por su propia condición social, que se transfería a su condición militar. Sin embargo, la “modernización” de los ejércitos permitiría el acceso a puestos de mando de sujetos procedentes de diversos estratos sociales, lo que hacía aconsejable el remarcar la obligación de obedecerles y respetarles por su condición y estatus militar, y no por otros referentes.

Hechas estas aclaraciones, seguiré analizando algunos aspectos del ritual. Uno de los más visibles es el uso de una determinada indumentaria y elementos ornamentales. En este sentido las consideraciones de Leach (1989:76) me parecen del todo adecuadas. En especial las que refiere sobre el uso de ropas y elementos específicos vinculados a las ceremonias. Igualmente destacaré cómo en este acto se produce un cambio de indumentaria de los participantes asociado a su cambio de status. Sobre este aspecto destacaré el uso de elementos de carácter metonímico que sirven de manera especial para

---

<sup>197</sup> Sobre los distintos procedimientos, ceremonias, tradiciones y fórmulas que han tenido lugar a lo largo del tiempo en torno al acto del juramento a la bandera en el ejército español se puede encontrar más información en múltiples trabajos, pero citaré sólo algunos que poseen la particularidad de haber sido elaborados por militares, o por presentarse en publicaciones de carácter militar. Señalaré a Navarro Méndez (2001:86-92), *Semblanza Histórica de la Bandera de España y el Juramento a la misma*, Revista Ejército, marzo 2001. Como ejemplos anteriores, destacaré el texto de Guillermo Pinto (1999), así como el artículo de Serrano Carranza (1992), *Historia del Juramento de Fidelidad a la Bandera*, Revista Ejército, abril de 1992. Y como ejemplo de una visión global del significado de la bandera en el mundo militar y su evolución en el Ejército Español citaré a Manzano (1996).

marcar estos cambios. Algunas partes del uniforme pueden utilizarse para significar el rango o cargo de los concurrentes en el rito<sup>198</sup>, siendo también usual el que se utilice alguna prenda del uniforme para marcar el cambio de posición, o de rol de los sujetos.

Una muestra de lo señalado se constata, por ejemplo, en la costumbre de los alumnos de las academias militares de lanzar las gorras al aire al finalizar el periodo académico y recibir los despachos definitivos. Esto deviene en una manera de señalar *in situ* el cambio de status que tal evento significa, pues lanzándolas al aire simbolizan el desprendimiento de su condición de alumnos.

Los soldados de reemplazo también acostumbraban a lanzar al aire la prenda de cabeza tras el juramento, pero también era frecuente su uso para señalar su licenciamiento, lo que acostumbraban a hacer en las formaciones de retreta de los últimos días de su mili, -de forma especial en la última lista-. Con dicha acción manifestaban su cambio de condición, aunque en este caso de carácter opuesto al de los militares profesionales. Mientras estos significaban su plena integración en el mundo militar, el soldado conscripto señalaba con ello el abandono de su condición militar.

Otro aspecto que destaca Leach (o.c.:113) sobre los rituales es el carácter singular que adquieren los sujetos que participan en los mismos. Literalmente señala: *Los seres humanos que realizan actividades rituales son igualmente anormales según los criterios aplicados a los hombres mortales corrientes*. En el ritual del juramento a la bandera se cumple tal precepto, lo que se simboliza a través de diferentes aspectos. Por ejemplo, los altos mandos ocupan lugares especiales, a la vez que adoptan vestimentas<sup>199</sup> y todo un conjunto de símbolos de status que le confieren una entidad especial, casi sagrada, en resumen, “anormal”. No en vano, los encargados de presidir el ritual actúan en nombre de instancias superiores como la patria, pues a través de ellos se trasmite la nueva identidad a los que realizan el juramento.

A través del carácter sagrado que se otorga al ritual, se pretende dejar una huella profunda en los sujetos que participan en tales actos. Esto se puede verificar en las valoraciones de tal experiencia de muchos de los que realizaron el servicio militar. Reproduzco un artículo de José Luis Meler y Ugarte titulado, *La mili*, y publicado por el diario ABC, el 22 de julio de 1997, en el que un padre transfiere a su hijo, presto a incorporarse a filas, algunas recomendaciones sobre el particular, las cuales, evidencian su

---

<sup>198</sup> Sobre este particular señalaría el conjunto de normas que regulan el uso de las distintas prendas, complementos y uniformes en los ejércitos.

<sup>199</sup> Los uniformes de gala y gran gala sólo se utilizan en ocasiones rituales.

amor patrio y el impacto que le causó el juramento.

*Señor director: Quisiera decirle a mi hijo que se va al servicio militar: te incorporas al Campamento de Santa Ana en Cáceres. Vas a dar un paso trascendental en tu vida, servir a la patria. Quienes juramos bandera cuando aún se alentaba la emoción de participar en uno de los actos más solemnes de nuestra juventud, tenemos grabado el instante de besar la cruz que formaba la enseña de la Patria y el arma con que había que defenderla.[...]*

*Cuando cojas en tu mano la bandera y la lleves a tus labios para besarla piensa en todos tus seres queridos y jura defender a España hasta derramar la última gota de tu sangre.*

*Ten presente que las dos palabras más hermosas que pueden salir del corazón de un hombre son: Madre y Patria.*

Este padre conmina a su hijo a que realice su servicio militar con dignidad, y entrega, y se muestre agradecido por poder realizarlo. La vinculación y sentimiento que denota el autor de los citados párrafos, representa, sin duda, el pensamiento de otros que vivieron tal evento con el mismo talante. Sin embargo, las valoraciones de muchos difieren notablemente de la aquí expuesta.

El grado de implicación de los soldados con tan señalado acto responde a diferentes motivaciones. Ciertamente un gran número de sujetos se han sentido imbuidos de ese sentimiento patriótico, pero muchos otros lo recuerdan por razones más mundanas. De hecho, bastantes jóvenes se veían arrastrados a participar en estos acontecimientos, no tanto por el convencimiento o valoración del juramento que prestaban, sino por el temor a hacer el ridículo. Varios soldados me han manifestado que sentían pavor ante la idea de equivocarse en el paso, o en cualquier parte del acto. Pero, tal temor estaba motivado más por el miedo a hacer el ridículo ante sus familiares, compañeros, mandos y autoridades, que por el hecho de que su mal-hacer desmereciese el carácter trascendente del acto<sup>200</sup>.

Otro rasgo de este acto, reside en el hecho de estar marcado por una mezcla de algarabía y de sufrimiento. De hecho, la jura de bandera es un acto festivo, pero está sometido al más estricto orden y formalismo, pues representa la aceptación y sometimiento incondicional de los individuos al sistema establecido. De ahí, que se de tanta importancia a las formaciones, al desfile y el proceder en perfecto orden y marcialidad, pues inciden en señalar el compromiso individual, y la aceptación de la pertenencia al grupo, a la unidad. El sufrimiento con que se puede relacionar este acto se desarrolla en el conjunto del periodo de instrucción, pero de forma especial en los preparativos previos, que están

---

<sup>200</sup> Este sentimiento de temor y preocupación por el desarrollo de los rituales, amparados más en la imagen de los mismos que en su esencia, son normales en muchos de los actos que se desarrollan en nuestra sociedad. Un claro ejemplo sería el de las bodas, bautizos, y otras ceremonias de similar índole, en la algunos prestan más atención a la imagen y al desarrollo de los actos, que a su significado y trascendencia.



inmersos en unas sesiones interminables de instrucción y concienciación del soldado, para que todo salga como es de esperar.

Otro rasgo a destacar del juramento es el de confirmar la eficacia del sistema instituido, pues, a través del acto ritual, el joven mostraba el adecuado grado de sumisión y sometimiento al mismo. Su participación simbolizaba de algún modo que ya estaba lo suficientemente “domado” para formar parte del sistema, significando la adquisición de un grado de madurez militar de quienes juraban, a la vez que potenciaba y revalidaba la cualificación de los instructores.

El juramento de la bandera también adquiría un particular sentido en la subcultura cuartelera. De hecho, significaba para muchos la adquisición de una cierta seguridad y liberalización para con sus condiciones de vida, en especial respecto a las relaciones con los demás soldados. Un soldado me manifestaba con las siguientes palabras esa percepción: *Cuando llegué a este acuartelamiento, llegué con un poco de miedo, más que nada por las novatadas [...]a mí no me gustaba que me trataran como a un quinto, por eso tenía ganas de jurar bandera.*

Otro aspecto destacado del juramento, residía en la presunción de que sus protagonistas aceptaban a través del mismo una serie de valores y principios castrenses. En los momentos previos a la jura de bandera, los mandos intentaban inculcar en los soldados, a través de unas charlas teóricas, la importancia que tal acto. Se pretendía dar un cierto sentido al servicio militar, vinculándolo a un sentimiento patriótico. Sin embargo, tal labor no resultaba fácil, en especial por lo que respecta a la transmisión de algunos conceptos un tanto complejos, como el honor, el patriotismo, la disciplina, la perseverancia, la lealtad, la abnegación, la solidaridad, etc., menos a un grupo de conscriptos que asociaban estos valores con una condición opuesta a la suya propia de civiles que les habían arrebatado a la fuerza y que deseaban recuperar cuanto antes. Su disposición ante estos valores, que eran considerados propios de la identidad de los mandos -a los que consideraban sus opuestos y opresores- no era la más adecuada para asumirlos.

Mir Salas (Diario de Mallorca el 9 de junio de 1996) señala de forma explícita esta dificultad, y refiere como, desde antiguo, se recurría a metáforas para facilitar la transmisión de algunos de estos valores. Uno de esos recursos metafóricos más destacados y extendidos era el que se establecía entre la patria y la figura de la madre. *Pero hablar de patria era otra cuestión. Desde antiguo, a fin de facilitar las cosas se asoció este concepto al de Madre. ¡Patria es mi Madre!. Tenían que contestar los reclutas al preguntarles.*

Por otra parte, el soldado, en general, no solía dedicar un gran esfuerzo a intentar

comprender conceptos complejos, como el de la patria, pues a la complejidad de los mismos, había que añadir la poca receptividad de los jóvenes soldados. Además, se consideraba, que, en el mejor de los casos, el soldado poseía un nivel de formación y de madurez insuficientes para asimilar tales conceptos.

En la siguiente viñeta se ilustra este planteamiento.



*Caricatura sobre la bandera y la madre.*

El recurso a la figura materna para simbolizar a la patria responde varios aspectos. Por un lado, está asociado al hecho de que los que juraban bandera por primera vez solían ser jóvenes por edad, pero de no serlo por edad, lo eran por su propia condición dentro de la organización militar. En cualquier caso, la figura materna ocupa un lugar destacado en la vida del hombre en nuestra cultura, máxime cuando acaba de salir de la adolescencia, por lo que tal asociación resultaba fácilmente comprensible para estos.

Para profundizar un poco sobre este hecho, y sobre la particular educación que se ha inculcado en los varones de nuestras sociedades podríamos recurrir a los trabajos de Muraro (1994) y de Adrienne Rich (1996). Adrienne señala como la mujer ha sido educada desde el principio a la vez como hija y madre potencial, mientras que en el hombre se establece una disociación entre ambos roles, experimentándose primero como

hijo, y sólo mucho más tarde como padre. Por lo que, el recurso a la figura materna resulta del todo adecuado para con el soldado de reemplazo, vinculado al a figura de hijo, y por tanto familiarizado y vinculado sentimentalmente a la figura materna.

Esta particular dependencia del soldado para con su madre aparece de forma directa o indirecta en muchos de los dibujos, refranes, canciones y demás chanzas que he recogido. Algunos de los cuales aparecen en diferentes puntos de la tesis.

Soy consciente de que para analizar este hecho desde una perspectiva específicamente antropológica deberíamos ampliar el estudio del tema, pero añadiré únicamente, como en los ambientes de preguerra se ha fomentado tradicionalmente el papel de la mujer como “productora” de hijos –preferentemente varones- para afrontar las necesidades militares de las potenciales contiendas.

Además, la figura materna está rodeada de un aura de pureza, y es atribuida a una única e incuestionable persona. Lo que se plantea de forma coloquial en el principio que establece que “madre no hay más que una”. Por lo que su figura resulta del todo adecuada para establecer una relación metafórica con la patria, en el intento de que, como a la madre, se le ame de forma plena e incondicional, al creerse parte de ella. En este mismo sentido, el fomentar el amor a la patria como un amor similar al materno, favorece la disponibilidad de los sujetos para defenderla de manera incondicional. El amor hacia la madre resulta realmente emotivo y profundo para los varones, como se puede apreciar en las reacciones de estos ante cualquier tipo de insulto hacía su madre.

También se recurre a la figura materna para denotar el carácter protector y de seguridad que representa ante el joven. En el juramento a la bandera se establece un ritual que así lo representa, como aclara Salas en los siguientes términos:

*En la ceremonia de Jura de Bandera se besa la enseña con amor filial y se desfila de a tres bajo el arco formado por la bandera y el sable, como signo de que la Patria recibe a los hijos en su seno. Esta liturgia contribuye a afianzar un sentimiento que perdura para siempre. Es uno de los hitos más importantes en la vida de una persona y la mejor lección de solidaridad que se puede recibir, porque nadie es más solidario que el compromete la vida por la defensa de sus semejantes.*

Otra característica a destacar de la Jura de Bandera, la constituye el hecho de que en el mismo suele confluir el colectivo militar y el civil en un espacio militar. En ese día especial, las puertas del cuartel se abren a los familiares y amigos de los que van a ser soldados. En ese contexto se simboliza la entrega que hacen los padres de sus hijos al Ejército. Los padres asumen que el Ejército será el encargado de su formación y custodia durante un período de tiempo, durante el cual los mandos militares asumirán el papel

paterno, y la patria ostentará el rol materno, estableciéndose así una relación metafórica de la familia, que se afianza además en el uso reiterado de categorías como la de la fraternidad militar, o el de la familia militar, muy usuales entre algunos sectores de militares profesionales. Sobre esta particularidad cabe señalar que algunos jóvenes se oponían tajantemente a que sus familiares asistiesen a su jura de bandera como forma de desprecio y rebeldía ante el mismo.

Otra característica del acto del juramento reside en el hecho de que su trascendencia debía evidenciarse a todos los niveles. Se engalanaba y limpiaba con esmero el acuartelamiento, para el día señalado. Todo tenía que estar limpio, y en perfecto estado de revista. Se cuidaba con celo el aspecto personal de los soldados, el corte de pelo, el uniforme, el calzado, el armamento, todo debía relucir. Pero tal pulcritud debía observarse también en las calles, los edificios, los jardines. En definitiva, cualquier elemento que conforme el entorno cuartelero debía estar impoluto, para significar la trascendencia del acto. La limpieza y el orden son dos aspectos destacados en este tipo de acontecimiento, pues juegan un especial papel en la búsqueda de la armonía y vinculación simbólica de todo proceso ritual. La limpieza de lo terrenal reflejará la limpieza espiritual.

Esta identificación entre lo limpio con lo puro, y lo sucio con lo impuro es ampliamente tratada por la antropología simbólica, en especial por lo que a los ritos de paso se refiere. En este sentido, sí entendemos que el servicio militar lo es, la Jura de Bandera constituye uno de sus elementos más relevantes, pues se corresponde con uno de los pasos intermedios del proceso en los el iniciado es aceptado simbólicamente por parte de la institución. Por ello, los iniciados deben ser considerados como preparados para tal hecho, y deberán estar “limpios”, tanto en un plano literal, como simbólico, mostrando haber dejado atrás todos sus vínculos y referentes de la vida anterior, para no “corromper”, ni “contaminar”, el sistema establecido de la institución que los recibe. Además de la limpieza esmerada en el uniforme y equipo, se recurría en ocasiones al uso de algún elemento complementario para tal fin, como el llevar guantes blancos. Ciertamente, no se trataba de una práctica generalizada, pero en un determinado momento, algunas unidades lo utilizaron, para ensalzar el momento.

Este día era un día de fiesta en la unidad, en la que se intentaba involucrar a los familiares, por lo que se permitía que hiciesen fotos dentro del acuartelamiento, -eso sí, en las zonas permitidas-. Igualmente se solía permitir la presencia de algún fotógrafo profesional para plasmar tal evento fotografiando a cada soldado en el instante cumbre del beso a la bandera, al que después remitía una copia por un módico precio.

En el transcurso del señalado día se producían todo tipo de anécdotas y valoraciones, y cada cual experimentaba los hechos de acuerdo a sus propios principios. Algunos soldados manifiestan su desaprobación respecto al modo de proceder de los civiles, de los que señalaban que no “sabían estar” a la altura de los acontecimientos. Varios soldados me han hecho manifestaciones que señalaban este hecho con diferentes matices. Unos incidían en que los civiles no mostraban el respeto adecuado, pues no paraban de hablar mientras se desarrollaba el evento. O no adoptaban posturas correctas ante determinadas circunstancias, como al llegar la bandera, o durante el inicio de determinados actos, como al rendir honores, etc.

Otro soldado me relataba cómo los civiles no sabían reaccionar ni comportarse de acuerdo a las circunstancias. Como dato me refirió cómo a un compañero se le cayó la gorra mientras juraba, por lo qué, siguiendo las directrices que les habían dado sus mandos, ni él, ni el resto de sus compañeros se inmutaron. Sin embargo, tachaba a los civiles de ignorantes, por estar continuamente señalando la gorra a todos los que pasaban al lado de la misma, para que la recogieran. En estos comentarios se evidencia el grado de enculturación de los que los emitían, quienes mostraban su integración en el sistema castrense, al criticar a los “otros”, basándose en la presunción de que los civiles también deberían conocer todas las pautas y aspectos del ritual.

Respecto a la trascendencia y a la importancia que los soldados otorgan a la jura de bandera, habrá interpretaciones y valoraciones para todos los gustos, y tendrán cabida tantas interpretaciones como sujetos la han realizado. Al igual que algunos la recriminan y la niegan, debo reconocer que otros muchos la ensalzan y la elevan a un rango especial en cuanto a su propia experiencia como soldados. Diré al respecto que la mayoría de los informantes que me han dado su opinión sobre su juramento, se referían al mismo calificándolo como el acto más importante de su experiencia militar. Un soldado me resumía esta sensación con la siguiente frase; *Lo que más destacaría de la mili es la jura de bandera, es lo más emocionante y bonito que hemos hecho durante toda la mili.*

Muchos destacaban que para ellos había significado el reconocimiento a los esfuerzos previos, era la compensación ante tanto esfuerzo y trabajo para prepararla. Para otros servía como elemento de diferenciación entre los diferentes subgrupos que confluían en el evento, ensalzando las virtudes de sus compañías en el bien-hacer de las mismas frente a otras compañías o unidades. Algunos incidían en ello añadiendo como las demás compañías “fliparon” ante el modo en que desfilaron. Tampoco faltaban los que destacaban haber tenido una especial sensación durante el acto. Manifestaban haberse

sentido extraños, sabiéndose físicamente presentes, pero a la vez ausentes.

Otros reconocían que su principal preocupación se centraba en que todo saliese bien, y dedicaron toda su atención en no equivocarse en los movimientos, ni en perder el paso. Todo ello estaba reforzado, por el temor a las medidas represivas de sus mandos en caso de hacerlo mal. Pero sobre todo, se sentían sometidos a la presión de los propios compañeros, que vigilaban en todo momento al grupo, de forma que se iban corrigiendo los unos a los otros ante cualquier aparente fallo o error. Las autoridades que presidían tal evento también eran fuente de tensión y preocupación. Pero un factor no menos importante era la preocupación por hacerlo bien ante familiares, novias y amistades. Esto forzaba a los participantes a actuar de manera exagerada, adoptando actitudes y posturas que, visto desde fuera, podrían tacharse de cómicas, o de posturas antinaturales. Las manifestaciones de la disciplina se exageraban en exceso, mostrando, por ejemplo, las cabezas exageradamente rígidas y la mirada perdida, y los movimientos se realizaban de manera forzada.

De hecho, los desfiles y actos realizados por los soldados de reemplazo en tan importante acto, solían carecer de gracia y elegancia, pues estaban amparados más en la preocupación por la forma externa de lo que se hacía, que en el sentido profundo del propio acto, lo que resulta especialmente destacado por la trascendencia del mismo, pues se juraba estar dispuesto a entregar la propia vida, si fuese necesario. Sin embargo, no parece que los protagonistas lo percibiesen así, al verse más como sujetos pasivos, que como sujetos activos de dicho evento. Lo que hacía pensar a algunos que se trataba de una mera interpretación teatral.

Al finalizar el acto los nuevos soldados tenían que hacer entrega del armamento, y, en ocasiones, recibían una leve felicitación de sus jefes inmediatos, por lo bien que lo habían hecho. Los familiares y demás personal civil esperaban pacientemente a que sus hijos, novios o amigos pudiesen reunirse con ellos. Y, tras las despedidas apresuradas de amigos y compañeros de campamento, salían prestos a celebrar con sus familiares o amigos tan señalado acontecimiento fuera del acuartelamiento. Algunos lo celebraban con una comida, y otros se embarcaban en un viaje de vuelta a sus lugares de origen, para disfrutar lo antes posible de unos días de asueto antes de tener que incorporarse definitivamente a las unidades donde prestarían el resto de su servicio militar.

Aun en los albores de la desaparición de tan criticada institución, para muchos de los que participaron de la misma, seguía siendo un acto señalado en sus vidas, como se evidenciaba en la presencia de sus familiares, novias y amigos, que asistían a compartir

con ellos ese momento y la preocupación por conservar fotos de recuerdo. De hecho, para muchas familias el asistir a tal evento suponía un gran esfuerzo, pero lo hacían con orgullo, pues asumían la trascendencia del acto, más si cabe cuando este era asociado con la adquisición de la madurez del muchacho.

### *5.1-2- Una jura de segunda.*

El militar profesional adquiere un compromiso formal con la institución, que ratifica de manera contractual, por lo que aparentemente no necesitaría de un juramento ante la bandera. Por el contrario, los lazos del soldado de reemplazo con la institución militar eran de otra índole, de ahí la necesidad de formalizar un compromiso alternativo que le vinculase y atase a un deber adquirido para con la patria. Esto se hacía aún más necesario, cuando el vínculo que se creaba con la institución era de carácter forzoso.

Además, el militar profesional está imbuido de un talante vocacional que teóricamente va más allá de cualquier precepto materialista, y es poseedor de una particular condición estructurada en torno al honor militar. Honor que le hará actuar de acuerdo a los preceptos castrenses en todo momento y lugar. Por ello el militar de carrera puede anteponer a cualquier hecho su honor militar, como señala Pitarch (1984) y, por tanto, no necesitaría recurrir a un juramento ante la bandera.

No obstante, esto no es exactamente así, pues los alumnos de las distintas academias militares cuando formulan su juramento ante la bandera, no lo hacen como oficiales, o suboficiales, pues juran bandera tras superar su período básico de instrucción, como cualquier soldado, comprometiéndose con ello a aceptar su condición de entrega total como Soldado antes de ser militares profesionales y de ostentar su categoría militar.

Por otra parte, la jura de bandera de los soldados de reemplazo puede ser interpretada, como una jura de segundo orden, como una jura de segunda categoría. Al menos, si consideramos las diferencias que se establecen en la percepción y significado que tal acto parece tener para el militar profesional, y la que tenía para el soldado de reemplazo, pues tiene connotaciones que las diferencian.

En primer lugar, puede decirse que para el militar profesional siempre constituye un acto solemne y válido. Éste, adquiere su condición militar de forma voluntaria y con un marcado carácter vocacional. Para él supone la aceptación de su entrada en el ámbito militar, al que desea integrarse absolutamente, y que lleva vinculado la idea de dedicación plena, de servicio permanente, y la aceptación personal de los valores finales de la

institución militar, entre los que destaca un sentimiento altruista llevado al límite.

Todo ello confiere a la profesión militar un carácter de excepcionalidad y un cierto cariz de sacralización, que se hace extensivo a sus miembros. Lo que señala el Tte. Gral. Juan Cano Hevia con las siguientes palabras: *En cualquier caso, es necesario que el militar sea un hombre especial dispuesto a autoinmolarse en defensa de su nación. Hoy como siempre ese tipo de hombre presenta problemas a la sociedad que le crea y le proporciona la fuerza que le coloca en condiciones de esclavizarla, a la vez que ese objetivo puede verse más o menos diluido en el sistema de valores que impera en su sociedad.*

En este punto, cabe considerar cómo entre los profesionales de la milicia existe la creencia de que sus miembros poseen un profundo e incuestionable amor a la patria, lo que les diferencia de los ciudadanos civiles en general. Algunos militares siguen argumentando de manera espontánea que el rasgo diferencial de ésta profesión respecto a cualquier otra, reside, más allá del riesgo o fatiga que pueda conllevar, en la disponibilidad de quienes la ejercen para entregar la vida, si fuera necesario.

En esta percepción se esconde la valoración diferencial que dichos mandos hacen de su condición respecto a la de los soldados de reemplazo. Atribuyen tal rasgo diferencial a la condición de militar de carrera, olvidando que tal disponibilidad vincula, por igual, a la mayor parte de los varones españoles que juraron tal compromiso ante la misma bandera, al prestar su servicio militar. A lo que hay que añadir el hecho de que el soldado de reemplazo, a diferencia del militar de carrera, no percibía a cambio de esa prestación una compensación económica, o un desarrollo profesional.

Esta percepción de los profesionales de la milicia como de un grupo especial, constituido por hombres especiales, y pertenecientes a una cultura especial, responde a una forma de estructurar y ordenar la realidad ciertamente habitual en la configuración de la identidad de las culturas. Una cita de Levi-Strauss (1987:41) puede ser muy ilustrativa sobre el hecho, pues señala: *Para que una cultura sea realmente ella misma y esté en condiciones de producir algo original, la propia cultura y sus miembros deben estar convencidos de su originalidad y, en cierta medida, también de su superioridad sobre los otros.* En este sentido, no resulta chocante que los militares de carrera se consideren hombres especiales, en el convencimiento de ser, en alguna medida, superiores a los que no son como ellos. En tal constructo se afianza el “mito del guerrero”.

Para los soldados de reemplazo tal acto tenía otras connotaciones; algunos le otorgaban un cariz un tanto trágico y sobrio, por lo que recurrían a diferentes procedimientos para contrarrestar este hecho. Un ejemplo de estos procedimientos se basaba en la



representación burlesca del ritual. Existían muchas modalidades de esta práctica irrisoria, una de las cuales era “la jura de los calcetines”. Ésta se solía realizar la noche anterior a la jura de verdad, y consistía en una particular parodia de la misma, en la que los reclutas iban ataviados de forma ridícula. Normalmente iban en calzoncillos, o ataviados con las trinchas y una almohada sujeta por el cinturón a modo de pañal. Como complemento portaban una escoba a modo de fusil. Con tales fachas eran dirigidos e increpados por los veteranos para que simulasen el acto de la jura. Para rematar el evento, se usaba a modo de bandera un palo de una escoba del que colgaba un calcetín, -preferentemente usado-, lo que daba nombre a tal parodia. En todo caso, los reclutas debían desfilarse de forma displicente, y finalmente besar con vehemencia dicho calcetín.

A pesar de la apariencia desagradable de tal proceder, -al menos para los que tenían que prestar dicho juramento-, no resultaba siempre así, y algunos soldados me confesaban que, en lugar de molestarles, les resultaba divertido, y se prestaban gustosos a tal juego. En este caso la interpretación del acto se establecía como una chanza, como una actuación carnavalesca, en la que se ridiculiza la trascendencia y sacralización del acto que tendría lugar al día siguiente. De este modo, se constituía en una manifestación de rebeldía colectiva, con la que desdramatizaban el ritual que iba a acontecer, y en el que tendrían que participar de manera irremisible. Por ello, muchos no lo consideraba como una novatada, o como un acto de degradación de los individuos participantes en tan irreverente bufonada, sino todo lo contrario. Lo entendían como una acción de unión colectiva frente a un proceso al que se veían sometidos, sin que se les pidiera su aprobación.

Tampoco faltaban los que veían la propia jura de bandera, como un acto teatral. Cito las declaraciones de uno de mis informantes que recoge claramente esta percepción: *La jura de bandera consiste en representar una obra de teatro, en la que juras la bandera. Al jurar bandera me sentía como un actor, que había estado practicando una obra de teatro durante mes y medio y que finalmente tenía que representarla delante de mis padres, como sucedía en el colegio cuando eran carnavales, o en otras festividades.* En este sentido, señalaría que no todos los soldados han reflexionado sobre la trascendencia del juramento, de forma que al preguntarles sobre el significado del juramento y lo que se les demandaba en la fórmula del mismo, las respuestas eran de lo más dispares. Destacaría el porcentaje de los que denotaban un alto grado de desconocimiento e ignorancia al respecto, lo que muchas veces se justificaba con pretextos superfluos, refiriendo que habían olvidado el contenido del mismo, -a pesar de que hacía tan sólo uno o dos meses que habían jurado bandera-. *No lo recuerdo, porque hace mucho tiempo que lo hice, yo juré bandera en*

mayo, me declaraba un soldado en el mes de junio del mismo año.

Con lo señalado se evidencia la falta de trascendencia que estos eventos parecían tener para algunos individuos, los cuales no recordaban siquiera, que juraron “estar dispuestos a entregar su propia vida si fuera necesario”, y lo hicieron ante una multitud de testigos, militares, civiles, y religiosos. ¿Cuál puede ser la razón de tal olvido?, acaso se trataba de sujetos que no le daban mayor importancia a sus vidas, y por ello no lo recordaban. O, quizás consideraban el evento como un mero trámite por el que debían pasar, y que concebían como eso, como uno más de los actos que configuraran su experiencia de soldado. Podría ser que no lo asumiesen como algo vinculante, por haber sido obligados a realizarlo, y en el momento de prestar el juramento cruzaron los dedos para invalidarlo. Pues, no debemos olvidar que, como señala Pitt-Rivers (1974): *El intento de usar el ritual para comprometer el honor de un hombre tropieza con la dificultad de que ningún hombre puede comprometer su honor contra su voluntad, ya que su honor es lo que él quiera, y el intento de obligarle a hacerlo le induce a <<cruzar los dedos>>. [...] el honor de un hombre es sagrado para él.* En esta idea se apreciaba la diferencia fundamental entre la jura de bandera del militar profesional y la del soldado de reemplazo que no tenía opción, con lo que su juramento podría quedar en cuestión.

Pinto Cebrián<sup>201</sup> (1999:129-130) recoge otros aspectos interesantes respecto al juramento de los soldados conscriptos. Apunta el requerimiento de dos condiciones para que el juramento tenga validez: la intención de jurar por parte del que lo realiza y, la existencia de una fórmula del juramento. El segundo elemento resulta evidente en el caso del juramento de nuestros soldados de reemplazo, pero el que se puede cuestionar es el primero. La perspectiva de Cebrián complementa la de Pitt-Rivers, ya que ataca a la falta de intención de los que juran en vano, lo que trata como de engaño por parte del que jura.

Después de lo señalado podríamos declarar que, el juramento a la bandera que realizaban los soldados de reemplazo, puede ser considerado como no-válido, al menos en aquellos casos que los soldados juraron en contra de su voluntad, de hecho aunque algunos invalidaban el juramento gritando “no juro”, aunque ello sólo tuviese un efecto subjetivo en el sujeto en cuestión.

Otro rasgo que permite vislumbrar algunas diferencias en el modo en que era percibido

---

<sup>201</sup> Destacaré el análisis de determinados aspectos del acto del juramento a la bandera, especialmente ciertos ademanes y prácticas, que han acabado convirtiéndose en parte del rito y de la simbología de la tradición militar de nuestro país. Igualmente insistiré en sus apuntes sobre las fórmulas utilizadas en distintos momentos, así como el carácter religioso que se otorga a dicho evento.

el juramento a la bandera por parte de los militares profesionales y por parte de los soldados conscriptos es el modo en que se relacionaba este hecho con algunas manifestaciones visuales, como el uso de ropas especiales, propias de los rituales. Así, está establecido que en los actos destacados, y el de la jura constituye uno de los más destacados<sup>202</sup>, el personal asistente luce una indumentaria acorde con el acto. Se entiende que para el que jura tal indumentaria deberá ser la mejor. Sin embargo, en las últimas juras de bandera este aspecto quedó relativizado, en la medida que los soldados de reemplazo solo disponían del denominado uniforme de faena, o uniforme de trabajo, con lo que juraban con tal indumentaria, aunque en algunas unidades se distinguían por portar guantes blancos para este evento. La referencia simbólica que caracteriza todo acto ritual, que tradicionalmente se manifestaba a través de la vestimenta de los actores, estaba supeditada a cuestiones pragmáticas, pero sólo en el caso de la tropa de reemplazo.

Este aspecto de la jura del soldado, evidencia la permisividad y alteraciones del sistema establecido, que sólo son posibles en el ámbito de lo ritualizado, dada la ambigüedad, que lo caracteriza y legítima. Pero tal proceder no sería aceptado en el caso de que los que jurasen fuesen militares profesionales. Al menos, podemos asegurar que estos no aceptarían de buen grado el realizar este ritual despojados de las vestiduras y símbolos personales que corresponden a tan señalado acto.

Para apreciar el referido contraste añado unas fotografías en las que se observa el juramento a la bandera de diferentes formas. En una de ellas se observa a un soldado de reemplazo con uniforme de paseo, y con guantes blancos, reservado para ocasiones muy especiales, y constituía el único complemento en el uniforme de la tropa de reemplazo, pero que servía para denotar la relevancia del acto. En otra vemos un soldado besando la bandera, pero en este caso lleva el uniforme de faena. Lo relevante de la fotografía es que en su uniformidad no se observa ningún elemento especial, sin embargo el oficial abanderado que le ofrece la bandera para ser besada, luce el uniforme de media gala, señalando con ello la trascendencia de su función y del acto.

Por último, como un referente más del contraste existente entre los soldados conscriptos y los mandos, represento una serie de fotografías de la jura de bandera de distintos grupos y distintas épocas en las que podemos apreciar algunos cambios y matices interesantes.

---

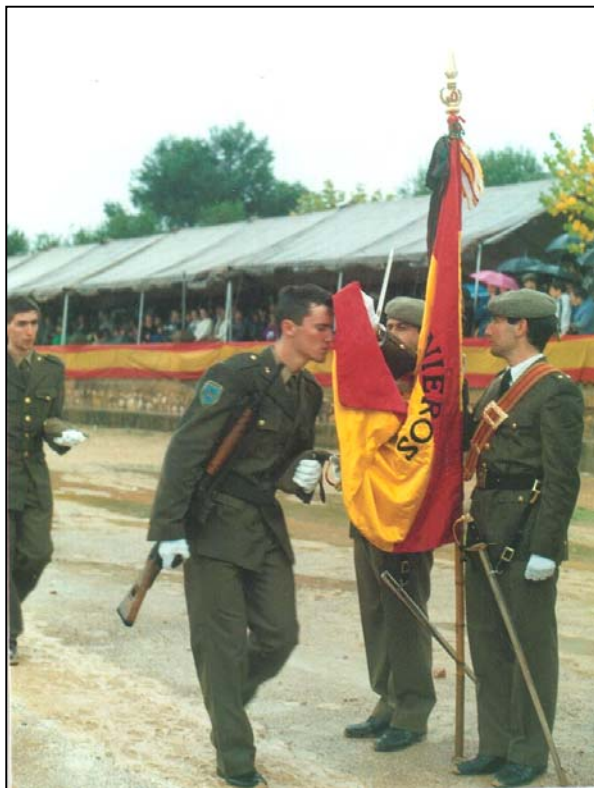
<sup>202</sup> Art.416 RROO del ET; *Las principales ceremonias militares se realizarán con motivo de los actos del juramento y honores a la Bandera de España y su entrega a Unidades; paradas y desfiles; honores a las autoridades; tomas de posesión de mando, entrega de despachos, títulos o diplomas e imposición de condecoraciones; honras fúnebres y homenajes a los que dieron la vida por la Patria; festividades de los Santos Patronos y otras conmemoraciones relevantes de carácter nacional o castrense.*



*En primer lugar muestro una fotografía de su Majestad el Príncipe de Asturias jurando bandera en la AGM con uniforme de época, - desde entonces la jura en la Academia se realiza con esa uniformidad-.*

*Ciertamente la jura de bandera del Príncipe está sometida a un protocolo particular, pero tal acto adquiere dimensiones similares en las juras de banderas de los futuros oficiales.*

*Se puede observar el engalanamiento del contexto, incluso apreciamos una moqueta en el suelo asfaltado del patio de armas de la citada Academia.*



*En esta otra fotografía se observa la jura de bandera de soldados conscriptos.*

*Esta realizada en el CIR de Valencia y fue tomada a finales de los años ochenta. Podemos apreciar como la tropa lleva el uniforme de paseo, y lucen guantes blancos como signo de distinción y relevancia del acto. El oficial abanderado porta camisa blanca y corbata negra como elemento de diferenciación.*

*El engalanamiento del lugar se aprecia en la bandera que luce al fondo en el palco. Pero podemos apreciar como el suelo está embarrado y con charcos, ya que la jura se realizaba en grandes explanadas donde se hacía la instrucción de orden cerrado.*

Las tres fotografías siguientes muestran juras de bandera de soldados de reemplazo de tiempos más recientes (años noventa). En ellas vemos como portan uniforme de campaña, pues ya no se les entregaba uniforme de paseo.



*En esta fotografía apreciamos soldados de reemplazo pasando en columna bajo la bandera después de haber hecho el juramento individual besando la bandera. Como único signo de relevancia y distinción lucen guantes blancos.*



*En esta otra imagen vemos nuevamente soldados de reemplazo gritando al unísono en un acto de juramento a la bandera mientras muestran sus armas en posición de presente.*

*Como en la anterior fotografía lucen guantes blancos como signo de relevancia del acto. Al igual que en la anterior portan la bayoneta calada en el cetme durante el acto reafirmando con ello la disponibilidad para luchar y defender aquello por lo que juran.*



*En esta fotografía se observan soldados de reemplazo de una unidad de Regulares pasando en columna de a tres bajo el arco formado por la bandera y el sable de un oficial (fuente Internet página de Regulares). En este caso podemos apreciar como al fondo aparece un mando con el característico uniforme de Regulares, con capa, señalando la distinción del acto. Por el contrario, los soldados que juran no portan ningún elemento en su uniforme que indique la solemnidad del acto, ya no llevan ni guantes blancos.*





*En esta última imagen se muestra a un soldado besando la bandera con uniforme de faena (campaña). Por el contrario el oficial abanderado porta uniforme de gala, (imagen extraída del calendario del Ejército de Tierra de 2003).*

El marcado carácter ritual del juramento a la bandera se observa en el conjunto de elementos que confluyen en el mismo, los cuales contribuyen a fomentar un sentimiento especial entre los asistentes, sobre todo en los que juran. Para ello se trata de estimular y enaltecer sus emociones. También se utilizaba una serie de elementos ornamentales, junto a un sinnúmero de accesorios que constituían un todo complejo que favorecía la evocación de sentimientos profundos.

El día señalado empezaba con el toque de “diana floreada”, un toque particular que se entona en muy contadas ocasiones. El uso de elementos sonoros continuará todo el día, y las marchas y canciones militares se iban sucediéndose para elevar el espíritu castrense. En el acto propiamente dicho, las bandas de música acompañaban, con sus notas, los pasos y pautas del ritual. A todo ello había que unir la ceremonia religiosa, los actos de entrega de ofrendas a los caídos, las alocuciones de los mandos militares que presidían el evento, la revista de las tropas formadas. La entrada de la bandera con el himno nacional de fondo y el saludo de todos los presentes constituía un momento destacado, pues a partir de ese instante la bandera presidiría los eventos. La combinación multicolor de los banderines, las banderas y tapices que engalanaban el contexto, junto a la elegancia y marcialidad de los gastadores, con sus movimientos acompasados daban un toque de distinción a la evolución del evento. Finalmente los cientos de muchachos allí congregados con sus movimientos acompasados, cerraban el escenario.

El máximo apogeo del ritual está marcado por un elemento sonoro, que se produce cuando tras la lectura de la fórmula del juramento, los soldados gritan con todas sus fuerzas “sí juro”, como si de un sólo hombre se tratase, confirmándose el juramento.

La importancia del contenido ceremonial de estos actos se plantea conveniente desde antaño, como señala Fornells (1918:104):

*Las paradas, revistas, desfiles, y las formalidades con que se recibe á la bandera, impresionan por el aparato de que se revisten, y son medios educativos que, si no se abusa de ellos, pueden inspirar los sentimientos de respeto, sumisión y deferencia, y hasta de amor al Ejército y la Patria.*

Realmente el conjunto de estos elementos constituye un espectáculo de sonidos, colores y acontecimientos, que unido al significado latente del propio rito para los familiares y amistades de los protagonistas, ha hecho que fuese un acontecimiento especial para los soldados y sus familiares hasta la misma desaparición del SMO.

Ese carácter especial de la jura de bandera hacía que algunos soldados me manifestaban que tal acto debería constituirse en un rito que marcara el final del servicio militar, constituyendo una especie de reja que debía realizarse en el momento de la licencia. De hecho, me consta que tal acto se ha realizado en la práctica en determinadas unidades, potenciado por los jefes de las mismas.

Algunos soldados argumentan al respecto, que el juramento debería señalar el final del servicio militar, y no el inicio, pues, en su opinión, el momento de la licencia era el que denotaba realmente que el joven había adquirido su madurez como soldado, señalando que ya estaba preparado para servir a la patria, por lo que debería dejar de vestir el uniforme precisamente en ese momento. En la argumentación de los que así pensaban, subyacía la idea de que la mili servía para instruir al joven en el uso de las armas, y en el conocimiento de la vida militar, pero una vez alcanzado tal grado de instrucción no tenía sentido seguir más tiempo en el ejército “perdiendo el tiempo”.

Los que así pensaban, no percibían otro aspecto del servicio militar, que consistía en la realización de una serie de tareas que eran necesarias para el mantenimiento de los ejércitos regulares. Se trataba de las funciones y tareas para el mantenimiento del equipo, instalaciones, material, y la disponibilidad de éstos. Tareas que el joven realizaba al encuadrarse en las fuerzas armadas y desempeñaba dentro de las respectivas unidades. Hoy en día, con la escasez de personal de tropa, muchas de esas funciones han tenido que ser otorgadas a empresas civiles, con el consiguiente coste para las unidades y los presupuestos de defensa.

Por otra parte, tras el juramento a la bandera el soldado recibía una formación complementaria a la del período básico de instrucción, al adquirir el reconocimiento de su “madurez como soldado”, que le era otorgado precisamente en el acto de la jura de bandera. A través del mismo se le otorgaba la mayoría de edad militar, y ya se le podían asignar servicios con armamento, pero no antes.

En este ámbito, podríamos decir que antes del juramento los reclutas constituían un grupo de milicianos, que se instruían en el uso de las armas, pero aún no eran verdaderos soldados en tanto que no habían pasado por el proceso ritual y litúrgico que les otorga su condición militar. Pues hasta ese preciso momento no habían sido investidos simbólicamente para el sagrado deber de servir a la patria como soldados.

Después del juramento empezaba, lo que podríamos definir como “segunda fase” del servicio militar. Es decir, la del servicio propiamente dicho, en la que los soldados realizaban todo tipo de servicios y actividades que contribuían al mantenimiento y funcionamiento de los acuartelamientos. Pero este sentido no ha sido entendido por un importante sector de la población. Pero, tampoco lo era por los soldados de reemplazo, lo que denota que los mandos no han transmitido ese aspecto del servicio militar, o, en su defecto, no han sido capaces de que los soldados lo entendiesen así.

Ese segundo periodo, ha sido percibido y sentido por muchos como un periodo inútil y carente de sentido. De hecho, son muchos los que consideraban que se dedicaban básicamente a realizar un sinnúmero de tareas que percibían como inútiles e ineficaces. La mayoría de ellas solían estar relacionadas con la limpieza, el mantenimiento y la seguridad. Ciertamente, se trataba de actividades repetitivas y rutinarias, que el propio soldado consideraba indignas e impropias de su condición militar. Por todo lo cual, se puede comprender que el soldado acabase considerando la mili, en su conjunto, como una pérdida de tiempo. Aunque, muchos resaltaban que tal percepción se circunscribía especialmente al periodo posterior al de la jura de bandera en el que prevalecían tareas que no consideraban específicamente castrenses, y no al de la instrucción militar básica. Sobre este aspecto debemos considerar que, el que los soldados establezcan esta diferenciación entre lo que consideran funciones propiamente castrenses, asimiladas a las tareas “dignas”, y lo que son funciones no específicamente castrenses, calificadas de “indignas”, responde a la propia manera con que tradicionalmente han estructurado la profesión militar los representantes de la milicia. Éstos han establecido una diferenciación entre lo que consideran “puramente militar”, que suele estar vinculado con actividades y funciones que giran en torno a la gestión de la fuerza, y a la dirección de unidades armadas. No en vano, tradicionalmente se establece una estructura diferencial entre lo que es el Cuerpo General de las Armas, que incluyen las denominadas armas tradicionales; Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros, y por otra parte están lo que se consideran Cuerpos y Especialidades Complementarias, cuya misión fundamental consiste en dar apoyo a las primeras para que puedan funcionar adecuadamente. Tal estructura forma parte de los principios y referentes



fundamentales de todo militar, y se manifiesta de forma más o menos evidente en cualquier circunstancia en la que confluyan representantes de los distintos grupos señalados. Esto acababa siendo asimilado por los propios soldados, que trasladaban tal diferenciación al plano de sus tareas cotidianas.

De modo que, la estructura jerárquica basada en las escalas y procedencias, se hace extensible al pensamiento del soldado de reemplazo, que acababa entendiendo que existían unas funciones específicamente militares, a las que se les otorgaba un halo de majestuosidad, honor, y dignidad castrense, pero que correspondían a los “verdaderos militares”. Y, existían otras funciones y actividades, que se atribuían a los “militares de segunda”, y que se correspondían con los cuerpos y destinos definidos como no específicamente castrenses<sup>203</sup>.

En cualquier caso, podemos afirmar que el acto del juramento ante la bandera consiguió unificar a los soldados que lo prestaron, únicamente en un pleno formal, pues participaron del mismo. Sin embargo, no consiguió unificarlos en sus sentimientos, emociones, e implicaciones, pues cada cual lo vivió y percibió a su manera.

Las últimas juras de bandera de soldados conscriptos en el ET tuvieron lugar entre los meses de abril y mayo de 2001, cerrándose con ello un acto que había marcado toda una época en la que los varones de nuestro país, o al menos la mayoría de estos, habían tenido algo en común que les servía como referente de clasificación y diferenciación.

## ***5.2 - De los servicios de armas.***

Una vez que el joven prestaba juramento a la bandera era considerado como un verdadero soldado, por lo que se le reconocía la suficiente madurez para realizar determinados servicios de armas, que antes no le eran asignados.

Uno de los principios castrense por excelencia, es el espíritu de servicio, del que ya hemos hecho algunas referencias. Tal principio se materializaba para el soldado de reemplazo en los denominados servicios de armas, que constituyen un sistema de acciones y actividades que se realizan regularmente, o de forma extraordinaria, para otorgar seguridad a las instalaciones, medios y personas, o, como hecho extraordinario, para el desarrollo de alguna misión concreta. Normalmente están regulados en su desarrollo, y

---

<sup>203</sup> Esta distinción entre las armas y los cuerpos es tratada por Huntington (1964:25) quien vincula a la armas, y en concreto a sus oficiales, con el control sobre la violencia. Mientras que considera al resto de los profesionales de la milicia como poseedores de vocaciones auxiliares, de apoyo a las primeras, pero no específicamente castrenses.

siguen una lógica, definida por diferentes criterios. Algunos están recogidos en las RROO, y otros forman parte del régimen interior de las unidades, que define el jefe de la misma.

Están integrados dentro de un conjunto de acciones que se denominan de forma genérica Servicios, los cuales, por su naturaleza se clasifican en servicios de armas, servicios de orden, servicios mecánicos, servicios especiales, etc. Pero, por lo que al soldado de reemplazo se refiere, lo más destacable de los mismos era que su realización solía suponerles un gran esfuerzo, lo que se debía a la naturaleza del servicio, y las funciones que conllevaba, y al hecho de que constituían un esfuerzo añadido al propio hecho de tener que hacer la mili. El grado de mayor sacrificio para el soldado de reemplazo solía estar vinculado al hecho de que tales servicios les impedía salir del cuartel durante uno o más días. Por lo general, tales servicios se realizan a diario, incluidos fines de semana y días festivos, con lo que cuando les tocaba servicio en un día de estos, el peso del mismo se incrementa notablemente. Otro factor importante eran las condiciones en las que se realizaban los servicios.

Una particularidad de los servicios de armas era la alta responsabilidad que suponían, tanto por las funciones específicas, como porque se realizaban con armamento. Además, muchos de estos servicios se desarrollaban también en horas nocturnas con la correspondiente privación de sueño. En todo caso, los servicios, tanto los mecánicos, como los de armas, conllevaban un cierto sufrimiento y tensión añadidos para el soldado, por lo que solían ser causa de gran parte de sus quejas respecto al hecho de la mili.

Como ejemplo de lo dicho podrían servir las declaraciones de un soldado de reemplazo, quien me confesaba respecto a los servicios de armas: *Según mi propia observación, quisiera resaltar el hecho de que en la mili los servicios o guardias a las que estamos sometidos los soldados de reemplazo: plantones, imaginarias, refuerzos de bases, podrían ser considerados y utilizados como verdaderas técnicas de tortura en cualquier guerra. Resulta increíble que no salgamos tarados de la mili, ¡si es que no salimos tarados!*

Para el militar de carrera, el servicio constituye un elemento de orgullo y de honorabilidad, al estar vinculado a la responsabilidad, y guarda una estrecha relación con el *espíritu militar*. Por lo que para el militar profesional el que se le asigne la realización de los citados servicios, constituye un reconocimiento a su valía y honorabilidad, y una muestra de la confianza que depositan en ellos los mandos superiores que se los asignan, y por extensión las propias FAS, e incluso la sociedad a la que sirven. Además, el militar de carrera debe mostrar un “amor al servicio” y una clara exactitud en el cumplimiento del mismo, como figura en los artículos 31 y 27 de las RROO.

Sin embargo, para el soldado de reemplazo, el servicio constituía una desagradable carga, y la responsabilidad que conllevaban solía resultar desproporcionada a su condición militar, y suponía un estado de tensión añadido, ya que el estar de servicio constituía un factor potencial de poder ser arrestado, a lo que había que añadir el hecho de que las faltas por motivos de servicio eran muy rigurosas.

En definitiva, se puede decir que los servicios de armas, tanto por la cantidad y reiteración de los mismos, como por los sacrificios y responsabilidad que conllevaban, constituían una importante fuente de malestar entre los soldados de reemplazo, y suponían un importante motivo de queja de su experiencia militar.

El soldado no veía los servicios vinculados a aspectos como el honor o el espíritu de sacrificio, ni mostraba amor por el mismo. Esto se constataba en el hecho de que entre los soldados era habitual el realizar servicios a cambio de dinero. Algunos soldados se hacían con algo de dinero extra realizando todo tipo de servicios en lugar de aquellos a quienes les correspondía hacerlos y estaban dispuestos a pagar eludirlos. El precio de estos intercambios era estipulado por los interesados en función del número de sujetos que estuviesen dispuestos a realizarlos, y de la naturaleza del servicio, o de la fecha en que se tuviese que realizar. Tal práctica ha existido desde antiguo, y ha persistido hasta el final de la mili, a pesar de constituir una falta militar.

Terenci Moix recoge estas prácticas en un reportaje publicado en el Magazine del diario La Razón, del 29 de octubre de 2000, titulado *Adiós mili*, página 86:

*Cada ventaja era resultado de intrigas, intercambios, compras y ventas. Mis compañeros barceloneses y yo aprendimos que siempre había alguien más pobre. Nunca faltaban reclutas de pueblo que por unas monedas pelaban mis patatas. Siempre había quien ahorra para irse de putas y hacía las guardias de los demás para reunir el dinero”.*

En el *Diario del Pipas*, de Picon González (1998) también encontramos algunos datos que corroboran ésta práctica en la etapa final de la mili. Unos ejemplos de ello son las siguientes declaraciones:

*Martes, 26-05-98, Desde las 13:30 horas de la tarde, he estado creyendo que el domingo me tocaba cuartelero, y que me tenía que quedar el fin de semana. Ya lo tenía todo pensado, e incluso había hablado con 2 chavales para hacerles los Cuarteleros de viernes y sábado, y ganarme unas pelillas (2.000 por cada uno, así se pagan, que la vida está muy cara).*

Concluyo con estos datos otro de los aspectos que incidían en la vida del soldado, que muestran las diferencias de la vida militar entre los soldados conscriptos y los mandos.

## VI) LAS RELACIONES ENTRE LOS SOLDADOS Y LOS PROCESOS DE VETERANÍA.

### 6.1- De las novatadas o quintadas.

En este capítulo analizaré el fenómeno de las novatadas o quintadas, vinculado tradicionalmente a la mili. Éstas jugaban un papel especial en el mundo del soldado de reemplazo, por lo que su estudio puede contribuir a comprenderlo. Barea (1990:174) las refiere así:

*El choque entre los soldados veteranos y los reclutas era siempre violento, más porque los veteranos eran del mismo origen que los recién llegados. Su vida de cuartel de uno, dos, o tres años, no les había hecho menos primitivos, sino sólo les había ayudado a construir sus defensas en el ambiente en que estaban, y a menudo había contribuido a desarrollar sus peores cualidades. Las bromas brutales y tradicionales, las novatadas, se sucedían unas a otras. [...] Y era inevitable que este mismo recluta, hoy tan iracundo, jugara mañana la misma trastada sobre los reclutas del año siguiente.*

La novela de Barea representa la vida de la tropa en tiempos pasados, en la que destaca como se transmitía tal costumbre de reemplazo en reemplazo. El que se mantuviese tal costumbre respondía al hecho de que los soldados acababan percibiéndola como una práctica inevitable, además muchos de los que las padecían como víctimas cuando eran soldados noveles, al adquirir la condición de veteranos se convertían en ejecutores de las mismas. Aunque, lo normal era que los soldados sólo asociasen las novatadas vejatorias o brutales a las realizadas por otros, o cuando ellos eran las víctimas, pero solían suavizarlas cuando se declaraban ejecutores de las mismas, calificándolas de inofensivas y graciosas.

La Real Academia Española en su 1ª acepción la define como: *Vejamen y molestias que, en algunas colectividades, los antiguos hacen a los recién llegados*. Pero cuando está asociadas al entorno cuartelero y a la mili la define como “quintada”: *Broma, generalmente vejatoria, que dan en los cuarteles los soldados veteranos a los de nuevo reemplazo*. Por tanto, lo correcto para referirnos a las novatadas entre la tropa sería utilizar el término de quintada, aunque utilizaré indistintamente ambos.

Dos son los aspectos fundamentales que caracterizan este tipo de actos; se trata de vejaciones, o al menos de molestias o bromas pesadas, y son realizadas entre sujetos de distintos reemplazos, las realizan los veteranos, y las víctimas los nuevos.

Hecha esta aclaración, quiero señalar algunos de los aspectos que permitían, o favorecían el que se llevasen a cabo dentro de la institución militar. Kelman y Hamilton (1990) elaboraron un argumento teórico que ilustraba los procesos que favorecían la génesis de violencia dentro de la organización militar. Analizan el origen del conflicto intragrupal e intergrupal, que señalaban solía desencadenar en las novatadas. Incidían en el papel que jugaban determinados factores muy vinculados a la cultura militar, y a la subcultura cuartelera, como son; la autoridad, la rutinización y la deshumanización. En el caso de las quintadas la autoridad descansa en el principio de antigüedad, que otorga una distinción jerárquica entre iguales.

La rutinización formaba parte de la vida del soldado desde el momento de su incorporación, ello le producía sensación de agobio y favorecía una visión derrotista de la vida. Los usos y costumbres institucionalizados, aunque fuesen de carácter informal, -como era la novatada-, acaban convirtiéndose en una práctica habitual y en una rutina más de la vida cuartelera. De hecho, los soldados asumían que había un momento para sufrirlas y otro para realizarlas. Un soldado veterano me transmitía esta percepción con las siguientes palabras: *Tendrían que dejar pegar taconazos y cebarte con los bicharracos. Pero cada uno en su momento, y al igual que a nosotros nos puteaban los veteranos al entrar, ahora nosotros queremos poder hacerlo con los nuevos.* En estas manifestaciones se puede apreciar el importante papel que jugaba la costumbre, el hábito, en definitiva la tradición, en la génesis y mantenimiento de estas prácticas cuarteleras.

La deshumanización de los otros, -en este caso referida a los reclutas y los novatos-, constituía otro aspecto relevante en el mantenimiento de tales prácticas, pues permitía eludir la responsabilidad moral a quienes ejercían una violencia premeditada contra las víctimas que eran soldados, como los propios verdugos.

Por ello los propios soldados otorgaban al recluta la condición de “bicho”, para asemejarlo a un animal, o para clasificarlo como “no-humano”, lo que a la vez le otorgaba una posición de inferioridad. Al recurrir a esta deshumanización del soldado novato, se señalaban al veterano como “verdadero hombre”. Este hecho lo desarrollan Berger y Luckmann (1995:132-133) con las siguientes consideraciones:

*El universo simbólico asigna rangos a los diversos fenómenos en una jerarquía del ser, definiendo los rangos de lo social dentro de dicha jerarquía. Huelga aclarar que esos rangos también se asignan a los tipos diferentes de hombres, y suele suceder que amplias categorías de esos tipos (a veces todos los que están fuera de la colectividad en cuestión) son definidos como distintos de lo humano o menos que humanos. Esto suele expresarse*

*lingüísticamente (en el caso extremo, el nombre de la colectividad equivale al termino “humano”, lo que no resulta muy infrecuente, aun en las sociedades civilizadas. Por ejemplo, el universo simbólico de la India tradicional asignaba a los parias un status más cercano al de los animales que al status humano de las castas superiores.*

Podemos afirmar que, dentro del mundo castrense los soldados utilizaban unos referentes, unos códigos morales, y unos valores, que en el ámbito civil eran considerados improcedentes, y reprochables. Pero, tal ordenación permitía mantener y reproducir el orden institucional establecido, como señalan Berger y Luckmann.

Por lo que se refiere a los calificativos utilizados para señalar la condición de no-humano de los novatos, existían muchos referentes. Durante la Guerra Civil Española era frecuente que se denominase a los soldados novatos con el apelativo de *caloyo*. Término que se corresponde con la denominación que se da al corderillo recién nacido, asociándolo así a la condición de sujetos ingenuos, sin maldad, pues se trata de un animal considerado en nuestra cultura como puro, no contaminado. Por este motivo, en diversas religiones, y también en la tradición popular de gran parte de nuestro país, es considerado como el animal máspreciado para ser sacrificado. En términos más vulgares, también se puede interpretar que significaba que se trataba de sujetos inexpertos que eran usados como carne de matadero, o como carne de cañón, por utilizar términos más castrenses. García Serrano (1979:31) recoge este hecho de manera explícita al referirse al soldado novato: [...] *adquirió en términos militares el significado de quinto, de bisoño, de recién llegado.*

Esta configuración simbólica, se puede apreciarla también en las manifestaciones gráficas del mundo cuartelero. En ocasiones, se incide en la condición de inferioridad del novato representándolo en posturas o actitudes de sumisión. Como es el caso del novato que lame las botas del veterano como si fuese un chucho, como se aprecia en el siguiente dibujo realizado por soldados.

Véase cómo el autor de la caricatura trata de desdramatizar el hecho añadiendo un comentario al lado del bicho que está chupando las botas en el que dice; *¡No, esto no!*, pero no lo hace de forma categórica, pues concluye con la expresión; *aunque...* de forma que los puntos suspensivos dejan abierta la duda sobre ese nivel de sometimiento.



En ocasiones, el colectivo de la tropa asumía que dentro de la ordenación global de la milicia, ellos en conjunto constituían el grupo inferior, por lo que se autoidentifican como no-humanos, por lo que dibujaban diferentes animales para representar a cada cual de acuerdo a las categorías propias de nuestra cultura. Presento un curioso montaje elaborado por soldados de un mismo destino pero diferentes reemplazos de una unidad de Madrid en el año 1992, en el que podemos apreciar lo dicho. El animal utilizado para representar al soldado bisoño era el que tenía unas connotaciones más despectivas. En el caso que presento se utiliza al cerdo, asociado con la suciedad y considerado como un animal atontado. Al "padre" se le representa con la rata, más inteligente y escurridiza que el cerdo. Y, para simbolizar al "wisa" se recurre a la serpiente, el más escurridizo y sigiloso de todos, es además el único depredador de los tres. Podemos ver como todos poseen connotaciones relacionados con la suciedad, y la contaminación, y pertenecen a los niveles más ínfimos de la ordenación basada en categorías de orden animal, como señala Mary Douglas (1973).

El carácter animal atribuido a los novatos, se materializaba en algunas novatadas en las que eran obligados a adoptar conductas y posturas propias de éstos.



Otro aspecto interesante del uso de calificativos de determinados animales residía en las connotaciones metafóricas que poseían en nuestra cultura, como era el caso de la gallina, la oveja, el loro, el burro, el cerdo, la rata, etc. No debemos olvidar el valor de la metáfora en la constitución de la identidad de los sujetos, como señala James Fernández (1974: 119-133), quién señala como además de servir para dar identidad a los sujetos, sirven para posicionarlos en un lugar relativo, removiéndolos afectivamente su condición exaltándolos o denigrándolos, según el caso; *Decir que un sujeto es una rata es afectarlo de forma muy diferente a decir que es un león.*

Para ilustrar tales aspectos referiré un par de novatadas en las que se vinculaba al novato con algún tipo de animal. Unos ejemplos serían los siguientes:

*La novatada denominada “Poner un huevo, o hacer la gallina”:* Consiste en obligar a un novato, o varios, a que simulen que son gallinas que están poniendo huevos. Para ello deben ponerse en cuclillas y agitar los brazos recogidos como si de alas se tratara, a la vez que emiten sonidos que asemejen al cacareo de dichas aves. Existen diferentes modalidades, una de las que comentaban consistía en que debían estar en estas circunstancias hasta que adivinaban alguna de las preguntas que los veteranos les iban haciendo, como el color de los huevos que estaban poniendo, lógicamente el color lo elegía el veterano, que lo cambiaba a su antojo, engañando si le apetecía al novato, para prolongar el divertimento de los presentes.

*Novatada “Plátano Balú”:* Los veteranos obligan a los novatos a representar la escena de la famosa película de Walt Disney *El Libro de la selva*, en la que los elefantes y el pequeño (Mowglee) marchan en fila cogidos cada uno de la cola del elefante anterior con la trompa, sólo que en esta particular versión cuartelera los protagonistas marchan desnudos y a cuatro patas, y en lugar de la cola cogen con la mano la “cola” del novato anterior, resultando la escena un tanto sarcástica y ridícula, incluso humillante para los protagonistas, pero del todo divertida para los veteranos que la provocaban.



Además del recurso a determinados animales, también era usual el que se obligase al novato a realizar alguna función o cometido de determinados objetos, para simular su condición de no-persona. Las siguientes novatadas ilustran esta tendencia.

*Los bolos:* Normalmente se realiza en los dormitorios por las noches, juego que consiste en poner a los reclutas, o novatos, como si fuesen unos bolos de una bolera, estos estarán en calzoncillos. Los veteranos les tiran con una almohada a modo de bola, y los novatos deben caerse estrepitosamente como si los hubiesen derribado.

*El cucu:* También se suele hacer en los dormitorios por la noche, consiste en que un veterano, hace que un chivarraco, se suba a una taquilla en calzoncillos, y ante la pregunta del veterano, ¿qué hora es chivarraco?, éste responderá: las (X) mi Mesías, seguido de un par de sonoros “cucu, cucu...”

En consonancia con lo dicho, también era frecuente el que se vinculasen algunas novatadas a procesos de purificación y limpieza, aunque su finalidad distaba mucho de los intereses higiénicos que supuestamente pudieran poseer.

Algunos ejemplos de este tipo de novatadas son los siguientes:

*Ducha:* Consiste en dar una ducha de agua fría a alguien, lo usual es hacerlo vestido de uniforme. Como muestra de la bondad que en el fondo subyace en la novatada, algunos de los que me relataban esta novatada añadían que ésta se suele hacer al mediodía o al acabar la jornada laboral, para que la víctima pueda cambiarse de ropa y secarla para el día siguiente.

*Bautizo:* Hacer arrodillarse al novato, o novatos, en un lugar establecido, que en ocasiones es el utilizado por los soldados para lavarse los pies, y echarle agua por la cabeza simulando el ritual del bautizo cristiano, -las connotaciones de este modelo de novatada como rito de iniciación son claras-.

*Desinfección:* Consistente en dar un brochazo de cal viva en los genitales del novato seleccionado. En algunos casos la moderación de los veteranos se manifiesta en el hecho de sustituir la cal por otros productos "menos agresivos", como el betún o la crema dentífrica, -aunque la crema dentífrica resulta verdaderamente agresiva en tales partes, si se le deja por un tiempo prolongado-.

Otras novatadas poseían connotaciones sexuales, en muchas se obligaba a los novatos a estar desnudos, o en ropa interior. En algunos casos, se requería que simulasen actos sexuales, que en ocasiones degeneraban en acciones reales, en cuyo caso, la víctima adoptaba el papel femenino, o de homosexual receptivo, simbolizando así su inferioridad.

Una de estas prácticas era la de la novatada conocida como “tirarse a la rubia” que consistía en obligar al recluta a que simulase que hacía el amor con una peseta -conocida popularmente como rubia años atrás-.

Existen diferentes modalidades de novatadas según otros rasgos de su naturaleza, por los que se podrían establecer diferentes sistemas de categorización para agruparlas. El

comandante Lizaur (1994:59) las agrupa en tres tipos básicos, en función del tipo de actitud o de participación de las partes, de acuerdo a lo cual las define como impositivas, prohibitivas, y pactadas. Siendo, lógicamente las “pactadas” las menos gravosas, en tanto que resultan de la aceptación de las partes. En estas se buscaba evitar la tensión intergrupal, por lo que los novatos participan dócilmente ante la solicitud de sus instigadores, aceptando determinadas bromas, como veremos más adelante.

En cualquier caso, primaba la ley de los veteranos, que podían cambiar drásticamente de actitud para con los novatos si en un momento dado no mostraban la debida sumisión y aceptación de las prácticas a que se veían sometidos. Ciertamente no se trataba de un pacto, pues los novatos no tenían elección, al no actuar como iguales en tales usos.

Las “novatadas impositivas” eran las más intensas, y las que más afectaban al novato, pues, como su nombre indica, consistían en la imposición de ciertas prácticas.

Las “novatadas de restricción”, eran aquellas en las que los veteranos imponían a los novatos una serie de prohibiciones sobre la realización de determinados actos, o de acceder a determinados lugares, reservados a los veteranos. Un ejemplo de estas sería la referida al uso del “taconazo”, que consistía en un golpe seco producido con los tacones de las botas, al adoptar la postura de firmes, o al saludar.

El carácter significativo de este hecho, residía en la propia interpretación que hacían los soldados de un acto claramente institucional, para lo cual se amparan en el carácter ambiguo que caracteriza todo hecho simbólico. Pues, el taconazo, desde el punto de vista institucional simboliza la sumisión y obediencia, a la vez que refleja la disciplina y disposición para el cumplimiento de las órdenes. El taconazo es realizado por el subordinado ante el superior, y adquiere un sentido relevante en el caso de la tropa. El soldado de reemplazo lo adecuaba a sus propias valoraciones y status interno, por lo que el veterano prohibía al recluta su uso, reinterpretándolo como una manifestación de veteranía, y de virilidad, pues su expresión gestual refiere energía y fuerza.

Como toda prohibición, el incumplimiento de la misma conllevaba una sanción. En el caso del taconazo consistía en cortarle los cordones de las botas, o en capar las propias botas. Entre las diferentes fórmulas del capado de las botas, la más extendida consistía en realizar un corte a modo de cuña en la suela, o el cercenamiento de los tacos de la suela de una o ambas botas.

La fotografía que acompaño, recogida a finales de los noventa, muestra la bota de un soldado de reemplazo a la que le faltaba uno de los tacos, como signo de haber sido sancionado por haber dado un taconazo en presencia de los veteranos de su unidad.



También podían ser castigados con el capado de la gorra, práctica muy extendida entre los soldados de reemplazo, que básicamente consistía en romper parte de la prenda de cabeza, o en hacerle algún corte.

En todo caso, el acto de capar la gorra, o la bota, poseía un especial contenido simbólico, pues ambas prendas son consideradas como signos distintivos del ser militar, y, por extensión de la hombría. Por lo que, al ser capadas se simbolizaba que se capaba a su portador, señalando una vez más su condición de no-hombre, de no-soldado, de no-adulto. En todo caso, las novatadas no pretendían otorgar información a los mandos, pues eran realizadas para marcar y señalar a cada cual, pero dentro del propio grupo de la tropa.

Las novatadas constituían también un signo de distinción y reconocimiento dentro del grupo de veteranos, de forma que el que más realizaba, o el que las realizaba de forma más “sonada”, adquiriría un mayor status entre los propios veteranos. Unos soldados me referían al respecto lo siguiente: *En la mili el veterano ejerce de chulo con los novatos, y mientras más novatadas hace más se le valora.* En este enunciado

aparece un aspecto interesante de las novatadas, vinculado a otras de las categorías típicamente cuarteleras; la de la “hombría” y la de “valentía”, referida a través de la chulería del veterano.

Nuevamente se aprecian los signos de ambigüedad de las valoraciones al uso, puesto que en este caso, la supuesta hombría y valentía eran ficticias, ya que los que actuaban en este tipo de acciones lo hacían amparados en el privilegio de su status institucional y grupal. Aunque hay que señalar que la realización de las novatadas conllevaba un cierto riesgo, al poder ser pillado por los mandos, aspecto que sí actuaba como signo de valentía de quién la realizaba, pero normalmente denotaba una valentía frente a la institución, pero no para con los novatos.

La postura de la institución, y de los mandos frente a estas prácticas se ha debatido tradicionalmente entre dos tendencias. Una de aceptación, e incluso de potenciación de las mismas, como mecanismo para cohesionar los grupos, y otra postura de rechazo, aunque esta solía evidenciarse únicamente cuando llegaban a extremos peligrosos para la seguridad de los sujetos. En todo caso, la norma ha sido su negación en términos oficiales ante la opinión pública, a la vez que se adoptaba una postura de transigencia y aceptación.

Ciertamente, las novatadas formaban parte del oscuro mundo que acontecía de puertas adentro en los cuarteles, y la mayor parte de los varones que han realizado el servicio militar las divulgaban como meras anécdotas de la mili. Aún así, cuando era imposible su negación, lo normal era que se responsabilizase a la sociedad de estas disfunciones. Así lo refería Trilla Bernet, en un artículo titulado *la escuela y la "mili"* aparecido en el diario El País el 28 de abril de 1992, en el que hacía una serie de comentarios sobre las declaraciones realizadas por el entonces Ministro de Defensa García Vargas, del que refiere cómo éste había declarado que: *en el servicio militar se dan las patologías sociales e individuales que existen en la sociedad. [...] Las novatadas son un reflejo de la violencia que hay en la sociedad civil"*. A lo que Trillas increpaba diciendo: *Éste es un tipo de razonamiento sociológico, mecanicista y superficial, que no explica nada, pero que puede justificar y exculpar cualquier cosa: la causa de todo lo malo que ocurre dentro está fuera; está en el entorno, en la sociedad o como se decía antes, en el "sistema"*. Podemos decir al respecto que tal proceder responde a la argumentación institucional, en la que se recurre frecuentemente a las categorías simbólico-espaciales del tipo, dentro/fuera para eludir responsabilidades.

Las quintadas han sido fomentadas tradicionalmente por la propia institución, o al

menos por algunos de sus miembros, aunque fuese de forma inconsciente. En cualquier caso, la pasividad predominante de los mandos ante las mismas permitía que se siguiesen realizando. El trato de favor hacia el veterano reafirmaba la autoridad de éste ante los novatos, pues en muchos casos los mandos dejaban el tema de las novatadas en manos de los propios soldados, al considerar que no eran de su incumbencia.

Además, hay que tener en cuenta que las novatadas formaban parte de los procesos de socialización a que se habían visto sometidos muchos de los mandos militares, al ser usual su práctica en las academias militares, como señala Turner (1988: 175). Así, en el mayor de los casos eran asumidas como algo “normal”, imbuyéndolas en un halo de simpatía y de broma que disculpaba y desdramatizaba tal proceder. Por ello se establecía un velo que nublaba la percepción de las novatadas de manera objetiva, por lo que muchos mandos no veían nada dañino en tales prácticas. De hecho afirmaría que las novatadas han constituido una realidad incuestionable de la cultura militar desde antiguo. Una referencia sobre la existencia de las mismas desde antiguo, y sobre los problemas que suponían para los jóvenes soldados lo encontramos en Fornells (1918:93):

*Es conveniente que á cada recluta se le asigne un soldado veterano, que tenga la cama al lado de la de aquél, y que le inicie desde el primer momento en todos los deberes de policía y del servicio interior, y le de alientos para que vea que el cariño y la protección no le han de faltar; se vigilará por los Oficiales esta acción tutelar, evitándose con cuidado las bromas ó novatadas, de ordinario contraproducentes para captar la voluntad de los nuevos soldados.*

A pesar de ello, podemos constatar su existencia mientras ha durado la mili, como se recoge en multitud de artículos y publicaciones de prensa, que adquirieron una especial importancia en el año 1994 por un particular suceso que conmocionó a la opinión pública. Los protagonistas fueron soldados del Grupo de Operaciones Especiales de Mallorca, que decidieron denunciar el trato humillante y vejatorio que sufrían en su unidad, despertando un gran interés por parte de la sociedad y de determinadas instituciones sobre lo que ocurría en el interior de los cuarteles.

A partir de ese momento, estos temas aparecieron de forma regular en los diferentes medios de comunicación. La preocupación de las FAS por estos actos, queda evidenciado por el especial interés que se tuvo en ese momento por fomentar el respeto de la persona, y en especial del compañero, como norma de comportamiento entre los

soldados, como refleja el Reglamento del Servicio Militar del año 1995<sup>204</sup>.

No obstante, y como señalará Lizaur (1994:59-63) comandante de artillería licenciado en sociología, el concepto de novatada ha sido tradicionalmente omitido de los textos legales militares, aunque sí se tipificaban actos que pudieran considerar abusivos. Pero Lizaur ratifica el discurso institucional al uso, que considera que existe una barrera entre lo que son las novatadas y lo que son otros actos que atentan contra la dignidad o la seguridad de los sujetos. De forma que considera a las primeras como parte intrínseca de la cultura cuartelera, a las que reconoce como lícitas.

Este aspecto lo expresa concretamente en la página 59:

*El simple hecho de ser permisivo con ciertas acciones de ese tipo, motivadas simplemente porque uno de los actores ha llegado antes, implica la responsabilidad de las consecuencias y aceptar las posibles extralimitaciones. El Ejército, consciente de ese matiz, nunca ha penalizado especialmente la broma, siempre que no constituya falta o delito, por lo que ha omitido el concepto novatada de sus textos legales, calificando, en cambio, cualquiera de los posibles abusos.*

Tal reflexión deja entrever una distinta interpretación respecto a lo que son las novatadas desde la perspectiva militar, y lo que éstas significan según la Real Academia Española, denotándose todo un debate conceptual respecto al término, y su legitimidad.

Pero, a pesar de no aparecer de manera explícita el concepto de novatada en los textos legales militares, se tomaron medidas sobre el particular de muy diverso orden por las autoridades militares. Tal inquietud se ha recogido en panfletos y guías del soldado que se entregaban a estos en algunas unidades al incorporarse. En algunas se hacía referencia explícita a las novatadas, y se daban directrices de cómo actuar frente a estas. En estos casos se recurría a diversos mecanismos, uno consistía en el de uso de viñetas para ilustrar estos hechos, haciéndolos más asequibles para el joven soldado.

Véase a modo de ejemplo un cuadernillo, denominado *Guía del soldado*, que se entregaba a los soldados en la Base de San Pedro en el año 1997. En las páginas 61 y 62 aparecían las siguientes viñetas elaboradas por el sargento Bejarano, y en la que se daban instrucciones para enfrentarse a las novatadas.

---

<sup>204</sup> *Reglamento del Servicio Militar*, Ministerio de Defensa, 1995. En su Título II, Condiciones generales del servicio militar, Capítulo I Normas de comportamiento, recoge en el capítulo 15: **Respeto a la persona**; *La dignidad y los derechos inviolables de la persona son valores que todo militar de reemplazo tiene obligación de respetar y derecho a exigir. En ningún caso estará sometido, ni someterá a otros, a medidas que supongan menoscabo de la dignidad personal.* Art. 17 Normas Específicas, punto (f) dice: *Actuar con respeto hacia los compañeros evitando acciones que supongan*

Destacaría como los soldados son tratados y representados como si fuesen unos niños o adolescentes, tanto en su aspecto como por sus comentarios y actitudes. En la viñeta, se hace notoria la diferencia entre los que señala como los “buenos” que son los que denuncian las novatadas, quienes se marchan de pase, mientras que el veterano, el “malo”, se queda llorando como un bebe. El remate lo constituye el eslogan que reza; *¿novatadas? ¡no! gracias*, inspirado en un anuncio televisivo dirigido a los niños contra el consumo de peces pequeños que rezaba; *¿pezqueñines? ¡no! gracias*.









Folleto informativo contra la práctica de novatadas en los acuartelamientos.

En este cuadernillo los mandos aleccionaban a los soldados novatos para que no se dejaran hacer novatadas, y para que las denunciassen, intentando romper con el mutismo de los soldados ante hechos de ésta índole. Mutismo<sup>205</sup> que era fortalecido por un particular código de conducta de la tropa, en el que el ser delator, o “chivato”, estaba mal visto, al considerarse como falta de compañerismo. Esto adquiriría un sentido especial, pues el compañerismo es uno de los valores militares más ensalzados, y poseía un valor especial entre la tropa, como veremos más adelante.

El compañerismo entre “iguales” cobraba un valor especial en la subcultura cuartelera. De forma que al ser realizadas las novatadas por “iguales”, y ver en los superiores a los “otros”, y a potenciales represores, los soldados acababan considerando que los mandos no debían inmiscuirse en sus propias prácticas. Esto incidía en la postura de algunos mandos que, como señalé anteriormente respetaban esa ley basada en la costumbre.

Además del mutismo señalado, hay que tener en cuenta que tales acciones solían realizarse en los momentos y circunstancias en las que no había mandos, por lo que no solían enterarse de dichas actividades, o, de hacerlo, no poseían pruebas sobre el particular, puesto que, obviamente no estaban presentes cuando se realizaban.

En esta etapa, -mediados de los años noventa- el propio Jefe de Estado Mayor del Ejército (JEME) ordenó que se distribuyera en las unidades del Ejército de Tierra unas directrices para erradicar este tipo de acciones. Estas medidas tuvieron su efecto, aunque no consiguieron erradicarlas, pues, como sabemos no basta con dictaminar normas y procedimientos, -especialmente de carácter sancionador-, para cambiar las actitudes y pautas de un grupo como señala Crozier (1996). Por otra parte, las medidas resultan inútiles si no van acompañadas de mecanismos que traten el problema desde su raíz, y eso requiere la aceptación del hecho. Pero, además, tales procesos necesitan tiempo y esfuerzo, como se evidencia en cualquier acción de la antropología aplicada, tal y como señala Foster (1974).

Uno de los grandes problemas que encerraba el fenómeno de las novatadas residía en el hecho de que eran valoradas de forma distinta según el punto de vista y la posición que adoptaban los actores. Si analizamos las novatadas como fenómeno de la violencia, existirán claras diferencias en su percepción según se fuese ejecutor, víctima, o testigo,

---

<sup>205</sup> El fenómeno del mutismo para con los superiores ante acciones como las novatadas, no es exclusivo de los cuarteles, y

como recoge Riches (1988). Así, el ejecutor de la novatada no la veía como una acción desmedida ni vejatoria, aunque pudiera considerarse que lo era. Por el contrario, la valoración de quién la sufría, es decir la víctima, era normalmente opuesta, y aunque inicialmente pudiese adoptar una postura de cierta complicidad y participación para con estas, si persistían de forma reiterada, o adquirirían determinados matices, acababa constituyendo un verdadero problema para ellos, e incluso un foco de temor e inquietud. Los testigos adoptaban posturas diferenciadas según múltiples factores.

Lo cierto es que muchos las consideraban en términos relativistas y subjetivos, lo que era consecuencia de la propia esencia de este tipo de fenómenos, caracterizados por la ambigüedad y la indeterminación o inexactitud de los conceptos que las definían.

Un artículo aparecido en el diario ABC el 12 de septiembre de 1997 titulado precisamente *Novatadas*, constituye una muestra de las diversas interpretaciones que podían tener este tipo de hechos. El citado artículo reza así:

*Los mandos de la Brigada Paracaidista (BRIPAC), [...] han reaccionado con prontitud ante las denuncias de <<novatadas>> que, en realidad eran malos tratos de soldados veteranos hacia sus compañeros que acababan de incorporarse. Después de abrir una investigación, dieciséis soldados han sido acusados de un presunto delito de agresión y el caso ha sido puesto en manos de la Justicia Militar. Teniendo en cuenta que la mayoría de las veces las <<novatadas>> no tienen ninguna gracia, sino que son como mínimo vejatorias para quienes las sufren, es positivo que se combatan con firmeza.*

Este tipo de planteamientos muestra como para algunos este tipo de acciones eran consideradas como un mal menor, o incluso un tipo de conducta no impugnabile, desde la lógica del sentido común de los que pertenecían a contextos donde se producían de manera habitual. A que se produjese tal actitud condescendiente, contribuía precisamente la dificultad que encierra el delimitar o definir de manera objetiva qué es broma y qué no lo es, y por tanto qué es novatada.

Para muchos la novatada estaba asociada a acciones simpáticas o divertidas, por lo que no consideran novatadas a las acciones que conllevasen vejamen o maltrato de la persona. Tal confusión aparece de manera reiterada en todo tipo de discursos institucionales, agravando con ello los problemas señalados.

Un ejemplo lo podemos apreciar en las declaraciones de un jefe de una unidad que alude al tema de las novatadas en un discurso emitido con motivo de la despedida de los

---

acontece de manera similar en otras instituciones cerradas, o centros especiales, como señala Wolf (1982:107).

soldados de su unidad en el año 1994:

*En cuanto al apoyo al compañero, no va lo que voy a decir ahora para los que se van, sino para los que se quedan. Soy inflexible y extremadamente duro con aquellos, no soldados, sino individuos que roban, insultan o hacen burradas que no tiene nombre y que, por supuesto, no son lo que en el Ejército se conoce por novatadas.*

*La novatada une y junta al que la hace y al que la recibe, porque el veterano está, de alguna manera, gastando una broma al recién llegado y las bromas se hacen entre amigos. La novatada mal entendida, la burrada, ofende y denigra por eso no lo permitiré jamás entre estas paredes o estas alambradas[...]*

Como vemos en el discurso, la aceptación de las bromas cuarteleras eran valoradas de forma positiva por los propios mandos, como sucede desde antaño en el contexto militar. Así, el capitán Muinelo (1969:97-99) se manifestaba partidario de las quintadas, que prescribía como convenientes para despabilar a los reclutas que llegaban aborregados y despistados. Pero aclaraba que tales acciones debían estar circunscritas a la elegancia, la amabilidad y a la cristiandad, añadiendo que de lo contrario pasaban a ser abusos.

Una reseña filmográfica sobre el particular sería la película española dirigida por Ramón Fernández (1960) titulada *Ahí va otro recluta*. En ella se muestra cómo el recluta Orencio Cháscales (José Luis Ozores), *destripaterrones de profesión*, por su talante “lento” y pueblerino es foco de todo tipo de novatadas por parte de los compañeros y veteranos, de las cuales se reían incluso sus mandos.

Además de la tolerancia del mando, hay que destacar cómo la fuerza de la tradición, la costumbre, y el código cuartelero hacían mella en el universo cognitivo del soldado, de manera que acababan asumiéndolas como parte de la experiencia de la mili. Algunos soldados veían en ellas una fórmula ideal para desdramatizar el hecho de la mili, pues consideraban que constituían un toque simpático y divertido ante la rutina, el agobio, y el tedio que el servicio militar les producía.

Picón González (1998) en su diario de la mili muestra este particular punto de vista:

*Pero lo más importante del día ha sido la noche. ¡Escándalo!. La noche del jueves al viernes será siempre recordada como **la gran noche de las "novatadas"**, aunque yo me acordaré más por el hecho de que nos pillara un Sargento 1º. Todo transcurrió así:*

*"[...]eran las 10:00 de la noche de un tranquilo jueves militar. Los soldados del reemplazo 98/1º (entre los que se encuentra "El Pipas", osea yo), se disponían a dormir pensando en ese bonito fin de semana que les esperaba[...]*

*Allá sobre las 10:10, un soldado de los denominados "abuelos" rompió la aparente tranquilidad con una frase impactante: "No tengo colchón donde dormir, o sea que me pilláis uno y me lo subís para arriba". La pregunta era clara: "¿Con sabanas y todo?". "Pues sí". Pues nada, todo se solucionó con un acuerdo aparentemente favorable a nosotros. Bajo la promesa de ser rebajados de chopos durante toda la noche, hiciéronle la cama y volvieron a su nido [...]*



*Pero de repente, allá sobre las 2:00 de la madrugada, y después de unos cuantos intentos en vano, la abuelia despertó a 8 inocentes monsters diciendo: "Para arriba, a jurar bandera". ¿¿¿COMO QUE A JURAR BANDERA??? ¿Otra vez?. Pues nada, nos fuimos para el piso de arriba (donde duerme la Unidad de Seguridad) dispuestos a rejurar bandera. Pero cuando estábamos en la puerta, apareció por detrás el Sgto. 1º que estaba de guardia. Viendo claramente que nos pillaban en medio del fregao (sin tener culpa ninguna), nos metimos a dormir en las camas de los abuelos, a esperar que escampase el temporal. Pero el Sargento, que no es tonto, entró a donde estábamos nosotros y nos hizo levantar a todos. Por desgracia, este Sargento me conoce a mí, y al verme dijo: "Picón, ¿tu no eres de aquí, verdad?". NOOOOOORRRRRRR, no soy de aquí. Y nada, nos mandó a dormir con el miedo en el cuerpo, porque a la mañana siguiente hablaríamos.*

*Y tanto que hablamos. Para empezar, nos dijo que contáramos lo que había pasado, y que diéramos nombres. Nosotros no pudimos dar nombres (mas que nada es que no conocíamos a nadie, aunque **tampoco los habríamos dado**), y el Sgto. 1º nos metió 14 días de arresto. Vaya putadón que nos estaban haciendo. Por suerte, uno de nosotros (dicen que un electricista) dio el nombre de los "culpables" y se los follaron 15 días.*

*A todo esto, yo me planteo una pequeña reflexión. Algunos mandos me han dicho que les plantemos cara a las "novatadas" como ellos les llaman y a los "abuelos", que si habíamos de dar una ostia a alguien se la diéramos. **Yo me pregunto, ¿qué sería de la mili sin estas bromas?**<sup>206</sup>. Si ya de por sí es una mierda, porque de alguna forma nos quitan la libertad y 9 meses de vida, si encima tenemos que estar asfixiados o picados con la gente, pues no veas.*

*Y, nada, he pasado mucho miedo (15 días son 15 días), pero me voy a mi casa de nuevo. Bye.*

Las declaraciones de "el Pipas" sirven como ejemplo documental de cómo veían tales hechos algunos de los protagonistas. Refiere como existían días y momentos más propicios e intensos en estas prácticas. De ahí que calificase a uno de los días como "la gran noche de las novatadas", a pesar de que era una víctima potencial.

El caso es que, como señala el Pipas, se tornaron las cosas, y a pesar de ser las víctimas, por poco se ganan un arresto por encubrir a los responsables. De manera que el penúltimo párrafo sirve como un ejemplo sobre lo anteriormente señalado respecto a la manera en que la novatada adquiría un sentido grupal, y se establecía en la subcultura cuartelera como mecanismo de rechazo a los procedimientos formales y frente a los mandos. Por ello quedaban amparadas en un código cuartelero que hacía que las víctimas no denunciasen a sus verdugos, al ver a los mandos como ajenos a su propio sistema de valores.

Picón también hace constantes alusiones a la costumbre de los veteranos de impartir todo tipo de golpes a los novatos sin razón aparente, a los que denominaba como

---

<sup>206</sup> Los resaltados en negrita son míos.

“chopos”, que le producían sensaciones contradictorias. Así, solía referir tal proceder como un hecho simpático y divertido. Como podemos apreciar en los siguientes párrafos.

*- El lunes casi pillamos rollo con unos abuelos, porque nos chopearon un poco más fuerte de lo habitual, pero todo quedó en una simple anécdota, ya que durante la semana ha habido super buen rollo con todos. El jueves, por ejemplo, me invitaron a calimochos, y me lo pasé muy bien con ellos.*

*- Tengo la ligera impresión de que la mili se me está volviendo algo monótona, y que he perdido esa chispa de locura que tuve durante unas semanas. No se porque puede ser [...]*

En otro lugar señala:

*Así fue la noche luego [...] estuvimos hasta las 3 de la mañana o así con la abuelia, chopeandonos, y montando una fiesta increíble. Ese día pillé más chopos que en toda la mili, unos 600 o así. El sábado por la mañana me dolía la cabeza muchísimo (un poco por la resaca y mucho por los chopos). Pase el sábado por la mañana un poquillo asfixiado, aunque luego por la tarde me anime porque dormí 4 horas (y eso que tenía que estar vigilando la compañía). El sábado por la noche no me dieron ni un chopo.*

Sin embargo, en un momento dado manifiesta estar hasta las narices de los veteranos y de sus costumbres:

*Hoy hice de recadero, tuve que ir a cantina a comprar a la abuelia de los cojones. Mis palabras son duras, pero así es. Tengo unas ganas de que sea agosto realmente increíble, a ver si se van estos pesados de una vez. Hay alguno que es buena gente, pero se cuentan con los dedos de una oreja. Y nada más, que me voy a cenar ahora y luego a llamar al Miguel. Bye.*

Tal cambio de percepción podía deberse a los propios cambios que él mismo iba experimentando respecto al hecho de las novatadas. En el primer momento las percibía como un hecho simpático y anecdótico, pero con el paso del tiempo, y por pernoctar en el cuartel, era un foco permanente de las mismas, por lo que llegó un momento en que se le hacían especialmente pesadas. Esto pone en evidencia cómo los novatos, es decir las víctimas, no poseían la capacidad de decidir cuando se realizaban estas acciones, ni cuál era su alcance.

Cuando se licenciaban los veteranos, los abuelos pasaban a ser los wisas, por lo que se producía un cambio especial en su percepción de estos actos, pues los nuevos veteranos pasaban a ocupar un nuevo status que les permitía convertirse en los directores y ejecutores de las novatadas para con los nuevos reclutas. Para documentar un poco más el fenómeno de cómo los soldados iban cambiando su manera de percibir las novatadas según iba pasando el tiempo y ocupando distinto status en la ordenación

cuartelera, referiré una vez más el trabajo del Equipo de Relaciones Humanas, del Estado Mayor de la Capitanía General de la Región Militar Centro (1987: 64).

En el trabajo se refiere cómo las novatadas constituían un factor que afectaba a la génesis y mantenimiento de los temores de los jóvenes durante su prestación del servicio militar. Reproduzco los datos y el texto en que se muestra este hecho:

*En el caso de la existencia del miedo como respuesta al Servicio Militar, se observa que aparece en un 27% de los recién llegados, para descender al 20% al finalizar el período de instrucción; lo cual es descender poco, pero cuando el recluta se encuentra incorporado a su destino definitivo el miedo asciende otra vez al 27% de los casos, para bajar escasamente al 25% cuando el Soldado es veterano. Así resulta que el miedo es un componente importante a lo largo del Servicio Militar durante el proceso de adaptación; como las novatadas, que aparecen en la 14 y 29 toma, cuando el joven sólo es recluta, existen en una proporción pequeña, para crecer enormemente cuando éste se convierte en Soldado y entra en contacto con otros más veteranos que él (se inicia el rito de iniciación dentro de la estructura informal de "bisabuelos", "padres" y "bichos"). Así de un 3% en la primera toma y 8% en la 2ª pasamos a 39% en la tercera y un 32% en la última.*

En las conclusiones del mismo trabajo se reitera la importancia de las novatadas como factor negativo en la adaptación del soldado a la vida militar, del que se señala que aunque emergía de forma tardía, actuaba hasta el final de la experiencia militar de los mismos. Reproduzco literalmente tal conclusión:

*Conclusión nº4.- El fenómeno de las novatadas aparece tardíamente como factor de inadaptación y se mantiene hasta el final en la vida del Soldado, al contrario de lo que se podría esperar, constituyendo por su porcentaje un elemento de relativa importancia en la comprensión de los procesos de adaptación.*

La conciencia de este tipo de acciones iba evolucionando según las circunstancias y momento de la mili. En un primer momento los reclutas no solían sufrir novatadas, - bien por realizar el periodo de instrucción en un centro específico, en el que no habían veteranos, o bien porque se establecían mecanismos para evitar que los veteranos les acosaran-, pero pasado el mismo, y tras la jura de bandera, eran destinados a las unidades comunes, o a los destinos, y entraban en contacto con los veteranos.

Como refuerzo al argumento planteado, reproduzco otro documento de interés respecto al modo de pensar de algunos soldados sobre estas prácticas. El autor del mismo era un soldado de reemplazo, lo que otorga un valor etnográfico al documento. El artículo fue publicado en la revista Hespérides, el número 123 del año 1995, y llevaba por título; *Abuelos y machacas*. Su autor era el cabo M. Ángel Acosta Tally:

*De siempre se ha pensado que una persona que ha sido pobre durante mucho tiempo, al convertirse en rico por los azares de la vida, no olvida su humilde pasado y, por tanto,*

tiende a, cuanto menos, intentar compartir parte de su humilde fortuna con aquellos que no han gozado de su misma suerte. Sin embargo, habría que plantearse si realmente se da esta relación o si no es más que el sueño de muchos ingenuos que, todavía, pensábamos que otra vida seguía siendo un cuento de hadas y no una lucha sin cuartel entre todos (parafraseando a Hobbes: <<el hombre es un lobo para el hombre>>).

Desafortunadamente, en los últimos siete meses hemos pasado a una idea muy diferente y más pesimista sobre lo que, en realidad, es el ser humano y a donde tiende éste; y no por culpa del servicio militar en sí ni de los mandos, sino por las propias convivencias con los compañeros de viaje. El estar inmersos en esta aventura y, sobre todo, en vivirla día a día, da la posibilidad de estudiar el cambio que todos hemos vivido en este período. En los primeros meses de instrucción militar, todos nos hemos sentido impotentes ante frases tan comúnmente usadas en contra nuestra por los llamados <<abuelitos>>, tales como: <<¡ A fregar machaca!>>, <<¡Al turrón!>>, <<¡Te cuento los meses: uuuno, dooos, treees...!>>; amén de que han tenido menos suerte y han debido soportar hechos tan humillantes como que les digan que recojan un papel que ellos mismos han tirado al suelo con el fin de reírse de ti; que utilicen las amenazas de dar parte sobre hechos en los cuales no tienen razón; que se rían por los posibles defectos, físicos o académicos de uno[...]. En esos momentos de frustración personal uno no podía evitar el pensar lo injusto y lo cruel del comportamiento de los soldados veteranos que, en lugar de intentar ayudar y aliviar el mal trago del principio, hacían lo imposible para empeorar la ya tensa situación. Se imaginaba que en un futuro y en la misma situación, él intentaría facilitar la adaptación y que nunca se comportaría de la forma anteriormente descrita. Al mostrar estas ideas a sus <<hermanitos>>, veía que no estaba sólo, ya que todo el mundo, sin importar el nivel socioeconómico y cultural del que provenían, opinaban exactamente lo mismo.

Tres meses más tarde uno no sale del asombro al ver el cambio sufrido por todos en relación al trato de los recién llegados, aunque siempre sufriendo la mirada atenta del <<abuelo>> lo cual implicaba una moderación respecto al trato. Sin embargo, ya se empieza a apreciar un ligero cambio en el comportamiento y unos síntomas de aires de grandeza ante estos nuevos <<machacas>>. Lo peor llega a los siete meses, cuando se observa que todo se radicaliza, tendiendo al comportamiento que en un día tuvieron los <<abuelitos>> y, lo que es peor, **que uno mismo se encuentra integrado en ese nuevo grupo de <<abuelitos>>, cuya finalidad en sí es mostrar la superioridad que todos en un principio habíamos odiado, pero que ahora aceptábamos de buen grado**<sup>207</sup>. Nos dábamos cuenta de que, por fin, ostentábamos el poder, y no íbamos a ser nosotros los que cambiasen el ciclo, ya que el lobo que teníamos había aflorado en nosotros [...] y no nos desagradaba.

Este artículo muestra como determinados sujetos<sup>208</sup> asimilaban algunos principios de la institución como la jerarquía, la disciplina, el poder, etc., pero los reinterpretaban y adaptaban según su particular sistema cultural. En este sentido, el principio castrense, "la antigüedad es un grado" queda claramente expresado en las palabras del soldado que

---

<sup>207</sup> El resaltado en negrita es mío.

<sup>208</sup> Quiero destacar una vez más que los autores y colaboradores de estas revistas estaban sometidos a un control y supervisión de su trabajo por mandos, lo que relativiza la validez de las manifestaciones publicadas.



se autoinculpa como uno más de los que han caído en las garras del sistema. El autor del artículo relaciona de forma superficial, pero interesante, los procedimientos que, a su entender, actuaban para que se produjesen tales modelos de conducta.

Deja entrever cómo la institución militar "estimulaba" el desarrollo de los instintos más rastrosos del ser humano, haciendo hincapié en el principio Hobbesiano de "la naturaleza lobuna" del hombre. Pero sugiere que el surgimiento de ese lobo que cada uno lleva dentro responde a un proceso circunstancial, y es fruto de la actitud de los individuos. Acaba racionalizando los hechos de acuerdo al discurso institucional, según el cual, concluye que las novatadas no son fruto del sistema militar, y el mantenimiento de las mismas no responde a los procesos institucionales, sino que encuentra en la condición humana la razón última y principal de tales prácticas, excusando así a la organización militar y sus mandos, con lo que acaba proyectando hacia fuera el origen de dicha práctica, como hacía la propia institución, como señalé en párrafos previos.

Sin embargo, no podemos caer en un planteamiento simplista, amparado en principios biológicos o antropocéntricos que dejen de lado las relaciones estructuradas dentro de las organizaciones e instituciones, en las que los hechos no acontecen ni responden a procesos fortuitos o naturales. Considero que, tales actos respondían, en gran medida, a una filosofía de acción propia de la institución. En este punto retomaría los planteamientos de la teoría del *habitus* desarrollado por Bourdieu que he citado en otros momentos.

Para profundizar en esta premisa considero interesante señalar cómo los soldados no poseían la capacidad y libertad de modelar por sí solos las relaciones intragrupales e intergrupales, al encontrarse dentro de una institución caracterizada por el control y normalización absoluta de todas las pautas de conductas de sus miembros. En todo caso, el grado de actuación al respecto estaba directamente influenciado por la normalización de tales conductas, y por la actitud de los propios mandos para con tales hechos. Por otra parte, podemos afirmar que existe una gran dificultad para considerar el ámbito de lo privado como algo separado y ajeno del ámbito de lo público en la institución militar, lo que de algún modo refiere Mauro Wolf (1982).

El sistema favorecía que el soldado acabase percibiendo como natural determinadas acciones que pudieran ser repudiadas en otros contextos. De manera que, los que se veían obligados a ceder y sufrir esas injusticias, finalmente se limitan a esperar pacientemente "su turno" dentro del proceso propio de la mili, para poder disfrutar de esos mismos "derechos" y "atribuciones" frente a los novatos, cuando adquiriesen el

status de veteranos. En tal proceder se reproducía un popular principio del mundo militar que solía articularse con la siguiente frase: *cuando seas padre comerás huevos*, que conminaba a aceptar de manera fatalista el tener que sufrir durante un cierto tiempo para llegar a adquirir un determinado status, y poder después hacer sufrir a los que viniesen detrás, estableciéndose así un sistema de transmisión y mantenimiento de un determinado orden cultural, basado en este caso en el sufrimiento y la espera.

Por otra parte, las novatadas contribuían a fomentar y a afianzar los procesos de anulación del individuo, lo que estaba en consonancia con los propósitos de la institución militar. A través de las mismas, el joven era anulado como sujeto individual, y como persona en el ámbito “privado”, al estar amparadas en la oscuridad y en el ámbito informal, actuaba como un mecanismo de socialización complementario al de la instrucción formal. Esto justificaba la actitud tolerante y transigente de los mandos en un determinado momento.

Un aspecto interesante del fenómeno de las novatadas era la distinta manera en que la veían los soldados según su grado de veteranía, lo cual guardaba una relación directa con el papel que les jugaba tocar en cada caso. Los soldados novatos, al actuar como víctimas, eran los que se mostraban más contrarios a las mismas, los “abuelos” se volvían más transigentes, incluso partidarios de este tipo de acciones, llegando a manifestarse más partidarios de estas que los más veteranos, los “wisas”. Tal reacción en los abuelos respondía al hecho de que aún tenían recientes las huellas de las novatadas sufridas, y deseaban resarcirse con los nuevos “bichos”.

Al llegar el nuevo reemplazo, los que habían dejado de serlo consideraban que ya habían cumplido, y que a partir de ese momento les toca sufrir a los siguientes. Durante este periodo intermedio, en el que habían dejado de ser novatos, pero aún no eran los más veteranos, denotaban un interés casi obsesivo por marcar las diferencias respecto a los nuevos bisoños. Todo ello estaba en consonancia con la estructura de dichas acciones, pues, como señala el dicho, el peor verdugo es el que ha sido víctima. De forma que, muchos de los que inicialmente criticaban las novatadas, acababan proyectando las tensiones y frustraciones que tales acciones le habían producido en los nuevos soldados, convirtiéndose en los peores verdugos. En el artículo de Acosta Tally, *Abuelos y machacas*, citado con anterioridad se aprecia este proceso.

Los más veteranos, los “visas”, se mostraban partidarios de las novatadas, pero no lo hacían de manera tan efusiva como los “padres”, eran conscientes de su status y no tenían necesidad de constatarlo, todos los soldados sabían quiénes eran los más

veteranos. Además, ya habían disfrutado de su condición de “verdugos”, y podían ejercer dicha función cuando les placiese, y no tenían la tensión acumulada ni reciente de los “padres”.

Existen distintas apreciaciones sobre cuando empezaban las novatadas, sí era durante el periodo de instrucción, o al ser destinados los soldados a sus unidades definitivas, la verdad es que existen diferencias según momentos y según el tipo de unidades. En cualquier caso, lo verdaderamente importante es que el inicio de las novatadas estaba determinado necesariamente por la coincidencia de los distintos reemplazos<sup>209</sup>.

Otra apreciación sobre las novatadas está relacionada con su “legitimidad”, la cual variaba según el status del que las valoraba y de los grupos de referencia a que hacía alusión. Así, los novatos, se mostraban más contrarios por diferentes razones. En primer lugar, por su condición de víctimas, pero a la vez, debían mostrarse contrarios a estas al valorarlas respecto a los soldados veteranos, pues para que tales acciones adquirieran la categoría de novatadas o quintadas, requerían que los sufridores de las mismas ofreciesen una cierta resistencia y repudio para con estas, al menos en apariencia. De lo contrario, desposeían a dichas acciones de su dramatismo, y quedaban en meras chanzas. Como sucedía con las “novatadas pactadas o consensuadas”, que no podrían considerarse por tanto como novatadas en un sentido estricto.

Del mismo modo, resulta comprensible que los “padres, o los “abuelos”, tanto si tomaban como grupo de referencia a los “novatos”, o a los “wisas”, debían manifestarse más partidarios de las novatadas. Pues, debían mostrarse como verdugos legítimos, y a la vez como herederos responsables de mantener una tradición aprendida, y como dignos merecedores de su condición ante los más veteranos. De no actuar de acuerdo a estos principios, los “wisas” podrían verse en la necesidad de reforzar dicha tradición, dándoles algún que otro “tirón de oreja” a sus sucesores inmediatos. Con lo que quedaba claro, que los más veteranos eran los encargados de presentar, transmitir, y preservar las costumbres y tradiciones que ellos mismos recibieron en su momento.

En resumen, considero que tanto desde una perspectiva sociológica, como desde el sentido común, y desde la teoría del grupo de referencia, parece razonable señalar que las novatadas fuesen más toleradas y fomentadas por los “wisas” y por “abuelos”, y más cuestionadas y rechazadas por los “novatos”. Pero tal apreciación, respondía a unos

---

<sup>209</sup> Merton (1992: 331-339) señala como soldados que participaron en la IIGM emitían distintas valoraciones respecto a

criterios y principios estructurales, y no a factores aleatorios, ni a principios exógenos a la institución en la que se desarrollaban.

Con el paso del tiempo muchas de estas acciones eran vistas por algunos sujetos de forma un tanto distorsionada, de manera que las recordaban con cierto divertimento, en el que se descartaba o relativizaba el carácter dramático que pudieran poseer.

Algunos otorgaban un importante valor a las novatadas como mecanismo para desfogue de las tensiones de la tropa, lo que, indicaba la conveniencia de que los mandos se mostrasen tolerantes con las mismas, como medida de evitación de problemas mayores, e incluso de insubordinación. Tal función era reconocida por muchos, incluso por los soldados, algunos así me lo han manifestado, el propio “Pipas” lo expresa en las citas anteriores.

Haciendo otra lectura al respecto, podemos apreciar que en el fondo de la actitud condescendiente para con estas prácticas como medio para catalizar las tensiones de la tropa, quedaba encubierta la necesidad de disponer de un chivo expiatorio sobre el que focalizar dichas tensiones, de forma que no quedase manifiesto que tales tensiones eran generadas precisamente por la forma de vida cuartelera, y por la imposibilidad de protestar a la que estaban sometidos los soldados. Por ello, necesitaban de un ente sobre el que focalizar y descargar la angustia y la tensión que se generaba en la experiencia de la mili, siendo éste, lógicamente, el más indefenso, lo que equivalía al más novato.

Hay que decir que la mayoría de las novatadas no alcanzaban niveles de tensión y agresión que pudieran desencadenar en un mal irreparable para con las víctimas. Pero, algunas tenían consecuencias desastrosas. Algunos de estos casos han sido recogidos y documentados en artículos de prensa, en textos, e incluso en novelas o películas.

Un caso podría ser el acaecido en Ibeas de Juarros (Burgos) durante el mes de abril de 1997. Reproduzco un artículo de prensa que lo refiere:

Diario de Burgos 19 septiembre de 1997. Piden la imputación de un suboficial en el proceso de la muerte del soldado de Ibeas.

*Como se recordará el pasado 18 de abril el soldado de reemplazo Sergio Alonso Pérez fue detenido como presunto autor de la muerte de su compañero de destacamento Saúl Hernando, a quien asestó una puñalada en el costado derecho. La agresión se produjo cuando los dos jóvenes se encaminaban hacia el despacho del capitán para dar explicaciones sobre el agujero que habían realizado en la gorra del uniforme militar de Sergio Alonso. Según la versión oficial, la mañana de los hechos, un sargento de la*

---

una serie de supuestos, en función de los grupos de referencia a los que referían los mismos hechos.

*unidad observó que Sergio Alonso se encontraba inquieto y alterado. Al ser preguntado por la causa de su estado, el joven explicó que un grupo de compañeros se habían metido con él y le habían “capado” la gorra. Por esta razón los posibles implicados recibieron la orden de dirigirse al edificio de mando para aclarar lo sucedido.*

*Cuando esperaban para entrar en el despacho del capitán, Sergio Alonso se abalanzó contra su compañero.*

*POR MIEDO: En su declaración ante la jueza el acusado afirmó que obró impulsado por un miedo insuperable al verse humillado verbal y físicamente no sólo por la víctima sino por otros soldados veteranos del cuartel. La abogada que representa a los padres del fallecido desligó la agresión de las posibles vejaciones. La letrado mantuvo que el Ejército tienen su parte de responsabilidad en estos hechos.*

Este suceso muestra el carácter imprevisible de las novatadas, que normalmente se originaban como “simples” bromas, que, en ocasiones, desembocaban en tragedia. Como podemos observar en este caso, el temor a las novatadas, podía convertir a la víctima en protagonistas de acciones violentas. En el carácter más o menos trágico de estas acciones también incidían las características personales de los que las ejecutaban, y de los que las recibían, en unos casos por el carácter violento, y en otros por la capacidad de aguante.

En cualquier caso, las novatadas podían encerrar un alto riesgo. La siguiente caricatura, representa un ejemplo de ello, en el que vemos un “peludo” achicharrándose por una descarga eléctrica cuando manipulaba un conmutador.



*El dibujo de la izquierda representa a un soldado especialista en electricidad. La de la derecha es una adaptación realizada por algún soldado de reemplazo para representar a un novato que es achicharrado al intentar coger la blanca, señalando un acto propio de las novatadas.*

En el dibujo se aprecia cómo el ansia por coger la blanca, que aparece referida en el cuadro eléctrico, hace que el peludo “pique” ante el señuelo puesto por algún veterano, y resulte achicharrado, lo que serviría para disfrute y sorna de los que presenciasen el hecho. El dibujo simboliza cómo los veteranos “castigaban” de manera rotunda y cruel a cualquiera que osase pretender ser como ellos sin pertenecer a su grupo. La banca era la meta final de todo soldado, pero sólo a los wisas estaba permitido acariciarla.

Lo de “quemarlos” aparece como una referencia metafórica en este caso, pero, en ocasiones, el fuego era utilizado en algunas de las gracias y quintadas. Me consta que en algunas se infringían quemaduras con la brasa de cigarrillos a los novatos, quienes debían aguantar estoicamente tal sufrimiento para ser aceptados por los veteranos. Por otra parte, ahí que señalar que él “estar quemado” es una condición que en la mili sólo correspondía al veterano y sólo se lograba con el tiempo y la experiencia. La caricatura también representa cómo sí algún soldado novato quisiese saltarse el proceso normal se podía “achicharrar”, como le pasa al “peludo tonto”, pero en este caso de forma “real”.

Por último aportaré algunas valoraciones de soldados respecto al tema de las novatadas. Corresponden a sujetos entrevistando en diferentes contextos y momentos, durante los últimos quince años del servicio militar. Los datos cuantitativos que doy en términos porcentuales son sólo un referente, con los que pretendo únicamente hacer una reflexión comparativa y tendencial, pero sin ajustarme de forma exhaustiva a criterios estadísticos. Además, me consta que existían grandes variaciones sobre las valoraciones que se podían obtener sobre el tema según algunos factores como; el tipo de unidad, su ubicación, e incluso según los llamamientos y reemplazos a los que pertenecían los sujetos.

Las conclusiones generales a las que he llegado son las siguientes; en primer lugar destacaría el que en torno al 15% de los soldados, estaba a favor de las novatadas, que consideraban como un hecho normal y natural del servicio militar. Este porcentaje, que pudiera considerarse pequeño desde un punto de vista estadístico, no resulta desdeñable, pues hay que tener en cuenta que los que realmente inducían, o eran autores sistemáticos de las quintadas, no constituían la totalidad de los soldados, sino que normalmente era un número reducido de sujetos en cada unidad y en cada llamamiento. Por ello no debe ser menospreciado, ya que eran los que potenciaban y permitían que tales actos se realizasen, contribuyendo al mantenimiento de la tradición.

Otro grupo, que se sitúa en torno a un tercio, las consideraban como un hecho válido, “siempre que no atentase contra la dignidad e integridad del que las sufría”. Constituyen igualmente un porcentaje importante, pues contribuían de forma clara a que tales prácticas se mantuviesen. Posiblemente muchos de los que se posicionan en este grupo no participaron de forma activa en las novatadas, o lo hicieron de forma comedida, pero, mostraban una predisposición y consentimiento para con éstas, por lo que también jugaron un papel determinante en el hecho de que la tradición persistiera.

En torno al 15% de los sujetos no se decantaban al respecto. Podríamos presuponer muchas cosas respecto a ese silencio, -en algún caso equivocadas-, aunque particularmente considero que tales sujetos al adoptar la actitud del silencio, o de eludir el tema, en el fondo evidenciaban una complicidad para con estos procedimientos. De hecho, en algunas ocasiones me parecía entrever que los que así se decantaban lo hacían respetando lo que pudiéramos definir como un “pacto de silencio”, pues se producía sobre todo cuando eran varios los que hablaban a la vez sobre el tema.

Considero que estos valores reflejan una aceptación de este tipo de acciones por una amplia parte de quienes realizaban el servicio militar, lo que, presumiblemente, ha

permitido y facilitado que esta actitud de tolerancia y condescendencia para con las mismas se transmitiese a un cierto sector de la sociedad civil, que ha aceptado dichas prácticas sin tomar partido contra ellas.

Si tuviese que profundizar un poco más sobre los datos expuestos, y hacer referencias sobre las características de los sujetos que se mostraban más a favor de estas prácticas, me atrevería a señalar algunas variables concretas, aunque quiero señalar que no tendrían validez general. He conocido sujetos de todo tipo y condición social, económica, nivel de formación, de diferentes edades, etc., que se han mostrado partidarios de las novatadas, incluidas las que conllevaban acciones que pudieran clasificarse de extremas.

Aún así, considero que una de las variables más significativa respecto a la actitud crítica o tolerante para con las novatadas era la edad de los soldados. Respecto a este hecho podemos decir que los que se mostraban más a favor, o más tolerantes solían estar comprendidos entre los dieciocho y veintiún años, entre los soldados de mayor edad que he podido entrevistar han sido muy pocos proporcionalmente, los que se mostraban a favor, o tolerantes, con las mismas. Pero hay que tener en cuenta que los que pertenecían a este grupo normalmente ocupaban puestos y destinos que podrían clasificarse de cierto privilegio dentro del grupo que estudiamos. También solían ser tratados de forma “distinta” por parte de los mandos, tanto por el hecho de que se trataba de sujetos que poseían un alto nivel de estudios, como por su mayor edad.

A lo dicho hay que añadir el hecho, no fútil, de que por la diferencia de edad y de formación, estos “soldados mayores, normalmente universitarios”, no solían ser foco de novatadas por parte de los que normalmente las realizaban, que solían buscar sus víctimas reiteradas entre los novatos más débiles. De manera que, a los soldados de mayor edad les resultaba más fácil eludir estas prácticas, lo que les permitía sentirse un poco “al margen” del fenómeno de las novatadas, y a la vez de la asimilación y reproducción del mismo.

Aún así, quiero aclarar que estas valoraciones no son rotundas, y, si un novato que reuniese las características de edad y madurez señaladas se enfrentase de forma directa contra un grupo de veteranos que quisiese inflingirle una novatada, lo más probable es que acabase siendo el foco de sus fechorías.

Independientemente de los factores referidos, destacaría el hecho de pernoctar en los acuartelamientos como uno de los rasgos más definitorios para con la posibilidad de verse inmiscuido en las novatadas, lo que responde a la circunstancia de que las



quintadas solían realizarse especialmente en determinados contextos e instalaciones, como dormitorios, cantinas, etc. La noche era el momento "ideal" para la realización de dichos actos, pues la ausencia de mandos solía ser la norma. De forma que, después de retreta<sup>210</sup> era cuando los wisas se constituían en los verdaderos amos y señores de la tropa.

Por otra parte, los autores y promotores de las novatadas en general, pero en especial las que pudieran considerarse más crueles, eran sujetos con un cierto perfil. Solían poseer un bajo nivel de estudios, pertenecer a una clase social baja, o a algún grupo marginal, lo cual no significa que los que poseían un elevado nivel cultural o pertenecían a una clase social acomodada, no participasen de ellas, o fuesen promotores de las mismas en ningún caso. Tan sólo señalo que los más proclives al mantenimiento de las mismas solían ser los referidos.

Una de las razones que pudiera explicar el que los sujetos que realizaban novatadas preferentemente reuniesen las condiciones apuntadas, respondería al hecho de que se trataba de sujetos en cuyo entorno de procedencia estaban presentes la fuerza bruta y la coerción física. Por lo general, se trataba también de sujetos que no poseían la potestad legítima, ni institucional, de "mandar" o dirigir a otros individuos en su entorno, o, de hacerlo, lo hacían amparados precisamente por la fuerza y la coerción. De forma que, en el ámbito militar estos sujetos encontraban como natural ese "derecho" a ejercer la fuerza para con los que consideraban inferiores, al adquirir su grado de antigüedad dentro del sistema jerárquico cuartelero.

El soldado que respondía a estos perfiles, solía engrandecerse sobremanera, y adoptaba posturas y actitudes despóticas para con aquellos que, según sus referentes, eran "inferiores", a quienes “podían vapulear por derecho propio”. Por lo que, en ocasiones, se ensañaban con aquellos que destacaban respecto a sus esquemas; bien por su apariencia humilde y sumisa, bien por tener aspecto de "empollones", más si este hecho iba acompañado de una contextura física enclenque<sup>211</sup>, o por poseer cualquier rasgo o actitud que pueda considerarse afeminada. Pero también se solían ensañar con aquellos que se mostraban altaneros, o especialmente reacios a aceptar las bromas o las novatadas más usuales. Los que se mostraban de esta guisa eran apabullados y

---

<sup>210</sup> Como dato gráfico de tal proceder referiría el dibujo que presente en páginas anteriores donde se puede observar debajo del soldado más veterano, el “wisa”, la reseña que señala cómo éste actúa tras la retreta.

<sup>211</sup> Sobre los inconvenientes de la presencia de personajes enclenques en las unidades militares recomendaría leer un

sometidos sin piedad por los grupos o camarillas de veteranos. Incluso, se podía dar el caso de que estos acabasen siendo marginados por los propios compañeros, ya que su actitud podía hacer que los veteranos se ensañasen aún más en sus novatadas con el resto de novatos, por lo que acababan repudiándolos y responsabilizándolos de sus males.

No obstante, los hechos no siempre se desarrollaban de acuerdo a lo dicho. Recuerdo un suceso en el que unos soldados veteranos se intentaron propasar con uno de los novatos recién llegados, el cual era de corta estatura y se vislumbraba como un objetivo fácil para gastarles novatadas. El citado soldado se mostró altanero ante la actitud increpante de los veteranos, por lo que decidieron darle una lección, lo que acabó de manera inesperada, pues el “pequeño novato” resultó ser un consumado practicante de artes marciales. En esta ocasión los veteranos fueron los vapuleados, y a partir de ese día el novato dejó de ser foco de atención de los veteranos que se buscaron víctimas más propicias. Pero este particular caso es precisamente eso, un caso particular, que no respondía a la norma.

El cómo los soldados novatos eran percibidos como sujetos insignificantes, y anodinos lo podemos apreciar en los dibujos y caricaturas en los que aparecen soldados de diferentes llamamientos, en los que son representados de forma claramente diferenciada, de forma que los novatos, los “bichos”, es decir, las potenciales víctimas de las novatadas suelen representarse con cara de alelados, de bobalicones, o, usando un calificativo más cuartelero como unos “empanados”, o “pringaos”. Los sujetos que puede enmarcarse en este grupo solían ser el principal foco de atención de las novatadas, e incluso de las bromas de los propios compañeros de reemplazo.

Un informante me relataba este hecho al hablarme sobre las anécdotas que acontecieron durante los primeros días de su mili, que realizó en la Base de San Pedro en Madrid durante el año noventa y ocho. Me comentaba que a uno de sus compañeros, al que calificaba como a un “empanado total” por su carácter despistado, que le hacía estar “fuera de lugar”, ya que en reiteradas ocasiones produjo situaciones ridículas o jocosas. Así me comentaba cómo se había dejado durante dos noches consecutivas las llaves de la taquilla dentro de la misma, la primera vez cortaron el candado con una cizalla, pero la segunda noche sus propios compañeros le dieron la vuelta a la taquilla,

---

trabajo de principios del siglo pasado realizado por el general francés Brallion (1933: 28-32)

para que salieran las llaves, armándose un gran alboroto. Las reiteradas muestras de despiste hicieron que fuese el hazmerreír de la compañía, y sus compañeros acabaron propinándole “palmaditas” cada vez que cometía alguna torpeza.

Otro soldado que poseía características similares acabó siendo el blanco de las bromas por sus compañeros, y paso a ser conocido con el mote de “empanao” por ser algo lento en sus movimientos y ademanes, a la vez que se mostraba poco sincronizado e infantil en sus gestos. Sobre el mismo me comentó que los veteranos también se ensañaron con él gastándole todo tipo de bromas; en una ocasión le escondieron la gorra durante tres días, otro día le “retocaron” la cama (dejándola con cuatro muelles que aguantaran el colchón y poco más) por lo que al ir a tumbarse se cayó estrepitosamente y toda la compañía se rió ante el suceso, pues todos estaban expectantes del evento, al haber sido avisados por los veteranos que la protagonizaron, y que les advirtieron que no se les ocurriera a ninguno el avisarle. Me aclaraba mi informante que estos hechos acontecieron durante un fin de semana en el que unieron a los veteranos con los novatos en un solo barracón, al ser pocos los que se quedaron en el acuartelamiento, lo que favorecía este tipo de tropelías.

Estos personajes, a los que se denomina como empanado o patoso, no son exclusivos de la mili, pero adquirirían un sentido especial en la misma, pues solían ser sistemáticamente perseguidos y marginados, tanto por los compañeros, por los veteranos, e incluso por algunos mandos, en tanto que representaban la imperfección, la ausencia de marcialidad, de orden, de honorabilidad. En síntesis podrían calificarse como la antítesis del ser militar, y por ello algunos mandos e instructores también podían ensañarse con ellos, inducidos por el propósito de enmendarlos y hacer de ellos buenos soldados.

Algunos de estos sujetos acababan siendo repudiados por la mayoría, lo que podía surgir de forma espontánea en el grupo al que pertenecían. Pero el rechazo del propio grupo podía ser fomentado por los instructores, pues algunos descargaban su ira o malestar sobre toda la unidad haciendo que pagasen todos por las faltas del sujeto en cuestión, que debido a sus incorrecciones y errores retardaban o interferían en el buen hacer del grupo. Estos procesos son magistralmente escenificados en la película de Stanley Kubrick (1987) *La chaqueta metálica*, en el que se ejemplifica la figura de un soldado “empanado” que sufre las presiones señaladas, el cual acaba asesinando al instructor y suicidándose.

En cualquier caso, los sujetos que eran foco de atención de las bromas y novatadas

tenían básicamente dos opciones; aguantarlas estoicamente y reír la gracia, o enfrentarse a ellas, pero ésta opción podía desencadenar en el rechazo de los veteranos, y en ocasiones de sus propios compañeros. Un ejemplo de ello me lo relataban unos soldados, a finales del año 2000, quienes me comentaron como todos acabaron rechazando a un compañero por su carácter huraño e introvertido, pero sobre todo por enfrentarse de forma radical a las novatadas de los veteranos, y a las bromas y chanzas de sus compañeros de reemplazo.

Este ejemplo constituye una muestra más de la crueldad del sistema establecido, que relegaba al ostracismo a aquellos que, aun siendo iguales, no eran aceptados si no “pasaban por el aro” y acataban las normas del grupo. Con lo que, además de la dureza implícita en la experiencia de la mili, se veían sometidos a los mecanismos que rigen la vida en sociedad, en la que el extraño, es segregado de la comunidad.

Por otra parte, he podido constatar cómo, la manera en que se consideraban tratados muchos soldados por parte de sus mandos, parecía tener una cierta relación con su actitud para con el fenómeno de las novatadas. De forma que, entre los que se consideraban tratados injustamente por sus mandos, existía una mayor predisposición para aceptar las novatadas como algo natural y consustancial a la propia mili. De lo que creo poder inferir que los que, se consideraban “maltratados por sus mandos” ante los que no podían rebelarse, reproducían su experiencia en las relaciones con sus iguales, ensañándose con los más débiles, es decir los novatos, a los que asignaban el rol que a ellos mismos les tocaba jugar cuando actuaban ante los veteranos por excelencia de la milicia, es decir los mandos. Por otro lado, muchos sujetos que justificaban sus propias conductas, -especialmente cuando éstas eran negativas-, actuaban amparados en premisas del tipo: “sí yo sufro que también lo hagan los demás”, lo que parece encajar en este rompecabezas de conductas y pautas aprendidas e impuestas en la mili.

Para concluir este apartado quiero resaltar que las novatadas que he relatado a lo largo del capítulo son un pequeño ejemplo de las modalidades que han existido, ya que estaban sometidas a multitud de variantes, y de cambios, según el momento, y según las unidades.

También, quiero destacar que aunque algunas reproducían situaciones o hechos que, nada tenían que ver, en un principio, con la mili, y podían ser fruto de determinadas modas, por el contrario otras se repetían con pequeñas variaciones pues poseían una larga tradición en la cultura cuartelera, como se puede apreciar en el hecho de que algunas de las novatadas aquí registradas me las facilitaron diversos soldados en torno a

los años; 1998, 1999 y 2000, y reproducen procedimientos similares a algunas que he podido constatar se realizaban en tiempos lejanos. Junto al listado de novatadas referidas a lo largo del capítulo, y las referencias hechas sobre algunos autores citados en este trabajo, añadiría las que recoge Malo de Molina (1989: 107-109).

Para cerrar este tema, quisiera referir cómo muchas de las novatadas se caracterizaban por la violencia física a la que eran sometidos los novatos. Asociadas a estas podíamos encontrar diferentes modalidades de golpes, como; collejas, capones, pescozones, o “chopos”. También se infligían los tradicionales almohadillazos, o golpes con toallas, o incluso con los cinturones. Presento algunos ejemplos de tales prácticas tal y como las he recogido de diferentes fuentes:

*Chupito, o chopo: Consiste en golpes reiterados en la frente con la mano abierta, o cerrada, eran realizados por los veteranos en cualquier momento y lugar.*

El Pipas define el Chopo en su Diario comentando que; *Es el pan nuestro de cada día. "Con chopos y paciencia, se consigue la licencia". Es un golpe seco con la palma de la mano abierta en toda la frente. Es la "putada" típica que los abuelos hacen a los monstercillos, todos los días, sin parar.*

*Pista americana: Obligar al recluta a correr por los dormitorios pasando por encima y debajo de las literas, mientras recibe golpes de los veteranos con las almohadas.*

Existían acciones aparentemente menos agresivas, pero no por ello menos desagradables y violentas, como el encerrar a los reclutas en las taquillas o lugares similares. O hacer que compitiesen entre ellos en juegos diversos, en los que se les incitaba a golpearse, etc. Algunos ejemplos de estas serían las siguientes:

*El rally park: En esta novatada una serie de chivos hacen las veces de cabalgaduras, lo que suelen hacer en calzoncillos, en algunas modalidades portaban algún objeto con el que se golpeaban entre sí. Normalmente llevaban cada uno a un veterano en la grupa, que les incitaban a llegar los primeros a un punto concreto.*

*La máquina de música: Es una de las frecuentes novatadas con las que se pretendía crear cierta angustia en las víctimas, a la vez que se les sometía a situaciones ridículas. Consiste en meter a uno, o más novatos en una taquilla y cerrarla con candado, tras lo cual se iban echando pesetas por las rendijas de la misma y se solicita a los tenores en ella encerrados a que entonasen determinadas canciones. De forma que si no querían cantar, o si se equivocaban en las canciones pedidas, o lo hacían mal, los veteranos aporreaban la taquilla como castigo añadido.*

*Terremoto: Consistía en despertar al novato a mitad de la noche moviendo o cambiando de lugar la cama del mismo, con él dentro.*

*Cambio de armas: Consistía en arrojar de forma reiterada y consecutiva, diversos útiles de limpieza, o cualesquiera, hacía la cabeza del recluta, el cual debía cogerlos al vuelo, para evitar los consiguientes golpes.*

Tales acciones constituían un mecanismo de presión psicológica, que reforzaba el temor del novato para con los veteranos, a la vez que servía como mecanismo de presión y amenaza para que no delatasen los hechos, pues en tal caso podrían volver a sufrir estos castigos corporales, pero de manera más virulenta.

El sufrimiento de los novatos en manos de los veteranos denotaba un rasgo propio de los ritos de iniciación, pues las pruebas de aguante han jugado un importante papel en los procesos de aceptación de los sujetos en determinados grupos. En estos procesos había que demostrar que se era merecedor de ello, así en función de las características del grupo se definían las pruebas a superar.

Estos razonamientos servían también a los que actuaban como verdugos para reforzar su sensación de ser superiores y especiales, pues ellos ya eran miembros de pleno derecho del grupo, y habían pasado dichas pruebas con anterioridad. Por ello, si se observan los casos de novatadas que salieron a la luz en los últimos años de la mili, -especialmente a mediados de los noventa-, podemos comprobar cómo aquellos en los que existían grandes dosis de violencia, correspondían a actos realizados en unidades especiales, como la BRIPAC, o las GOES, donde los veteranos se consideraban superiores a los soldados regulares, por lo que exigían un gran aguante y dureza a los reclutas de sus unidades para poder ser aceptados como sus iguales. En este sentido podemos afirmar que la mayor dureza de la preparación propia de estas unidades se trasladaba a la relación entre veteranos y novatos, por lo que las novatadas eran por lo general más “duras” que las realizadas en unidades regulares.

Considero que los soldados de reemplazo se veían atrapados por la red que cercaba sus vidas en el mundo cuartelero, en la que las novatadas persistían de forma ineludible, debido al peso de la tradición, a la conducta e imposición de los veteranos, y, en cierto modo, por el respaldo de los mandos, que acababa validando el sistema.

## **6.2- Antigüedad y veteranía.**

Hemos visto como las novatadas estaban intrínsecamente vinculadas a la coincidencia de distintos reemplazos, lo que desde la estructura militar devenía en la necesidad de establecer una diferenciación entre sujetos similares, a los que se les confería diferente status. Esto era estructurado a través de la particular interpretación que hacían los soldados de los sistemas culturales del ejército, en el que vivían de manera efímera. Así, interpretaban a su modo el sistema jerárquico militar que posee una estructura piramidal y vertical. Pero, la necesidad militar de definir quién es el más idóneo para tomar el mando en cualquier situación, establece un mecanismo de carácter horizontal en el caso de que no haya un mando superior, y coincidan varios con un mismo empleo. Para tal fin, se articula lo que se define como antigüedad, a la que se otorga un valor añadido, “la antigüedad es un grado” que se regula en las RROO<sup>212</sup>. La tropa adaptaba este hecho a su propio sistema relacional que estructuraba en el principio de veteranía, definida por la pertenencia a los distintos reemplazos, y que establecían la principal distinción entre los soldados.

Analizaré a continuación algunos aspectos de cómo se articulaban estos referentes temporales, tanto para los mandos, como para la tropa, indagando en su contenido simbólico.

Tanto los principios de antigüedad, como el de veteranía, permitían romper la ordenación natural entre los sujetos, que estaría vinculada a la edad de los mismos. Con ello se establecía la posibilidad de que un sujeto de menor edad pudiese mandar a otros de mayor edad sin que se creasen problemas aparentes. En el caso de los mandos - pertenecientes a una misma escala- esta categorización posee plena aceptación, pues existe cierta correlación entre la antigüedad en el ejército y los empleos alcanzados. En circunstancias normales, la regla es que el que pertenece a una promoción alcance el empleo superior antes que los de promociones posteriores. En el caso de la tropa, sucedía algo similar, pues los distintos reemplazos se estructuraban de acuerdo a la edad de los que cumplían el servicio militar, lo que hacía que los más veteranos fuesen a la vez unos meses mayores que los demás. Pero no siempre era así, pues estaban los que

---

<sup>212</sup> RROO FAS (1.978: Art.190): *La procedencia en los Ejércitos, excepto cuando por razón del cargo corresponda otra, se basará en primer lugar en el empleo, a igualdad de éste en la antigüedad en el mismo, y así sucesivamente hasta llegar a la fecha de ingreso en el servicio. En último extremo se resolverá en favor del de mayor edad.*

ingresaban como voluntarios, que lo hacían con menor edad de la requerida para prestar el servicio militar, y los que disfrutaban de algún tipo de prórroga que se incorporaban con edades superiores, pero ambos grupos eran minoritarios.

En cualquier caso, la veteranía adquiría un valor extremo para la tropa de reemplazo, pues podía llegar a alterar el esquema formal de la prevalencia del empleo sobre la antigüedad señalada en el artículo citado de las Reales Ordenanzas. Así, un soldado veterano consideraba a un cabo “novato” como inferior a él, por lo que, en ocasiones, se daban situaciones en las que soldados veteranos se oponían abiertamente al criterio o a las ordenes de cabos “novatos”. Ello también era debido a la percepción y valoración respecto a los empleos que podía alcanzar el soldado de reemplazo; cabo y cabo primero, si bien es cierto que cuando la mili duraba varios años, tales empleos eran respetados pues para poder alcanzarlos se exigía un cierto grado de veteranía, por el contrario en los últimos periodos de la mili, el respeto por los mismos, en especial por el de cabo, distaba mucho del que tuvo en tiempos pasados. Así, era asumido por la tropa de reemplazo como un empleo de “mentirijillas”, salvo en los servicios de armas, donde la institución les amparaba y otorgaba un “poder” y un respaldo absoluto, por lo que en tales circunstancias sus órdenes eran tenidas en cuenta<sup>213</sup>.

Por otra parte, en este periodo la mayor parte de los soldados que decidían hacerse cabos, lo hacían por los derechos y ventajas que ello les aportaba, y no por una supuesta vocación, o un deseo de seguir la carrera militar. Algunos se hacían cabo porque se lo indicaban directamente sus mandos.

En todo caso, puede decirse que los cabos que accedían a esta condición buscando la comodidad, ejercían el mando, más por temor a ser reprendidos o arrestados por los “mandos de verdad”, que por la creencia y aceptación de su propia autoridad. Los cabos no adquirirían realmente un “poder” amparado en el mando, sino más bien una responsabilidad, pues su poder se amparaba fundamentalmente en el apoyo de sus mandos directos, y no en ellos mismos. Aunque también existían sujetos que al ostentar dicho empleo se convertían en verdaderos déspotas, y coaccionaban a sus compañeros amparándose en ese poder especial que le otorgaba la delegación del mando, como señala Anta Félez (1990:85), -pero tal poder era ejercido normalmente contra soldados de reemplazos posteriores al propio, con quienes podían ejercer una autoridad

---

<sup>213</sup> Esto ocurría porque el propio servicio le otorgaba al cabo una entidad especial, pero también era aplicable para



doblemente fundada, por un lado la formal amparada en el empleo, y por otro la de la veteranía. En cualquier caso, la lógica militar determinaba que por encima de los cabos siempre se encontrase un “mando de verdad” para supervisarle y controlarle.

Respecto al empleo de cabo 1º las consideraciones eran distintas, al tratarse de un empleo complejo y ambiguo. Se trata de un empleo de la clase de tropa, pero desempeña funciones y tareas propias del sargento<sup>214</sup>. Los mandos aleccionaban a los cabos primeros para cumplir con firmeza sus ordenes, y mantener un escrupulosos comportamiento castrense. Quiero recalcar que en estos empleos siempre estaba presente el temor de ser sancionado por los mandos en caso de que no dirigiesen a sus soldados de acuerdo a las directrices que se le encomendasen, por lo que interiorizaban la premisa de que “sí no arrestaban, podían ser arrestados”.

Existen varios artículos en las Reales Ordenanzas donde se refiere la responsabilidad de actuar de forma tajante ante las acciones inapropiadas de los subordinados, siendo especialmente explícitas para los empleos de tropa. El artículo sesenta y cinco<sup>215</sup> de las RROO para las FAS constituye un buen ejemplo de lo dicho.

*El cabo como jefe más inmediato del soldado o marinero, se hará querer y respetar de él; no le disimulará jamás las faltas de subordinación, le infundirá amor al servicio y mucha exactitud en el desempeño de sus obligaciones, será firme en el mando, graciable en lo que pueda y será comedido en su actitud y palabras aún cuando sancione o reprenda.*

Puede considerarse que las exigencias requeridas al cabo de reemplazo no eran acordes con los procedimientos a través de los que se adquiría dicho empleo, pues para ello se realizaba un cursillo que se impartía en las propias unidades. De manera que, al menos al final de la mili, cuando sólo duraba nueve meses se hacía apremiante que el soldado accediese a tal empleo de forma rápida, por lo que los que lo hacían no tenían una gran experiencia de la milicia, ni podía ejercerlo durante mucho tiempo.

Aunque debo aclarar que sí parecían apropiados para aquellos cabos y cabos primeros que, siendo de reemplazo, poseían un marcado espíritu militar y una intención

---

cualquier soldado que estuviese de servicio.

<sup>214</sup> Es de destacar al respecto, como el único artículo de las Reales Ordenanzas del Ejército que hace alusión a éste empleo, (el 168) lo hace para referirse a la posibilidad de que se turne con los sargentos en la realización de algún servicio. *Del Suboficial de Cuartel: Esta guardia, cuya duración será de setenta y dos horas, se nombrará entre los sargentos primeros y sargentos de cada Compañía o Unidad similar. De acuerdo con la conveniencia del servicio, Los Cabos Primeros podrán incluirse en el turno o actuar de adjuntos.*

<sup>215</sup> El artículo corresponde a las RROO del 28 de diciembre de 1978, y es conocido por todos como el “artículo 5º del cabo”.

de permanecer en el ejército al finalizar su servicio militar obligatorio. De estos últimos podemos decir que, en el mejor de los casos, eran más veteranos que la mayoría de los soldados de reemplazo, todo lo cual contribuía a otorgarles una particular identidad dentro del colectivo de la tropa de reemplazo, identidad que les animaba a buscar la separación y diferenciación, y a constituir un grupo dentro del grupo de la tropa, y al margen de la figura más representativa de la misma que era el soldado raso.

La figura del “cabo de cocina”, constituía un buen ejemplo de cómo un soldado de reemplazo podía llegar a adquirir un poder “relativo” para con sus compañeros. Para tal puesto se solía elegir a un joven con ciertas dotes de “mando”, alguien que fuese capaz de hacerse respetar y obedecer por los medios que fuesen, que tuviese gran capacidad de convicción, y que le gustase mandar. Pues debía imponer a sus compañeros sus criterios en las tareas más desagradables. Aunque, en última instancia, tenía el apoyo incondicional del suboficial y del capitán de cocina, pues era mucho el trabajo que les solucionaba, y muy poco lo que recibía a cambio.

La importancia de la figura del cabo se puede corroborar en el hecho de que en las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas se le dedican cuatro contundentes artículos, (desde el 65 al 68 ambos inclusive), número acorde a los dedicados al Suboficial, (del 69 al 71), y al Oficial, (del 72 al 75). Hay que señalar, que entre sus funciones no estaba la de tomar decisiones, sino la de hacer que se cumpliesen las ordenes y decisiones que le transmitían sus superiores, quedando su papel relegado a ejercer una función de control y vigilancia directa sobre los soldados rasos, descargando de éstas acciones al mando.

Después de tratar las diferencias que se establecían entre los soldados de un mismo llamamiento por el acceso a determinados grados, quiero resaltar la importancia que tenía la referencia grupal de los miembros de un mismo llamamiento. Para ello presentaré una breve exposición sobre como los soldados recurrían a dejar marcas del reemplazo al que pertenecían en diferentes lugares.

### 6.3- Las marcas de la mili.

Una costumbre muy extendida entre los soldados de reemplazo era la de dejar alguna referencia de su paso por la mili en los lugares más diversos y variopintos. Ello les servía para reafirmar la realidad de su paso por la mili, y para destacar su veteranía ante los soldados que pasaran por el mismo sitio después que él. Estas señas se podían encontrar en diversos sitios y lugares, como las puertas de los retretes de los acuartelamientos, en paredes, muros, en las garitas, y en cualquier otro lugar, por muy extraño y absurdo que pudiera parecer.

Un ejemplo curioso es el de la siguiente fotografía, corresponde al detalle de la parte inferior de un soporte de los utilizados en las oficinas para posar los dietarios.



Parte inferior de un soporte de calendario. Nótese las anotaciones de los años 1992 y 1994.

Otro ejemplo peculiar lo podemos encontrar en los parasoles de los vehículos militares.

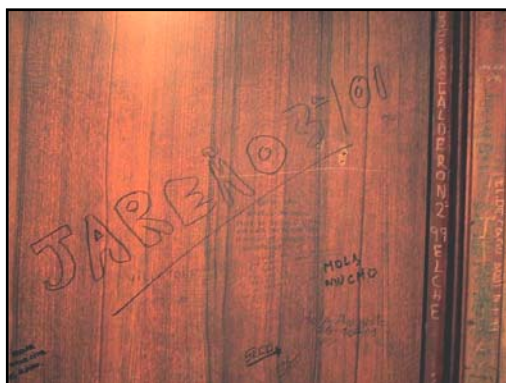


ALCALA 3º/95 2 y la LOKA (FAR NBQ -7,5,96), - SERGIO 1º/96 CANILLEJAS- W BRAVO 4º/96 MESIAS 2 Y LA LOCA, - ALGETE 1º 96 W. 8 y bajando, - PRADO 2º/96 HOYOS, - L.M. 2º 96 ARAGON YE NACIÓN, - PAUL 3º/96 GOLOSO, - CHAMPI 1º-97 ALBACETE, - BARRICADA 1º/97 (A) de anarquía., - BERNABEU 1º/97 74 y bajando, - 3/97 CASTELLON, - COBO 1/99; - MORENO, 2º/99, - WALLY 2º/99, - OVE 3º/99, NICO Sold. sanitario IV/99, - CHILLON 1º/000, - NANO 1/000 ¡que vivan los cuclis!. Se podían ver señas desde el año 1994 hasta el 2000.

Los últimos datos los recogí en el mes de julio de 2002, de los que presento unas fotografías como datos etnográficos de tal práctica.



Se pueden apreciar referencias del primer llamamiento de 2001 firmada por un tal Barriga. Y del segundo llamamiento de 2001.



En esta aparecen referencias del tercer llamamiento de 2001 de un tal Jareño. Estos datos de último momento permiten constatar cómo la costumbre de dejar estas marcas de identidad ha permanecido en la cultura de la tropa de reemplazo hasta el final de la mili.

#### **6.4- Entre padres y abuelos anda el juego.**

“Más vale saliva de veterano que betún de quinto”.

Refrán cuartelero.

Para continuar con este tema incidiré en cómo la mili constituía un ciclo vital completo, e independiente del ciclo vital natural dentro del universo cognitivo del soldado de reemplazo. Esto queda reflejado en el hecho de que recurriesen a categorías de carácter filial para marcar los diferentes “estadios, o procesos vitales” de su experiencia en la mili. Estas categorías otorgaban un particular status al sujeto, que a través del calificativo empleado asumía una particular identidad dentro del grupo de la tropa, a la vez que servía como punto de referencia para los que, como él, pasarían por los mismos estadios en su momento. Para la citada distinción solían recurrir a los calificativos de; “bicho”, “padre”, “abuelo”, y “bisabuelo”, que señalaban el tiempo que llevaban en la mili. Tales apelativos se constituían en un sistema de “galones invisibles” que definía el grado de los soldados.

Esta ordenación vital solía ajustarse a procesos naturales en función de los llamamientos, es decir que los de llamamientos anteriores solían ser algo mayores que los de llamamientos posteriores. Pero, en ocasiones se producían rupturas en esta ordenación natural. Así, por ejemplo se podía dar el caso de que coincidiese un “bisabuelo” de veinte años de edad, con un “padre” o un “bicho” de veintiséis años, lo que rompía la estructura formal, y "natural", pero que, desde la subcultura del soldado se presentaba como válido y “normal”. Esto permite corroborar cómo la mili se constituía en un hecho temporal y vital del sujeto que estaba al margen del tiempo natural. Tal ordenación no era exclusiva de la mili, pero, probablemente en ningún otro contexto se recurra de manera tan reiterada, y obsesiva, a una demarcación tan contundente como lo hacían los soldados de reemplazo.

Por otra parte, el recurso a una categorización filial, otorgaba un carácter categórico e inquebrantable a la relación. En este sentido, en la ordenación simbólico-filial cuartelera se podía apreciar una ordenación dicotómica, que diferenciaba dos grandes situaciones o estadios del ser soldado; por un lado se establecía un periodo correspondiente al estadio de novato, en el cual el sujeto era clasificado como no-persona. Éste estadio duraba hasta el momento en que juraba bandera, pero realmente se prolongaba hasta el momento en que llegaba un nuevo reemplazo con los nuevos



novatos, con lo que los que lo eran hasta ese momento adquirirían la condición de “padre”, y que concluiría con la licencia. Era precisamente con la llegada de los nuevos reclutas cuando el sujeto empezaba a ser considerado como soldado por su propio grupo, y se le asignaba un primer grado de veteranía. Posteriormente el “padre” pasaba a ser “abuelo”, y finalmente “bisabuelo”.

Para ello, se establecía una equiparación simbólica entre los procesos vitales de la mili, y las relaciones filiales y la ordenación biológica del ser humano. Así, mientras que el bicho estaba adscrito a la categoría de no-persona, que equivalía dentro del ciclo de la mili, a un ser nonato, o por lo menos a una condición de inmaduro, por contraposición, el bisabuelo cerraba el ciclo vital de la mili, y la licencia significaba su muerte simbólica como soldado.

De esta forma, el licenciamiento, y la consiguiente muerte simbólica de los wisas (bisabuelos), constituía una desaparición real de un número concreto de soldados, lo que permitía la continuidad del “ciclo natural” de la vida dentro del mundo cuartelero. Los “abuelos” pasaban a ser “bisabuelos”, los “padres” “abuelos” y así sucesivamente. Esa muerte simbólica de los que se licenciaban era festejada con la “loca”, con la que se señalaba el renacer en el mundo civil, pues se volvía con un nuevo status. De forma que el hecho de que la subcultura de la tropa recurriese a la categorización filial al uso, respondía a la intención de otorgarle un carácter natural que no poseía, potenciando y reafirmando con ello la estructura establecida.

En cualquier caso, el que los soldados recurriesen a tal modelo de representación para ordenar su experiencia durante la mili, responde al hecho señalado por Mary Douglas (1996:146) de que normalmente, recurrimos a modelos de clasificación que se nos han entregado con nuestra vida social. Hay que señalar también, que como cualquier sistema de categorización, poseía un carácter ambiguo, lo que resulta más comprensible si integramos en dicho análisis a los mandos militares. Así, resultaba comúnmente aceptado el principio de que los mandos fuesen, por regla general, más mayores, más responsables y más adultos que aquellos a los que instruían y formaban. Tal apreciación era potenciada al vincular a los militares con el uso de armas y máquinas complejas y peligrosas.

Por ello, el conjunto de la sociedad aceptaba la idea de que los mandos militares habían pasado por unas pruebas exhaustivas, y unos controles muy exigentes para acceder a su condición militar, en los que se les ha considerado aptos tanto por su nivel de formación específica, como por sus condiciones psicológicas y físicas, acordes con

parámetros institucionales que, se presentan a priori incuestionables.

Como complemento a lo dicho, la figura del soldado de reemplazo, solía identificarse con sujetos inmaduros, faltos de la templanza y del conocimiento y la sabiduría necesarias para afrontar por sí solos las exigencias de la vida militar. Aunque podríamos establecer una diferenciación entre el recluta y el soldado.

Dicho esto, parece plausible aceptar este planteamiento, al menos a un nivel simbólico, en tanto que se puede decir que al soldado se le consideraba simbólicamente adulto, independientemente de la edad biológica que tuviese, lo que estaba relacionado con dos aspectos. Uno vinculado al uso de las armas, -el recluta no poseía la condición de adulto militarmente hablando hasta que no adquiría su verdadera condición de soldado con el rito del juramento a la bandera, pues, hasta ese momento no podía realizar servicios de armas-. Por otra parte, desde una perspectiva social, se consideraba que el joven adquirirá la categoría de adulto en el ámbito social, al finalizar el servicio militar, aunque, como he indicado anteriormente, se aceptase que durante la prestación del servicio militar ya poseía un cierto grado de madurez personal.

Este aspecto se suele confirmar en algunas costumbres y usos familiares de nuestra sociedad, según la cual muchos jóvenes se iniciaron en determinadas prácticas consideradas de adultos al ingresar a filas, o realizaron dichas prácticas de manera abierta a partir de ese momento. Así sucedía, por ejemplo, respecto al consumo de alcohol, de tabaco y el inicio en las relaciones sexuales completas, que estaban asociadas en nuestra cultura con la adquisición de la madurez personal y social, lo cual ha estado tradicionalmente vinculado al hecho de la mili en el caso de los varones.

Quiero señalar que aunque los jóvenes de tiempos recientes hayan podido iniciarse en tales prácticas con una edad más temprana de la que lo hicieran sus padres o abuelos, ello no-quita para que éstas siguiesen formando parte del imaginario del soldado como signos de virilidad y hombría, de acuerdo a los referentes de la cultura popular.

Respecto a la edad, considerada en tanto que referente de madurez simbólica, y a la edad natural o biológica, una de las paradojas que se evidencia era el hecho de que, algunos soldados de reemplazo podían ser de mayor edad que algunos de sus mandos. Esto ocurría normalmente en los casos en los que el soldado hubiese pedido algún tipo de prórroga, con lo que podían incorporarse hasta con veintisiete años de edad, mientras que un cabo 1º, sargento, alférez, o teniente, podía tener menor edad.

Ésta circunstancia rompía la ordenación tradicional, según la cual el enseñante solía ser una persona adulta, madura, y de mayor edad que el enseñado, en especial cuando se



trataba de un joven, como era el caso del soldado de reemplazo. Pero, de acuerdo al planteamiento militar, se identifica al mando como a un *mando-enseñante*, o *mando-educador*, y, utilizando referentes filiales y de carácter primario, se podía decir que, independientemente de su edad, era concebido como un padre<sup>217</sup>, por lo que acababa siendo tratado como tal. Aspecto que destacan de manera específica Bourdieu y Passeron (1981:59)<sup>218</sup>, y Kelley (1993:63), quién utiliza la expresión de *jefe-progenitor*<sup>219</sup>.

El papel de mando-educador, vinculado a la idea de padre-protector, era atribuido de manera tradicional a la figura del oficial, como señala Vigon (1959: 124), quién además de la condición de padre protector, atribuye a la figura del capitán la condición de pastor, otorgándole claras connotaciones religiosas. Estas funciones de instructor y educador del mando son recogidas ampliamente en textos y normativas militares a lo largo del tiempo<sup>220</sup>.

Por lo que respecta a la formación, o nivel cultural, podía darse el caso de que algún soldado poseyese un nivel superior al de algunos mandos, lo que en otros tiempos resultaba poco probable, especialmente para con los oficiales, -sobre todo los procedentes de academia, que adquirirían una formación considerada como superior a la de la media de la población-. Lo dicho, se podría hacer extensivo para con los suboficiales, pues aunque estos procediesen de las clases de tropa debían poseer unos niveles de formación y de conocimientos que, aunque bajos, normalmente seguían siendo superiores al de la mayoría de los que tenían que prestar el servicio militar como soldados.

Pero, en algunos aspectos, los soldados de reemplazo aportaban un magnífico servicio técnico a sus mandos y un conocimiento y un saber práctico sobre múltiples áreas, a pesar de su juventud. Sobre este particular puedo manifestar algunas

---

<sup>217</sup> La categoría de padre educador o enseñante, se asocia a la veteranía en el caso de la tropa, en parte por la práctica de antaño de asignar a cada recluta un veterano para enseñarle el oficio de soldado, por lo que se deduce que debía ser como un padre para el nuevo soldado, como recoge Álvarez (2000:451).

<sup>218</sup> Bourdieu y Passeron (1981: 59): *La tendencia a reinstaurar en toda persona investida de una Autoridad Pedagógica la relación arquetípica con el padre es tan fuerte que todo aquel que enseña, por joven que sea, tiende a ser tratado como un padre.*

<sup>219</sup> Kelley, R. (1993: 63): *Los conformistas [...] son los <<niños buenos>> por antonomasia, siempre dispuestos a dar gusto al jefe/progenitor. La mayoría de las sociedades fomentan la conformidad... el sometimiento a la autoridad se refuerza en el hogar, la escuela, el ejército y el trabajo.*

<sup>220</sup> Las RROO en su Art. 143 señala: *Será inquietud constante de todo mando la preparación para la guerra, la educación militar de los subordinados, la instrucción individual y colectiva y el continuo adiestramiento de su unidad.. Otro ejemplo podría ser el libro de doctrina; D-0-0-1, de 1980 sobre el Empleo táctico y logístico de las armas y los servicios, en cuyo capítulo referido a Los principios del arte de la guerra y los procedimientos, explicita cómo: Instruir y educar a sus*

impresiones personales que así lo corroboran. Durante los primeros años de mi vida como militar profesional recibí un gran apoyo por parte de soldados de reemplazo que tuve el placer de conocer, quienes me aportaron todo tipo de conocimientos, y me enseñaron múltiples maneras de desarrollar mi trabajo. Este aporte de conocimiento ha estado en vigor en diferentes ámbitos, pues he conocido soldados que, bien por poseer una formación universitaria, bien por poseer una formación técnica, o por haber trabajado en determinados sectores laborales, poseían unos conocimientos en sus respectivas áreas muy superiores a los de muchos de sus mandos.

A pesar de lo dicho, seguía vigente el principio basado en estereotipos según el cual, el mando estaba, por lógica, más capacitado que sus soldados y que sus mandos inferiores. Esto sólo quedaba relativizado en determinadas ocasiones, y en áreas especialmente técnicas o materias en las que el mando en cuestión, o bien se reconocía ignorante en un tema, o bien se mostraba distante al mismo por considerar que tales tareas o conocimientos no eran propios de su condición militar, o de su empleo.

En todo caso, podemos afirmar que las valoraciones y percepción del servicio militar, guardaban cierta relación con el nivel de estudios de los soldados, que solía estar asociado a una determinada edad. Pero destacaría de forma especial cómo las valoraciones y apreciaciones de aquellos que poseían estudios superiores, y una mayor edad diferían de las valoraciones de los que hacían la mili por su quinta, y que poseían un nivel de formación bajo, o elemental. Ello no se debía *per se* a las diferencias señaladas, sino que tales diferencias solían afectar a la manera en que vivían el hecho de la mili los distintos sujetos. Tales hechos influían, por ejemplo, en los destinos a los que se podía acceder, y a la manera en que eran tratados por los mandos. Debo señalar cómo algunos de mis informantes, con estudios superiores, y de mayor edad que la media, hacían referencias concretas sobre su condición y el trato recibido.

Muchos de los soldados que poseían un mayor nivel de estudios, y una mayor edad, se sentían fuera de lugar en la mili, lo que favorecía sus críticas y razonamientos contra el modelo de instrucción aplicado para con ellos. Sentían que poseían una formación, y una madurez personal, que no podían desarrollar en sus actuaciones como soldados. La estructura de la mili, los programas de instrucción y adiestramiento, y los destinos y funciones estaban diseñados para una gran masa de soldados de reemplazo, de los que

---

*subordinados es la función esencial de todo Jefe, a la cual debe dedicar íntegramente su interés y actividad.*

diferían considerablemente, lo que les hacía ser especialmente críticos con el sistema.

El hecho de incidir en las valoraciones del grupo que he señalado respecto al hecho de la mili, responde a mi interés por recalcar como el servicio militar, planteado como un servicio que obligaba a todos por igual, no tenía en cuenta una de las características fundamentales del sujeto social, que es precisamente su diversidad.

Para fundamentar un poco más esta observación podríamos considerar las diferencias socioeconómicas y educativas existentes entre los soldados de reemplazo, pues tradicionalmente se ha argumentado que el servicio militar obligatorio constituía una de las pocas instituciones en la que las diferencias sociales y culturales de los individuos “no importaban”, y en la que las categorías sociales no eran tenidas en cuenta.

Tal hecho, que, -en un principio hay que aceptar-, configuraba, no obstante, muchas circunstancias y situaciones atípicas, que afectaban a las relaciones de determinados sujetos con sus propios compañeros, y con los mandos. Estas diferencias, que pudiera considerarse en términos sociológicos de “desajustes sociales” han intentado paliarse a lo largo de la existencia del servicio militar. Se compensaban a través de diversos mecanismos que beneficiaban, -a ser posible de manera legal-, a los varones de las clases sociales más favorecidas, entre los que se encontraban las denominadas cuotas, las redenciones en metálico, las sustituciones, las milicias universitarias, y otras alternativas más sutiles. Nuria Sales (1974), Julio Busquets (1984), Borreguero Beltran (1989), Cristino Barroso (1991), Julia Martínez Sánchez (1995), Herrero Brasas (1995), Albino Feijóo (1996), García Moreno (1988), Puell de la Villa (1996), etc., refieren estos mecanismos de forma profusa, por lo que no incidiré más en ello.

## **6.5- Las camarillas y los grupos de pares.**

Tras analizar el hecho de las novatadas, los signos de madurez y hombría, y la importancia de la veteranía en la interrelación entre los soldados de distintos reemplazos, analizaré otro tipo de relación particular que se daba entre los soldados conscriptos, atendiendo a la intensidad y especificidad de este tipo de relación.

Como he tratado anteriormente, en las relaciones entre sujetos de distintos reemplazos jugaban un papel destacado los criterios de veteranía y las novatadas, aunque también podían establecerse lazos de camaradería. Pero lo normal era que los lazos más fuertes se dieran entre sujetos de un mismo reemplazo, no obstante, y dada la diversidad de sujetos y de circunstancias no se puede decir que todas las relaciones entre los soldados de una misma unidad y un mismo reemplazo fuesen buenas.

Quitando las relaciones que se establecían entre los denominados grupos primarios, que desembocaban en lo que se conocen como camarillas<sup>221</sup>, el resto de relaciones entre la tropa en la vida cotidiana se caracterizase por una cierta indiferencia hacía los demás. De hecho, en determinados casos se generaba una animadversión entre algunos sujetos, lo cual respondía en parte a la gran diversidad y tipología de personajes que configuraban los grupos de soldados, dadas sus diferencias de origen social, y de personalidad. Tal animosidad se solía trasladar a los grupos informales a los que pertenecían dichos sujetos.

Además, la relación entre los soldados evolucionaba con la experiencia militar. Durante el periodo de instrucción los sujetos adoptaban una actitud de apertura y receptividad para con sus iguales, estableciéndose una relación de camaradería generalizada, caracterizada por el compañerismo y la fraternidad. Pero, a medida que pasaba el tiempo los sujetos se volvían más selectivos en sus relaciones, encerrándose en sus camarillas, y distanciándose de aquellos que habían defraudado sus expectativas como amigos o compañeros, por la razón que fuese.

No poseo datos estadísticos personales sobre este hecho, pero considero que el planteamiento es válido, tanto por los comentarios que me han ido haciendo mis informantes, como por mi propia percepción de las relaciones entre los sujetos que he

---

<sup>221</sup> El concepto de camarilla no define un término estrictamente militar, pero lo considero válido para definir los grupos que trato, pues se puede decir que tal afinidad estaba fundamentada en la particular relación que se establecía entre camaradas, y los soldados de una misma unidad solían agruparse en grupos que se adecuaban perfectamente a dicho

podido observar de forma directa. Por otra parte, estos planteamientos responden a la propia evolución de las relaciones interpersonales de carácter general. El trabajo que ya he referido en varias ocasiones del Equipo de Relaciones Humanas, Segunda Sección del Estado Mayor de la Capitanía General de la Región Militar Centro, (1987) trata este tema de manera cuantitativa. En el punto 3.4.1.3.2 en el que analiza “El trato con los compañeros”, en sus conclusiones apunta lo siguiente:

*Por consiguiente, todo apunta al hecho de que la convivencia entre los Soldados se va deteriorando conforme transcurre el tiempo de servicio en filas. Parece como si a una primera actitud de apertura a los nuevos compañeros fuera imponiéndose poco a poco otra de recelo, de lejanía e incluso de rechazo. Esto lo confirma la evolución de los porcentajes de la pregunta 330: cada vez son menos los Soldados, que afirma haber hecho amigos nuevos en el Ejército (95, 94, 90 y 84%), lo cual no puede explicarse sino como una ruptura de amistades ya hechas.*

Tal evolución se debía a que tras un cierto tiempo de convivencia, afloraban las esencias de los sujetos, la interrelación continuada en situaciones de cierta tensión hacía que las relaciones se complicasen, además las circunstancias y tensión propias de la vida cuartelera incidían en el carácter de determinados sujetos, y en su relación con los demás. Según se iba aproximando la licencia los sujetos iban tomando conciencia de que pronto se terminaría todo, con lo que los verdaderos gustos y sentimientos afloraban de forma más clara e intensa. El sujeto se volvía más selectivo e intolerante, ya no tenía que disimular. Además, después de tanto tiempo compartiendo vivencias todos acababan conociéndose. Así, el soldado veterano se volvía más selectivo e intransigente, los grupos de pares se reducían, pero la intensidad de la relación intra-grupal se acentuaba. Podemos decir que la mili acababa poniendo a cada cual en su sitio en las relaciones entre iguales.

Los que acababan la mili como amigos, solían poseer unos fuertes lazos de amistad, que algunos definían como de “verdadera” amistad, y les hacía creer que los “amigos de la mili” lo eran para siempre. En el mejor de los casos, el tiempo y el distanciamiento diluía dicha relación, pero el recuerdo mitificado siempre quedaba.

Las relaciones que se establecían entre los reclutas durante el periodo de instrucción estaban marcadas por una serie de hechos que favorecían la consolidación de unas relaciones intensas y especiales. Marion Hargrove (1944:136-139) califica de especial y única la amistad surgida entre los reclutas, de la que señala que sólo se configura en el

ámbito de la milicia. Lo que enlaza con el hecho de que en ella los adolescentes se encuentran por primera vez ante la incertidumbre y dureza de la vida, lejos de sus mundos cotidianos, por lo que se ven abocados a compartir múltiples experiencias en circunstancias especiales que favorecen el surgimiento de los vínculos referidos. Hargrove enfatiza especialmente los lazos surgidos en el periodo de instrucción básico, que en su caso duraba tres meses<sup>222</sup>. Destaca que estos lazos, de la que define como primera camarilla, no eran sustituidos por los que se pudieran forjar en las camarillas constituidas en las unidades. Justifica tal planteamiento señalando:

*Existe una razón para esto. En la etapa inicial de la organización aprendemos por primera vez las reglas, costumbres y tradiciones del ejército. Cuando nos enfrentamos con este nuevo mundo por primera vez las encontramos, o demasiado duras, o carentes totalmente de interés; mas cuando finalmente llegamos a interiorizarnos en ellas, amalgamándonos con este nuevo estado de cosas, las identificamos en nuestra memoria con la batería que nos acompañó en la enseñanza.*

*Las penurias y las privaciones pasadas con aquellos compañeros son una atadura y una ligazón más profundas y perdurables que las logradas por otros medios o en otro ambiente. Cuando alcanzamos la etapa que podemos denominar organizada –una verdadera unidad táctica, con la que están constituyendo actualmente los muchachos– cualquier penuria o infortunio es simplemente una parte de la rutina. Los “pacientes” ya somos hombres, no muchachos como al principio.*

*Pero en este primer ciclo de ejercitación, el “estado bisoño”, diríamos, no nos hemos endurecido lo suficiente. Los nuevos soldados somos aún adolescentes delicados, sensibles, arrancados de la escuela o del hogar, acostumbrados a una vida fácil y moralmente indolora. Compartimos recíprocamente nuestro desaliento, nuestra fatiga, nuestras enfermedades.*

*Cuando Menza comienza a sentir nostalgias de Buffalo y McGlaufflin evoca una eglógica reminiscencia de los lagos y forestas de Minnesota, nos sentimos nostálgicos, más por ellos que por nosotros. Somos camaradas templados en un mismo dolor.[...]*

*Desde que dejamos nuestros hogares, en julio, hemos aprendido muchas cosas. gimnasia, marchas y fusiles, carpas, máscaras antigás. Todo eso.*

*Esto, sin embargo -la disolución de nuestra primera fraternidad- es otra de las cosas que aprendimos, ahora y por primera vez. Es nuestra primera lección de una nueva forma de nostalgia, nacida y nutrida únicamente en el ejército.*

Las declaraciones referidas, resultan acordes con las conclusiones de algunos militares contemporáneos, quienes justifican la rudeza y sufrimiento de la instrucción como un medio eficaz para conseguir la compenetración de los grupos primarios. Tal es el caso del general Laguna Sanquirico, quien lo manifiesta en Aguilar y Bardaji (1992).

---

<sup>222</sup> Considero que la duración de este tipo de experiencias, dentro de unos límites, y las circunstancias en las que se producen constituyen un factor determinante para que surjan y se establezcan los lazos que señalamos. De forma que, la disminución del tiempo de convivencia, o variaciones significativas en los grados de tensión, o el hecho de que las

Erikson (1974:28) realiza manifestaciones afines con las anteriores, tras hacer alusión a aspectos como la identificación fraternal, el estilo de vida que se autoperpetúa, los parámetros de lo que define como vieja decencia, etc., acaba reconociendo el surgir de esos especiales lazos entre sujetos que comparten determinadas vivencias y circunstancias, pero no lo hace con una visión romántica como otros autores.

Desde una perspectiva antropológica, las relaciones surgidas en la mili se correspondían al modelo de relación caracterizada por una especial fraternidad propia de jóvenes que pasan por periodos de aislamiento y vivencias compartidas, como sucede normalmente en los diferentes estadios de los ritos de paso. La naturaleza de los sujetos que confluían en la mili, y a las circunstancias en las que lo hacían, nos permite considerar estas relaciones como las que se definen como de grupos de pares. Es decir, las que en determinadas circunstancias se articulan entre sujetos que pueden clasificarse como iguales. Los autores que tratan este modelo relacional, lo califican de relación especial, y señalan que se produce de forma más marcada en determinados momentos de la vida de los sujetos.

Las características que definen tal tipo de relación suelen estar circunscritas a aspectos que analizo a continuación según diferentes autores, que considero válidos para la experiencia de la mili:

- Se constituye en torno a sujetos que están en un momento transitorio de sus vidas (la mili lo es por definición), lo que confirma además su condición de inmaduros.
- Se da entre niños o adolescentes, aunque también puede darse entre jóvenes adultos como, por ejemplo, en las relaciones entre universitarios.
- Se da entre iguales, es decir entre sujetos que poseen igual status en el contexto de la relación, personas sin rango o jerarquía alguna institucional. Entre sus miembros no existe una ordenación o categorización de ningún tipo, por lo que podríamos hablar de una ausencia de estructura. Así, en estos grupos o camarillas compuestas por iguales no hay jefes ni subordinados, todos son iguales. Esta particularidad adquiere un valor especial en el caso de la mili, pues en algunos casos afectaba de forma directa a la estructura jerárquica militar, en el sentido de que entre los miembros de una camarilla, si se daba el caso de que uno de sus miembros ascendiese al empleo

---

dificultades se diluyan, influirán en la intensidad y el tipo de relación que se establezca.

de cabo, tal hecho no afectaba a las relaciones dentro del grupo, de manera que, éste seguía siendo un igual dentro del grupo en tanto que miembro de la camarilla, y dentro de ésta no tenía ninguna autoridad.

- Actúa como un mecanismo de oposición al sistema basado en la autoridad institucional, como la de la figura del padre, del maestro, o del mando militar.
- Dentro del grupo no se estructura una ordenación jerárquica, aunque si se adquieren diferentes roles, para finalmente asumir un puesto concreto en el grupo. Los roles podían ser elegidos por los propios sujetos, o le eran asignados por el resto de los miembros del grupo. Estos roles podían adquirir categorías de lo más peculiares, pero solían estar circunscritos a algún rasgo que caracterizase al sujeto en cuestión. Así, podían ser; el payaso, el guaperas, el listo, etc. Lo que guarda una clara relación con la costumbre de poner mote a los compañeros.
- Se fundamenta en una relación amparada en el consentimiento mutuo, en “el toma y daca”, es decir una relación basada en la reciprocidad. Entre los camaradas de la mili se solía compartir todo; la comida, utensilios diversos, el jabón, la ropa, y se solía bromear con el hecho de compartir las amigas, las hermanas, e incluso la novia de cada cual.
- Los que constituyen tales grupos suelen ser de edades similares. Esto solía ser la norma entre los soldados de un mismo reemplazo, o en su defecto cada cual solía buscar alguna afinidad con aquellos que formaban una misma camarilla, para lo que la edad podía ser un factor a considerar.
- También suelen ser del mismo sexo, aunque tradicionalmente tales grupos se da preferentemente entre varones. Aspecto claro en el caso de la mili.
- Suele darse entre personas sin formación completa, lo cual está en consonancia con los procesos de socialización, y a la vez está relacionado con la variable ya referida de la edad. En el caso de los soldados también tiene cabida este aspecto, pues, aún en los casos de soldados que poseían una cierta formación, estos eran considerados como inmaduros en el mundo cuartelero.
- Dentro del grupo se establecen normas de carácter informal, siendo el ostracismo la sanción más común contra los que las infringen. Esta característica es aplicable a la relación entre soldados, pues el ostracismo era una de las fórmulas más usuales entre compañeros, para sancionar a los que no se acomodaban o respetaban las reglas informales de dicho grupo. Además, dada la ausencia de autoridad entre sus miembros, se configuraba en una fórmula muy viable, y sin consecuencias negativas



directas para sus miembros.

- En estos grupos el sujeto suele adquirir las actitudes y valores propios del grupo, imitando las pautas sobre la manera de vestir, corte de pelo, ropa, gustos musicales etc. También resulta aplicable, por lo menos por lo que se refiere a aquellos aspectos que podían ser distintivos de cada grupo, el caso de los gustos musicales, o de la realización de determinadas actividades, especialmente de carácter ocioso, podrían servir como rasgos diferenciales de algunos grupos.
- Los valores y percepciones de los compañeros del grupo de pares adquiere una dimensión e importancia superiores a las de otras instancias respecto a las aspiraciones y logros de los sujetos. Lo cual también está en consonancia con las teorías que tratan el tema de las relaciones establecidas en los grupos primarios, frente a las que se dan entre los denominados grupos secundarios.
- Según Hartup (1978) dentro del grupo de pares, el niño, y el adolescente aprenden a controlar y modular su agresividad con sus iguales. Esta observación también posee validez en el caso de la mili, pues durante la misma muchos jóvenes tenían que aprender a controlar sus instintos y su agresividad, sobre todo por las circunstancias en las que se veían sometidos a vivir, y por el control que al respecto podía ejercer el propio grupo.
- Otro factor destacable es el que la pertenencia a tales grupos permite al sujeto tomar una visión de los hechos desde una perspectiva social, en detrimento de la visión egocéntrica fomentada en la visión familiar. Tal hecho es del todo aplicable en el caso de la mili, pues, como vimos en su momento el sujeto y la visión egocéntrica del mismo resultaba desplazada.
- Es un modelo de relación que adquiere una especial importancia en los procesos de socialización del sujeto, siendo considerado por diversos autores como el principal agente socializador del niño después de la familia. Por las particularidades de la vida militar, y por las circunstancias que ya he tratado, considero que tal afirmación tiene plena validez por lo que respecta a los grupos de pares formados en los cuarteles.
- Aunque en ocasiones podría influir en direcciones diferentes, e incluso contrarias a la socialización de la familia, en algunos aspectos también influye en el mismo sentido que ésta. Sobre este particular resaltaría el culto y adoración por la madre, y como el distanciamiento de la familia hacía florecer una cierta revalorización de los lazos familiares, especialmente entre los sujetos más inmaduros.
- Adquiere especial importancia respecto a la socialización en determinados aspectos,

como por ejemplo; el desarrollo sexual de sus miembros, las relaciones con las drogas, el tabaco, el alcohol etc. Aunque desde una perspectiva institucional suele argüirse que la mili no era razón suficiente para fomentar y estimular estos aspectos y hábitos de la vida del sujeto, muchos jóvenes se iniciaron en estas prácticas durante la mili influidos por sus grupos primarios.

Sobre este tema citaría un interesante artículo de Aragonés, en Huici Casal (1989:241-260), donde se hace referencia a algunos teóricos de este modelo relacional. En el caso de la génesis del modelo en el entorno de la escuela cita a Hughes y Col (1962). Otro autor referido en relación con el contexto educativo es Coleman (1961). Las referencias más concretas las he encontrado en Giddens (1995:110-112, 161, 202-204, 795), y en Horton y Hunt (1994:95), pero por tratarse de obras de carácter amplio y genérico no profundizan en demasía sobre dichos aspectos. Revilla (1998:39-43) también trata el tema de los grupos de iguales al analizar la identidad personal de los jóvenes, diferenciándolo en función del sexo de sus componentes.

Hechas estas observaciones analizaré el porqué de la configuración de este tipo de grupos dentro de los cuarteles, y cómo funcionaban.

Una razón de peso que justificaba el que se articulase este modelo relacional residía en la separación de los sujetos de sus referentes previos, y de su familia.

También resultaba relevante la separación de los amigos, aunque la amistad con ellos no desaparecían del todo, pues ésta no necesita de una relación continuada intensa, como señala Revilla (1998:40). En todo caso, el alejamiento circunstancial de los mismos favorecía el surgimiento de nuevas amistades que se conformaban para paliar las carencias afectivas que este tipo de relación aportaba al sujeto, sin que unos fuesen sustitutos de los otros. De hecho, las relaciones con los amigos anteriores a la mili se solían mantener a través de cartas, llamadas telefónicas, y durante los permisos<sup>223</sup>. En todo caso, el encuentro y reencuentro con unos y otros amigos, producía ciertas tensiones personales, pues cuando el sujeto estaba con unos, echaba en falta a los otros, y viceversa.

Respecto a los vínculos familiares, hay que destacar su importancia en los procesos de socialización del sujeto durante un determinado periodo de su vida. Asumiendo

---

<sup>223</sup> Lógicamente estas consideraciones afectaban a los que se veían desplazados de sus lugares de origen, y en mucha

cómo los grupos de pares van incrementando su influencia en detrimento de ésta a medida que el sujeto va creciendo. Así, los grupos de pares se irán constituyendo como una fórmula relacional entre iguales, que inicialmente se suele configurar entre los amigos de la vecindad, pero también se producía entre los compañeros de algunas instituciones, como la escuela, y más tarde en otros centros de formación como el instituto o la universidad, de igual modo se buscaba este tipo de relación con los compañeros de la mili.

Normalmente, estas instituciones fomentaban este tipo de relación. Con ello se avivaba un espíritu cooperativista, o competitivo, según las tendencias particulares de los sujetos, alumnos, o soldados, y las del maestro, o instructor.

La institución militar promovía la consolidación de estos grupos informales amparándose en el principio del compañerismo militar. Pero, los grupos de pares informales que establecían los propios soldados no se ajustaban necesariamente a los criterios institucionales. No obstante, éstos se superponían en muchos casos, como se puede observar en los Espíritus Legionarios del compañerismo; (Sagrado juramento de no abandonar jamás a un hombre en el campo, hasta perecer todos.), y el de la amistad (De juramento entre cada dos hombres), que tienen un contenido y estructura muy acordes con los rasgos genéricos de los grupos de pares.

Podemos considerar que los lazos de unión que se establecen en la milicia, alcanzan su máxima expresión en las acciones bélicas. El Tte. Col. Gómez Martínez (2000:28) recurre a la novela de E. María Remarque (1967:164) para ensalzar tan particular unión.

*“De pronto me invade un calor extraordinario. Estas voces, estas pocas palabras murmuradas a mi espalda, estos pasos en la trinchera que está detrás de mí, me arrancan del angustioso aislamiento, del terror a la muerte en el que iba, casi, a abandonarme. Son mucho más que mi vida, estas voces, son mucho más que el amor de una madre y, que el miedo, son lo más fuerte y lo más eficaz para protegeros que existe en el mundo; son las voces de los camaradas.*

Tales planteamientos justifican el que la institución militar haya otorgado desde antaño un carácter fraternal a las relaciones de sus miembros. En tal lógica resulta comprensible que busque estructurar un sistema cultural que haga ver a la propia institución como sí de una “gran familia” se tratase. Así, los mandos han sido identificados con los padres protectores, y la tropa como los hijos, quienes son

---

menor medida a los que hacían la mili cerca de sus hogares.

asimilados en su relación a unos particulares hermanos. Fornells (1918:93) proponía esta fórmula como medio para suavizar la tensión inicial a la que se veía sometido el joven al entrar en el cuartel, para lo que también recomendaba que a los soldados noveles se le asignase un veterano que les enseñase la forma de actuar y vivir en el cuartel, y le cuidase, quedando proyectado en él la figura del hermano mayor.

Tales propuestas no respondían a un interés exclusivo por el novel soldado, también devenían de un interés institucional, ya que la capacidad y motivación combativa del soldado puede verse mermada en determinadas circunstancias, en las que los sujetos no encuentran motivo alguno por el que luchar. La fatiga, el desánimo, la visión de derrotas, la propaganda, la pérdida de familiares y otras múltiples razones pueden inducir a este estado. En tales circunstancias, referentes abstractos como la patria, el honor, o motivos similares, no son suficientes para hacerles combatir. Pero se concibe que un lazo de unión directo y palpable entre soldados, puede incitarle a seguir luchando para defender y ayudar a sus camaradas, de hay la conveniencia de fomentar la unión entre compañeros. De forma que, la asimilación de los lazos entre compañeros a los lazos fraternos, adquiere un valor personal, pero también institucional.

Debido a las particularidades de la milicia, estos lazos se antojaban más fuertes que los mantenidos con los amigos del barrio o de la vecindad. Las relaciones con éstos suele estar simultaneada con las relaciones familiares, y con esos compañeros se comparten preferentemente momentos de ocio y buenos ratos. Mientras que con los compañeros de la mili se compartían muchas más cosas, especialmente momentos de fatiga y sufrimiento. En ocasiones especiales el único apoyo con el que contaba el soldado era el hombro de un compañero, de quien se podía llegar a tener una dependencia vital.

Por otra parte, quiero señalar que existen claras diferencias entre las relaciones propias de la camarilla, y las que se configuran en torno al compañerismo definido institucionalmente. Estas diferencias las podemos observar analizando lo que sobre el compañerismo señalan las Reales Ordenanza, y el modo en que es definido por los miembros de la milicia. Hilario Martín (1980: 266-269) señala que el compañerismo castrense surge de manera institucional y normalizada, al ser considerado como un valor y virtud militar, destacando la necesidad del mismo como pilar de las unidades. Atribuyendo al mando la responsabilidad de hacer que surja el compañerismo entre los sujetos de su misma unidad. Es por ello que el compañerismo militar se presenta como un hecho distinto a la relación entre iguales que caracteriza a la camarilla, pues aunque

los lazos entre iguales surgían como consecuencia de una situación impuesta, -el hecho de estar en la mili-, tal relación poseía un carácter espontáneo y desinteresado, y no poseía el carácter espiritual que se le otorga al “compañerismo militar”.

En tal lógica, los mandos suelen utilizar el término de compañero de manera diferente a cómo lo hacían los soldados de reemplazo. Para evidenciar tal hecho podríamos observar cómo los soldados utilizaban unos calificativos con connotaciones diferentes a las usadas por los mandos. Así, éstos no tenían ningún reparo en adjudicarse mote, o apelativos para definir a su grupo que resultarían inaceptables desde un punto de vista institucional, como, por ejemplo, el uso del apelativo de “mafia”. Tal es el caso de un grupo de soldados compuesto por sujetos que procedían mayoritariamente de Zaragoza<sup>224</sup>, que se auto-definían como “la mafia zaragozana”.

Respecto al particular calificativo, destacaría cómo el término mafioso dice bastante sobre la imagen que, de ellos mismos tenían sus miembros dentro del mundo que les acogía de manera temporal. Tal calificativo dista mucho del que suelen utilizar los mandos. Por otra parte, la figura de la mafia está relacionada con referentes familiares, a la vez que señala que sus miembros actúan al margen, o en contra de la norma. Tal calificativo responde también al modo en que los sujetos colaboraban para mejorar la estancia en la mili. En su seno se realizaban todo tipo de trapicheos y tropelías que beneficiasen a sus miembros. En tal tipo de agrupación, resultaba ventajoso que algunos de sus componentes ocupasen determinados destinos, como los de cocina, de vestuarios, de furriel, en las planas mayores o en las auxiliares de las compañías, etc. Cada uno, desde su posición privilegiada aportaba a los demás lo que podía en una relación de reciprocidad que a todos beneficiaba. Este particular calificativo también suele establecerse para definir a un grupo que busca proteger<sup>225</sup> a sus miembros de otros grupos, a la vez que se constituía en un modelo relacional adecuado para obtener las máximas ventajas en circunstancias adversas.

Otro papel de las camarillas era otorgar protección a sus miembros, no tanto de

---

<sup>224</sup> Esta referencia me la aportó mi director de tesis, pero personalmente he conocido diferentes modalidades en varias unidades y momentos.

<sup>225</sup> Sobre este aspecto quisiera referir un pequeño párrafo de un artículo aparecido en la revista Diario 16 del mes de marzo de 1992, en el que se trataba el tema de las novatadas en los cuarteles, y cuyo título era curiosamente “Las mafias cuarteleras”. El texto era el siguiente: *Los soldados que cumplen el servicio militar en la base aérea de Zaragoza, y que han sido víctimas de actividades mafiosas por parte de algunos <<compañeros>>, han tenido que reunirse para adoptar medidas de autoprotección. Si ya es preocupante el que sus mandos no pueden atajar por lo sano a los responsables de las amenazas y vejaciones, más preocupante resulta el que los soldados afectados tomen por su cuenta y riesgo decisiones referentes a su propia seguridad.*

sujetos o grupos de otra categoría o status, como de otros sujetos y grupos de igual status, como refiere Goffman (1994: 94-95). En el caso de la mili, tal argumentación estaba amparada en el hecho de que se congregaban grandes contingentes de jóvenes de diferente origen y condición, que se veían forzados a convivir durante un tiempo, en lugares comunes, y en circunstancias especiales, lo que facilitaba el que afloraran tensiones entre los individuos. Muchos de esos jóvenes no habían tenido que compartir con otros, -al menos con desconocidos- instalaciones particulares como dormitorios, servicios, comedores, etc., ni vivencias similares a las de la mili hasta el momento de realizarla.

En algunos casos los soldados vivían en condiciones de hacinamiento<sup>226</sup>, por lo que las disputas afloraban fácilmente. Esto se podía agravar por el hecho de que algunos instructores fomentaban un espíritu competitivo entre los sujetos de sus respectivas unidades para con los de otras unidades. Tal competitividad estaba referida a un plano formal, pero en ocasiones se proyectaba en las relaciones interpersonales, e intergrupales en un plano informal. En este sentido, podemos afirmar que el carácter unificador de la mili, no podía evitar que determinados sujetos actuaran de acuerdo a los principios y códigos de conducta del mundo particular del que procedían.

Podríamos considerar que, en circunstancias muy especiales, los lazos entre camaradas pueden equipararse a los lazos de hermanos consanguíneos. Pero para ello se requieren unas circunstancias muy particulares, que poco tienen que ver con las que normalmente se daban en las dos últimas décadas de existencia de la mili. Éstas se constituían más fácilmente en tiempos pasados en los que los soldados convivían alejados de sus familiares durante mucho tiempo, más aún si servían en contextos especiales, en destinos lejanos de la península o en territorio extraño, como en las unidades emplazadas en África. Igualmente, se podría tener en cuenta el hecho de estar destinados en unidades especiales, en las que los sujetos se veían sometidos a tensiones y situaciones especiales, o cuando vivían largas temporadas en el campo. El servir en contextos especialmente arriesgados, como en las unidades de montaña, o en las unidades paracaidistas también fomentaba estos lazos, al tener que afrontar experiencias

---

<sup>226</sup> Existen múltiples estudios sobre las reacciones agresivas del hombre en situaciones especiales o de hacinamiento, como sucede en los submarinos, enclaves en la Antártica, centros de concentración para prisioneros de guerra, etc. Como referente general citaría la obra de Hall, en especial su texto de (1987), y respecto a los cambios actitudinales y niveles de tolerancia sobre el uso del espacio de acuerdo a particularidades culturales podría servirnos junto al de Hall, del trabajo de Flora Davis (1989).

especiales, como saltar al vacío desde un avión.

Quiero señalar que las valoraciones hechas sobre la peculiaridad de la relación que se consolidaba entre los soldados en las situaciones extremas, como las constituidas en las guerras o circunstancias de especial tensión, no son extrapolables a la experiencia de la mili en circunstancias normales. En dichas condiciones podríamos aceptar que se generase una particular vinculación en un plano emocional y afectivo, que pudiera constituirse en un modelo alternativo al de la familia, ya que la incertidumbre del futuro inmediato, y la separación prolongada de los familiares podía hacer necesario buscar relaciones sustitutivas de ésta.

En cualquier caso, las valoraciones sobre los sentimientos, son precisamente eso, valoraciones, y responden a percepciones subjetivas y circunstanciales de cada cual, por lo que no debe extrañar que muchos soldados se refiriesen a sus camaradas utilizando calificativos de carácter fraternal, como si se tratase de sus hermanos.

Como ejemplo de esa especial “hermandad” citaría la obra de Kon (1983) en la que reproduce conversaciones sostenidas con jóvenes argentinos que participaron en la Guerra de las Malvinas. Registra cómo alguno de sus entrevistados le declaraba que se alistó por solidaridad para con sus compañeros de la mili, al saber que se habían alistado.

Existen declaraciones referidas a la División Azul en la que se alistaron muchos jóvenes que habían combatido juntos en la Guerra Civil, dejándose llevar por la decisión de compañeros de armas con los que pasaron la citada contienda.

La película de Spielberg (1998) *Salvar al soldado Ryan* recrea ese particular vínculo entre camaradas. En una escena en la que se notifica al soldado Ryan que ha perdido a sus hermanos declara que sus hermanos eran sus compañeros de escuadra, aquellos con los que se encuentra en el frente, caracterizando ese vínculo especial que une a los hombres en circunstancias extremas como es la de la guerra. Otra película en el que aparece tratado el tema, sería la dirigida por John Irvin (1999) *Cuando callan las trompetas*, en este caso se plantea el clásico dilema entre la lucha por la supervivencia del sujeto, y su unión con el grupo. Como última cita<sup>227</sup>, señalaría la superproducción titulada *Hermanos de sangre* de Alden Robinson (2002), en la que se narran las

---

<sup>227</sup> Podría citar otras películas y novelas, así como trabajos y documentos en los que se hace alusión de forma más o menos directa a los especiales lazos surgidos entre camaradas de armas, pues probablemente ese sea uno de los temas más profundos a tratar en una situación tan particular como es la guerra.

vicisitudes y particulares relaciones entre soldados norteamericanos de una compañía durante la Segunda Guerra Mundial.

Otro dato de interés sobre el vínculo surgido en situaciones extremas que pudieran asemejarse a relaciones de índole tribal, las tratan Horton y Hunt (1994:99), quién lo analiza entre las tropas alemanas durante la II Guerra Mundial:

*Durante la guerra los aliados alimentaron la esperanza de que “esta guerra psicológica” minara la fe de los soldados alemanes en su causa y su lealtad a su gobierno y así se deteriorara su moral combativa. Estudios hechos después de la guerra (Shils y Janowitz, (1948) han demostrado que este enfoque no fue muy adecuado. Estaba fundado en la sólida teoría de que el soldado se sostiene principalmente por la lealtad a su país y por su fe en la justicia de su causa, mientras que las investigaciones efectuadas después de la guerra encontraron que se sostiene principalmente por su unidad con las pequeñas unidades militares a las que está vinculado y por su lealtad a ellas.*

Sobre las relaciones que se producen en contextos especiales señalaré que el profesor Martínez Paricio, y yo mismo, pudimos constatar como algunos soldados que participaron en misiones de paz en Bosnia Herzegovina declaraban cómo las circunstancias en las que se vieron obligados a convivir durante un largo periodo de tiempo -entre cuatro y seis meses- hicieron aflorar lo que definían como verdadera amistad entre compañeros. A la vez destacaban cómo algunos compañeros que se habían mostrado como buenos amigos y compañeros ideales cuando estaban en España, se manifestaron tal y como eran en esta nueva situación, cuestionándose en algunos casos esa supuesta amistad (Martínez Paricio y Sánchez Navarro, en AAVV, 1999:204).

Quiero señalar que en los contextos bélicos tampoco se registra una única manera de reaccionar y de percibir tales eventos por los distintos sujetos, no pudiendo afirmarse que existan unas pautas de conducta estandarizadas al respecto. La manera en que es afrontada la guerra difiere considerablemente, y aun en el caso de participar de forma activa en situaciones de combate, los sujetos actúan de manera diferente, tomándosela como un juego y de manera deportiva unos, y sintiéndose condicionados por sus miedos y temores otros, como señalan Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego (2000:22,29).

Retomando las relaciones interpersonales que pudieran surgir entre los soldados en condiciones menos adversas, podemos considerar que los grupos de pares o camarillas que se constituían pueden ser tratados también en relación con el entramado de las relaciones sociales. Destacaría su importancia como elemento referencial sustitutivo de algunas de las funciones que tradicionalmente cumple la familia para con el sujeto. Este aspecto lo considero de acuerdo con los planteamientos de Simmel, (1986: 54,55,753,



756) entre los que destacaría sus observaciones con lo que denomina *efecto triada*, constituido en torno a las relaciones entre el *individuo* y otro tipo de grupo que define como *grupo pequeño*, y un tercer elemento que califica como *grupo grande*.

De acuerdo a lo expuesto por Simmel, un papel predominante de la familia es el de actuar como agente intermediario en la estructura social por lo que al sujeto se refiere, de forma que ésta le atribuye y confiere una cierta independencia y exclusividad. En el ámbito militar, la camarilla era la encargada de actuar como agente intermediario entre la sociedad militar y el sujeto, actuando aquí como agente integrador y otorgándole el carácter de sujeto, de individuo, y su propia y particular identidad. Siendo una figura colectiva la camarilla adquiriría una dimensión colectiva, pero con una autonomía consciente respecto al grupo más amplio constituido por los demás soldados, otorgándole a los sujetos que pertenecían a la misma su carácter único y distinto del resto. De hecho, el sujeto soldado adquiriría una individualidad y una identidad siendo parte de una camarilla, pues en tanto que se pertenece a esa camarilla y no a otra, se es en la camarilla, y se ostenta un lugar determinado en la misma, aunque ese lugar no responda a una estructura organizada, como ya he señalado. En esta necesidad de ser uno, y diferente, se entiende que los soldados buscasen formar parte de alguna camarilla, pues ello contribuía a afianzar su identidad como sujeto, aunque fuese como un sujeto liminar.

Resulta un hecho constatado que los que han prestado el servicio militar otorgan a la amistad entre compañeros las valoraciones más positivas de su vida militar. Algunos califican esta amistad de única y distinta a las demás, por lo que hablan de los “amigos de la mili” para diferenciarlos del resto de los amigos, e incluso se utilizan referencias fraternales, como me decía un soldado al señalar; “*los amigos de la mili son como hermanos de la mili*”. Lo cual guarda una relación directa con la importancia que otorgan los jóvenes a la amistad entre iguales. En este sentido, Revilla (1998) hace una diferenciación entre lo que los jóvenes definen como compañeros y lo que definen como amigos, destacando de estos últimos, cualidades como la confianza y la esperanza de que los amigos ayuden cuando se les requiera.

En el caso de la experiencia de la mili tales argumentos tenían plena validez, pues si algo compartían los amigos de la mili eran sus problemas, y lógicamente de este compartir surgía la esperanza de encontrar apoyo entre aquellos a los que se trasmitían dichos problemas. Para alcanzar cierto grado de confianza y amistad se requiere un tiempo de relación, sin embargo, en el caso de la mili, la rapidez en que se producían los

acontecimientos hacía que los sujetos buscasen amistades prontamente, de manera que la escasez de tiempo, se paliaba y compensaba con la continuidad e intensidad de la relación entre los sujetos.

A iniciar y afianzar las relaciones de confianza y amistad entre los soldados contribuían algunas prácticas cuarteleras. Se compartía la comida que recibían de sus casas, o que portaban los fines de semana, también se compartía el tabaco, y las rondas de cerveza entre amigos eran norma<sup>228</sup>, éstas se pagaban en función de las posibilidades y los recursos de cada cual. Esto adquiriría un significado especial entre los soldados, pues la “soldada”, o “haber en mano”, daba para poco. Por ello, a la hora de valorar las amistades algunos sujetos daban bastante importancia al hecho de saber que cuando no tenía “guita” podía seguir fumando y bebiendo sin problemas gracias a los camaradas. Incluso se recurría a los amigos cuando necesitaban dinero, de forma que el que se le prestase o no, podía ser un factor concluyente para determinar el grado de amistad para con aquel al que se le solicitaba. Una declaración que me hiciera un soldado refiere este hecho: *Lo mejor de la mili son los colegas (algunos) que son los que te ayudan y te dan moral (y te dejan guita). Por lo menos voy a sacar 3 o 4 buenos amigos de la mili.*

Debo aclarar que en el cuartel la camarilla se constituía en un elemento referencial trascendental para el soldado, pero no sucedía lo mismo con el resto de los compañeros de mili. Esto se puede corroborar por el hecho de que, con el paso de un cierto tiempo el recuerdo de la mili se veía limitado a un reducido número de compañeros que suele corresponderse con el de los compañeros de camarilla, sin que se recuerde el nombre de los demás soldados de su propia sección o de cualquier otro grupo formal. Así, lo normal era que enseguida se olvidasen a los que no pertenecían a su propio grupo, a pesar de haber estado compartiendo vivencias y espacios comunes. Pues aunque los otros soldados estaban físicamente cercanos, en el plano emocional estaban distantes.

Lo anteriormente citado lo he constatado en reiteradas ocasiones, y lo puedo manifestar por mi propia experiencia en la que he tenido que vivir de forma intensa durante diferentes periodos de tiempo, con distintos grupos de compañeros. Confieso que sólo consigo recordar el nombre de unos pocos, los más allegados.

Muchos soldados a los que he preguntado sobre el particular me han confesado que

---

<sup>228</sup> Tal proceder no es exclusivo de la mili, pues como señala Burns (1994:407- 419) los discursos y actitudes en tono de humor, el consumo de alcohol, en especial los tradicionales vinos o cervezas, y el consumo de tabaco amparado en la invitación y ofrecimiento sistemático de cigarrillos, son prácticas comunes en las cuadrillas, en las que actúa como medio

no llegaron a aprenderse el nombre de aquellos a los que consideraban compañeros circunstanciales y poco más.

Por lo que respecta a la composición y factores que caracterizaban las camarillas de la mili, no puede decirse que se diesen unas pautas únicas ni genéricas, sino que se daban grupos de muy diversa índole, aunque solían predominar unos modelos sobre otros. Los más usuales eran los configurados en torno a soldados de un mismo reemplazo, aunque en ocasiones se juntasen soldados de diferentes llamamientos debido a razones o factores añadidos, como la procedencia geográfica, o la coincidencia en determinados destinos. Lo normal era que las camarillas se configurasen entre sujetos con ciertas similitudes, como el nivel de estudios, o la procedencia social de sus integrantes, reproduciéndose en muchos casos los modelos de relación propios del contexto civil. Esto lo podemos apreciar en la obra de Arturo Barea (1990) en la que se relatan las peripecias de un soldado que pertenecía a una camarilla compuesta básicamente por intelectuales. Pero, también se daban relaciones entre sujetos de muy diferente procedencia y formación. Constituían grupos “extraños” que difícilmente se daban en el contexto civil. Como ejemplo de este otro modelo citaría el relato de Antonio Muñoz Molina (1995) quien refiere las relaciones de un grupo de camaradas en el que se mezclaba sujetos con un elevado nivel cultural y social con otros de estratos sociales bajos, y sin estudios.

Los sujetos buscaban un soporte emocional en sus compañeros, pero a la vez se buscaba una relación de carácter práctico. Como ser social, el soldado necesitaba de otros para superar mejor sus dificultades, y desde un punto de vista pragmático no dudaba en apoyarse y agruparse con aquellos que estuviesen dispuestos a compartir y participar de tales necesidades e intenciones. Todos eran conscientes de que les resultaría más llevadero el trance de la mili si lo hacían con el apoyo de sus iguales, cuanto más cuando se sentían aislados y distantes de su mundo previo, y percibían a los demás miembros de la milicia como potenciales agresores o represores, lo que se refería tanto a los mandos, como a los soldados más veteranos.

---

aglutinador. Estas costumbres las analizan también Cuco i Giner (1994: 387-405).

Una vez más recurriré a la fotografía para mostrar algunas de esas relaciones entre camaradas, pues resultaba uno de los motivos más frecuentes de éstas, y ocupan un lugar especial en la memoria de los sujetos. Estas fotografías que recogen a los grupos informales contrastan claramente con las que se hacían con todos los miembros de la unidad a la que pertenecían, que poseían un carácter más formal. Muestro algunas fotografías que gentilmente me han cedido algunos familiares y conocidos.



Grupo de camaradas con los aperos de comer en un campamento de instrucción en el campo.



Grupo de camaradas celebrando una jugra nocturna en los dormitorios de su compañía (finales años 90).



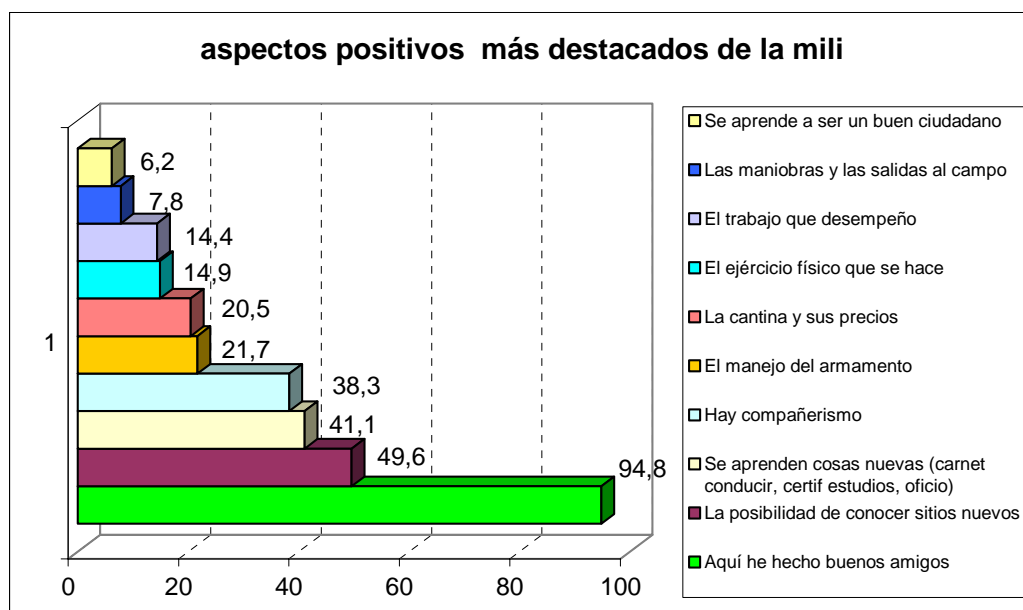
Fotografías de amigos de la mili.

He preguntado a los que me facilitaron estas fotografías si reconocían a los que aparecían y todos se acordaron sin excepción, alegando que eran sus amigos de la mili, a pesar de que fueron tomadas hace bastantes años.

Respecto a la particularidad de la amistad surgida en la mili ya he señalado anteriormente que era claramente diferenciada del compañerismo militar por los soldados. En el trabajo varias veces citado del Equipo de Relaciones Humanas (1987), se constata fácilmente este hecho, pues al considerar cuales habían sido los aspectos más positivos de la experiencia de la mili para los soldados, “el hacer amigos” destacaba respecto a todos los demás aspectos, así lo consideraba un (94,8%) de los encuestados.

En esta investigación se refiere de manera expresa el valor del compañerismo, que era valorado cómo una factor importante por un número notablemente inferior, sólo lo destacaba un (38,3%) de los entrevistados, lo que evidencia la existencia de una percepción diferenciada entre la amistad, y éste valor castrense.

Reproduzco un gráfico extraído del trabajo donde se observa este hecho.



Fuente trabajo, Problemática psicosocial de la adaptación del soldado en el Ejército, Madrid, 1987.

Añado a continuación la tabla completa en la que se recogen todos los aspectos tratados.

ASPECTO CONSIDERADO	%
Aquí he hecho buenos amigos	94,8
La posibilidad de conocer sitios nuevos	49,6
Se aprenden cosas nuevas (carné conducir, estudios, oficio)	41,1
Hay compañerismo	38,3
El manejo del armamento	21,7
La cantina y sus precios	20,5
El ejercicio físico que se hace	14,9
El trabajo que desempeño	14,4
Las maniobras y las salidas al campo	7,8
Se aprende a ser un buen ciudadano	6,2
Las clases teóricas son interesantes	3,6
Los servicios se reparten apropiadamente	3,6
Nos preparan bien para ser soldados	3,4
Las instalaciones	3,4
La higiene y limpieza	3,2
Dan suficientes permisos	3
La comida es buena	2,7
La instrucción que recibimos es la adecuada	2,3
El trato de los mandos (desde Sgto.)	1,8
Hay mucho orden y organización	1,1

*Tabla resumen de los datos analizados como positivos en el estudio de la Problemática psico-social de la adaptación del soldado en el Ejército, Madrid, 1987.*

De acuerdo a los datos, parece lógico aceptar que lo único negativo del licenciamiento, -presuponiendo que pudiese considerarse que hubiese algo malo en ello-, era la separación de los amigos. Pero, quedaba compensado por la alegría que suponía la licencia, predominando las manifestaciones de alegría y júbilo por abandonar el mundo militar. El fin de la mili significaba también la separación de los grupos

institucionales, pero con estos no se poseía el mismo tipo de vinculación, ni, en caso de existir, el mismo apego sentimental, pues no eran de la misma índole ni naturaleza que el de los grupos de camaradas. Este ha sido constatado en algunos estudios, como el anterior, y yo mismo lo he podido hecho lo he podido confirmar en mi trabajo con la tropa, me limitaré a aportar algún testimonio a modo de ejemplo:

- *El lado positivo de la mili, o uno al menos de ellos, es la amistad que se entabla con los compañeros, supongo que proviene de que todos estamos en las mismas condiciones y nos vincula a todos, el hecho de no conocer a los demás, ni la vida militar, el miedo inicial, los problemas comunes.*

- *Lo mejor son los momentos con las personas como tu, con las que te llevas bien porque se dice que los amigos de la mili son para siempre, con ellos pasas ratos buenos y malos, siempre están juntos y te sirven para desahogarte.*

- *La mili es buena por la convivencia de compañeros que tienen que pasar lo que yo.*

- *Si tuviese que señalar algo bueno de la mili sería únicamente la amistad en que se vive en tu grupo.*

- *Lo mejor es que te hechas buenos colegas que no los olvidas en la vida.*

Estas manifestaciones responden a sujetos concretos, y a casos aislados, pero puedo asegurar que se trata de uno de los aspectos y valoraciones que más he oído en boca de múltiples soldados de reemplazo a lo largo de mi vida militar. Resulta relevante la manera en que los propios soldados acaban asumiendo algunos de los principios que le habían sido transmitidos de una forma u otra en la institución militar. Las declaraciones que he reproducido anteriormente corresponden a soldados que estaban todavía en filas, pero ya daban por hecho algunos de los "tópicos" establecidos, como el de que "los amigos de la mili eran para toda la vida". Tal principio ha jugado un papel importante en el universo simbólico de los iniciados en el rito de la mili, en los que parece calar el lazo simbólico de una especial relación de hermandad, fruto de un vínculo que se asume cómo profundo y vitalicio. La eficacia del rito, por lo que a este aspecto se refiere, ha tenido plena vigencia mientras ha durado el servicio militar obligatorio.

No obstante, algunos soldados me han hecho declaraciones más reflexivas en las que exponían "los peros" de tan relativa ventaja. Un soldado era especialmente claro al respecto al confesarme que: *Una cosa cierta es que te sientes unido a los compañeros de camareta de una manera especial y que fuera de la mili no se siente; sí bien es verdad que esta "sensación" no compensa el hecho de perder 9 meses de tu vida en el cuartel obedeciendo a los mandos.*

## **6.6- Del sexo y del genero: El sexo y los soldados / el sexo de los soldados.**

En párrafos anteriores he hecho alguna referencia a la importancia que adquirirían para el joven soldado determinadas pautas y conductas relacionadas con el sexo, el consumo de alcohol, de tabaco, y de drogas, que guardan relación con la cultura civil, y con la propia cultura militar. Sin embargo, la especificidad de la mili, el contexto especial en que se desarrollaba esa etapa, la particularidad de los grupos que se constituían, la juventud de sus miembros, y la particular manera de vivir durante ese tiempo, otorgaban una especial dimensión a estos elementos, que estaban mediatizados por la vida y la cultura militar, haciendo que afectaran a los sujetos de distinta manera, o en distinta intensidad a como lo haría en un contexto cotidiano. Esto se evidenciaba más en un plano cognitivo y simbólico que en el plano físico de tales prácticas, como veremos en las siguientes observaciones. Un primer referente de cómo eran afectados estos aspectos por la milicia lo podemos apreciar en el estereotipo que representa al militar, y por extensión al soldado, como a un personaje mujeriego, bebedor y pendenciero.

Por oposición al uso de los atributos masculinos para señalar las cualidades del buen soldado, resultaba normal que se usasen calificativos despectivos con connotaciones sexuales para con aquellos que se declaraban objetores de conciencia, o para con los que decían ser pacifistas, a los que se calificaba como maricas y afeminados.

El uso de expresiones y calificativos de carácter sexual, como expresiones cuarteleras del tipo; “vete a tomar por el culo”, “te voy a meter un rabo”, o “te voy a follar”, eran muy usuales para con aquellos que mostraban poco carácter o poco espíritu militar. Stanley Brandes (1991:121-123), hace una reflexión interesante al respecto en un capítulo que titula; *La amenaza de la penetración anal, "a tomar por el culo"*.

En el orden categórico castrense resultaba especialmente humillante, pues les atribuía cualidades, y roles de mujer, pero sin desposeerles de su condición de hombres. En este sentido son también interesantes los planteamientos de Stanley Brandes, (1991:127-134).

Estas expresiones también eran utilizadas por los veteranos para atribuir un rol y condición de inferioridad a los reclutas. Lo que señalaban con canciones y poemillas:

*Peludo si te rebotas  
Metete en el cuarto oscuro.  
Que a mí me darán la blanca  
Y a ti te darán por el culo.*



En la composición se aprecia como el veterano se recrea ante su licencia restregándosela al novato, señalándole cómo, cuando él se vaya, seguirá sufriendo y siendo humillado, lo que se señala con la expresión “le darán por el culo”.

A pesar del uso reiterado de tales expresiones, la homosexualidad ha sido considerada un tema tabú en el mundo militar. Diferentes artículos de revistas, novelas y prensa aportan información al respecto. En algunos se señala los problemas y tensiones a las que se han visto sometidos mandos y soldados homosexuales. Un artículo de la Revista Tiempo de 14 noviembre, 1995, titulado *Militares homosexuales cuentan el drama de su vida clandestina*, puede servir de ejemplo sobre ese hecho.

Aparte de las consideraciones referidas sobre la presencia de homosexuales en los cuarteles, cabría tratar la homosexualidad como hecho simbólico, para lo que considero que el trabajo de G. Herdt (1992:246) resulta muy apropiado. Herdt trata la homosexualidad concebida en una cultura distinta a la nuestra, analizándola como un entramado simbólico, sus consideraciones pueden ser extrapoladas a la cultura militar. En la página 246 hace la siguiente consideración:

*“La ideología sexual masculina define tanto el juego homoerótico como el heteroerótico como transacciones en las que el varón mayor es siempre el inseminador. Nunca están permitidas las inversiones situacionales de papeles. El varón mayor es visto como la parte socialmente activa que debe controlar los intercambios de comportamiento que conducen a la inseminación. El control de un hombre sobre los contactos sexuales está establecido por las normas sociales que regulan las condiciones del comportamiento de la relación sexual. Los hombres son físicamente más grandes que los muchachos y que la mayoría de las mujeres. [...] Los hombres también suelen ser años mayores que sus insertados, ya sean muchachos o mujeres. [...] Una vez más estas interacciones se definen como asimétricas: las mujeres y los muchachos obtienen semen, los hombres placer erótico. La mayoría de los hombres no están (conscientemente) interesados en la excitación erótica ni de los muchachos ni de las mujeres, por lo que las transacciones sexuales enfatizan la excitación sexual del insertador.”*

Las consideraciones de lo dicho se pueden extrapolar a la experiencia de los jóvenes que se incorporan a los cuarteles. En este caso, el papel del varón mayor correspondería al “abuelo”, al soldado veterano que recibía al “bicho” como si fuese una muchacha o un joven carente de virilidad y masculinidad. Esta circunstancia se manifestaba a través del juego simbólico de someter al novato a vejaciones sexuales, a insultos y alusiones sobre su falta de masculinidad. La novela de Luis Coll (1994) en el capítulo que titula “las noches” da unas claves sobre este particular, al señalar; *¿Cuando os vais a enterar de una vez que aquí nadie tiene cojones?. Aquí los hombreritos son nenas con culitos de mantequilla.*

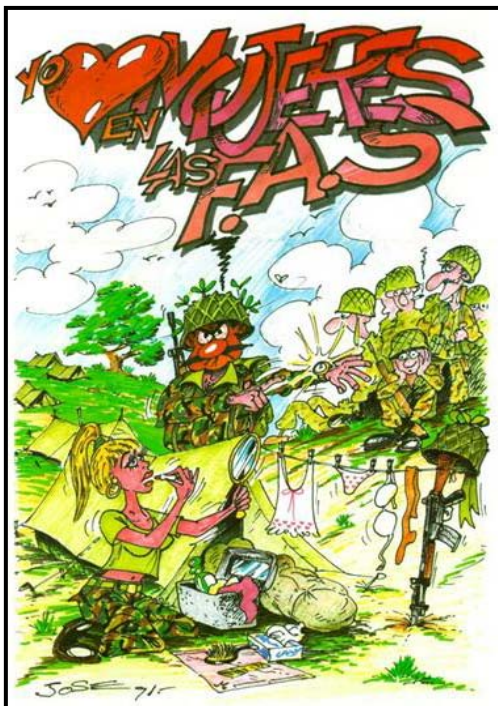
La cuestión es que la anulación de la virilidad a la que era sometido el recluta por parte de los mandos y por los veteranos reproducía el esquema anterior, según el cual el papel de inseminador, o insertador correspondía al “mayor” de la relación, y el de inseminado, insertado o iniciado correspondía al “menor” de la relación. A través de esa inseminación simbólica se transmitía la masculinidad y la condición de adulto al joven inseminado, insertado, iniciado. Hay que señalar que en las relaciones entre mandos y tropa, el papel de “insertador” siempre correspondía al mando, y al soldado el de “insertado”.

El carácter simbólico de lo dicho se puede apreciar en el hecho de que tal esquema cognitivo se han realizado sin ningún problema moral, ético, ni cognoscitivo, de forma que las expresiones señaladas: *te voy a follar*; *te voy a meter un rabo*; *te voy a meter un cuerno*; *te voy a dar por el culo*, etc., utilizadas para indicar o amenazar con un arresto a quien iban dirigidas, no eran asociadas realmente con la condición homosexual de quien la emitía, ni de quien la recibía. Pero la incorporación de la mujer a principios de los noventa hizo aflorar algunos problemas relacionados con el uso de tales expresiones. Los comentarios de un militar aparecidos en un artículo del diario El País semanal<sup>229</sup>, resumen muy bien algunos de los problemas y contradicciones a los que me refiero. En él se hace referencia a los cambios lingüísticos entre los mandos, y en el uso de las expresiones señaladas, denotando con ello su repercusión, por el contenido simbólico que tal cambio lingüístico apuntaba.

En todo caso, la presencia de la mujer en las FAS, al menos al principio, estuvo imbuida de un particular halo en el que se la seguía percibiendo desde los referentes tradicionales. La siguiente caricatura puede ilustrar este echo.

---

<sup>229</sup> **Mujeres militares, la última trinchera**, El País semanal, J. Rodríguez, 19 de abril de 1998, pp. 49-50: *En lo que muchos oficiales varones coinciden es en el brusco cambio que ha experimentado el vocabulario del ejército en estos años de presencia femenina. Un comandante de aviación lo explica así: No nos ha quedado más narices: no puedes decir a una mujer que la vas a meter un cuerno o a una camareta de chicas que te las vas a follar o que le echen cojones. Nos hemos civilizado. Por contra, ellas dicen que su lenguaje se ha vuelto barriobajero. “Al final vamos a terminar hablando de lo mismo que ellos: de tías y de fútbol.*



*Caricatura realizada en el año 1991, titulada "presencia de la mujer en las FAS".*

Lo que antes actuaba como un mecanismo de refuerzo y de socialización, y era usado con toda naturalidad en un plano simbólico, se vio cuestionado por la incorporación de la mujer, pues su uso para con ésta adquiriría unos significados y dimensión distintos, ya que en lugar de masculinizar a la mujer la situaba como símbolo de deseo y compañera sexual. Los cambios en el diálogo respondían también al hecho de que el varón no aceptase la figura femenina como a un igual en toda su dimensión, pues la consideraba más “delicada” por lo que asumía que debía adoptar una manera de hablar “más civilizada” delante ellas.

Estas contradicciones se debían a la aceptación inconsciente de los mandos de un entramado cultural que podríamos calificar de hiper-masculino, como refiere G. Herdt (1992). Este pensamiento se estructuraba de acuerdo al binomio, follador/follado, que se identifica con las categorías; hombre/mujer, adulto/adolescente, veterano/novato, enseñante/aprendiz, mando/tropa.

Por otra parte, son muchos los tópicos y contradicciones que se pueden encontrar en la historia de nuestro ejército respecto al sexo. Así, por ejemplo, el carácter religioso que caracterizaba el mundo militar de una época, se contrarrestaba con el carácter libertino y mujeriego que solía atribuirse al militar de esa misma época, sin que tal hecho resultase contradictorio para muchos militares. Las reflexiones de Dan Sperber (1988:123) pueden resultar bastante ilustrativas para comprender este hecho. Sperber plantea cómo para un nativo del pueblo “dorze” no existe una contradicción entre el hecho de que un leopardo sea cristiano y que, sin embargo, se coma una de sus reses, o la mate en los días de ayuno. De modo similar, para el militar no resultaba contradictorio el que en el ejército se fomentase el culto cristiano y a la vez se adoptasen posturas permisivas para con las pulsiones sexuales del soldado, por muy pecaminosa que fuese considerada tal realización.

En todo caso, debemos señalar que existían variaciones respecto a los hábitos y

costumbres de la tropa para con el tema sexual, que se han visto influidas por aspectos coyunturales y procesos históricos. La ubicación de las unidades y sus características, podían influir en los sujetos, a lo que habría que añadir las condiciones en las que se prestaba el servicio militar y los hábitos previos de los jóvenes que se incorporan a filas. Unos se incorporaban ya iniciados en el sexo, pero también existían los que tenían carencias al respecto, siendo éstos a quienes más afectaría este aspecto.

Además, habría que tener en cuenta la edad de los soldados y las costumbres de cada momento y lugar sobre la iniciación y prácticas sexuales que regían en cada época. Al respecto señalaría el cambio cualitativo que supuso el que la edad del servicio militar pasase de los veintiún años a dieciocho. En todo caso, las circunstancias en las que se encontraba inmerso el joven durante la mili estaban marcadas por la separación de su entorno, el aislamiento, la abstinencia sexual, el control, y la carencia de intimidad, unido todo ello al hecho de estar integrado en grupos de jóvenes varones, lo que afectaba el desarrollo sexual marcado por la fogosidad propia de su juventud.

Todo ello, hacía que emergiese en la cultura cuartelera una leyenda en torno al uso de sustancias para reprimir y controlar ese polvorín de sensaciones y contradicciones, que auguraban, en la mente de muchos mandos y en los guardianes de la moral y la ética militar, un desenlace indeseado, en el que cabían todo tipo de vicios y desenfrenos. En tal creencia aparece como medida institucional el uso de sustancias anafrodisíacas como el bromuro, del que se pensaba que se añadía en la comida de la tropa como elemento de “apaciguamiento” de las necesidades de la carne de los vigorosos y “salidos” soldados. Ciertamente, existe la creencia generalizada entre los varones de distintas generaciones de que se les suministraba con regularidad durante la mili. No obstante, tal creencia estaba basada en una mera sospecha, y formaba parte de las muchas leyendas de la mili, pero que carecen de fundamento. Esto no quita para que en situaciones muy extremas, y en lugares muy especiales haya podido utilizarse algún producto de tales características, pero, en todo caso, ha constituido la excepción y no la regla. Sobre el mismo se han articulado todo tipo de comentarios por parte de la tropa, algunos de los cuales se plasman a modo de chiste, como la definición que se le daba al bromuro: *“la sustancia que ponen en los alimentos en la mili para que al ver la cara de un sargento no te excites”*.

El interés de los jóvenes que hacían la mili por el sexo lo podemos encontrar en los escasos lugares donde podían guardar algún material relacionado con el mismo, en cuyo caso se evidenciaban muchas de las contradicciones que tal hecho les producía. Como

ya he señalado en otro punto, uno de los pocos lugares en los que podían hacerlo eran sus taquillas<sup>230</sup>. En estos solían plasmar referentes que indicaban sus carencias y deseos, a través de imágenes en las que la mujer era la protagonista indiscutible. Se encontraban revistas eróticas y pornográficas, todo tipo de calendarios, posters, etc., que señalaban los gustos más ocultos de sus propietarios, y sus carencias en dicho campo.

Desde otro punto de vista hay que señalar que la sexualidad de la tropa ha preocupado siempre a los altos mandos militares, y a los representantes religiosos de las FAS, consolidados en la figura del páter. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en un documento firmado por el Vicario General Castrense, Arzobispo de Sión (1961:127), *Devocionario del soldado*, elaborado como guía ética y espiritual para la tropa, que en el se señalaba al soldado que debía tratar a las mujeres de forma respetuosa y dominar sus pasiones, cómo muestra de hombría y de moral cristiana, y por su condición militar.

Otro aspecto de la mili y el sexo, residía en el hecho de que muchos jóvenes se han iniciado en las relaciones sexuales con prostitutas durante la mili. Esto se debía a que en algunos contextos y épocas se asociaba el carácter de iniciación de la mili conjuntamente con la iniciación sexual.

La presencia de lugares de alterne de dudosa reputación en las proximidades de los cuarteles es referida en la literatura sobre la vida del soldado. Citaré tan sólo un texto, el del comandante Lázaro Argiles (1962), que señala las consecuencias del recurso a las mujeres de mala reputación. En un apartado dedicado a las enfermedades venéreas refiere cómo la blenorrea era denominada “gota militar”. También ofrece consejos para evitar infecciones; *deberán tomarse medidas, la evitación de contactos sexuales con mujeres prostitutas de baja condición, tales como las que rondan por cuarteles, etc.*

La importancia otorgada a las enfermedades de transmisión sexual en las FAS, está recogida en la historia de los ejércitos, y se debía a las bajas que éstas producían, mermando significativamente la disponibilidad y capacidad de las unidades. De hecho, la preocupación por este aspecto resulta evidente en los acuartelamientos y entre los mandos, lo que se puede constatar por la presencia de carteles y motivos en los que se indican los riesgos de tales prácticas y la manera de evitarlos, siendo el uso de condones el consejo más extendido. Como dato curioso de este hecho señalaría los carteles de propaganda realizados durante la guerra civil española en los que se advertía de los

---

<sup>230</sup> Como muestra de lo dicho remito a las fotografías que añado al principio del trabajo, donde dedico unos párrafos a

peligros de las enfermedades venéreas, consideradas tan peligrosas como las balas enemigas. En el refranero referido a temas militares también se recoge este hecho:

- *¿Sabes qué General ha ganado mas batallas?, La Chata.*
- *Más hombres mata la bragueta que la guerra.*

Como ejemplo de trabajos en los que los mandos abordaban el tema de las relaciones entre los soldados y las mujeres no puedo evitar citar un folleto realizado por el ya citado Muinelo Alarcon (1967 b) donde incide en el buen trato y en el respeto que éstos debían mostrar hacía ellas, para lo que señalaba a las novias, hermanas y madres como referentes. Otro ejemplo que podría servirnos para constatar el carácter machista, que caracteriza el mundo militar, podría ser la forma en que sus miembros trataban las relaciones con las mujeres, especialmente cuando aparecen connotaciones de carácter sexual. Así, si un militar era “sorprendido”, o “se dejaba sorprender”, en algún lío de faldas, ello era motivo de comentarios por parte de sus allegados. Estos actuaban normalmente elogiándole, y adoptando una cierta complicidad, pues el que uno de los miembros de su grupo consiguiese “victorias” en el campo del amor, era motivo de satisfacción y grandeza para todos sus componentes. Estas andanzas adquirirían un cariz destacado cuando los protagonistas eran soldados de reemplazo, pues dada su condición de jóvenes e inmaduros, sus aventuras amorosas eran motivo de charla entre los compañeros, pero también interesaban a sus mandos directos que, con actitudes paternalistas participaban de los éxitos de sus “ahijados” del cuartel. Estas correrías eran utilizadas frecuentemente por los soldados como pretexto para justificar el llegar tarde a la lista de diana, o de retreta, al ser conscientes de que el alegar un ligue, o un escarceo, podrían hacer que el mando no les sancionase, o, disminuyese el castigo.

Respecto al modo en que los soldados de reemplazo estructuraban la mili como un hecho vital en cuyos estadios se alcanzaba un determinado nivel de madurez, lo podemos apreciar en el modo en que estos otorgaban un valor simbólico a la sexualidad estableciendo una correlación entre ésta y el grado de veteranía. En la subcultura cuartelera se establecía que el soldado novato no poseía la condición sexual propia de un hombre adulto, incluso se le desposeía de su condición varonil, atribuyéndole roles femeninos, como hemos visto. Pero, a medida que iba adquiriendo veteranía y

---

analizar como organizaban y adornaban sus taquillas y lugares de vida los soldados.

accediendo a los status de padre, abuelo, bisabuelo, iba adquiriendo una serie de derechos y atribuciones, que poseían una identificación con atributos masculinos al uso, entre los que destacaban el acceso a la sexualidad, y a otros rasgos de madurez, como el consumo de tabaco y alcohol.

La correlación de la veteranía con el sexo se puede observar en muchas producciones cuarteleras, como canciones y frases hechas, pero volveré a referir algunos ejemplos gráficos como he venido haciendo sistemáticamente. En este caso referiré dos de los calendarios que presento en el apartado posterior en el trato el tema del sexo, pues considero que tiene entidad suficiente para ser analizado con mayor detenimiento. Por ello remito al citado apartado para ver las ilustraciones y las explicaciones sobre la correlación que he señalado entre la sexualidad y la veteranía. Los casos que refiero son el calendario realizado a modo de programa informático, que sus autores denominaban “Asfixia”, y el calendario que muestra los días que faltan distribuidos sobre una muchacha cuyo número final -el (1)- se dibuja en su sexo, -ambos están en el apartado posterior, referido a los usos y costumbres de la tropa ante la licencia-.

Para cerrar este apartado quisiera destacar el carácter contradictorio con que tradicionalmente se solía tratar el tema del sexo en la cultura castrense. Pues, a la vez que se impulsaban y ensalzaban los atributos y signos masculinos y de virilidad como referentes de la hombría y la valentía, se solía mostrar muy puritana en las referencias sexuales de sus miembros. Así, el soldado aparecía como “todo un hombre”, al que se instruía para matar, pero a la vez era desposeído del hecho sexual que constituye un signo claro de hombría. Esto respondía a aspectos ya tratados, como el hecho de que la imagen del hombre militar que propugnaban los altos mandos estaba amparada en ideales como la austeridad y los valores supremos, pero que no se correspondía con la imagen que tenían los miembros de la tropa, y los militares de graduaciones inferiores, sobre el ser soldado, donde la sexualidad estaba vinculada a su condición humana.

En la película de Coppola (1979) *Apocalypse Now*, Marlón Brando en el papel del coronel Kurtz, hace una curiosa reflexión ante el capitán Willard que refleja esa contradicción señalando:

*Entrenamos jóvenes para hacer fuego sobre la gente, pero sus jefes no les dejan poner “joder” sobre los aviones porque es una obscenidad.*

## **6.7- El consumo de alcohol, tabaco, y otras sustancias en el mundo cuartelero.**

Ciertamente no podemos considerar estos productos de manera indistinta, puesto que mientras que el alcohol y el tabaco, han sido considerados productos de consumo habitual, y poseían gran arraigo y aceptación en la sociedad y en la milicia, por el contrario las drogas denominadas “duras”, eran consideradas perniciosas y estaban perseguidas.

Hay que señalar que en la cultura militar, y en la subcultura cuartelera se han dado pautas similares a las que regían el consumo de estos productos en la sociedad civil. Eran concebidos como signos de madurez, y poseían una significación dentro de las señas de identidad que tradicionalmente han marcado la hombría de los varones de nuestro país.

Pero en las fuerzas armadas existían aspectos diferenciales para con la sociedad civil, respecto al consumo de estos productos, algunos de los cuales estribaban únicamente en la intensidad con la que se ensalzaban o utilizaban los significados que se le atribuían en la cultura civil. Destacaría que dentro del mundo militar se establecían diferencias entre la tropa de reemplazo y los mandos respecto a los tres elementos referidos, pero éstas eran más marcadas al tratar las drogas duras. Los mandos se mostraban reacios y contrarios a su consumo por diferentes factores, destacando el hecho de que por su propia condición de mandos debían obediencia y respeto a las normas institucionales, que penalizaban su uso.

Algunas de las conclusiones de una investigación dirigida por Ingraham (1984: xv) sobre el consumo de drogas y alcohol por los soldados norteamericanos señalaban algunos de estos aspectos, entre los que destacaría las siguientes apreciaciones: *tales conductas no debían ser consideradas como conductas desviadas, pero estaban íntimamente entrelazadas con los problemas de afiliación y la vida en el cuartel [...]*. También destacaría su observación referida a como el consumo de estupefacientes por los soldados actuaba como una fórmula de manifestar su antimilitarismo y actitud de rechazo frente al ejército. *El uso de drogas fue la metáfora que rigió para expresar el soldado raso los sentimientos antiejército*. Esta observación era aplicable en el caso de nuestros soldados, en especial en determinados momentos de nuestra reciente historia.

Por otra parte, la preocupación por el consumo de drogas y alcohol dentro de las FAS queda manifiesta en las medidas establecidas para prever y erradicar su consumo. Una



muestra de tal preocupación la evidencia la institucionalización de determinados planes de acción, como el programa PYCODE (Plan de Prevención y Control de la Droga en el Ejército) cuyo objetivo esencial era la prevención en el consumo de drogas por la tropa. En este plan se establecían actividades para la prevención y formación del personal respecto al tema de las drogas. También contemplaba mecanismos para la detección del consumo, y la clasificación y seguimiento de los consumidores, y su corrección mediante medidas sancionadoras y de apoyo sanitario.

Además de lo dicho, existía una directiva que establecía que se diesen charlas informativas sobre el tema del consumo de drogas a todos los soldados. Se daban dos charlas por reemplazo, la primera en el primer mes de su incorporación, y la segunda en fechas próximas al licenciamiento. La primera servía para señalar al recluta que las pautas que regían el consumo de drogas en el cuartel no eran las mismas que las de la vida civil, siendo advertido sobre las posibles sanciones que pudieran conllevar su consumo. Por lo que durante los primeros días se moderaba el mismo.

Otro signo que denota la importancia que se daba a estos hechos se puede constatar en el denominado Plan de Calidad de Vida de la Tropa, en el que se dedica especial atención al consumo de drogas. Tal preocupación estaba fundamentada en el hecho de que existía conciencia de que el consumo de estupefacientes era una práctica habitual entre la tropa. En esto jugaba un papel destacado la condición juvenil de los soldados, y las costumbres al uso de estos en el entorno civil. Aunque algunas pautas se veían condicionadas por los grupos que se formaban en los cuarteles, como veremos.

Un papel fundamental que jugaban estas sustancias en los sujetos era que les permitía desvincularse de la realidad, con lo que el consumo de drogas, y en especial de alcohol -por su accesibilidad y tolerancia-, permitía evadirse de su situación, a la vez que les servía para manifestar su rechazo hacía el ejército. Este aspecto queda recogido en algunos dichos como los siguientes; “tanques sí, pero de cerveza”, “salud, anarquía, y un canuto cada día”, “menos guardias, más hachís”, “di no a las drogas, que quedan pokas y somos muchos”, que se planteaban las conversaciones y pintadas de soldados.

El consumo de alcohol y tabaco ha gozado tradicionalmente de plena aceptación en las FAS, cómo sucedía en la sociedad civil, donde eran utilizados como signos de madurez y hombría. Una muestra de cómo se extrapolaban las valoraciones civiles al contexto cuartelero lo podemos observar en el hecho de que algunas revistas militares contemplaban con naturalidad anuncios de bebidas alcohólicas que enfatizaban la hombría de quién las consumía. Un ejemplo lo podemos observar en el número 49

(mayo - junio 1968) de la revista de la BRIPAC Boina Negra, en la que aparecía un anuncio del brandy Soberano, que reproduzco. En la parte derecha aparece un paracaidista, por lo que se establece un vínculo entre el producto anunciado y la hombría.

En el plano festivo y ritual, la presencia del alcohol resultaba evidente. Así, las juras de bandera, los festejos de las patronas, y los actos relevantes, solían finalizar con un “vino español”, acto de comensalidad en el que se realiza un brindis, -por su Majestad el Rey, y por España-.

Fuera de los actos formales, la presencia del alcohol alcanzaba un nivel destacado en los festejos circunscritos a las patronas, o a determinadas conmemoraciones específicas de las armas o unidades. En estas prácticas se producían circunstancias similares a las que se daban en los festejos populares de nuestros pueblos y ciudades, donde el alcohol jugaba un papel importante. Por ello, lo normal era que se comiese y bebiese en un ambiente distendido, donde las diferencias y distancias entre mandos y tropa se difuminaban.

Varios soldados me han relatado como en esas circunstancias existía un descontrol en el consumo de alcohol, y nadie se metía con nadie. La única exigencia de los mandos era que a la mañana siguiente todo el mundo estuviese en pie a la hora de diana, y estar “despiertos” en la formación, ¡como si nada de lo sucedido hubiese pasado!.

El propósito de tal proceder era el de hermanar durante ese momento, (momento atemporal, festivo, irreal, no cotidiano) a todas las partes, enmascarando la realidad, pues al día siguiente, después de la resaca, todo volvía a la normalidad y volvía a poner a cada uno en su lugar, como si nada hubiese pasado. David Riches (1988) refiere este aspecto al analizar los rituales en los que tiene presencia el consumo de alcohol.

La tolerancia para con el estado de ebriedad de los sujetos, estaba adscrita a las circunstancias señaladas, pues fuera de ellas, y como sucede en la cultura civil, el sujeto alcohólico estaba mal visto, y era repudiado. Esto responde a la lógica de que el consumo de alcohol se vincula a la virilidad y a la madurez, pero siempre que se sea capaz de controlar sus efectos, es decir beber lo más posible, pero sin llegar a emborracharse, o ser capaces de controlar dicho consumo en el sentido de emborracharse únicamente cuando la situación lo permite. De no ser así, el



emborracharse se interpreta como una carencia de hombría. Arturo Barea (1990: 72) lo confirma en el código español de las relaciones.

En el mismo sentido, debo decir que en la milicia existía una clara aceptación del consumo de alcohol, pero en grupo, es decir el beber con los demás, en comensalidad, con los compañeros y camaradas. Por contra, el bebedor solitario no estaba bien visto, como tampoco lo estaba en la sociedad en general. Lo referido anteriormente, también está dentro de la lógica que señala Lisón Tolosana (1983: 151), de forma que resulta comprensible el que en circunstancias especiales salten al escenario festivo: *variopintas formaciones de nosotros/vosotros/ellos obedeciendo a criterios formales fundamentalmente dicotómicos* apoyados en la comensalidad, o como dirían algunos jóvenes, en la “bebensalidad”. En este sentido resulta lógica la estructura fundamental del “nosotros” como grupo de militares de una misma unidad, arma o cuerpo, frente al “vosotros” y al “ellos”, siendo el “vosotros” los militares de otras unidades, armas o cuerpos, y el “ellos” haría referencia a los civiles.

El alcohol también era utilizado dentro del ambiente festivo como elemento de distinción entre algunas armas y unidades, que incluso poseen fórmulas a modo de brindis para ensalzar esa distinción. Estos brindis refieren algunos tópicos de la cultura cuartelera relacionados con la mujer, el alcohol, y la pelea, resaltando una particular concepción de la hombría. Sirvan como ejemplo un brindis del arma de caballería.

*¿Estamos todos ? .....Estamos*  
*Como quien somos.....Bebemos*  
*A las mujeres.....Amamos*  
*Con los hombres.....Nos batimos*  
*Antes que nos conociéramos.....Bebíamos*  
*Ahora que nos conocemos.....Bebemos*  
*Pues bebamos hasta que no nos conozcamos.*

*El que bebe.....Se Emborracha*  
*El que se emborracha.....Duerme*  
*El que duerme.....No peca*  
*El que no peca.....Va al cielo*  
*Puesto que al cielo vamos.....Bebamos*

*Dios en su inmensa bondad*  
*siempre borrachos nos tiene*  
*será porque nos conviene.....Hagamos su voluntad.*

*¡Viva la Caballería!.....Viva*  
*Arriba, Abajo, al Centro y.....A dentro.*

He mostrado como ejemplo el brindis de caballería, pero existen diferentes modalidades adaptadas a otras armas o unidades especiales, como sería el caso del brindis Legionario<sup>231</sup>, que posee una estructura muy similar a la anterior.

Sendos brindis presentan a la figura de “Dios” como mediador en la práctica de beber, y muestran la embriaguez de manera divertida, incluso como una fórmula para “no pecar”, quedando así relegada tal actitud a un mal menor.

Como remate para confirmar la manera en que algunos mandos han tolerado el consumo de alcohol en nuestro ejército, citare a dos autores militares, aunque con posturas aparentemente contrapuestas, sobre este hecho.

Por respetar el orden cronológico, empezare por el trabajo del capitán Muinelo (1967 c: 31-33). Este oficial, que en su día fuera modelo ideal del oficial de nuestro ejército: austero, religioso y caballero, relata de manera transigente y entrañable las peripecias de un personaje al que califica como un hombre con cualidades de líder, por lo que acaba disculpando y aceptando como banal su única debilidad, que le confería precisamente el mote que llevaba con absoluta honra y orgullo, el mote era el de “cabo Terry”, debido, a su afición al brandy español de esa marca. Otro ejemplo, es el del coronel de caballería Sousa (1999:31, 30, 33, 50, 60, 79), quien entre sus anécdotas militares incluye algunas relacionadas con el consumo de alcohol, tratándolas de manera desenfadada y divertida.

Pero independientemente de las vinculaciones existentes entre el alcohol en la sociedad civil y en la militar, existían algunas diferencias. Una de las más destacadas estribaba en el uso de estos productos como medios para mitigar las tensiones del combate. Keegan (1990:356-357), hace referencias concretas sobre alcohol y otras drogas, como elementos inhibidores de los reflejos de autoprotección, por lo que fueron utilizadas de forma habitual en los distintos frentes. Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego (2000:29) refieren esta práctica en la Guerra Civil Española.

También ha sido utilizado para combatir las inclemencias del tiempo. Así, ha sido una practica habitual en nuestro ejército hasta hace relativamente poco, el dispensar a los que estaban de servicio con alguna botella de brandy, -aunque su distribución estaba controlada por el mando responsable del servicio-.

Por otra parte, la tropa hacía referencias al alcohol para señalar su contraposición para con los valores militares, la siguiente caricatura muestra un ejemplo de ello.

---

<sup>231</sup> Existen al menos dos modalidades de brindis legionario recogidos por Montes Ramos, (2001:135).



*Reproducción de la caricatura usada como motivo de representación de la 7ª cía del UIR de Cáceres del 2º reemplazo de 1998. Era el motivo utilizado en la parte delantera de una camiseta que hicieron como recuerdo de su paso por dicho campamento.*

Corresponde al motivo utilizado para adornar la camiseta de un soldado que realizó su instrucción básica en el CIMOV de Cáceres en el año 1998. Representa varios de los signos de identidad utilizados por los soldados, para representarse a sí mismos, como son la llave colgada al cuello, y las botas con un tamaño desproporcionado.

La representación caricaturesca sirve como elemento de mofa contra las normas

castrenses, pues representa al soldado con el fusil y en perfecta posición de firmes, pero dibujado con una serie de atributos y aspectos que ridiculizan la “marcialidad” y la disciplina de tal postura.

Por un lado el soldado es dibujado con una notable barriga, que denota el hábito al consumo desmesurado de alcohol, especialmente cerveza. A la vez porta en la cabeza un curioso artilugio, a modo de portabotes, que le permite beber a través de una paja mientras realiza la instrucción, señalando que ambas acciones son compatibles. De algún modo, parece mostrar que los reclutas eran instruidos también en el consumo de alcohol. A ello hay que unir el hecho de que en lugar de la cantimplora reglamentaria se ha dibujado una bota de vino, dando un toque más rocambolesco al conjunto. El título que encabeza el dibujo incide aún más en la mofa, pues le atribuye la condición de “soldado de elite” que, por su aspecto podría servir perfectamente como muestra de un antihéroe, o anti-soldado.

El hecho de que los propios soldados decidiesen representarse como bebedores empedernidos en el periodo de instrucción, parece señalar cómo percibían su realidad cotidiana, que durante esa etapa se resumían en hacer instrucción y consumir alcohol. Algo que respondía en cierta medida a la realidad, pues durante el periodo de instrucción los reclutas pasaban la mayor parte de su tiempo haciendo instrucción durante las horas lectivas, y durante las horas de ocio en el hogar del soldado bebiendo y charlando con los colegas. Ambas actividades se complementaban en el imaginario del soldado. Hacían instrucción para aprender a desfilar y a ser soldado, y bebían para olvidarse de la instrucción y de que eran soldados.

Como dato complementario destacaría el detalle de que el dibujo muestre un condón en la bocacha apaga llamas del cetme, que era utilizado para proteger el ánima del agua y del polvo. El propio soldado que me facilitó el dibujo, me advirtió sobre el particular que con ello pretendían señalar como durante ese tiempo los condones sólo tenían la utilidad señalada, pues “no se comían una rosca”.

Respecto al consumo de tabaco, podría decirse que ocurría algo similar a lo que sucedía con el consumo de alcohol. También servía como signo de su madurez y hombría. Pero, una de sus funciones más destacadas era la de contribuir a establecer y fortalecer los lazos de unión entre compañeros, actuando como un facilitador en las relaciones interpersonales.

El tabaco También ha servido para diluir tensiones, pues parece demostrado que el “tener algo entre las manos” aporta al sujeto una sensación relajante. Son muchas las

películas, novelas, y textos en los que se refiere como los jóvenes, y no sólo estos, adquirirían la costumbre de fumar en el ejército. Lo que es remarcado en algunas películas bélicas. Además de actuar como un elemento de relación, podía adquirir un importante valor de cambio. En la Guerra Civil Española los contendientes llegaban a intercambiar papel y el tabaco, pues los nacionales estaban servidos de tabaco, pero no de papel, mientras que los republicanos disponían de papel, pero carecían de tabaco, hecho que recogen Bullon y Alvaro (2000), y también es representado de manera irónica en la película de Berlanga (1985) *La vaquilla*.

El hábito de fumar estaba tan arraigado que se consideraba aceptable parar cualquier actividad, incluida la instrucción, para “echar un cigarrillo”. Este descanso tenía la duración del consumo del cigarrillo y con él acababa. De forma que si pasaba un mando y veía a la unidad fumando normalmente no decía nada, pero si estaban “sin fumar”, entonces consideraban que el grupo se estaba escaqueando por lo que ordenaban seguir la instrucción o la actividad correspondiente, al final todos acababan fumando.

Pero para el soldado de reemplazo, el fumar podía tener también algunas connotaciones negativas, como fumar estando de guardia, o saludar con un pitillo en la boca, pues ello podía suponerle un arresto.

La tropa utilizaba el consumo de tabaco y alcohol como referente de veteranía, como hacía con el sexo, así, representaban al novato como un sujeto inmaduro y sin derecho a consumir estas sustancias, en todo caso, le asignaban la función de proveer de las mismas a los veteranos, que “fumaban y bebían de gorra”, como he señalado en otros puntos. En el capítulo en el que trato el tema de los carnés y calendarios presento algunos ejemplos gráficos que representan lo señalado.

Respecto a cómo evolucionaban las pautas de consumo de las sustancias señaladas, existen varias versiones. Los discursos oficiales suelen apuntar que tales prácticas estaban condicionadas por aspectos externos al hecho del servicio militar. Se solía señalar que el consumidor de drogas, o de alcohol, normalmente ya lo era antes de ingresar en el ejército. También se solía señalar que tales prácticas entre los soldados se correspondían a las que se daban en la calle en grupos de similar edad y condición. Aunque también existían estudios internos y discursos institucionales que reconocían el incremento del consumo entre los soldados, y aceptaban que la experiencia de la mili podía incidir en ese hecho.

Las posturas adoptadas por parte de grupos y sectores no militares, como la Oficina

del Defensor del Soldado (ODS) se mostraban mucho más radicales en sus conclusiones. Esta organización elaboró un informe en 1991 donde destacaba entre las causas que provocaban la mayoría de las alteraciones psíquicas en los soldados aspectos como: la ruptura con el ambiente previo, la inclusión en un sistema jerárquico con más deberes que derechos y con grandes limitaciones en la capacidad de decisión personal. Y el hecho de que el servicio militar se realiza en una de las etapas más conflictivas y problemáticas de la evolución psicológica del individuo, el periodo de los 18 a los 20 años. Por lo que concluía que los trastornos producidos por estos factores provocaban, según el informe:

*El espectacular incremento en el consumo de alcohol cuando el soldado se incorpora a filas, así como el consumo de todo tipo de drogas, y en casos más extremos, las autolesiones y muchos de los suicidios, que eventualmente se pueden considerar como conductas de evitación.*

Considero que ambas posturas poseen una cierta validez, pues en el fondo no son antagónicas. Personalmente considero que en los primeros días de la mili el recluta reprimía algunos de sus hábitos, como el consumo de drogas, debido al temor que le inculcaban los mandos. No obstante, cuando adquirían cierta confianza con el entorno, el consumo de drogas y de alcohol volvía a encauzarse. Por otra parte debo señalar que los hábitos de consumo de alcohol entre los soldados de reemplazo se asemejaban al de los jóvenes de su misma edad, en cada momento, así en los tiempos finales de la mili solían consumir cerveza y combinados, pero solían hacerlo durante los fines de semana en determinados locales, como discotecas y pubs, como hacían los demás jóvenes.

No obstante, considero que algunos factores y circunstancias de la vida cuartelera afectaban dicho consumo, favoreciendo que algunos sujetos se iniciasen, y en otros que se incrementase. Esto afectaba especialmente a los sujetos que no disponían de pase pernocta, o vivían lejos de sus hogares, o los que por cualquier circunstancia pasaban la mayor parte del tiempo en los cuarteles. Sobre ellos recaía de manera especial la rutina de la vida cuartelera, los tiempos muertos, el hastío de las tardes ociosas, la tensión de la vida militar, unido a la influencia de algunos sujetos, y la vida en grupo de iguales, que acababa haciendo que los soldados pasasen las tardes en las cantinas<sup>232</sup> de la unidad, o en los bares de los alrededores. Un informante, que realizó la mili entre los años 1996-

---

<sup>232</sup> De hecho, las cantinas y sus precios eran consideradas como una de las ventajas de la mili, por lo que solían ser valoradas de forma positiva dentro de la experiencia de la mili, como veremos más adelante.



97 en Colmenar Viejo me decía al respecto: *Todos los días transcurren igual excepto algún que otro Jueves, ya que el viernes es el día en el que él que puede se va de pase de fin de semana a casa, en el cual salimos en masa de la Base a la hora de paseo, para divertirnos un rato en el pueblo. Solemos ir al “Viva España” una cafetería en la que se suelen reunir gran cantidad de soldados de reemplazo intentando olvidar la vida en la Base, y donde el consumo de alcohol de todo tipo es lo normal, aunque depende en parte del dinero de que se disponga. Algunos compañeros pillaban un piso y en ocasiones se montaban fiestas, o reuniones donde nos divertíamos y se consumía alcohol y algunos porros.*

El control sobre el consumo de drogas hacía que los soldados buscasen medios para no ser pillados, algunos me confesaban que la mejor manera de evitarlo era la de portarlas siempre encima con ellos, y en cuanto a los lugares para consumirla solían preferir grandes extensiones como: pistas de entrenamientos, zonas de campos, o instalaciones deportivas. Respecto a las instalaciones resultaban preferibles las zonas de gran confluencia de personal, o salas de proyección, y dependencias poco frecuentadas por los mandos en determinados momentos, como los almacenes de vestuario, las cocinas en las horas de recoger o limpiar, las lavanderías, etc. La droga más consumida era el hachís, pues favorecía el consumo en grupo y resultaba difícil de detectar, tanto el producto como sus síntomas. Varios soldados me han declarado cómo en su unidad consumían este tipo de drogas con regularidad, refiriendo el “buen rollo” que producía entre los colegas.

En todo caso, y además de las pautas ordinarias señaladas, podemos decir que el consumo de alcohol y drogas sufría un notable incremento según pasaban los meses. Lo que sucedía tanto en las cantidades ingeridas, como en el número de consumidores, y la frecuencia con que se consumían. La veteranía, y la consolidación de los grupos favorecían este hecho. Pero el mayor consumo se producía en momentos concretos y relevantes para la tropa, como el previo a la jura de bandera, pues requería un festejo adecuado. Pero, sin duda, el periodo de mayor consumo y desenfreno era el previo a la licencia, la toma de conciencia de la proximidad del licenciamiento ofrecía los estímulos necesarios para dar rienda suelta a sus deseos y empezar a festejarlo sin tapujos. La culminación del consumo desaforado llegaba en los días previos a la licencia, y raro era el día que no aparecían en las formaciones nocturnas soldados con síntomas de haber bebido y fumado en exceso.

A estas celebraciones las denominaban *La loka*, pues realmente se trataba de eso, de

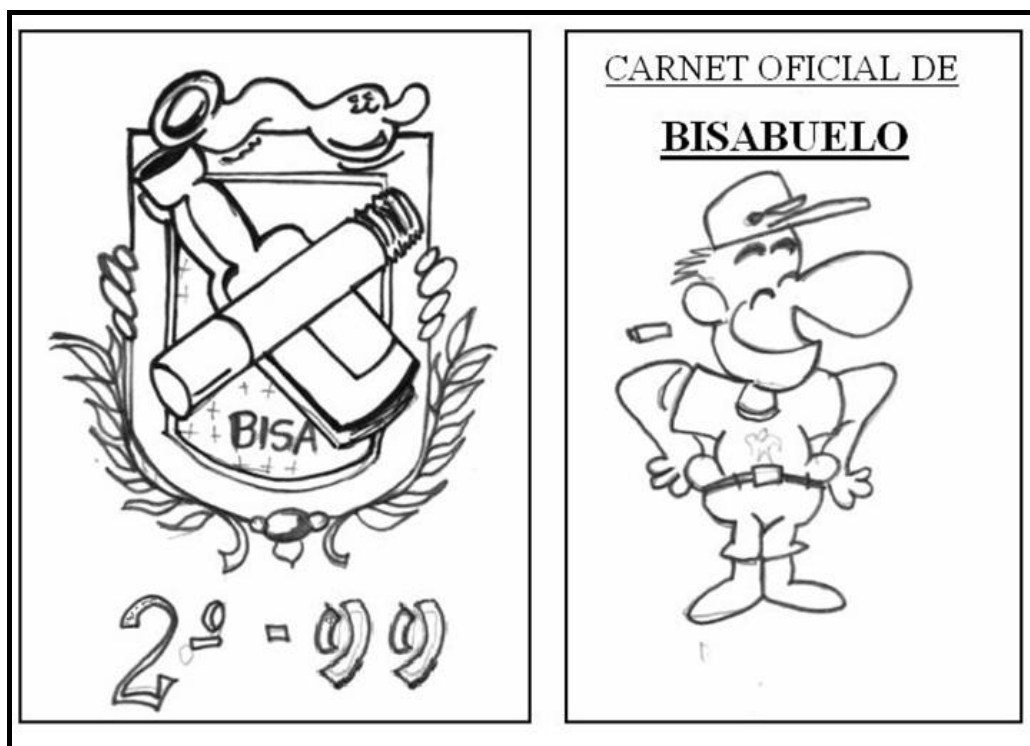
pasar unos momentos locos, sin normas y sin limitaciones, que normalmente culminaban en la salida del grupo de camaradas durante una noche en la que el alcohol era consumido sin medida. Con estas celebraciones se simbolizaba el momento de tránsito, la despedida y ruptura con el pasado que se había caracterizado precisamente por todo lo contrario, por el control, la supervisión, las normas, la rutina, etc.

Respecto al consumo de alcohol en las unidades debo señalar que en los últimos años se ha producido un cambio significativo, pasándose de una actitud tolerante y permisiva para a una restricción generalizada. Este cambio se produjo a mediados de los noventa como consecuencia del suceso conocido como “caso Miravete”<sup>233</sup> que trascendió a la sociedad y despertó una gran polémica social y política sobre la práctica de consumir alcohol en los cuarteles, y con el manejo de armas. En junio de 1994 se estableció la restricción en el consumo de alcohol de más de trece grados en las instalaciones militares. La prohibición del consumo de alcohol de una determinada graduación representa el dilema al que se enfrentaron las autoridades militares ante tales hechos, pues debían tomar medidas al respecto, pero a la vez no podían contravenir de manera tajante las tradiciones militares. La medida tomada, permitía mayor control sobre los malos hábitos, a la vez que no recriminaba, ni impedía que se consumiese alcohol en las comidas, ni en las celebraciones militares, donde juega un papel importante. Inicialmente estas normas sólo afectaban a la tropa de reemplazo, y hasta los años 1998 y 1999 no se hizo extensiva a todos los militares.

Además de lo dicho, quisiera recalcar que, al igual que los temas del sexo, el consumo de drogas, alcohol, y tabaco, adquiriría un significado especial en la subcultura de la tropa, estos referentes son una constante en sus producciones iconográficas, y en sus dichos y canciones, lo que refleja como estaban intrínsecamente unidos a la vida cuartelera. La siguiente caricatura constituye un ejemplo de ello.

---

<sup>233</sup> Referido a un caso en el que el sargento Miravete mató a un cabo en una unidad de Jaca estando bebido.



*Parte frontal de un carné de bisabuelo del segundo reemplazo de 1999, en el que se aprecian referentes del alcohol, el tabaco, y el sexo, como símbolos de hombría y veteranía.*

Un aspecto destacado de la caricatura reside en la composición de la izquierda que simula un blasón similar a los utilizados como distintivos por las unidades militares, con lo que se parodia tal práctica y la simbología castrense. De manera que el escudo de armas del soldado de reemplazo se erige como poco beligerante, y en lugar de armas o motivos guerreros recurre a símbolos propios del placer y del ocio; un cigarrillo -o canuto-, una botella, y un preservativo. Corroborando el eslogan antimilitarista que propugnaba la práctica del sexo, y el consumo de drogas como rechazo a la milicia.

## **VII) - LA SALIDA DEL MUNDO MILITAR.**

### ***7.1- El licenciamiento: <<y se acabo>>.***

Uno de los efectos que producía el servicio militar en la mayor parte de los jóvenes era el que tomaran una nueva conciencia sobre el paso del tiempo. Éste adquiría una nueva dimensión, y un nuevo tempo, y todos acababan obsesionándose por el mismo. Ello era debido a la manera en que la subcultura cuartelera lo categorizaba y modulaba, pues la mayor parte de la estructura simbólica de dicha subcultura giraba en torno al tiempo, pero considerado como un tiempo especial, un tiempo “dentro del tiempo”, o al margen del tiempo, como vimos en capítulos anteriores.

Un hecho que incidía en el cambio respecto a la percepción del tiempo en aquellos que hacían la mili era la obsesión por el horario y por la puntualidad de la cultura militar. Ello hacía que el joven otorgase una nueva dimensión, e incluso un nuevo significado a este hecho, pues hasta su incorporación a filas el incumplimiento del horario solía conllevarle un rapapolvo o algún castigo acorde con tal falta. Pero en el ejército el incumplimiento del horario, el llegar unos minutos, o incluso unos segundos tarde a una formación, o el acudir a ésta de forma relajada, conllevaba castigos y sanciones mucho más duras.

En este sentido, se puede afirmar que el soldado vivía sometido y obsesionado con los ritmos que marcaba “el reloj militar”, pues señalaba el principio y el fin de la mayoría de las actividades y acciones que regían la vida militar. Para ello se recurría a los toques de corneta. El toque de diana marcaba el inicio de la jornada militar, y la mayor parte de las actividades más destacadas de la vida cuartelera también eran marcadas con el toque correspondiente, como los de: rancho, asamblea, salida, retreta, silencio, etc.

Dentro de la ordenación temporal de la vida del soldado, el momento de la licencia, que señalaba el final de la mili, se constituía en el punto de referencia por excelencia. De hecho, toda la ordenación y estructura de la vida del soldado giraba alrededor de este momento. Los diferentes roles y estadios de la mili estaban configurados en función de la proximidad y acercamiento a este momento. Y los acontecimientos más destacados de la vida del soldado de reemplazo también solían estar relacionados con este hecho. Algunos pensaban en la licencia desde el mismo momento en que entraban en el cuartel por primera vez, -otros lo hacían antes de incorporarse-.

Pero incluso aquellos que no manifestaban un interés especial por el tiempo, acababan

haciéndolo. Un artículo de Jesús Sánchez Tena aparecido en el diario El Siglo, del 16 de marzo de 1994 señala este hecho: *“Quería sentirme útil”. Apuntó sus guardias en el forro de la gorra tachándolas de cinco en cinco. Nunca antes se había preocupado por los calendarios. Nunca antes había sentido obsesión por quemar etapas o por que se pasaran los días cuanto antes.*

El servicio militar jugaba un papel importante en el proceso de socialización de los jóvenes, aunque sólo fuese por el hecho de inculcar en el sujeto la toma de conciencia de que la vida en sociedad de los sujetos adultos se regía por una dimensión temporal diferente a la que poseía con anterioridad, despertando en el joven el valor del tiempo.

De hecho, una característica de la adolescencia es la de vivir despreocupados del tiempo, el joven suele vivir al día, sin preocuparse demasiado por el mañana. Sin embargo, en la mili se adquiría una percepción totalmente distinta del tiempo, y la preocupación por el “mañana”, objetivado en el día de la licencia pasaba a ser una constante en la vida del soldado. Entre las prioridades del soldado estaban el buscar un destino cómodo, hacer el mínimo número de servicios, escaquearse de las tareas ingratas, conseguir salir del cuartel todas las veces que pudiese, pero por encima de todas ellas estaba la obsesión por el licenciamiento, pues lo demás estaba supeditado a su estancia en la mili, y el licenciamiento conllevaba la desaparición de todas esas inquietudes.

Esto siempre me ha hecho pensar que la mili tenía mucho que ver con la tradicional cultura española de la “picaresca” muy arraigada en el mundo cotidiano de la época anterior a la democracia, que se ha ido desmantelando poco a poco desde la “Transición” hasta hoy. Sin duda, podemos afirmar que existe cierto paralelismo entre ciertos valores sociales y lo que se desarrollaba en la vida cuartelera, de forma que al dejar de ser válida la picaresca en la vida civil (al ser rechazada como valor democrático), deja de ser útil el servicio militar obligatorio, en tanto que modelador de actitudes “pícaras” como las del escaqueo y el buscarse la vida, que ya no son válidos en el nuevo entramado social ni en el nuevo modelo de ejército.

La licencia acababa constituyéndose en el referente fundamental del sistema simbólico de la subcultura cuartelera, pues su proximidad, o lejanía regía la ordenación de la vida y de las relaciones de cada sujeto con los demás. Por ello resulta comprensible que la mayoría de los soldados mostrasen cierta inquietud y ansiedad según se acercaba el momento de la licencia, algo que para algunos llegaba a constituir una obsesión. Los veteranos se pasaban los dos o tres meses previos a la licencia contando las semanas, los días, e incluso las horas.

En las relaciones entre novatos y veteranos también se manifestaba esta obsesión. En ocasiones tomaba forma de novatada, como la que me relataba un soldado madrileño consistente en que los veteranos preguntaban a cualquier novato sobre el tiempo de mili que les restabas, de forma que si no acertaba era castigado con tantos capones como días se hubiesen desviado de la fecha estimada por el veterano.

La obsesión por la licencia aparece como una constante en la historia del servicio militar, como podemos corroborar en la tesis de Del Moral y Pérez Aloe, Manuel, (1909: 141-142) que señala: *[...] cuyo pensamiento desde que entra en el cuartel, no hace otra cosa que contar los meses, los días y hasta las horas que le quedan de martirio hasta que llega el momento ansiado de obtener la licencia y volver al pueblo.*

A lo largo del trabajo he referido algunas consideraciones de los soldados sobre la categoría temporal y sus valoraciones durante la mili, por lo que sólo añadiré alguna que considero de interés. Para empezar reproduzco parte de un artículo de una revista del SERRES de la Escuela de Alta Montaña de Jaca cuyo autor era un soldado. Recoge sus valoraciones y algunas recomendaciones respecto al ingreso y la despedida de la mili.

*Y SE ACABÓ.*

*Todo empezó el 16 de Mayo de 1.996, cuando alcanzamos las puertas de la EMMOE; en ese momento comenzamos una etapa de nuestra vida que nos cambiaría.*

*Al llegar, el primer día entras asustado y nervioso, sin saber lo que te esperaba. Pronto te das cuenta. De que la mili no se parece en nada a lo que uno se imagina antes de venir. El primer mes es, sin duda el más duro. Apenas tienes tiempo para pensar, ya que pasas todo el tiempo entre el orden cerrado, las charlas teóricas, el ejercicio físico, las marchas, etc. Te acabas adaptando a una forma de vida totalmente diferente. Lo mejor de este mes es la mejora notable de la forma física.*

*El mes de NIR culmina con la Jura de Bandera. Es, en ese momento, en el que demuestras a tus familiares y amigos lo que te han enseñado tras un mes de instrucción. Tras el permiso de Jura viene la entrada a compañía. En ese momento todo cambia. Llevas un ritmo más calmado; la comodidad de las camaretas es mucho mayor y las taquillas son mucho más grandes. Aún así los primeros días también vas algo más despistado. Vienes del Permiso de Jura, en el que te desconectas mucho de la mili y crees que ya ha acabado. Aún así, cuando te estableces y conoces a tus compañeros de camareta todo vuelve a coger un ritmo habitual.*

*Cuando llegas a tu dependencia todo es nuevo para ti, pero pronto te familiarizas con todo y haces nuevas amistades; tus “wisas” te enseñan el manejo de todo y digamos que te van encomendando sus “tareas diarias” para que te familiarices y no te aburras. Después vas viendo como se van tus compañeros, y sin darte cuenta te toca el turno a ti.*

*Los amigos son, sin duda, lo mejor que te llevas de la mili. El convivir día a día durante 9 meses, el pasar junto las guardias y los refuerzos, o quedarse juntos los fines de semana crea un tipo de amistad muy especial, que será, sin duda, muy difícil de olvidar: Redacción SERRES 1997.*

Debo señalar que éste texto pertenecía a una revista institucional, por lo que estaban sometidos a una censura y control por parte del mando. Esto se nota en el tono modoso de las apreciaciones y en el cariz de “mentiras piadosas” que nunca responden a posturas críticas, al contrario de lo que solía suceder cuando eran manifestaciones espontáneas o realizadas fuera de los círculos oficiales.

Aunque podría analizar el contenido del texto con detenimiento, prefiero no hacerlo de manera aislada, ya que las consideraciones que me sugiere las iré desarrollando en las próximas páginas junto con otros datos de interés etnográfico que corroboran los aspectos que en el se señalan. Tan sólo destacaré sobre el artículo las palabras que utiliza el autor a modo de encabezamiento que reza, “Y se acabó”, pues constituyen una aseveración que pretende significar el fin de una experiencia, de una vivencia, de una etapa de la vida que se considera ya quemada. También destacaré cómo el autor alude a cómo van transcurriendo los hechos, señalando como la licencia llega casi “sin darse cuenta”. Este punto resulta del todo significativo, pues el fin de la mili, la licencia, era el momento en que el soldado adquiría una clara conciencia de lo que había sido y significado para él el servicio militar. Algunos lo racionalizaban precisamente en ese instante, y hacían una valoración retrospectiva, destacando como su vida militar no había tenido nada que ver con lo que pensaban que iba a ser antes de ingresar en el ejército, ni con lo que había sido durante su experiencia como soldado.

Un soldado del llamamiento de 1997 me hacía la siguiente matización al respecto en el día antes de su licencia: *No es lo mismo lo que se ve fuera que lo que se ve dentro... Todos los montajes que se hacen cuando viene alguien. Esto es una jodida pérdida de tiempo. Todo lo que te decían al principio, lo que te mandan de información antes de incorporarte todo falso. Y la vida en el cuartel pasa como si nada, sin darnos cuenta de lo que sucede a nuestro alrededor, hasta que por fin nos marchamos, “**Todo es falso en la mili**”*<sup>234</sup>.

---

<sup>234</sup> Podemos apreciar en esta observación diferencias respecto a la de la anterior perteneciente a la revista del SERRES, en este caso se trata de un discurso espontáneo y claramente crítico contra el sistema.

Reproduzco otros ejemplos de este tipo de manifestaciones, se trata de unas declaraciones que recogí a finales del año noventa y ocho entre un grupo de soldados a los que solicité que me expresaran de forma sucinta que significaba para ellos la licencia:

- *Pienso en el licenciamiento desde que llegué a la mili; es una cosa de las mejores, aunque también me agradó la jura de bandera.*
- *Pienso en ello desde que llegué, para mí significa la libertad.*
- *Sin duda significa la vida, paso todos los días pensando en ello.*
- *Por fin el momento esperado desde el primer día.*
- *Significa el anhelado "ADIÓS" a lo militar.*
- *Para mí me sugiere el día en el cual recuerdas los mejores momentos y de satisfacción por haber realizado y acabado la mili.*
- *Para mí particularmente supone que se acaba la libertad que te da el vivir por primera vez fuera de tu casa y sin inhibiciones.*

La valoración predominante está vinculada con la libertad y la despedida del mundo militar. Vemos como algunos refieren tal momento como una vuelta a la vida.

Su condición especial, y las referencias a que se trataba de un momento en el que se recordaban las experiencias de la mili y los buenos momentos, también solían ser manifestaciones generalizadas. Algunos se apresuraban a aclarar que dicha bondad era debida precisamente por el hecho de significar el final de tal experiencia. Así, los buenos momentos lo eran por haberlos vivido, pero también porque formaban parte del pasado.

La última declaración resulta particular, pues el servicio militar supuso para muchos jóvenes la primera ocasión en la que salían de sus pueblos u hogares, y les permitía disfrutar de una cierta libertad respecto al control que sobre ellos pudieran ejercer sus allegados y vecinos. No obstante, incluso estos solían anhelar el momento de la licencia.

Para algunos sujetos supuso una liberación especialmente relevante. Tal sería el caso de un informante que había realizado su servicio militar a finales de los años setenta, quien me confesó que la licencia constituyó uno de los eventos más importantes de su vida. Así, me refirió que le produjo una alegría superior a la de haber acabado su carrera universitaria. Pero, lo que más me impactó fue que asemejó tal sensación a la que le produjo el salir de la cárcel, en la que estuvo un tiempo por sus actividades políticas.



### ***7.1-1- De los usos y costumbres de la tropa ante el hecho del licenciamiento.***

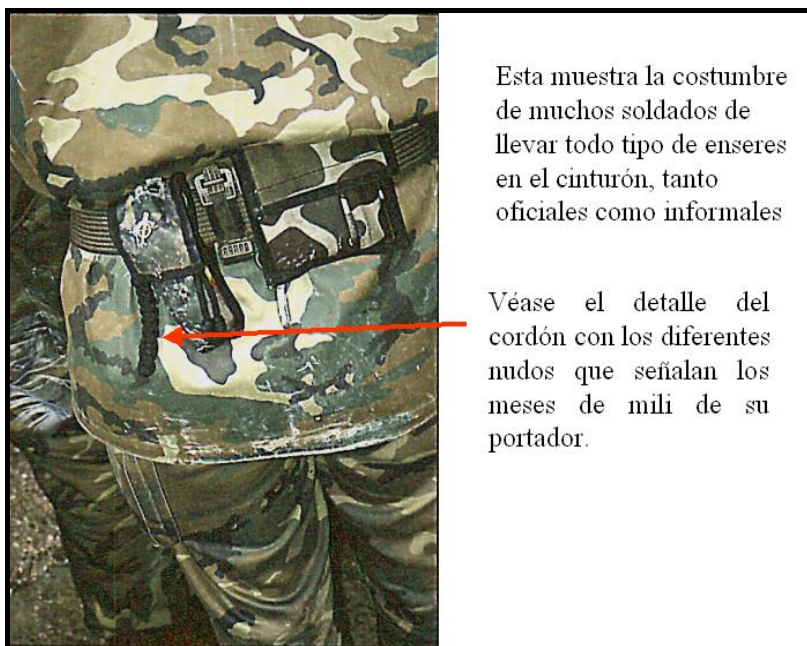
La obsesión del soldado de reemplazo por el paso del tiempo se evidenciaba en una necesidad compulsiva de medirlo, para lo cual confeccionaban unos peculiares calendarios que denominaban de diversa manera, de las que destacaría el calificativo de asfixiómetro.

Algunos ejemplos de estos curiosos documentos se pueden percibir en dibujos, carnés, y fotografías que he aportado en otros apartados. De ellos destacaría la imaginación, y los medios utilizados para su confección. Estos iban desde simples cuadrículas sobre las que tachaban los días, hasta modelos más sofisticados realizados con programas informáticos.

Una modalidad particular, pero muy extendida, era la de señalar los meses que llevaban de mili a través de diferentes procedimientos, como el de realizar marcas en forma de (X), o con círculos por cada mes que llevaban de mili, y que solían pintar en la parte inferior de la visera de la gorra, o su interior, como muestro en las siguientes fotografías.



Otro modo de señalar los meses de mili consistía en hacer nudos en los cordones de las botas, uno por mes, o en un cordón que se colgaban de la hombrera o en el cinturón, como en la siguiente imagen.



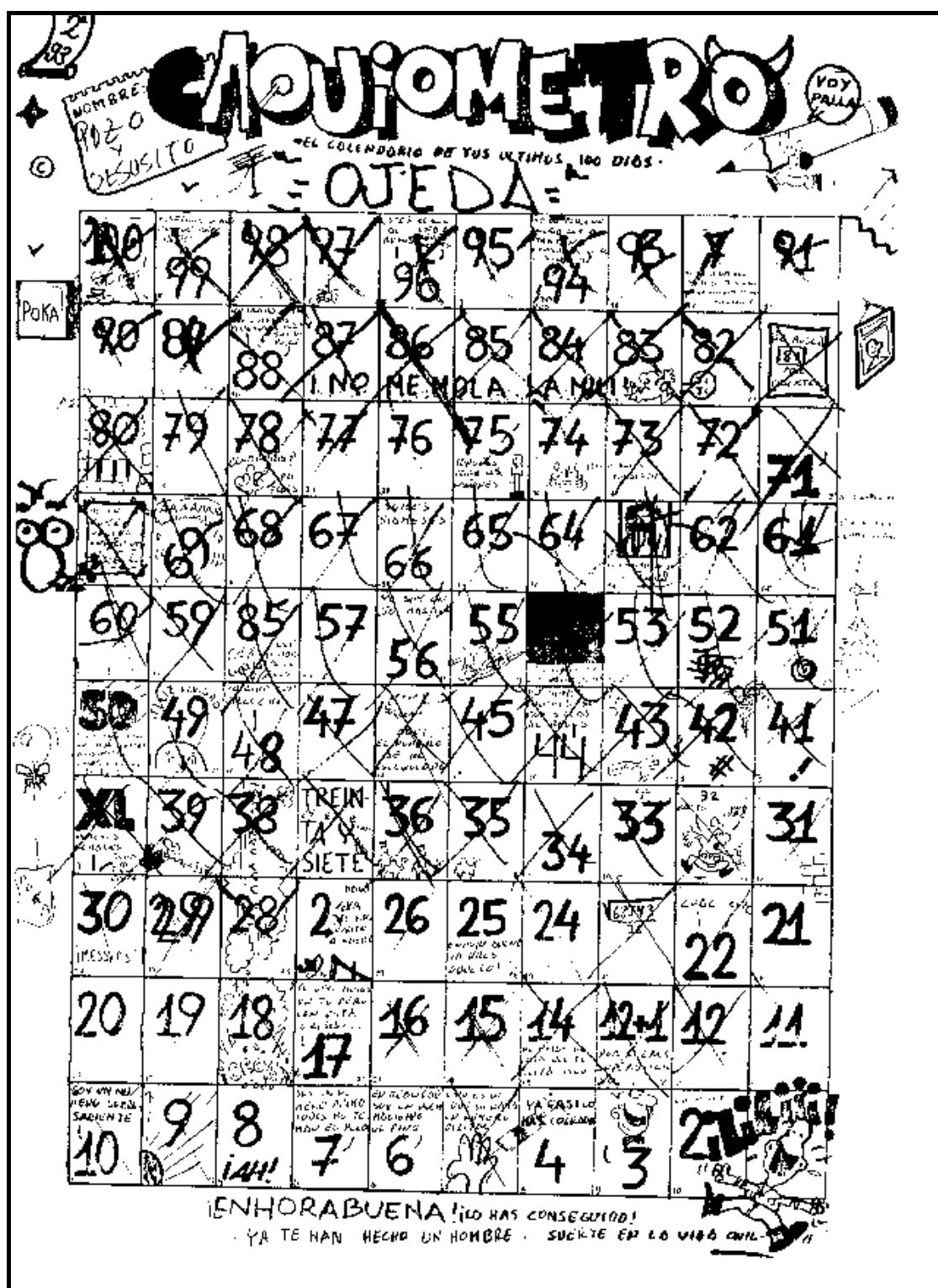
Esta muestra la costumbre de muchos soldados de llevar todo tipo de enseres en el cinturón, tanto oficiales como informales

Véase el detalle del cordón con los diferentes nudos que señalan los meses de mili de su portador.

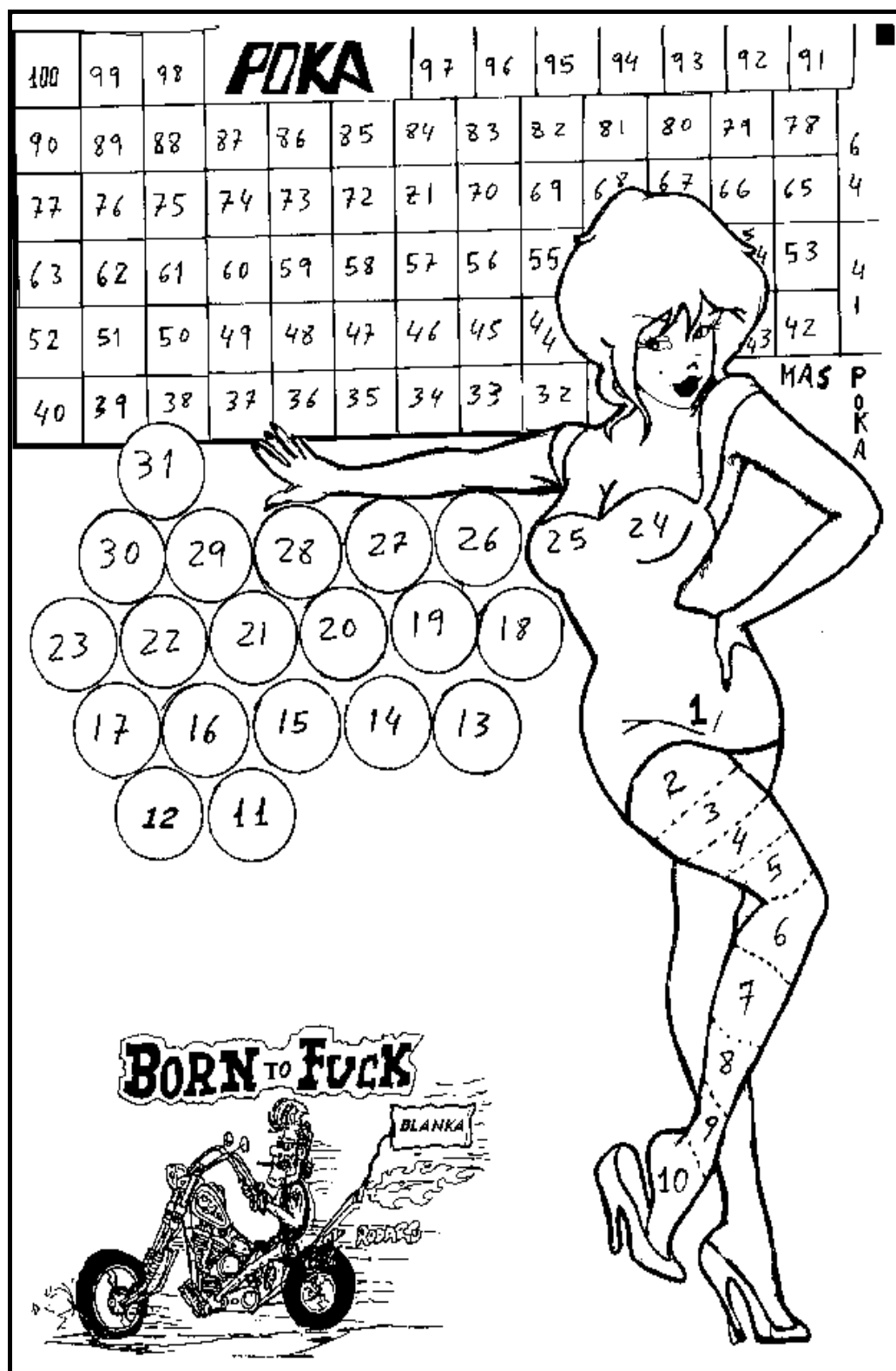
Otra modalidad consistía en hacer marcas con cortes en la suela de las botas. También era usual el recurso de ir “modificando” a través de “mutilaciones” de distintivos de la unidad, -como se aprecia en alguna de las imágenes que presenté cuando traté el tema de los procesos de uniformación, donde hice algunas matizaciones sobre tal costumbre-. Estas marcas indicaban a los demás soldados el grado de veteranía de su portador, por lo que actuaban como las divisas militares, pero dentro de la ordenación jerárquica de la tropa. Normalmente estos signos estaban vinculados al sujeto en cuestión, y por ello lo normal era que los luciera en algún rasgo de su persona, como los señalados. Pero, también era frecuente encontrar algunos lugares comunes donde se dejaban marcas con los meses que llevaba de mili, como garitas, puertas de servicios, etc.

Como he señalado en otros puntos, la licencia culminaba oficialmente el día en el que el soldado atravesaba por última vez el umbral del cuartel vestido de paisano y con la blanca en la mano. Pero el proceso comenzaba el mismo instante en que entraba en el cuartel, aunque la objetivación de esa preocupación, se manifestaba de manera explícita a través de los signos que hemos referido, y en especial a través de la confección de los calendarios o asfixiometros que estamos analizando. Normalmente se confeccionaban en un determinado momento de la mili, que correspondía con la adquisición de la condición de veterano. Ello sucedía cuando le faltaba un tiempo concreto de su mili, que solía constar de 100 días. En tal momento asumían que sólo necesitaban ser pacientes, e ir tachando los días que les quedaban para alcanzar la licencia.

Presento a continuación algunos ejemplos de estos calendarios.



Calendario (caquiometro) basado en un ejemplar de la revista el jueves, dedicado a la “puta mili” aparecido en el número 25 de diciembre de 1992, es uno de los modelos “oficiales” de calendario cuartelero, pues fue elaborado por la revista que pudiéramos considerar de “lectura obligada sobre la vida cuartelera del soldado de reemplazo” en la última década de la mili.



Calendario en el que se muestran algunas de las claves sobre la vinculación entre el tema sexual y la veteranía. El sexo sirve como eje conductor del calendario, representado por una chica.

## NORMAS WISA

- 1.- EL WISA ANARA SU CAMA COMO ASI MISMO
- 2.- EL WISA DESCANSARA DE DIA PARA DORMIR DE NOCHE
- 3.- SI UN WISA VE A OTRO ESCAQUEADO, LE AYUDARA ES DE BUEN COMPANERISMO.
- 4.- SI A UN WISA LE ENTREN GANAS DE TRABAJAR, SE SENTARA BASTA QUE SE LE PASEN.
- 5.- SI UN WISA DUERME EN HORAS DE TRABAJO, SE SUSPENDERA TODA ACTIVIDAD RUIDOSA.
- 6.- SI VES A UN WISA DORMIR, NO LE DESPIERTES, PUEDE ESTAR SOÑANDO CON SU LIBERTAD.
- 7.- EL WISA DEJARA PARA MAÑANA EL TRABAJO QUE PUEDE HACER HOY.

## WISA NUESTRO

WISA NUESTRO QUE ESTAS EN LA CAMA, SANTIFICADOS SEAN TUS MESES, VENGAN A NOSOTROS TUS GUARDIAS, HAGASE TU VOLUNTAD, ASI EN LA COMPAÑIA COMO EN EL BATALLON, EL COLA-CAO DE CADA DIA, DANOSLE HOY, Y PERDONANOS NUESTRAS CARAJAS, ASI COMO NOSOTROS PERDONAMOS TUS PUTADAS, NO NOS DEJES CAER EN EL REBOTE, MAS LIBRANOS DE DESEAR TU BLANCA.

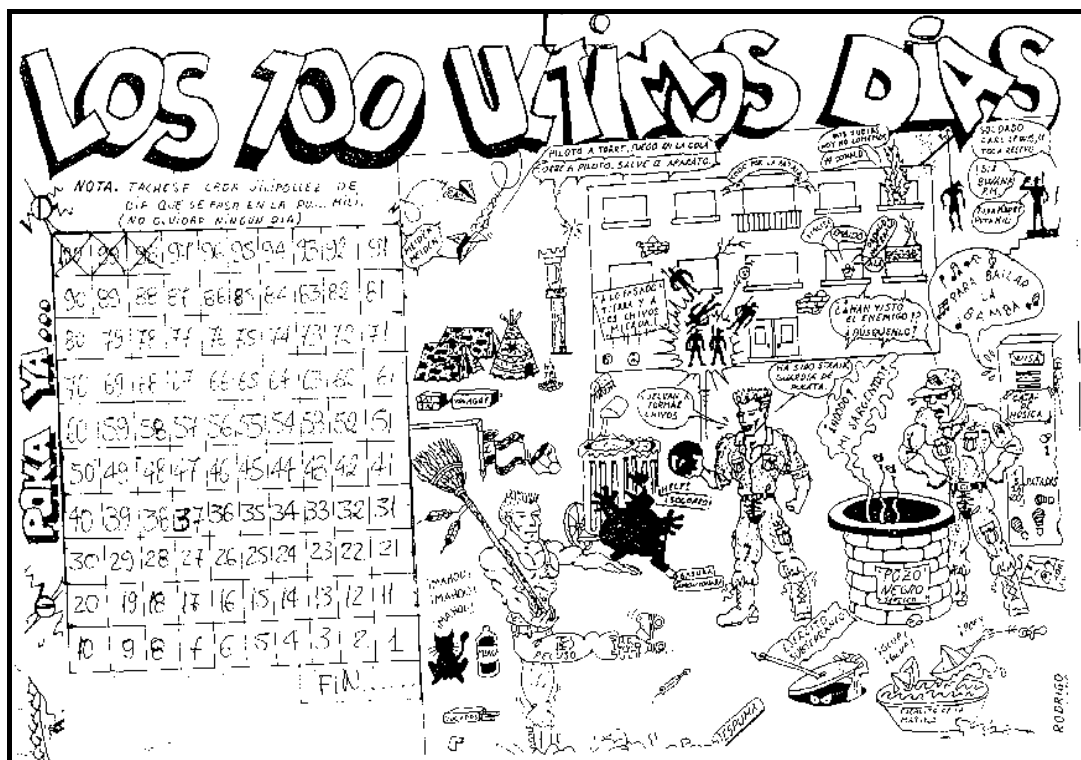
## NASIO PA MATAR

### AXFISIOMETRO

100	98	96	94	92	90	88
86	84	82	80	78	76	74
72	70	68	66	64	62	60
58	56	54	52	50	48	46
44	42	40	38	36	34	32
30	28	26	24	22	20	18
16	14	12	10	8	6	4
2	1	0	A	CA	SI	TA

¡¡POKA Y LA!!  
LOCA!!

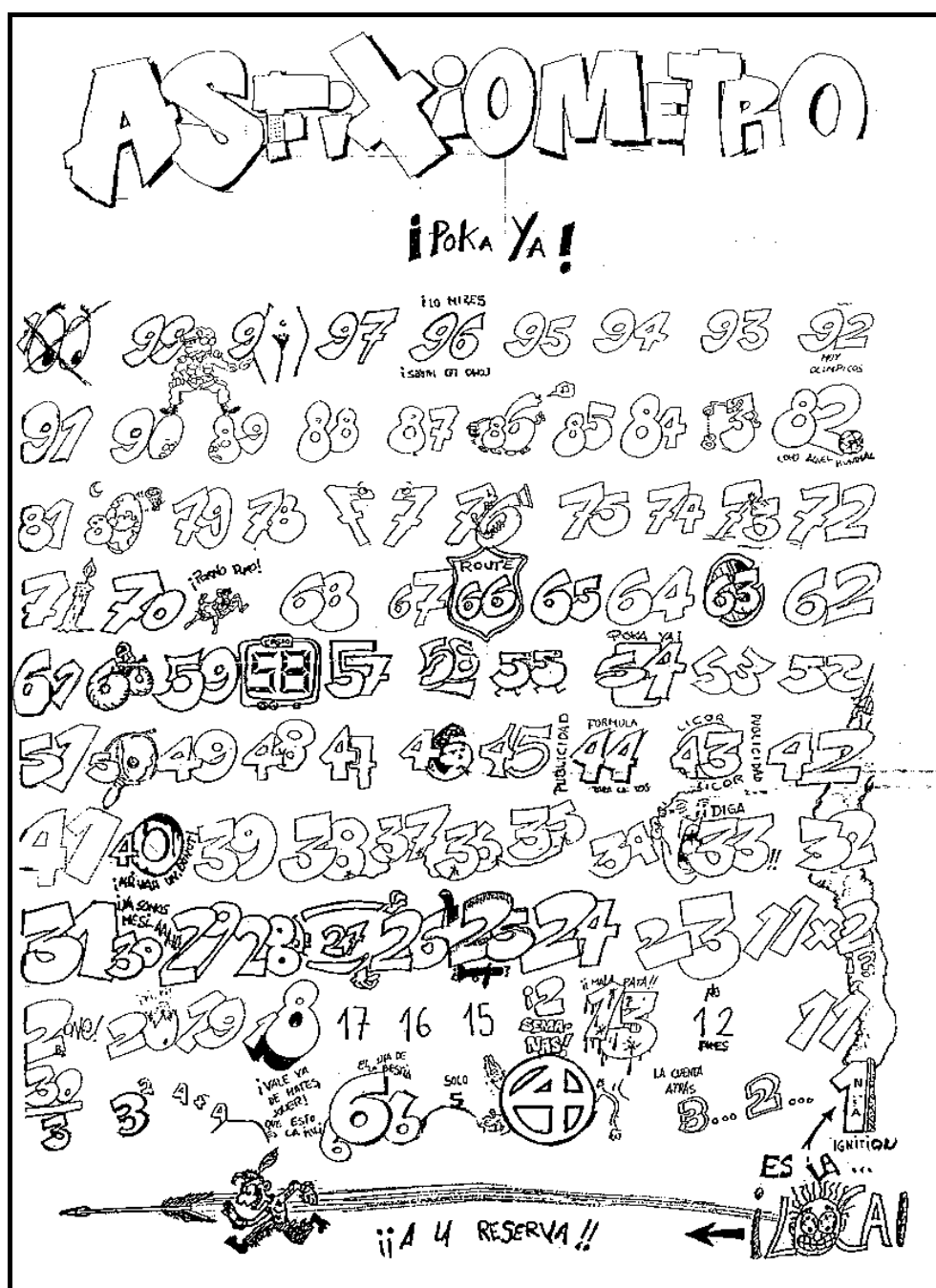
Modelo de calendario simple.



Calendario que presenta algunos tópicos y aspectos cuarteleros, se realizan los últimos cien días de mili.







Calendario del que destacaría el indio de la base corriendo como una flecha, con la expresión (¡¡A LA RESERVA!!), que indica el momento de la licencia, pues el soldado pasaba a estar en una nueva situación militar denominada de reserva durante un cierto tiempo.

A continuación haré un análisis conjunto de los calendarios, o “asfixiómetros” y “caquíómetros”, como también los denominan los soldados, aunque me centraré en uno u otro al tratar determinados aspectos de los mismos por su relevancia o confección.

Primeramente señalaría los calificativos que le otorgaban los soldados a tan particular documento, entre los que destacaría los referidos a la sensación de asfixia y a la de



escaqueo que eran utilizados frecuentemente. Con ello denotan sus sensaciones y actitudes ante la mili, de manera que los días de mili eran considerados como días de asfixia o días de escaqueo, y no como simples días de un periodo cronológico.

En general el número de días que componían los calendarios era de unos cien, que cómo expliqué en otro punto constituían un tercio aproximado de la duración total del servicio militar. Cuando la mili pasó a durar nueve meses se redujo este referente al de noventa días. También existen ejemplos de soldados que utilizaban un calendario anual completo, en el que señalaban todos y cada uno de los días que duraba su mili.

Ese momento coincidía en parte con la incorporación de los nuevos soldados. Como se puede observar en el calendario que se ilustra con una gran “W” en el centro, en el que se dibuja a estos como a unos animaluchos, y el eslogan; ¡¡¡Ya vienen los bichos!!!!.

Otra característica de estos calendarios era que, se tachaban los días de manera descendente, empezando por el 100, con lo que se simulaba una cuenta atrás, dándole mayor énfasis al proceso y destacando el carácter irrefrenable e irreversible de la licencia. En algún calendario el día correspondiente al de la licencia se dibujaba a modo de rampa de lanzamiento y con un cohete en ignición, enfatizando así la premura con la que harían su salida de la mili. Otro modo de representar este aspecto consistía en dibujar un indio que salía corriendo “como una flecha”, -como se aprecia en el calendario en el que destaco este hecho-, y del que se señalaba (¡¡a la reserva!!), con lo que se refería el hecho de que al finalizar la mili el soldado pasaba a una situación de reserva militar.

En ocasiones aparecen destacados algunos números, como el (30) que se dibuja en este caso con un tamaño mayor que el resto, lo que respondía a que en tal momento el soldado adquiría una condición especial dentro de la condición de veterano, en este caso pasaba a denominarse “Mesías”, pues, *ya no le quedaban meses, tan sólo le faltaban días para la licencia*. Era usual elaborar conceptos para marcar distintos momentos dentro de la etapa final de la licencia, a los que relacionaban distintos dichos o frases como la señalada.

Otra práctica consistía en hacer referencias sobre personajes, normalmente compañeros de reemplazo, o mandos comunes, en las que se resaltaban alguna característica que le distinguiese, aunque sólo los del mismo reemplazo sabían realmente su significado.

También acostumbraban a representar en los calendarios algún motivo o dibujo relacionado con las actividades más destacadas por los soldados respecto a la mili, como la realización de servicios, o de tareas relacionadas con la limpieza.

En ocasiones se hacía alusión al destino que ocupaba el autor del dibujo, como sucede en el calendario del (5º/89) perteneciente a un conductor de automóviles de la 8ª compañía de vehículos del Cuartel General del Ejército.

Las alusiones al reemplazo al que pertenecía el usuario del calendario se solían hacer con el formato siguiente; (1º/93,... 3º/96,... 4º/99, etc.), pues podían servir para muchos reemplazos, quedando así identificado a quien pertenecía.

Muestro a continuación dos calendarios realizados con programas informáticos.

# Calendario del Mes

4º/97

Me duele la boca de decir "poka!"

L	M	X	J	V	S	D
			7 de MAYO	8 de MAYO	9 de MAYO	10 de MAYO
			99	98	97	96
11 de MAYO	12 de MAYO	13 de MAYO	14 de MAYO	15 de MAYO	16 de MAYO	17 de MAYO
95	94	93	92	91	90	89
18 de MAYO	19 de MAYO	20 de MAYO	21 de MAYO	22 de MAYO	23 de MAYO	24 de MAYO
88	87	86	85	84	83	82
25 de MAYO	26 de MAYO	27 de MAYO	28 de MAYO	29 de MAYO	30 de MAYO	31 de MAYO
81	80	79	78	77	76	75
1 de JUNIO	2 de JUNIO	3 de JUNIO	4 de JUNIO	5 de JUNIO	6 de JUNIO	7 de JUNIO
74	73	72	71	70	69	68
8 de JUNIO	9 de JUNIO	10 de JUNIO	11 de JUNIO	12 de JUNIO	13 de JUNIO	14 de JUNIO
67	66	65	64	63	62	61
15 de JUNIO	16 de JUNIO	17 de JUNIO	18 de JUNIO	19 de JUNIO	20 de JUNIO	21 de JUNIO
60	59	58	57	56	55	54
22 de JUNIO	23 de JUNIO	24 de JUNIO	25 de JUNIO	26 de JUNIO	27 de JUNIO	28 de JUNIO
53	52	51	50	49	48	47
29 de JUNIO	30 de JUNIO	1 de JULIO	2 de JULIO	3 de JULIO	4 de JULIO	5 de JULIO
46	45	44	43	42	41	40
6 de JULIO	7 de JULIO	8 de JULIO	9 de JULIO	10 de JULIO	11 de JULIO	12 de JULIO
39	38	37	36	35	34	33
13 de JULIO	14 de JULIO	15 de JULIO	16 de JULIO	17 de JULIO	18 de JULIO	19 de JULIO
32	31	30	29	28	27	26
20 de JULIO	21 de JULIO	22 de JULIO	23 de JULIO	24 de JULIO	25 de JULIO	26 de JULIO
25	24	23	22	21	20	19
27 de JULIO	28 de JULIO	29 de JULIO	30 de JULIO	31 de JULIO	1 de AGOSTO	2 de AGOSTO
18	17	16	15	14	13	12
3 de AGOSTO	4 de AGOSTO	5 de AGOSTO	6 de AGOSTO	7 de AGOSTO	8 de AGOSTO	9 de AGOSTO
11	10	9	8	7	6	5
10 de AGOSTO	11 de AGOSTO	12 de AGOSTO	13 de AGOSTO			
4	3	2	1			

# REEMPLAZO 1º/99

99	98	97	96	95	94	93	92	91
40.000	30.000	20.000	10.000	0.000	90.000	80.000	70.000	60.000
90	89	88	87	86	85	84	83	82
10.000	9.000	8.000	7.000	6.000	5.000	4.000	3.000	2.000
81	80	79	78	77	76	75	74	73
2.000	1.900	1.800	1.700	1.600	1.500	1.400	1.300	1.200
72	71	70	69	68	67	66	65	64
1.100	1.000	900	800	700	600	500	400	300
63	62	61	60	59	58	57	56	55
500	400	300	200	100	0	900	800	700
54	53	52	51	50	49	48	47	46
15.000	14.000	13.000	12.000	11.000	10.000	9.000	8.000	7.000
45	44	43	42	41	40	39	38	37
27.000	26.000	25.000	24.000	23.000	22.000	21.000	20.000	19.000
36	35	34	33	32	31	30	29	28
18.000	17.000	16.000	15.000	14.000	13.000	12.000	11.000	10.000
27	26	25	24	23	22	21	20	19
15.000	14.000	13.000	12.000	11.000	10.000	9.000	8.000	7.000
18	17	16	15	14	13	12	11	10
24.000	23.000	22.000	21.000	20.000	19.000	18.000	17.000	16.000
9	8	7	6	5	4	3	2	1
24.000	23.000	22.000	21.000	20.000	19.000	18.000	17.000	16.000

LOKA 1º/99

Calendarios del año 1997 (izquierda) y 1999 (derecha), realizados con ordenador.

En estos modelos destaca la simetría de las letras y números, en contraposición a los realizados en tiempos anteriores. También se aprecian fórmulas o frases hechas. En el caso de la izquierda, se puede ver como en determinados días aparecen calificativos relacionados con la licencia. Así, en el número (80) aparece el calificativo (Willy Fogg<sup>235</sup>) que aludía al personaje que protagoniza la aventura del viaje al mundo en ochenta días. También podemos observar referentes como el de (vespa) en el número 60, (vespino) en el 40, (mesías) en el 30, (vikingo) alrededor del número 10, y (romano) alrededor del 4,

señalando que los días que faltan se podían contar con los dedos de la mano.

Otra costumbre generalizada era el poner alguna alusión a la “loka” y a la “blanca”, pues constituían la razón última de la elaboración de estos calendarios. Estas expresiones aparecen en casi todos los dibujos, normalmente al final de los números, significando la culminación del tiempo ya tachado.

Otro motivo recurrente era el del sexo, referido bien con personajes realizando actos más o menos obscenos, caso del ya referido N° (69), o como en el calendario en cuyo centro aparece una gran (W), en el que vemos en su base y centrado a una supuesta pareja fornicando impulsivamente, y el comentario aclaratorio; *Este por mayo, este por junio, este ...y por noviembre*, con lo que se supone que el soldado recién licenciado se toma la licencia de recuperar el tiempo de abstinencia que le ha deparado la mili por lo que a las prácticas sexuales se refiere, también para manifestar su hombría ya incuestionable.

En el mismo grupo enmarcaríamos el calendario en el que aparece una “estupenda” muchacha con marcadas curvas y una sugerente pose. En el conjunto vemos como los números se van transformando según la distribución y ubicación de los mismos. Así, observamos como en los primeros, desde el (100 hasta el 32) aparecen ordenados en una cuadrícula, pero al llegar al número (31) se representan dentro de unos círculos. Esto señala un cambio cualitativo importante, pues en este momento el soldado adquiriría la madurez y veteranía absoluta dentro de la estructura cuartelera. En este momento, se convertía en “el más”, como decían los propios soldados, aludiendo a su condición de máxima autoridad entre la tropa, era “el más caracterizado”, “el más mejor”. Por lo que sus derechos dentro de la clase de tropa eran absolutos, y su condición de varón y adulto no dejaba lugar a dudas, lo que se simboliza en este caso con la mujer representada. En esta lógica, los números del (10 al 1) adquieren una máxima relevancia, pues son la última decena y se colocan desde los tobillos de la figura femenina hasta alcanzar su sexo, simbolizando de este modo el clímax, y el premio añorado de la licencia.

La figura añadida de un motorista con la blanca y con la expresión (*Born to fuck*) reincide en la idea de que la salida de la mili constituía un hecho culminante para el varón, pues le otorga su reconocimiento como adulto y su libertad para acceder a las mujeres.

Seguidamente trataré otro curioso calendario consistente en un programa informático, en el que retomare los aspectos recién comentados, y podremos ver como seguía pautas similares a las que acabo de señalar, aunque en esta ocasión sus autores usasen técnicas

---

<sup>235</sup> En esa época estaban de moda unos dibujos animados en el que se referían las aventuras de esta obra de Julio Berne.

más modernas y sofisticadas. Me refiero al calendario denominado “Asfixia total”.

Este calendario sirve para corroborar cómo en tales prácticas se implican todo tipo de sujetos que hacían la mili, independientemente de factores como la edad o su nivel de formación o estudios. Consiste en un programa informático que elaboraron unos soldados con estudios superiores (ingenieros en telecomunicaciones y otras ramas técnicas; alguno pertenecía además a una clase social acomodada). Presenta un calendario interactivo, en el que se muestran diferentes ventanas, en una presenta los días correspondientes a un mes, y en otra ventana se muestra el año en curso. El usuario debía seleccionar el año, el mes y el día en el que empezó su servicio militar, con lo que aparecía automáticamente el número de días, horas, minutos, segundos, e incluso décimas de segundo que le quedaban para finalizar su servicio militar. Además del dato temporal aparecían una serie de complementos, como frases hechas del tipo: *“te queda menos peludo”*, *“me falta el oxígeno”*, *“aquí os vais a quedar”*, *“y la loka”*, etc., que iban cambiando a medida que pasaba el tiempo y faltaban menos días para licenciarse. A todo ello se le añadía una opción denominada (respirar), que al ser seleccionada mostraba una mujer desnuda, pero que aparecía con “sus partes” tapadas por unos parches negros a modo de censura (como se muestra en la imagen que acompaño). Estos parches iban desapareciendo según se aproxima la fecha de licencia del que introducía sus datos, de modo que, cuando faltaban cien días para el licenciamiento se le podían ver los pechos, pero hasta que no faltaban treinta días, y por tanto ya se era bisabuelo, no desaparecía el parche que tapaba el sexo.



En este programa lo esencial seguía siendo lo mismo que en los demás calendarios. Muestra como únicamente el veterano tenía acceso a “todo”, con lo que podríamos repetir los comentarios realizados respecto a los calendarios anteriores.

Por último referiré otra particular modalidad de calendario, que me parece de los más “originales” y a la vez más “duros” en cuanto a su carácter diferenciador y que enfatizaba más si cabe el paso del tiempo y las diferencias entre los soldados. Esta modalidad podría denominarse como “calendario viviente”. Consistía en que un veterano asignaba a un novato el papel de “calendario”, de forma que cada día por la mañana, el “novato calendario” tenía la obligación de cantarle al veterano los días que le iban quedando de mili, entonando una cantinela con algún texto relacionado con el tema del tipo; “doce y la loca mi wisa”. Lo que se repetía cuantas veces le apetecía al veterano, con lo que no tenía que preocuparse personalmente de llevar la cuenta del tiempo que le faltaba para acabar.

Hechas estas observaciones sobre los calendarios y otros recursos gráficos para medir el tiempo restante de mili, pasaré a analizar algunos aspectos interesantes sobre los usos y costumbres que solían acontecer entre los soldados en las fechas próximas a la licencia.

### ***7.1-2 -Hechos y acontecimientos previos al momento de la licencia.***

Los días previos al licenciamiento solían estar aderezados por algunas prácticas y sucesos que protagonizaban los soldados que se iban a licenciar. Muchos de ellos se trasmitían de reemplazo en reemplazo, aunque en ocasiones surgían circunstancias que producían acciones particulares propias de un determinado reemplazo.

En esta etapa eran más frecuentes las reuniones entre veteranos, y en grupos más numerosos, constituyéndose un vínculo especial entre los compañeros del reemplazo, con lo que reforzaban los lazos, ante la conciencia de que tales relaciones estaban tocando a su fin. Para manifestar ante los demás su futura marcha, acostumbraban a cantar canciones compuestas a propósito que incidían en ese aspecto, otras destacaban hechos o sucesos relacionados los días próximos a la licencia. Solían entonarse en torno a unas cervezas en la cantina, pero también en las camaretas, y, a medida que se aproximaba la hora de la despedida, acababan cantándose en cualquier lugar, y con cualquier pretexto.

Como ejemplos de estas canciones de licencia podrían servir las siguientes:

*Cuando veas pasar al MESÍAS  
caminito de la libertad  
lo verás con la blanca en la mano  
vestido de paisano  
diciéndote adiós.*

*Adiós peludos  
Wisas también  
se va el MESÍAS  
se va el MESÍAS  
“pa” no volver.*

*Y si algún día  
te vuelvo a ver  
será en la cama  
será en la cama  
con tu mujer.*

----- 0 -----

#### **La canción de Carrasca.**

*Carrasca Carrasca  
¿Qué es aquello que reluce  
en lo alto de la garita?  
es la blanca del segundo  
que le queda muy poquita.*

*Carrasca, Carrasca,*

*que poquita que nos queda Carrasca, Carrasca,  
que ya está la mili hecha.*

*¿Qué es lo que todos envidian?  
¿que es lo que quiere tol mundo?  
todos quieren licenciarse  
como hacen los del segundo.*

*Carrasca, Carrasca,  
que poquita que nos queda  
Carrasca, Carrasca,  
que ya esta la mili hecha.*

*----- 0 -----*

### **A LA ORDEN**

*A la orden mi sargento,  
a la orden mi brigada,  
no me ponga más servicios  
que ya no me queda nada.*

### **CANCIÓN DEL VETERANO:**

*Ay madre que ganas tengo  
de que me diga el teniente  
muchacho tu ya as cumplido  
coge tu licencia y vete  
coge tu licencia y vete  
¡A donde!  
a tu puñetera casa  
a meterle a tu suegra la 3ª imaginaria  
la 3ª imaginaria  
a tu suegro de cuartel  
a tu cuñado de guardia  
y a tu novia de retén  
A tu novia de retén  
por que es la más presumida  
que va diciendo que tienen un novio en la infantería  
un novio en la infantería  
donde sirven los valientes  
con una birra en la mano y un canuto entre los dientes  
un canuto entre los dientes  
un canuto entre los dientes  
¿Por qué!  
para poder olvidar  
que estoy hasta los cojones del servicio militar.*

El denominador común era destacar y significar el final de la mili de los que la entonaban, por lo que iban dirigidas a los que se quedaban en el cuartel cuando ellos se marchasen, tanto a los soldados de los demás llamamientos, como a los mandos.

Los temas centrales eran similares a los que aparecen en todas las manifestaciones que suelen caracterizar los discursos de los soldados de reemplazo, como ya hemos visto a lo largo del trabajo. Así, se aprecian referencias a elementos de carácter sexual, a los servicios, al consumo de alcohol y drogas, a los mandos, y de forma relevante a la blanca, a la libertad, a la licencia, pues constituía la esencia de tales canciones.

No todas las canciones estaban elaboradas para ser cantadas por los veteranos, existían composiciones que debían cantar los novatos cuando lo requiriesen los veteranos. Un ejemplo sería “la canción de los ochenta días”, cuya música pertenecía a una serie de dibujos animados que se retransmitía en televisión sobre la obra de Julio Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días*, cuya adaptación rezaba así: *Son, ochenta días son, ochenta días los que quedan para que os den la blanca*, el número de días iba cambiando por los que faltaban para la licencia de los veteranos.



### 7.1- 3 - Algunas valoraciones sobre la mili.

El momento del licenciamiento se caracterizaba por las despedidas de los camaradas. Se intercambiaban direcciones y teléfonos, y se recordaban de manera fugaz y con una mezcla de alegría y nostalgia muchos momentos y peripecias vividas, en grupo, pues la amistad de la mili ha sido el aspecto positivo más destacado por la inmensa mayoría, como señalé en el capítulo 6°.

Pero la licencia también significa la disolución con la institución total, Goffman, lo que aportaba al soldado, en cuanto sujeto sometido a ésta, una sensación de desahogo y de liberación, Horton y Hunt (1994:171).

Por otra parte, quiero señalar que además de las amistades surgidas en la mili, también era probable que se estableciesen relaciones de enemistad con determinados sujetos o grupos, o incluso malas relaciones con algún mando, lo que contribuía a incrementar la sensación de bienestar en el momento de la licencia. Aunque tales desavenencias no solían ser tratadas en el momento del licenciamiento, probablemente porque la licencia producía gran satisfacción por perderlos de vista. En cualquier caso, bastaba con no despedirse de aquellos con los que no se habían hecho buenas migas.

Por otra parte, el retorno al mundo civil suponía para algunos un nuevo choque, pues éste se erigía como un entorno difícil y complejo. En el caso de no ser así, significaba el retorno a una situación que no era la que habían dejado cuando se incorporaron a filas, lo que producía una sensación de incertidumbre entre los licenciados.

Algunos soldados se hacían planteamientos existenciales sobre este hecho. Un soldado de veintitrés años me confesaba que antes de ingresar en el servicio militar había experimentado un fracaso en sus estudios universitarios, por lo que para él la mili significó un periodo de descanso y desahogo, que le permitió reflexionar sobre su futuro y su vida personal. Le permitió separarse de su vida cotidiana y verla desde otra perspectiva. Cito literalmente una parte de su reflexión que me parece interesante: *Si agradezco el estar aquí es porque necesitaba estar en algún lado, en tanto que no quería estar en el mío*. Lo que incide en como el servicio militar equivalía a encontrarse en un estado liminar.

Otros reflexionaban sobre como la mili les habían permitido descubrir facetas de ellos mismos de las que no tenían conciencia. Un soldado me declaraba este sentimiento con las siguientes palabras: *Lo positivo de esto es que aquí haces cosas impensables para ti y te das cuenta de que eres capaz de hacer cualquier cosa*.

A algunos la mili les sirvió para descubrir y valorar de forma diferente aspectos de la

vida cotidiana. La siguiente declaración de un joven palentino señala en esta dirección; *En la mili aprendes a valorar las cosas sencillas y normales de la vida, pues por primera vez te sientes privado o limitado de muchas de ellas.*

La licencia se estructuraba en un proceso complejo, sin embargo, he encontrado pocas referencias sobre tal evento en los textos que he analizado, quizá porque para aquellos que han tratado el tema del servicio militar el licenciamiento no formaba parte de éste. Lo que está en consonancia con las valoraciones de licenciados que después de un tiempo no solían prestar mucha atención sobre dicho acontecimiento. Ello era debido a que la licencia era más sentida que percibida, se vivía de manera emocional, no de forma reflexiva. Llegado el momento ansiado los que se licenciaban sólo pensaban en marcharse, y la mayoría no volvían la vista atrás cuando cruzaban el umbral del cuartel en el que estuvieron encerrados durante meses. Un soldado ya licenciado, me manifestaban lo dicho; *el licenciamiento es algo que no puede definirse, hay que sentirlo para saber que significa.*

Pero la licencia se ajustaba a un proceso cognitivo que se manifestaba en diferentes pautas y comportamientos de los soldados. Y, aunque en algún punto he señalado que la licencia comenzaba incluso, antes de la incorporación a filas, lo normal era que los soldados no empezasen a reflexionar sobre ella hasta unos días, semanas, e incluso meses después de la licencia. Hasta entonces el joven no trataba seriamente su experiencia y el significado profundo que había tenido tal hecho en su vida.

No es mi intención abordar este tema con detenimiento pues contribuí con unas pequeñas notas a un trabajo de Amando de Miguel, y Martínez Paricio que realizaron durante el año 2003 basado en entrevistas y análisis de biografías de diferentes sujetos, en los que se rastrean los recuerdos de la mili de diferentes sujetos. Este trabajo podría servir para analizar el aspecto que aquí planteo, pero aún no ha sido publicado. También podrían ser de interés algunas obras de carácter novelado, y biográfico, como las novelas de; R. J. Sender, (1982), Luis Coll, (1994), y Muñoz Molina, (1995), que tratan este aspecto.

El licenciamiento suponía un momento de júbilo y alegría para el licenciado y para sus familiares y allegados. Estaba cargado de multitud de sensaciones y emociones, pero en él confluían también algunas contradicciones, como sucede en todas las despedidas, pues se mezclaba la alegría de la licencia, con la tristeza que suponía la separación de buenos amigos. Por otra parte, significaba que el sujeto adquiría la condición de adulto, lo que le conminaba a plantearse la vida futura con otras miras y perspectivas.

La complejidad de la licencia respondía al hecho de que tal evento no se limitaba

únicamente al día del licenciamiento, sino que iba consolidándose desde el momento en el que el soldado adquiría su condición de veterano. Es decir, cuando el anterior llamamiento al suyo se licenciaba, pues en ese instante tomaba conciencia de que sería el próximo en licenciarse. Tal hecho conllevaba alteraciones y cambios a todos los niveles en la vida y en las actitudes del soldado que se manifestaba tanto en aspectos exteriores (uniformidad, símbolos específicos, formas de saludar, actitudes para con los compañeros y para con los propios mandos, etc.), como a niveles más profundos que hacían cambiar su conducta y su percepción de las cosas. El momento de la salida se empezaba a objetivar de forma irreversible. Sentían alegría, pero a la vez esa situación les producía algunas contradicciones sobre el deseo de manifestarse como sujetos particulares. De manera que en esta etapa solía aflorar una actitud de cierta rebeldía, la cual estaba sometida al temor ante posibles medidas represivas de la institución si manifestaban en exceso esas posturas. En muchos casos esa actitud “chulesca” llevaba a algunos soldados a enfrentarse con el sistema, a pesar de ser conscientes de que llevaban las de perder. De hecho, algunos soldados eran arrestados el mismo día de la licencia, o unos días antes por tal actitud, por lo que más de uno era licenciado más tarde que sus compañeros, pasando a ser lo que en el argot de la tropa califican como *tiburones*. Por ello muchos veteranos adoptaban posturas “pasotas”, mostrándose indiferentes ante todo y “viéndolas venir”, en espera de la licencia.

Los momentos de mayor confusión en el pensamiento del wisa eran los próximos al día final, cuando, según sus cálculos, faltaban aproximadamente entre quince y treinta días para la fecha anhelada. En este periodo aparecían todo tipo de dudas e incertidumbres respecto al día exacto de la salida. La obsesión por el final de la mili, que hasta entonces se había planteado como algo lejano y abstracto, daba lugar a una obsesión por una fecha y momento concreto. En ese periodo querían saber con exactitud el día y la hora de salida.

En tales circunstancias empezaban a circular comentarios sobre si se licenciaran el día tal, o el día cual, sobre si en otra unidad se marchaban diez días antes que ellos, o cinco días después, si tendrían que quedarse hasta el final porque no había personal para hacer los servicios, o si el coronel les dejaría marchar el día (X).

En esta confusión jugaban un papel fundamental dos aspectos importantes. El primero estaba vinculado a un fenómeno que existe probablemente en todas las instituciones pero que poseía un valor especial en la subcultura cuartelera, se trataba del fenómeno del rumor o del ruido que interfería todo proceso de comunicación, y que se conoce coloquialmente en la milicia como “macutazo” o “radio macuto”. Se basaba en la génesis y transmisión

informal de todo tipo de información, que era desarrollada por los propios sujetos sin fundamentos objetivos. Cuando se aproximaba la fecha de licenciarse, este mecanismo informativo se mostraba especialmente activo, y de algún modo, todos los soldados de las unidades participaban de él, pues todos se convertían en receptores, emisores, e incluso en generadores de los mensajes sobre el particular. Cualquier observación o comentario surgido de la forma más insospechada podía alimentar la noticia en un sentido u otro. Así, todos los soldados se convertían en escuchas, en buscadores de información, y cualquier papel o comentario de los mandos en los que se refiriese una fecha, era inmediatamente interpretado como un signo, como una señal del día de licenciamiento, y se transmitía de boca en boca a través del eficaz “radio macuto”.

No obstante, existía una fecha oficial para la licencia de cada reemplazo, y llegado ese día no se podía retener por más tiempo al soldado en los cuarteles, -salvo situaciones especiales-. Sin embargo, los sucesivos reemplazos abarcaban la esperanza de que esa fecha no se agotase, y que se pudieran licenciarse con antelación. En ello adquirían un valor especial la tradición y la costumbre, pues cada reemplazo y llamamiento observaba que había sucedido con los reemplazos anteriores, estudiando cuándo, y cómo, se licenciaron. Tales aspectos se iban transmitiendo de reemplazo en reemplazo, por lo que, si los veteranos anteriores se licenciaron diez días antes de la fecha límite, los del llamamiento posterior, llegado el momento, esperaban que ocurriese lo mismo con ellos.

Los mandos no solían hacer nada para desmentir o confirmar las noticias que circulaban entre los soldados, pues el ocultamiento, o, no-difusión, de ese dato servía como mecanismo de presión para coaccionar a los soldados próximos a licenciarse, evitando que se “desmadrasen”, y se mostrasen cautos en sus acciones. El mando suponía que si los soldados sabían con certeza cual era la fecha exacta de la licencia dejarían de actuar como soldados, relajándose en exceso, y dedicándose a festejar el hecho venidero, y se incrementaría notablemente el escaqueo. Además, el fenómeno de “radio macuto” hacía que los soldados prestasen más atención a los mensajes que generaba que a otras cosas, con lo que se mantenía una cierta calma dentro de la confusión reinante.

#### *7.1- 4 - El proceso del licenciamiento.*

Después de lo dicho quisiera destacar una vez más cómo el licenciamiento respondía a un proceso evolutivo, por lo que según se iba acercando el día “final”, el soldado solía hacer uso de un mayor número de recursos, y de manera más frecuente, para manifestar su veteranía ante los demás. Para ello recurría a diferentes procedimientos, muchos de los cuales ya he presentado de forma explícita o implícita a lo largo de la tesis. Algunos de ellos eran las marcas en las gorras, en las botas, o nudos en los cordones, etc. Pero también era corriente el usar como signo de veteranía el descuidar su aspecto, dejándose el pelo más largo de lo reglamentario, y descuidar su afeitado. Otra costumbre consistía en llevar signos no autorizados<sup>236</sup>. Un ejemplo curioso consistía en portar pequeñas bisagras que colgaban de algún cordel o cinta, como muestro en la siguiente fotografía.

Estos aspectos los he tratado en distintos puntos del trabajo, pero considero interesante hacer un inciso respecto al uso del término “bisagra” para denotar el grado de veteranía. Probablemente tenga su origen en el término bisabuelo, que fue degenerando al utilizarse el diminutivo “bisa”<sup>237</sup>. De manera que, en esa tendencia a otorgarle un aire más “chulesco”, el bisabuelo original degeneró en el término bisagra, que acabó utilizándose de manera genérica. Lo curioso es como la bisagra, acabó constituyéndose en un símbolo de veteranía dentro de la subcultura cuartelera. Tal proceder señala como los soldados recurrían a la construcción e invención de nuevos símbolos de identidad y status que asumían como propios, y a través de los cuales pretendían diferenciarse de los mandos.



---

<sup>236</sup> Estas prácticas eran comunes desde tiempo atrás, y forman parte de la tradición y de las costumbres cuarteleras, como veremos más adelante en los párrafos que reproduzco de la obra de Barado y Cusachs (1989:297).

<sup>237</sup> Muchos lo escribían con “W” convirtiéndolo en “wisa” para darle un aire más moderno y pintoresco.

Respecto al uso de este referente cabría pensar que la bisagra constituyese en sí misma un referente simbólico, pues consiste en un mecanismo que se encuentra en el límite, entre lo exterior y lo interior, entre uno y otro lado del lugar en que se colocan, en tanto que son el punto de giro de las puertas y ventanas, y marcan la línea de esa dualidad. Por lo que resulta comprensible que se utilizase para señalar la divisoria entre dos partes, entre dos mundos. Probablemente éste sería un significado adecuado desde un punto de vista antropológico, aunque, como sucede en muchas ocasiones, la interpretación de determinados símbolos adquiere distintos significados según quién lo emite o analiza. Más si cabe, en la subcultura de la tropa, que se transmitía fundamentalmente por vía oral, y por medios complementarios, como caricaturas, canciones y poemas, en los que la ambigüedad y la sutileza eran norma y que no han sido registrados de manera formal, como no lo han sido los procesos a través de los cuales se configuraban tales signos y señas de identidad.

Además, debemos tener en cuenta que gran parte de los símbolos y referentes que utilizaba la tropa pertenecían a un ámbito oculto y secreto, pues, a pesar de que han formado parte indiscutible de la vida cotidiana de los cuarteles, su manifestación y su uso ha estado formalmente prohibido<sup>238</sup>.

Otro aspecto a considerar es el hecho de como el soldado entraba en un nuevo proceso de re-socialización al adquirir su condición de bisabuelo, pues la evidencia de la licencia les hacía concebir que pronto dejarían de ser soldados y volverían a ser civiles. Por ello, intentaban romper, en lo posible, con los modelos establecidos institucionalmente, adquiriendo nuevas pautas y signos para denotar su nuevo rol e identidad.

En los últimos días se daban los momentos más críticos, especialmente en las “listas de retreta”, y durante las horas de silencio en los dormitorios, pues conseguir que los veteranos se comportasen correctamente resultaba especialmente complicado. Muchos llegaban con el tiempo justo a las mismas, y era normal que algunos lo hicieran con un cierto grado de embriaguez, y con una predisposición a “armar bronca”.

Las respuestas en las listas solían acompañarse con un “presente y última”, lo cual evolucionaba en función de la paciencia y del saber hacer del que dirigía el acto. Las actitudes al romper filas, solían ser sonadas, y se acompañaba en ocasiones con el lanzamiento de las gorras al aire. Con el toque de silencio la cosa se complicaba, y lo normal era que los veteranos con el nerviosismo e impaciencia por la llegada de tan

---

<sup>238</sup> Estos aspectos sobre cómo las instituciones establecen criterios respecto a lo que debe y lo que no debe aflorar para configurar la memoria colectiva acorde con los intereses institucionales, lo plantea claramente Mary Douglas (1996:104).

anhelado día quisieran continuar la celebración a toda costa, ya que era la última noche que pasarían en el cuartel. Éstos se envalentonaban y se crecían por un efecto de contagio, y en la seguridad que otorgaba el grupo. Eso suponía un trabajo añadido para los imaginarias y los mandos de servicio, aunque solían mostrasen tolerantes.

El día anterior al de la marcha los que se licenciaban entregaban en el almacén de vestuario el equipo que debían devolver, -muy escaso en los últimos años de la mili, en los que la mayor parte de las prendas de vestuario pasaban a ser propiedad del soldado-.



En la entrega de enseres siempre había algún soldado al que le faltaba alguna prenda, y recurría al encargado para notificárselo, lo que tenía diversas contestaciones, algunas del tipo; “búscate la vida”, “ya sabes lo que tienes que hacer”, “cómpralo en el rastro”, “pídelo prestado”, etc. Ante las cuales el veterano recurría al “préstamo cuartelero”, es decir a “cambiar de lugar las cosas de otro”. Lo que se materializaba normalmente en el vulgar hurto de aquello que necesitase, sustrayéndoselo a cualquier despistado que, curiosamente solía ser algún novato, el cual aprendía de este modo una nueva lección.

Una de las costumbres más enraizadas con la licencia era la celebración de tal evento con los amigos. El licenciamiento requería ser celebrado por todo lo alto, pues como me declaraba uno de mis informantes, “la mili sólo se hacía una vez”, por lo que era tratada como si fuese una despedida de soltero, o cualquier otra situación social de tránsito relevante en la vida social de las personas. Normalmente se celebraba el día antes de la licencia, y se denominaba “la loca”, por tratarse de una fiesta desenfrenada con la que se conmemoraba la vuelta a la vida civil. Para no crear dudas sobre su significado reproduzco la definición que hacía el Pipas (1998) en su diario:

*La loca: se le llama así al último día de la mili, durante el cual se celebra una gran fiesta que siempre acaba en borrachera. Siempre se dice: "Me quedan xxx días y la loca", refiriéndose al último día. Se suele hacer una fiesta fuera del Cuartel para celebrarla, fiesta en la que se suele beber alcohol... Cuando se baja la bandera (que es cuando se pone*

*el Sol) se baja un día del "Tomate"<sup>239</sup>, pero la "loca" se mantiene hasta el último día.*

Creo que con las definiciones del el Pipas no se requiere mayor explicación para comprender el alcance y significado de este festejo informal. En todo caso, la celebración del licenciamiento afectaba a todos los que hacían la mili, pues, de un modo u otro, participaban en algún acto relacionado con tal evento.

El momento señalado llegaba por fin, y era frecuente que los mandos de los distintos destinos hiciesen alguna pequeña despedida a los que se licenciaban. En los últimos tiempos se solía hacer una celebración, y en los lugares más pudientes se les ofrecía un vino y unas tapas, o algún tentempié. En caso contrario, los miembros del destino contribuían con una cantidad de dinero para organizar una pequeña despedida, en la que se gastaban bromas sobre aspectos particulares de la experiencia o de la personalidad de los que se licenciaban. Algunos aprovechaban para sincerarse con sus mandos y decirles cosas que les hubiesen dicho en otro momento pero no se atrevieron, pero en este momento lo hacía de forma abierta y natural, o se recurría a la sutileza para manifestar algunas críticas, lo que se puede apreciar en un chiste que rezaba así: *Un sargento de hierro hablando a uno de sus soldados el día que acaba la mili; - Bueno, y ahora que ya eres por fin un civil, me imagino que lo único que deseas es que me muera para poder mear en mi tumba, ¿no?. - No, sargento- Ahora que he acabado la mili no quiero volver a hacer más colas en mi vida.*

Pero, lo normal era que, tanto los mandos como los soldados que se licencian, se limitasen a resaltar los buenos momentos y las anécdotas más simpáticas. Eran momentos que acostumbraban a immortalizarse en fotografías, en las que posaban los homenajeados junto a los compañeros y jefes para recordar tan señalada circunstancia.

Personalmente recuerdo estos festejos y conmemoraciones en mis primeros años de sargento. Las tareas que realizábamos fomentaban el trabajo en equipo y la camaradería, pues pasábamos muchas horas juntos, y teníamos muchas cosas en común, dada la similitud de edad con ellos, -durante los primeros años yo tenía entre 22 y 25 años y los soldados tenían edades similares, pues la mili se hacía a los 21 años. Por otra parte, el oficial que teníamos como jefe era un gran hombre, que actuaba más como un “padre” que como un mando con los soldados, favoreciendo los vínculos afectivos.

Así, las despedidas de los soldados de reemplazo se convertían en un gran acontecimiento en el taller, - las fotografías que acompaño son prueba de ello-.

---

<sup>239</sup> El significado de “tomate” aparece en el apéndice en el punto dedicado al diario del Pipas.





*Celebraciones de despedida de soldados de reemplazo en un taller de una unidad, años ochenta.*

Este evento se celebraba con júbilo y con viandas y bebidas. Estas celebraciones tenían una doble función, por un lado despedir a los que se marchaban, que, visto desde hoy considero como la función secundaria, pues también servían para motivar y animar a los que se quedaban, pues significaba el acercamiento de su propia licencia.

En las fotografías se puede apreciar quiénes eran los homenajeados, pues visten ropas civiles, mientras que el resto lleva el uniforme o el mono azul según correspondía a sus tareas del momento. La celebración se solía hacer a última hora de la mañana para que sirviera de aperitivo a unos, y de comida a los que se tenían que marchar de viaje. Respecto a los que se quedaban lo normal es que se les diese cierta “vidilla” al terminar el

festejo. Entre otras razones, por el abatimiento que suponía ver cómo sus compañeros y amigos se marchaban, mientras ellos tenían que continuar allí, y por el efecto de la comida y el alcohol ingerido que aconsejaba dejar reposando a más de uno. En este contexto los soldados que se quedaban debían digerir el alcohol, pero también la brutal ruptura del tránsito que suponía para ellos la adquisición de un nuevo status, del que ya no tenían referentes, pues pasaban ellos a ser los referentes de sus compañeros más modernos.

El día de la licencia también poseía un contenido ritual institucional importante, como recoge las Reales Ordenanzas del Ejército de Tierra<sup>240</sup>. En algunos casos, se entregaba algún tipo de certificado a los soldados que se marchaban, bien por cursos adquiridos, o por conducta ejemplar, etc. Y en las unidades que podían permitírselo también se hacía entrega de algún recuerdo de la unidad, como algún llavero, mechero, o detalle similar, en el que solía figurar el escudo de la unidad.

En algunas unidades se realizaba un acto de características similares a las del juramento a la bandera, con las correspondientes formaciones y paradas, e incluso se llegaba a hacer una rejuración por parte de quienes se licenciaban. Ésta consistía en la renovación del juramento a la bandera, pero sin armas, simbolizando con ello la despedida de la misma, y a la vez para reforzar la promesa hecha en su día.

Pero fuera de los contextos formales, y lejos de las miradas de los mandos, en las camaretas o barracones se perpetraban situaciones particulares. Era frecuente que al hacer el equipaje definitivo se deshicieran de lo que no consideraban necesario o útil. En algunos casos, los que se marchaban hacía entrega a los que se quedaban de determinados utensilios que habían usado durante la mili y que ya no necesitarían en sus casas. Con ello les transmitían parte de su propio ser, y el status y rol correspondiente de veteranos.

Muchos se desfogaban de las tensiones contenidas de diferentes formas. Algunos lo hacían rompiendo y desgarrando diversas prendas de vestuario que no habían tenido que entregar, como se puede apreciar en unas fotografías que me facilitó un soldado.

---

<sup>240</sup> Art. 434 *También se celebrarán actos con motivo de entregas de despachos, nombramientos, títulos o diplomas y despedidas de los soldados de cada llamamiento o reemplazo, así como en las festividades de las Fuerzas Armadas.*



*Soldados que tiran por los suelos parte de su uniforme o rompiendo camisas y otras prendas militares como muestra de rechazo a la institución momentos antes de salir definitivamente del cuartel.*

Hacían esto con una mezcla de alegría y de rabia, como si quisiesen con ello simbolizar la ruptura con el mundo cuartelero que representaban estas vestiduras. Algunos soldados me han manifestado también el deseo de quemar todos los enseres que estuviesen vinculados a ésta etapas de sus vidas, y de hecho algún informante ya licenciado me confesó que al llegar a su pueblo quemó las prendas que se llevó de la mili en un acto de purificación y desprendimiento de lo que para él simbolizaba su experiencia de la mili.

En este sentido, podemos observar como, al licenciarse, el nuevo civil reproducía pautas similares a las que fue sometido al llegar al mundo cuartelero. Y, del mismo modo en que él fue “purificado de la contaminación de que era portador” por parte de la institución militar, en este caso era él el que se autopurificaba de la contaminación cuartelera, deshaciéndose de todo aquello que le recordase su identidad militar.

Otros, por el contrario, guardaban determinadas prendas como cinturones, gorras, emblemas y distintivos, que junto a las fotografías le servían como recuerdo y evidencia de su paso por la mili. Los más pragmáticos se quedaban con prendas que podían utilizar en determinados trabajos, o en algunas actividades ociosas, como, por ejemplo la caza, en la que muchos valoraban las botas, o el uniforme mimetizado.

El día de la licenciase también tenía connotaciones en los alrededores de los cuarteles, donde se podía apreciaba gran algarabía y un trepidante movimiento de jóvenes que lucían la cartilla de licencia. Los recién licenciados se envalentonan con las chicas, tocaban el claxon de los coches de forma reiterada, y se producían actos que manifiesta y simbolizaban su último acto de rebeldía y desvinculación del mundo militar.

Así, por ejemplo, se podía ver en las proximidades de ciertos acuartelamientos árboles de los que colgaban calzado militar, como si de un fruto espontáneo y de temporada se tratase. También se podía observar calzado en los tendidos eléctricos, y en otros lugares, que resultasen visibles. El propósito final de tales prácticas era señalar ante los demás su licencia y rebeldía. En alguna ocasión tuve la oportunidad de preguntar a soldados por la razón de esa costumbre, y nunca supieron darme una explicación racional, aunque solían hacer alusión a aspectos que manifestaban un acto de rebeldía y de desprendimiento de los referentes que simbolizaban algún tipo de atadura o sufrimiento.

Añado unas fotografías que recogen estas prácticas.





*Calzado colgando de los árboles próximos a los acuartelamientos.*



*Calzado de los soldados colgando de los cables de la luz próximos a un acuartelamiento de Campamento en Madrid.*





*El colgar las botas al licenciarse se producía en los sitios más pintorescos. Véase el par de botas militar que cuelgan de la señal de tráfico. Está tomada en el año 1998 en la calle Barquillo, en pleno centro de Madrid.*

El que los soldados recurriesen de manera insistente a dejar las botas colgadas como signo de su rechazo y de su desprendimiento del servicio militar no responde a un hecho circunstancial. Pues, estas prendas, en especial las botas, constituyen un signo inequívoco de la cultura militar, en especial del ejército de tierra. Las botas son utilizadas como referente de la vida militar, y del sacrificio del soldado. El militar del Ejército de Tierra, y en especial el arma de infantería, está ineludiblemente vinculado a las botas militares, pues su elemento de acción es precisamente el terreno. Los soldados de infantería suelen ser caricaturizados representándolos con unas botas<sup>241</sup> desproporcionadas, y se les califica cariñosamente como “pisa-hormigas”.

Por otra parte, para el soldado de reemplazo de tierra las botas constituían un signo ineludible de tensión y de sufrimiento, pues el procedo de instrucción básica se vinculaba fundamentalmente en torno a actividades que requerían del uso de las piernas, como: la instrucción de orden cerrado, los desfiles y formaciones, las marchas de varios kilómetros, etc. En estas actividades las ampollas<sup>242</sup> y rozaduras eran arto frecuente por la dureza

<sup>241</sup> El poder simbólico de éstas se puede evidenciar en el hecho de haber sido utilizado por la propia institución militar, como muestra de sus funciones y acciones en todos los ámbitos. Como muestra de ello podríamos observar el cartel que se realizó en el año 1999 a modo de eslogan para señalar la festividad del 12 de octubre, Día de las Fuerzas Armadas. En él se representan las misiones de las FAS a través de botas y zapatos, que por su uso, significaban un tipo de acción.

<sup>242</sup> Más de un soldado me ha referido su experiencia al respecto, y las visitas al botiquín. En caso de encontrarse en el

relativa del calzado nuevo que había que “domar”, y por el uso forzado del mismo.

Además, el calzado era junto al cuidado del cabello uno de los elementos que le acarreaba mayores problemas, al ser una de las partes sobre el que se hacía mayor hincapié en lo referido a la limpieza y policía<sup>243</sup>, por lo que su descuido era motivo de arrestos.

Por otra parte, al soldado del ejército de tierra se le inculcaba que un terreno sólo es dominado cuando está ocupado por las tropas, lo que se materializaba en el aprovechamiento y el apego al mismo. Por tanto, podemos interpretar el acto de colgar el calzado como una manifestación simbólica de la negación y desprendimiento de ese vínculo a la tierra sobre el que tanto se le insistía.

Otra manifestación curiosa, era la costumbre de desprenderse de los candados utilizados para cerrar las taquillas. Así, el día del licenciamiento solían aparecer candados enganchados en lugares próximos a los cuarteles como; vallas, alambradas, o paradas de autobús, como la que muestro en la siguiente imagen.



*Fotografía de candados colgados de una parada de autobús de Fuencarral, Madrid.  
Finales años noventa.*

---

campo me referían las soluciones “caseras”, como el coserse las ampollas con hilo, para poder continuar las marchas.

<sup>243</sup> Las normas de policía están contempladas en los artículos 40 y 56 de las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas.



Tal costumbre, respondía a procesos similares a los señalados sobre las botas. Pues, en la subcultura de la tropa el candado estaba relacionado con el control y el temor, por lo que desprenderse de él simbolizaba la ruptura con las ataduras de la mili. El candado quedaba atrás, y la mili también, dejando en él lo malo de la experiencia vivida, considerada como una experiencia cerrada y controlada. El candado cerraba la taquilla, el reducto donde ocultaban lo que les quedaba de su identidad civil, por lo que una vez que recuperaba tal condición dejaba de ser necesario para él.

Las prácticas anteriores se difundían entre los sucesivos licenciamientos<sup>244</sup>. Uno de los retos comunes de las mismas residía en que fuesen visibles para el mando y para los que se quedaban, por eso se hacían en lugares próximos a las unidades. Como dato añadido, señalaré que lo normal era que los soldados recién licenciados se marchasen en bulliciosos grupos, y se tomasen unas copas en los bares próximos, donde se despedían de los dueños y camareros, que en ocasiones actuaban como confesores que les escuchan pacientemente mientras ahogaban sus penas en momentos depresivos, o proclamaban sus momentos de euforia. Arturo Barea (o.c.), y Muñoz Molina (o.c.), refieren este tipo de locales.

Los que se licenciaban recibían un documento que acreditaba que habían prestado el servicio militar, la cartilla de licencia, denominada popularmente “la blanca”, “la paloma”, “la María”, a la que dedicaré unas páginas.

---

<sup>244</sup> Las costumbres referidas se realizaban de manera generalizada a lo largo de toda nuestra geografía, aunque en unos sitios predominase alguna costumbre sobre otra.

## 7.2 - La salida.

### 7.2-1- La blanca.

El calificativo de blanca, está asociado a la paloma blanca, que se erige como símbolo de libertad y de paz. Constituía el símbolo por excelencia del licenciamiento para el soldado de reemplazo, y sobre él giraba la experiencia de la mili. Su referencia es omnipresente en los dibujos y motivos cuarteleros, por lo que, además de los ya tratados, presentaré otros ejemplos relacionadas con la misma. El primer ejemplo consiste en una composición en la que aparece un anciano chino sentado pacientemente pensando en su “blanca”. En primer lugar destaca el hecho de que se eligiese a un anciano como personaje, con lo que se representa al “wisa”, al bisabuelo militar. Por otra parte, está sentado de forma pasiva y paciente preguntándose por la blanca, lo que significa la preocupación por el momento en que llegará, pero a la vez representa la espera paciente ante un hecho en el que el sujeto no puede intervenir. El que se eligiese a un anciano chino, señala la resignación y la paciencia infinita, pues en el saber popular se otorga la virtud de la paciencia a ésta cultura, como se deduce de la frase hecha; “tener más paciencia que un chino”. También puede hacer alusión a otra valoración amparada en los tópicos culturales, pues podría querer significar cómo el soldado de reemplazo se sentía engañado ante el hecho de la mili, y por ello se representa a sí mismo, “engañado como a un chino”. De hecho, algunos soldados me han manifestado literalmente tal expresión.



Respecto a la sensación de aflicción y resignación en la que se veía sumido el soldado de reemplazo ante el hecho de la licencia, debo decir que han sido varios los soldados que me la han manifestado de diversa manera. Un veterano me lo señalaba en los siguientes términos: *Con el paso del tiempo vamos tomando conciencia de nuestra situación y asumimos que lo mejor para pasar la mili es adaptarse a las circunstancias, dejarse llevar por los acontecimientos y esperar pacientemente a que nos toque el turno de marcharnos.*

Alguno señalaba la conveniencia de adoptar estrategias para afrontar la espera de

manera conveniente: *el pensar en el momento de licenciarse puede llegar a resultar obsesivo, y esto tan sólo hace que te sientas peor, pues no se puede hacer nada para adelantar el momento de la licencia, nada más que esperar que ésta llegue, y no buscarse líos mientras tanto.* La manera en que se refleja la sensación de impotencia de este interlocutor no dejan lugar a dudas, y reafirma la sensación de desánimo con que se enfrentaban los jóvenes que no deseaban hacer la mili.

Como dato destacado respecto a la cartilla de la licencia presentare un breve, pero significativo texto recogido por Barado y Cusachs (1989:297). El primero era teniente de Infantería, y es el autor del texto. La obra constituye una selección de láminas y textos, datados en los años 1888 y 1889, en los que se representa a las tropas y mandos en situaciones propias del momento, constituyendo un magnífico documento histórico, y etnográfico, pues recoge algunos usos y costumbres del momento.

El texto al que me refiero relata el licenciamiento destacando algunas peculiaridades y anécdotas de aquellos años. Reproduzco aquí algunos párrafos<sup>245</sup> que no tienen desperdicio, y aunque las cosas han cambiado, podemos considerar que muchos de los procesos y hechos referidos, han seguido vigentes mientras ha existido el servicio militar.

### *La paloma:*

*“Así se llama en lenguaje cuartelero, el documento que recibe el soldado llegada la hora de abandonar las filas. Este papel es un testimonio de su conducta y un símbolo de su libertad recobrada. Por lo mismo merece la pena de ser conservado con esmero; y por eso el licenciado lo deposita en el tradicional canuto de hoja de lata, canuto que adorna con un cintajo de los más vivos colores [...].*

*¡Bien se comprenden tales entusiasmos! La paloma es la vuelta al hogar, el abrazo de los seres queridos, la reconquista del objeto amado, la realización de antiguos ideales, la vida en plena libertad y con todas sus incertidumbres, la posesión completa de sí mismo. [...].*

*Aun ha podido contemplar el que esto escribe [...] la inmensa alegría que en el alma del soldado despertaba la paloma, licencia absoluta á la sazón, y por ende, término de algunos años de privaciones y fatigas. Pero aquellos años pasaron ya, y, dígame lo que se quiera, los presentes no nos parecen peores.[...]*

*¡La Paloma!...Esta palabra trae a la imaginación escenas que ya no volverán, amigos que han desaparecido, amores y tristezas que se perdieron en los abismos del pasado. - ¡Quién pudiera retroceder á los veinte años y esperar en la puerta del cuartel á la blanca y graciosa mensajera de la libertad!..”*

De este texto destacaría cómo los soldados de antaño valoraban la “blanca” como símbolo de libertad. Lo que, con los matices pertinentes, ha seguido vigente de generación

---

<sup>245</sup> El texto completo se encuentra en el apéndice. Lo añado para que, junto a otros ejemplos que aportó a lo largo de la

en generación hasta el año en que desaparece el servicio militar obligatorio. Destacaría especialmente las palabras que he subrayado en las que se refiere como la licencia significaba también, “la posesión completa de sí mismo”, con lo que se reconoce como el sujeto sometido a la milicia no era dueño de sí mismo, no poseía identidad propia, sino que era lo que se le atribuía que fuese. Por lo que no resulta extraño, que cuando el soldado se licenciaba festejase con total algarabía el momento, pues sólo a partir del mismo podía asumir la incertidumbre, y a la vez, la satisfacción de sentirse persona en su plena dimensión. Ya que, el mayor valor y cualidad que define a la persona es precisamente la libertad de elección, y la toma de conciencia de esa libertad.

En cuanto a los símbolos utilizados para señalar la licencia, podemos decir que han sido varios a lo largo de la historia, pero todos han significado lo mismo, la libertad. La licencia a sido denominada de diferentes maneras, bien con un término metafórico, o metonímico, como cuando se decía “dar el canuto”, que se refiere en el texto anterior, y que recogen otros autores como Álvarez (2000:124). En este caso se refiere a la práctica de épocas pasadas, en la que se entregaba al licenciado un documento manuscrito dentro de un cilindro de hoja de lata para protegerlo, por lo que se utilizaba el nombre del recipiente para referir la licencia. El que se entregase en un recipiente para protegerlo, denotaba la importancia y valía de dicho documento para su propietario.

### *7.2-2 La salida definitiva del cuartel.*

El hecho de licenciarse suponía para el “novel civil” un nuevo choque, y conllevaba un cierto desconcierto y confusión. Como en todo proceso de tránsito, el soldado pasaba de su condición militar a la de civil de una forma tan brusca como sucediera a la inversa. La brusquedad del cambio, y la dificultad para adaptarse al mismo, se reflejaba en la sensación de desorientación e incertidumbre con que el soldado de reemplazo se veía a sí mismo en ese momento. Una caricatura que me facilitó un soldado del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey Nº 1 del Cuartel General del ET puede servir para mostrar este hecho.

---

tesis, se pueda apreciar como escribían los autores militares de otra época.

# REGIMIENTO DE INFANTERIA “Inmemorial del Rey” N°1 del Cuartel General del Ejército



Algunos elementos del dibujo resultarían complejos de entender sin una información añadida, ya que reproduce un aspecto particular del llamamiento que se licenciaba. Me refiero al hecho, de que se dibuje a un sargento que espeta a los jóvenes con un “a tierra” en mitad de la calle. Lo que, en palabras del autor del dibujo recreaba cómo el sargento instructor que tuvieron en el periodo de instrucción, estaba todo el día ordenándoles “cuerpo a tierra”, y por ello le pareció oportuno reflejarlo en el dibujo como una señal particular, que sólo ellos entenderían, otorgándole un signo de identidad grupal particular.

Por otro lado, se representa a los sujetos con caras de extrañeza y asombro, para mostrar la sensación de desconcierto que les abordaba tal requerimiento. Esto sirve para indicar el choque del momento, pues, aunque los personajes son civiles, no saben muy bien como reaccionar, parece cómo si no tuvieran una clara conciencia de su nueva realidad. El propio despiste que encierra el empezar a ser algo distinto de lo que eran les hace dudar, parece como si se hiciesen preguntas del tipo; ¿qué hago?, ¿me tiro a tierra, o le hago un corte de mangas al mando?, ¿es esto real, o estoy soñando?. De este modo queda reflejada la idea de que, muchos de los recién licenciados no asumían de manera inmediata que la vida militar había acabado. En cualquier caso, los “wisas” soldados, pasaban a ser “peludos” en el ámbito civil. De ahí, que se dibujasen como unos jóvenes bisoños, en lugar de como unos experimentados adultos.

En la composición se repiten algunos aspectos ya tratados; como signo de la licencia portan la “blanca” en los bolsillos, detrás de ellos se puede observar a un grupo de compañeros que también se licencian saliendo a toda prisa por la puerta principal. Un rasgo particular del dibujo reside en como representa a la estatua de la Cibeles, próxima al Cuartel General del ET, a la que se dibuja con la cara embadurnada, a modo de enmascaramiento, y armada hasta los dientes, como queriendo señalar que a partir de ese día ella sería la encargada de custodiar el citado cuartel, pues los que se licenciaban ya no volverían a realizar más servicios de seguridad.

En cuanto al hecho de la licencia, se planteaba que en el preciso instante en que el sujeto salía por la puerta, ya era adulto, y dueño de sí mismo, por lo que podía recoger sus cojones y su mente que dejara en la puerta el primer día que entró en el cuartel. A partir de ese momento tendrían que plantearse qué hacer con sus recuperados atributos. Quizá en ello residía una de las más importantes enseñanzas de la mili, el aprender que convenía saber guardar esos atributos y cualidades personales, ¡por sí acaso!, pues alguien con más poder podía hacérselos “tragarse” en un momento dado.

Las ideas señaladas hasta ahora se deben, no sólo a mis particulares observaciones sobre el dibujo, o sobre los hechos que he ido observando en procesos similares, sino por las consideraciones y observaciones que los propios soldados me han referido en más de una ocasión respecto a su licencia y sobre el futuro que les esperaba.

Un soldado de reemplazo me señalaba al respecto; *Creo que el servicio militar a deteriorado bastante mi vida civil, durante un tiempo he sido un soldado del 3º del 96 pero ahora tengo que volver a empezar de cero, creo que diciendo esto digo todo, adiós y para*

*siempre [...].* El que usase la expresión, “volver a empezar de cero”, resulta bastante explícita sobre la conciencia que tenía respecto al cambio al que se tendría que enfrentar, lo que era más relevante para quienes no tenían un futuro asegurado al finalizar la mili.

Este tipo de manifestaciones corroboran en parte, la validez de considerar la mili como un rito de paso, pues, a pesar de que para el joven la mili suponía una ruptura en su vida cotidiana, ésta realmente constituía una parte del continuum que suponían las etapas por las que debía pasar en su experiencia social. De hecho, la mili constituía el paso de un nivel previo, a otro superior, en el que no servían los referentes de la etapa adolescente.

Una vez de vuelta al ámbito civil, se producía una reintegración progresiva en el mundo que dejaron antes de entrar en filas. La vuelta a casa constituía una nueva ruptura que muchos afrontaban tomándose unas “pequeñas vacaciones”, por lo que pasaban unos días saludando a amigos, y adaptándose a las pautas de su nuevo contexto, en los que el toque de diana era sustituido por el zumbido del despertador, y los chillidos del sargento por la dulce voz de su madre. Tampoco se oírían los gritos y chillidos propios de las órdenes, y el penetrante olor de los dormitorios y de los comedores se iba disipando poco a poco.

En su nueva condición de adulto se le empezaba a exigir como tal, pero normalmente pasaba un periodo de tiempo en el que los familiares y amigos se mostraran tolerantes, dándole un pequeño descanso hasta que se volviese a acondicionar a su nueva situación. El “nuevo hombre” tenía que comentar a todos cómo le había ido la mili, y repetir una y mil veces las aventuras pasadas, y sus planes de futuro.

Algunos volvían a estudiar, otros buscaban un trabajo para empezar una nueva vida y conseguir independizarse. Los más afortunados retomaban el que tuvieran antes de ingresar en filas. Pero todos serían vistos de una nueva manera a partir de ese momento, y sus acciones y actitudes serían juzgados de otra forma.

Probablemente los primeros días eran los más difíciles, y más de uno se despertaba a media noche sin saber donde se encontraba, o con el temor de llegar tarde a la lista de diana. Esta sensación perduraba en algunos mucho tiempo, como señala Muñoz Molina (1995: 13) en su novela: *Hasta no hace mucho he soñado con frecuencia que tenía que volver al ejército [...] Con la aterradora inmediatez de los sueños [...] ya me veía formando en el patio para el toque de diana en un amanecer lluvioso y frío de San Sebastián [...].*

Lo normal era que según iba pasando el tiempo, los recuerdos de la mili se fuesen suavizando, y sólo permanecían los recuerdos más destacados.



Antes de cerrar este apartado quiero señalar cómo los mandos veían la licencia de los soldados de forma distinta a cómo lo hacía la mayoría de los licenciados, llegando en ocasiones, a concebir que tal hecho suponía un momento penoso para el que se licenciaba, lo que se puede observar en el dibujo de la obra del ya citado Muinelo (1967a: 33).

En la imagen se muestra a un soldado que “va a dejar de serlo”, como se puede leer en su encabezamiento. Presenta a un personaje vestido de civil, con la cartilla de licenciamiento, y un brazalete de la unidad en el brazo izquierdo, -mostrando una costumbre de tiempos pasados-, pero se representa con un rostro un tanto taciturno y triste, lo que contrasta con la manera en que los soldados solían representar este momento.

El primer matiz se observa en el carácter estático y triste del personaje, que contrasta claramente con la sensación de júbilo, dinamismo y movimiento que caracterizan los dibujos realizados por los soldados.

La diferencia en la percepción del mismo hecho, se basaba en los criterios y categorías que utilizaba cada cual al analizarlo, ello estaba condicionado por su papel en la institución. Unos eran miembros de pleno derecho de la institución, eran los que la dirigían y configuraban, accedían a ella por su propia voluntad y vocación, y se erigían en los guardianes de la misma. Los otros eran los servidores de la institución, los sumisos ejecutores de las ordenes, y no poseían ni participaban de las mismas creencias y valores, y entraban en dicha institución en contra de su voluntad y sin motivación alguna, por lo que tampoco asumían como propias las normas institucionales.

También puede resultar interesante hacer un análisis comparado entre la manera en que los mandos representaban al mozo a punto de incorporarse, y como lo hacían en el momento de su licencia. Esto lo podemos hacer con el trabajo de Muinelo, pues representa ambas situaciones, la correspondiente a la entrada del joven en el cuartel la presenté en el apartado de la incorporación. En este caso reproduce un dibujo en el que el sujeto era representado como un joven de procedencia rural, con boina y





una camisa de pueblo abrochada hasta el cuello. Sin embargo, en el dibujo del que se licencia se representa a un joven sin boina, con un pantalón liso camisa y chaqueta, lo que le otorgaba un aire de modernidad (de la época, claro esta). Esto muestra como la percepción y valoración del hecho de la mili por quién así la mostraba era claramente positiva. Señala cómo la mili otorgaba unos valores al sujeto, a la vez que resultaba un mecanismo eficaz para “forjar” a los jóvenes, y convertir a un pueblerino en un apuesto y elegante muchacho. Parece como si Muñelo quisiera señalar que la mili había elevado de status y de clase social al joven que ingresó en filas meses atrás. Dando a entender que además de fortalecer físicamente al joven, se le culturizaba y educaba<sup>246</sup>.

Destacaría un objeto bastante común en las apreciaciones y dibujos o caricaturas en las que se refiere el hecho de la licencia, -también de la incorporación-, me refiero a la presencia de una maleta. Con ello se simboliza y señala que su portador está a punto de realizar un viaje, no sólo en el espacio, sino en el universo simbólico que se configura en torno al hecho de la mili. Ciertamente, la maleta ha constituido un elemento simbólico de la mili en la cultura cuartelera, y en la cultura popular de nuestro país, lo que queda recogido en el dibujo realizado por Mingote con motivo de los Premios Ejército de 2001, año en el que culmina el servicio militar obligatorio.



*Motivo elegido por Mingote el año 2001 para ilustrar los Premios Ejército.*

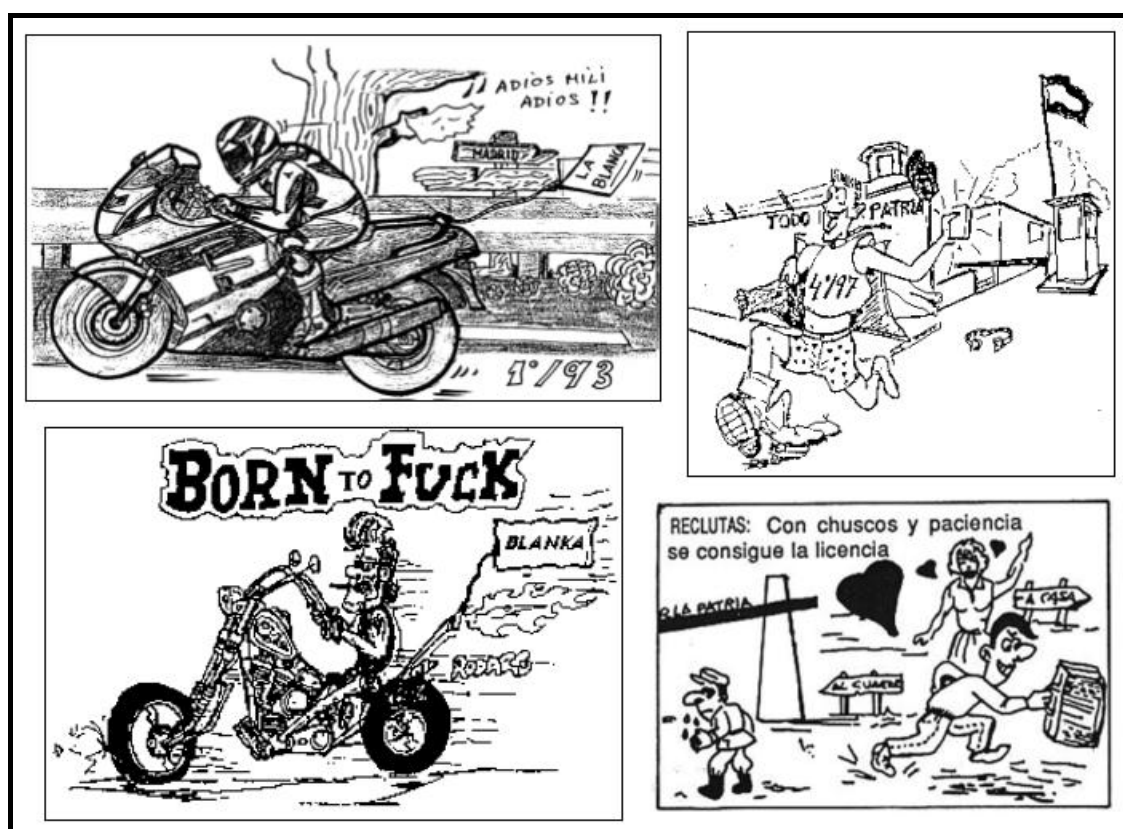
---

<sup>246</sup> Aspecto que aparece recogido en la obra ya citada de Quiroga (1999).

Como vemos, representa a un soldado vestido con el uniforme de paseo de antaño, en lugar del uniforme vigente en el año 2001. El soldado saluda al estilo militar, y en la mano izquierda porta una maleta antigua, con correas y con las cantoneras reforzadas. Sin embargo, el soldado que le despide muestra algunas diferencias interesantes. En primer lugar luce un uniforme de campaña moderno, y en lugar de responderle con un saludo militar, lo hace de manera informal y jovial con la mano en el aire a modo de despedida cariñosa, a la vez que con la otra mano sujeta la bandera de España que ondea al viento y sirve como fondo al conjunto, simbolizando a la patria que a todos aúna.

El símbolo del soldado de reemplazo que se licencia se focaliza en este caso en la maleta, que ha servido desde antaño como motivo para simbolizar el inicio de un viaje, y la despedida. El conjunto señala la renovación del modelo de recluta en nuestro ejército, la modernidad despide a lo antiguo, el soldado profesional, despide al soldado conscripto.

En los próximos dibujos se pueden apreciar algunos de los aspectos señalados respecto al contraste en la manera de ver los hechos, en especial por el uso de fórmulas utilizadas por la tropa, que solía caracterizarse por un alto dinamismo.



*Detalles de calendario y carnés, en los que se aprecia como los soldados solían representar a quién se licenciaba saliendo “a toda prisa” en el momento de la licencia.*

Resulta fácil apreciar en estas imágenes el deseo de marcharse que tenían los soldados. En todos vemos a soldados con la blanca, o con la maleta, saliendo a toda velocidad, -se les dibujaba incluso en moto-, y con cara de alegría, despojándose sobre la marcha de cualquier cosa que les vinculase al mundo que abandonaban.

El joven no entraba en la mili de manera risueña ni presurosa, como hacía al salir. Un soldado al que le faltaban once días para licenciarse me señalaba como el momento de la licencia le resultaba mucho más intenso del que pudiera sentirse en el momento previo a la entrada en el mismo: *Lo único bueno de la mili es que conoces unos compañeros de puta madre, si no fuese por ellos no aguantaría los nueve meses de mili. Al final salimos con más ganas de las que entramos.*

Sin embargo, el discurso institucional suele referir como el joven se incorporaba a la mili con muchas carencias y salía pleno de conocimientos y virtudes, más adulto y satisfecho, lo cual era debido, según la institución, a las experiencias de su vida militar. Además del ejemplo ya analizado de Muinelo presento una caricatura utilizada como portada de una revista denominada (Saltamonte) elaborada en el marco del SERRES de una unidad militar. En este caso se aprecian diferencias significativas respecto a los dibujos del trabajo de Muinelo. Se trata de una caricatura elaborada por soldados de reemplazo bajo el control y supervisión de los mandos encargados de la revista, quienes actuaban como censores de la misma, pero destacaría cómo sus autores fueron capaces de saltarse la censura, cómo mostraré a continuación.



*Portada Revista Saltamonte (1997).*

En este dibujo se representa al recluta que está entrando en el mundo militar, -perteneciente al 1<sup>er</sup> reemplazo de 1997-, al cual se presenta con la mano en el bolsillo y contemplando atentamente a un veterano -perteneciente al 3<sup>o</sup> reemplazo de 1996, como se puede observar en la suela de su bota, 3/96- quien se hace cargo de él y le lleva con el brazo sobre el hombro dándole los primeros consejos. En este primer conjunto podemos apreciar el carácter ambiguo de la composición, pues la aparente cordialidad con que el nuevo veterano recibe al novato, contrasta con la muesca socarrona del veterano que luce una sonrisa que le llega hasta la oreja. Además la mano derecha señala gentilmente al novato que camine confiado hacia delante sin mirar al frente. Sin embargo, en la parte inferior izquierda del dibujo, justo delante del soldado novato, observamos un charco del que emerge la aleta de un tiburón. Este aspecto otorga un sentido bien distinto a la supuesta amabilidad del veterano, que realmente muestra un rictus tramposo de matarife que lleva a la “oveja” al (bicho) engañada al matadero. Éste entra en un mundo también tramposo en el que las cosas no son como aparentan, y donde los charcos “ocultan tiburones”. El “bisa” actúa como el amigo perverso del cuento de Pinocho que le introduce en el mundo del mal a través de la camaradería. También representa la primera novatada para el recién llegado.

Por el contrario, el soldado que se licencia, -perteneciente al 2<sup>o</sup> reemplazo de 1996, como se lee en la cartilla de licenciamiento 2/96-, es representado con un aspecto y talante bien distinto al del recluta. Es dibujado más grueso que el novato, como señal de que no lo ha debido pasar muy mal, dada su condición de veterano. El que sea representado mucho más obeso puede adquirir un doble sentido, pues como toda buena caricatura juega con la ambigüedad, por lo que también puede adquirir el significado ya señalado de que el soldado se marcha de la mili mucho más desarrollado y pletórico de cuando llegó, pues se lleva los conocimientos y virtudes que esta experiencia le ha aportado. Pero en este caso, la obesidad del licenciado representa también el “sobrepeso” negativo de una experiencia frustrante, pues no olvidemos que en nuestra sociedad estar obeso es algo negativo.

No obstante, desde la óptica del soldado de reemplazo su mirada se centrará en la amplia sonrisa que luce el recién licenciado al contemplar la añorada blanca, incluso deja entrever una lágrima, que unida a la sonrisa parece representar una muestra irónica del sentimiento ambiguo que tal hecho le aporta, pues le embarga la emoción de dejar todo atrás pero con cierto regusto, pues no mira al mando que le despide con el pañuelo.

Éste personaje central representa a un mando que despide al recién licenciado desde

cierta distancia y de una forma poco reverente, con un pañuelo, como queriendo señalar que añorará a quién se marcha, como si de un hijo se tratase. En este personaje destacaría cómo el dibujante lo representa con cara de “bobalicón” con una sonrisa un tanto ingenua, como queriendo señalar que no se entera de nada de lo que sucede entre los soldados.

Un pingüino, -especie de pájaro que suele considerarse bobo y torpe-, cierra el conjunto en la parte inferior derecha, con él se denota el carácter aburrido y apático de la mili. Constituyendo así una muestra del carácter irónico con que los soldados trataban el hecho de la mili, y como éstos lo veían de forma distinta a los mandos.

Por último, para comprender mejor los posibles orígenes y el alcance de los conflictos de identidad en los jóvenes que realizaban la mili, considero interesante hacer algunos comentarios sobre las diferencias fundamentales que existían entre el licenciamiento del soldado de reemplazo, y el “licenciamiento” de los militares profesionales.

Sobre el respecto diré que para el soldado de reemplazo el licenciamiento suponía una liberación, una vuelta al mundo civil, por lo que tal momento era festejado con la “Loka”, en la que primaba la algarabía y el desenfado. Por el contrario, en el caso del militar de carrera, el pase a la situación de reserva conlleva un sentimiento diferente, pues constituye una ruptura, pero a la vez forma parte del continuun de su trayectoria profesional, pues el militar de carrera lo es siempre. Por lo que respecta a los festejos y procedimientos ceremoniales, sin duda adquieren un significado diferente al del soldado de reemplazo.

Por tanto, y resumiendo, no se puede equiparar el licenciamiento del soldado de reemplazo con el pase a la reserva del militar de carrera, aunque para ambos suponía un cambio cualitativo importante en sus vidas, pero de distinta índole.

### **7.3- Los recuerdos de la mili.**

En el momento de la licencia las valoraciones estaban condicionadas por la tensión que tal hecho producía, por lo que se podían oír todo tipo de comentarios respecto a la mili. Algunos eran bastante críticos, como los que presento a continuación:

- *El servicio militar, visto a “toro pasado” no es recomendable para nadie. Mi experiencia en este lugar ha sido bastante negativa.*
- *La mili no me ha servido para nada, pues a mis 23 años no necesito venir aquí, a que me den disciplina, ya tengo mi propia autodisciplina.*
- *Me gustaría que la gente supiera el daño que puede hacer la mili al suponer para muchos una pérdida de trabajo, y la pérdida de un año de tu vida (...) y todo resulta de poca, por no decir de ninguna utilidad.*
- *De aquí sólo te llevas repulsa a esta institución para toda tu vida.*

El tiempo solía ejercer un efecto atenuante sobre estas valoraciones, aunque siguiese existiendo un recuerdo agri dulce en muchos casos.

En cualquier caso, podemos confirmar que la mili es rememorada con cierta facilidad cuando se dan algunas circunstancias. Tales recuerdos pueden aflorar al recibir una carta de un amigo de esa época, o al ver alguna reseña en la prensa sobre el ejército, o simplemente porque al ordenar un cajón aparezca algún objeto o fotografía relacionados con tal experiencia. Algunos interpretan el hecho de que se produzcan tales rememoraciones, como un signo de bondad de dicha experiencia, amparándose en la idea de que “sí se habla de ella es porque algo aportó”. Así opina Bonifacio Varea (1997: 101, 85, 147, 148), quien trata el tema de la mili como "si no fuese para tanto", quitándole dramatismo, y señalando que en dicho recuerdo prevalecen los beneficios sobre las penas.

Desde una perspectiva global, los recuerdos podrían ser clasificados como “buenos” o “malos”, pero también podían ser de carácter puntual. En cuyo caso se hacían consideraciones específicas sobre aspectos y circunstancias personales, o relacionadas con los compañeros de armas, o con algún mando concreto.

Podría decirse que una particularidad de tales conversaciones es la tendencia a exagerar un poco las cosas, y ante la hazaña de uno, o la destreza de otro, alguien suele contar otra que la supera. Lo cual no responde a una actitud racional o a una mala fe, sino a la lógica de ver la propia experiencia como única, y especial, lo cual es además potenciado por las connotaciones emotivas que suelen vincularse a tales recuerdos.

Las circunstancias que favorecen el que se surja la mili como tema de conversación, son

diversas y de lo más variopintas, pero algunas son especialmente propicias. Así, el reencuentro con conocidos de la misma quinta, o de quintas próximas, hará que se rememore inevitablemente dicho tema, al constituirse en un elemento de identificación grupal amparado en la tradición y en la costumbre, y en el proceso de socialización al que todos han sido sometidos. La confluencia de amigos y amigas, en un ambiente relajado, también resulta una excelente ocasión para que los varones se refieran a la mili, al ser una experiencia que les une y a la vez les diferencia de sus amistades femeninas. Por lo que normalmente se citan, situaciones especialmente duras o anecdóticas sobre temas como; las maniobras, las novatadas, las guardias, etc. Otro tema habitual suele ser el de la comida, sobre la que no se suelen hacer muchos elogios. El que algún familiar, o joven conocido estuviese próximo para incorporarse a filas, constituía un hecho especialmente adecuado para tratar el tema. En tal circunstancia los varones adultos y experimentados no podían resistir la tentación de dar los consejos oportunos al no iniciado, contándole todo tipo de “batallitas”, con lo que sentían un rejuvenecimiento, pues a través de ese acto reafirmaban, de forma simbólica y atemporal, su condición de “bisabuelos”, al dirigirse al joven despistado como si fuese un recluta novato, al igual que hiciera cuando estaba cumpliendo su servicio. Con esta actitud, reproducían además los procesos amparados en la costumbre y la tradición, pues hacían lo que en su momento hicieron con ellos sus mayores, cuando eran ellos los que estaban a punto de incorporarse a filas tiempo atrás.

La ya citada película de Mikel Nichols, *Desventuras de un recluta inocente* (1988) resulta especialmente ilustrativa al respecto. El filme comienza en un viaje en tren en el que el protagonista se traslada al centro de instrucción junto con otros jóvenes, en ella se suceden los procesos de formación y socialización que he desarrollado a lo largo de la tesis, finalmente concluye de la misma forma en que se inicia, con el personaje principal en un tren que le devuelve a su hogar al finalizar su servicio militar, lo que da una visión global interesante al mostrar el hecho como si tuviese un final similar al principio y cómo su el periodo intermedio fuese un viaje en el tiempo. En la última escena el protagonista manifiesta cómo los recuerdos de la mili le aportan cierta alegría a pesar de las calamidades sufridas, pero justifica tal percepción, no por la propia experiencia, ni por la especificidad o bondad de la misma, sino por el hecho de que la mili estaba vinculada a su juventud, por lo que los recuerdos de la misma suscitaban en el sujeto elementos de añoranza y emoción.



Cito literalmente esa reflexión:

*[...] aquellos que no volvieron aún me quitan el sueño. Me hice escritor [...] ahora, años más tarde, cuando pienso en todo aquello me doy cuenta que la época en el ejército fue la época más feliz de mi vida, y bien sabe Dios que no es porque me gustara el ejército, ni la guerra, como pueden suponer, me gustaba por la razón más egoísta que puede haber, porque era joven, lo éramos todos, yo, [...], incluso el sargento Tummy, ninguno de aquellos tíos me caía verdaderamente bien, sin embargo, hoy les recuerdo con cariño. Misterios de la vida, ¡no!.*

El protagonista basa la bondad del recuerdo de esa experiencia a su asociación con la juventud, lo que refiere también como si ello respondiese a un aspecto misterioso de la vida. Sin embargo, la verdadera razón de que la mili sea rememorada de manera bondadosa, responde precisamente a la función fundamental que juega todo rito de paso que es la de rememorar, pero reinventando según las necesidades del momento el hecho rememorado, por lo que se suele hacer desde una perspectiva positiva. Así, pasados los años aquellos que hicieron la mili reinventan de manera magnánima esa vivencia, destacando lo que consideran aspectos positivos o simpáticos de ella, muchos de los cuales no fueron visto de igual forma cuando acontecieron.

Si hiciésemos un análisis comparado entre grupos de edad<sup>247</sup> respecto a las valoraciones sobre la mili, encontraríamos como los más mayores suelen hacer unas valoraciones más positivas que los más jóvenes, de forma que encontraríamos la variable edad como significativa al respecto. Sin embargo, desde un punto de vista antropológico debemos señalar que tales diferencias no responden a la distancia temporal, sino que son también fruto de la manera en que se percibía el hecho de la mili en cada momento. Nuevamente debemos seguir las directrices de Clifford Geertz y contextualizar los hechos para poder comprenderlos, de forma que las valoraciones de nuestros mayores son también fruto de su particular percepción de la mili, pues en su momento era un hecho aceptable y aceptado, mientras que para los que la hicieron en los momentos postreros, ésta estaba en tela de juicio para la mayoría. En ello incide además, el hecho de que los grupos de mayor edad realizaron un servicio militar en unas condiciones sociales y políticas muy diferentes a los de épocas más recientes. Los de edades intermedias lo hicieron en plena época franquista, y los de mayor edad en los momentos de la guerra y post-guerra. De forma que en un determinado momento, la vida militar era ciertamente dura para el soldado, pero también lo eran las condiciones de vida en el entorno social, a la vez que no existía un claro

---

<sup>247</sup> Algunos estudios sociológicos recogen este aspecto, por ejemplo la Encuesta CIRES *Actitudes ante las*

distanciamiento entre el mundo social y el militar. En otros momentos se apreciaba un mayor distanciamiento entre los ámbitos señalados, por lo que puede considerarse que la incorporación a filas podría resultar más dura, a pesar de que las condiciones hubiesen mejorado sustancialmente para el soldado.

Lo dicho debe ser considerado teniendo en cuenta que los valores y creencias de los jóvenes varían según las circunstancias. Me refiero concretamente al modo en que estos se circunscriben a modelos perceptivos de cada momento. Así, durante periodos más lejanos, los valores inculcados en la sociedad civil estaban muy mediatizados por valores propios de la cultura militar, con lo que existía una cierta visión militarista de la vida en todos los ámbitos. Por el contrario, durante el periodo en el que el sistema político de nuestro país responde a un modelo democrático, la libertad individual se manifiesta como uno de los máximos valores, y la sociedad civil asume como propio dicho valor. Lo que se hace extensivo a los sujetos de menor edad, que fueron socializados y educados en estos otros principios y valores, más individualistas, y menos vinculados a las instituciones tradicionales.

En definitiva, considero que no podemos hacer una comparación, sin más, y que para ser exhaustivos en el análisis deberíamos contextualizar los hechos. Así, debemos considerar que las condiciones sociales y económicas de las fechas más lejanas en el tiempo estaban marcadas por la penuria y la escasez, con lo que la entrada en el cuartel significó para muchos tener cubiertas unas necesidades básicas que en sus lugares de origen no se cubrían con facilidad. Por lo que podemos presuponer que la dureza cuartelera conllevaba algún tipo de compensación. Suponía, en el mayor de los casos, el poder salir del pueblo, viajar, vivir con una cierta independencia de la familia, lo que habría nuevas perspectivas a muchos jóvenes, como señala Busquets<sup>248</sup> (1995:11):

*En los años 40, incluso en los 50, España era un país subdesarrollado y la paupérrima vida de los campesinos, en su mayoría jornaleros sin tierra, hacía que no fuera desagradable hacer un servicio militar, en el que la comida, vestuario y habitación estaban aseguradas y además rompía la monotonía de la vida rural de unos jóvenes predestinados a pasarse sus días pegados al terruño. En consecuencia, aunque era largo y sus condiciones duras, con miseria, pelaos y pescozones, la masa campesina no se sentía especialmente incómoda y, con los años, recordaba nostálgicamente dos anécdotas de unos tiempos juveniles en los que la mili fue su gran aventura.*

Sin embargo, estos factores van perdiendo relevancia con el paso del tiempo, y a pesar

---

*Administraciones Públicas*, Abril, 1993.

<sup>248</sup> Otros trabajos apuntan en el mismo sentido, pero creo que con este ejemplo queda clara la idea señalada.

de que las condiciones de vida han mejorado sustancialmente en los cuarteles, la distancia entre la forma de vida militar y la vida civil se ha implementado de manera extraordinaria. La sociedad civil, y la militar se han regido por principios y valores diferentes, lo que es del todo lógico al estar la vida militar enmarcada en una institución total. Por lo que no es de extrañar que los jóvenes de tiempos cercanos, valorasen de manera más negativa la experiencia militar que los pertenecientes a generaciones anteriores, que la asumían como un hecho ineludible e incuestionable, implícito en la vida de cualquiera que naciera varón y tuviese una salud y constitución física que lo hiciera útil para el servicio.

Para concluir este apartado debería analizar el proceso de reincorporación de los jóvenes al volver a la vida civil, y cómo eran recibidos. Sin embargo, y dado que la mayoría de mis informantes han sido jóvenes que estaban cumpliendo su servicio militar en el momento de ser entrevistados, no podían aportarme gran información. No obstante, poseo declaraciones de personas ya licenciadas que tendrían algo que decir al respecto. Pero tales aspectos no son los más importantes de mi investigación, y podrían constituir un objeto de trabajo suficientemente amplio como para ser objeto de estudio en sí mismos, lo cual trasciende, el ya de por sí extenso trabajo que presento.

Por ello, me limitaré a referir cómo muchos de los recuerdos de la mili quedaban plasmados en las fotografías que los soldados acostumbraban a hacerse, como expliqué en su momento. Estas “fotos de la mili” formaban parte del entramado ritual, contribuyendo al hecho del rito, en tanto que constituían elementos recordatorios del mismo. Un ejemplo de tal función la encontramos en la costumbre, -institucionalizada en algún momento-, de hacer fotografías a los soldados en el momento de la jura de bandera, punto culminante del rito de paso desde la perspectiva militar, y referente obligado de la mili.

Llegado a este punto de la tesis parece oportuno ir “cerrando filas”, por lo que entrar en detalles sobre el tema de las fotos de la mili supondría más un factor de reiteración sobre lo dicho que un apartado adecuado de tratar, -sobre todo por la extensión y complejidad del mismo-, por lo que considero suficiente señalar la conveniencia de que se hiciese un trabajo de investigación basado en técnicas de la Antropología Visual para analizar tal aspecto. Por ello me limitaré a aportar unos ejemplos de fotografías que pudieran dar una idea del interés de este tema.

Los contenidos que aparecían en estas fotografías eran diversos, como he plasmado en algunos puntos del trabajo, pero los retratos adquirirían un valor especial. Por lo que reproduciré algunas fotografías sobre el particular.



1ª



2ª



3ª

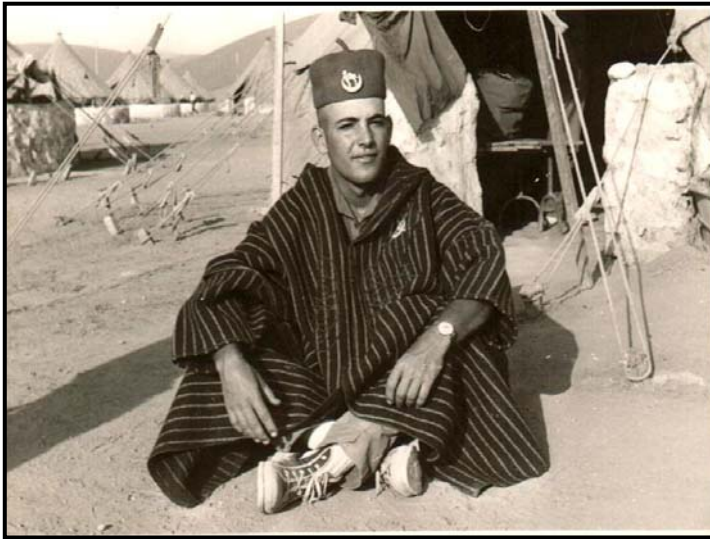


4ª

Las anteriores fotografías corresponden a soldados que hicieron su servicio militar en distintas épocas, en distintos lugares, y en distintas unidades. De izquierda a derecha; 1ª soldado de infantería del Regimiento Inmemorial del Rey en Madrid durante un servicio de

guardia a finales de los 50. 2ª Soldado de infantería de una unidad de Valencia con uniforme de faena, principio de los 70. 3ª soldado del Tercio en Ceuta durante unas maniobras en Almería años 80. 4ª soldado de la BRIPAC de Alcalá de Henares con uniforme mimetizado y cara pintada, años 90.

Podemos encontrar fotografías más exóticas, en las que aparecen soldados con pintorescos “uniformes”, lo que se prestaba normalmente en unidades emplazadas en lugares distantes y especiales, como es el caso de las siguientes imágenes.



Fotografía tomada en Ifni a finales de los años 60 en la que aparece un soldado de reemplazo de Regulares.



Fotografías tomadas en una unidad de Regulares en Ceuta en el año 1968.

Las fotografías con los amigos y compañeros de unidad también eran frecuentes, además de las de carácter más institucional en las que aparecen todos juntos a sus mandos orgánicos, existía la costumbre bastante generalizada de retratarse en pequeños grupos con la blanca en la mano en el día de la licencia. En algunas de estas fotografías realizadas en los últimos años, todos lucían una camiseta similar que acostumbraban a confeccionar como recuerdo. En la siguiente fotografía, correspondiente a los últimos reemplazos, que obtuve en Internet se aprecia este aspecto.



Esta fotografía recoge a un grupo de jóvenes de los últimos años de la mili en el momento de licenciarse, por lo que la considero una buena manera de concluir este apartado. Lo que hago con la esperanza de haberme ganado la “blanca” del rito que constituye la tesis doctoral.

## **EPÍLOGO ( A MODO DE CONCLUSIÓN).**

La presente tesis empezó siendo una investigación sobre los conflictos de identidad que suscitaba en los jóvenes varones el hecho de realizar el servicio militar obligatorio en España. Pero a medida que evolucionaba la investigación, se fueron produciendo cambios que produjeron variaciones en mis planteamientos y que desembocaron en el trabajo que finalmente presento.

Quiero señalar que empecé a investigar sobre el servicio militar obligatorio de forma metódica en el momento en que se determinó que iba a suspenderse, en el año 1991 (Ley Orgánica 13/1991, de 20 de diciembre), y he seguido analizándolo hasta el momento de su suspensión (Real Decreto 247/2001 de 9 de marzo). Ese proceso se caracterizó por la producción de normas y contranormas orientadas a paliar los problemas que iban surgiendo con el cambio del modelo de recluta. Ello afectó de forma especial a los militares profesionales, y a los propios soldados que tuvieron que ir adaptándose a las circunstancias. No obstante, la base y la esencia de la subcultura cuartelera quedaba materializada en ciertos usos y costumbres que han persistido hasta su desaparición, lo que responde a los procesos basados en la tradición, y en los rituales.

A un nivel general podemos constatar cómo se han producido grandes cambios en los tipos de amenazas y situaciones a las que los países modernos deben enfrentarse. Así, el terrorismo internacional se baraja como una de las mayores preocupaciones, y aunque persisten confrontaciones de carácter “convencional”, éstas se desarrollan en entornos lejanos, en los que el papel de las FAS está basado en principios de apoyo, intermediación, o de ayuda humanitaria, que se desarrollan bajo el amparo de grandes organizaciones y con unos medios y una tecnología punta. El ejército de masas, propio del modelo de defensa que propugnaba el ideal del “pueblo en armas”, que estaba amparado en un principio de disuasión ante una potencial ocupación del territorio, o de batallas a la antigua usanza, ha quedado desfasado. El principio de la mili de preparar a los varones en la milicia para ser movilizados en caso de necesidad, basado en un soldado de reemplazo, poco preparado, y nada concienciado, resulta anacrónico e inapropiado. Las tradicionales unidades acuarteladas han dado paso a unas unidades más reducidas y especializadas, permanentemente operativas, lo que requiere de soldados profesionales instruidos y concienciados en su labor diaria.

Por otra parte, y especialmente en el caso de España, hay que tener en cuenta la evolución de la sociedad y los movimientos y acciones contrarios al modelo de recluta forzosa que han contribuido eficazmente a su supresión, como señala Ajangiz Sánchez (2003: 290-296).



En cualquier caso, el fin de la conscripción supone un cambio importante respecto a los militares y a la percepción que de éstos tiene la sociedad civil. La derogación del servicio militar obligatorio, constituye en el ámbito social un cambio cualitativo en los procesos de socialización de los jóvenes varones. Pero supone también uno de los cambios más radicales que ha afectado a nuestras FAS en los últimos tiempos; el “perfil” de la tropa se ha modificado notablemente, lo que ha conllevado un cambio de paradigma<sup>249</sup> en lo que será la filosofía de acción y de realización del devenir del mundo cuartelero. Ello conlleva modificaciones significativas a nivel infraestructural, estructural y supraestructural, que se irán conformando a medida que el nuevo modelo se vaya asentando en el ámbito de la praxis y de las representaciones simbólicas.

Desde un punto de vista político podemos afirmar que mientras estuvo instaurado el sistema de la dictadura en nuestro país, el mando militar amparaba su status en el poder y el temor, lo que le facilitaba la labor de manejar grandes contingentes de tropa formada por jóvenes muy diversos que no participaban de la milicia de forma voluntaria. Ese modelo de autoridad se proyectaba, en cierto modo, sobre la sociedad civil. Pero, con los cambios políticos y sociales de la Transición, y con la desaparición de la conscripción, éstos mandos ya no necesitaban ser temidos ni odiados por los varones que tenían que pasar por sus manos de manera inexorable, a la vez que las actitudes de antaño eran contrarias a los principios democráticos emergentes. Lo que supuso una pérdida de poder directo de los militares respecto a los civiles, que fueron perdiendo el temor hacia la institución militar y sus miembros.

En el tránsito de las FAS a la adquisición de un reconocimiento social integrada plenamente en la democracia, como suele ser lógico en estas situaciones, el marcaje de la sociedad fue estrecho y cargado de desconfianza. Las inevitables contradicciones que surgen en este tipo de procesos, y más en el caso de una institución muy jerarquizada y hasta entonces inasequible a cualquier tipo de crítica, generaron no poca confusión y tensiones entre el mundo militar y el mundo civil. A pesar de los enormes distanciamientos y escasas aproximaciones iniciales, ambos mundos estaban abocados a entenderse si se quería lograr una auténtica sociedad democrática. Poco a poco, los cambios en la institución de las FAS, como muy bien señala Mary Douglas (1996:180) cuando habla de la forma de pensar de las instituciones, se impusieron y la aproximación con el mundo civil fue un hecho.

---

<sup>249</sup> En el Cuaderno de Estrategia Nº 104 del Instituto Español de Estudios Estratégicos del Ministerio de Defensa Español titulado *La profesionalización de las Fuerzas Armadas* (octubre 1999), se desarrolla ampliamente este tema, personalmente colaboré en un capítulo titulado precisamente: *Soldado de reemplazo/soldado profesional; un cambio de paradigma* (p. 95–128).



Este proceso de cambios generó un cierto caos existencial en los mandos que, en ocasiones, desencadenó en un estado de desorientación y de duda sobre su identidad y su razón de ser, que podría calificarse como un estado de anomia desde la perspectiva durkeniana, o de la mertoniana. Esto afectó de forma especial a los cuadros de mando de cierto status y edad, que habían sido enculturados en la milicia con la idea de que una de las funciones principales de todo mando era la enseñanza e inculcación de los valores castrenses y patrios entre los jóvenes que venían a prestar el servicio militar. Con el soldado profesional éstas funciones quedan restringidas a unidades especiales donde se imparte dicha formación, pero no tiene un papel destacado en la vida diaria de las unidades convencionales, en la medida en que al ser profesionales y voluntarios se presupone que participan de estos valores sin que los mandos estén constantemente controlándoles ni adoctrinándoles.

Hay que tener en cuenta que mientras duró el modelo de recluta conscripta los acuartelamientos (especialmente en las unidades del ejército de tierra) se caracterizaba por la presencia de enormes contingentes de tropas a los que había que recibir, instruir, resocializar, y mentalizar en nuevos principios, para adaptarlos a una forma de vida de servicio y sacrificio en un contexto diferente del de origen, y adecuarlos para vivir en y para la milicia, teniendo además en cuenta que permanecerían en ella sólo por un periodo breve de tiempo para luego desvincularse para siempre de las FAS. Ello requería de unos mandos dispuestos a formar y controlar de manera permanente a esos contingentes mientras estaban en filas. Y muchos de esos mandos de esa época se limitaban a reproducir los procedimientos y maneras que habían sido utilizados con ellos en su momento cuando accedieron a la institución militar.

Pasado un tiempo, la sociedad empezó a percibir la desaparición de la mili como algo irreversible, a la vez que se apreciaron cambios importantes en el seno de las FAS. El temor que se sentía hacía lo militar y los militares se tornó en cierto respeto, en tanto que ya no suponía y una amenaza directa para las familias ni para los varones, empezando a valorarse aspectos positivos de la misma. Más si cabe cuando ésta orientaba sus acciones en misiones humanitarias o en actos de ayuda a la población en catástrofes de todo tipo, y actuaba con mayor frecuencia fuera del territorio nacional, desarrollándose un principio de seguridad, en lugar del principio de defensa arraigado en los procedimientos castrenses tradicionales.

Podemos señalar que la desaparición de la mili desdramatiza a la institución militar ante la mirada de la sociedad civil, a la que además se abre progresivamente, y abandona su imagen de institución total para convertirse en una institución más del sistema democrático, aunque no posea una estructura democrática.

En la sociedad de antaño, sin apenas movilidad y con grupos sociales bien diferenciados y homogéneos en el ámbito interno, podría tener sentido la igualación burda y brutal de la vieja

mili, pero carece de sentido en la actualidad en la que el sujeto se caracteriza por la individualidad y la diversidad, y está inmerso en una sociedad plural, dinámica y abierta.

En todo caso, en los últimos tiempos se produce un cambio relevante respecto al principio que presenta el servicio militar obligatorio como un deber a la vez que como un derecho. Entre otras causas, por el hecho de que ha dejado de jugar el papel social y político que tuviera en otro tiempo, en el que la mili igualaba y a la vez atribuía el derecho del joven a ser aceptado en la sociedad civil en la que se encontraba inmerso, y actuaba como rito de paso para otorgar la mayoría de edad social a los que pasaban por dicha experiencia.

Por otra parte, quiero destacar que con el fin de la mili desaparece toda una cultura cuartelera marcada por la necesidad de los jóvenes de sobrevivir y de superar dicha experiencia, caracterizada por una serie de rasgos que la hacían particular y distinta, como he tratado de mostrar a lo largo de esta tesis. Particular porque se daba entre un particular grupo de sujetos; jóvenes varones que se sentían obligados a vivir una experiencia militar, sin dejar de sentirse civiles, siendo conscientes de que no eran aceptados por los militares profesionales como sus iguales. Y distinta, porque tal experiencia se producía en una institución total particular, distinta a otras especialmente por su particular apreciación sobre el hecho de la muerte.

Después de lo dicho, y aceptando las limitaciones que conlleva toda generalización, me tomaré la licencia de hacer una breve referencia respecto a los cambios que experimentaba el soldado durante su etapa militar:

En una primera fase, que correspondía al periodo de instrucción básica, la principal sensación era la incertidumbre ante el temor y la duda existencial que suponía entrar en un mundo desconocido, sin saber él porqué, ni para qué.

En una segunda etapa, tras el período de instrucción, los individuos habían adquirido una nueva identidad que les había otorgado la institución militar<sup>250</sup>. La toma de conciencia de su situación, la adaptación y reproducción progresiva y sistemática de las pautas institucionales pasaban a ser los máximos referentes de su vida de soldado. En este periodo sus voluntades habían sido minadas, o “forjadas” como se decía en el argot militar, y habían aprendido que lo mejor era obedecer y pasar desapercibidos.

Un tercer período se circunscribía al momento en que dejaban de ser novatos y adquirían la condición de adultos -dentro de la subcultura cuartelera-, pasaban a ser “padres”, en ese momento desarrollaban una picaresca cuartelera y un “saber manera<sup>251</sup>” que guiaban su

---

<sup>250</sup> Realmente era la institución la que les confería igualdad, y les otorgaba su nueva identidad, como señala Mary Douglas (1996: 91-92), aunque en este caso fuese de una forma poco sutil.

<sup>251</sup> Para más concreción sobre este término véase a García Serrano, (1979: 287).

conducta en adelante, ateniéndose a la tradición, a las prácticas y usos que tan concienzudamente les habían transmitido sus veteranos, pasando a desarrollar el rol de enseñantes para con sus sucesores, sus “bichos”.

En la fase previa a su licenciamiento, cuando adquirirían el status de “abuelos”, la rebeldía y el intento de reencontrar su yo civil eran las pautas que regían su conducta. Este cambio estaba justificado por la proximidad de su reincorporación al mundo del que procedían, en el que esperaban volver a ser “ellos mismos”, al recuperar su individualidad y su libertad.

Todo ello hacía que el soldado de reemplazo generase una manera de vivir propia y particular, configurando una cultura propia o subcultura cuartelera. Ésta se basaba en pautas de comportamiento particulares y poseía un propio sistema de valores que permitía al soldado compensar la presión a la que se veía sometido por la cultura militar dominante. Las normas que la regían eran de carácter informal y se basaban en la tradición, traspasándose de reemplazo en reemplazo. Una característica que la definía era el uso de mecanismos y aspectos propios de los jóvenes varones, como un argot particular y una postura machista. En particular, el carácter juvenil de sus miembros hacía que tratasen el hecho de la mili de forma desenfadada, por lo que abordaban determinados aspectos del servicio militar como si se tratase de “un juego”, o “un sueño”, incluso “una pesadilla” para muchos. Otro rasgo específico de la subcultura cuartelera consistía en la actitud de rechazo del soldado respecto a la mili, lo que se manifestaba a través de la búsqueda obsesiva de escaquearse de cualquier tarea o cometido que se le encargase, con lo que manifestaban en un ámbito simbólico el deseo de escaquearse de la propia mili, hecho claramente contrario al principio de sacrificio, responsabilidad y austeridad que proclama la vida militar.

Una de las premisas que han justificado la existencia del servicio militar era la de transmitir a los jóvenes esa disposición altruista y desinteresada, que enmarca la idea de servicio. Uno de los fines más complejos de alcanzar por parte de la institución era el de alterar las actitudes del individuo hacía el derramamiento de sangre, modificando los preceptos de la moral ciudadana respecto al uso de la violencia. Esto consistía, por un lado, en intentar que el soldado asumiese la disponibilidad para “entregar su vida” llegado el caso, lo que, estaba en disonancia con los intereses del sujeto. El otro fin de la instrucción militar era preparar al soldado para arrebatar la vida a un semejante cuando se le demandase. Como señala Giddens (1995: 392-393), la naturaleza de los ejércitos está basada en su objetivo final de alcanzar la victoria, consistente según la filosofía tradicional de la guerra en la eliminación del enemigo.

Como cierre quiero concluir señalando que el servicio militar, por lo que respecta a los soldados de reemplazo, ha sido valorado como una experiencia más negativa que positiva. Los jóvenes sufrían un “choque cultural” al entrar en el mundo militar, padeciendo grandes

conflictos de adaptación e identidad, por el distanciamiento entre sus valores y los valores castrenses, que normalmente no han casado de forma armónica. En el mejor de los casos, los sujetos no se adaptaban ni se integraban realmente en la cultura militar, tan sólo pasaban por la milicia.

Así, corroboraría las conclusiones a las que llegaron los miembros del Equipo de Relaciones Humanas<sup>252</sup>, (1987) quienes concluyeron en el punto 3.2.2 de su investigación:

*1.- El grado de adaptación más bajo se encuentra justo después del período de instrucción del Recluta que, como se sabe, es el más denso en cuanto a proporción de adquisición de conocimientos, respecto del tiempo disponible, tanto de trabajo como dedicado al ocio o descanso y donde el Soldado, de la casi nula información y escasos conocimientos militares, tiene rápidamente que instruirse e interiorizar el nuevo modelo de comportamiento, generando en él una mayor expectación que le predispone a una mayor actitud receptiva que en sí mismo constituye un cierto grado de adaptación. Sin embargo, en la última fase del Servicio Militar los Soldados pierden en su mayoría la actitud receptiva, y se posicionan críticamente frente al Ejército, cuando poco les queda por aprender y, cansados, sienten grandes deseos de licenciarse.*

*5.- Finalmente, puede decirse que la hipótesis de adaptación como proceso progresivo en el curso de desarrollo del Servicio Militar queda rechazada constatándose que el proceso es el inverso.*

Estas valoraciones corresponden a finales de los años ochenta, y aunque no poseo datos estadísticos similares posteriores, mi investigación me hace concluir que tales observaciones han persistido mientras ha durado el servicio militar obligatorio.

Ésta valoración negativa de la experiencia de la mili se evidencia en la obsesión manifiesta de que llegase la licencia, plasmada en todo tipo de documentos informales tratados en la tesis como: los asfixiómetros, calendarios, carnés, etc. y en los recuerdos de la misma pasado un tiempo. Sobre este particular destacaría cómo para muchos se constituye en una etapa de sus vidas que parece rodeada de una cierta amnesia, y las evocaciones se circunscriben a las relaciones con los amigos de la mili, o a hechos anecdóticos y joviales, y, sólo en ocasiones emergen aspectos relacionados con los supuestos valores y virtudes que la mili inculcaba en el soldado, como el amor a la patria, el gusto por la disciplina, o el espíritu de sacrificio.

Sobre el particular debo destacar que el rito de paso de la mili ha constituido un hecho trascendental en la memoria colectiva de nuestro país, y precisamente su carácter ritual es el que hace que las valoraciones de quienes pasaron por el mismo lo traigan a la memoria con cierta añoranza, destacando los buenos momentos y obviando los malos. Tal hecho responde a la propia naturaleza de los ritos de paso que tiene como función fundamental la de rememorar lo que se ha ritualizado, pues precisamente para eso se constituyó como rito. Por

---

<sup>252</sup> Se trataba de un equipo de trabajo del Estado Mayor del Ejército que realizaba estudios sobre temas relacionados con el personal dentro del seno del Ejército para apoyo en la toma de decisión del mando.

lo que la experiencia de la mili, y los hechos de la misma sufren una transformación, y son reinterpretados y reinventados desde los referentes del presente, de manera que las valoraciones son afectadas por las circunstancias en las que se rememoran.

La desaparición del servicio militar obligatorio se produjo de manera progresiva y sumida en la propia evolución de la sociedad que se encaminaba hacía un modelo democrático, dinámico, y de igualdad de derechos entre los ciudadanos, lo que se evidenciaba en algunos cambios de la vida cuartelera como la reducción del distanciamiento y distinción en el plano de los derechos y deberes entre mandos y tropa, lo que señalaba un acercamiento entre las FAS y la sociedad civil. Algunos de esos cambios poseían un alto contenido simbólico, como sería el caso de la confección de un uniforme similar para la tropa y los mandos. Otros cambios relevantes fueron la autorización de dejarse barba a las unidades regulares, y el poder entrar y salir de paisano de los acuartelamientos.

La desaparición de los calabozos fue, en mi opinión, una de las muestras más relevantes de cómo el poder de la institución sobre el soldado conscripto estaba cambiando, pues era una rémora de tiempos pasados. Las FAS seguían reivindicando su especificidad y distinción, pero a la vez debían reflejar su coherencia con la sociedad a la que sirven.

Los cambios sociales y políticos en los que se consolidaba el modelo democrático frente a la dictadura precedente también se manifestaron en algunos aspectos que afectaban a la tropa de reemplazo, tal es el caso del desarrollo del Reglamento del Servicio Militar a principios de los noventa.

La reducción del tiempo del servicio fue otro rasgo a destacar, pues respondía a una demanda social, y constituía una respuesta ante la ausencia de tareas específicamente castrenses, y una manera de contrarrestar las críticas contra los “tiempos muertos” que caracterizaban la vida de los soldados de antaño.

La legalización de la objeción de conciencia como fórmula alternativa para prestar un servicio social, supuso otro signo claro de que las cosas estaban cambiando, pues significaba una muestra de cómo el sistema aceptaba que para adquirir la condición de ciudadano, y de adulto, ya no era imprescindible pasar por un rito de carácter militar. La elevada demanda de solicitantes para realizar la prestación social sustitutoria evidencia el rechazo de gran parte de nuestros jóvenes hacia la mili.

Por otra parte, resultaba especialmente preocupante que después de décadas de historia en las que el servicio militar había sido justificado como un medio para inculcar en los jóvenes una serie de virtudes y de valores específicos, la mayoría de los que pasaron por la mili no reconocían haberlos adquirido y, en su caso, los que sí manifestaban haberlos adquirido, no

tenían muy claro cuáles eran realmente esos valores, ni en qué consistían y, en cualquier caso, no siempre servían en una sociedad democrática, que veía alguno de los valores tradicionales como contrarios a la democracia.

Desde un punto de vista más pragmático, eran pocos los jóvenes que, al menos durante las últimas décadas, reconocían haber aprendido cosas útiles en la mili, salvo aquellos que consiguieron algún carné de conducir, o acabaron los estudios elementales, pero ello sólo demuestra que la mili parecía defenderse más por este aspecto social, que por su función militar. Esto carece de sentido en la actual sociedad, moderna y democrática en la que existen mecanismos para afrontar esas carencias sociales y culturales.

En todo caso, el fin de la mili se ha materializado en la desaparición de la figura tópica del soldado despistado y bullicioso que inundaba las calles y plazas de muchas de nuestras ciudades y pueblos. En los acuartelamientos su desaparición ha supuesto un cambio sin parangón, pasando de ser el soldado un elemento abundante y sin valor, a un bien escaso al que hay que captar y cuidar. Además, la vida cotidiana de los cuarteles se ha visto alterada, no sólo por el número de soldados, sino también por su naturaleza. Hoy es poco usual ver soldados deambulando por los cuarteles fuera de las horas lectivas, las garitas aparecen vacías pues han sido sustituidas por cámaras de vigilancia. Las grandes formaciones han dado paso a formaciones reducidas, en las que la mujer y soldados de distintas razas y culturas otorgan una imagen novedosa que evidencia aún más el cambio del sistema. El soldado profesional nada tiene que ver con el desaparecido soldado conscripto, y en contra de lo que sucedía con éste, se camufla y se confunde en el entorno como un ciudadano más, y cuando abandona el ejército lo hace de forma callada, sin grandes aspavientos, todo lo contrario de cómo lo hiciera el soldado de reemplazo quién gritaba a los cuatro vientos su recobrada libertad al reencontrar su perdida identidad.

Cierro con esta imagen mi estudio, esperando que sirva como un documento etnográfico a la vez que como tributo hacía aquellos que hicieron la mili, a quienes no puedo por menos que estar agradecido, tanto desde mi condición nativa, como desde mi condición de investigador, con el consecuente lazo emocional que tales relaciones me producían y que actuaban en total armonía con la relación intelectual propia de mi estudio.

**BIBLIOGRAFÍA**  
**Y**  
**OTROS DATOS**





## **BIBLIOGRAFÍA**

### ***Libros.***

- AAVV, Coordinado por Martínez Paricio, Jesús, *Análisis crítico de una bibliografía básica de sociología militar en España*, 1980-1990, Nº 37, Cuadernos de Estrategia, Ministerio de Defensa, Madrid, 1991.
- AAVV, Coordinado por Valentina Fernández Vargas, Julio Busquets, María Luisa Rodríguez, *La mujer en las Fuerzas Armadas en España*, Ministerio de defensa, Madrid, 1991.
- AAVV, Coordinado por Aleñar Ginard, Martín, *La profesionalización de los ejércitos: Un cambio radical de mentalidad para un estado moderno*, Fundación Canovas del Castillo Colección Veintiuno, Madrid, 1996.
- AAVV, *La enseñanza militar en España*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1986.
- ABRAM KARDINER, *El individuo y su sociedad*, (1939), Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- ACADEMIA DE INFANTERÍA (ZARAGOZA), *Todo por la patria*, 1942.
- AGUILAR, Miguel Ángel, y BARDAJÍ, Rafael L. En AAVV, *El servicio militar: ¿obligatorio o voluntario?*, Tecnos, 1992.
- AJANGIZ SÁNCHEZ, Rafael, *El Servicio Militar Obligatorio en el S. XXI*, CIS, S. XXI, monografías Conflicto y Cambio Nº 196, Madrid, 2003.
- ALBINO FEIJÓO, Gómez, *Quintas y protesta social en el siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1996.
- ALTARES; Guillermo, *Esto es un infierno: los personajes del cine bélico*, Alianza, colección cine y comunicación, Madrid, 1999.
- ALVAREZ ARENAS, Eliseo, *De la guerra y de sus hombres*, Editorial Naval, Madrid, 1983.
- ÁLVAREZ DÍAZ, J. José, *El lenguaje, las armas y la guerra en el lenguaje coloquial*, Ministerio de Defensa, Madrid 2000.
- ANTA FELEZ, José Luis, *Cantina, garita y cocina: Estudio antropológico de soldados y cuarteles*, S.XXI, Madrid, 1990.
- ANTA FÉLEZ, José Luis, *El espacio Cuartelero*", (p. 159-177), en LISON ARCAL, José C. (Editor), *Espacio y Cultura*, Coloquio, Madrid, 1993.
- ANTA FÉLEZ, José Luis, *Ritual, sujeto y sociedad*, Editorial Humanidades, Barcelona, 1995.
- ANTELO ORTIZ, Ángel, (Médico militar), *Elementos de higiene*, Gran Capitán, Madrid, 1946.
- ANTÓN, Fina M. Y M. MANDIANES, *Importancia del rito para la gente de hoy: ¿Sacramentalidad postmoderna?*, en Rv. Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales, Nº 12, noviembre 1998(17-43), Madrid.
- ARACO IRISARRI, Saturnino, *Libro militar para todos los reclutas*, valencia, 1936.
- ARAGONES, J.I. *los grupos de iguales en la escuela*, en HUICI CASAL, Carmen; *Estructura y procesos de grupo*, UNED; Madrid, (1989:241-260)
- ARGILES, Lázaro (Cte. de infantería), *El libro del recluta*, Ediciones Gaisa, Valencia, 1962.
- BALAN, J. *Las historias de vida en las ciencias sociales; teoría y técnica. Nueva visión* (Cuadernos de Investigación social), Buenos Aires, 1974.
- BAÑÓN, R y OLMEDA, J. Antonio, *La institución militar en el Estado contemporáneo*, Alianza, 1985.

BARADO, Francisco <texto>, y CUSACHS, José <cuadros y dibujos>, *La vida militar en España*, Encuadernado en el Servicio Geográfico del Ejército de Tierra en el año 1989, Madrid, <pertenece a una reproducción de laminas y textos datados en los años 1888 y 1889>.

BARLEY, Nigel, *Bailando sobre la tumba*, Anagrama, Barcelona, 2000.

BARLEY, Nigel, *El antropólogo inocente*, (1983), Anagrama, Barcelona, 1995.

BARLEY, Nigel, *Una plaga de orugas*, Anagrama, Barcelona, 1993.

BARROSO RIBAL, Cristino *¿Para qué sirve la "mili"?*, Funciones del servicio militar obligatorio en España, Siglo XXI, Madrid, 1991. [Síntesis de su tesis doctoral, que lleva por título *Funciones sociales y políticas de la conscripción militar. El caso español, 1976-1986*, defendida en la Universidad Complutense de Madrid en marzo de 1990 en el Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica)].

BASTIDA, Anna, *Desaprender la guerra: Una visión crítica de la educación para la paz*, Icaria editorial, Barcelona, 1994.

BERGER, Peter L., y LUCKMANN, Thomas, (1968), *La construcción social de la realidad*, Amorrortur Editores, Buenos Aires, 1995.

BERGUA, E.J. *Ejército y Cultura*, Forja, Madrid, 1982.

BERMUDEZ DE CASTRO, (General) *Milicia y humor*, Ediciones Ares, Madrid, 1947.

BLANQUER, David. *Ciudadano y soldado, la Constitución y el servicio militar*, Civitas, 1996.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *Artículos contra la guerra de Cuba*, León Roca, Valencia, 1978.

BOGAS ILLESCAS, Francisco, *Función social del Ejército*, Editora Nacional, Madrid, 1970.

BONIFACIO VAREA, *La mili que fue y adiós, mili, adiós*, Edi. Enrique Antolí, S.L., Madrid, 1997.

BORREGUERO BELTRÁN, Cristina, *El reclutamiento militar por quintas en la España del siglo XVIII*, Orígenes del servicio militar obligatorio, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1989.

BOURDIEU, Pierre, (1996), *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, col argumentos, 1998.

BOURDIEU, Pierre, *¿Qué significa hablar?*, Akal, Madrid, 1985.

BOURDIEU, Pierre, *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991.

BOURDIEU, Pierre, y PASSERON, Jean Claude. *La reproducción: Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, (1970), Editorial Laica, Barcelona, 1981.

BOURDIEU, Pierre: *Cosas Dichas*, Gedisa, Barcelona, 1988.

BRALLION, (General), *Ensayo sobre la instrucción militar*, Edic. Española de Librería, Imprenta hijos de Tomas Minuesa, Madrid, 1933.

BULLÓN DE MENDOZA, y ÁLVARO DE DIEGO, *Historias orales de la guerra civil*, Ariel, Barcelona, 2000.

BURNS, Allan, *La cuadrilla: identidad personal y cultura en la Rioja*, (p. 407-419), en AAVV, (coordinador Ricardo Sanmartín), *Antropología sin fronteras; Ensayos en honor de Carmelo Lisón*, (CIS) Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1994.

BUSQUETS BRAGULAT, Julio, *El militar de carrera en España*, (1967), Ariel, Barcelona, 1984.

CABANELLAS DE TORRES, C., *Diccionario Militar Aeronáutico Naval y Terrestre*, Omeba, Buenos Aires, 1962.

CABEZA CALAHORRA, *Ideología Militar hoy*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1972.

CANO HEVIA, Juan, *Introducción y planteamiento general del problema*, (p. 9-12) en AAVV, *Debate sobre el servicio militar*, Forum universidad- empresa, Madrid, 1987.

CANO PORTAL, Luis, *En broma y en serio*, SAEGE, 1969.

CANTERAS MURILLO, Andrés, *Sentido, valores y creencias en los jóvenes*, Instituto de la Juventud, Madrid, 2003.

CANTERAS MURILLO, Andrés, *Sentido, valores y creencias en los jóvenes*, Instituto de la Juventud, Madrid, 2003.

CARDONA, Gabriel, *Historia del ejército. El peso específico de un grupo social diferente*, Humanitas, Barcelona, 1983.

CASTRO CERSO, "De spirito militar, un estudio de antropología militar da Academia Militar das Agullas Negras", antropología militar, Rió de Janeiro, 1990.

CÁTEDRA TOMÁS, María, *La muerte y otros mundos*, Jucar Universidad, Madrid, 1988.

CÁTEDRA TOMÁS, María, *Los españoles vistos por los antropólogos*, Júcar Universidad, Madrid, 1991.

CLAUSEWITZ, Karl Von, *De la Guerra*, Mar Océano, 1960.

CLIFFORD GEERTZ, (1986) *Los usos de la diversidad*, Paidós Básica, Barcelona, 1999

CLIFFORD GEERTZ, *Conocimiento local: "ensayos sobre la interpretación de las culturas"*, Paidós Básica, Barcelona, 1994.

CLIFFORD GEERTZ, *El antropólogo como autor*, Paidós Studio, Barcelona, 1989.

CLIFFORD GEERTZ, *La interpretación de las culturas*, (1973), Gedisa, Barcelona, 1990.

CLIFFORD GEERTZ, *Observando el Islam*, Paidós Básica, Barcelona,

CLIFFORD GEERTZ, *Tras los hechos, "Dos países, cuatro décadas y un antropólogo"*, Paidós, Barcelona, 1996.

COLLETT Wadge, *Women in uniform*, Sanpson Low, Marston y C.O., Londres, 1946.

CONDOMIDAS, George, *Lo exótico es cotidiano*, (1965), Jucar universidad, Barcelona, 1991.

CONRAD PHILLIP KOTTAK, *Antropología: Una exploración de la diversidad humana con temas de la cultura hispana*, Mc. Graw Hill, Madrid, 1994.

COSER, Lewis R, *Las instituciones Voraces*. (1974), Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

COSIDÓ GUTIERREZ, Ignacio, *El servicio militar en los noventa: perspectivas de cambio*, Fundación José Canaleja, Madrid, 1990.

CROZIER, Michel, *La crisis de la inteligencia*, Ministerio para las Administraciones Públicas. Instituto Nacional de Administración Pública y Ministerio de la Presidencia, Boletín Ofical del Estado, Madrid, 1996.

CUCO I GINER, ***La intimidad en público. Amigos y cuadrillas en España***, (p. 387-405), en AAVV, (coordinador Ricardo Sanmartín), *Antropología sin fronteras; Ensayos en honor de Carmelo Lisón*, (CIS) Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1994.

DAN SPERBER, *El simbolismo en general*, (1978), Anthropolos, Barcelona, 1988.

DAVID RICHES, *El fenómeno de la violencia*, Pirámide, Madrid, 1988.

DAVIS, Flora, *La comunicación no verbal*, (1971), Alianza Editorial, Madrid, 1989.

DE ANDRES, Carlos, *Soldados*, edit. Cover S.L., Madrid, 2001.

DE SALAS, Fernando, *Español conoce a tus fuerzas armadas*; (El nuevo servicio militar), Madrid, 1987.

DELVA, Juan y DEL BARRIO, Cristina, ***Las ideas de los niños acerca de la guerra y la paz***, (p. 165-173), en AAVV, Coordinadores; F. Moreno Martín y F. Jiménez Burillo, *La guerra realidad y alternativas*, Editorial Complutense, Madrid, 1992.

DESMOND MORRIS, *El cuerpo al desnudo*, Barcelona, 1985.

DESMOND MORRIS, *El hombre al desnudo*, Cantábrica, Barcelona, 1980.

DÍAZ VALLES, Eduardo J., *Chistes de la mili*, Perea Ediciones, Ciudad Real, 1990a.

DÍAZ VALLES, Eduardo J., *Chistes militares*, Perea Ediciones Ciudad Real, 1990b.

DIEZ ALEGRÍA, Manuel, *Ejército y sociedad*, Alianza, Madrid, 1972.

DIEZ NICOLÁS, Juan, *Identidad Nacional y Cultura de Defensa*, Síntesis, Madrid, 1999.

DIXON, Norman F., *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, (1977), Anagrama, Barcelona, 1991.

DOUGLAS, Mary, *Cómo piensan las instituciones*, (1986), Alianza Universidad, Madrid, 1996.

DOUGLAS, Mary, *Pureza y peligro, Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, (1966), Siglo XXI, Madrid, 1973.

DOUGLAS, Mary, *Símbolos naturales*, (1970), Alianza, Madrid, 1978.

DUMONT, Louis, *Ensayos sobre el individualismo: una perspectiva antropológica sobre la ideología moderna*, Madrid, Alianza, 1987.

DUMONT, Louis, *Homo aequalis; Génesis y apogeo de la ideología económica*, Taurus, Madrid, 1982.

DUMONT, Louis, *Homo Hierarchicus*, Ensayo sobre el sistema de castas, Aguilar, Madrid, 1970.

DUMONT, Louis, *La Civilización india y nosotros*, (1974), Alianza, Madrid, 1989.

ERIKSON, E.H., *Identidad, Juventud y Crisis*, Paidós, Buenos Aires, 1974.

ESQUIROL MEDINA, Luis, *Chascarrillos Militares, los Cazadores*, La Caixa, Barcelona, 1990. (edición limitada de 200 ejemplares).

FERNÁNDEZ MALDONADO, Emilio, *El Sargento Español en el siglo de las luces (1685-1760)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1999b.

FERNÁNDEZ MALDONADO, Emilio, *Retazos de una historia. XXV aniversario de la Academia General Básica de Suboficiales 1974-1999*, 1999a.

FERNÁNDEZ, Juan Carlos (coronel argentino), *La Psicología de la Masa Aplicada a la Unidad Militar*, Buenos Aires, 1955.

FERRÉS I PRATS, Joan, *Educación en una cultura del espectáculo*, Paidós, Barcelona, 2000.

FIDEL MOLINA, Luque, *El servei militar a Lleida*, Pagés editors, Lérida, 1997.

FOSTER, George M., *Antropología Aplicada*, (1969), Fondo de Cultura Económica, 1974.

GARCÍA MORENO, José F., *Servicio Militar en España (1913-1935)*, Adalid, Madrid, 1988.

GARCÍA SERRANO, Rafael, *Diccionario para un macuto*, Planeta, (colección documento), Barcelona, 1979.

GEOFFREY REGAN, *Historia de la incompetencia militar*, (1987), Editorial Critica, grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1989.

GEORGE CONDOMIDAS, *Lo exótico es cotidiano*, (1965), Jucar Universidad, Barcelona, 1991.

GERTH, H. H. y WRIGHT MILLS, C., *WEBER, MAX, (1864 - 1920), Ensayos de sociología contemporánea*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1972.

GIDDENS, Anthony, *Sociología*, (1991), Alianza Universidad Textos, Madrid, 1995.

GLUCKMAN, M., DOUGLAS, M. & HORTON, R. (1944,1970,1967) *Ciencia y brujería*, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1991.

GOFFMAN, Erving, *Internados. Ensayos sobre la situación de los enfermos mentales*, (1961), Amorrortu., Buenos Aires, 1987.

GOFFMAN, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, (1959), Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

GÓMEZ JARA, Francisco, *Sociología del cine*, 1981.

GRANADOS, José Luis, *1975 El año de la Instauración*, Giner, Madrid, 1977.

GREGORIO DOVAL, *Diccionario General de Citas*, edi. Del Prado, 1994.

GUERRERO ACOSTA, J. Manuel, *El Ejército Español en campaña: 1643-1921*, Almena, Madrid, 1998.

HALL, Edwardt., *La dimensión oculta*, (1966), S XXI, México D.F., 1987.

HEDMUND LEACH, *Cultura y comunicación: La lógica de la conexión de los símbolos*, (1976), S XXI, Madrid, 1989.

HERBERT C. kelman/V. LEE HAMILTON, *Crímenes de obediencia: Los límites de la autoridad y la responsabilidad*, Planeta (Política y Sociedad), Buenos Aires, 1990.

HERDT, Gilbert, *Homosexualidad ritual en Melanesia*, (1984), Fundación Universidad Empresa; Colección Sexualidad y Cultura, Madrid, 1992.

HERR, Michael, *Despachos de guerra*, (1977), Anagrama, Barcelona, 1980.

HERRERO BRASAS, Juan A., *¡Rompan filas!, La cara oscura del servicio a la patria*, Temas de hoy, Madrid, 1995.

HERRERO BRASAS, Juan A., *Informe crítico sobre el servicio militar*, (1987), ARS MEDIA, Madrid, 1989.

HIDALGO REDONDO, *Tribunales de honor*, Imprenta militar, Madrid, 1951.

HONORIO M. Velasco; ***Iguales y diferentes. Categorías proverbiales de la conceptualización del <<otro>>*** (239-250) en AAVV, (coordinador Ricardo Sanmartin), *Antropología sin fronteras; Ensayos en honor de Carmelo Lisón*, (CIS) Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1994.

HORTON, Paul B. y HUNT, Chester L., *Sociología*, McGRAW-HILL, México, 1994.

HUNTER Lewis, *La cuestión de los valores humanos*, (1993), Gedisa, Barcelona, 1998.

HUNTINGTON, Samuel P., *El soldado y el estado*, Circulo Militar, Buenos Aires, 1964.

IBARRA BURILLO, Alejandro (comandante de infantería), *El credo del soldado*, Madrid, 1958.

IGLESIAS DE USSEL, Julio, *Sociología del noviazgo en España*, Publicaciones de la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada (CECA), Granada, 1987.

INGRAHAN, L.H., *The boys in the barracks: Observations on America military life*, PA: Institute for the Study of Human Issues, Philadelphia, 1984.

JANOWITZ, MORRIS, *El soldado profesional*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.

JARRIER, I.C., *Sociología del cine*, 1974.

JÉHANE SEDKY LAVANDERO, *Ni un solo niño en la guerra*, Icaria Antrazyt, Barcelona, 1999.

JENKINS, Gwyn Harries, y MOSKOS Jr., Charles C., *Las fuerzas armadas y la sociedad*, Alianza, Madrid, 1984.

JIMÉNEZ MARTÍNEZ, José Javier y TORIBIO BARBA, José, *La socialización del miedo: Un análisis del gasto militar y del control social*, Los libros de catarata, Madrid, 1998.

JOCILES RUBIO, María Isabel, *Niños, Mozos y Casados a través de sus fiestas en la Rioja*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1992.

JOSEBA ZULAIKA, *Chivos y soldados: "la mili como ritual de iniciación"*, Baroja, 1989.

KANTER R., *Man and woman of the Corporation*, Basic Book, 1977.

KEEGAN, John, *El rostro de la batalla*, Estado Mayor del Ejército, 1990.

KEEGAN, John, *Historia de la guerra*, (1993), Planeta, 1995.

KEEGAN, John, *La máscara del mando*, Ministerio de Defensa, 1991.

KELLEY, Robert, *Líderes y seguidores*, (1992), Mc Graw-Hill, Madrid, 1993.

KON, Daniel, *Los chicos de la guerra, "Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas"*, (1982), Edi. Galerna, Buenos Aires, 1983.

LAKOFF, G. y JOHNSON, Mark, *Metáforas de la vida cotidiana*, (1980), Cátedra, Madrid, 1986.

LE GUERN, *la metáfora y la metonimia*, Cátedra, Madrid, 1985.

LÉVI-STRAUSS, Claude, *Mito y Significado*, (1978), Alianza Editorial, Madrid, 1987.

LEWELLEN, Ted C., *Antropología Política*, (1983), Bellaterra, 1985.

LISÓN ARCAL, *Cultura e identidad en la provincia de Huesca; Una perspectiva desde la Antropología Social*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1986.

LISON ARCAL, José C. *Espacio y cultura*, Coloquio, Madrid, 1993.

LISON ARCAL, José C., *Notas de Antropología Visual*, en *Antropología Social sin fronteras*, Instituto de Sociología Aplicada, Madrid, 1988, (p. 169-185).

LISÓN TOLOSANA, Carmelo, *Antropología social en España*, Siglo XXI, Madrid, 1971.

LISÓN TOLOSANA, Carmelo, *Antropología social y hermenéutica*, Fondo de cultura económica, Madrid, 1983.

LISÓN TOLOSANA, Carmelo, *Antropología Social: Reflexiones incidentales, Siglo XXI*, 1986.

LISÓN TOLOSANA, Carmelo, *Brujería, estructura social y simbolismo de Galicia 2*, Ed. Akal, Madrid, 1979.

LÓPEZ HERMIDA y otros, *Historia del Regimiento de Artillería de Ferrol*, Librería del Campus Ferrol, Ferrol, 1997.

LORENZO GRECO, *Homo militaris; Antropología e letteratura della vita militare*, Franco Angeli, Milán, 1999.

LYAUTEY (mariscal), *La letra y el espíritu "Reflexiones sobre los procesos de enseñanza en los acuartelamientos"*, Cultura española, Madrid, 1940. La publicación original corresponde a un artículo de la Revue des Deux Mandes, de 15 de marzo de 1891 bajo el título (*De la función social del oficial en el servicio universal*).

MACIA SERRANO, *Romancero legionario*, 1940. (texto de la Biblioteca del Cuartel General del E.T. sólo se editaron 250 ejemplares).

MAESTRE ALFONSO, J. *Introducción a la antropología social*, Akal, Madrid, 1974.

MALO DE MOLINA, PÉREZ HENARES y CURIEL, *Luces y sombras del poder militar en España*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1989, capítulo III El servicio militar (95-129).

MARAVALL, J.M., *La sociología de lo posible*, S. XXI, Madrid, 1972.

MARC AUGÉ, *El sentido de los otros*, (1994), Paidós, Barcelona, 1996.

MARCUS, G. y FISHER, M. *La antropología como crítica cultural: Un momento experimental en las ciencias humanas*, Amorrortu, Buenos Aires, 2000.

MARCUSE, HERBER, *La agresividad en la sociedad industrial avanzada*, Alianza ed., Madrid, 1984.

MARION HARGROVE, *Oiga, señor recluta. Diario humorístico de un soldado*, (título original, *See here, private Hargrove*), Ayacucho, Buenos Aires, 1944.

MARTÍN JIMÉNEZ, Hilario, *Los valores morales de las Fuerzas Armadas en las Reales Ordenanzas de S.M.D. Juan Carlos I*, impreso por LITOMAYPE S.A., Tenerife, 1980.

MARTÍNEZ FRIERA, Joaquín, *Todo por la patria, episodios militares*, Afrosio Aguado, (años 1940, 1945).

MARTÍNEZ PARICIO y SÁNCHEZ NAVARRO, en AAVV, *Las Fuerzas Armadas en las acciones internacionales*, MINISDEF, colección Adalid, Madrid, 1999.

MARTÍNEZ PARICIO, Jesús, *¿Servicio Militar obligatorio? ¿Servicio militar voluntario?*, en AAVV, *Servicio militar*, Instituto de la Juventud, Madrid, (1987b:9-15).

MARTÍNEZ PARICIO, Jesús, *El Servicio Militar: ¿troquel o profesión?*, en AAVV, *Debate sobre el servicio militar*, Fundación Universidad-Empresa, Madrid, (1987a:59-88).

- MARTÍNEZ PARICIO, Jesús, *Para conocer a nuestros militares*, Tecnos, Madrid, 1983.
- MARTÍNEZ PARICIO, y SÁNCHEZ NAVARRO, ***Indicadores de conflicto***, en AAVV, *Fuerzas Armadas y Sociedad Civil: Conflictos de valores*, Cuadernos de Estrategia, Nº 89, Ministerio de Defensa, Madrid, 1997.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, Julia, *Rompan filas*, Virus Editorial, Barcelona, 1995.
- MAURICE LEENHARDT, *Do Kamo*, Eudeba editorial, Buenos Aires, 1947.
- MAX FRISCH, *La cartilla militar*, (1974), Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- MEAD, G.H., *Espíritu persona y sociedad*, (desde el punto de vista del conductismo social), México, Paidós, 1990.
- MERTON, Robert K., *Teoría y estructura sociales*, (1949), Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- MILLÁN ASTRAY, traducción de *El Bushido*, de INAZO NITOBĒ, Gráficas Ibarra, Madrid, 1941.
- MIRCEA ELIADE, *Imágenes y símbolos*, (1955), Taurus, Madrid, 1986.
- MONCÓ REBOLLO, Beatriz, *El Padre Adriano de las Cortes, Viaje de la China*, Alianza Universidad, Madrid, 1991.
- MONTES RAMOS, José, *El Tercio*, Agualarga, Madrid, 2001.
- MORILLAS CUEVAS, Lorenzo, *La obediencia debida*, Cuadernos Cívitas, Madrid 1984.
- MORÓN IZQUIERDO, Sinfiorano, *¡Vencer!* (1952), Ramón Sopena, Barcelona, 1983 24 ed., 1995.
- MOSKOS, Charles C. & WOOD, Frank R., *Lo militar: ¿Más que una profesión?*, (1988), Ministerio de Defensa, Madrid, 1991.
- MUINELO ALARCÓN, Gonzalo, *Cartas del Servicio Militar*, Edición del periódico Empuje, Madrid, 1967 a.
- MUINELO ALARCÓN, Gonzalo, *El soldado y la mujer: cartas a enamorados*, Edición del periódico Empuje, Madrid, 1967 b.
- MUINELO ALARCÓN, Gonzalo, *La última diana*, Apostolado Castrense, Madrid, 1969.
- MUINELO ALARCÓN, Gonzalo, *Sociología del cine de guerra*, Imprenta Tave, Valladolid, 1987.
- MUINELO ALARCÓN, Gonzalo, *Soldados de la paz*, Ministerio de Marina, 1967 c.
- MURARO, Luisa, (1991), *El orden simbólico de la madre*, horas y HORAS; colección Cuadernos inacabados, Madrid, 1994.
- NORMAN F. DIXON, *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, (1976), Anagrama, Barcelona, 1991.
- ORTIZ, A. A., (Médico militar), *Elementos de higiene*, Gran Capitán, Madrid, 1946.
- OTEGUI PASCUAL, Rosario, *Estrategias e identidad; Un estudio antropológico sobre la provincia de Teruel*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1989.
- PANDO DESPIERTO, Juan, *Memoria social de la Gran Guerra en el primer ejemplo de neutralidad activa: la España de Alfonso XIII (1914 – 1919)*. Conferencia Jornadas de Sociólogos y Politólogos en Castilla La Mancha, Almagro, 22 de octubre 1999.
- PARADA VÁZQUEZ, Ramón, ***Modelos de función pública y función pública militar***, en AAVV, *La función militar en el actual ordenamiento constitucional español*. Editorial Trotta, Academia General Militar. Fundación Centro de Estudios Políticos y Constitucionales <<Lucas Mallada>>, 1966.
- PEACE, Allan, *El lenguaje del cuerpo; Cómo leer el pensamiento de los otros a través de sus gestos*, (1981), Paidós, Barcelona, 1993.
- PEASE, Allan y Bárbara (1999), *Por qué los Hombres no escuchan y las Mujeres no entienden los mapas*, Amat, Barcelona, 2000.
- PEREDA, Antonio, *La tropa atropellada*, Revolución, Madrid, 1984.

- PINTO CEBRIÁN, Guillermo, (Tte. Col.), *Historia de los actos solemnes vinculados a la bandera de España (bendición y juramento de fidelidad); "Reflexiones sobre su ceremonial, simbología y tradición"*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1999.
- PITARCH, José Luis, *El Honor y el Honor militar*, Barcelona, Grijalbo, 1984.
- PITT-RIVERS, J., *Antropología del honor, o política de los sexos*, Crítica, Barcelona, 1979.
- PUELL DE LA VILLA, Fernando, *El soldado desconocido: de la leva a la "mili" (1700 - 1912)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1996.
- QUINTANA, Octavi, *Por una muerte sin lágrimas*, Flor del viento, Barcelona, 1997.
- QUIROGA VALLE, María G., *El papel alfabetizador del Ejército de Tierra Español (1893-1954)*, Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa, colección Adalid nº 39, Madrid, 1999.
- RABINOW, Paul, *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*, Jucar Universidad, Barcelona, 1992.
- REINOSO, C. (Comp.), *El surgimiento de la Antropología Postmoderna.*, Editorial Gedisa, México, 1991.
- REVILLA CASTRO, J. C., *La identidad personal de los jóvenes; Pluralidad y autenticidad*, Entinema, Madrid, 1998.
- RICHOUFFITZ, Emmanuel de, (coronel ejército francés) *¿Pour qui meurt-on?*, ADDIM, Paris, 1999.
- RIVAS RIVAS, Ana María *Antropología social de Cantabria*, Universidad de Cantabria, Madrid, 1991
- RIVAS RIVAS, Ana María, *Ritos Símbolos y valores en el análisis de la identidad en la provincia de Zaragoza*, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, Zaragoza, 1986.
- RODOLFO BRAMANTI, Jauregui, *La conducta en el ejército; "Ensayo de psicología y psiquiatría jurídico-militar"*, Circulo Militar (biblioteca del oficial), Buenos Aires, 1948.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, *Himnario militar*, Sintés, 1930.
- ROMAN GUBERN, "El cómic", en AAVV, *Imagen y lenguajes*, Fontanella, Barcelona, 1981.
- RUIZ FORNELLS, Enrique, (1895), *La educación Moral del Soldado*, Toledo, edi. consultadas; 6ª 1909, y 8ª 1918.
- RUIZ MARTIN, Ángel, *Evolución de las divisas en las armas del Ejército Español*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1982.
- RUTH BENEDICT, (1946), *El crisantemo y la espada; patrones de la cultura japonesa*, Alianza, Madrid, 1974.
- SALAS, Fernando, *Deontología militar y pedagogía del mando*, Academia de Intendencia, 1978.
- SALES DE BOHIGAS, Nuria, *Sobre esclavos reclutas y mercaderes de quintos*, Ariel, Barcelona, 1974.
- SAN MIGUEL, Evaristo, *Elementos del arte de la Guerra*, (1826) Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.
- SÁNCHEZ NAVARRO, Eulogio, *Imagen del jefe ante el soldado*, (p. 403-412), en AAVV, Director y coordinador
- MARÍA VÁZQUEZ, J., *Estudios antropológicos y sociedad española*, Instituto de Sociología Aplicada, Madrid, 1989.
- SÁNCHEZ NAVARRO, Eulogio, *Soldado de reemplazo/soldado profesional, un cambio de paradigma*, en AAVV, *La profesionalización de las Fuerzas Armadas*, Cuadernos de Estrategia, Nº104, Ministerio de Defensa, Madrid, 1999.
- SANMARTÍN ARCE, Ricardo, *Cultura y Naturaleza Humana*, (p. 9-19), en AAVV, *Antropología social sin fronteras*, Instituto de Sociología Aplicada de Madrid, Madrid, 1988.
- SANMARTÍN ARCE, Ricardo, *Identidad y creación; Horizontes culturales e interpretación antropológica*, Editorial Humanidades, Barcelona, 1993.
- SELVA, Salomón de la, *El soldado desconocido*, Libertarias, Madrid, 1994.
- SHARP, Joseph, *Sin miedo a morir*, Integral, Barcelona, 1997.



SIMMEL, George, *Sociología 2; Estudios sobre las formas de socialización*, (1908), Alianza, Madrid, 1986.

SIMÓN RAVEN, *Por la espada perecerás*, (p. 71-114), en HUGH THOMAS y otros, *El sistema establecido (The establishment)*, Ariel, DEMOS - colección de ciencia política, Barcelona, 1959.

SOSA Y FRANCISCO, Francisco de, (Coronel de Caballería), *Mis anécdotas militares (1960-1997)*, IMPHET (Imprenta Huérfanos del Ejército), Madrid, 1999.

STANLEY BRANDES, (1980), *Metáforas de masculinidad, "sexo y estatus en el folklore andaluz"*, Taurus, Madrid, 1991.

SUÁREZ INCLÁN, Pio (Tte. Col de estado Mayor), *El problema del reclutamiento en España*, Madrid, 1905

SUN YZU, *Los trece capítulos sobre el Arte de la Guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1988.

TAMOTSU SHIBUTANI, *Sociedad y Personalidad: "Una aproximación interaccionista a la psicología social"*, Paidós, Buenos Aires, 1971.

TAX DE FREEMAN, *Aproximación a la distancia el juego entre intimidad y extrañeza en el estudio cultural*, en María Catedra *Los españoles vistos por los antropólogos*, Júcar Universidad, Madrid, 1991.

TURNER, Víctor W., *El proceso ritual*, (1969), Taurus, Madrid, 1988.

TURNER, Víctor, *La selva de los símbolos*, (1967), S. XXI, Madrid, 1990.

TYLER, STEPHEN A., *Etnografía postmoderna: Desde el documento de lo oculto al oculto documento*. En CLIFFORD, James y MARCUS, George, *Retóricas de la antropología*, (1986), Júcar Universidad, Madrid, 1991.

UXO PALASI, José, *Evolución de los sistemas de reclutamiento* (47-70), en AAVV, *La profesionalización de los ejércitos: Un cambio radical de mentalidad para un estado moderno*, Fundación Canovas del castillo, Veintiuno colección, Ávila, 1996.

VEGENCIO RENATO, Flavio, *Instituciones militares*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1988.

VERDERA FRANCO, Leoncio, *Lo militar en el cine español*, Adalid, Madrid, 1995.

VIGON, Jorge, *Milicia y regla militar*, Ediciones y Publicaciones Españolas, EPESA, Madrid, 1959.

VILLAMARTÍN, Francisco, *La Moral Militar y el Mando*, (1861), editado por Sousa y Pereda, Madrid, 1989.

<<pequeña obra en forma de libreto declarado de interés para todos los militares para el ejercicio de su profesión>> constituye un resumen de los aspectos tratados por Villamartín ¿*Nociones del arte de la guerra?*.

VILLAMARTÍN, Francisco, *Nociones del arte de la guerra*, (1943).

VILLAMARTÍN, Francisco, *Nociones del arte militar*, (1989), Ministerio de Defensa.

WAGUE W. DYER, *Tus zonas erróneas: guía para conocer y dominar las causas de la infelicidad*, Grijalbo, Barcelona, 1996.

WEBER, Marianne, *Bibliografía de Max Weber*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

WHORF, Benjamín Lee, *Lenguaje pensamiento y realidad*, Barral, Barcelona, 1971.

WOLF Eric R., **Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas**, en WOLF Eric R J., CLYDE MITCHEL y otros, compilación de Banton, Michael, *Antropología social de las sociedades complejas* (1966), Alianza Universidad, Madrid, 1980.

WOLF, Mauro, *Sociologías de la vida cotidiana*, (1979), Cátedra, Madrid, 1982.

XAVIER RIUS, *La objeción de conciencia; motivaciones, historia y legislación actual*, Integral Oasis, Barcelona, 1988.

YEDRA HERNÁNDEZ, Pedro, *¿A la mili...?*, Autor, Cartagena, 1980.

### ***Tesis doctorales.***

ANTA FÉLEZ, José Luis, *Estudio antropológico social del servicio militar*, Madrid, 1994, leída en el departamento de Antropología Social, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

BLANQUER CRIADO, David Vicente, *Ciudadano y Soldado: la Constitución y el Servicio Militar*. Alcalá de Henares, Facultad: Derecho: departamento: Derecho Publico curso: 95-96.

DEL MORAL Y PEREZ ALOE, Manuel, *El Servicio Militar*, U.C.M., Madrid, noviembre 1909. (Inédita).

FRIEYRO DE LARA, Beatriz, *El reclutamiento militar en la provincia de Granada (1868-1898)*, (Tesis doctoral N° 79 Universidad de Granada julio de 1999), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería, 2001.

GARCIA MORENO, José Fernando, *Servicio militar universal y personal en España. Procedencia social y formación del soldado clase de tropa profesional y oficial de carrera en el ejercito español de tierra desde 1913 a 1936*, Zaragoza, facultad: Filosofía y Letras, departamento de Historia Moderna curso: 1985-1986.

JIMÉNEZ GUERRERO, José, *el reclutamiento militar en el siglo XIX: las quintas de Málaga (1837-1868)*. Curso: 95-96: Málaga facultad: Filosofía y Letras.

MICHAVILA NÚÑEZ, Narciso, *El soldado profesional en España*, departamento de Ecología Humana y Población de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, (curso 2000 –2001), defendida el 30 de marzo de 2001.

MIRALLES MUÑOZ, Fernando, *Cambios emocionales y de personalidad en jóvenes que realizan el servicio militar obligatorio*, Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, curso 2000-2001.

MOLINA LUQUE, José Fidel, *Quintas y servicio militar: aspectos sociológicos y culturales de la conscripción (Lleida 1878-1960)*. Lleida, facultad: Letras, departamento de Geografía y Sociología, curso: 1995-1996.

PEÑARROYA I PRATS, Miquel, *El léxico militar: entre la tradición y la modernidad*, Universidad de valencia (Departamento de Teoría de lenguajes) Facultad de Filología, curso 2000-20001 defendida en abril de 2001.

PERELLÓ PALOP, M, *Úlcera gastroduodenal y servicio militar: estudio radiológico*: UCM, F Medicina, 1962.

### ***Artículos de revistas y prensa.***

ACOSTA TALLY, Miguel Ángel, (Cabo de la PLMM RAMIX-93, Los Rodeos), *Abuelos y machacas*, Revista Hespérides, Zona Militar de Canarias N° 123 - julio – septiembre, 1995.

ALVIRA MARTÍN, Francisco, *Funcionalidad/disfuncionalidad del servicio militar en la España actual*, en AAVV, *Servicio Militar*, Revista de Estudios de Juventud, septiembre 1987, Instituto de la juventud, Madrid, 1987.

BERLANGA MARTÍNEZ, Nicolás, *Razones para llevar el uniforme*, Revista Reconquista, N° 437, septiembre de 1987, p. 40-42.

BERNET, J. T., *La escuela y la mili*, El País 28 de abril de 1992.

BUSQUETS, Julio, *Servicio militar: historia y problema*. HISTORIA 16, N° 225 de enero de 1995, "Objeción insumisión" *El problema militar en España*.

FERNÁNDEZ, Carlos -MOMENTO MILITAR- "Llego la hora", La voz de Galicia, 11 de enero de 1995.

GARCÍA SIEIRO, José Manuel, *Tres factores de seguridad: Liderazgo, Comunicación, Creatividad*, p.6-13, *Revista Ejército*, Núm.675, Servicios de publicaciones del EME, septiembre 1996.

JANES FERNÁNDEZ, *Misión de la Metáfora en la cultura expresiva*. *Currente Anthropology*, vol. 15, núm. 2, junio 1974, (p.119-133).

LISÓN ARCAL, J. Carmelo, *Una propuesta para iniciarse en Antropología visual*, (p. 15-35), *Revista de Antropología Social*, Núm.8, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense, Madrid, 1999.

LIZAUR y de UTRILLA, Antonio de, *Enfoque militar de la novatada*. (59-63) en *Cuadernos Jurídicos*, Nº19, Mayo de 1994.

MANZANO LAHOZ, Antonio, *Banderas Históricas del ejército Español*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1996.

MELER Y UGARTE, José Luis, *la mili*, diario ABC, Madrid, 22 de julio de 1997.

MIR SALAS, A. *Una escuela de valores*, Diario de Mallorca, 9 de junio de 1996.

MORANT, Ricard, PEÑARROYA, Miquel. y LÓPEZ, G., *El lenguaje de los soldados*, en *Revista Pragmalingüística*, Vols. 5-6, 1997-1998, (p. 343-359), Universidad de Cádiz, 1998.

MORANT, Ricard., PEÑARROYA, Miquel. *La bel·licositat lingüística* (220-231), en AAVV, *Homenatge a Jesús Tusón*, Empuries, Barcelona, 1999.

NAVARRO MÉNDEZ, Joaquín, (Suboficial Mayor de Infantería), *Semblanza Histórica de la Bandera de España y el Juramento a la misma*, revista Ejército, marzo (2001:86-92).

REDONDO DÍAZ, Fernando, (coronel historiador militar), *Los juramentos de la bandera*, (56-59) *Revista Española de defensa*, Núm. 134, Ministerio de Defensa, Madrid, abril 1999.

REDONDO DÍAZ, Fernando, *Instrucción de adultos*, (56-62), *Revista Española de Defensa*, Nº 156, febrero 2001.

*Revista Ejército*, documento; El Régimen Disciplinario Militar, p. 35-91, Núm.672, mayo 1996.

*Revista Española de Defensa*, *El saludo militar*, Año 12 Jul./agosto, de 1999, Ministerio de Defensa, Madrid.

SALVADOR GARCÍA, y SHIMON DOLAN *La Dirección por Valores (DpV): El cambio más allá de la dirección por objetivos, ¿pero qué son realmente los valores?*, (61-81), Mc. Graw Hill, Madrid, (2003)

SÁNCHEZ NAVARRO, Eulogio, *La mili en tres dimensiones* (p. 81-108), *Revista de Antropología Social*, Núm.8, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense, Madrid, 1999.

SERRANO CARRANZA, *Historia del Juramento de Fidelidad a la Bandera*, revista Ejército, abril 92.

VILLANUEVA GÓMEZ, *El presidio de Ceuta*, en *Revista Espérides*, Nº 145, Zona Militar de Canarias, Canarias, enero - marzo 2001.

## ***Documentos legales, Ordenanzas, Reglamentos, Informes, etc.***

Cuaderno de las asignaturas de *Pedagogía Militar, Educación Moral, Ética Militar, Rudimentos de Derecho*, Academia de Infantería de Guadalajara, Imprenta del sucesor de A. Concha, Guadalajara, 1941.

D-0-0-1 DOCTRINA EMPLEO TÁCTICO Y LOGÍSTICO DE LAS ARMAS Y LOS SERVICIOS, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército 1980.

DEONTOLOGÍA MILITAR Y PEDAGOGÍA DEL MANDO, Academia de Intendencia, curso 1980, para suboficiales y oficiales.

EQUIPO DE RELACIONES HUMANAS, Segunda Sección del Estado Mayor de la Capitanía General de la Región Militar Centro, (trabajo mecanografiado no publicado), Cuartel General del ET, *Problemática psicosocial de la adaptación del soldado en el Ejército*, Madrid, 1987.

*Folleto*; Fuerzas Armadas Profesionales, Boletín Informativo de las Fuerzas Profesionales, marzo 1998- Nº 16.

*Guía de Acceso a las Fuerzas Armadas profesionales*, 1998, Ministerio de Defensa, marzo 1998.

I. 572/21046/89 JEME. de 27 de julio. DESARROLLO DE LA OM. 6/1989 PARA EL EJÉRCITO DE TIERRA, modificada por I. 215/1999 JEME. de 8 de septiembre. NG. 3/96 EME. (4ª DIV.). POLICÍA Y ASPECTO FÍSICO DEL PERSONAL MILITAR DEL EJÉRCITO DE TIERRA.

I. 8/2000 JEME. de 24 de enero. ENTREGA DE MANDO EN UNIDADES INDEPENDIENTES DEL ET.

IG. 3/93 EME. (4ª DIV.) de 1 de abril. UNIFORMIDAD DE REPRESENTACIÓN Y CAMPAÑA. Ampliado con fecha 23 de mayo de 1995.

IG. 6/90 EME. (4ª DIV.). INSIGNIAS Y CINTA DE IDENTIFICACIÓN EN UNIFORME DE CAMPAÑA.

INFORMES FOESSA. (Fundación Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada). Estudio sociológicos sobre la situación de España 1975, Madrid, Euramerica, (1976).

Ley 17/1999 de 18 de mayo. RÉGIMEN DEL PERSONAL DE LAS FUERZAS ARMADAS.

LEY ORGÁNICA DEL SERVICIO MILITAR: Separata Revista Española de Defensa; enero 1992.

LIBRO BÁSICO DEL SOLDADO, Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, 2002.

M-0-3-3 MANUAL: METODOLOGÍA DE LA INSTRUCCIÓN Talleres del Servicio Geográfico del Ejército 1979.

ME7-007, *El mando como líder*, MADOC, Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, (1998).

OM. 371/261/1983 de 16 de diciembre de 1982. UNIFORMIDAD DISTINTIVOS.

OM. 56/1989 de 4 de julio. UTILIZACIÓN DEL UNIFORME DE DIARIO EN PRESENTACIONES, DESPEDIDAS Y COMISIONES Y ACTOS MILITARES Y SOCIALES DE ESPECIAL RELEVANCIA O SIGNIFICADO.

OM. 6/1989 de 20 de enero. NORMAS SOBRE COMPOSICIÓN Y UTILIZACIÓN DE LOS UNIFORMES DE LAS FUERZAS ARMADAS.

OM. 9/1989 de 10 de febrero. SALUDO.

OM.6/88 de 25 de enero. REGULACIÓN USO CONDECORACIÓN, (BOD. Núm.22).

ORIENTACIONES PARA EL EJERCICIO DEL MANDO Y METODOLOGÍA DE LA INSTRUCCIÓN, impreso por el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, Madrid, edición de 1988.

PLAN GENERAL DE INSTRUCCIÓN Y ADIESTRAMIENTO, División de Operaciones del Estado Mayor del Ejército (IG. 5/89 EME. <3A. DIV>).

RD. 1560/1987 de 10 de octubre. HIMNO NACIONAL.

RE6-001 REGLAMENTO ORDEN CERRADO. 24 de abril de 1997.

RE7-011 REGLAMENTO ORDEN CERRADO DE UNIDADES. 21 de abril de 1997.

REALES ORDENANZAS DEL EJÉRCITO DE TIERRA, aprobadas por el REAL DECRETO 2945/1983, de 9 de noviembre.

REALES ORDENANZAS PARA LAS FUERZAS ARMADAS., Ley 85/1978 de 28 de diciembre (Boletín Oficial del Estado número 11/1979), (Corrección: BOE número 34/1979)

REGLAMENTO PROVISIONAL PARA EL DETALL Y RÉGIMEN INTERIOR DE LOS CUERPOS DEL EJÉRCITO, aprobado por Orden 1 –VII- de 1898, CL 154, Autorizada su publicación por O. De 14- VIII- 1919, D.O. 182 y comunicada de 4- VII- 1941, Imprenta-Escuela de Huérfanos de la Guardia Civil, octubre de 1971, (decimoséptima edición).

SERVICIO DE FORMACIÓN DE CUADROS DE MANDO, FORMACIÓN MILITAR, autores PÉREZ GÓMEZ, Manuel, CALAVIA CASTAÑER, Humberto, ROBLES RODRÍGUEZ, José David, Imprenta del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, Madrid, 1989

SERVICIO MILITAR. REGLAMENTO, Ministerio de Defensa, BOD Núm. 146, 24, julio, 1994 (apéndice), Real Decreto, 1410/1994, de 25 de junio por el que se aprueba el Reglamento del Servicio Militar.

TODO SOBRE EL SERVICIO MILITAR: Guía de gestión e información para los Ayuntamientos, Ministerio de Defensa, Madrid, 1994, (Consta de tres volúmenes, Un apéndice, Un tomo (I) sobre El reclutamiento, y el tomo (II) Régimen de vida de los soldados y marineros.

Vicario General Castrense LUIS, Arzobispo de Sión, *Devocionario del soldado*, Ministerio del Ejército, Madrid, 1961, 6ª edición.

## ***Novela.***

BAREA, Arturo, *La ruta*, “segunda parte de la forja de un rebelde”, (1986), Plaza y Janes, Barcelona, 1990.

BUZZATI, Dino, *El desierto de los tártaros*, (1945), Hyspamerica, Buenos Aires, 1985.

COLL, José L., *¡Firmes!*, Espasa Calpe, Madrid, 1994.

FERRERO, Jesús, *"Amador" o la narración de un hombre afortunado*, Planeta, Barcelona, 1996.

HANS HELLMUT KIRST, *Aventuras bélicas del sargento Asch*, 1962.

HEINZ G. KONSALIK, *Batallón de mujeres*, Plaza y Janes, Barcelona, 1984

MARSÉ Juan, *Teniente Bravo*, Barcelona, Seix Barral Biblioteca breve, 1987.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Ignacio, *Una guerra africana*, ediciones sm, Madrid, 1999.

MUÑOZ MOLINA, A., *Ardor guerrero*, Alfaguara. Madrid. 1995.

SENDER, Ramón J., *Imán*, (1930), Barcelona, 1982.

## ***Filmografía.***

- ALDEN ROBINSON, Phil, (*Band of brothers*) *Hermanos de sangre*, EEUU, 2002.
- ARANDA, Vicente, *Libertarias*, España, 1996.
- BERTRAND TAVERNIER, *Capitán Conan*, (*Capitaine Conan*), Francia, 1996.
- CLINT EASTWOOD, *El sargento de hierro* (*The Artbreak Ridge*), EE UU, 1986.
- ESTEBAN, Manuel, *Historias de la puta mili*, (basada en el cómic de Ramón Tosas “Íva”), España, 1993.
- FERNÁNDEZ, Ramón, *Ahí va otro recluta*, España, 1960.
- FORD COPPOLA, Francis, *Apocalypse Now*, EEUU, 1979.
- GABRIELLE SALVATORES, *Mediterráneo*, Italia, 1990.
- GARCÍA BERLANGA, Luis, *La vaquilla*, España, 1985.
- IRVIN, John, *Cuando callan las trompetas*, EE.UU., 1999.
- JEAN JACQUES Annaud, *Enemigo a las puertas*, (*Enemy at the Gates*), Alemania, G.B., EEUU, Irlanda, 2001
- JONATHAN LYNN, *El Sargento Bilko*, EEUU, 1996.
- JOSEPH VILSMAIER, *Stalingrado* (*Stalingrad*, 1993, Alemania).
- KEN LOACH, *Tierra y libertad* (*Land and Freedom*), GB-España-Alemania, 1994.
- LILIANA CAVANI, *La piel*, Francia Italia, 1981.
- MIKE NICHOLS, *Desventuras de un recluta inocente*, EE.UU, 1988.
- PENNY MARSHALL, *Un poeta entre reclutas*, Laurems Films, EEUU, 1994.
- NAVARRO, Agustín, *Quince bajo la lona*, España, 1958.
- REINER, Rob, *Algunos hombres buenos*, (*A Few Good Men*) EE.UU. 1994.
- RIDLEY SCOTT, *La teniente O Neil*, EE.UU. 1997.
- SAM PECKINPAH, *La cruz de hierro* (*Cross of Iron*, 1976, GB/Alemania).
- SCHUMACHER, Joel, *Tigerland*, “La historia de un soldado que quiso ser hombre”, EEUU, 2001.
- SIDNEY FURIE, *Los chicos de la compañía C* (*The Boys in Company C*), EEUU, 1977.
- STANLEY KUBRICK, *La chaqueta metálica* (*Full Metal Jacket* ), EEUU, 1987.
- STANLEY KUBRICK, *Senderos de Gloria*,(*Paths of glory*), 1957.
- STEVEN SPIELBERG, *Salvar al soldado Ryan* (*Saving Private Ryan*), 1998, EE UU.
- STONE, Oliver, *Platoon* (*Platoon*, 1986, EE UU).
- TAYLOR HACKFORD, *Oficial y caballero* (*An Officer and a Gentleman*), EEUU, 1982.

### ***Páginas de Internet.***

MOYA HERNÁNDEZ, Germán, *El lenguaje militar. Tabú, eufemismo y disfemismo*, REVISTA ELECTRÓNICA DE ESTUDIOS FILOLÓGICOS, NÚMERO 1, marzo 2001 (Universidad de Murcia), 2001, Disponible en web: <http://www.educar.org/revistas/tonos/estudios/moya.htm>

PICÓN GONZÁLEZ, Sergio, *Diario militar de "el pipas"*, febrero de 1998. Disponible en Web: <http://www.pipasweb.com/diario.htm>

VIGARA TAUSTE, Ana Mª, ÁLVAREZ HERRERO, Sonia / GONZÁLEZ BUENDÍA, Paloma, *Lenguaje y vida del recluta en el cuartel*, agosto 2003, [ref. de 20 de agosto de 2003], Disponible en Web: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero3/recluta.htm>, de la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid.

### ***Direcciones de Internet donde se pueden encontrar documentos fotográficos y curiosidades de la mili.***

<http://usuarios.lycos.es/cumbres/mili.html>  
<http://www.antoniocestas.org/fotosadolescencia.htm>  
<http://www.boinasverdes.org/album/coe52/coe52.htm>  
<http://www.defensa.org/modules.php?name=Forums&file=viewtopic&p=107229>  
<http://www.el-guijo.com/guijo/fiestas/index.asp>  
<http://www.fut.es/~lbn/fotomili.htm>  
<http://www.gavilanes.com/fototeca.htm>  
[http://www.gratisweb.com/saharauis/fotos\\_1972.htm](http://www.gratisweb.com/saharauis/fotos_1972.htm)  
<http://www.lasonet.com/fotos.htm>  
<http://www.madrideos.net/quintos.htm>  
<http://www.rtve.es/tve/b/linea900/programas/temp01-02/9-12-01/semana.htm>  
<http://www.sahara-mili.net/album.htm>  
<http://www.terra.es/personal/frmonge/quintada.htm>  
<http://www.todotrial.com/ttclasico/galeriafotosclasicas/fotosclas5.htm>  
<http://www.augustobriga.net/memoria/quintos.htm>





## APENDICE



## APENDICE

### **DIARIO DEL PIPAS.**

*Bienvenidos, estimados amigos, al Diccionario Militar del Pipas. En este pequeño glosario de palabras, podrás encontrar la solución a todas aquellas pequeñas dudas que te surgen al leer el único e inconfundible; “**DIARIO MILITAR DEL PIPAS**”. Si después de consultar el Diccionario, continuas con dudas sobre alguna palabra, no lo dudes, **ves a hacer la mili!!**, es mucho mejor de lo que parece, y encima es que se aprende tanto...*

*\* - Nota del autor.*

*Todas las palabras, expresiones, putadas y demás cosas que leerás a continuación, son propiedad de la Base Militar de Bétera, y concretamente, de la Unidad De Servicios de Base (USBA). En cualquier cuartel de España se pueden encontrar las mismas palabras, expresiones y putadas, pero llamadas de forma diferente. Seguro que si has hecho la mili, reconocerás todo este diccionario, aunque en tu caso se llamaran de forma diferente.*

**Mando:** Militares profesionales. Dentro de esta categoría se engloban a Cabos, Sargentos, Brigadas, Subtenientes, Alféreces, Capitanes, etc...

**Compañía:** Según los mandos, es como tu casa pero desde el punto de vista militar. Vives en ella. Allí donde te dan chopos, es donde no te dejan dormir, etc...

**Camareta:** También se le puede llamar habitación. Aquí en Bétera son de 8, lo cual permite una tranquilidad solamente alterada por los abuelos.

**GACA:** Grupo de Artillería de Campaña. Es la compañía dónde hice mi periodo de instrucción. Es menos chungueta que la USBA, pero también se reparte bastante.

**USBA:** Unidad de Servicios de Base. Es la compañía en la cual "El Pipas" desarrolló la mili desde su jura de bandera hasta el final. Sin lugar a dudas, es la compañía más chungueta, porque es donde más chopos se reciben, y más putadas se gastan. Dentro de ella hay gente de cocina (los más chungos sin duda), Unidad de Seguridad (guardias), oficinas, limpieza, mantenimiento y la banda de música.

**Periodo de instrucción:** Periodo comprendido entre el día que entras a la mili y el día que juras bandera. En mi caso fueron 2 meses, pero todo lo que aprendimos lo pudimos haber hecho en 2 semanas.

**Instrucción:** Es la preparación que se hace para el día de la jura de bandera. Derecha, izquierda, media vuelta, movimientos con el cetme, y miles de cosas más que sólo sirven para un día, porque luego no se vuelven a utilizar más, al menos yo.

*Una variante es la instrucción nocturna, que se trata de ir por la noche por el campo a que te enseñen a guiarte por las estrellas, por la luna, a ir en silencio, a atacar al enemigo y esas cosas.*

**Orden de Combate:** Se hace durante el Periodo de instrucción. Si la mili por ella misma es bastante inútil, el orden de combate es el grado máximo. Se trata de ir al campo a aprender golpes con el cetme (tirarse a tierra, golpeo horizontal, vertical, etc...), a como camuflarse en caso de guerra, y chuminadas del estilo. Lo más jodido es pintarse toda la cara de verde y negro para camuflarte por si gritan **!ALARMA AÉREA!**, en la cual hay que tirarse bajo el primer árbol que ves por si te ven desde un helicóptero. Generalmente, cuando estas en el suelo escondido, piensas: "¿Que cojones hago yo aquí?".

**Maniobras:** Es la mayor putada que te pueden hacer. Se trata de irse entre 5 y 20 días generalmente a algún lugar de España a dormir en tiendas de campaña en el campo y a poner en práctica lo aprendido durante la orden de combate y la instrucción. Suelen destacar por la dureza, ya que aparte de estar incomunicado del resto del mundo, te las tienes que apañar para comer en las condiciones más precarias (en el suelo, todo lleno de tierra), no hay duchas ni aseos (a cagar al monte), y encima casi todas las noches toca instrucción nocturna y duermes poquillo. Siempre te queda la recompensa, como me pasó a mí, que cuando las acabas te felicita el capitán, y dice: "Ya eres un soldado de España". Eso hace tanta ilusión...

**Gimnasia:** Se hace solo durante el periodo de instrucción, 1 hora al día. Va de muerte porque te pones en forma en pocos días. Una de las pocas ventajas de la mili.

**Abuelo:** Militar que lleva entre 6 y 9 meses. Es el absoluto dueño de la Compañía. Hace lo que le sale de los cojones, pasa de todo. Se diferencian de los demás por varias cosas. Llevan los cordones de las botas por fuera, llevan el ceñidor pintado, el pollo de la gorra también pintado de negro, la gorra doblada o "maqueada", y pueden chopear a quien le parezca.

El abuelo siempre defiende a los nuevos que entran, a los que llaman "abuelia entrante". En cambio, a los que van por debajo de ellos, los plumarracos, siempre los consideran monsters, y les hacen la vida imposible (de buen rollo a veces).

De entre los mandamientos del abuelo destacan dos:

- El abuelo siempre tiene la razón.

- De no tenerla, se aplicará el primer mandamiento. De entre todos ellos, se suele nombrar un abuelo comandante, que suele ser el que más ha recibido en la época de plumarraco o monster.

**Mesías:** Abuelo que le queda menos de un mes, porque "es mesías, ya que no le quedan meses, le quedan días".

**Romano:** Abuelo que le queda menos de 10 días, porque "es romano, y los cuenta con los dedos de la mano".

**Lavadora:** Abuelo que le queda menos de un día, porque "le llaman el lavadoras, ya que no le quedan días, le quedan horas".

**El Flecha:** El abuelo que ya la tiene "HECHA".

**Plumarraco:** Militar que lleva entre 3 y 6 meses. Es la peor época de todas, porque nadie te defiende, y es cuando más chopos se pillan. Además, todos los abuelos los consideran monsters todavía, por lo que uno puede llegar a asfixiarse sino aguanta sus bromas. Si la suerte le acompaña, en su compañía también hay monsters, a los que podrá chopear siempre que los abuelos no les vean.

**Monster:** Militar que lleva entre 0 y 3 meses. Es la época de pardillo total. No te enteras de nada, vas super perdido, te crees que la mili es super chunga, y encima todo el mundo te recuerda lo muchísima mili que te queda. Por contra, tienen la suerte de que los abuelos les defienden de todo, y que se pueden permitir algunos lujos que no se pueden permitir los plumarracos que llevan 3 meses más que ellos, aunque claro, cuando llegan a plumarracos las pagan todas juntas.

**Putada:** Bromas militares.

**Chopo.** Es el pan nuestro de cada día. "Con chopos y paciencia, se consigue la licencia". Es un golpe seco con la palma de la mano abierta en toda la frente. Es la "putada" típica que los abuelos hacen a los monstercillos, todos los días, sin parar.

**POKA!:** Significa poca, poca mili que queda. Los abuelos lo dicen a los del siguiente reemplazo. Por ejemplo, si los abuelos acaban en noviembre, pues los dicen "POKA NOVIEMBRE", para joder a los que vienen después, que acaban en Febrero. Esta palabra está prohibida para los plumarracos, si no reciben chopos.

**El Tomate:** ¿A cuanto está el tomate?, es una de las preguntas más habituales de la abuelia. Se trata de decirle los días que le quedan de mili al abuelo. Si se falla, pues se chopea al plumarraco.

**Si el abuelo:** Distintas frases que hay que saberse:

- Si el abuelo te da con higos...te da él y sus amigos.
- Si el abuelo te da con pimientos...te da 500.
- Si el abuelo bebe calimocho...te da 8.
- Si el abuelo bebe whisky...da a todo kiski.

Y muchas más...

**La cagada de la paloma:** Putada bastante chungu y pringosa. Se trata de poner en una hoja de papel mucha espuma de afeitar y arrojarla contra el monster que duerme, lo que obliga a éste a levantarse y limpiarse, por que si no se ahoga. Durante las primeras noches suele ser la putada más habitual, luego la cosa se calma.

**Buenas noches a la abuelia:** Es un texto que los plumarracos han de recitar a la abuelia cada noche a la hora de irse a dormir. Dice así: "Buenas noches mi abuelia, que no fuiste monster como yo, por eso te quiero tanto, que te pido el pastillón, dámelo, dámelo, dámelo" A continuación, el abuelo dice: "Tómalo, tómalo, tómalo" mientras te da 3 chopos. Esta putada se realiza durante todo el tiempo en que se es plumarraco, aunque al final te acabas acostumbrando.

**Taconear:** Se trata de chocar las dos botas haciendo el ruido de un taconeo. SOLAMENTE lo pueden hacer los abuelos, o los que los abuelos den permiso, que suelen ser los monster (para dar rabia a los plumarracos). Si un abuelo pill a un plumarraco taconeando, suele avisar a todos los demás para que le pongan la frente como un tomate. Cuando los abuelos están a punto de licenciarse, los plumarracos comienzan a vacilar y a taconear.

**Agua de Coco:** Se trata de levantar a los plumarracos a media noche, y hacerles cantar y bailar una canción que dice: "Agua de Coco, agua de Coco, abuelo chungo te queda poco". Se suelen hacer fotos de todos los plumarracos juntos bailando, y es muy divertido (para unos y para otros).

**"Aguila Monster":** Otra canción más. Se trata de cantar la canción del Aguila Amstel, diciendo "Aguila Monster" mientras se mueven los brazos de un lado a otro. Es realmente muy divertido, sobre todo cuando el abuelo que lo manda se enrolla.

**Otras canciones:** Canciones que canta la abuelia:

Cuando veas pasar al abuelo, por la puerta, puerta principal, lo veras vestido de paisano y la blanca en la mano diciéndote adiós. Adiós plumarras, monsters también, se va el abuelo, se va el abuelo para no volver, y si algún día te vuelvo a ver, será en la cama, será en la cama con tu mujer.

Que es aquello que reluce, en lo alto del castillo, es la blanca del abuelo, que le están sacando brillo. Monstercillo, monstercillo, no te hagas ilusiones, que la próxima licencia, se la quedan mis cojones.

Queremos sangre de monster, queremos sangre de monster, queremos sangre de monster, en copa de champan. Con un letrero que diga, con un letrero que diga, "el abuelo se va".

**Las Bombas:** Es un nuevo estilo de putada, inventado por un soldado del reemplazo 97/4º, ese gran cabronazo apodado "El Heavy". Se trata de silbar como si te estan tirando una bomba, y el monster se ha de dar un puñetazo en la cabeza. Una muestra más de lo que hace el aburrimiento.

**Asfixiometro:** Es un calendario que empieza cuando te quedan 100 días para licenciarte. Cada día consta de un Santo (el nombre de un chaval del reemplazo), una Señal (el nombre de otro), un lugar dónde está Curro (Cocina, Mantenimiento, Oficinas, etc...) y el Tomate (días que faltan para la licencia).

¿Para que sirve?. Cada día se pregunta a los monstercillos: "Tomate, Santo, Señal y Curro". Según lo que fallen, así se les da. Cada abuelo del reemplazo tiene una copia del Asfixiometro, y si un Monstercillo es sorprendido con una copia (es fácil hacerse con una), pill muchísimos chopos.

**Cuartelero:** Estar de guardia en la compañía durante todo el día. Teóricamente vigila la compañía, aunque en el fondo lo único que haces es aburrirte mucho. Los cuarteros se pueden cambiar con otra gente, y se cotizan a altos precios, sobretodo la gente de Valencia.

**Imaginaria:** Es hacer de cuartelero pero por la noche. Una imaginaria dura 2 horas, y cada noche hay 4 imaginarias (de 11 a 1, de 1 a 3, de 3 a 5, de 5 a 7). A las 7 de la mañana, entra el nuevo cuartelero a relevarlo.

**Escaqueado:** Personaje militar que se escaquea muy bien. Hay varios ejemplos:

- el soldado que se hace un esguince y se está 3 o 4 meses cojeando.
- el soldado que se queda en casa 1 o 2 semanas con una enfermedad imaginaria (almorranas, por ejemplo).
- el soldado que tiene guardia, y le llaman sus colegas con cualquier excusa para irse.
- el abuelo.

**Pernocta:** También son conocidos como "PERNOTAS DE MIERDA". Son los soldados que son de Valencia o alrededores, y que cada día se van a dormir a casa. Se suelen reconocer de diversas formas: suelen ser unos pijos asquerosos, vacilonos y chulos. Todo esto lo hacen porque los abuelos no les pueden dar por la noche. Y la segunda característica es que son unos asfixiados si se tienen que quedar un sólo día. Cuando tienen cuartelero, imaginaria, o los arrestan para poco tiempo, se asfixian hasta niveles extremos. Entonces, los que no son pernoctas piensan: "que te jodan, cabrón".

**Arresto:** Esto está bastante claro. En la mili puedes fumar porros, puedes beber alcohol, puedes cachondearte de todo el mundo, puedes chopear a los monsters, pero al final, casi siempre te acaban pillando, entonces es cuando te arrestan. Los más chungos suelen ser de 30 días. Más arriba de eso, te mandan a la prisión preventiva que hay en un pueblo llamado Marines. Si estas arrestado no te puedes mover de tu camareta sin permiso de un superior, lo cual es una gran putada.

**Privación de salida (PS):** Arrestos suaves. Simplemente no te dejan salir de la Base militar, pero puedes seguir haciendo vida normal. Para los que somos de fuera, no es ninguna novedad, porque en realidad siempre estábamos de PS, porque no salíamos de la Base para nada.

**Permiso:** Un milagro. Los dan cada cierto tiempo, aunque solo tienes derecho a 15 días en toda la mili. Si te lo montas bien, de esos 15 días puedes sacar hasta 30 o 40, pero eso está reservado para los maestros.

**La cantina:** Es el paraíso militar. Allí puedes comprar de todo, ver videos musicales, ver a las cantineras (si es que están de buen ver), y charlar tranquilamente con los colegas. A parte, todo suele ser muy barato, lo que hace que se consuma muchísimo, es el negocio del siglo XXI. Si se quiere pillar una borrachera, siempre queda la opción de ir a la cantina a buscarse unas cervezas.

**El Hospital Militar:** Es un autentico cachondeo. Allí llegas con el tobillo roto y te vendan hasta el mismísimo pene. Lo único divertido de ir al Hospital es que sales de la rutina del cuartel y ves a gente diferente (por supuesto me refiero a las enfermeras). Por cierto, en el Hospital Militar donde yo iba, estuvo destinado mi gran amigo Iñaki Piñaga, Abil, al que mando un fuerte saludo porque sé que ha leído mi diario.

**La loca:** Se le llama así al último día de la mili, durante el cual se celebra una gran fiesta que siempre acaba en borrachera. Siempre se dice: "Me quedan xxx días y la loca", refiriéndose al último día. Se suele hacer una fiesta fuera del Cuartel para celebrarla, fiesta en la que no se suele beber alcohol... Cuando se baja la bandera (que es cuando se pone el Sol) se baja un día del "Tomate", pero la "loca" se mantiene hasta el último día.

**La blanca:** Es sin duda el fruto a un duro trabajo. Es el papel que te dan en el momento de licenciarte, cuando has acabado la mili.

## BARADO Y CUSACHS (1989:297), LA VIDA MILITAR EN ESPAÑA.

### ***La paloma.***

*“Así se llama en lenguaje cuartelero, el documento que recibe el soldado llegada la hora de abandonar las filas. Este papel es un testimonio de su conducta y un símbolo de su libertad recobrada. Por lo mismo merece la pena de ser conservado con esmero; y por eso el licenciado lo deposita en el tradicional canuto de hoja de lata, canuto que adorna con un cintajo de los más vivos colores; por eso suele colocarlo sobre su pecho, cruzarlo por aquella cinta que hace en este momento oficio de gran cruz. En tal ocasión tampoco olvida el soldado poner sobre su guerrera todas las cruces que ganó, y aun se permite alterar el adorno de sus prendas reglamentarias, añadir algún botoncito á la chaquetilla, atarse al cuello un pañuelo de seda, y si pertenece a cuerpo montado, comprarse un recio látigo. Y así compuesto y adornado, sale por esas calles con todos los humos de un veterano, y poseído de un atolondramiento que justifica el pasado cautiverio.*

*¡Bien se comprenden tales entusiasmos! La paloma es la vuelta al hogar, el abrazo de los seres queridos, la reconquista del objeto amado, la realización de antiguos ideales, la vida en plena libertad y con todas sus incertidumbres, la posesión completa de sí mismo. Y por eso, al blanco papel que todo eso representa, dió el licenciado dictado tan poético. Más ya puede decirse, sin faltar á la verdad, que la paloma ha perdido su significación. Esta alegría del soldado, nacida de tránsito tan radical en su existencia, como aquellas típicas costumbres, va desapareciendo de día en día en la milicia, lo propio que se extinguen en la sociedad, usos y tradiciones no menos pintorescos y originales. Y ¿cómo no? hoy el recluta permanece en la fila el tiempo preciso para adquirir la instrucción y conocer sus deberes; y apenas tiene hábitos militares cuando recibe la licencia ilimitada; hoy no es posible que existan entre las clases y los soldados aquellos vínculos que hicieron de los regimientos verdaderas familias. Las costumbres de cuartel, las tradiciones de cuerpo no se mantienen ya; los tipos originalísimos que despuntaban en la fila, en el dormitorio y en la cuadra, pasaron á la historia.*

*Aun ha podido contemplar el que esto escribe, aquella antigua familia militar, tan digna de estudio por sus virtudes como por sus ridiculeces; aun ha podido estudiar en el estrecho recinto de una ciudadela, y en años anteriores á la memorable revolución que tan radicalmente ha cambiado el modo de ser de nuestra patria; aun ha podido justificar por sí mismo la verdad de los tipos militares que Estébanez retrató de mano maestra de La Milicia, y aun hacerse cargo de la inmensa alegría que en el alma del soldado despertaba la paloma, licencia absoluta á la sazón, y por ende, término de algunos años de privaciones y fatigas. Pero aquellos años pasaron ya, y, dígame lo que se quiera, los presentes no nos parecen peores.*

*Asistimos á una gran transformación social, y en este período transitorio, los viejos moldes se han ido gastando; lo tradicional, lo típico, lo que distingue entre sí las clases, lo pintoresco y lo característico en el vestir y en los modales, va desapareciendo; la fotografía usurpa mucho terreno al pincel, el habito no hace al monje. Quizá donde se tocan más estos efectos es en la milicia; porque á la corta duración del servicio, hay que añadir el nuevo carácter que ella va tomando al dejar de ser un mecanismo para ser un organismo, en uno de los principales organismos del Estado, en la escuela de la nación, á la par que en el brazo armado de la patria.*

*Despidámonos pues de aquellos tipos y costumbres tan fielmente descritos por Estébanez; demos un adiós a la antigua familia por tantos conceptos digna de aprecio; saludemos con cariño el recuerdo de los veteranos de África, América y Oceanía.*

*¡La Paloma!...Esta palabra trae a la imaginación escenas que ya no volverán, amigos que han desaparecido, amores y tristezas que se perdieron en los abismos del pasado. -¡Quién pudiera retroceder á los veinte años y esperar en la puerta del cuartel á la blanca y graciosa mensajera de la libertad!.”*

## *NORMATIVAS QUE RIGEN EL ACTO HOMENAJE A LOS QUE DIERON SU VIDA POR ESPAÑA.*

- El Acto a los Caídos recibirá la siguiente denominación: “Acto de homenaje a los que dieron su vida por España”.
- El acto de homenaje a los que dieron su vida por España se hará con la mayor solemnidad, con participación ordenada de Guiones y Banderines, con el canto de “La muerte no es el final” y con la colocación de una corona.
- Antes del inicio de la secuencia, el relator leerá lo siguiente: “Homenaje a los soldados de todos los tiempos, encuadrados en los Ejércitos de España, que un día lucharon con valor, sirvieron con lealtad y murieron con honor”. ...
- A continuación, y con la canción de “La muerte no es el final”, los portadores de la corona, Guiones y Banderines se moverán a paso lento hacia el monolito. La Escuadra permanecerá en su puesto en formación.
- Una vez alcanzada la zona del monolito, se procederá a leer por el relator, o persona designada al efecto, las palabras de homenaje que se adjuntan como anexo; D. [...]
- El toque de oración se efectuará sin entradas y será el estrictamente reglamentario.
- Mientras dura el toque de oración no se realizará ninguna otra actividad escuchándose en completo silencio.
- Se procederá a la lectura exclusivamente de la siguiente oración: “Que el Señor de la vida y la esperanza, fuente de salvación y paz eterna, les otorgue la vida que no acaba en feliz recompensa por su entrega. Que así sea”.

----- 0 -----

### **CANTO MILITAR: LA MUERTE NO ES EL FINAL**

*1) Tú nos dijiste que la muerte  
no es el final del camino,  
que aunque morimos no somos  
carne de un ciego destino.  
Tú nos hiciste, tuyos somos.  
Nuestro destino es vivir  
siendo felices contigo,  
sin padecer ni morir.*

*2) Cuando la pena nos alcanza  
por un hermano perdido,  
cuando el adiós dolorido  
busca en la fe su esperanza,  
en tu palabra confiamos,  
con la certeza que tú  
ya le has devuelto la vida,  
ya le has llevado a la luz.*

*3) Cuando, Señor, resucitaste,  
todos vencimos contigo.  
Nos regalaste la vida  
como en letanía al amigo.  
Si caminamos a tu lado,  
no va a faltarnos tu amor,  
porque, muriendo, vivimos  
vida más clara y mejor.*